

CLARA VOGHIANI

Amor

próximo



Clara Voghan

Amor próximo



Voghan, Clara

Amor próximo - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Reading&Relax, 2015.

E-Book.

ISBN 978-987-3961-02-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.

CDD A863

© Reading&Relax, 2015

Edición digital. ISBN 978-987-3961-02-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Se reservan todos los derechos, incluyendo el derecho de reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento.

INDICE

[CAPÍTULO I](#)
[CAPÍTULO II](#)
[CAPÍTULO III](#)
[CAPÍTULO IV](#)
[CAPÍTULO V](#)
[CAPÍTULO VI](#)
[CAPÍTULO VII](#)
[CAPÍTULO VIII](#)
[CAPÍTULO IX](#)
[CAPÍTULO X](#)
[CAPÍTULO XI](#)
[CAPÍTULO XII](#)
[CAPÍTULO XIII](#)
[CAPÍTULO XIV](#)
[CAPÍTULO XV](#)
[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO I

Aquel era sin duda el peor día de su vida: primero su reluciente Audi la había dejado varada en medio de la calle, (de seguro gracias a las maldiciones de su “ex”); luego, ese estúpido mecánico y la mancha de grasa sobre su falda Armani favorita; y ahora, como si todo eso fuera poco, no había ni rastros de un taxi por ningún lado.

¿Por qué la vida tenía que golpearla de esa forma tan cruel?

Abandonada a su suerte, Amanda levantó la cabeza hacia el cielo para clamar justicia, y en ese preciso instante una inscripción extraña relumbró ante sus ojos como si se tratara de un mensaje del más allá: era el recorrido del bus que se estaba aproximando.

¡Un bus! Desde sus épocas de estudiante que no se subía a uno, cuando todavía no dominaba el maravilloso mundo de las finanzas y era tan soltera como feliz.

Alzó la mano esperando que aquel mastodonte se acercara al cordón de la vereda. Pero fue inútil porque, como cuando era joven, el chofer se limitó a detenerse en medio de la calle, haciendo bramar su motor con impaciencia. Amanda corrió para alcanzarlo, (como pudo, a causa de sus tacones). Malamente logró treparse antes de que arrancara, y sólo lo hizo gracias al necesario empujón del señor que estaba detrás de ella, (que aprovechó para tocarla en forma más que innecesaria). Una vez arriba, haciendo equilibrio, revolvió su bolso Louis Vuitton en busca de monedas para insertar en la máquina. Pero el tipo de atrás seguía empeñado en prestarle su “apoyo”, por lo que se vio entonces forzada a alejarlo de la única manera en que una dama educada y elegante como ella podía hacerlo: sin darle tiempo a reaccionar clavó su afilado tacón sobre el pie de esa alimaña, mientras lo golpeaba en su zona más vulnerable con la punta del bolso (que para algo le había costado un ojo de la cara).

Y así como en la vida, también en ese bus aquella aguerrida amazona no tardó mucho en abrirse paso a los codazos. Porque, podía ser una dama, pero habiendo comandado a más de diez empleados varones durante años, y luego de un salvaje divorcio, Amanda sabía bien cómo defenderse.

Una vez con el boleto en la mano cual trofeo, oteó el panorama y se espantó: eso no se parecía en nada a sus recuerdos. Los pasajeros ahora se veían muy distintos. Lucían desgastados, envilecidos... Tardó en darse cuenta de que la suciedad y la pobreza de esa gente no era más que la otra cara de los índices financieros que tan bien conocía: la inflación y el desempleo habían robado la dignidad de muchos, hundiéndolos en la miseria.

¡Lástima que los políticos no viajaran en bus!

Con resignación tomó asiento junto a la única persona decente que había allí: una cuarentona anticuada pero extremadamente pulcra, y con una mirada dulce.

Aún a pesar de su enojo Amanda sonrió al ver las diferencias entre ambas en el reflejo de la ventanilla. Su compañera de ruta debía tener sus mismos años, pero de alguna forma era su opuesto. Y no sólo por el cabello, (una melena castaña, larga e informe, que contrastaba con el peinado corto que llevaba ella, tan rubio como perfecto), o su ropa, (desgastada y triste), o su peso, (unos kilitos de más que pedían a gritos los servicios de un buen *personal trainer*), sino, más que nada, por su porte. Porque sin ser fea, la otra irradiaba el aspecto de una mujer vencida por las circunstancias. Una actitud totalmente opuesta a la arrogancia con que la bella Amanda se movía por el mundo y que, quizás por eso, le resultaba tan curiosa.

Al notar que estaba siendo observada, la desconocida le sonrió en forma amigable. Por desgracia lo último que Amanda quería a esa altura de su vida era iniciar charlas con personas tan poco estimulantes, así que se apuró a mirar de nuevo el paisaje. Pero su interés duró poco. No tardó mucho en echar otra mirada furtiva a la mujer. ¿Qué edad tendría? Hasta era probable que fuera más joven de lo que le había parecido a simple vista. Sus manos estaban lastimadas por el trabajo, pero todavía tenían la piel lisa e hidratada. Y eso, lo sabía por experiencia, no había ninguna crema, por mágica o costosa que fuera, que pudiera lograrlo. Sí, la extraña debía ser bastante menor que ella, concluyó muy a su pesar, porque la sola idea la enfurecía. Y es que ese aspecto envejecido de su compañera la enfrentaba a la realidad que el espejo le devolvía cada mañana al mirar su propio rostro. Una realidad que ponía mucho esmero en ocultar durante el resto del día.

Sólo por distraerse Amanda observó su reloj. Y entonces sí que se enfureció: ¡ahora ya era demasiado tarde para su cita con la psicóloga! ¡Y con lo que la necesitaba! El día estaba oficialmente perdido. Lo mejor sería bajarse en el centro comercial y desquitar con su tarjeta de crédito toda esa

furia que le atenazaba la garganta. ¡Sí!... Gastar a manos llenas el dinero de su “ex”. Eso siempre la ponía de buen...

Una voz fuerte interrumpió sus pensamientos.

—No se puede fumar en un transporte público.

Amanda levantó la mirada.

Un muchachito joven y mal trazado acababa de subir al bus con un cigarrillo encendido en los labios. Instintivamente la dama apretó su bolso contra el cuerpo. Y es que los tatuajes carcelarios del tipo parecían justificativo más que suficiente para su mal humor.

—No se puede fumar aquí. Está prohibido —repitió el chofer en tono más quedo, convencido de la inutilidad de sus palabras.

Por unos segundos se alzaron algunas voces aisladas apoyándolo, pero la rebeldía de los demás pasajeros también duró poco. Nadie tenía suficiente valor, o simplemente ganas, de enfrentarse con semejante inadaptado.

Amanda no fue la excepción. Y ya casi se había olvidado del asunto, cuando el llanto quedo de su compañera de asiento la volvió a la realidad.

—Disculpa —se animó a preguntarle—, ¿te ocurre algo?

—No, nada.

Incómoda, volvió a concentrarse en el paisaje, pero al parecer esa extraña dama no había terminado de responderle.

—Es... Sólo... —comenzó de nuevo, con voz dubitativa—. Ese muchacho..., el del cigarrillo... Me trajo malos recuerdos... Es que..., mi marido tampoco deja de fumar cuando se lo pido.

—No les hagas caso, cariño: ¡no hay nada peor que un estúpido vicioso!

La otra estalló en un quejido lastimero.

—¡Y ahora el médico dice que tengo cáncer de pulmón!... Que sólo si me cuido lograré sobrevivir otro año.

—¿Cáncer?... ¿Tú?

—Terminal.

—¡Qué horror!... ¡Pobrecita! ¿Fumabas mucho?

La muchacha rompió en llanto.

—¡Ni un cigarrillo! ¡Pero en casa había tanto humo!... Y yo le decía: deja, por favor, que eso me hace daño. Pero él ni me escuchaba. Sólo prendía otro y otro. ¡Y aún ahora, a pesar de saber que estoy muriendo, no deja de hacerlo!

Amanda hizo un esfuerzo por no llorar. Había una desesperación conmovedora en las palabras de esa mujer que la obligaba a querer protegerla. Hablaba con una voz profunda, ahogada de dolor, pero a la vez tan vibrante,

que incluso el resto del pasaje no tardó en enterarse de su desgracia. Como Amanda, también los otros se sintieron de inmediato tocados por lo entregado de su tono. Esa forma sumisa de someterse al destino que, por cierto, condecía con el resto de su apariencia.

—¡Pobrecita! —se solidarizó la vieja de atrás.

—¿Tiene cáncer? —preguntó el hombre sentado a su derecha.

—¡Porque el cerdo del marido le fuma encima!... ¡Como este pendejo que acaba de subir con su asqueroso cigarrillo encendido!

—¡Sí! —se envalentonó otro de los hombres—. ¡A estos tipos habría que matarlos!

—¡Sí! —adhirieron los demás.

Y fue cuestión de dos minutos para que todo el pasaje, espoleados por las historias que la pobre enferma relataba con resignación, rodeara al insurgente, dispuestos a lincharlo. En un principio el muy idiota intentó pegar un grito que los amedrentara. Pero las súplicas de la enferma pidiendo clemencia para él parecieron lograr justamente el efecto contrario: ahora todos querían vengar en ese bastardo el daño irreparable producido por el otro. Fue tanta la furia que, no contentos con hacerle apagar el cigarrillo, lo obligaron a bajarse entre empujones, patadas, y más de un devastador bastonazo dado por la dulce ancianita del asiento delantero.

—Deja de llorar, querida —le sugirió Amanda a su compañera una vez restablecida la calma—. Ese tipo no vale la pena. ¡Ningún hombre vale tantas lágrimas!

La mujer sonrió de la forma más triste y conmovedora que alguna vez Amanda hubiera visto. Nunca antes había presenciado un dolor tan sincero y una entrega más sumisa.

—Gracias —susurró la pobre criatura. Y alzando la voz, repitió: — Gracias a todos.

De inmediato se puso de pie para bajar. Y cada uno de sus pasos por el corredor fue seguido por sus compañeros de viaje en medio de un silencio reverente.

Ahora que la veía así, a la distancia, Amanda estaba segura de que la pobre moribunda era bastante más joven que ella. Incluso resultaba probable que estuviera en la mitad de sus treinta, y que el descuido o la enfermedad le hubieran arrebatado buena parte de su juventud floreciente. Pero aún a pesar de su desgracia, había algo de señorío y altivez en su porte que se resistía a morir.

Amanda perdió de nuevo la vista en el paisaje, tratando de olvidar tan extraña aventura.

Pero no pudo.

Algo la inquietaba. Algo como... ¿culpa?

¿Eso era la culpa?

¿Así se sentía?

Por primera vez en sus cuarenta y cinco años experimentó algo cercano al remordimiento. Su vida era acomodada. Contaba con el auxilio de un millón de asistentes, desde modistas, hasta psicólogos y decoradores, que por una cifra suculenta hacían más placentera su existencia. Esa pobre mujer, en cambio...

Sin saber bien por qué, también Amanda se alistó para bajar.

¿No era ridículo correr detrás de una desconocida? ¿Qué le iba a decir si la alcanzaba?

Nunca había sido buena para consolar a nadie. Ni siquiera a su hija, y mucho menos a su madre. Y en especial los enfermos le daban impresión. Cada vez que estaba cerca de uno comenzaba a sentirse extraña, como si su mal o su tristeza pudieran contagiarla.

¿Entonces? ¿Para qué se había bajado en ese lugar desconocido?

Una vez en la calle se sintió estúpida. Sin saber qué hacer, comenzó a caminar detrás de la pobre muchacha enferma. Pero para su sorpresa, con cada paso que daba la figura de la otra se iba transformando ante sus ojos. Su andar cansino era ahora un trote impetuoso, y hasta parecía cobrar altura con el ejercicio. Ese rostro que tanto había conmocionado a Amanda por su dolor sincero se veía otra vez tranquilo, casi beatífico. Quizás sólo por los lentes negros que la pobre muchacha se había puesto. O por el sol que le pegaba de frente.

¿Cómo podía tolerar esa mujer sus desgracias con tanta resignación, cuando ella misma era incapaz de soportar ni la más pequeña dificultad sin hacer un gran escándalo?

¿Era esa moribunda admirable..., o simplemente estúpida?

Amanda se detuvo, confundida.

En verdad su presencia allí era inútil. No había nada que pudiera hacer para aliviar el dolor de la pobre criatura. Y esa avenida estaba repleta de taxis...

Sí, era ridículo engañarse: definitivamente no era del tipo altruista. Lo mejor sería dar por terminada su pequeña aventura y volver a la seguridad y

confort de su casa, adonde había lugar para todo tipo de lujos, excepto la culpa.

Y ya estaba levantando la mano en busca de un taxi, cuando una violenta frenada le hizo pegar un salto. Por un momento temió perder la vida en esa tierra alejada de la mano de Dios, porque el ruido no provenía de la calle, sino de la misma acera, a pocos pasos de adonde ella se encontraba parada.

Todavía en shock, tardó en reponerse. Una multitud se congregaba ahora frente a sus ojos, impidiéndole la visión. Pero por los comentarios de la gente supo que un auto que acababa de salir del garaje de un edificio a toda velocidad, invadiendo la acera repleta de peatones, había logrado frenar en el momento justo como para evitar una tragedia. De inmediato escuchó los gritos desahogados del conductor que, lejos de sentirse culpable, estaba furioso por la imprudencia de una estúpida mujer que había tenido la osadía de caminar por la acera como si estuviera... en la acera.

—¡Eres una idiota! —rugía enfurecido—. ¡Casi te atropello!... ¡¿Tienes un tapón en la oreja?! ¿No oíste la chicharra en la puerta del garaje?

Su víctima musitó algo que Amanda apenas logró escuchar por el barullo de la calle.

Defraudados por su tibia respuesta, y ante la ausencia de la pelea que anticipaban, el pequeño gentío que se había reunido no tardó en seguir su camino, indiferente.

Pero no Amanda. Por algún motivo ella permaneció allí, atenta a ese patán.

Una mujer se quitó de adelante, y por fin logró ver el cuadro completo.

¡Increíble!

La mujer, esa a la que el idiota le estaba gritando, no era otra más que la enferma del bus.

—¡¿Acaso eres ciega?! —continuó bufando el tipo, enardecido—. ¿Me vas a decir que tampoco pudiste ver la luz que titilaba anunciando que un auto iba a salir?

Otra vez Amanda presenció la extraña transformación de la muchacha. Como en el bus, de nuevo su gesto era lastimero y desgarrador.

—No tienes derecho a burlarte de mí sólo porque soy discapacitada visual —replicó entre lágrimas, pero en tono fuerte y claro, mientras se acomodaba los lentes negros.

De inmediato varios vecinos se detuvieron. Como antes, la muchacha hilvanó su triste historia, (“otra” triste historia). Y era tanta la resignación que traslucían sus palabras que, como en el bus, no tardó en formarse un pequeño

batallón dispuesto a jugarse la vida por ella.

Pronto se pasó de los gritos, a los golpes. Y de inmediato un millón de patadas cayeron sobre el auto de aquel monstruo, que sólo atinó a huir de allí para salvar el pellejo, dejando su lujoso vehículo expuesto a la ira de los presentes.

—¿Por qué no llevas bastón, querida? —se extrañó una anciana, una vez recobrada la calma— ¿Se te cayó?

—No. No lo uso. Es que no soy completamente ciega: todavía puedo ver bultos.

—Entonces permíteme que te acompañe a casa —se ofreció otra de las señoras.

—Muchas gracias. Pero como dice mi médico, no puedo depender de los demás toda la vida. Tengo que aprender a vivir con mi discapacidad, ¿no les parece?

—¡Qué valiente! —replicó la vecina, conmovida hasta las lágrimas.

Sin un rastro de orgullo, con callada sumisión, como lo había hecho en el bus, también allí la muchacha se retiró de inmediato. Y como entonces, bastó que se alejara un par de calles de la “escena del crimen” para volver a su trote impetuoso.

Amanda, lejos de indignarse con la impostora, comenzó a seguirla, encantada.

—O eres la más desafortunada de las mujeres, o la más mentirosa de las canallas —le dijo al alcanzarla.

Al verse descubierta, la muchacha se detuvo asustada. Tardó en reconocer a su defensora del bus.

—¿Cáncer y ceguera? ¿No es mucho para alguien tan joven?

—No soy tan joven —respondió ella con una sonrisa pícaro—. Ya tengo treinta y siete años.

De inmediato comenzaron a caminar a la par, como viejas amigas.

—¿Qué fue todo ese circo?

—Justicia. Simple justicia. ¿Lo desapruebas? Los dos tipos se merecían lo que les ocurrió.

—¿Por qué no te limitaste a reclamar, como hacemos todos?

—¿Cuántas veces viste una película en la que un niño muere de hambre, y te fuiste del cine disimulando las lágrimas? Sin embargo compartes la vida con un ejército de chicos hambrientos, y sólo te producen asco. Los humanos somos gente dura de corazón. De padecer cáncer, seguramente mi aspecto

hubiera dado tanta lástima, como miedo. Demasiado miedo a la muerte, como para que la gente se sintiera identificada con mi dolor. De la misma forma, de haber tenido los ojos en blanco a causa de la ceguera la mayoría me hubiera rehuido. Así, en cambio, brindándoles una imagen más “amigable” de la miseria, les es más fácil vencer esa barrera y asumir mi causa. Una causa justa, por cierto. Porque tienes que reconocer que las dos veces yo tenía razón.

—¿Sí que eres un caso!... Dime, ¿qué barrio es este?

—Villa Urquiza.

—¿Villa, qué?! Creo que estoy perdida. ¿Belgrano queda muy lejos?

La muchacha del bus la observó con recelo.

—¿Belgrano? ¿El barrio? A quince calles, en esa dirección.

—¿Tan cerca?

—¿No eres de aquí?

—Porteña hasta la médula. Sólo que...

—No te codeas con los pobres —completó la otra con desdén.

—Este barrio no parece muy pobre.

—Depende para quién.

—No quise ofenderte. Sólo soy un poco despistada.

—¿Qué hacías subida a un bus, perdida en medio de la realidad?

—Sigues ofendida, y ahora suenas cruel. Pero te recuerdo que no eres la persona más indicada para hablar de la realidad.

—De verdad, ¿qué hacías explorando el mundo en un bus, con el populacho?

—Mi mecánico vive en los quintos infiernos, y allí, extrañamente, no hay taxis. No sé por qué. Después de todo la mayoría de los taxistas conducen para el demonio... ¿Y tú, adónde ibas?

—Regresaba. A mi marido le gustan las camisas hechas a mano y que se entregan con boxers haciendo juego.

—¿Boxers?

—Creí que era más fino que decirte “calzones”, porque me queda claro que eres una mujer elegante. Ya no muchas andan con una Louis Vuitton colgada del brazo. Y por cierto tampoco quedan demasiados camiseros de oficio en el país.

—Déjame entender esto: ¿tu marido usa calzoncillos de la misma tela de su camisa?!

—Y con su monograma.

—¿Vaya! No tienes aspecto de ser la esposa de alguien tan exquisito.

—¡Gracias!

—No te enojas, pero tu apariencia es un tanto desaliñada. No digo que se te vea sucia, pero...

La otra aceleró el paso, molesta, por lo que Amanda suplicó:

—¡Espera! Mis tacones me están matando.

—Mejor, así puedes reflexionar acerca de la practicidad de lucir desaliñada. Sobre todo si se vive en un lugar tan remoto como Villa Urquiza.

—¿No piensas perdonarme? De verdad me estoy muriendo subida a estas cosas. ¿No es más lógico ir a tomar algo, para así charlar descansadamente?

La otra se detuvo.

—¿Y para qué querría yo charlar contigo?

—¿Acaso tienes algo más divertido que hacer, señorita mentirosa?

* * *

—Entonces tu nombre es Luisina.

—Lui para los amigos.

Amanda observó una vez más a la muchacha envejecida que tenía enfrente. Había un dejo de tristeza detrás de su sonrisa, que le decía que esos amigos no debían ser muchos.

—Y cuando no te dedicas a salvar al mundo con tus actuaciones, ¿qué haces?

—Nada... Bueno, soy ama de casa. Y tú sabes lo que significa mantener una casa en condiciones. ¡Es un trabajo terrible!

—¿Sí? Pues mi personal doméstico se ve bastante descansado, considerando todo lo que le pago. ¿Tienes hijos?

—No.

—Yo tengo una de quince... ¿Quién era el estéril? ¿Tu marido?

Luisina se inquietó. No estaba acostumbrada a que le hablaran de frente sobre ese tema. A sus espaldas, en cambio...

—¿Por qué piensas que no fue por elección que no tuvimos hijos?

—Porque tienes el tipo maternal.

—Pues te equivocas: fue por elección. A Bau le faltaban todavía dos años para recibirse de ingeniero cuando nos casamos. Bau, Bautista, es mi marido,

y esos dos años se dedicó tiempo completo a estudiar. No podíamos ni pensar en un niño, así que...

—¿Te ataste las trompas?

—No. Me puse un DIU. Yo no quería saber nada de ese maldito dispositivo intra uterino, pero él insistió... Todo el mundo los usaba y...

Hizo silencio, así que Amanda completó sus palabras.

—Y te volviste estéril.

—A causa de esa maldita cosa.

—Y desde que lo descubriste no haces más que peregrinar de médico en médico, tratando...

—No. Bueno, sólo un poco. De todas formas Bau no quiere tener hijos. Es decir, al principio quería. Pero su madre le llenó la cabeza, y ella odia a los niños.

—¿¡Qué clase de suegra es esa?! La mía no hacía más que reclamarme por un nieto... ¡La dama debe ser todo un personaje!

—¿Un personaje? Sí. ¿Una dama? Lo dudo.

—Pero aún a pesar de su disgusto, ella no se privó de tener un hijo.

—Dos. Pero sólo odia a mi cuñado. A mi marido, en cambio, no lo considera tanto un hijo, como su “compañerito”. Lo creas o no todavía lo llama así. Lo ama con pasión, lo cual es bastante entendible: después de todo es el único que logra soportar a la vieja más de dos minutos seguidos.

—Tú, en cambio, la odias.

—A mí también me gustaría tener un “compañerito”. Luego de once años de matrimonio creo que lo merezco... ¿Y tú cómo te llevas con tu suegra?

—La adoro. Es a su hijo al que nunca aguanté. Y es que tampoco a mí me caen bien los niños.

—¿Eres divorciada entonces?

—Desde hace cinco gloriosos años.

—Y cuando no estás ocupada odiando a tu marido, ¿qué haces?

—Nada. Pero no como tú. Yo realmente no hago nada de nada.

—¿Y no te aburre?

—Estoy aquí, departiendo con una chiflada que inventa historias para hacer justicia, ¿qué crees?

—¿No te sientes vacía?

—¿Por qué?... A todo se acostumbra una. ¡Incluso a la buena vida!

—¿Siempre fuiste rica?

—No tengo tanto dinero. Sólo una firme vocación por derrochar el de mi

“ex” mientras mi hija aún sea menor de edad.

—¿Nunca trabajaste?

—Toda la vida. Llegué a ser Gerente Financiero de una multinacional. Y entonces sobrevino la crisis del 2001. El país se hundía, y yo luchaba a brazo partido, esclavizada dieciocho horas al día para salvar los despojos de un naufragio ajeno... Un día me pesqué un resfrío. Un simple resfrío que cambió mi vida para siempre. Porque, obligada a estar por primera vez en mi casa, descubrí que mis criadas me robaban, mi hija sentía odio por mí, y mi marido me traicionaba con cuanta fulana tenía a tiro...

—¿Te traicionaba?! —se espantó Lui.

—¡No pongas esa cara, cariño! A todas nos toca ser cornudas alguna vez en la vida.

—A mí no.

La otra la observó con sorna.

—¡De verdad! —se defendió Luisina al ver su cara—. Bau no es ese tipo de hombre. Es más, casi te diría que, a diferencia de lo que ocurre con los otros, el sexo nunca fue su principal preocupación.

—¡Qué ingenua, querida! Si la lujuria fuera el único motivo para la traición, el mundo estaría repleto de hombres fieles. ¡No! La infidelidad es mucho más que eso: orgullo, inseguridad, instinto de cazador... ¡Tantas cosas!

—Bau siempre tuvo la cabeza en otra parte: el golf, su trabajo, los amigos...

—Todo eso suena muy aburrido... Lo que me recuerda: el aburrimiento es la primera causa para una traición.

—¿Por qué todas las divorciadas creen que el matrimonio de los demás es tan desastroso como el suyo?

—¿Estadísticas? ¿Experiencia?... ¿Sentido común?

—¿Cinismo?... Porque estoy segura de que, de enamorarte, no dudarías ni un minuto en reincidir.

—El hombre es un ser estúpido. Y las mujeres estamos condenadas al romanticismo... Pero no nos desviemos del tema: además de creer fielmente en la fidelidad de tu Bau, ¿eres feliz a su lado?

—¡Muy feliz! —exclamó la muchacha sin dudarlo, con una sonrisa estúpida en los labios.

La otra la contempló divertida.

—Más allá de tus fabulosas condiciones de actriz, Lui, si eso fuera cierto, ¿por qué te afloran las lágrimas con tanta facilidad en cada una de tus

“actuaciones”?

Luisina la observó confundida, y Amanda sonrió con satisfacción.

Sí, no había duda de que esa mentirosa era fantástica a la hora de engañar a todos.

Especialmente a sí misma.

* * *

—¿¿Qué -es -esto?!

Al escuchar el grito de Amanda, Luisina se horrorizó.

Dejó caer el cuchillo, para correr de inmediato hasta el gran cuarto blanco, temiendo lo peor.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a su amiga al llegar, tratando de recuperar el aliento.

—¿¿Qué es esto?! —volvió a preguntar Amanda, mientras levantaba con una mezcla de asco y espanto una de las pequeñas piezas de plástico, de no más de un centímetro y medio, que inundaban el lugar como si se tratara de una plaga de insectos.

—Es la mayor colección de juguetes “Jack” que existe en el país, y se supone que tú no deberías estar aquí.

—¿Juguetes “Jack”? ¿Qué es eso?

—Esas figuritas que venían como sorpresa en los chocolates “Jack”. ¿Quién no los conoce? ¿O es que acaso no tuviste infancia?

—¿Es cierto! Mi madre solía comprármelos a la salida de la escuela... ¡Pero si esta es Caperucita!... ¡Y aquí está la Blancanieves!

—Y los personajes de la lucha libre, y los dibujos animados, ¡y todo lo demás!

—¡Sí que le gusta el chocolate a tu marido!

—En realidad lo detesta. Muchas de estas piezas se las compró a otros coleccionistas, a precio de oro. Pero creo que las primeras fueron robadas a otros niños. En especial a mi pobre cuñado, que por ser algunos años menor era la víctima ideal.

—Este sitio me da escalofríos.

—Ni siquiera deberías estar aquí: mi marido odia que la gente sepa de su

obsesión.

—¿Y quién limpia todo esto?

—Yo, ¿quién más?

—¡Debe llevarte horas!

—Sí —replicó la otra resignada, mientras se apuraba a ordenar las piezas que su amiga había profanado—. Ahora salgamos de aquí —suplicó ni bien todo volvió a estar en su sitio—. No quiero pasarme toda la noche dando explicaciones. Además, el té ya está listo.

Obediente, Amanda la siguió hasta la cocina, observando todo a su paso con curiosidad.

—Por un momento temí que estuvieras descompuesta. ¡Te tardabas tanto en el baño! Pero no. Al parecer te gusta andar por allí, explorando.

—¿Sabes, Lui?, tu casa es extraña. Al principio creí que Villa Urquiza era un barrio pobre, pero ahora me doy cuenta de que no difiere mucho de Belgrano.

—¡Quién lo diría!

—No te burles... Y este departamento es apenas más pequeño y menos lujoso que el mío.

—¿Eso es un halago?

—¡Eso es una estupidez! Porque en mi casa vivimos dos personas. Aquí, en cambio...

—También.

—¡Claro que no! Por si no te diste cuenta, aquí el único que vive es tu marido. Tú sólo limpias y ordenas.

—¡Eso es cruel!

—¡Eso es cierto! ¿Acaso tu ropa no está en el armario del corredor, mientras que él guarda la suya en el dormitorio?

—El armario principal no alcanza para los dos. Bau se levanta muy temprano por la mañana, y...

—Eso no le impide invadir con sus cosas también tu armario, aunque sea mucho más pequeño, ¿o acaso crees que no vi los palos de golf entre tu ropa?

—¿Estuviste revisando?

—¡Por supuesto!... Lo vi todo: “su” armario, “su” escritorio, “su” ordenador, “su” cuarto de música... “Su” museo de porquerías.

—A veces yo también uso esos sitios.

—¡Para limpiar! Si hasta cuando recibes a una amiga no te animas a usar “su” sala.

—Creí que en la cocina estaríamos más cómodas.

—“Sus” palos de golf, “sus” videos de acción, sin olvidar “su” cochera, en donde guarda “su” auto.

—Que usa para ir a “su” trabajo. ¡No seas antipática! Bautista se desloma todos los días por mantener esta casa. Merece darse algunos gustos.

—¿Y tú? ¿Acaso tú no?

—¡Claro que me doy algunos gustos!

—¿Por ejemplo?

—Muchas veces, luego de limpiar, me regreso a la cama. Y además...

Luisina no tuvo valor para continuar. Ahora que reflexionaba sobre ella, su vida sonaba bastante patética.

¿Cuándo se había convertido en un ama de casa aburrida?

Era como si, de tanto discutir, su suegra la hubiera terminado convenciendo de que todo lo que pudiera hacer por Bau resultaba poco.

—¿Sabías que tu marido tiene cuatrocientos mil dólares en una cuenta bancaria en Suiza?

Al escuchar a Amanda, la pobre muchacha se atragantó, escupiendo el té entre carcajadas.

—¿De dónde sacaste eso?!... No te dejes confundir por esta casa: con la crisis, el dinero apenas nos alcanza. Es cierto que tenemos algunos bienes, pero los gastos de este piso y el combustible del auto se llevan buena parte de nuestros ingresos. ¡No sabes los esfuerzos que tengo que hacer para llegar a fin de mes!

—¡Seguro que sí! Pero tu marido tiene una cuenta en Suiza con cuatrocientos mil dólares.

—¡No insistas! Toda la vida hemos soñado con hacer un viaje por Europa. De tener ese dinero...

—¡Pues lo tienes! Acabo de revisar su laptop... Por cierto, tu marido es muy descuidado con sus claves.

—¿Cómo puedes saber algo así, sólo con ver su ordenador?

—¿Olvidas que mi terreno son las finanzas?

—¡Pues esta vez te equivocaste de medio a medio!... —replicó la otra divertida—. De seguro se trata de alguna cuenta de la empresa en la que trabaja.

—¿Y lo puso a él como único titular? ¡Por favor!

—¡No insistas!... ¡Cuatrocientos mil dólares! ¡¿De dónde sacaría Bautista semejante fortuna?!

—¿Alguna herencia?

—¿De quién?... ¡No hacemos otra cosa más que darle dinero a la madre!
¡Su última operación nos costó un dineral!

—No sé. Tu marido venderá su cuerpo por la noche o algo semejante, pero el dinero está allí, y le pertenece.

—¡Imposible!... Además, me parece de muy mal gusto andar revisándolo todo en una casa a la que te invitan.

—No suelo hacerlo. Pero tu matrimonio es como un tren a punto de chocar, y me parece injusto que seas la única víctima.

—¿Qué significa eso?

—¿Sabes cuál es la palabra clave para acceder a la cuenta que tu marido tiene en Suiza?: ¡Libertad! Si eso no grita a las claras que pretende divorciarse...

—¡No digas tonterías! Conozco bien a mi marido. Bautista sería incapaz de abandonarme.

* * *

—¡Soy incapaz de abandonar a Luisina! Amo demasiado a mi esposa.

—¡No sabes lo que dices! Los hombres somos así: no acabamos de entrar al registro civil, que ya estamos buscando la puerta de salida. ¡Y tú ya llevas más de diez años casado!

—Once. Pero mi mujer es una gran persona, y yo sería incapaz de hacerle daño.

—¡Tú sí que eres un cínico, Bautista! ¿No acabas de decirnos que piensas pedirle el divorcio?

—¡Pero eso no quiere decir que vaya a abandonarla! Tengo todo planeado para que no le falte nada.

—¿Piensas dejarle tu piso?

—¡Estás loco?! ¿Qué haría ella con un lugar tan grande? ¡No sabes la fortuna que me cuesta mantener ese palacio!

—¿Entonces piensas enviarla al de dos ambientes que me ofreciste rentar?

—¡Tampoco! ¿Crees que me sobra el dinero? Necesito ese ingreso para poder pagar los gastos comunes del mío.

—¿Entonces?

—Pensaba más bien en el mono ambiente que tengo en Mar del Plata.

—¿Mar del Plata?!

—Es una ciudad hermosa.

—¿Que queda a cuatrocientos kilómetros de aquí!

—Luisina es una mujer discreta, sin demasiados amigos. Cualquier lugar le resultará bueno para volver a empezar. ¡Y vivir en Mar del Plata es mucho más barato!

—¿Ese mono ambiente no es el que me prestaste el otro verano?

—¡Si!

—¡Yo también lo conozco! —se burló otro de sus compañeros—. La única ventana mira a una pared, y para saber si llueve hay que salir a la calle. ¡Allí siempre es de noche!

—¿Quién necesita una ventana, cuando basta caminar un poco para ver una de las playas más hermosas de nuestro país? —se defendió Bautista—. El lugar es justo para ella: con tanto turismo no le va a resultar difícil conseguir trabajo.

—¿Y el auto? ¿También piensas quedártelo?

—¿De qué le serviría a mi esposa? Lui es demasiado torpe conduciendo.

—Pero, ¿por ley no le corresponde la mitad de todo?

—¿Y qué haría ella con semejante fortuna? Desde el principio de nuestro matrimonio siempre fui yo el que se ocupó del dinero, y no creo que sólo porque estemos divorciados las cosas tengan que cambiar. ¿No es mucho mejor que, en vez del dinero, le provea un techo, le siga pagando la medicina privada, y le pase una mensualidad? Como ya les dije, sólo porque haya decidido formar otra pareja no significa que piense dejar a Lui desprotegida.

—¿Entonces vas a mantenerla por el resto de su vida?

—¡Tampoco tanto! Aunque quisiera hacerlo, el dinero no me alcanza. Sólo le pasaré una suma modesta hasta que consiga algún trabajito que le permita sobrevivir. Por fortuna ella es una mujer prudente, que se conforma con poco.

—¡Igualito que tu Miranda! —se burló su compañero.

—Todas las mujeres tienen exigencias al principio de una relación. No creas, también Luisina soñaba con viajes y con montar su propio emprendimiento editorial. Pero si hay amor, pronto se adaptan a lo que les toca. ¡En este país ya no hay lugar para lujos!

—Eres un iluso si crees que vas a conformar a Miranda con “verdurita” como lo hiciste con tu primera esposa.

—El iluso eres tú si crees que nació la mujer que pueda controlarme. Si me quiere, tendrá que adaptarse, porque de lo contrario...

—¿De lo contrario?

—Me vuelvo con Lui y listo.

—¿Y crees que luego de abandonarla Luisina volvería a recibirte?

—¿Lui?... ¡No la conoces! Ella es incapaz de vivir sin mí.

* * *

Luisina salió a la calle con apuro.

En aquel hotel lujoso le faltaba el aire.

¿Había hecho bien en traicionar a Bautista?

Nunca antes se hubiera creído capaz de algo semejante, pero...

¿Acaso su marido no la había traicionado primero con esa cuenta bancaria?

Con dificultad Amanda logró alcanzarla cuando Lui estaba casi en la esquina.

—¡Eh! ¡No corras!... ¡Mis tacones me está matando!

—¿Qué crees que probaste, trayéndome engañada aquí para estar con ese hombre? —le preguntó su amiga con amargura, pero sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Qué probé? Que tu marido tiene una cuenta en Suiza. ¿Te queda alguna duda después de lo que te dijo su agente?

—Quizás sólo esté ahorrando para nuestra vejez —musitó Luisina con vergüenza, consciente de que aquello era una tontería.

—¿Para tu vejez, o la suya? Porque si mal no recuerdo tú no estás incluida en ese depósito.

—¿Qué es eso que me hiciste firmar?

—La apertura de otra cuenta a tu nombre. ¡No pongas esa cara! Sólo lo hice para que el tipo aflojara su lengua. Por algún motivo a los banqueros les encanta ser discretos acerca del dinero que manejan. Bueno, a menos que crean que pueden obtener aún un poco más.

—¿Y si ese hombre le cuenta a Bau acerca de mi visita?

—Quizás por ser un viejo amigo, esta tarde Rosendo habló un poco más de

la cuenta, y ¡dudo que quiera quedar en evidencia con tu Bautista!... Además, si lo hiciera, sería tu marido el que tendría que dar explicaciones y no tú, ¿no te parece?

Amanda se detuvo abruptamente.

—¡Ay, niña!, ¿qué tal si corres un poco más lento, por favor?

—No puedo evitarlo. Estoy demasiado nerviosa.

—¿Así que quieres correr? Entonces voy a tener que darte el gusto.

* * *

—¿Adónde diablos vas vestida así?

—A correr.

—¡¿Qué?!

—A los lagos de Palermo.

Bautista observó a Luisina sin ocultar su desagrado.

—Pues te ves ridícula... ¿De dónde sacaste esa ropa?

—Parte era mía. Pero las zapatillas me las prestó una amiga.

—¿Y desde cuándo tienes “amigas”?

Como siempre, Luisina calló.

—¿Y qué tipo de amiga es esa?

—Alguien que conocí hace poco.

—¿Y a qué se dedica el marido?

—Está divorciada. Tiene una hija de quince años y...

—¡¿Divorciada?! ¡Lo último que te falta! ¿Qué tienes que hacer por allí, vagando con una divorciada?

—¿Piensas discriminarla por su estado civil? Nadie elige un divorcio.

—¡Por favor! Esas mujeres son como plagas. Unas resentidas, que viven de los logros y el esfuerzo del pobre exmarido. Y no contentas con haber arruinado su propio matrimonio, no ven las horas de destruir también el matrimonio de los demás. No me gusta que andes con ese tipo de gente, así que será mejor que... ¿Luisina? ¡¿Adónde crees que vas?!

—A correr por los bosques de Palermo.

—¿No escuchaste nada de lo que te dije?

—No dijiste nada que valga la pena escuchar.

—¿Qué te ocurre? ¿Apenas conoces a esa tipa y ya te has vuelto una bruja respondona como las otras mujeres?... Escucha, te digo esto por tu propio bien. Cada vez que salgo del campo de golf veo a las mujeres que corren alrededor del lago: son delgadas, hermosas, jóvenes... Te sentirías fuera de lugar allí. Y no quiero tener que escuchar tus lamentos después... ¿Luisina? ¿Adónde crees que vas?!

Aquel macho post moderno retrocedió como si el portazo de su mujer lo hubiera enfrentado a una realidad incomprensible para él.

¿Adónde se había ido la buena y dulce Luisina que tanto amaba?

* * *

—¿Una amiga divorciada?! Entonces será mejor que apures el trámite.

—¿A qué te refieres?

—No demores más. Si piensas dejar a tu mujer, lo más prudente será hacerlo antes de que la otra la “avive”.

—¿A qué te refieres?

—Las divorciadas tienen “técnicas” para quedarse con el dinero de su pobre “ex”.

—Lo que tienen son abogados —se entrometió la ingeniera Sosa, una de las últimas adquisiciones del estudio, y que también era divorciada.

“Divorciada y resentida”, como pensaron todos los hombres presentes al escuchar su acotación.

—Como sea, esta misma noche deberás darle la noticia. ¡Y ni se te ocurra irte de la casa! Debe ser ella la que se quede afuera, con cualquier excusa.

—¿Afuera?... ¿Por qué?

—Porque así podrás cambiar de inmediato la cerradura.

—¿Para qué?

—Para que cuando Lui quiera recuperar sus cosas, tenga que negociar contigo. Tendrás la ventaja.

—¿Y dónde podría mandarla?

—No te preocupes: lo primero que hacen todas es irse con su madre.

—Mi suegra murió hace mucho.

—¿Una hermana, una prima...?

—Ya te dije: está sola. No tiene a nadie más en el mundo. Sólo a mí.

—Y a su amiga divorciada —recordó por pura insidia la ingeniera Sosa.

Otra vez Edmundo Reyes asumió la voz cantante.

—¡No puedes permitir que pase la noche con esa amiga! No... Lo mejor será que no le digas nada hasta bien entrada la madrugada. Así habrá menos posibilidades de que vaya a casa de la otra arpía en busca de refugio.

—Luisina no se va a ir de casa sólo porque le pida el divorcio.

—Sí, si le ofreces pasar la noche en un buen hotel. Convéncela de que es mejor así, para que pueda asimilarlo todo con tranquilidad y sin presiones. Dile que por la mañana, a primera hora, irás a buscarla para desayunar. Luego, cuando no aparezcas, de seguro intentará regresar, pero ya será demasiado tarde...

—¿Entonces tengo que cambiar las cerraduras?

—¡A primera hora! Y llamar a un escribano para que conste que Luisina hizo abandono del hogar.

—¿No es mucho? Es decir..., me gustaría primero consultarlo con mi hermano Augusto, que sabe de esas cosas.

—¡No seas torpe! Ningún abogado podrá librarte de las garras de una mujer despechada. ¡Hay que actuar con rapidez!

Bautista parpadeó.

¿Con rapidez?

¿Acaso estaba listo para dejar a Luisina así de rápido?

¿A “su” Luisina?

* * *

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no. No estoy lista.

—¡Eso es una tontería! Así como te engañó con lo de la cuenta bancaria, tu marido puede tener muchos otros secretos que desconoces. ¡Tienes que enfrentarlo!

—¿Para qué?... No niego que Bautista está un poco desesperado por el dinero. Siempre fue muy ahorrativo, por no decir tacaño. Pero por lo demás

confío plenamente en él. Sé que es incapaz de pensar en otra. Me ama demasiado, y no quisiera que por una tontería se terminara arruinando mi matrimonio.

—¿Una tontería?! ¡¿A cuatrocientos mil dólares los llamas una tontería?!

—Es sólo dinero.

—No te entiendo: parece dispuesta a soportarlo todo con tal de permanecer junto a tu marido.

—¿Qué podría hacer yo sin él?... Tú tienes una vida, una profesión, ¡una hija! Yo, en cambio...

—Tú te tienes a ti misma, y con eso debe alcanzarte.

—¡No insistas! No pienso poner en riesgo mi matrimonio por cuestiones de dinero.

—¿Y si hubiera otra?

—¡No la hay!... ¿Cómo puedo hacer para que lo entiendas?

—Pero, ¿si la hubiera?

—Haría todo lo que estuviera a mi alcance para reconquistar a mi marido. ¡Cualquier cosa!... ¿Acaso no entiendes, Amanda? Lo único para lo que sirvo en la vida es para ser “la señora de Bautista Stuar”. Esa es mi profesión...

Luisina tomó aire antes de continuar.

—Y ahora será mejor que cambiemos de tema, porque estoy a punto de enojarme... ¿De verdad no me veo horrible con esta ropa? Porque yo me siento como una ballena fuera del agua.

—Te ves bien.

—¿Segura? Todas las chicas aquí son tan jóvenes...

—¿Otra vez con eso? ¡Eres insoportable, Lui!... A veces me pregunto por qué serás tan insegura...

* * *

¿Por qué era tan inseguro?

Las cosas con Miranda no podían ir mejor. El sexo resultaba fabuloso, (¡esa muchachita le podía dar lecciones a más de uno!), y él no era hombre de andar pagando hotel cuando tenía una cama cómoda en su propia casa.

Entonces, ¿por qué le costaba tanto pedirle el divorcio a Luisina?

Acaso...

Sí, por mucho que le pesara admitirlo, aún quería a su mujer. Como a una hermana, quizás, pero la amaba. La sola idea de que fuera infeliz le resultaba insoportable, y mucho menos podía tolerar el que fuera suya la culpa de su desgracia. De haber tenido alguna chance de romper con ella sin tener que verle la cara, lo hubiera hecho de inmediato, porque se sabía un tanto sentimental, muy capaz de aflojar ante la primera lágrima.

¡Pobre Lui! Era casi como si supiera que algo iba a ocurrir. Justo esa noche le había preparado su comida favorita, y las galletas que tanto le gustaban. Y no sólo eso: también estaba arreglada con esmero. Bueno, todo el esmero del que era capaz la pobre...

Sí... Como si supiera.

O quizás sólo quería congraciarse por su mal comportamiento de la mañana.

Lo cierto era que ahora la despedida iba a ser mucho más dura.

—¿Te ocurre algo, Bau?

—No, ¿por?

—Casi es medianoche y todavía no te acostaste. Además, no dejas de mirarme.

—No tengo sueño.

Luisina sonrió para sus adentros. ¡La tonta de Amanda estaba tan equivocada! Le había bastado ponerse ese viejo vestido y peinarse un poco, para que otra vez su Bau la mirara como el primer día. ¡Era tan delicado, el pobre, que ni se animaba a pedir un poco de sexo!

—¿Quieres que te prepare un baño caliente y te sirva una taza de leche con coñac? —le ofreció con voz seductora.

—No. Mejor no.

La abnegada esposa se sobresaltó. ¡Qué extraño! Cuando era niño, la madre había acostumbrado a Bau a beber un gran tazón de leche tibia con mucha azúcar y unas gotitas de coñac para conciliar el sueño. Con los años él había ido incrementando la cantidad de coñac, y no era raro que usara tan extraño trago para relajarse antes de hacer el amor.

¿Por qué no lo quería ahora?

¿Por qué la miraba de esa forma, si no buscaba sexo?

La voz de su marido interrumpió sus pensamientos.

—Luisina —le dijo con gravedad—, es hora de que tú y yo hablemos.

Al escuchar el tono fúnebre de esas palabras, un mal presentimiento

obnubiló a la muchacha.

—Es muy tarde para... —se atrevió a decir.

—Es la hora... Y de todas formas pienso ser breve. Luisina, yo...

Un rubor intenso cubrió el rostro de ella, y de inmediato comenzó a ver todo rojo, como si estuviera a punto de desmayarse.

—Luisina, yo... Yo quiero el divorcio.

Y entonces algo inusitado ocurrió con Lui. Una extraña transformación de la que ni ella misma era capaz de dar respuesta. El ama de casa agobiada daba paso ahora a una joven exquisita y presuntuosa, que no tardó en responderle con voz fuerte y segura.

—Espera, Bautista... Antes de que sigas hablando, hay algo que quiero aclararte: no sé lo que te han dicho, pero te juro que fue sólo un beso.

Aquel macho postmo se estremeció. Mentalmente se había preparado para todo tipo de respuesta que su mujer pudiera darle, pero...

—¿Un beso?! —estalló enfurecido— ¿Quién mierda te dio un beso?!

—Nadie. Da igual... Lo realmente importante es que no fue más que un juego estúpido, y que no vale la pena volver a pensar en el asunto.

—¡No lo puedo creer!... ¡Ahora resulta que “mi” mujer me es infiel! —resopló indignado.

—¿Por qué te haces el sorprendido? ¿Acaso la perra que te fue con el cuento no te dio todos los detalles?

—¡Nadie me dijo nada!

—Pero... No entiendo... Si no es por lo del beso, ¿por qué otra cosa querías el divorcio?

Bautista se avergonzó.

—Bueno... Yo... Miranda, mi secretaria...

Lejos de la escena de llanto y pesar que tanto había temido, lo golpeó una carcajada franca de su esposa.

—¿Miranda?!... —preguntó, divertida—. ¿La muchacha gordita y feucha que contrataste el año pasado?... ¡Claro! ¡Ahora entiendo! Querías el divorcio porque tú y tu secretaria...

—Nos amamos —se envalentonó él— Y por mucho que te opongas...

—¿Oponerme?! ¿Yo? ¡Por favor!... Era evidente que este matrimonio estaba en ruinas...

—¡Seguro! ¡Si te andas besando con otros hombres...!

—¿Tú y tu secretaria? —se preguntó Luisina, sin perder la sonrisa— ¡Vaya! Y yo que creía que no me hacías el amor porque te habías vuelto

impotente. ¡Pobrecito! Sólo era porque te gustaba otra... ¡Y qué otra!... ¡Sí! Esa niña es perfecta para ti. Estoy segura de que van a ser muy, pero muy felices juntos...

—¿Qué?! ¿Ahora no ves las horas de sacarme de encima para correr a los brazos de ese tipo? ¡Ah, pero no te va a ser tan fácil! ¿Quién es él?! ¡Dime ya mismo el nombre y voy a matarlo!

—¿Por qué? ¿Acaso crees que es el único de tus amigos que se me insinuó? No, amorcito... Los hombres huelen a la distancia a una mujer abandonada.

—¿Un amigo mío?! ¡Y ahora confiesas que también coqueteaste con otros!

—Ellos me perseguían —mintió Lui sin ruborizarse—. Y a ti te consta que incluso hice lo posible por afearme con tal de alejarlos.

—¡Sí! ¡Veo como los alejaste!... ¡Confiesa! ¿Quién fue el miserable que te besó?!

—No desviemos el centro de la charla, querido... Lo importante es que te fui fiel, mientras que tú y tu secretaria se estaban revolcando por allí.

—¿Eso no es cier...! Bueno, en realidad...

—No tengo nada para recriminarte. Quieres el divorcio y lo tendrás. Y cuanto antes mejor.

—Bueno, tampoco es cuestión de salir corriendo.

—¡No! Nada de cosas a medias, Bautista. Si te vas, es para siempre.

—Eres tú la que me fuerza a irme... No podría vivir a tu lado sabiendo que...

—¿Qué? ¿Que me besé con uno de tus amigos, o que sistemáticamente me engañabas con tu secretaria? Y creo que entre ustedes hubo algo más que un beso, ¿o me equivoco?

Bautista hizo silencio.

—¿Y ahora, qué? ¿Piensas mudarte con ella o algo así? —preguntó la muchacha con altivez.

Y ese tono lastimó a su marido aún más de lo que lo hubieran hecho sus lágrimas.

—Bueno, en realidad... Había pensado que te fueras tú.

—¿Pretendes echarme de mi propia casa?

Ahora sí. Por fin la discusión comenzaba a transitar por los caminos esperados, así que Bautista se envalentonó.

—Sabes que hace años que no trabajas. Esta casa me la gané... Además, no tendrías el dinero suficiente para mantenerla. Por eso pensé que...

Ahora se detuvo. Había hablado de más. Su amigo Edmundo le había advertido acerca de los peligros de exhibir sus cartas en la primera mano.

—¿Qué? ¿Qué pensaste, Bau?

—Bueno... El departamento de Mar del Plata está libre —dijo, consciente de estar cometiendo un gran error.

—¡Mar del Plata! ¿Y qué haría yo allí?

—Lo mismo que haces en casa: nada.

—Puedo irme al departamento de Céspedes.

—¡No! —se espantó Bautista—. Además está ese matrimonio que quiere rentarlo. Ya hicieron una reserva, así que sería imposible que te mudaras allí al menos por los próximos dos años.

—Bueno, ya hablaremos de eso, Bau. Ahora quiero irme.

Sí, quería partir de allí antes de comenzar a llorar.

—¿Y adónde te irías a esta hora?!

Luisina se hizo la misma pregunta, pero en cambio se limitó a asegurar:

—Por allí.

—¡Eso sí que no! No voy a permitir que te vayas corriendo a los brazos de ese tipo.

—Ese tipo es un imbécil y ni siquiera me gusta. Olvídate de él. Haz de cuenta que nunca existió.

—¡Ah, no!... ¡Eso sí que no! A mí no me tomas por estúpido. No pienso permitir que...

Su esposa lo interrumpió.

—¿Qué? ¿Entonces ya no quieres el divorcio?

—Por supuesto que sí. Es sólo que... Pienso llevarte a un hotel para que pases la noche. ¡Y ni se te ocurra moverte hasta que yo regrese por ti, a primera hora de la mañana, ¿me escuchaste?! A ver si te crees que sólo porque nos estamos divorciando vas a comenzar a hacer todo lo que se te dé la gana... ¡Adónde se ha visto!

Sin discutir Luisina llenó un bolso con sus cosas más necesarias, mientras que Bautista daba vueltas alrededor suyo, decepcionado por el rostro alegre y confiado de su mujer.

También en el auto los comentarios despreocupados de ella parecían alterarlo. Varias veces intentó ponerla celosa ensalzando las cualidades de su joven amante. Pero, lejos de estallar, esa mala mujer parecía divertirse a su costa, no sólo reafirmando sus palabras, sino también exagerándolas groseramente.

—La verdad Luisina, no esperaba esto de ti —dijo al fin, sin poder contenerse—. Es como una puñalada en la espalda ver lo poco que te cuesta poner fin a nuestro matrimonio.

—No te entiendo, Bau... ¿Hubieras preferido lastimarme con tu decisión? ¿Verme despedazada porque te ibas con otra?

—Bueno, fueron muchos años de matrimonio feliz. Me parece que al menos unas lágrimas por nuestro amor...

—¡Ay, queridito! —respondió ella, divertida—. Creo que estás sobre valorando un poco ese amor del que tanto te cuesta desprenderte... ¡Vamos! Tu Miranda te espera. Estoy segura de que serás muy feliz a su lado. Y yo... Bueno, yo estoy segura de que, una vez alejados, también lo seré.

Para cuando llegaron al hotel, (no el que Bau había previsto, sino otro mucho más lujoso, como para acallar el desprecio de ella), aquel semental ardía de pura furia.

Luisina, en cambio, lo dejó contratar el cuarto sin perder su sonrisa.

—Bueno, amorcito... Llegó la hora de despedirnos.

—Hasta mañana —le recordó él de mala manera—. Sólo hasta mañana. No olvides que voy a estar aquí a primera hora, así que ni se te ocurra ir a ningún sitio.

—Sí, mi amor... ¡Hasta mañana!

Y sin perder su sonrisa pícara, Luisina lo besó en los labios.

—¡Uy! Disculpa, Bau... Es la costumbre... Pero, deja que te limpie el labial... Después de todo no queremos que Miranda se ponga celosa y te abandone, ¿no es cierto?

Ya en la puerta Bautista echó una última mirada a la figura huidiza de la que hasta ese día fuera su esposa. Así, a la distancia, estaba tan bella como cuando se habían enamorado, muchos años atrás. Otra vez su rostro se iluminaba con la sonrisa que lo cautivara entonces. Ese gesto alegre que la rutina había opacado. Ese andar sinuoso que el trabajo de la casa trastocara en agobio.

Ahora se daba cuenta de que, muy en el fondo de su corazón, todavía estaba enamorado de ella. Pero no de esa esposa triste y aburrida que lo recibía cada noche, con la casa limpia como a él le gustaba y las comidas de su preferencia, sino de la muchachita que Luisina había sido antes de conocerlo: libre, impertinente, alocada.

Por un minuto permaneció en la entrada, inmóvil, esperando a que ella se fuera.

Pero aun cuando eso ocurrió, algo en su corazón todavía le impedía seguir su camino.

Luchó con las ganas de subirse al elevador, tocar a su puerta y hacerle el amor como nunca antes. Pero...

¿Por qué luchar?

¿Sería ya muy tarde para reconquistar a su propia mujer?

CAPÍTULO II

—¿Podría correr los pies, por favor? Necesito limpiar allí.

Luisina observó al tipo que le hablaba como si se tratara de un extraterrestre.

—¿Podría correr los pies? —insistió el pobre hombre, ante la falta de respuesta de ella, mientras la potente lustradora que tenía no dejaba de bramar, amenazando con tragarse todo a su paso.

Y quizás por tanto barullo la muchacha por fin despertó de su ensueño. Se desplazó hacia el asiento contiguo, esperando la aprobación de ese desconocido con la misma angustia con la que solía aguardar la de su propio marido.

—¿Aquí está bien?

—Bueno, en realidad tengo que limpiar también allí. ¿No puede correrse a esa otra mesa?

—Pero... —balbuceó Lui, a punto de romper en llanto—, desde ese lugar no vería la puerta de entrada. Y yo estoy esperando a mi marido. Y él prometió que vendría a primera hora. Y ya es primera hora. Y...

Ahora sí, sus lágrimas eran imparables. Un llanto histérico que obligó a reaccionar de inmediato al empleado de limpieza, que, como hombre bien puesto que era, hizo lo único a su alcance: huir de allí, dejando a esa criatura loca en el lugar que tanto le gustaba.

Luego de unos minutos, y con gran esfuerzo, Luisina logró recuperarse, consciente de que ahora todas las miradas estaban sobre ella. Pero su fuerza de voluntad poco pudo contra la vocecita despiadada que oía en su cabeza:

“¿Y si Bau no regresa? ¿Qué haré entonces?... ¡No quiero vivir en Mar del Plata! No puedo hacerlo. Hace demasiado frío en invierno, y yo a duras penas soporto el frío. Porque no son manías mías: ¡de verdad necesito dormir con una manta, aunque sea primavera! Por algo soy hipotiroidea, y por mucho que a Bau le moleste...

¿Me habrá dejado por lo de la manta?... ¡No! ¡Imposible! Me dejó porque se acuesta con su secretaria...

¡No! ¡Imposible! Él no es así... ¡Si ni siquiera le gusta el sexo!... O al

menos el sexo conmigo... Sí, si se fue con ella es porque no me quiere. ¡Y quién puede culparlo! ¡Estoy hecha una vaca! ¡Cinco kilos de más! Y esos malditos cinco kilos hacen toda la diferencia. Se te ponen aquí, justo en la panza, para que cada vez que te sientes puedas recordar que estás hecha un hipopótamo. ¡Y que casi tienes cuarenta!

Apuesto a que la tal Miranda todavía no llega a los treinta. Veintidós o veintitrés a lo sumo. Y con la impunidad de la edad, no dudará ni un minuto en hacer todas esas locuras que yo solía hacer antes, cuando era joven. Claro que luego me casé, sólo para terminar convirtiéndome en esta vaca gorda, fofa y ridícula que soy ahora. Y no sólo gorda, sino también estéril... ¡Sí! ¿Quién puede juzgar a Bau por haberme abandonado? ¡Si hasta yo huiría de mí misma cada vez que me veo en un espejo!”

—Perdón, señora... Tengo entendido que está aguardando a su esposo pero, ¿no preferiría hacerlo en el cuarto? Esta es la hora de limpieza del lobby y...

La bella asistente no encontró valor para continuar. Las lágrimas de la otra amenazaban con anegar todo el hotel.

De nuevo Luisina se quedó sola con sus pensamientos.

“¿Por qué tuve que inventar esa estúpida historia del beso? Ahora Bau pensará que hizo lo correcto al dejarme... ¿Por qué invento historias todo el tiempo? ¡No! Si además de gorda y vieja, estoy completamente loca. Pero ni bien Bau atravesase esa puerta voy a arrojarme a sus pies para confesarle toda la verdad. Para suplicarle que...”

—¿Qué haces aquí a esta hora de la madrugada?

Entre lágrimas Luisina levantó la cabeza, sólo para toparse con la mirada reprobadora de Amanda.

—¡Bau me dejó! —atinó a decir antes de retomar su llanto.

—Previsible.

—¡Me dejó por su secretaria!

—Típico. ¿Y qué haces aquí?

—Me trajo para... Bueno, no sé exactamente para qué, pero me prometió que desayunaríamos juntos a primera hora de la mañana.

—Astuto. Más astuto de lo que yo esperaba... Apenas son las cinco, querida. La mañana ni siquiera comenzó. ¿Qué haces sentada en el lobby?

—No podía dormir, así que bajé a eso de las tres con la esperanza de...

—¿Desde entonces lo esperas?

—Sí.

Un muchacho de no más de veinticinco años, que por sus músculos parecía salido de un anuncio de perfume francés, se acercó hasta ellas.

—Disculpa, mon amour —le dijo a Amanda—. Ya pedí el taxi.

—Que sean dos, queridito. Voy a tener que acompañar a mi amiga, que no se siente demasiado bien.

El muchacho pareció defraudado por la noticia.

—Entonces, ¿nos vemos el jueves por la noche? —preguntó con tono ansioso.

—Quizás, pero... seré yo quien te llame, ¿O.K?

—Pero...

—Adiós, bebé... Allí está tu taxi.

Resignado, el joven efebo la obedeció sin chistar.

—Toma nota, Lui. Así debes tratar a los hombres de ahora en más.

La voz de Amanda le llegó a la otra desde muy lejos, ahogada como estaba por sus propias lágrimas. Pero incluso así, supo de inmediato que, aun cuando pudiera pagarlas, no quería resignarse a ese tipo de relaciones prestadas. No, ella estaba demasiado casada como para...

—¡Bienvenida al mundo de las divorciadas, querida! —la interrumpió su amiga como si pudiera leer sus pensamientos.

Luisina sintió náuseas.

—No pienso divorciarme. Estoy segura de que, ni bien pase por esa puerta, podré convencer a Bautista de que todo esto es una locura. ¡Le suplicaré si es preciso!

—¿Y tu dignidad adónde queda?

—Sepultada bajo mi desesperación.

—De eso se aprovechan los hombres. Las mujeres nos desesperamos con demasiada facilidad.

—¿Cómo no lo entiendes? ¡No quiero vivir en Mar del Plata!

—¿Mar del Plata?

—Tenemos un departamento allí, y...

—Que, si mal no recuerdo, aborreces.

—¿Sabes lo que significa pasar un mes completo encerrada en una pequeña jaula, sin ver la luz del sol? Porque mientras Bau veranea y se reencuentra con sus amistades del Balneario, yo compro, cocino, lavo, plancho. Sus exigencias no se toman vacaciones. Por el contrario: le encanta comer en abundancia y cambiarse varias veces al día. Pero no sólo eso. Además pretende que lo acompañe al Casino por la noche y que luzca

descansada. ¡Y yo me aburro de muerte en el casino!... ¡Enero es el peor mes de mi vida!

—Imagínate teniendo doce eneros al año.

De nuevo la muchacha no pudo controlar su llanto.

—¿No me dijiste que tenías un departamento en Belgrano, en la calle Céspedes, que estaba a tu nombre?

—¡Mi departamento de soltera! —suspiró Lui— Incluso vivimos allí los primeros seis años de casados... ¡Era hermoso!

—¿Y por qué no quedarte con ese?

—Por desgracia está rentado. Anteayer me avisaron que habían dejado una seña.

—Entonces vamos, querida... Ya casi son las seis, y apenas tenemos hasta las diez de la mañana. ¡El tiempo se agota!

—¡No! —se horrorizó Luisina—. Debo esperar a Bau. Vendrá de un momento a otro. Y entonces podré suplicarle que...

—¡Créeme niña!, tu marido no regresará hasta eso de las once, lo que nos da muy poco tiempo.

—¡Pero yo...!

—Dame tu bolso.

—¿Para qué lo quieres?

—Necesito saber en dónde estamos paradas.

Amanda revisó las pertenencias de su amiga.

—No tengo dinero, si eso es lo que buscas. No tengo nada... Ni siquiera una vida. Sólo a Bau... ¡No soy nadie sin él a mi lado!

—Tienes razón. Divorciada no eres nadie... Pero hasta las once de la mañana aún serás la señora de Stuar. Y, ¿sabes qué?, tendremos que aprovecharlo... ¿Vamos?

* * *

—¿Adónde vamos?

—A Céspedes y Cabildo.

—Yo solía vivir en Céspedes y Cabildo —murmuró Luisina entre lágrimas

—Allí quedaba mi departamento de soltera. ¡Era tan lindo!

De nuevo el llanto ahogó sus palabras.

—¿Se le ha muerto alguien? —preguntó el taxista preocupado.

—El amor propio —respondió Amanda—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—¡Qué tarde!

—Dígame a mí. Trabajé toda la noche. ¡No pude pegar un ojo!

—Yo tampoco dormí.

—¿Tuvo que trabajar?

—No. Pero durante algunas horas intenté educar a un niño.

—¡Qué admirable!

Amanda sonrió satisfecha. Después de todo no había mentido ni un poquito.

—Querida Lui, ¿conoces a ese señor que está desperdiciando litros de agua con tal de evitarse barrer la vereda?

Luisina tuvo que enjuagar sus ojos para poder responder.

—¡Alberto!... Es Alberto, el encargado del edificio de la calle Céspedes. ¡Era tan buen encargado! ¡Yo lo quería tanto! Siempre charlaba de fútbol con Bautista... ¡Y ahora Bautista no está! —llegó a decir justo antes de romper en llanto.

—Deténgase allí, chofer, por favor. Allí... Allí, dónde está ese Alberto, derrochando bienes irreemplazables.

Una vez estacionado el auto Amanda tuvo que hacer esfuerzos para convencer a Luisina de que se bajara.

—¡No entiendes! Bautista me está esperando. Tenemos que regresar al hotel antes que...

Amanda la interrumpió.

—¿Acaso no vas a mostrarme tu piso de soltera? Ya que estamos aquí...

—No tengo la llave. Y además...

De nuevo estalló en lágrimas.

Amanda ni se molestó en consolarla. En cambio corrió a encarar al tal Alberto, que las miraba sorprendido, mientras el agua de su manguera seguía cayendo.

—Querido Alberto —le dijo, como si lo conociera de toda la vida—, creo que no tengo que presentarte a la dama que está aquí.

—Claro que no. Es la señora del séptimo “D”. ¿Por qué llora? ¿Le ocurrió alguna desgracia?

—Sí: casarse. Pero por fortuna todo tiene arreglo en esta vida. Así que

ahora va a volver a ocupar su departamento.

—Pero... creí que se lo habían rentado a una pareja. Es más, ayer mismo estuvo aquí el hombre tomando medidas, y...

Amanda lo interrumpió con enojo.

—¿Piensas discutirme a mí, Alberto? ¿Sabes quién soy yo?

—No —respondió el otro con timidez.

—Soy la abogada de la señora Luisina. Y como abogada me dedico a defender a las mujeres de sus maridos infieles y corruptos. ¿Tú eres infiel, Alberto?

—¿Yo? ¡No! —intentó defenderse el pobre hombre.

Pero la dama ni se tomó el trabajo de escuchar su respuesta.

—Tienes cara de infiel. Tanto andar de casa en casa, destapando caños. ¿A cuántas vecinas les limpiaste la cañería, Alberto? No intentes negarlo, la cara te vende sola. Recuérdame dejarte una tarjeta para tu esposa. Y ahora dame la llave del piso de la señora, que se nos hace tarde.

—¡No tengo la llave!

—¡No mientas, Albertito! ¿Acaso trabajas para el Ingeniero Stuar? ¡Claro! ¡Todos los infieles se defienden!

—¡No! De verdad, yo no tengo la llave. ¿Por qué habría de tenerla?

—¿Y si se prende fuego el departamento, Alberto? Tú eres el hombre de confianza aquí, y mi cliente es la única dueña. ¿Acaso intentas prohibirle el acceso a su propia casa a la única propietaria?... ¿Quieres que llame a la policía, Albertito?

—Pero el señor Bautista me dijo...

—¿Quieres tomar partido por el señor Bautista? ¡Bien! Ya estoy llamando a un oficial de justicia para que labre acta. ¿Quieres que labre acta, Alberto?

—¡No, no! —gritó el otro asustado, mientras la obligaba a cerrar el móvil que acababa de abrir en forma amenazante.

—Está bien... Aquí tengo la llave de su piso. Está limpito, como me pidió el señor Ba..., como me pidieron que lo dejara.

—Así me gusta, querido. Y dame también una copia de la llave de la puerta de calle. Ni bien llegue el cerrajero te la devuelvo.

—¿Va a venir un cerrajero?

—¿Queremos que se meta algún extraño en nuestra ausencia, Alberto? ¡Ningún extraño! Te hago personalmente responsable por...

—¿“Personalmente responsable”?

—¿Cómo no lo entiendes, querido? Si alguien fuerza esa cerradura, tú

serás cómplice, Albertito. ¡Cómplice! ¿Quieres ser un cómplice? ¿Quieres que todos en la casa te señalen, diciendo: “ahí va el cómplice”?

—¡Noooo!... Pero si el señor Bautista también trae un cerrajero...

—Tendrás que llamar a la policía de inmediato. Porque la única propietaria de esta casa es la señora Luisina.

El hombre contempló la figura trasnochada de la “propietaria”, que seguía llorando desconsolada, ajena a todo lo demás.

—¿O acaso quieres pasarte todas las mañanas en Tribunales, explicando por qué le permitiste el acceso a un extraño?

El hombre no respondió.

—Y recuérdame, Alberto querido, que deje una tarjeta para tu esposa antes de irme. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar un buen abogado de divorcios... Vamos, Lui... ¡Vamos!

Para cuando bajaron del elevador, todavía Luisina no era consciente de haber subido a él. Y sólo cuando quedó frente al apartamento, reaccionó.

—¡Mi piso de soltera!... —dijo emocionada— Yo solía vivir aquí...

Amanda abrió la puerta y echó una mirada al interior del lugar, decepcionada.

—¡Esto es un pañuelito! ¿Cuánto mide?

Luisina no le respondió. En cambio estaba absorta, contemplando la pared vacía que tenía enfrente, como si en ella estuviera colgada la Gioconda.

—Verde —se quejó en medio de estremecimientos— ¿Por qué verde? ¿Tenían alguna necesidad de pintarla de verde? —llegó a decir desconsolada, justo antes de volver a romper en llanto.

Sin escucharla, Amanda examinó el baño, el dormitorio y la pequeña cocina.

—¡Esto es un desastre! —sentenció una vez terminada su excursión—. ¿Cuánto mide?

—Treinta y siete metros cuadrados —murmuró Lui con orgullo—. Pero la terraza le añade otros gloriosos veinte.

—¿Gloriosos? ¿Qué tiene de glorioso ese agujero?

—¡Lo amo! La vista es abierta, y la luz del sol no tiene límites...

—¡Qué cursi, querida!

—Me encantaba recostarme allí en las mañanas de verano, y lo creas o no, hasta llegué a cultivar mis propios tomates.

—¿En macetas?

—¡En macetas! El lugar era un vergel... Claro que cuando Bautista se

mudó aquí tuve que sacar todas las plantas porque es muy alérgico.

—¿Qué frío se cuele por este ventanal!

—Está roto. Bautista nunca quiso cambiarlo. Decía que era inútil gastar dinero en eso, si pensábamos mudarnos. Así que durante los últimos cinco años que estuvimos aquí apenas logré sobrevivir al congelamiento.

—¿Por qué son tan feas las baldosas?

—No son baldosas. Es membrana asfáltica. Yo quería armar un deck, pero Bau...

—Lo imagino, querida.

—Bau debe estar esperándome en el hotel. Porque mejor no...

El ruido del timbre le hizo pegar un salto.

—¡Bautista! ¡Tiene que ser él! Vino para reconciliarse, y...

—La falta de sueño te hace delirar, pobrecita. El que vino es un buen amigo mío, que está aquí para ayudarnos.

Amanda abrió la puerta.

—Llave simple, tres de seguridad, una ciega y un pasador, por favor —le ordenó al extraño a modo de saludo.

Un tipo inmenso, vestido de operario, se agachó frente a la puerta para iniciar su labor.

—¿Quién es él? —preguntó Lui con inocencia.

—No te preocupes, querida. El señor tiene mucho trabajo, y nosotras también. Primero tenemos que ir al...

—Al hotel para encontrarnos con Bau.

—No exactamente. Pero, ¡descuida!, luego de que terminemos con lo que hay que hacer, no tengo dudas de que tu marido se acordará de ti.

* * *

No podía sacarse a Lui de la cabeza. ¿Cuándo había cambiado tanto? Desde su noviazgo que no veía en sus ojos esa actitud arrogante con que lo golpeara la noche anterior en el lobby del hotel. Y por cierto, ¡qué fortuna le había costado ese maldito hotel! ¿Cuándo había aumentado tanto? De haber sabido lo que cobraban hubiera reconsiderado la pensión de la otra calle. ¡En fin! Lo que fuera necesario para no parecer un miserable.

Bautista miró su reloj, espantado. Se había quedado dormido. ¡Claro! Si hasta las tres de la mañana había estado girando de aquí para allá.

Borrar todo rastro de su esposa en la casa, según las sugerencias de su amigo, no fue tarea fácil. Pero tenía que probarle al mundo su abandono del hogar, para no convertirse en el malo de la película. Por desgracia, llevar sus pocas cosas a la baulera del sótano le había demandado dos horas justas. A las tres cayó en la cama como un tronco, quizás agotado por la labor. Y ahora eran más de las siete. Tendría que apurarse para cuando llegaran el escribano y el cerrajero.

Bautista pensó en Lui y se entristeció.

¡Era de no creer todo el trabajo que daba ese asunto del divorcio!

* * *

—¿No estás cansada?

Luisina miró a su amiga entre lágrimas, sin entender.

—Digo —continuó la otra con enojo—, de tanto llorar. Desde que nos subimos a este taxi que no has hecho otra cosa.

—Llegamos, señoras.

—Ya hemos llegado, Lui. Bájate.

Sin valor para más, la muchacha obedeció a Amanda.

—¿Qué lugar es este?

—Un almacén de materiales.

—Creí que iríamos directamente al hotel. Bau ya debe estar allí.

—Primero tengo que comprar algo. Y tú tienes que ayudarme. Te hará bien pensar en otra cosa.

—¿Yo?! —le reprochó Lui entre llantos—. Yo no estoy para comprar nada.

—Lo sé, querida —respondió la otra, mientras la empujaba hacia adentro—. Para eso me tienes a mí.

El lugar era extraño. Un gran galpón, repleto de cubículos ambientados como lujosos baños y cocinas. Una verdadera selección de lo mejor y lo más moderno para decorar una casa.

Por algún extraño motivo Amanda era tratada por todos allí como una

vieja conocida.

—¿Te gusta este baño, querida? ¿No te parece hermoso?

—¡Lo odio! Me recuerda a la casa de mi suegra. Y yo odio a mi suegra... ¿Crees que por eso me haya abandonado Bau?

—No, querida. No es por lo que tu odies, sino por lo que él ama: el trasero de una veinteañera... ¿Y este? ¿Qué opinas de este?

—¡Es hermoso! —dijo la muchacha, más como si fuera un lamento—. Siempre soñé con hacer algo así en Céspedes, pero como íbamos a mudarnos...

—¿Y esta cocina, Lui?

—¿Por qué mejor no regresamos al hotel?

—Cuanto más rápido acabemos aquí, más pronto será.

—Pues esa cocina no sirve más que para lucirse. Esa otra, en cambio, es perfecta. Simple, sencilla, hermosa. Si yo tuviera dinero... —llegó a decir, justo antes de volver a romper en llanto.

Luego de extender por unos segundos la tortura, Amanda se dio por vencida.

Tomó a su amiga por el brazo y la depositó en un espacio reservado para guardería de niños. Lui quedó así arrumbada en un pequeño asiento con forma de león, llorando a la par de un pequeño que, al escucharla, se quedó mudo.

Tan abstraída estaba la pobre muchacha con esa implacable voz interior que le recitaba todos sus defectos, (reales o imaginarios), que ni notó cuando su amiga le quitó el bolso.

—Llevo ese baño, esa cocina, un deck de madera como el de allí, pintura para cincuenta metros cuadrados, pisos flotantes. Ventanales de doble vidrio con aislamiento. ¡Ah! Y un hidromasaje. Todo con instalación, por supuesto.

—Esto no se encarga así, Amanda. Conoces bien el procedimiento. ¡Lleva su tiempo!

—Pues yo sólo tengo media hora, querido. En caso de duda, calcula de más. Luego lo ajustaremos.

—¿Lo cargo a tu cuenta?

—No. En esta tarjeta, y en cuarenta y ocho cuotas fijas.

—¡Cuarenta y ocho cuotas! ¡Esos son cuatro años de cuotas!

—Sé contar, querido.

—Pero los intereses...

—¿Acaso yo he discutido los intereses? Será el monto que tú dispongas, pero en cuarenta y ocho cuotas.

Amanda no acababa de decirlo, cuando la figura trasnochada de Luisina se dibujó a su espalda.

—¿Te falta mucho?

—No, querida. Tú sólo firma aquí, y ya nos vamos.

Luisina la obedeció sin chistar, sólo porque oponerse estaba más allá de sus fuerzas.

Y todavía no encontraba el valor para seguir adelante con su vida, cuando ya estaban arriba de otro taxi.

—¿Ahora sí vamos al hotel? Bau debe estar esperando.

—No. Él no va a llegar allí antes de las once. Y nosotras todavía tenemos un millón de cosas que hacer... ¿Qué hora es, chofer?

—Las nueve menos diez.

—¡Tardísimo!

—Sí. Tenemos que ir al hotel cuanto antes.

—Ay, Lui... ¿Cuándo vas a entender que tu matrimonio se acabó?

—¡No!... Yo no puedo... Yo... —comenzó a balbucear la otra, entre hipo de llanto—. Yo no soy nada sin Bau...

—¡Esto es un desastre! Ya no sé qué hacer contigo. Tendremos que recurrir a mi número de emergencia, querida. Busca mi teléfono en el bolso, Lui, y marca el número dos del discado rápido mientras yo hago algunas cuentas.

De nuevo su amiga la obedeció sólo por inercia.

—¿Es un hospital? Mira que no puedo internarme sin ver antes a Bau.

—No, querida. Aunque bien te merecerías darte un paseíto por una clínica psiquiátrica. ¡Mira que llorar tanto por el infeliz de tu marido!

—¿Es un abogado, entonces? Porque yo no quiero divorciarme.

—No, querida. Este es un número para urgencias de verdad.

Ni bien le respondieron, Lui tapó la bocina, extrañada.

—Creo que me equivoqué al marcar. Me comunicaron con el centro comercial que queda en Martínez.

—¡Justo! Dame el teléfono.

Luisina escuchó la conversación sin entender.

—¿Elisa? Si, querida, soy yo, Amanda... Tengo un pedido que hacerte. ¿A qué hora abren? ¡Perfecto! Necesito que tu mejor vendedor me esté esperando en la puerta... Sí, quiero una heladera, un lavarropas, una cocina..., tú sabes, todo lo necesario para montar una casa con glamour... Si, una pantalla de leds. ¡No! Que sean dos. Una laptop, una impresora láser... Sí, también eso... Lo más caro que tengas en tu lista... Sí, cuarenta y ocho cuotas. No, querida, no

me volví loca. ¿Yo te pregunté por el interés que me ibas a cobrar?... No, en mi cuenta no. Espera a que llegue y te daré la tarjeta.

Lo que ocurrió luego iba a quedar en la memoria de Luisina como un manchón informe. Sólo el vago recuerdo de haber estado llorando en todos y cada uno de los departamentos de una gran tienda, hasta entonces desconocida para ella.

Amanda la obligaba a correr de un lado al otro, siempre atenta al reloj, señalando los objetos más caros, que elegía sin siquiera examinarlos.

—¿Por qué tengo que firmar esto? —se preocupó Lui al final del recorrido.

Pero su amiga ni se molestó en responderle.

—¿Cuál es tu clave de cajero automático? —preguntó en cambio.

—El cumpleaños de Bau: el quince de enero.

—Debiera haberlo imaginado —se quejó la otra—. Si tu marido es tan descuidado con su generador de claves, es lógico pensar que tú seas incapaz de imaginar un PIN más seguro —llegó a decir, justo antes de instalarse frente a un cajero automático que había en un pasillo.

—¡Ya está! —exclamó de inmediato con satisfacción—. ¡Justo a tiempo! Acaban de dar las diez.

* * *

—¿Falta mucho para que abra el banco?

—Ya es la tercera vez que me lo pregunta, señor.

—Hace media hora que estoy aquí.

—Por temprano que llegue, sabe que los bancos en la Argentina abren a las diez. Y no vamos a hacer una excepción porque usted esté apurado.

—¡Ya son las diez!

—Falta medio minuto... ¡Ahora sí! Pase.

Bautista entró corriendo al amplio recinto. Con el apuro de quien va a cometer un delito, no tardó en sentarse frente a su oficial de cuentas, una bella muchacha de no más de treinta, que lo observaba sorprendida.

—Ingeniero Stuar... Siéntese por... Bueno, ya está sentado... ¿En qué puedo servirle?

—Quiero transferir todos mis fondos a otra cuenta. Una nueva, que me tenga a mí por único beneficiario.

La muchacha buscó algo en el ordenador, y de inmediato sonrió con malicia.

—Entiendo... Quiere eliminar a su mujer.

—Mi ex.

—Ah... —respondió ella de mala manera.

Ya estaba acostumbrada a esos estúpidos que llegaban allí con su último aliento, dispuestos a deshacer por dinero sus votos matrimoniales. Habiéndolo sufrido en carne propia unos meses atrás, no podía simpatizar ahora con ese asno insensible que tenía enfrente.

—¿Tiene tarjetas asociadas?

—Tres. Quiero devolverlas, y que me den otras, pero sin adicionales.

—Déjeme verificar que no tenga cuotas pendientes.

—No se preocupe. Odio las cuotas. Sólo compro cuando tengo el dinero.

—Esto puede demorar un poco.

—Necesito que lo haga cuanto antes. Tengo apuro por... Usted ya sabe. No quisiera que mi esposa..., mi ex, se viera tentada de usar la tarjeta y... Necesito que cierre todo cuanto antes.

—Lo lamento, señor. El sistema no me deja.

—¡Use otra máquina entonces!

—No es la terminal, señor... No me deja porque hay cuotas pendientes.

—¡Eso es imposible! Yo no compré nada.

—Usted no, pero el adicional de la tarjeta, sí. Su “ex” mujer, según tengo entendido —aclaró la muchacha, paladeando con gusto el sinsabor de su cliente.

—¿Son muchos los gastos? —preguntó el otro demudado.

—Será mejor que imprima el extracto.

Bautista se puso de pie, y casi arrancó el papel de la máquina.

—¡¿Esta fortuna?! ¿Cuándo pudo gastar Lui esta fortuna, si apenas son las diez de la mañana? ¿Cómo creen que voy a poder pagar esto?

—Ingeniero...

—Está bien. Me lo merezco... Saque de mi cuenta ese importe y cierre todo.

—No, ingeniero, usted no entiende. Ese es el valor de la primera cuota. Todavía faltan las otras cuarenta y siete.

—¡¿Está loca?! Nadie puede gastar semejante fortuna en tan poco tiempo.

—Su mujer sí... Disculpe, su “ex”.

—¡Pues entonces que lo pague mi exmujer!

—Usted es el responsable de la tarjeta, y usted la habilitó para gastar.

—Esto debe ser una pesadilla... ¡No! ¡Un robo!... Sí, ¡claro!, se trata de eso. A la muy pasmada le han robado el bolso, y...

—Aquí dice que se pidieron dos confirmaciones esta mañana... No, ingeniero, lamento decirle que tendrá que pagar.

—¡Traspase ya mismo el dinero de mis cuentas, antes de que también intente quedarse con eso!

—Lo lamento, ingeniero...

—¡¿Qué?! ¿Me va a decir que están vacías?

—No.

—¡Uf! Por un momento logré asustarme...

—No hay dinero. Pero sí una deuda por la tasa municipal que vence el...

—¡¿Y el dinero?!

—Lo acaban de transferir hace media hora.

A pesar de sus esfuerzos, la empleada no pudo evitar que la comisura de sus labios se elevara en una involuntaria sonrisa. Su novio la había abandonado en marzo, alzándose incluso con la herencia de la abuelita María, a la que nunca quiso visitar. Aquel bastardo se había llevado su dinero, los muebles, pero, más que nada, su dignidad.

Quizás por eso, ver la cara del idiota que tenía enfrente le producía un placer intenso, (incluso mucho más que los que su novio alguna vez le procurara en la cama).

Quienquiera que fuera la “ex” de ese tipo, reconciliaba al resto con la vida.

¡Al fin una mujer se animaba a ser tan inteligente como despiadada!

* * *

—¡Deja de llorar, Lui! Eres una vergüenza para todas las de tu género.

—¡Ya es muy tarde!... Prometiste que estaríamos de vuelta en el hotel antes de las diez, y ya casi son las once. ¿Con qué cara voy a justificarle a Bau mi tardanza?

—Con la misma que puso él cuando te confesó que se acostaba con la secretaria.

—Tú no conoces a Bau. Él es muy impaciente... ¿Y si no me aguardó? ¿Si se fue?... ¡¿Qué voy a hacer yo sin él?!

—¡Cálmate!... Mira, llegamos.

El taxi no acababa de frenar, que Luisina ya se estaba arrojando de él para ganar la entrada hasta el lujoso lobby.

Pero una vez allí se detuvo en seco. De repente todo su apuro se derrumbó, dando paso a un mar de lágrimas.

—¡No está! ¡Te lo dije! ¡Se fue!

—No, querida. Tu marido nunca regresó a buscarte. Vas a tener que enfrentar la verdad.

—¡Eso no es cierto! —se ofendió su amiga.

Pero Amanda, harta de tratar con su locura, lejos de discutir se limitó a arrastrarla hasta el mostrador de la conserjería.

—Disculpe señorita... ¿Vino alguien en busca...?

Luisina la interrumpió con desesperación.

—Mi marido debe haber venido a buscarme a eso de las nueve, y quisiera saber si dejó algún mensaje para mí.

—¿Habitación 316?

—Sí.

—No. Ningún mensaje.

—¡¿Se fue sin siquiera una nota?!

—Disculpe que me meta... ¿Su marido es el ingeniero Stuar?

—Sí, Bautista Stuar —afirmó Lui con orgullo.

—Pues lamento decirle que él no estuvo aquí en toda la mañana.

—¿Está segura?... Mi marido es alto, el poco cabello que le queda es rubio con rulos en las puntas, es delgado y...

—Conozco bien al ingeniero y no estuvo aquí.

Pero Luisina no quería darse por vencida.

—¿Cómo puede estar tan segura? Pasa tanta gente por este hotel. Es imposible que los recuerde a todos.

—Créame, si viera al ingeniero Stuar lo reconocería de inmediato. Hay cosas que no se olvidan.

—Pero cómo puede...

La otra la interrumpió de mala manera.

—Escuche, señora: a mediados del año pasado su marido solía venir aquí

todos los sábados a la mañana, y se quedaba hasta la tarde con una señorita. Una morocha entrada en carnes... Él era un huésped... exigente.

Luisina escuchó a esa extraña, enmudecida, mientras Amanda mostraba particular interés en su relato.

—¿El año pasado? —preguntó.

—Sí, durante varios meses. Pero una tarde quiso pagar con tarjeta porque no le alcanzaba el efectivo. Y entonces armó un gran escándalo. Es el día de hoy que puedo verlo allí, parado adonde está usted, maldiciendo porque en el cupón iba a figurar el nombre del hotel. Mil veces le expliqué que yo no podía hacer nada al respecto, que este era un albergue honorable y que nunca antes nos habían requerido ese tipo de discreción. Pero él no me escuchaba... ¡Estaba como loco! Créame, de haberlo visto hoy, me hubiera dado cuenta. ¡Hay cosas que no se olvidan jamás!

—¿Lo escuchaste, querida? ¡Un año! Y tú yendo a comprar calzones para él al fin del mundo. ¿Qué me dices ahora?

Luisina agachó la cabeza. Sí, esa empleada tenía razón: había cosas que eran muy difíciles de perdonar.

* * *

—¡Esto no voy a perdonárselo jamás! ¡Y yo, tan idiota, preocupándome por ella!

—¿A quién llamas, Bautista?

—A la prepaga médica. Pienso borrarla ya mismo. Luisina está siempre enferma con eso del hipotiroidismo. Siempre con frío... ¡Ahora va a saber lo que significa quedarse helada!

—¿Qué ganas desafiliándola?

—Perderá su antigüedad, y cuando vuelva a inscribirse tendrá un largo período de carencias. ¡Ojalá se gaste todo el dinero que me robó en remedios!

—¡Qué generoso! —exclamó la Ingeniera Sosa con sorna. Sabía que no era la mejor política el burlarse de su jefe, pero le resultaba tan inevitable como placentero.

—¿Qué?! ¿Ahora el malo soy yo? ¡¿Y ella?! Ella me estafó. Ella se aprovechó de mí para...

—¿Abandonarte?

—Sabes que no me abandonó.

—¿Acostarse con otro?

—Quiero pensar que no lo hizo.

—¿Mentirte? ¿Incumplir sus promesas matrimoniales?... No. Déjame recordar: ese fuiste tú.

—Ustedes las mujeres siempre... —comenzó a refunfuñar Bautista. Pero al escuchar una voz en el teléfono se interrumpió— Sí, estoy aquí... Ya le dije a su compañera, señorita: quiero desafiliar a un adherente... ¿Cómo que no puedo? ¿Por qué no puedo?... ¡¿Cuándo?! ¡Mierda!

El ingeniero Stuar colgó el teléfono enfurecido.

—¿Se salió de tu cuenta para ponerse en forma independiente? —preguntó Sosa, en medio de una involuntaria sonrisa.

—Sip.

—¿Y el tiempo de carencia...?

—No tiene.

—¡Te la puso! —se burló otro de sus compañeros.

—¡Soy una víctima!... ¿Quién diablos me mandó casarme? Todos esos muchachos jóvenes que no se dejan atrapar hoy en día... ¡están tan en lo cierto! ¡Por qué no habré escuchado a mi madre cuando me advertía de que Lui era una bruja!

* * *

—Pareces una bruja, Lui. Al menos péinate, por favor... Aunque, con la cara tan hinchada por el llanto dudo que alguien repare en tu cabello.

—¿Qué lugar es este?

—Mi casa *country*. Acabo de terminarla. Sé que el sitio parece un desierto pero, créeme, se puebla los fines de semana.

—No tengo ánimos para hacer sociales. Además... debo encontrar rápido un lugar para...

De nuevo aquel llanto insoportable.

—Escucha, querida. Tú no estás en condiciones de encontrar nada. Te mueres por llorar hasta que te mueras. Voy a darte el gusto: aquí no vas a

molestar a nadie. Tienes trescientos metros cuadrados de casa para llorar. Tres piscinas en todo el predio, dos de ellas climatizadas. Caballos, bicicletas, cuatriciclos. Un freezer lleno de comida. Sábanas limpias, y todo lo necesario para ser muy infeliz.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

—Yo no, querida. Odio que se desperdicie el agua, y sobre todo la de las lágrimas de una mujer abandonada. Serás tú la que se quede por algunos días. Sola. Así podrás reflexionar a tu antojo.

—¿Y qué haría yo en este sitio?

—¿Tienes algún otro para ir?

Amanda aprovechó la distracción que produjeron los aspersores al regar el césped, como puntualmente ocurría todos los días a las seis de la tarde, para esfumarse. Y ya había andado un trecho con el taxi cuando volvió la vista atrás.

Tendría que hablar con su jardinero: o esos aparatos no estaban largando tanta agua, o su huésped lloraba demasiado.

* * *

Luisina se subió a la colchoneta con forma de delfín que flotaba en el centro de la piscina, y volteó su cara al sol.

Era dulce sentir que algo la acariciaba, aunque más no fueran aquellos rayos malévolos, culpables de tanto cáncer de piel.

Flotar libremente paliaba un poco esa soledad oscura que la inmovilizaba, impidiéndole dormir por la noche.

¿Cuándo había comido por última vez? Ya no podía recordarlo. Le daba un poco de “cosa” abusar del refrigerador de su amiga. No quería provocarle un gasto que no estaba en condiciones de retribuir o compensar. Ahora era pobre. Horriblemente pobre. Con ese tipo de miseria absoluta propia del que, además, está desesperado. ¡Y vaya que ella lo estaba!

Recién llegada, había llorado por más de una semana en forma ininterrumpida. Y luego, seca de tantas lágrimas, se vio forzada a recurrir al grifo para no vaciar los prácticos botellones de agua mineral de la cocina y el cobertizo. ¡Horrible error! Como todo lo que hacía últimamente, también eso

resultó ser estúpido. Porque aquel pequeño paraíso, ese lujoso *country* en donde los sentidos eran siempre halagados por una perfección monocorde, era recorrido en su interior por ríos de podredumbre. Como en el resto de la provincia, también allí las napas estaban contaminadas. Dos días completos estuvo en el baño, cercada por los retortijones. Durante ese período aciago, varias veces tuvo la certeza de que iba a morir allí, sola, en una casa ajena. Y morir así, en medio de una diarrea espantosa, no era poético ni heroico. Nada que valiera la pena recordar.

Como su vida.

* * *

¿Cuándo se había convertido su vida en una mierda?

El divorcio no se parecía en nada a lo que había imaginado. Por supuesto que esperaba algunos sacrificios. ¡Pero esto era ridículo!

¡Sí que la había hecho la desgraciada de Lui! Quitándole todo su sueldo, (excepto lo necesario para no atrasarse con los gastos comunes del piso), garantizaba su infelicidad por los próximos cuatro años. ¡Qué injusticia! Como si él hubiera tenido la culpa de enamorarse de otra. ¡Como si el amor fuera un pecado!

Después de todo, si el matrimonio había fracasado era culpa de los dos. Tampoco Lui era una santa. Solita se había convertido en un ser aburrido y rutinario. Nunca, (¡nun -ca!), le había dado ni la mitad del placer que le procuraba la pendejita en una sola noche. ¿Era culpable él de que Lui no fuera apasionada? ¿O de que estuviera gorda? ¿O de que no se arreglara? ¿O de que hubiera dejado el trabajo para dedicarse tiempo completo a la casa?

Aunque en eso último, debía admitirlo...

Todavía le producía escozor recordar esa época. El jefe de Lui: alto, atlético, buen mozo. Y siempre babeándose por su asistente. Claro que no era el único, porque al principio su esposa era sexy de verdad.

Pero de eso hacía demasiado tiempo.

Obvio que el tipo sólo quería encamarse con ella. ¿Por qué otra cosa insistía en llevársela al exterior, para producir sus tontas notas? ¡Al exterior! Como si le fuera imprescindible. ¡Que locura!... Como si Lui hubiera sido la

más prometedora de sus periodistas.

Sí... Por eso la había obligado a renunciar a la redacción. De continuar con ese trabajo, de haber viajado tanto, tarde o temprano su matrimonio se hubiera ido a pique.

Bueno, se hubiera ido a pique... antes.

¿Acaso él tenía la culpa de estar enamorado de una mujer joven, dinámica, capaz de seguirle el paso?

¿Era justo tener que optar entre Luisina y su chatura, o la pobreza?

Había trabajado toda la vida, siendo exitoso en su profesión, ¿y la única beneficiada con sus esfuerzos era su mujer? De ser la esposa de un simple barrendero no le hubieran tocado más que los recuerdos. ¿Entonces? ¿Lo castigaban sólo por ser un buen marido?

Con lo que restaba de su sueldo luego de pagar la tarjeta de crédito no le alcanzaba para sobrevivir. Tenía tres caminos para solucionarlo: traer dinero del exterior, (¡ni muerto!, ¡lo bien que había hecho en ocultarle la existencia de esos dólares a Lui!), vender el departamento de Mar del Plata para saldar la deuda, (un último recurso, porque adoraba pasar sus vacaciones allí, junto a los amigos), o pedirle a Miranda que se hiciera cargo de los gastos diarios. De las tres, esa era la única opción viable. Pero la que más le costaba aceptar. Porque luego de tolerar los desplantes de Luisina los primeros dos años de su matrimonio, cuando su sueldo era el único ingreso de ambos, se había prometido a sí mismo no recaer nunca más en semejante error. Durante esa época, y sólo por ser la que traía el dinero a casa, su mujer se creía con derecho a enjuiciar cada uno de sus caprichos. Y a él le encantaban sus caprichos. Esas pequeñas cosas que le ayudaban a sobrellevar la vida: su colección, sus palos de golf, o su whisky "*after hour*".

No. Esta vez sería distinto. Le pediría a Miranda que se fuera a vivir con él, haciéndose cargo de la comida y el mantenimiento de la casa a cambio de alojamiento gratuito. Su contribución sería una especie de renta. Y como ella ya pagaba una, de seguro le iba a dar igual.

¿Pero si en vez de "compañera de cuarto" la pendejita pretendía ser su esposa?... Ya vería cómo atravesar ese puente una vez llegado allí. Pero de una cosa estaba seguro: nunca más lo iban a agarrar con eso del matrimonio. De hecho, solo o acompañado, pensaba ser un hombre libre por el resto de su vida.

Bautista golpeó su pie con la bandeja de desayuno que había quedado olvidada en el suelo. Entre saltos y maldiciones contempló el lugar.

Necesitaba una mujer a su lado, para qué negarlo. La casa era un verdadero desastre: los platos sucios se acumulaban, ya no tenía camisas limpias, (¡y eso que sólo el año anterior había comprado más de treinta!), y sus amados muñecos estaban a punto de desaparecer bajo el polvo.

Sí, estaba decidido: le compraría un anillo a Miranda antes de hacer la gran proposición. Un anillo, sólo eso. Para darle idea de compromiso, pero sin firmar ningún papel. Hasta tanto no saliera el divorcio no tenía chance de equivocarse. Y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que ese divorcio no saliera jamás. Primero por no darle el gusto a Luisina. Ella era demasiado pacata como para andar con otros hombres estando legalmente casada, y él se moría de rabia de sólo pensarla tonteando por allí. Pero, más importante aún, lo último que quería era discutir acerca de su patrimonio delante de un juez. Porque si bien era cierto que Lui ya se había alzado con buena parte de lo que le tocaba, (aún a pesar de sus esfuerzos por evitarlo), también lo era que aún faltaba mucho por repartir. Y él ya no quería desangrarse ni un centavo más. ¿Divorcio? ¡Ni loco! Si lo suyo con la pendeja no funcionaba, volvía a los brazos de su “ex”, y “aquí no ha pasado nada”. Lui, no tenía dudas, lo iba a estar esperando. Porque él conocía a su mujer. De no ser por esa maldita abogada, Lui se hubiera instalado en Mar del Plata sin chistar. Incluso, de haber estado allí la noche anterior cuando fue a golpear la puerta del departamento de la calle Céspedes, o si se hubiera dignado responder sus llamadas, estaba seguro de que...

No. Ya no estaba seguro de nada.

* * *

Amanda sorteó un bache y adelantó por la derecha al estúpido del auto gris, mientras aprovechaba para echar otra mirada a su compañera de viaje.

—Se te ve extraña, Lui. Me costó reconocerte.

—Este conjunto que llevo puesto es tuyo. Cuando me abandonaste en tu “country” no tenía ropa para cambiarme. Bueno, en realidad ni ropa, ni dinero, ni documentos. Ni siquiera demasiadas ganas de vivir... De haber tardado un día más, incluso la T4 para mi hipotiroidismo se hubiera acabado... Por fortuna a mi llegada encontré estas calzas de gimnasia y un traje de baño

viejo. Comencé a usarlos para poder lavar mi ropa durante la noche.

—Tenías un vestidor repleto de trajes hermosos, ¿y elegiste eso?

—No quería echar a perder tu ropa. No olvides que soy bastante más gorda que tú.

Amanda la observó con enojo.

—Ahora no lo parece.

—¿A qué te refieres? Es cierto que el otro día me descompuse y quizás bajé un poco.

—Al menos siete kilos. Pero no es lo único: tu piel...

—¿Qué ocurre con mi piel?

—Estás bronceada.

—¿De verdad?

—¿No lo sabes?

—Preferí evitar los espejos.

Amanda entrecerró sus ojos, un tanto molesta. Con el cabello rubio por el cloro de la piscina, sus curvas dibujadas por el ayuno, la piel tensa de tanto ejercicio, dorada por el sol, su amiga se veía más joven que la última vez.

Incluso más joven que ella.

La voz de Luisina la sacó de sus sombrías cavilaciones.

—¿No necesitas una cuidadora para tu casa de fin de semana? Me encanta estar allí, y no me molestaría hacerlo por el resto de mi vida.

—¿Te volviste loca? Ese lugar es un pueblo fantasma durante los días de semana.

—¡Por eso! Es perfecto para mí, que no tengo vida. Además, necesito una casa y dinero para comer. No puedo seguir abusando de tu generosidad para siempre.

Amanda sonrió justo antes de volver la vista al camino. ¿“Generosidad”? Era evidente que Luisina no la conocía.

—¿Por qué no buscas un empleo en el periodismo? ¿No trabajabas en una revista antes de ser ama de casa?

—De eso hace un millón de años. A mi edad nadie te contrata a menos de que tengas un currículum grueso como un libro. El mío, en cambio, más bien ocupa el espacio de una historieta, y como si lo fuera, también provoca risa... No. Necesito pronto un trabajo y un lugar adónde vivir.

—Llegamos.

—Qué curioso que estacionaras aquí. Este edificio es el de mi piso de soltera. Pero..., ¿no te lo mostré un día? ¿O sólo lo imaginé?

—Sí, querida. Me lo mostraste. Y ahora soy yo la que quiere enseñarte algo.

Sin esperar su respuesta, Amanda la empujó hacia la entrada.

Al notar la presencia de las dos mujeres allí, el encargado que estaba limpiando la vereda se apuró a cerrar el grifo para ocultarse entre las sombras.

—Ese era Alberto. ¡Qué raro que no me saludó! Siempre es tan amable... Y ahora huyó como si hubiera visto al diablo.

—Y quizás lo vio, querida. Algo me dice que ese tipo tiene la conciencia bien sucia.

—¿Adónde vamos?

—A tu piso.

—Pero Bautista...

—Bautista, nada.

—Pero él ya lo rentó.

—Pero él no es el dueño, así que yo lo recuperé para ti.

—¿De verdad?! Pero... había una pareja que... Bautista se lo había prometido.

—Tu marido promete muchas cosas, pero cumple pocas. ¿Preferías vivir en Mar del Plata?

—¡No! Amo mi viejo departamento aunque esté derruido y sin muebles.

—Yo no diría que está precisamente derruido —replicó Amanda con una sonrisa enigmática, mientras abría la puerta de par en par.

Los ojos de Luisina brillaron al ver la luz del sol reflejada en un interior lujoso, una fantasía salida de sus sueños más locos. Paredes de un blanco níveo y textura sedosa, que invitaban a la caricia. Un sillón mullido, confortable, enfrentado a un gran deck que balconeaba al infinito. Allí, una hamaca prometía la más deliciosa de las siestas. Todo estaba limpio, iluminado y con olor a nuevo, como esos cubículos de exposición que Lui no recordaba adónde había visto, y que invitaban a dejar olvidados en ellos alguna pertenencia, como al descuido, para humanizarlos. Cada detalle había sido pensado con esmero, como la mesa de vidrio y el gran espejo que ayudaban a multiplicar el pequeño espacio.

Luisina ni siquiera encontró valor para hablar. Apenas pudo recorrer la cocina y el baño, pasando su mano por todo, como si necesitara del tacto para entender que no estaba dormida.

—¿Te gusta? —preguntó Amanda emocionada.

Pero la respuesta de su amiga la desilusionó.

—No.

—¿Qué le ves de malo?

—Que no puedo pagarlo. No debiste meterte en tantos gastos por mí. ¡Ni siquiera tengo trabajo!

—¿Yo? No, queridita... Jamás invierto en una amiga. No me gusta que se malacostumbren.

—¿Entonces?

—No necesitas préstamos, Lui. A ti te corresponde la mitad de los bienes de tu matrimonio, y...

—Bautista nunca va a aceptar eso.

—Seguramente. Pero tampoco va a poder evitarlo. Así que, mientras tanto, ya pagó por esto y algunas otras cositas...

—¿Otras cositas?

* * *

Por primera vez en su vida Luisina se sintió la feliz propietaria de la lámpara de Aladino. Bastaba frotar el bolso de Amanda para que aparecieran decenas de créditos a su favor, originados en la devolución de mercaderías que al parecer había comprado un día que no podía recordar.

Primero con timidez, y luego con entusiasmo, logró reunir uno a uno todos esos objetos que siempre había soñado y que tenían un lugar propio en su casa reluciente y su nueva vida. Poco quedó sin recorrer de la gran tienda departamental, pero mientras que alguna vez lo había hecho entre llantos, ahora lo hacía maravillada, dando rienda suelta a sus impulsos, sin tener que consultar ni escuchar quejas o lecciones acerca del valor del dinero.

Se sentía libre, entusiasta, y por primera vez en más de diez años se daba el lujo de interrogarse por sus propias necesidades y gustos, sin estar obligada a buscar ese extraño punto medio, que siempre se parecía demasiado a la voluntad de Bautista.

Luego de elegir un número de enseres imprescindibles para llevar adelante una casa, pero que para Amanda carecían de valor, Luisina fue empujada por su amiga hacia el salón de belleza contiguo. También allí gozaba de un

delicioso crédito a su favor. La muchacha transitó por aquel lugar en estado de shock. Durante su matrimonio se había ido despojando lentamente de su femineidad en aras de una faz más doméstica, tan necesaria a la hora de complacer los caprichos de su marido. Si tales caprichos alguna vez incluyeron lo sexual, Bautista nunca lo dijo. Desde el primer día de matrimonio él había confundido cualquier interés de Lui por verse hermosa con una intención aviesa de seducir a otros hombres. “Pareces una puta”, era la frase que acompañaba cualquiera de los esfuerzos de la muchacha por mejorar su apariencia. Y así, poco a poco, había dejado de ser eso, una muchacha, para convertirse en una oscura matrona. Ese era el precio que Luisina se había creído obligada a pagar por ser una señora respetable. Encontrarse ahora en ese culto al hedonismo la hacía sentir extraña, fuera de lugar. Para colmo, aquellas mujeres hermosas la bombardeaban con miles de preguntas imposibles de responder y que dejaban en claro que no pertenecía a su grupo.

“¿Quieres un baño de luz?” “¿Exfolio tus manos?” “Las uñas, ¿cuadradas o clásicas?” A todas ellas respondía Lui con mirada extrañada. Y entonces corría Amanda en su auxilio, dando indicaciones precisas y haciendo exigencias impensadas.

Mientras le cortaban el cabello, Luisina no tuvo valor para mirar. También evitó el espejo a la hora de contemplar el trabajo terminado. No se animaba: era como si estuviera pecando. Y quizás por su falta de entusiasmo, las estilistas comenzaron a dirigirse directamente a Amanda, como si ella fuera la responsable de esa niña incapacitada para responder las cuestiones más simples.

Con la vista todavía baja para no chocar con su nueva imagen, Luisina fue arrastrada por su amiga de regreso a la tienda departamental, pero esta vez a la zona de la ropa.

—¿Te parece bien que sigamos gastando el dinero de Bautista? —se animó a preguntar Lui, acostumbrada por su marido a comprar sólo lo imprescindible.

—Ese dinero es tuyo, y necesitas ropa.

—Podría ir a casa a buscar...

Amanda la enfrentó con crueldad.

—Otra está metida en tus bragas, y la única casa que posees tiene los armarios vacíos.

De nuevo Luisina necesitó de la asistencia de otros para elegir. Su gusto se

había transformado con los años: de aventurero y brillante, a aburrido y sombrío. Ya no llevaba faldas, y sus pantalones eran eternamente negros. El gris era uno de los pocos colores que se permitía, posiblemente a causa de sus molestos cinco kilos de más, pero también para disimular las manchas que su condición de ama de casa le regalaba. Practicidad, economía y limpieza habían sido hasta entonces sus parámetros rectores a la hora de vestirse. Y Amanda se ocupó de que su nuevo guardarropa no cumpliera con ninguno de ellos.

Tampoco en los talles pudo decidir Luisina. No sólo olvidaba los kilos que había bajado las últimas semanas a fuerza de un eterno nudo en la garganta, llanto y algunos vómitos involuntarios, sino que tenía que enfrentar la firme vocación de la vendedora y su amiga por realzar sus curvas, en vez de ocultarlas como ella solía hacer.

La ropa interior fue un capítulo aparte. Acostumbrada a elegir sus bragas y sostenes junto con la carne o el aceite, Luisina no podía entender el punto de probarse prenda tras prenda, como si de una elección correcta dependiera el resto de su vida. Además, la sola idea de gastar una fortuna en algo que nadie iba a ver le producía jaqueca.

—¡Es increíble! —se quejó su amiga al oír sus quejas—. No te asustas por derrochar tu dinero en unas ollas, pero te espantas por invertir en una buena braga con encajes, algo indispensable en cualquier guardarropa femenino.

—¿Indispensable? Eso podría ser antes. Pero ahora que estoy sola...

Amanda no se tomó el trabajo de escucharla. En cambio aprovechó su descuido para filtrarse al inmenso probador. Herida en su modestia, Lui no supo cómo reaccionar, sobre todo cuando la otra comenzó a hurgar su pecho para acomodarlo con gracia dentro de la delicada tela del sostén.

La pobre muchacha ya estaba muerta de vergüenza cuando a la incómoda presencia de su amiga no tardó en sumarse la de dos vendedoras, e incluso la de una clienta aburrida que pasaba por allí. Todas tenían algo que opinar. Y como los conjuntos se sucedían unos a otros, puede decirse que más gente vio esa tarde las piernas desnudas de Lui, que en todas sus vacaciones en Mar del Plata.

Luego de aquel suplicio volvieron a terreno conocido: sábanas y toallas. Pero fue apenas un pequeño oasis. Faltaba el fin de fiesta: el *make up* y los perfumes. ¡Perfumes! ¿Para qué? Cada navidad su suegra le regalaba una colonia. Era siempre la misma: la fragancia que la “buena” señora usaba desde la adolescencia. Puro extracto de vejez y maldad. Por supuesto el frasco

terminaba arrumbado en algún lugar de la casa, junto con los de años anteriores.

También su marido le había regalado una vez un perfume. Sin envoltorio, y con la marca distintiva de la góndola del supermercado, como dejando ver a las claras que era algo de último momento. Pero tampoco había usado ese. Entonces, ¿para qué insistir?

De nuevo no encontró el valor de oponerse a los embates de su amiga. Y cuando ya estaba mareada de tanta fragancia francesa, llegó a su nariz el aroma apropiado. Una mezcla del jardín de su abuela en el verano, y la cocina de su madre cuando todavía había un hombre para quien cocinar. Pero como nada es perfecto en esta vida, Luisina casi sufrió un infarto al conocer el precio de semejante delicia.

—Llevamos el frasco grande —le oyó decir a Amanda, a pesar de su cara de horror.

De inmediato fue empujada a un cómodo sillón ubicado entre reflectores delante de un espejo. Como en el salón de belleza o en el probador, hizo lo imposible por no ver su imagen, fijos los ojos en el piso. Se sentía como cuando su abuela Juana la llevaba al ti vivo: “cierra los ojos para no marearte”, solía gritarle la dulce anciana. Y ella siempre obedecía a su abuela Juana.

Por fortuna la maquilladora resultó más comprensiva que sus demás asistentes: apenas le dio algunos consejos simples para cuidar su rostro, usando luego una base con protector solar, sombras, rubor y labial. Como si se tratara de una lección en la escuela, Luisina hizo lo posible por memorizarlo todo. ¿Qué tan complicado podía ser? Se había maquillado durante años, cuando era joven. Claro que ahora tenía casi cuarenta.

—¡Acabamos! Te llevo a tu casa y...

—¡Espera! —se quejó Lui—. Falta lo principal: comida, artículos de limpieza. ¿De dónde voy a sacar el dinero para eso?

—Débito automático.

—No me parece bien usar tu dinero.

—¡No! Ya te dije que no me gusta financiar a nadie. La tarjeta es tuya, y el débito se hace en tu cuenta bancaria.

—Yo no tengo cuenta bancaria.

—Ahora sí. En el mismo banco que antes.

—¿Tú la abriste? ¿Con qué dinero? ¿El de Bautista?

—¡El tuyo! Con la mitad que te corresponde por ley.

—No quiero nada de eso. Ya bastante con lo que compramos hoy. Y el departamento. Y los arreglos. Y...

—¿No piensas comer hasta que consigas trabajo?

—Bueno...

—Entonces no te quejes. Y ahora vamos. Tengo una cita impostergable a las cinco en punto, así que para el resto tendrás que arreglarte sola.

—¿Vas a encontrarte con tu marido?

—¡Claro que no!

—¿Con tu hija?

—¡No!... Aunque, ahora que lo dices, creo que una de sus profesoras quería hablarme de algo importante... Da igual. La cita es con mi manicura. Con esto de ocuparme de las refacciones de tu casa las manos me han quedado a la miseria.

—No sabía que tú también habías hecho algo allí.

—¿Por quién me tomas?! Las manualidades no son lo mío. Pero el polvillo que tragué mientras iba a controlar me tapó todos los poros. No veo las horas de una buena exfoliación.

Luisina agachó la cabeza. Otra vez esa maldita palabra. ¿Se referiría al azúcar con limón que habían usado en el salón de belleza para frotarle las manos?

La muchacha contempló sus uñas, pintadas por primera vez en años. Y en ese movimiento pudo comprobar la mirada estúpida de un hombre que no le quitaba los ojos de encima. ¿Luciría provocativa?

Aquel gesto meloso tampoco pasó desapercibido para Amanda.

—¡Idiota! Se le ve a la legua lo desesperado que está. Ese tipo no tuvo sexo en años.

Luisina, en cambio, se apuró por las dudas a cerrar el primer botón de su camisa.

Pero eso no evitó que también una mujer la observara con curiosidad. ¡Qué raro! ¿Se vería ridícula?

—¡Bruja! —musitó Amanda, atenta a todo—. Esa de seguro se viste con ropa de supermercado.

—¿Qué tiene de malo la ropa de supermercado? Yo he comprado muy buenas prendas así.

—No seas tonta, cariño. ¿Crees que esos tipos de allí te estarían comiendo con los ojos de estar vestida como cuando te conocí? ¡Por favor!

Por un instante Luisina observó en el reflejo de un escaparate la cara de

enojo de su amiga. ¿Qué era lo que la irritaba tanto?

—Tal parece que voy a tener que acostumbrarme a que ahora también tú llames la atención —respondió la otra como si pudiera leer sus pensamientos.

¡Qué ridículo! ¿Cómo podía Amanda sentirse amenazada por ella? Su amiga era hermosa y llevaba la ropa con una elegancia natural que Luisina estaba segura de no poseer. Aun cuando todo lo comprado hubiera mejorado en un ciento por ciento su apariencia, no podía ni siquiera soñar con competir con ella, ni con los miles de mujeres que había en ese lugar. Las jóvenes vendedoras en los comercios, las bandadas de muchachas con uniformes de colegios privados, las damas de clase alta, como aquella, o esa otra, o la que caminaba al lado de...

Luisina se detuvo ante ese reflejo imposible, eclipsada.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te detuviste? Mira que mi manicura es muy querida y jamás guarda un turno más de diez minutos.

La muchacha parpadeó.

¿Esa era ella? ¿O más bien la que hubiera sido, de no trastocarse su vida por la presencia de Bau? Luisina apenas podía reconocerse en esa imagen extraña de mujer joven y segura, dispuesta a tragarse el mundo.

A partir del primer impacto, el buscar su imagen en todo reflejo que la rodeara se convirtió en adicción. Aún en el auto de Amanda no podía apartar su mirada del retrovisor, ni dejar de sonreír ante la reacción de los otros automovilistas al verla.

¿Esa era ella?

¿Dónde se había ocultado todos esos años?

* * *

¿Dónde se había ocultado Lui todos esos días? ¿Por qué no respondía a sus llamados? ¿Por qué no estaba en la calle Céspedes?

Bautista no lograba dormir. Quizás porque lo enfurecía pensar que su propia esposa pudiera estar en brazos de otro. Aunque..., ¡vamos!, su Luisina no era precisamente una come hombres. Como decía Edmundo, de seguro toda la historia del beso era un invento. Porque, como decía Edmundo, conociéndola a Lui no había otra explicación lógica.

Bueno, a menos que Edmundo estuviera tapando algo... ¡Sí!... ¿Y si él era el protagonista de la historia? ¿Si él había besado a Lui, y por eso ahora trataba de convencerlo de que todo era sólo una fantasía?... Porque no se fiaba demasiado de su compañero de oficina. Ni de Gerardo. Ni de...

Dio otra vuelta en la cama. Desde el día fatal en que había visto a Luisina por última vez que no podía sacarse todo el asunto de la cabeza. Para colmo la vida con Miranda distaba mucho de ser un lecho de rosas. Tontamente había creído que, sólo por ser mujer, su amante iba a convertirse en buena ama de casa. Pero no. La niña era sucia, gastadora, desordenada, caprichosa e invasiva. Estaba empeñada en que él la hiciera de novio: sexo tres veces por semana, (¡como si no tuviera que ir a trabajar al día siguiente!), salidas los sábados, (¿para qué ir al cine, cuando se podía rentar cualquier película en casa?), y un malhumor contagioso. De la comida, ¡ni hablar! Miranda decía estar siempre a dieta, pero Bautista tenía la oscura sospecha de que sólo lo hacía para ocultar su total torpeza en la cocina. Y él ya estaba harto de ensaladitas. Para colmo cada vez que le reprochaba algo, la otra, en vez de callar como Luisina, le hacía frente. “¿Por qué no contratas a alguien? Yo también estoy acostumbrada a que me sirvan”, decía sin empacho. ¡Qué locura! ¡Contratar a alguien! ¿Para qué tenía a una mujer en casa entonces?

Claro que durante los primeros años de matrimonio con Lui habían compartido las tareas domésticas. Pero ahora tenía cuarenta y cuatro, y su paciencia no era la de antes.

A pesar de tener la sábana cubriéndole la cara para no escuchar los ruidos del televisor del cuarto contiguo, Bautista logró percibir la vibración de su móvil. Se apuró a mirarlo, esperanzado. Pero no. No era Lui. Era su hermano, como siempre últimamente, molestando con algo de su madre. ¿Por qué insistía Augusto con lo mismo? La pobre vieja se estaba muriendo, y él la quería demasiado como para verla sufrir. Además, con todo lo de la separación no estaba de ánimos para más dramas. Su hermano, en cambio, era soltero. ¡Qué afortunado! Luego de más de diez años de convivir con Andrea, ella lo había dejado libre sin pedirle nada: ni libreta, ni dinero. ¡Ni un centavo!... Luisina, en cambio...

Abrió el aparato para ver el mensaje: “*Mamá pide todos los días por ti*”.

¡Pobre vieja! No, él era demasiado sensible como para ir a verla. No podía.

¡Qué estúpido Augusto! ¿Acaso no tenía nada mejor que hacer a las once de la noche que andar molestando a su pobre hermano?

* * *

Augusto revisó de nuevo su móvil. ¡Nada!

—¿Te aburro?

—No, por supuesto que no. Es imposible aburrirse cuando una mujer tan hermosa está desnuda entre tus brazos.

—Entonces, ¿por qué miras todo el tiempo ese maldito aparato? Primero fue una llamada de tu estudio, luego tu madre, y ahora tu hermano. ¿Cuándo es mi turno?...

Incapaz de responder con la verdad, aquel bello semental se limitó a besarla con pasión.

—Por un momento temí que me pidieras que me fuera a casa —insistió ella—. Es que... me gustaría quedarme aquí hasta la mañana, para dormir abrazados... Siempre soñé con eso, y ya que esta noche tu esposa no va a venir... ¿No va a venir, no es cierto?

—No. Esta noche estoy solo.

—¡Me encanta! —replicó ella mientras sacudía sus pechos en la cara de su amante.

Augusto se dejó seducir por aquel gesto. Pero de inmediato volvió a ganarle la melancolía.

—Demasiado solo —murmuró para sí—. Demasiado solo.

* * *

Al principio todo fue fácil. Desempaquetar sus compras de la mañana, esperar a los del mercado, acomodar los armarios. Lavar la ropa nueva, limpiar la casa. Humanizarla.

Para las once de la noche Luisina cayó en la cama, rendida. Una cama doble, con sábanas recién salidas de una bolsa plástica, (¡qué asco!, pero, ¡qué remedio!). Una cama a la que le faltaba algo, o le sobraba sitio.

Se extendió en el metro ochenta de aquel colchón inmenso, esperando encontrar algo que la hiciera sentir menos sola y triste. Por un buen rato se

dedicó a remolonear. ¿Adónde estaría Bautista ahora? ¿Pensaría en ella? ¿Por qué no la había llamado? ¿Por qué no la fue a buscar?

Se puso de pie para quitarse la ropa. Al igual que las toallas y las sábanas, tampoco había podido lavar el camisón. Pero necesitaba usar algo hasta que el resto de las cosas se secaran.

Una vez enfundada en la bella seda, contempló su imagen en el espejo de pie que Amanda había elegido para el dormitorio. Se veía increíble. Como cuando era joven y hermosa, su cabello estallaba en cientos de reflejos dorados, sus formas eran invitantes, su vientre había desaparecido, y sus manos lucían prolijas, (¡por primera vez en más de ocho años!). Sí, era una mujer nueva, (o la de antes, ¡vaya uno a saber!), y su nueva apariencia renovaba también su valor. Ya lo tenía decidido. Ni bien amaneciera iría al puesto más cercano en busca del diario para ver los avisos de trabajo. Presentarse a los más apetecibles le iba a llevar toda la mañana.

Pero por la tarde...

Por la tarde volvería a su casa. Pero no a esa tan hermosa que le había construido Amanda, sino a su verdadera casa. A la que tenía con Bautista.

Sí, ya estaba decidido: lo iba a ir a buscar. Quería mostrarle esa imagen de mujer fuerte, segura e independiente que había recuperado, y de la que él se enamorara muchos años atrás.

Quería dejarlo sin aliento.

Quería...

Quería salvar su matrimonio.

CAPÍTULO III

No... No... No... ¡Claro que no!... ¡Ni muerta!

Luisina cerró el diario tratando de sortear su pesimismo.

Argentina estaba sumergida en una crisis propia, dentro de la crisis mundial. Y no sólo era financiera. También su espíritu estaba quebrado. Claro que los índices del gobierno eran auspiciosos, pero esos números poco reflejaban de una realidad que golpeaba fuerte y a todos.

Los avisos ofreciendo empleo eran casi inexistentes. Los pocos que habían, eran muy específicos: sólidos conocimientos de computación, manejo de software, idiomas, experiencia..., y no más de veinticinco años.

El ochenta por ciento de las ofertas estaban concentradas en un solo rubro: el de las “acompañantes”. Y no era raro. Después de todo en un país en que las instituciones se parecían a un burdel no era de extrañarse que las putas estuvieran en auge. Por desgracia Luisina no estaba tan desesperada. Pero necesitaba trabajar cuanto antes. No sólo para pagar su comida, sino para demostrarle a Bautista, (¡y a sí misma!), que todavía podía hacerlo.

Hizo una lista mental de los amigos que podrían ayudarla en su búsqueda. Pero fue inútil. Salvo Amanda, ninguno de los otros excedía la categoría de “conocidos”. Los suyos, los de verdad, se habían ido quedando en el camino, espantados por los desplantes de Bau.

Estaba comenzando a deprimirse. ¿Habría tomado la T4 esa mañana? Claro que sí. Pero se había olvidado de desayunar. Su estómago sonaba ahora de manera imprudente. Luisina suspiró aliviada: ¡al menos no estaba en medio de una entrevista laboral!

Puso unas rodajas de pan en la tostadora, expectante. Siempre había soñado con tener unas de esas máquinas, y que las rodajas saltaran por los aires, doradas y crujientes. ¡Y claro que saltaron! Medio metro, directo hasta el piso. La pobre muchacha sintió ganas de llorar, pero ya se había maquillado y no podía darse el lujo de desperdiciar nada.

Una vez acabado tan frugal desayuno, y mientras observaba su imagen en el reflejo de la cocina de acero, la mente de Lui se iluminó. ¡Claro! Ahora su presencia era excelente. Justo la requerida en todos esos comercios que

atiborraban la calle Cabildo, apenas a unos pasos de su nueva casa. Podía trabajar de vendedora. No tenía experiencia, pero... ¿qué talento se necesitaba para encontrar una camisa en una estantería repleta? ¿Qué tan difícil podía ser?

Abrió el diario, esperanzada.

No... No... No... ¡Claro que no!... ¡Ni muerta!

Volvió a cerrarlo.

Ya no quedaba mucho por vender en un país en donde la mayoría no tenía dinero para comprar. Y trabajar en un porno shop no era su estilo.

¿Entonces?

¿Por qué estaba tan deprimida? ¿Habría tomado la T4?

Otra vez su rostro se iluminó al ver su nueva imagen en el espejo.

¡Qué estaba pensando! Claro que había un negocio en auge: ¡los adolescentes! A la gente le encantaba ahogar el vacío de su vida y la desesperanza comprando cosas para sus hijos. En el armario empobrecido de toda jovencita, sin lugar para educación o libros, nunca faltaban un par de zapatos a la moda o la faldita que era “lo más” esa temporada. Los padres, ocupados en obtener el dinero que sus hijos derrochaban a manos llenas, eran incapaces de negarles nada. Un poco para compensarlos por la poca atención que les prestaban, o quizás por los horrores del divorcio salvaje a los que los habían sometido.

¡Por supuesto! En una sociedad inmadura y pueril, los adolescentes eran los reyes del mercado. Y ella estaba totalmente capacitada para venderles cuanto cosa necesitaran. Después de todo, ¿qué tan difícil podía ser?

* * *

¡Aquello era imposible! Desde la mañana que estaba subida a sus tacones con una sonrisa idiota pintada en el rostro, recorriendo comercios en busca de trabajo.

Muchos ofrecían empleo, a pesar de que la mayoría de las veces las “vendedoras”, (apenas unas niñas), superaban a los clientes. Pero era tal su grado de ineptitud y desinterés, que no resultaba extraño que se necesitaran tres o cuatro de esas adolescentes malhumoradas para realizar el trabajo de un

adulto. Eran incapaces de encontrar algo aunque lo tuvieran delante, estaban pendientes de su móvil o de los chismes de las demás empleadas, y disputaban con sus clientas las mejores prendas. Más de una vez Luisina las vio esconder ropa para usarla luego.

¿Entonces?

Entonces aquello era imposible. Porque siempre chocaba con la mirada sobradora de la niña de turno, de no más de treinta, y a cargo del local, que con una sonrisa cruel en los labios le repetía: “No flaquita, no das el perfil de lo que estamos buscando”.

Lusina ya sabía lo que eso significaba: “Mátate, cariño. Tienes más de veinte, y un culo gordo y feo”.

Esa tienda, la última de la calle, no era la excepción. También allí todo parecía un culto a la juventud. Y por un momento Lui pensó huir. Pero cuando estaba a punto de hacerlo notó que una adulta era la encargada de la caja.

Esperanzada, se dirigió directamente a ella.

—Vengo por el trabajo de vendedora.

—Lo lamento. Estamos buscando dentro de otro perfil —replicó la dama con una sonrisa sincera.

—No puedes decirme eso. No tú. ¿Cuántos tienes? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta?... Sabes que estas niñas que contratas no sirven para nada. No son responsables ni eficientes, ¿entonces?

La dueña del local suspiró antes de responder.

—Yo no impongo las reglas. Este es un negocio como cualquier otro, y aquí gastan los jóvenes. Las mismas madres que usan año tras año el abrigo de cuando eran solteras, espantadas por el precio de uno nuevo, aflojan su mano a la hora de darle un gustito a la nena. Y a las nenas sólo les importa tener lo mismo que todas. Por eso buscamos empleadas a las que les queden nuestras prendas. Cuanto más linda y desagradable sea la vendedora, cuanto más las desprecie, más intentarán ellas parecersele. Estas niñas están acostumbradas a que las maltraten. Es su código. Pero si tú o yo intentáramos hacerlo, pondrían el grito en el cielo. Nada bueno puede salir de la boca de alguien que se parezca a su madre.

—Pero yo podría ayudarlas. Decirles...

—¿Qué? ¿Lo que les queda bien?... Mira a esa niña de allá. Se ve como una payasa, ¿no es cierto? Demasiado gorda para esa falda. Demasiado alta para ese sombrerito... Pues toda esa ropa la compró aquí. Y a mí no me importa cómo se vea, sino pagar la renta a fin de mes... Créeme, no están

buscando orientación. Sólo pasar el rato y olvidar la vida... ¿Puedes culparlas?

—Necesito un empleo.

—Este trabajo no es para ti.

—Cualquier trabajo lo es.

—Este no. La nueva ley permite un período de prueba, sin derecho a indemnización por despido. Por eso las echamos antes de que se cumplan los tres meses. Buena o mala, siempre despedimos a nuestras empleadas para evitarnos problemas. Todos hacemos lo mismo. ¿O acaso no te extrañó que hubiera tanta demanda de personal en época de crisis?

—Entonces tómame por tres meses aunque más no sea. Necesito experiencia en ventas.

—¿No escuchaste nada de lo que te dije? A ellas puedo echarlas porque no necesitan el trabajo para vivir. A ti, en cambio... Yo no hago las reglas. Nos guste o no, estamos atrapadas. Somos demasiado jóvenes como para jubilarnos, pero muy viejas para disfrutar la vida.

Luisina tragó su enojo ante una verdad tan obvia.

—¿Hace mucho que te divorciaste?

—¿Cómo supiste que...?

—Todas las tardes viene una como tú a pedir empleo. Sin experiencia, sin recomendaciones, sin idea del negocio... No te creas, no te juzgo. A mí me ocurrió lo mismo, pero gracias a Dios mi abogado era de los buenos... Mira, si me permites, voy a darte un consejo: ve a lo seguro. Intenta aquello que todas sabemos hacer: cuida niños. No es muy distinto a lo que hiciste con los tuyos.

—Yo no tengo hijos —murmuró Luisina, avergonzada.

—Ah.

Un silencio incómodo se produjo entre ambas mujeres.

Sí. De joven una era tanto como sus posibilidades. Pero a su edad la gente se definía por sus obras: una carrera ascendente, un negocio exitoso, o simplemente hijos.

Y Luisina no tenía nada de eso.

Luisina no tenía nada.

* * *

—Soy demasiado vieja. Al parecer las adolescentes no quieren rodearse de gente que se parezca a sus madres.

—¿Y en una tienda para señoras?

—Buscan experiencia.

—Tendrás que hacer tareas de oficina entonces.

—No sé nada de computación, y las clases salen una fortuna.

Una blonda melena asomó por la puerta del lujoso estar.

—¿Amanda?

La dama se enojó.

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy con una amiga?

—¿Esta es amiga tuya? No tiene el tipo —se burló la muchachita con desdén—. Parece una persona normal.

—Este engendro me pertenece —explicó Amanda a Lui, a modo de disculpa.

Luisina se sorprendió por la figura longilínea de la jovencita. A pesar de su corta edad parecía una modelo, de esas que poblaban las revistas. Altísima, elegante, perfecta. Era imposible no quedar eclipsado por su presencia menuda.

—Esta es mi niña —remató su amiga de inmediato.

—¡No soy tuya! Y hace muchos años que dejé de ser una niña.

—Como tú quieras... Luisina, esta es Candelaria: un verdadero dolor de muelas que padezco desde hace quince años.

—Es que me tuvo a los trece —informó la otra con sarcasmo—, ¿no es cierto, mamita? Lo cual es muy raro, considerando que ahora tienes cuarenta y cinco.

—¡Qué niña estúpida! Si ni siquiera llego a los cuaren...

Amanda se detuvo ante la mirada divertida de las otras dos.

—¡Para qué me gasto! Después de todo la edad no significa nada... Pero, ¿a qué viniste, Candelaria? Es decir, además de molestarme.

—Necesito que firmes esto.

Amanda observó con detenimiento la cartilla que su hija le alargaba.

—¿Reprobada en Lengua?! Olvídate del saco de cuero negro que te prometí.

—Da igual. Se lo voy a pedir a la novia de papi.

—Y olvídate de la autorización para ir a esquiar a Aspen con tus amigos. ¿Eso también te lo va a dar esa bruja?

—¡La única bruja aquí eres tú, Amanda!

—Mamá, para ti.
—¡Me voy a ir a vivir con papá!
—Sabes que el muy hipócrita no te dejaría ir ni a la esquina. Y menos habiendo reprobado Lengua.
—¿No vale de nada mi diez en Computación?
—Con las horas que pasas frente al ordenador es lo menos que... ¡Espera! Se me ocurre algo. Dime, Luisina: como periodista tú debes ser muy buena para redactar y todas esas tonterías, ¿no?
—De hecho comencé como correctora.
—Podrías darle clases a este monstruo.
—¡Eso no es justo! —se quejó la niña—. Si piensas pagarle a alguien para que mis notas suban, prefiero estudiar un poco más y que me des el dinero a mí.
—¿Pagar? Ese no es mi estilo. Jamás le pago a una amiga. Pero ustedes podrían hacer un trueque. Luisina recibiría clases de computación gratuitas, a cambio de sus servicios como profesora.
—¿Clases de computación? ¿Quién se las dará?
—Tú.
—¡Ni loca! —exclamaron Luisina y Candelaria al unísono.

* * *

—Por ser tan vieja aprendes bastante rápido.
—Por ser tan joven enseñas bastante bien.
Candelaria cerró su laptop mientras entornaba sus ojos celestes.
—Me caes bien, Lui. Lo que no entiendo es por qué eres amiga de Amanda. No pareces de su tipo.
—¿Qué tipo es ese?
—Perra.
Luisina sonrió.
—Nada peor que una hija adolescente para juzgar a su madre, ¿no? Las mujeres somos implacables a tu edad.
—No conoces a Amanda.
—Conmigo fue siempre muy generosa.

—Porque la diviertes... Y mamá está siempre muy aburrida. Mientras sólo se trate de hundir a un marido o remodelar un departamento las cosas van a ir de maravillas, porque Amanda es una experta en eso. Pero si algún día se te antoja superarla en algo...

—Eres extraña. A pesar de tus quince años hablas como una adulta. Como una...

—¿Resentida? ¿Esa es la palabra que buscas?

—Bueno, dudo que tu madre aparezca en tu lista de favoritos.

—¿Te parece? ¿Sólo porque destruyó mi vida y la de mi padre?

—En un divorcio la culpa siempre es de los dos.

—Te equivocas. En este la culpa fue sólo de ella.

—No te apures a juzgar sin conocer toda la historia.

Candelaria observó a Luisina de una manera que la puso a temblar: con una sonrisa llena de desesperanza, que echaba sombras sobre su mirada clara.

—Apuesto a que te vino con la historia del resfrío revelador. Casi puedo escucharla: “mis empleadas me robaban, mi hija no me quería, y mi marido me era infiel...” ¿Me equivoco?

Luisina abrió los ojos con desmesura.

—Fue exactamente lo que dijo.

—Pues jamás la vi enferma. La muy perra tiene una salud de hierro. Y si ese día se quedó en casa fue sólo porque la habían despedido. Mamá siempre fue una innovadora, y puede decirse que se adelantó siete años a la crisis del sistema financiero internacional. En el 2001 ella creó su propia crisis, transfiriendo los fondos de algunos de sus clientes para tapar agujeros en las cuentas de otros. Lo hizo durante dos años, hasta que al fin la pescaron. Papá tuvo que poner mucho dinero para salvarla de la cárcel, y ella le pagó con el divorcio.

—Dudo que se separaran por cuestiones de dinero. Estoy segura de que hubo algunas otras cosas, cosas graves y que tú desconoces.

—¿Te refieres a lo de la novia de papá?

—También.

La niña perdió la vista en el vacío, y por un momento Luisina se sintió incómoda. Había hablado de más.

—Gerardo —murmuró Candelaria, ajena a sus dudas.

—¿Cómo?

—Gerardo. Es decir: el último antes del divorcio fue Gerardo. Menos de treinta, morocho, atlético... Amanda siempre tuvo buen gusto. Y sí, él

perteneció a la larga lista de amantes de mi madre.

—¡Candelaria! Estoy segura de que exageras...

—Pregúntale a Amanda. A ella le encanta alardear de sus conquistas.

—Dudo que lo haga delante de ti.

—Desde los cinco años me enseñó a no molestar a “mami” cuando se encerraba con sus “amigos” en el cuarto.

—Dudo que...

—¿Qué? ¿Qué fuera tan obvia? No conoces a Amanda. Le bastaba discutir con papá, para que al día siguiente le diera una lección con cualquier vago. No sólo no lo ocultaba, sino que hacía todo lo posible por hacerlo evidente. ¡Hasta me usaba a mí!

—La haces ver como un monstruo.

—Lo es.

—De seguro tu padre...

—Papá aprendió su lección. Se casó con mamá, quizás atraído por su riqueza, porque no se me ocurre otro motivo. Pero gracias a sus conexiones logró ganar mucho dinero. Más que Amanda al menos. Y eso fue el principio del fin: papá había tenido la osadía de superarla en su propio campo. ¡Imperdonable!

—¿Te parece razón suficiente para una traición?

—Papá fue infiel desde un principio. Pero hay que reconocer que en todo ese tiempo sólo tuvo una amante. De seguro te caería bien porque es buena gente.

—No tan buena, si no tuvo empacho en ser “la otra”.

—No fue tan así. Papá le pidió el divorcio a Amanda ni bien comenzó a salir con Ana. Pero por desgracia para todos, yo ya estaba en camino... Sí, sólo por mí decidieron continuar con la familia. Y desde ese día no han hecho otra cosa más que destruirla.

—Me asusta que a tus años ya hables como una adulta.

—Nunca creí en Santa Claus, y supe el exacto significado de la palabra “amante” aún antes de poder deletrearla.

—¡Pobre niña!

—Guárdate tu lástima. Sólo te conté esto para que sepas cuáles son las reglas del juego. Por ahora Amanda se siente superior a ti. Por ahora se divierte contigo. Pero si algún día eso cambia... ¡cuídate de ella!

* * *

—¡Cuidate de ella! Esa mujer es una víbora.

—¿De dónde conoces a Amanda Ruiz?

—No la conozco. Pero sé que es muy peligrosa. Uno de mis clientes quebró por su culpa.

—Amanda tiene gustos caros, pero ¿tanto como para hacer quebrar a un hombre? —se burló Romero.

—Era su asesora financiera.

—No te preocupes. No es para que atienda mis cuentas bancarias que la quiero.

—¿Entonces? ¿Estás saliendo con ella?

—Si te voy a ser sincero, salimos poco. Pero en la cama nos divertimos bastante. Es una amante de primera.

—Todos dicen lo mismo.

—Menos tú. ¿Noto algo de resentimiento en tu voz?

—Soy lo suficientemente sabio como para alejarme de ese tipo de mujeres. ¿Cuál es ese favor del que habla la nota?

—Está empeñada en que contrate a su amiga.

—¿Y tú?

—No es época de contratar a nadie. Apenas puedo mantener a los empleados que tengo... Pero tampoco me gustaría quedar como un avaro con Amanda.

—Oye, ¿esa amiga no será una tal Ileana Montes, no? Porque acabo de despedirla.

—¿Estás reduciéndote?

—No. Pero la pesqué vendiendo los secretos de mis clientes al mejor postor. ¡Fijate en la nota!, ¿es Ileana?

—No creo... Además me dijo algo así como que su amiga no había trabajado en años.

—¿Qué afortunada!

—Más bien divorciada. Recientemente... Todas lo son. Cada semana recibo al menos a dos, todas sin experiencia pero muy desesperadas. Llenas de buenos propósitos, que duran hasta el día en que la niñera les falta.

—No me opongo a que hagas una obra de bien. Sólo te advierto: fijate que

no sea Ileana Montes. Tu estudio jurídico es el sexto más importante del país, y es lógico pensar que...

—¿El sexto?! ¿Según quién?

—Los números no mienten... ¿Por qué mejor no miras el nombre de esa famosa amiga?

—Sólo por darte el gusto... A ver... No. No se apellida Montes, sino Ramos... Luisina Ramos.

—¿Eso es imposible!

—Lo estoy leyendo de su currículum: treinta y siete años, egresada de periodismo, divorciada... ¿La conoces?

Augusto Stuar sacudió la cabeza con decepción.

—¿A Luisina?... No. Puede decirse que no. Pero...

—¿Entonces?

—Es mi cuñada.

* * *

—¿Eres un idiota!

Bautista alejó el móvil antes de responder.

—¿Quién habla?

—Los demás sólo intuyen lo idiota que eres. Pero yo lo sé con certeza.

—¿Augusto! Qué extraño... No tenía registrado este teléfono. ¿Cambiaste de número?

—No. Te estoy hablando desde el móvil de un amigo, porque es obvio que estás decidido a no responder mis llamadas.

—¿Yo? No. Es este aparato, que...

—Ni te molestes.

—Mira, si es por lo de mamá, yo ya estoy suficientemente complicado.

—Mamá se está muriendo sin necesidad de tu ayuda. Todos los días pregunta por su hijo favorito, y todos los días tengo que inventar algo.

—De verdad, este no es el mejor momento para...

—¿Espera! No te atrevas a cortar.

—No, claro que no —respondió el otro, mientras volvía a acercar el pequeño aparato a su oído.

—Eres un idiota, Bautista. Lo único bueno de tu vida era Luisina, y tú...
Al escuchar ese nombre, el tono de voz del otro pasó de la culpa a la frialdad.

—¡Así que te fue con el cuento!

—¿Lui? Jamás fuimos tan próximos. De haberlo sido, yo mismo me hubiera encargado de que te dejara mucho tiempo atrás.

—¿Entonces cómo lo sabes?

—Me enteré por un amigo.

Bautista se inquietó.

—¿Un amigo? ¿Quién? ¿Lo conozco? ¿Desde cuándo está él con Luisina? ¿Qué tipo de intenciones tiene para con ella?

—¿Estás celoso? ¿Tan pronto te arrepentiste de dejarla?

—¡Por supuesto que no! —mintió Bau—. ¿Tu amigo no te contó también que Luisina andaba por allí besándose con otros?

—¿Luisina? No lo creo.

—Ella misma me lo confesó.

—¿Por eso la dejaste?

Un silencio elocuente invadió la línea.

—Eres un idiota, Bautista. Un gran idiota. ¿Quién es ella?

—Mi secretaria.

—¿La morocha fea?

—La veinteañera voluptuosa. Y en la cama...

Augusto cortó la llamada.

Sí, su hermano era un verdadero idiota.

* * *

—No sé cómo conseguiste el empleo. El viejo está cada día más miserable. La verdad es que lo creía más dispuesto a despedirme, que a contratar a alguien nuevo.

—Una amiga intercedió por mí.

—¿Amanda Ruiz?

—¿Cómo sabes?

—Ay, querida Luján, tu amiga ha llamado día y noche durante la última

semana.

—Mi nombre es Luisina, no Luján.

—Yo soy Eni. Disculpa que me vea tan zaparra, pero hoy no estoy en el mejor de mis días.

—¿“Zaparra”?

—Zaparrastrosa. ¡Ni siquiera tuve tiempo de lavarme el cabello!

Lui se inquietó. Al parecer el peor aspecto de la otra era semejante al suyo en los días de fiesta. Su nueva compañera se veía elegante y estaba maquillada con esmero. La ropa de marca combinaba a la perfección, y no resultaba fácil distinguirla de las jóvenes abogadas que pululaban por el estudio.

—¡He tenido una mañana de locos! —continuó Eni, mientras arrojaba un pilón de carpetas sobre el que iba a ser el escritorio de Lui—. Fíjate que justo ayer al estúpido de Gas se le ocurre salir...

—¿Gas?

—Gastón, mi marido... Bueno, al menos lo es por ahora, porque luego de la escenita de esta mañana no creo que dure mucho más a mi lado.

—¿Qué se supone que debo hacer con estas carpetas?

—Pasa las cartas, ordena los escritos... Yo soy pésima mecanógrafa, porque si no te ayudaría... ¡Ah!, y lo quieren antes de las cinco.

—¡¿Todo esto?!

—Tú puedes, Lui. Estoy segura de que puedes. Yo, en cambio... ¡No sabes la escenita de anoche! Se suponía que Gas iba a ir a tomar unas copas con sus amigos. Yo, muy comprensiva, le dije: “¿así de zaparra piensas ir con tus amigos? Sin decir más le acomodé una muda decente sobre la cama y me fui a dormir. ¿Qué hace Gas? Llega a las siete de la mañana con un olor a cerveza y perfume barato insoportable. ¡Ni te imaginas la escena después de eso!

—Me parece perfecto que te enojaras. Es un desubicado.

—¡¿Yo, enojada?! Al contrario. Yo estaba feliz. Mi marido está grandecito, y si quiere ir por ahí es asunto suyo. Yo respeto mucho la libertad de la gente, así que no le dije nada. ¡Y entonces se enfureció!: “que tú eres la única esposa que no llamó en toda la noche”; “que vengo con olor a puta y no te importa”; “que ya no me quieres”; “que de seguro tienes otro macho por ahí para que te atienda”.

—¿Y lo tienes? —preguntó Lui horrorizada, (aunque no tanto por el relato de su compañera, sino por las muchas carpetas que la otra seguía apilando sobre su escritorio).

—¿Yo? ¿Un hombre? ¡Por favor! Huyo hasta de los perros machos... Un

tipo es siempre un dolor de cabeza: tienes que pedirle permiso hasta para respirar; lavar sus calzones; bajar la tapa del retrete; ¡y encima soportar sus berrinches! Y yo lo único que quiero luego del trabajo es tomar una ducha caliente, ponerme zaparra, escuchar buena música, y beber unas cervezas... Mi marido, en cambio, tiene esta cosa familiar tan...

Un ruidito agudo que contrastaba con la voz grave de la muchacha inundó el lugar.

—¿Qué es eso? —se preocupó Lui.

—Mi celu... Deja ver... ¡Ay!, ¡qué asco!... ¿Gas? —preguntó al aparato —. ¿No puedes arreglarte solo?... Sí, está en la mesita.

Cerró su teléfono con furia.

—¡Lo dicho! Es un inútil —se justificó ante Lui, que ya estaba tipeando en su ordenador a toda máquina—. Ni siquiera a la hora de mudarse encuentra sus cosas.

—¿Va a mudarse?

—Con la madre.

—¿Cuánto llevan de casados?

—Ocho años. Los peores de mi vida.

—No digas eso. Ni bien te quedas sola vas a comenzar a extrañarlo.

—¡¿Yo?! —

—¡No sabes lo que es que nadie te espere!

—Sí que sé: menos problemas y complicaciones. Más cerveza para mí.

—Salir sola...

—Eso lo reconozco: él me llevaba en su auto a todas partes. Tendré que volver al transporte público. Pero es un pequeño precio a pagar por mi libertad.

Luisina tecleó con más fuerza. Para lo único que ella había aprovechado esa libertad era para llorar sin testigos.

¿Acaso había algo más que una mujer podía hacer estando sola?

* * *

—¿Qué es eso?

Candelaria sonrió. Ya estaba acostumbrada a la inocencia de la amiga de

su madre.

—Facebook.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo puedes ser que no lo sepas? Hasta los niños tienen uno.

—Conozco el concepto: es una red social. Pero nunca vi una página como esa en la vida real.

—¡Sólo tú! —se burló la niña—. Mira, esta es la de la ex de mi ex.

—¿Tú tienes “ex”?

—Varios.

—¿A los quince años?!

—Suenas como mi madre, Lui. ¿Quieres que te muestre? Mira, aquí la muy idiota está en Aspen.

—¿Por qué van a Aspen a esquiar?

—Porque las pistas europeas son costosas.

—Pero aquí...

—“Aquí” no existe. Sí, ya sé que en la Argentina tenemos lugares excelentes para hacerlo, pero... ¿cuál sería la gracia?

—¿Esta también es ella?

—La del parapente. Y ahí está en un torneo de polo, junto a mi ex. ¡Ojalá ese idiota se caiga del caballo y se parta dos dientes!

—¿Todas estas cosas hizo tu amiga?

—Mi Facebook es mucho más divertido.

En cuestión de segundos Candelaria paseó a su atribulada discípula por un millón de imágenes que la tenían por protagonista. Aventuras que la otra apenas se atrevería a soñar. Todas las poses de la niña eran más propias de una mujer sensual, y muchas involucraban a muchachos que, como ella, no tenían vergüenza en hacer alarde de su sexualidad.

Luisina observó las imágenes con algo de horror y mucha maravilla, mientras una idea se apoderaba de su mente: ¿qué pondría ella en un Facebook?

Por cierto, recordaba algunas fotos hermosas que podrían ilustrar su infancia: una con su padre, una tarde de primavera, sentados sobre el “Trueno Dorado”, mostrando el trofeo que acababan de ganar; otra, patinando con amigos por la plaza. Algunas de su fiesta “de quince”. Una decena de los años de redacción, cuando cada día era una aventura que valía la pena ser contada. Quizás un par de su boda. Y luego... nada.

No podía imaginar ni una sola cosa que valiera la pena ser recordada de

los últimos ocho años de su vida. Ni vacaciones, ni paseos. Y mucho menos el sexo.

—Te quedaste muda, Lui.

—Quiero tener un Facebook.

—¿Para qué? El Facebook ya fue. Es el pasado. A nadie le interesa.

—No importa. Yo quiero tener uno.

—¿Para qué?

—Para que los demás sepan que, aunque parezca lo contrario, todavía no he muerto.

* * *

—¡Estoy muerto! No veo las horas de llegar a casa y tirarme en un sillón para ver el partido y comer algo —logró decir Bautista justo antes de abrir la puerta de su departamento y enfrentarse con la cruel verdad.

El sillón con el que tanto soñaba estaba cubierto de ropa sucia y ocupado por el nuevo integrante de la casa, Chespirito, el gato gris de Miranda. El cable permanecía desconectado por falta de pago, a pesar de que en más de tres oportunidades había dejado el dinero de la cuenta sobre la mesa de la cocina. Y el refrigerador estaba tan vacío como la cabeza de su novia.

—¡Esto es un desastre! —exclamó con desesperanza—. Mejor me voy al club con los muchachos.

Miranda se entusiasmó.

—¡Yo también!

—¿Quieres venir al club con mis amigos?

—No, tontito. Quiero ir de tragos con las chicas.

Bautista se impacientó.

—¿Y quién va a arreglar este tiradero?

—¿Lo dices por la ropa sobre el sillón? Está limpia. Bueno, quizás con algunos pelos de Chespirito, pero él también está limpio... ¿Compartimos taxi?

—No, deja. Yo salgo luego.

Miranda se fue sin pensarlo dos veces, mientras Bautista comenzaba a recoger las cosas del piso. Sostenes, bragas, varios zapatos de tacón bien

afilado. Todo parecía olvidado allí con el único objeto de burlarse de su desgracia.

Mientras, una sola idea le taladraba la mente.

¿Dónde estaría su Lui?

* * *

¿Dónde estaría Bau en ese momento?

De seguro en la cama, disfrutando del cuerpo gordo pero turgente de su novia. Extasiado por sus habilidades en materia de sexo. Llenando hojas de un Facebook reservado a la intimidad de los dos amantes.

Ella, en cambio, miraba entristecida la página vacía del suyo. Ahora no tenía excusas.

¿Qué era eso tan maravilloso de lo que su vida de casada la había privado? ¿Qué era lo que su compañera de trabajo extrañaba tanto?

Luisina se sentó en el piso de la sala, como lo había estado haciendo desde que se mudara allí. El sillón, hermoso y confortable, era demasiado blanco y temía arruinarlo. Marcar la tela delicada con su gordo trasero. En cambio le gustaba echarse sobre el piso fresco para atenuar el calor. Claro que tenía aire acondicionado, pero era un lujo que prefería no darse. Estaba harta de derrochar el dinero de Bau. Soñaba con regresarle a la brevedad todo lo que pudiera. Porque, por mucho que dijera Amanda, no sentía nada de aquello como propio. No había trabajado para ganárselo. Y, además, ella misma no combinaba con ese piso coqueto y hermoso. Su casa era otra: la casa de Bau. A su lado la vida cobraba sentido. Lejos de él la esperaba un futuro de oscura secretaria, sola y aburrida.

Luisina cerró los ojos tratando de recuperarse. Quizás sólo estaba baja de T4 y por eso veía la vida tan negra. O quizás, todo lo contrario, estaba hipertiroidea a fuerza de tanto remedio. Después de todo no había vuelto a recuperar peso y se sentía nerviosa e insomne. O, lo más probable, sólo era otra divorciada patética, asqueada de su soledad.

Se puso de pie, ordenó la silla que había desacomodado al hacerlo, y se dirigió al baño. Abrió el agua de la ducha y comenzó a desvestirse.

Como surgido de sus más oscuras pesadillas, el baño era ahora, gracias a

los esfuerzos de Amanda, una gran superficie reflectante. La pared principal tenía un espejo de piso a techo que mostraba sin piedad todo lo que había en el interior del cuarto bien iluminado: las canillas relucientes, los frascos hermosos de perfumes caros, las toallas apiladas en un perfecto degradé de tamaños y colores...

Y Luisina.

Durante las dos semanas que llevaba viviendo allí había hecho todo lo posible para evitar ese reflejo que imaginaba cruel.

Pero esa noche estaba demasiada cansada y muy triste. Las horas en la oficina habían sido largas. Todavía resonaba en su cabeza la voz de su jefe. Y la certeza de que Bau estaba con otra perforaba su corazón lastimado. Quizás por eso, por no sentirse tan sola, clavó por primera vez la mirada en su reflejo desnudo.

Le costó reconocerse. Su vientre estaba plano, su cabello lucía hermoso y ordenado. Era como si los últimos diez años no hubieran transcurrido nunca.

Por un momento se sintió esperanzada.

Quizás no estaba dicha la última palabra. Ahora era delgada, bastante hermosa e independiente.

Quizás no era tarde como para recuperar su vida.

Quizás todavía estaba a tiempo de reconquistar a Bau.

* * *

Bautista observó su reflejo en el espejo de la sala. Su cabello estaba revuelto y el pijama se abría de forma indecente a la altura de su vientre abultado. ¡Demasiadas pastas!

Pero tanta grasa no era sólo a causa de la falta de empeño que Miranda ponía en la cocina. También la cerveza que embuchaba por las noches para olvidar su infelicidad estaba apoderándose de su figura, destruyendo su juventud.

La vida lejos de Luisina no estaba resultando.

¿Podría recuperarla?

Era demasiado orgulloso como para reconocer su error ante ella. Correr en su búsqueda no era una opción. Pero estaba seguro de que si alguna vez la

vida volvía a reunirlos frente a frente, iba a terminar arrojándose a sus pies para que lo perdonara.

Quería su vida de regreso. Su dinero, su casa, su orden, su comida, su libertad. Su mujer.

Necesitaba a Luisina, pero...

¿Podría recuperarla aún?

* * *

Luisina miró su reflejo con satisfacción. Su cabello ondeado lucía sexy, y ese vestidito púrpura delineaba su figura. Ahora era una mujer nueva. O la misma que fuera tantos años atrás, cuando Bautista se había enamorado de ella. Otra vez era independiente, bella, libre. No había motivos para que su marido se avergonzarse nunca más.

Estaba decidida: iba a intentar reconquistarlo. Lo contactaría con la excusa de hablar del divorcio. Quería que la viera así, perfecta. Se mostraría displicente para azuzar sus celos. Escucharía sus confidencias. Las quejas sobre Miranda, porque a esa altura debía tener muchas. Conocía a su marido. Era un hombre exigente, incapaz de conformarse con algo menos que la perfección... ¿Sería ella quien propusiera la segunda cita? ¿Por qué no? Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de salvar su matrimonio. Hasta suplicar, (después de todo ya no tenía edad para ser orgullosa). Su apariencia había mejorado, era cierto, pero sólo se trataba de eso: apariencia. El reloj seguía corriendo, inexorable, y en un año o dos no habría centro comercial capaz de transformarla otra vez en una mujer hermosa.

—¡Parada, por favor!

Con torpeza Lui logró abrirse paso entre la multitud para descender del bus.

Caminó por las mismas veredas que tantas veces había recorrido cargada con bolsas del mercado. Pero ahora no podía evitar sentir las como las calles de un país ajeno.

También le resultó extraño entrar a su antiguo edificio. Todavía guardaba como un tesoro la llave de la puerta de calle. Por un momento dudó en usarla.

Pero fue sólo un momento.

No quería que Bautista tuviera tiempo de reaccionar. Que se pusiera en guardia. Por el contrario, intentaría sorprenderlo con el timbre. Quería compartir de nuevo con él esa dulce intimidad del despertar de los sábados, mientras se preparaba para ir a jugar al golf.

Sí. Subiría sin anunciarse. Sin darle tiempo para rechazarla.

Desayunarían juntos, y luego...

Abrió la puerta de calle con lentitud, como si estuviera en falta. La mirada sorprendida del encargado la asustó. De nuevo tuvo la sensación de ser una extraña en esa casa en que había vivido tanto tiempo. De repente era como si su vida anterior nunca hubiera existido.

Apretó el paquete con las galletitas y subió al elevador.

Sí, desayunarían juntos. Y entre galletita y galletita, esas que Bautista adoraba y que a ella le salían tan bien, él recordaría las noches en que ponía un par junto a la taza con leche y coñac, para endulzar aún más el sexo que se aproximaba.

Para cuando se detuvo frente a la puerta de la que antes llamaba “su casa”, sus fuerzas volvieron a flaquear.

¿Y si a pesar de todo, (los kilos de menos, la ropa cara, su nueva independencia), Bautista todavía no la quería?

Entonces iba a arrojarse a sus pies. Le suplicaría sin sentir vergüenza.

Cerró los ojos y apretó el botón del timbre.

¿Se notaría que estaba temblando por dentro?

—¿Puedo ayudarte?

Al oír la voz chillona de una mujer extraña, Luisina comenzó a temblar, pero esta vez también por fuera.

—¿Quién eres? —le preguntó confundida.

—¿A quién buscas? Fuiste tú la que tocó el timbre.

—¿Trabajas en casa del Ingeniero Stuar?

—No, querida —respondió la otra con cierta altivez—. Soy la madre de la esposa.

Luisina observó a la mujer con el mismo asombro de aquel que contempla su imagen en un espejo que deforma groseramente.

—¿La esposa de Stuar? —repitió incrédula.

—Quizás conocías a la otra. A la vieja. Pero ella ya no vive aquí... ¿A quién buscas?

—Al ingeniero.

—Fue al mercado a hacer las compras de la semana.

¡¿Al mercado?! En tantos años de casados Bautista jamás había realizado una compra para la casa. Ni siquiera al principio, cuando sólo ella trabajaba, (¡y eso que lo hacía seis días a la semana, más de diez horas por día!).

Era tan extraña la noticia, que Luisina no se hubiera sorprendido más de haberle dicho que su ex estaba navegando por el espacio exterior.

—¿Te sientes bien, querida? —preguntó la dama, preocupada.

—¿Bautista fue al mercado?

—El refrigerador estaba vacío... ¡Estos chicos jóvenes! Creen que sólo con el amor alcanza... Pero, pasa... Pasa. No quiero que mi yernito piense que no atiendo a sus visitas.

—¿Usted también vive aquí?

—Yo no quería... Pero esto era un verdadero chiquero. Y, claro, ¡para limpiar se acuerdan de la madre!... Entra, querida. Tienes mala cara.

Antes de dar un paso Luisina volvió a chequear el exterior de la puerta. ¿Se habría equivocado de departamento? En más de diez años Bautista jamás la había acompañado al mercado. Y en cuanto a su suegra, (la verdadera), él hasta se había molestado la única noche que llegó a deshora, sólo para informarles que estaba muriendo de cáncer.

—Siéntate niña, que tienes cara de haber visto un fantasma.

Todavía conmocionada, Luisina se dejó conducir al interior del lugar.

Podía reconocer sus muebles. Habían caminado un mes completo hasta encontrar unos que le gustaran a Bau. Pero vistos así, con ropa colgando sobre ellos, las sillas en desorden, la mesa abarrotada de cosas, lucían muy distintos. A pesar de ser un día radiante las persianas estaban cerradas. Incluso la del balcón caía en desorden, víctima de un desperfecto que nadie se había ocupado en reparar.

La vieja matrona la empujó hacia uno de los sillones de pana verde, y en el mismo momento en que Lui se abandonaba sobre él, sintió que algo la rozaba, escapando con fuerza. Un maullido agudo lastimó sus oídos.

—¡Gatos de mierda! —gritó la dama sin eufemismos—. Estos bichos miserables se creen dueños de todo. Con tantas cagadas están poniendo el parquet a la miseria, ¡y después soy yo la que limpio!

Y entonces Luisina reparó en el suelo mancillado. Durante años había recorrido con un trapo encerado cada una de las tablas de la madera. De rodillas había frotado los rincones olvidados por la lustradora, quitando el polvo de las juntas. Años. Ocho años, cada semana. Cincuenta y dos veces cada año. Tres horas cada día de esas cincuenta y dos veces, durante los

últimos ocho años. Y ahora, apenas en unos meses, había arañazos, manchas, suciedad. Y un gato se adueñaba del mismo sillón que Lui se había resistido a usar sólo por miedo a marcar la delicada pana.

—Tengo que irme —atinó a decir, incapaz de soportar tanta destrucción.

—¿De veras? ¡Qué lástima! Nunca recibimos visitas... Y ya me estoy cansando de escuchar pelear a esos dos.

—¿Se pelean mucho?

—¡Peor son los gritos que pegan cuando se reconcilian en la cama!

—Tengo que irme —repitió Luisina mientras se lanzaba hacia la puerta con violencia.

Tanta, que en su huida golpeó una bolsa negra de residuos que alguien había dejado olvidada junto a la entrada. Intentó vanamente detener la catarata de objetos que salían de sus entrañas. Y recién luego de juntar algunos logró reconocerlos.

—Deja eso, querida... Luego lo levanto. Son unos juguetitos de plástico sin valor. Porquerías que juntan los hombres... El tonto de Bautista tenía una habitación llena de ellos y quería mandarme a dormir a las dependencias de servicio, como si fuera la criada. ¡Justo a mí! Pero ahora estas porquerías irán a la baulera, que si fuera por mí, de una patada a la basura.

—Me voy —repitió Luisina, incapaz de decir otra cosa.

—Pero ni siquiera mencionaste tu nombre, querida. O el motivo de tu visita.

—Es que... Creo que me equivoqué. Esta no es la casa que busco.

—¿Pero no preguntaste por el Ingeniero Stuar?

—Sí... Pero es evidente que lo confundí con otro.

—¿Entonces no conoces a Bautista?

—No... Créame, este hombre no es el que yo conozco.

* * *

Luisina encendió las luces de su departamento. Su verdadero departamento. El que había elegido ella, solita y sin ayuda, cuando todavía tenía derecho a elegir. Claro que ahora se veía muy distinto: estaba decorado según el gusto moderno e impersonal de Amanda. Y como el departamento de

Villa Urquiza, también este le resultaba ajeno.

Miró a su alrededor e hizo algo que nunca había hecho en todos sus años de vida adulta: tiró el bolso al suelo, se quitó los zapatos, puso la música a todo volumen, y sin más, se arrojó al cómodo sillón como quien lo hace a una piscina de agua tibia. Se revolvió en él hasta hallar el punto perfecto. El lugar justo para imprimir su forma en la tela. Para convertirlo no ya en un bello sillón perfecto, sino en “su” sillón, el que le resultara cómodo a ella, para hacer lo que tuviera en ganas.

Cerró los ojos. Pero la imagen de esa casa a la que dedicara tantos desvelos lastimaba ahora sus retinas, así que volvió a abrirlos.

Y miró el departamento de la calle Céspedes, su departamento, como por primera vez.

Quitó los cuadros, tan decorativos como vacíos, y los acomodó en el corredor común, junto a la basura. Corrió la mesa de café de su lugar perfecto, para ubicarla allí adonde le serviría para apoyar los pies o dejar la copa de vino mientras miraba la tele.

Fue hasta su dormitorio, buscó entre la ropa nueva el camisón de seda negra que se había prometido estrenar el día que reconquistara a Bautista, y se lo puso sin más. Era delicioso sentir el frío de la tela escurriéndose por su piel. Se contempló en el espejo satisfecha. Lucía increíble. Se sabía hermosa. Y no necesitaba de nadie más.

Volvió a la sala, rebuscó en su bolso hasta encontrar un grueso marcador negro que le habían dado en el trabajo para rotular las carpetas de los distintos casos. Lo tomó, y sin que le temblara el pulso comenzó a escribir en las paredes impolutas.

“Soy joven. Soy hermosa. Soy yo. Y no necesito de nadie más para ser feliz”.

Luego se dirigió a la otra pared.

“Sin excusas. Sin mentiras. La libertad asusta, pero vale la pena”.

Subió la música, disfrutó de sus acordes, se sirvió una copa del licor que hasta ahora no se había animado a descorchar, (¡mejor guardarlo para las visitas!), y se sentó en el sillón blanco, buscando aquel lugarcito propio en donde estaba más cómoda.

Miró la pared. Ya no lucía perfecta. Ahora tenía sus trazos en ella. Ahora era real.

Se dejó acariciar por la seda del camisón mientras disfrutaba de la fuerza del alcohol, embriagada por la música.

Sonrió satisfecha.
¡Linda letra!

* * *

—¡Qué cara! ¿Mal de amores?
—¿De verdad te importa?
Alicia Andrade miró a su colega con curiosidad.
—No te enojés. Era sólo un comentario... Pensé que...
—¿Qué?
—¿Vas a ladrarme todo el día?... ¿Qué te ocurre conmigo, Blas?
El otro se desarmó ante sus ojos.
—Nada... Es sólo cansancio. Hace dos semanas que no levanto la vista de mi laptop. La Fundación me pidió que preparara un curso a distancia para médicos del tercer mundo, y no encontré valor para negarme.
—Pues a mí me contó un pajarito que el tiempo te alcanzó y sobró como para salir al menos cuatro veces con una misma muchacha. ¿Tengo que ir buscando regalo de bodas?
La mirada azul de Blas se suavizó.
—¿Quién te dijo esa tontería?
—Se dice el pecado, pero no el pecador.
—Pues tu pajarita anda por allí un tanto alcoholizada. O demasiado celosa... ¿Seguro que no te crecieron plumas?
—¿A mí?... ¡Claro que no!... Mi pajarito existe. Y si la historia de las cuatro citas es falsa, imagino el motivo de mi informante para esparcir semejante rumor.
—¿Cuál es ese motivo?
—Creo que cierta secretaria está un poco celosa de tus ausencias, y trató de usarme para averiguar en qué andas.
—¿Por qué a ti?
—Todos saben lo que hacemos en el cuartito de ropa blanca los jueves por la noche.
De nuevo Blas la lastimó con el hielo cortante de su mirada clara.
—Lo que todos saben es que, a pesar de ser amantes, a ti te importo poco.

Que soy sólo un divertimento en tu vida. Algo para llenar espacios vacíos... Tu indiferencia es tan brutal, que lo mismo te da que me acueste con otra o que me case.

—¡Eso no es cierto! Por supuesto que me importas. Siempre intenté alentarte para que formalizaras una relación.

—¿Como la tuya con Pedro?

—¿Por qué no?

Blas le dio la espalda, sólo por no golpearla.

Esa mujer le hacía mucho mal.

—¿Se puede saber de qué se trata todo esto? —refunfuñó la joven doctora —. Tú y yo lo hemos pasado siempre bien, sin condicionamientos ni mentiras.

—¿Y si te dijera que me cansé de eso?

—Nadie se cansa del sexo. Sobre todo si funciona tan bien como el nuestro.

—¿Alguna vez te importé algo?

—¡Eres tan trágico! Suenas como una mujer... ¿Por qué empiezas justo ahora con este tipo de planteos? Sabes que soy casada y no me parece justo para...

El otro la interrumpió.

—¿Para quién?... ¿Para tu marido?

—Sí. Para él.

Blas tomó distancia, pero Alicia se apuró a llegar de nuevo hasta él para abrazarlo.

—No seas así... Trato de hacer lo mejor para todos.

Su compañero suspiró. Y luego comenzó a hablar, como si necesitara desahogar su conciencia.

—Ayer fui al cóctel de la Fundación.

—¿Con esa niña de las cuatro citas de la que no quieres hablarme?

—Con Inés. Ella conoce a todos en la Fundación. Me presentó a mucha gente...

—Gente aburrida, de seguro. ¡Odio esos cócteles que organiza mi madre para recaudar fondos!

—Inés me presentó a un hombre. A un pobre tipo, muy amargado porque su esposa lo había dejado por otro un año atrás.

—De seguro se lo merecía... ¿Era el supervisor general? Porque escuché por ahí que la esposa no perdona a nadie.

—No, no fue él.

—¿Entonces?

—Ayer conocí a Pedro Pérez.

El gesto de la muchacha se endureció. A pesar de estar en la mitad de sus treinta, parecía haber envejecido diez años sólo por el giro de la conversación.

Cansado de esperar una respuesta, Blas continuó.

—Es paradójico, ¿no? El esposo informándole al amante que su mujer los traiciona a ambos.

Alicia se sobresaltó.

—¿Le dijiste a Pedro que eras mi amante?

—No. Los dos estábamos demasiado amargados como para entablar una charla. Si mi nombre le resultó familiar, no me lo dijo... ¿Quién es el otro?

—Hace más de seis meses que sólo me acuesto contigo —confesó avergonzada.

—¿Dejaste a tu marido por mí?

—Lo dejé porque está loco. No quiero seguir más a su lado.

—¿Entonces no hay otro? —preguntó él con dulzura, intentando tomarla entre sus brazos.

Pero Alicia se soltó con furia.

—No sé qué les pasa a ustedes, los hombres —estalló—, pero a fuerza de ser “sensibles” se han convertido en niñitos llorones, incapaces de aceptar que nuestra vida continúa aun cuando ustedes no estén presentes.

—¿Qué quieres decir con esa tontería?

—¡No! No hay otro. Pero sólo porque no existe nadie a quien yo pertenezca. Tú eres mi amante, es cierto. Pedro es mi marido. De los dos obtuve tanto como entregué. Estamos en paz. Y lo último que quiero es tener que soportar otra vez escenas como esta. Mi padre murió hace mucho, y no tengo hijos, así que no le debo explicaciones a nadie.

—Siempre creí que me amabas... Y que si no estábamos juntos era por respeto a tu marido.

—¿Por qué pensaste eso? No hacía más que tratar de emparejarte con cuanta niña pasaba por tu cama. ¿Qué te hizo creer que lo nuestro era algo más que sexo?

Blas agachó la cabeza.

Al verlo así, bellísimo, con los gruesos lentes deslizándose sobre su nariz, el cabello desordenado sobre la frente, y los labios apretados con crispación, Alicia sintió un poco de lástima.

Parecía un niño a quien su madre había abandonado.

Y ella no era la madre de nadie: ni de Pedro, ni de Blas. Ambos, cada uno a su manera, eran amantes increíbles, pero...

¿Por qué a los hombres les costaba tanto madurar?

* * *

¿Por qué a los hombres les costaba tanto madurar?

Esa mañana Luisina ya había entrado de nuevo en razones. Los cuadros que apiñara la noche anterior en la basura estaban otra vez prolijamente ubicados en su lugar: tapando los buenos propósitos que su dueña había garrapateado en la pared.

De nuevo Lui era la muchacha complaciente en busca de halagar. Intentado recuperar su matrimonio, (su lugar en el mundo).

Bautista había llevado a esa arpía y a su madre a la casa, ¿y qué? Era imposible que cambiara tanto en tan poco tiempo como para estar contento con esas dos brujas allí. De seguro ya se sentía miserable a su lado, pero no encontraba la forma de deshacerse de ellas. Una vez más, como desde el principio de su matrimonio, Lui iba a tener que correr en auxilio de su marido, remendando sus desatinos. Ella, y no otro, tendría que ahuyentar a las brujas. Y como siempre su trabajo no podría salir a la luz. El ego de Bautista tenía que permanecer incólume..., al menos ante Lui. Esa era la condición no escrita a la hora de salvar su matrimonio: una vez que volvieran a estar juntos, ambos simularían que nada de todo eso había ocurrido.

¿Acaso un matrimonio duradero no se basaba en la habilidad de ambos cónyuges para guardar secretos?

¿No era el precio de la estabilidad marital una larga lista de silencios y deseos no expresados?

Algo resonó en el interior de la muchacha. De nuevo pudo escuchar la voz de su marido pidiéndole el divorcio.

¿Por qué lo había hecho?

¿Acaso alguna vez ella le había objetado sus largas ausencias?

¿Acaso alguna vez ella le había objetado algo?

Mil veces hubiera preferido la mentira al divorcio. Y no precisamente

porque fuera feliz al lado de Bau. Pero al menos junto a él tenía una vida, y no como le ocurría ahora. Porque, ¡para qué engañarse!, cada mañana abría la página de su Facebook buscando un nuevo contacto, sólo para darse cuenta de que todo seguía como el día anterior: sin fotos, sin amigos... Sin vida.

A pesar de que apenas despuntaba el sol tomó otra copa de vino para encontrar de nuevo el valor que unos minutos atrás parecía sobrarle.

Ya lo tenía todo planeado. Tiempos desesperados requerían medidas desesperadas.

Se contempló en el espejo. ¿Por qué no? Claro que su vientre estaba chato, (¡sólo por no ensuciar no comía!), pero eso podía arreglarse.

Tomó un almohadón, de los miles con que Amanda había decorado su casa, y lo ocultó entre sus ropas.

Volvió a observar su reflejo. Y esta vez no pudo evitar unas lágrimas estúpidas, (como todo en su vida), que comenzaron a caer en catarata.

Desde el día aciago en que el doctor Blas le había anunciado su imposibilidad de concebir, no dejaba de considerarse a sí misma como media mujer. Sabía que eso era estúpido. Que su femineidad no empezaba ni terminaba en un hijo. Sabía que... ¡Sabía tantas cosas! Pero su corazón se empeñaba en decirle todo lo contrario desde entonces.

Media mujer.

Siempre había amado esa deliciosa complicidad con su madre. Juntas habían soñado con hijos y nietos, no como algo posible, sino con la tranquila seguridad del que sabe que en algún momento del día, aún a pesar de las nubes, asomará el sol. Pues ese sol nunca iba a asomar para ella. Su vientre sólo podría abultarse por grasa o con estopa. Y así se sentía en ese preciso momento: una mujer de estopa.

Media mujer.

Pero esa niña completa y rechoncha no lo sabía. La amante de su marido ignoraba todo acerca de ella, porque de seguro Bautista no había tenido tiempo en medio de tanta pasión para hablar de su ex. Y mucho menos de su infertilidad. Después de todo la culpa era suya, por exigirle usar un DIU. ¡Tenía que sentirse aunque fuera un poquitín culpable!

Casi estaba lista. Y sí, se presentaría allí, en el mismo barcito al que todo el personal no jerárquico de la empresa concurría para desayunar. Y la enfrentaría con su vientre abultado de pura estopa. Trataría de despertar en ella esa compasión propia de todas las mujeres. Ese respeto que no había tenido a la hora de destruir un matrimonio, pero que de seguro afloraría ante la

inocencia de un bebé en camino. No era lo mismo quedarse con un marido ajeno, que dejar a un hijo sin su padre. Eso aflojaría su corazón.

Y luego, si tenía que hacerlo, Luisina estaba dispuesta a sostener la mentira incluso frente a su marido. Después de todo siempre podía haber un milagro, como solía decir el doctor Blas. De ser necesario simularía un embarazo hasta recuperar su vida. Luego el niño se perdería, como se pierden tantos niños. Como había desaparecido de su vida ese hijo tan soñado, por culpa del maldito DIU.

Se quitó el almohadón. ¡Era demasiado! Y algo muy difícil de sostener en la intimidad con Bautista.

Volvió a mirarse en el espejo y comenzó a abultar su blusa, doblándola hasta convertirla en lo que no era. Un vientre pequeño, pero un vientre al fin. El mismo que había arrastrado por la vida los últimos cinco años de su matrimonio.

Una vez en la calle se subió al primer taxi que pasaba, arrebatándose a una anciana que la miró con odio. Daba igual. Estaba demasiado desesperada como para gentilezas. Se sabía dispuesta a todo: humillarse, suplicar. Cualquier cosa que hiciera falta para abandonar la condición de fantasma en que estaba sumida. ¿Qué podía ser peor que una vida gris de oficinista, divorciada y sola?

O, al menos, más sola y aburrida que en su matrimonio, (lo cual era mucho decir).

Llegó diez minutos antes de la hora. Casi se arrojó del taxi, sin esperar a que se detuviera. Estaba segura de que nada podía fallar en su plan. Había visto embarazos fingidos en todas y cada una de las novelas que solían poblar sus tardes de adolescente.

Esperó con impaciencia mientras pedía un té.

Después de todo ella era una experta en mentir. Sabía exactamente cómo dar lástima. Era capaz de conmover aún al más miserable. ¿Por qué no a una niña estúpida, que de seguro ya estaba cansada de jugar a la casita?

¿Qué tan difícil podía ser?

Las ocho y cinco. Se suponía que llegara a las ocho. ¡¿Podía ser que todo su plan se desmoronara por la impuntualidad de esa torpe?!

Dio un nuevo doblé a su camisa para abultarla un poco más. Y entonces la vio. Allí: fea, regordeta. Escandalosamente joven.

A todas luces una mujer completa.

Luisina se puso de pie con torpeza, llevándose una silla por delante.

El ruido alertó a su presa. Miranda observó a su rival dos veces, como si le costara unir esa cara conocida con aquel cuerpo en forma.

Lui la enfrentó.

—Entonces eras tú —reflexionó su rival—. Estás muy cambiada.

—Necesito hablar contigo, Miranda —respondió la otra, con la voz más conmovedora y triste de la que fue capaz.

—¿No pensarás hacer una escena, no? Aquí todos me conocen, y es lo único que me falta.

—No te preocupes. Pero necesito hablarte —continuó la otra con su mejor tono trágico.

Luisina sabía cómo actuar. Y aquella era su representación más desesperada.

Pero a la criatura que tenía enfrente le importaban poco los sentimientos.

—No tenemos nada de qué hablar. ¡No jodas!

—No vine aquí para enfrentarte como una rival, sino para apelar a tu comprensión. Soy una mujer desesperada.

—¿Por Bautista? —replicó la otra con sorna—. ¡Tú sí que te desesperas por poco!

—No es sólo por él. Yo... Yo estoy... —comenzó a decir, mientras se acariciaba el vientre.

La otra la interrumpió con frialdad.

—¿Embarazada? ¡¿Y a mí, qué?! ¿No pretenderás que te cuide al niño los fines de semana, no? A lo sumo, y sólo si el ADN confirma la paternidad, podrás quedarte a cuenta de la pensión por el bebé con todo el dinero que nos robaste al irte. Y luego se verá. Pero no voy a permitir que me arruines la vida con los temas de “tu” embarazo. Con Bautista estamos disfrutando con intensidad de la pareja, y no necesitamos a nadie más en ella. ¡Y mucho menos a un crío! ¿Viniste hasta aquí para dar lástima?

A medida que esa niña despiadada escupía sus palabras, el cerebro de Luisina comenzaba a teñirse de rojo. Por fin un calor intenso la recorrió. Y luego un frío profundo. Y para cuando la otra terminó de hablar ya era una persona distinta. Fría, calmada, segura.

Acomodó su blusa, estirándola. Recobrando su nueva postura. Su talle que, a diferencia de lo que ocurría con el de su rival, lucía estilizado y sugerente.

De nuevo era la mujer completa, acosada por los amigos de su esposo. Capaz de valerse por sí misma y disfrutar de la vida.

—¿Embarazada? ¡¿Yo?! —replicó entonces—. ¡Al contrario!... Al verte

pensé que tú... Es decir, ¿ganaste algo de peso o es impresión mía?

Y fueron esas palabras de Luisina las que, por fin, lograron conmovier a su rival.

—Estoy como siempre —respondió la otra apesadumbrada.

—¡No te preocupes! La vida de casada siempre trae algunos kilitos de más. ¡Es normal!... Mírame a mí. Puede decirse que me saqué un verdadero peso de encima.

—¿Viniste hasta aquí sólo para echarme en cara que estoy gorda?

—No. Como te dije antes, vine aquí para que habláramos de mujer a mujer.

—Si vas a suplicarme que deje a...

—¡¿A Bautista?! —replicó Lui con sorna—. ¿Por qué?... Desde el primer día que te conocí supe que serían el uno para el otro. ¿Sabes?, creo que yo nunca lo hice feliz. Somos muy distintos. Pero, ¿qué tal si nos sentamos? No tiene sentido seguir paradas aquí. Además, ya estamos llamando la atención de todos.

De mala gana la otra siguió a Luisina hasta su mesa.

Al levantar el pedido el camarero miró a las dos mujeres con una sonrisa cruel, (o al menos eso le pareció a ambas).

Pero fue Luisina la primera en reponerse.

—Siempre supe que Bautista merecía otra cosa. Alguien como tú. Me hace muy feliz que estén juntos. ¡Son uno para el otro! Él y yo, en cambio... A él le encanta quedarse en casa, la rutina, sus deportes...

—¡¿Tan temprano y estás bebida?! Si ahora nos quedamos en casa es sólo porque tú te alzaste con todo el dinero. Pero ni bien logremos recuperarnos tenemos previsto recorrer Europa.

Por primera vez desde que la conociera, Luisina sintió auténtica pena por la extraña criatura que tenía enfrente. ¡Europa! La vieja zanahoria por la que Bautista la había forzado a tantos ahorros. Un viaje de ensueño, condenado desde sus inicios a nunca existir.

—Pobrecita —dijo entonces, con sinceridad.

—¡No necesito tu compasión! —se exaltó Miranda.

—No te enojés. Es que me trajiste un mal recuerdo. También conmigo hablaba del viaje a Europa. Pero, no te engañes, nunca lo va a hacer. Bautista odia salirse de su rutina. Y Mar del Plata es lo más lejos que está dispuesto a llegar.

—¡No conmigo! Ni bien reunamos algo de dinero...

—¿Dinero? Bautista tiene una cuenta en Suiza con dinero suficiente como para dar la vuelta al mundo... ¡varias veces!

—¡Eso no es cierto!... ¡Si hasta tuve que traer a mi madre para que ayudara con la casa! Ni para una empleada doméstica tenemos dinero.

—Tú, no sé. A Bautista le sobra.

—¡Es mentira!

—¿Qué ganaría yo inventando algo así?

—Eres una víbora, inyectando un poco de su veneno. ¿Qué ocurre? ¿Buscas reconquistarlo? ¿Por eso no le das el divorcio?

—¿Quién te dijo que no se lo doy?

—¡Bautista!

Divorcio.

Esa palabra quedó resonando en la mente de Luisina. ¿Por qué su marido no había iniciado los trámites de divorcio? ¿Por qué había inventado la historia de que ella se negaba a concederlo?

Otra vez la mente de Luisina se tiñó de rojo. ¿Qué otra cosa, más que la extrema avaricia de su ex, podía acicatear tanta mentira? De seguro especulaba con retenerla. Conservarla bajo su dominio, aún a la distancia. Estando casada no podría volver a casarse. Dependería de él, de su aceptación a la hora de establecer un nuevo vínculo. Tendría que rogarle. Quizás negociar... Conocía muy bien la cabeza de su marido. Había transitado por su lógica enmarañada por más de diez años.

—¿Crees que soy yo la que se opone al divorcio? No. Justamente de eso vine a hablarte: quiero el divorcio. No reclamo más de lo que ya tengo: el apartamento adonde ahora vivo y que compré siendo soltera, y unos sesenta mil dólares a pagar en cuotas durante cuatro años. A él le dejo un piso de más de un cuarto de millón, un auto, una casa de veraneo... Y la cuenta de Suiza. Muchísimo dinero de la cuenta en Suiza. A todo eso renuncio a cambio de mi libertad, de no tener que complacer sus caprichos, de no soportar más a su madre, de no servirle de esclava. Y en cuanto al sexo...

—El sexo es fabuloso —se atajó la otra.

—Sí... Al principio a mí también me resultó fabuloso. Pero luego se volvió aburrido, rutinario, rápido. Apenas el tiempo justo como para complacerlo.

Luisina entendió por la mirada de su rival que Miranda sabía exactamente de lo que estaba hablando.

—Conmigo no es así —protestó a pesar de eso.

—¡Lo imagino! Porque a ti te ama. De seguro les espera una larguísima vida juntos... Larga, previsible, feliz... Yo, en cambio. A mí me gustan otras cosas: la pasión, los viajes, la aventura... Por eso quiero el divorcio cuanto antes... ¿Podrás hacer algo para que me lo de?

Luisina casi pudo escuchar los pesados engranajes del cerebro de su oponente. Miranda ya no era ni la mitad de la mujer segura que había entrado por la puerta unos minutos antes. Bastaron apenas diez minutos para evidenciar la oscura trama de manejos de Bautista. La misma que a ella le había llevado más de diez años desentrañar.

—¿Una cuenta en Suiza? —replicó la muchacha al fin.

Y Luisina sonrió.

Una pequeña venganza.

* * *

—¡No vas a creer lo zaparra que se veía!... ¡Eh, Luisina!, ¿me escuchas?

—Disculpa. Tuve un día difícil.

—Apenas son las diez de la mañana.

—Créeme, ya no puede empeorar.

—¿Por qué llegaste tan tarde?

—¿Por qué lo dices? Entré a las nueve, que es la hora en que empieza mi horario. Tú, en cambio, llegaste veinte minutos después, como haces siempre.

—Lo sé. Pero tú sueles estar aquí con tiempo suficiente como para arreglar todo y hacer café. Hoy llegué y no había nada.

—Lo lamento... Dime: ¿quién hizo este escrito?

—El gran jefe. Es por el caso del boxeador que golpeó a la esposa. ¿Es un informe para la prensa, no? Sí, es este. Ayer te lo dejé sobre tu escritorio porque es algo importante y yo tengo muchas faltas de ortografía. ¿No le entiendes la letra? Porque cuando el tipo está apurado escribe casi tan mal como se viste.

—No es eso... Fui periodista varios años y sé que esta nota sólo servirá para echarse en contra a la opinión pública. ¿Crees que se tomará a mal que se lo diga?

—¡Malísimo! Cuando recién comenzaba a trabajar aquí cometí el error de

comentarle que una camisa verde era impensable cuando se llevaba corbata roja. ¡No sabes cómo se puso! Por poco y no me echa. ¿Cómo podía imaginarlo? El día anterior le había sugerido que no daba llevar cinturón negro con zapatos marrones y lo tomó bien. Y antes que eso le había informado con tacto que un pañuelo en el bolsillo pequeño del traje era una verdadera antigüedad, y hasta me lo agradeció... ¡Pero la vez de la camisa!

—¿En sólo tres días le hiciste tres críticas?

—Comentarios bien intencionados —la corrigió— Como los que te hago a ti todas las mañanas.

“Y las tardes, y a última hora”, pensó Luisina con resignación.

—¿Adónde vas? —preguntó la otra al verla ponerse de pie.

—A hablar con el jefe acerca de la nota. Es un error demasiado tonto que puede generarle un gran dolor de cabeza.

—Y a ti un telegrama de despido. Al jefe no le gustan las engreídas. Será mejor que vuelvas a tu escritorio y desaparezcas de su vista —insistió Eni.

Y como si sus palabras fueran órdenes, su compañera no sólo se sentó de inmediato, sino que literalmente se arrodilló debajo del escritorio, como si estuviera pidiendo perdón con un fervor inusitado.

—¿Qué te ocurre, Lui? Te vas a poner a la miseria. El piso está horriblemente sucio, y si luego te ves como una zaparra... Bueno, más de lo que te ves habitualmente.

—¡Shhh! No me hables. ¡No mires hacia aquí! —farfulló la otra en un idioma que debía ser desconocido para su compañera porque, lejos de obedecerla, se inclinó ante ella para ponerse a la altura de sus ojos.

—¿Qué te ocurre, Lui? Parece que hubieras visto al diablo.

—Más o menos. ¿Puedes irte? —insistió esa mujer extraña, en un tonito leve que sólo sirvió para volver más aguda la respuesta de su contrincante.

—¡¿Estás loca?! No pienso irme hasta que te pongas de pie.

—Cuando él se vaya.

—¿Él? ¿Quién es él?

—¡Él! Pero no lo mires, por favor. No quiero que sepa que trabajo aquí.

—¿Te refieres al doctor Souto? Porque él siempre me reprocha: “¿Trabajas aquí, o qué?” Y a mí me dan ganas de responderle: “O qué, doctor Souto. O qué...” Pero no quiero que me tome por guaranga, porque no lo soy. Un poco zaparra puede ser, pero no guaranga. ¿Es él?

—¿Puedes dejar de mirar hacia abajo, por favor?

—¡Pero si aquí no hay nadie! Es decir, sólo Souto, que no es nadie.

Los ojos de Eni se iluminaron.

—¡Ah!, ya veo. Te referías a él. ¿No estás picando demasiado alto, Lui? Disculpa que te lo diga así, sin anestesia, pero un tipo como ese jamás se interesaría en ti. Con decirte que yo misma tonteeé un poco con él, ¡y el tipo como si nada! Incluso la otra tarde... ¡Ay!

—¿Qué ocurre? —se preocupó Lui desde su escondite.

—¡No lo puedo creer! ¡Me está mirando!... ¡Viene hacia acá!

Lui se exaltó.

—¡Aléjate!... ¡Aléjate de aquí, por favor!

—Ya decía yo que este tonto no podía dejar pasar esta minifaldita azul. ¡Me hace un culo fantástico!

—¡Vete! —suplicó la otra.

—Ya es muy tarde. ¡Disimula!

Aún a pesar de lo ridículo de su posición, o quizás por estar de rodillas, la muchacha elevó una oración al Cielo en que no creía, rogando pasar desapercibida.

—Disculpa... —llegó a decir aquel galán antes de que Eni lo interrumpiera.

—Sí, soy yo. Sólo que la otra tarde estaba un poco zaparra. ¡Tú sabes! Pero mi número sigue siendo el mismo.

—¿Número?

—De teléfono. El que te pasé en la carpeta, junto con el escrito.

—¿Era tu número?!

—¡Simula que no lo sabías! ¿Por qué otra cosa te acercaste ahora a hablarme?

—Es que me pareció... Disculpa, ¿sabes dónde puede estar Luisina Ramos? Tengo entendido que trabaja aquí.

Lui, devenida desde su posición en una devota creyente, volvió a implorar para que la tintura no hubiera dañado por completo el cerebro de su blonda compañera.

Pero fue inútil.

—¿Lui?! —chilló la otra con decepción—. ¿Buscas a Lui?... ¿Qué asunto puede tener alguien como tú con ella?

Luisina comenzó a sudar profusamente. ¿Sería capaz Eni de no ponerla en evidencia?

Puede decirse que al menos lo intentó. Pero quizás por tanta tintura o por la distracción propia de alguien tan obsesionado por las apariencias, lo único

que se le ocurrió fue negar con la cabeza, mientras se apuraba a correr unas gruesas carpetas hacia el borde del escritorio con el objeto de ocultar la presencia de la otra por los suelos. Pero resultó tan torpe su gesto, que la pesada carpeta cayó de canto sobre la cabeza de la infortunada Lui, que dejó escapar un aullido de dolor leve pero profundo.

—¿Lui? —preguntó para su horror su cuñado mientras también se agachaba—. ¿Estás allí?

—No —respondió tontamente la muchacha, aun cuando ya lo tenía frente a sus ojos.

—Para no estar se te ve bastante bien. ¿Te importa si continuamos la charla de pie?

El recién llegado la ayudó en forma más que amable a levantarse, mientras Eni observaba la escena embravecida.

—Para no conocerse parecen muy próximos —chilló.

—Somos muy próximos, ¿no Lui? —respondió Stuar en forma enigmática.

—El señor es mi cuñado —se justificó rápidamente la muchacha.

—¿Tu cuñado?!

Augusto contempló a Lui con una sonrisa.

—Bueno, en realidad... Tengo entendido que eso ya no es así —dijo.

La muchacha se estremeció.

—¿Acaso te envió Bautista? —preguntó a media voz. Y luego, temblando, agregó: —¿Es por algo del divorcio?

—¡Ni muerto asesoraría a mi hermano para semejante tontería! En cambio tú tienes las puertas abiertas de mi estudio para lo que necesites.

—¿Viniste a ofrecerme tus servicios?

—No... Vine porque necesito de los tuyos.

Esta vez le tocó el turno a Eni de inquietarse.

—¡No me va a decir que se ha enamorado de esta zaparra! —chilló.

—¡Eni! ¿No escuchaste que Augusto es mi cuñado?

—¿Y eso? ¿No son las judías las que pasan de un hermano a otro? ¡Lo dice la Biblia!

Ante semejante comentario Luisina enrojeció. Su cuñado siempre la había intimidado un poco.

Augusto, en cambio, se apuró a calmar las aguas.

—Por fortuna aquí nadie es tan religioso... ¡Ni judío!

La joven sonrió más distendida.

—Yo no pongo las manos en el fuego por nadie —insistió Eni—. Cuando

una se divorcia está muy sensible y cualquier hombre se puede aprovechar. Yo misma estoy atravesando una separación y me muero por alguien que me consuele... Odio pasar las noches sola, esperando junto al teléfono —susurró al oído de Augusto.

Pero fue Luisina la que tomó el guante.

—Quédate tranquila, Eni. No elegiría a otro Stuar ni aunque fuera el último hombre del mundo —bromeó.

—¡Gracias! —replicó Augusto ofendido.

—No te enojés. No es por ti. Pero está más allá de mis fuerzas exponerme de nuevo a la misma suegra. Con diez años ya fue bastante... Créeme, de haber conocido a esa bruja antes del matrimonio ni muerta me hubiera casado.

—¡Ay, Lui! —la reconvino Eni. —No se habla así de la madre de nadie, y menos cuando el hijo está presente.

El doctor Stuar sonrió.

—No te preocupes —dijo de inmediato—. De haber conocido a mi madre antes de nacer, ni siquiera me hubiera tomado la molestia. Con Luisina fuimos compañeros de desgracias.

“¡Ni tanto!”, pensó ella. “Bien que te cepillaste a la vieja por más de ocho años” tuvo ganas de replicar. Pero calló.

—¿Por qué te escondías de mí? —preguntó él, sin ocultar el reproche.

—¿Yo? No... Yo... —balbuceó sin éxito.

Pero la sonrisa sobradora de su cuñado la obligó a confesar.

—Fue algo tonto... Es sólo que... no quería enfrentar a nadie hasta que la situación con Bau quedara clara.

—¿No está clara?

—¿Y tú? ¿De qué me querías hablar?

—Tengo que pedirte un favor. Un gran favor... Te juro que si no estuviera tan desesperado ni siquiera me atrevería a molestarte, pero...

—Lo que quieras. ¿Qué puede ser tan terrible?

Augusto tomó valor.

—Mamá quiere verte —dijo de un tirón, como si así la noticia fuera menos terrible.

—¿¡Qué?!... ¡Eso sí que no! Lo único bueno de este divorcio es no tener que ver más a la vieja. ¡No me puedes quitar esa satisfacción!

—No seas cruel, Lui. Mamá se está muriendo.

—Al igual que en los últimos diez años. ¡Lástima que al final siempre resucite!

—Esta vez es cierto. Está empeñada en despedirse de ti.

—¿Y desde cuándo te importan tanto los deseos de tu madre?

—Desde que tu ex desapareció de la faz de la tierra. Hace más de tres meses que me tengo que hacer cargo de ella. ¡Y tengo fobia a los hospitales!... Desde que Bautista no da señales de vida, está empeñada en que yo tome su lugar. ¡Me está volviendo loco!

—¡Bienvenido a mi mundo! Bau nunca se ocupó de tu madre. Siempre me la dejaba a mí. La traía a casa y luego se iba con sus amigos, o con su amante. Y yo tenía que cargar con la vieja. Era yo la que la acompañaba al médico. Yo la que le compraba las bragas... ¡Y hasta me obligaba a curar sus escaras, porque decía que era desagradable mostrarle el trasero a extraños! Todo eso de lunes a lunes, incluyendo las fiestas de guardar. Y a pesar de estar siempre a su disposición, me llenaba de reproches por la eterna ausencia de su hijo. En cambio cuando llegaba él todo eran sonrisas... ¡No! Yo no quiero saber nada más con tu madre.

—Te entiendo. No por nada estuve alejado de su lado tantos años. Pero ahora se está muriendo. Es otra mujer. Y es lógico pensar que quiera disculparse con los que más dañó. Necesita pedirte perdón.

—¡Que se lo guarde!

—El médico dice que sólo con suerte llegará al fin de semana. ¿Vienes?

—Recién comienza el día y tengo mucho trabajo que hacer.

—Ya hablé con tu jefe. ¿Vienes?

—No sé ni siquiera cómo te atreves a pedirme algo así.

—Eres una santa. Si toleraste a mi hermano todos estos años, esto te parecerá un paseo por el parque.

—Sigue aprovechándote de mí.

—¿Vendrás?

* * *

¿Era posible que alguna fuerza superior hubiera escuchado sus plegarias y al fin la vieja estuviera a punto de desaparecer?

Pero en vez de alegrarse, Luisina sintió enojo. ¿Así que su sucesora ni siquiera iba a verse forzada a lidiar con esa mala mujer? Nada de fines de

semana eternos para ella, cocinando exquisiteces a las que invariablemente les faltaba un poco de sal o le sobraba manteca. Si la comida era deliciosa, aquella arpía la acusaba de tratar de envenenarla a puro colesterol. Si era sana, en cambio, resultaba demasiado insípida para su gusto. Y así pasaban las horas, hasta que la sorprendía la noche en medio de cacerolas sucias, galletitas dulces, y críticas amargas. Sí, porque a ella, y sin ayuda, le tocaba dejar la cocina impecable, mientras la vieja y su “compañerito” descansaban frente a la pantalla del televisor, disfrutando de una película o el partido del domingo.

Lui todavía podía sentir en su pecho la rabia y la impotencia de esos días, (apenas unos pocos meses atrás).

Entró al cuarto de la lujosa clínica dispuesta a cantarle unas cuantas a la vieja. Pero al verla se detuvo conmovida.

Se enfrentaba ahora a la sombra de su oponente. Ya no quedaba nada de su mirada altiva y su gesto sobrador. Apenas unos ojos vacíos, parcialmente ocultos por la máscara de oxígeno. Y ese olor intenso que ni la limpieza ni los perfumes lograban tapar. Una esencia acre, demasiado parecida a la muerte.

Aún a pesar de los recuerdos que la hostigaban, Luisina se apiadó de su suegra.

Compungida y con reverencia se acercó hasta la anciana. Parecía dormida, a pesar de un jadeo persistente y ensordecedor. Observó con detenimiento su mano desnuda. Sin todos los anillos con pedrería que su suegra solía usar, se veía como la de una niña inocente. Desde la última vez debía haber perdido al menos unos quince kilos. La muchacha se detuvo en el cuello frágil de su oponente. En todas esas arrugas que, con más salud, había logrado ocultar incluso más que el año de su nacimiento.

Decididamente ese era el fin de la matriarca de la familia Stuar.

No tuvo valor para despertarla. Y ya se aprestaba a retirarse cuando algo afilado se clavó en su brazo, provocándole un dolor intenso.

La muchacha tardó un segundo en darse cuenta de que era su suegra, hundiendo las uñas en esa piel joven como si quisiera succionar parte de su lozanía.

—¡No te vayas! —le ordenó quitándose la máscara.

Bajo su aparente fragilidad se escondía el mismo tono imperativo e irritante con el que siempre se dirigía a ella.

—¿Cómo se siente?

—¿Acaso importa? Me estoy muriendo.

Luisina intentó soltarse de esa mano huesuda que la atrapaba, pero su esfuerzo sólo sirvió para que la otra se aferrara aún más.

—Sé todo —anunció la enferma en tono trágico, con un último hilo de voz.

—¿Qué sabes, mamá? —preguntó Augusto sólo para quebrar el clima intenso entre las dos mujeres.

Pero su madre, con una fuerza inusitada dada su condición, se limitó a empujar a Luisina hacia sí, hasta el punto de hacerla caer sobre la cama.

—Tú eres la culpable de que él se fuera con otra —le susurró una vez a su alcance.

—¿Qué te dijo? —preguntó Augusto al notar la palidez del rostro de su cuñada.

Pero Luisina no encontró las palabras para responder. Su suegra, en cambio, levantó la voz.

—¿No sabes que ellos sólo quieren que hagas de todo en la cama? ¡Si al menos hubieras sido la mitad de puta con él que lo que lo fuiste conmigo, Bau no se hubiera buscado a esa zorra! —concluyó en medio de ahogos.

De mala manera su hijo volvió a colocarle la máscara mientras intentaba justificarse con su cuñada.

—¡Disculpa! No creí que todavía tuviera fuerzas para ser tan mala.

Su madre se enfureció.

—¿Todavía le pides disculpas? —chilló por debajo del plástico—. Ella, y sólo ella es la culpable de que mi hijo no venga a verme. Es ella la que lo arrojó a los brazos de la otra zorra. Y...

Una tos húmeda y profunda anegó el resto de su queja.

Luisina permanecía al lado de la cama, hipnotizada por tanta maldad.

Y fue esa pasividad lo que terminó de enfurecer a Augusto con su madre.

—¡Y después te preguntas por qué estás sola, mamá!

Volvió a acomodar la máscara de oxígeno, aún a pesar de los esfuerzos de la enferma por evitarlo, y arrastró a su cuñada fuera de la habitación, hacia el pasillo desierto.

—¿Por qué te quedaste callada?

En voz baja y con los ojos llorosos, Lui se justificó.

—Gracias a mí y sólo a mí él la vio todos estos años. Era yo la que discaba a la hora de llamarla, o la que le recordaba que la madre estaba sola. ¡No había navidad que Bautista no amenazara con irse a la costa, lejos de su parentela! ¡Lejos de ella! Porque él también la odia. ¡Como todos!

—No sé que decirte. Nunca pensé que... Es decir, creí que como se estaba

muriendo...

—Mira, no sé si hay un Cielo o un paraíso, pero si tu madre no se va pronto al infierno a purgar todo el daño que ha hecho, la vida no tiene ningún sentido. ¡No se puede ser así de mala y salirse con la suya! ¡Es injusto! ¡Nunca le voy a perdonar lo que me dijo!

—Lo harás, como yo le perdoné tantas cosas.

—No me pidas eso a mí. Yo ya estoy fuera de este juego... ¡Claro! Siempre fui la tonta que perdonaba. ¿Por qué no le pides a tu Andrea que la perdone? ¿Dónde está ella ahora? Apuesto a que se borró, como siempre.

El gesto de Augusto se ensombreció.

—¿Cómo?... ¿No sabes?

—¿Qué?

—Nos separamos. Antes que ustedes.

—¿Separados? ¡No lo puedo creer! ¿También tú abandonaste a Andrea por alguien más joven? ¡¿Qué les ocurre a los hombres?!

—No eres la más apropiada para hablar. Tengo entendido que no sólo Bautista fue el infiel.

—¿A qué te refieres?

—Mi hermano mencionó algo acerca de un beso.

—Es una mentira.

—¿En serio?... ¿Por qué no me sorprende? Te conozco poco, pero supuse que no eras capaz de algo así. Bautista es un mentiroso.

—Él no. Yo, en cambio...

—No entiendo.

—Cuando me pidió el divorcio me puse tan mal, que inventé todo el asunto del beso.

—¿Pretendías darle celos?

—No. Sólo lo inventé. Siempre invento cosas cuando la realidad me supera. Creo que estoy un poco loca.

—Curioso. Aunque siempre fuiste muy imaginativa... ¿No estudiabas actuación cuando te conocí?

—Eso fue hace un millón de años... Así que te separaste. ¿Quién traicionó a quién, entonces?

Augusto se quedó pensando, y luego, con algo de dificultad, respondió.

—Que yo sepa, nadie. De hecho, tengo entendido que los dos seguimos solos... Bueno, tengo a alguien que me calienta la cama. Pero sólo eso.

—¿Entonces?... ¿Qué ocurrió?

—Me gustaría saberlo... ¡Vamos! Te llevaré a tu casa.

Pero Luisina no estaba dispuesta a rendirse.

—Algo tiene que haber pasado —insistió—. La gente no termina un matrimonio tan largo sin antes...

Augusto se impacientó.

—No tengo ni la más remota idea de lo que ocurrió, ¿contenta? Un día Andrea contrató un ama de llaves para que dirigiera la casa. Eso me resultó raro, porque a ella le gustaba estar detrás de cada detalle. Pero no pregunté, porque nunca me resultó fácil charlar con mi mujer... Un mes después, al regresar de un viaje de trabajo, percibí un silencio distinto en la casa. Subí a mi dormitorio, y todo estaba fuera de su sitio. Las flores que cubrían las cortinas y el edredón estaban desaparecidas, no había ni rastros de los millones de almohadas y cojines que tanto me exasperaban. Tardé un buen rato en darme cuenta de que todo había sido redecorado a mi gusto: simple, despejado y limpio... Y entonces corrí al vestidor en busca de esa respuesta tan temida. Y ahí estaba mi ropa. Ocupando todo el espacio. Mejor dicho, navegando en medio de una gran soledad. Todavía me estremezco al entrar allí y ver el lugar tan vacío.

—¿Y tu hijastra? ¿También ella se fue?

—Su dormitorio estaba transformado en un enorme cuarto de gimnasia con todos esos aparatos que a mí tanto me gustaban, y que Andrea nunca me permitía comprar porque le resultaban antiestéticos —Augusto suspiró. —No sabes lo horrible que es llegar a tu casa, sólo para descubrir que tu vida, tal como la conocías, se esfumó.

También su cuñada suspiró.

—Créeme, también lo pasé.

Comenzaron a caminar por los pasillos de la clínica como si se tratara de dos buenos amigos.

—¿Y Andrea? ¿Dónde está?

—Luego de un tiempo averigüé que se había mudado a la casa que fuera de sus padres.

—¿Y por qué te abandonó?

—Me gustaría saberlo.

—Algo debes haberle hecho... Quizás le molestó tu viaje.

—¡No! Fue ella la que insistió para que lo hiciera. Y ahora es fácil entender sus motivos.

—Eso no tiene lógica. ¿Se fue así como así? ¿No te dio ninguna

explicación?

—Dejó una carta. Pero a pesar de estar escrita en los términos más amables, me resultó demasiado dolorosa.

—¿Por qué?

—Eres la primera persona a la que se lo cuento, pero... No sé. Esa carta era prácticamente un telegrama de despido: decía encontrarse muy satisfecha con mi desempeño, me agradecía por los servicios prestados, pero se veía obligada a prescindir de mi presencia a su lado. Luego me informaba de los cambios que había realizado en la rutina de la casa, para que así su decisión no me causara mayores daños... Y al final dejaba bien en claro que esa decisión era inapelable.

—Sé por experiencia propia que Andrea nunca fue fácil de conmover. Todavía recuerdo cierta fiesta de Navidad.

—En diez años juntos, nunca la vi echarse atrás en nada... Así y todo, desesperado, en más de una oportunidad intenté razonar con ella. Me recibió todas las veces y se mostró siempre atenta. Pero fría y distante. Y cuando Andrea es fría...

—Puedes morir congelado. Lo sé. Con Bau solíamos llamarla “El capitán hielo”.

Augusto sonrió con amargura.

—Sube al elevador. Mi auto está en el tercer subsuelo.

—No necesito que me lleves de nuevo al trabajo. Puedo tomar el metro aquí, en la puerta.

—Es lo menos que puedo hacer por ti luego de este mal rato.

—No, gracias.

—¡No seas tonta! Ni siquiera tengo que desviarme de mi camino. Además, llegarás antes y más cómoda.

—¡No! —replicó la otra en forma terminante—. Justamente se trata de eso. Me sentiría muy incómoda contigo... Es decir: es cierto que somos de la familia. Pero en todos estos años apenas nos hemos visto. Los primeros, estabas en guerra con tu madre. Y luego, cuando hicieron las paces, Andrea me dejó bien en claro que no le interesaba relacionarse con nosotros. Y cuando Andrea decidía algo...

—¿Qué ocurre? ¿Te caigo mal?

—Todo lo contrario. Siempre fuiste mi Stuar favorito. Sólo el que tu madre te odiara, ya me hacía sentirte como alguien próximo. Y luego, cuando supo que eras rico y tuvo que dar su brazo a torcer, disfruté enormemente con su

humillación. Siempre me caíste bien. Incluso Andrea, a pesar de su trato altivo, me produce admiración y un dejo de envidia.

—¿Envidia?

—Es una mujer muy segura de sí misma. Y eso es envidiable. Desde el primer día se ganó mi respeto. Y por más que después hizo una que otra, nunca me tomé el trabajo de bajarla de su pedestal.

Augusto sonrió.

—¿Qué? —se extrañó ella—. ¿Dije alguna tontería?

—No. Pero es extraño. Contigo me pasó justo al revés.

—¿Al revés?

—El día que te conocí, cuando apenas comenzabas a salir con mi hermano, despertaste mi más sincera admiración. Eras inteligente, sagaz. Repleta de historias de tu trabajo... y muy hermosa. Puede decirse que sentí bastante envidia del idiota de Bautista. Pero luego, cuando volvimos a encontrarnos, te habías convertido en el retrato descolorido de la Luisina que recordaba. ¡Y sonabas tan aburrida!... Recuerdo que pasaste la noche entera hablando de lo mucho que te había costado limpiar una mancha en un sillón, o algo parecido. ¡Un verdadero manual de estupideces domésticas!

—No todos podemos ser un gran abogado como tú.

—Pero cualquiera puede soñar y reír.

—No es tan fácil como crees.

—Ahora se te ve muy cambiada. Casi como la que conocí esa tarde en el río... ¿También por dentro eres la de antes?

—Nunca se vuelve al mismo lugar. Todo cambia.

—Pues tú pareces haber cambiado para bien. Se te nota más espontánea, apasionada... Humana.

—Gracias —respondió la muchacha sin un atisbo de sorna—. Y ahora será mejor que nos despedamos.

—¿Qué hay de malo en que te lleve a casa?

—No pierdo las esperanzas de reconquistar a Bautista. Y él odiaría que... Es decir, es tan perseguido, que nos acusaría de estar confabulando en su contra.

—¿Tanto te importa lo que él opine? ¿De verdad todavía quieres recomponer tu matrimonio?

—Más que nada en el mundo.

Sin esperar respuesta Luisina se apuró a besar la mejilla de su cuñado, corriendo luego hacia la salida. Muy lejos de aquel hombre inquietante.

Alguien demasiado próximo para su gusto.

* * *

Aquel hombre estaba demasiado próximo para su gusto. Luisina podía sentir su aliento acre mientras continuaba vociferándole.

Sólo por puro instinto dio unos pasos hacia atrás.

Pero el doctor Souto volvió a aproximarse para escupirle, (literalmente), todo su enojo.

—¡Esto es el colmo! —insistía sin bajar la voz—. Si cada estúpida secretaria se cree con derecho de opinar...

En circunstancias comunes Luisina jamás se hubiera atrevido a responderle, soportando el insulto de su jefe como toleraba tantas cosas en su vida. Pero no esa tarde. Todavía no se perdonaba el haber permanecido en silencio frente a las acusaciones de su suegra. ¿Qué pensaría Augusto de ella? Que era una idiota, incapaz de responderle incluso a una vieja moribunda. ¡Pero no era una idiota! Y mucho menos una estúpida, como acababa de llamarla su jefe.

—Además de secretaria fui periodista durante muchos años —replicó en tono altivo—. Soy tan profesional como usted. Y en tal caso, igual de estúpida.

—¿Me estás llamando estúpido? —gritó el otro desde su metro ochenta.

Y fue tan potente su vozarrón, que no tardó en llegar a oídos del gran jefe.

—¿Qué escándalo es este?!

—¡Tú recomendada! —se justificó Souto—. Acaba de llamarme estúpido.

—Discúlpeme doctor, pero es usted el que me llamó así. Yo sólo le dije que ambos éramos profesionales, usted abogado y yo periodista, y como tal estaba lo suficientemente capacitada como para saber que la gacetilla sobre el boxeador que habría golpeado a su mujer...

Aquel gigantón no la dejó continuar.

—¿La escuchas?! —se quejó Souto a su jefe—. ¡Pretende darme lecciones a mí!... ¡A mí!

El doctor Romero observó a su empleada con detenimiento. Hermosa dama. La cuñada de su amigo tenía todo el porte de una mujer segura de sí misma, bien plantada.

Souto, en cambio, continuaba escupiendo su furia, (“literalmente”, pensó su jefe, viéndose obligado a limpiar su rostro más de una vez a causa de tanta verbosidad).

Sí, linda dama... Lástima que, con Augusto de por medio, resultara intocable.

—Souto, deja de hablar o tendré que traer un paraguas. ¿Qué te ocurre? ¿De nuevo tu mujer te echó de casa? Olvida tu mal humor, y que Luisina nos explique sus críticas...

La muchacha tomó una bocanada de aire antes de responder. Como antes, (mucho tiempo atrás), cuando la presencia inquietante de su bello redactor en jefe la ponía a temblar.

Y como entonces, la respuesta surgió fluida, y su voz no tembló ni una vez.

—Esta gacetilla sugiere que el señor Ríos es un hombre íntegro, incapaz de un acto de violencia. Un comentario así sólo puede esperarse de una madre o un abogado defensor. Por desgracia no se necesita ser periodista ni investigador privado como para saber que el tipo ha golpeado sin piedad a todos los que se cruzaron en su camino, arriba y abajo del *ring*. Tal como está redactada la gacetilla, está destinada, si aparece, a las últimas páginas del diario, y en ningún caso es merecedora de un comentario televisivo.

—¡Y después se queja porque le digo estúpida! ¿Qué pretende esta mujer? ¿Qué confiese en voz alta que mi defendido es un cretino?

—Eso, bien hecho, puede atraer la atención de la prensa, y encender la simpatía de la gente ante un ídolo vulnerable, que ha recibido más golpes en la vida que los que propinó.

—La simpatía no dicta veredictos de inocencia.

—Pero permite aceptar con más agrado una sentencia a favor de un idiota violento... Porque estoy segura de que usted ya debe haber movido algunos contactos como para lograr una sentencia favorable, aún a pesar de los hechos, ¿o me equivoco?

—El juez Fuentes es un gran fanático del boxeo —se vanaglorió Souto.

Pero su jefe, lejos de maravillarse por los contactos de su empleado, se dirigió directamente a la joven secretaria.

—¿Entonces sugieres un mea culpa?

—Como primera medida —respondió Luisina—. Porque lo fundamental es brindarles a los reporteros lo que están buscando: una buena historia. Algo que les permita llenar hojas de sus diarios.

—¿Y qué noticia será esa? —se quejó Souto—. ¿O acaso tú sabes algo

que yo ignoro?

—Usted no entiende, doctor. El periodismo no intenta encontrar la verdad. Sólo busca informar y entretener a la gente. ¿O acaso nunca se preguntó por qué los mejores escritores fueron también periodistas? Fedor Dostoievsky, Gabriel García Márquez... Las noticias son una extraña mezcla entre la literatura y la parte de la realidad a la que se tiene acceso. Una información trivial, bien redactada, puede ocupar la primera plana durante meses, mientras los asuntos más importantes duermen en un archivero... Hasta la vecina de barrio sabe que un chisme bien contado es mucho más sabroso que una verdad aburrida.

—¿Qué sugieres entonces?

—Primero hay que decir lo que todos saben, pero que nunca se hubieran imaginado escuchar en boca de un defensor: que el señor Ríos es un hombre violento, entrenado para responder a golpes a todo aquel que lo lastime. Y entonces, sin darles tiempo para pensar, hay que informar otra realidad evidente: que nuestro boxeador no es el único hombre violento del mundo. Ni siquiera el único en el entorno de su esposa. Y entonces bastará con hacer una breve reseña de la vida de la señora. Tengo entendido que a la dama no sólo le gusta mostrarse sobre el escenario y que está repleta de amigos.

—¿Acusar a alguien más? —se extrañó Souto—. ¡No hay alguien más!

—Nunca hablé de acusar a un inocente —se defendió Luisina—. Con sugerir bastará para que la prensa se mueva. Mientras tanto usted podrá convencer al juez de que su defendido fue víctima de un rapto de locura temporal, como de seguro tiene pensado.

Souto dio un respingo, un poco ofendido porque una simple secretaria descubriera esa estrategia que le había llevado varios días planear.

Luisina continuó.

—Y cuando salga el fallo, que no muchos se tomarán el trabajo de leer, quedará en la gente la sensación tranquilizadora de que se ha obrado con justicia.

—¿Acusar a alguien más?

—Yo no diría tanto. Sólo darle algo que hacer a los periodistas. Y si además encontraran algún cabo suelto...

—¡Me fascina la forma en que piensas!

—A mí no —se quejó Souto.

—Reharás la gacetilla a tu antojo, Luisina —ordenó el gran jefe.

Y ya se aprestaba el otro a protestar, cuando el doctor Romero lo detuvo

en seco.

—Por supuesto serás tú quien tenga la última palabra, Souto.
Su colega refunfuñó.

—Gracias por su confianza, doctor —se atrevió a decir Luisina con lo último que le restaba de valor.

—No pierdas el tiempo con tonterías. ¡Vete! Vete ya mismo, porque tienes mucho que trabajar.

Los dos hombres pasearon con codicia la mirada por la anatomía de la nueva secretaria en su camino hacia la salida. Fue casi un acto reflejo para Romero, acostumbrado a disfrutar de todo lo que le diera placer y fuera gratis. Fue casi un acto reflejo para Souto, convencido de que siempre que un culo perfecto como ese se cruzaba por su vida, tarde o temprano el que terminaba perdiendo era él.

* * *

—¡Siempre termino hecha una zaparra al final del día! Di que tengo un culo perfecto, así que no muchos se detienen a ver mis ojeras cuando llevo esta faldita, ¡que si no!

—¿Con quién piensas salir esta noche? —se interesó Lui.

—¿Cómo adivinaste que voy a salir?

—Cuando usas esa falda y el sostén con encajes es porque buscas acción.

—¿Cómo sabes que llevo el sostén con encaje?! —preguntó la otra maravillada.

—Tu camisa es transparente. Y no llevas ni un miserable abrigo encima. Me pregunto cómo haces. ¡Esta mañana el termómetro apenas marcaba diez grados! ¿Tanto te interesa el tipo, como para morir congelada por él?

Ni bien pronunció la frase, Luisina cayó en cuenta de que nunca un hombre la había entusiasmado lo suficiente como para pasar frío, sacrificar su sueño, o simplemente llevar zapatos incómodos, para lucir mejor ante sus ojos.

—No se trata de un hombre —respondió Eni, ajena a sus dudas—. Bueno, al menos no uno en particular. Hoy salgo con las chicas y espero no regresar sola a casa. Lo creas o no, hace como diez días que no tengo sexo y estoy desesperada.

Luisina trató de no escucharla, para volver cuanto antes al trabajo. Pero fue imposible. Las palabras de su compañera continuaban lastimando su cerebro y su corazón. ¡Diez días sin sexo! Ella ya llevaba más de cinco meses, (dos de casada y tres de soltera), y si algún sentimiento le producía tal ausencia, era alivio. Complacer a un hombre nunca había sido tarea fácil para ella, (¿por eso la habría dejado Bau?). Aún ahora, así de delgada como estaba, no lograba sentirse segura con su cuerpo. Y mucho menos con sus habilidades como amante.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer esta noche, Lui?

—Por ahora, quedarme a concluir todo este trabajo. ¡Las carpetas se acumulan!

—Es tu culpa, por eficiente. Si insistes con eso de hacer las cosas bien, todos querrán que corrijas sus escritos. ¡Tienes que aprender a ser mediocre!

—Si en algo más soy mediocre toda mi vida carecerá de sentido.

—Lo que te falta a ti es un novio. Hazme caso, Lui. No estás en edad de volverte quisquillosa. Al próximo que te invite le dirás que sí. No importa la clase de invitación, ni si el tipo te gusta.

El teléfono comenzó a sonar, lo que aprovechó Eni para alejarse de un salto, como si el maldito aparato emitiera ondas radiactivas.

—Diecinueve horas, dos minutos —recitó mirando su reloj—. Mi horario terminó a las diecinueve. ¡No atiendo ni muerta!

—Está bien —replicó su compañera, resignada—, lo haré yo... ¿Hola? Estudio Romero, Estrada, Souto y asociados, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlo?

El rostro de la muchacha empalideció.

—No, no tengo ni la menor idea... Preferiría que... Pero sería mejor que... Bueno, está bien. Lo intentaré... ¡Pero no prometo nada!

Desde el otro lado de la oficina Eni observó el rostro demudado de su compañera.

—¿Ocurre algo, Lui?

—No.

—Entonces, ¿por qué comenzaste a juntar tus cosas con tanto apuro?

—Tengo que irme.

—¡Bueno! Tal parece que me harás caso por primera vez en tu vida. ¿Piensas salir esta noche?

—Sí.

—Déjame adivinar, ¿con tu ex?

—No.

—¿Entonces?

* * *

Luisina sintió que se le aceleraba el pulso. Incluso, mal que le pesara, sus mejillas estaban a punto de estallar. Todas las emociones contenidas que llevaba años ocultando volvieron a aflorar, intactas. ¿De dónde iba a sacar el valor para enfrentar a su cuñado? Aunque, una cosa era cierta: ella sentía lo mismo que él. O lo había sentido, mucho tiempo atrás.

Tomó aire antes de entrar en aquel lugar tenebroso que tantos malos recuerdos le traía.

—Disculpe... Busco al doctor Augusto Stuar.

—Creo que está en aquella sala, a su izquierda.

Luisina tuvo un último momento de duda. Todavía estaba a tiempo de arrepentirse.

Pero no. No podía hacerle algo así a Augusto.

Ni a sí misma.

Había llegado el momento de enfrentar sus más oscuros sentimientos.

Entró a la sala y se emocionó.

Allí estaba él. Solo.

A diferencia de lo que ocurría con su marido, el hermano, de tan varonil, resultaba un tanto intimidante. Quizás por la altura o su cuerpo forjado con arte. O por esos ojos negros profundos, recios, que muy en el fondo ocultaban tristeza. Esos mismos ojos en los que ahora asomaban algunas lágrimas.

No. No tenía valor para enfrentarlo.

Dio un paso atrás y en ese preciso momento Augusto clavó en ella una mirada inquietante.

—¿Luisina!... ¿Y Bautista?

—Le dejé un millón de mensajes anunciándole lo ocurrido, pero aún no obtuve respuesta. Llamé al club, a la cancha de golf, al trabajo. Incluso al departamento.

—¿Viniste hasta aquí sólo para decirme eso?

—No.

La muchacha tomó asiento a su lado antes de continuar.

—Vine para acompañarte.

Su cuñado volvió a mirarla. Pero esta vez estaba demasiado cerca. Y sí, sus ojos eran deliciosamente cálidos cuando dejaban de lastimar.

—Vuelve a casa. Esto va para largo —se quejó él. Pero lo hizo sólo para quebrar aquel extraño clima que se había creado entre ambos.

—Siempre es demasiado largo.

—No sé por qué lloro —se disculpó Augusto, como si debiera hacerlo—. Ella no se lo merece. Los primeros gestos de cariño que recuerdo, (te diría que los únicos, si no fuera porque suena un tanto patético considerando que pronto cumpliré cuarenta), fueron los de mi padre y mi abuela. Mamá, en cambio...

—A veces una lágrima es lo único que puede calmar el ardor de una herida profunda. Y si bien es cierto que ella no se lo merece, ahora se trata de ti.

Luisina observó a su alrededor. El lugar estaba desierto.

—¿Qué estás esperando aquí?

—Que me den los papeles para la casa mortuoria... Pero no pierdas tu tiempo conmigo. Tal parece que esto va a tardar una eternidad.

—¡El sueño de tu madre! Quedarse con nosotros para siempre... Pero no. Ni bien llegue la hora del dinero todo cobrará un ritmo vertiginoso. Ya verás.

—¿De verdad piensas quedarte? ¿Tanto la odias, que necesitas cerciorarte de que está muerta?

—Ya te lo dije: no es por ella sino por ti.

En condiciones normales la mirada que le devolvió Augusto hubiera puesto a Luisina a temblar. Pero ella ni siquiera la notó. Por el contrario, se limitó a continuar, sumida en sus más oscuros recuerdos.

—Hace unos años murió mi madre y me tocó estar tan sola como tú ahora. Fue terrible.

—¿Unos años?... ¿Y tu marido?

—Tenía mucho trabajo.

—¡No puedo creer que se negara a...!

—No. No se negó. Sólo llamó tres veces preguntando si era posible que me arreglara sola, porque tenía un trabajo impostergable.

—Y no dejaste que lo hiciera una cuarta vez.

—Aunque no parezca, aún tengo algo de orgullo.

Una mujer se aproximó a ambos. Y como lo había predicho Luisina, luego

de extendido el último cheque todo cobró el ritmo propio de un mecanismo bien aceitado.

Y es que no había nada más seguro en la vida que la muerte.

Escuchar las bondades del ataúd, regatear por el precio del servicio, redactar el aviso para los diarios, fueron momentos en que el deudo agradeció en su interior la compañía de su cuñada. Llamar a todos y cada uno de los parientes, (esos que Lui conocía más que Augusto, aunque no formaran parte de su verdadera familia), repitiendo siempre la misma historia. Lamentando la suerte de la difunta, (esa misma suerte que todos sus conocidos en alguna oportunidad le habían deseado).

Pero una vez acabado estos trámites, todo se resumió en sentarse a esperar.

Ubicados en la sala más grande y elegante de la casa mortuoria, mientras la invitaba de honor descansaba en un cuartito aparte, al amparo de una cruz de madera en la que nunca se había refugiado en vida.

—Ya está. Ese fue el último que faltaba avisar —anunció la muchacha, cerrando su móvil.

—Yo también terminé.

Augusto se puso de pie.

—¿Crees que debería ir a verla?... Es decir: ¿estar con ella?

—¿Para qué? A tu madre sólo le gustaban las visitas en tanto estuvieran dispuestas a escuchar sus verdades. Y ahora que está muda...

—Y sorda. Tal parece que la historia de mi vida es un largo parlotear con mujeres que invariablemente se niegan a escucharme.

—O que no pueden hacerlo... No te atormentes. No es tu culpa, ni la de ellas. Es sólo que no se pueden pedir peras al olmo.

—¿Tampoco Bautista tiene la culpa?

—¿Por no escucharme? Claro que no. Él siempre fue así. Soy yo la que necesitaba...

—Ya veo —interrumpió él. —Los culpables somos nosotros. Tú, por necesitar un hombre que se comprometiera, y yo, una mujer que me ame.

—Yo no dije... Es decir, estoy segura de que Andrea te ama. Es sólo que...

—¿Ahora vas a defenderla?

—Dudo que necesite mi ayuda. Es obvio que todavía la quieres, y que de buen grado aceptarías volver junto a ella.

Augusto la acarició con una mirada tierna.

—No. Creo que ya no lo haría... Gracias a ti.

Luisina se hizo a un lado.

—¿Yo que tengo que ver en el asunto? Nunca hablé mal de tu mujer. ¡Apenas la conozco!

—No te pongas a la defensiva. No es por lo que me has dicho de ella, sino por ti.

—No entiendo.

—¿Aún quieres recuperar tu matrimonio?

La joven calló. Por un instante millones de imágenes poblaron su mente: las largas noches en el casino de Mar del Plata, vencida por el sueño; el cuarto con la colección de juguetes Jack; la sonrisa que se le escapó a Bautista el día que le anunció que era estéril.

—No —dijo Luisina como si en realidad se estuviera respondiendo a sí misma—. No —repitió avergonzada.

—El otro día, cuando nos encontramos, fue toda una revelación para mí. Al principio, al escuchar tu tono lastimero, sólo me preguntaba cómo podía alguien lamentar la pérdida de un idiota como mi hermano. Pero luego, al mirarte dos veces, me conmoví. Era como mirarse a un espejo. Tú eras yo. Y mi desesperación, la tuya... Tampoco yo era feliz con Andrea. Nuestra relación se basó siempre en mis esfuerzos inútiles por lograr su aprobación. Pero Andrea, como mi madre, sólo me concedía su fugaz condescendencia. No importaba cuánto me respetaran los demás. A sus ojos nunca dejé de ser un juguete caro. Entonces, ¿por qué deseaba tanto volver con ella?... ¿Por qué deseas tú volver con Bautista?

—Porque es más fácil... Unos días atrás te hubiera inventado cualquier otra excusa. El sentido de mi vida, y esas cosas. Pero quizás porque no dormí demasiado, o porque mi suegra, que está aquí presente, no me deja mentir, tengo que reconocer que Bautista fue sólo una buena excusa para justificar mi mediocridad... Yo sé que para todos vivir es cosa fácil, pero a mí me da un poco de miedo.

—¿Quién te dijo que para alguien es fácil la vida? ¿Piensas que eres la única en sentir miedo por las mañanas?

Luisina lo observó con extrañeza.

—¿Qué miedo puedes sentir tú, el gran abogado, el millonario aburrido, el hombre perfecto?

—Los mismos que todos: miedo a equivocarme, a que se burlen de mí... A que no me quieran.

Esta vez fueron los ojos de Luisina los que centellearon.

¿Augusto estaría siendo sincero, o sólo desplegaba sus grandes dotes de abogado para hacerla confesar?

—¿Por qué me miras así, Lui? ¿Piensas que eres la única que necesita que la quieran?

La llegada del primer doliente liberó a la muchacha de darle una respuesta.

Bautista y su suegra la habían entrenado para dudar de toda palabra salida de la boca de tan bello encantador. Y la historia de “necesitado sentimental” parecía escrita para ganar su simpatía. Ella también inventaba historias con naturalidad cuando quería lograr algo. Y su cuñado, siempre en busca de aliados contra Bau, era un mentiroso con título universitario.

—¿Qué injusticia! ¿Por qué tuvo que morir justo ella, pobrecita! —bramó la tía Aurora, volviendo a Luisina a la realidad—. ¡En la flor de la vida!

—Bueno —reflexionó Augusto—, mamá ya tenía ochenta y uno. Yo no diría que...

—¡La flor de la edad! —insistió Aurora, que ya había pasado largamente los ochenta y cinco.

—¡Tito!... ¡Tito! —bramaba en tanto un hombre mayor, asido de la jamba de la puerta principal, mientras gesticulaba tratando de llamar la atención de Augusto.

—Hace un montón de años que nadie me llama “Tito” —se quejó él.

—Es tu tío Joaquín —le aclaró Lui—, y dudo que recuerde algo de lo ocurrido en los últimos cien. Ve a buscarlo.

—¡Que entre solo!

—¡Ve! Es tu tío, y está viejo.

—¿Así lo mandoneabas a mi hermano? —le susurró él al oído justo antes de correr a auxiliar al anciano.

Pero mientras escuchaba la aburrida perorata del tío, pudo notar que ese comentario tonto, pensado más como una gracia, había ofendido a Lui.

Por un buen rato ambos cuñados se dividieron para recibir a los vecinos, conocidos y parientes que asistían en aluvión. Y no era que a nadie le importara mucho la difunta, sino que estaban encantados con la idea de codearse con el más próspero y poderoso de los miembros de la familia Stuar, habitualmente tan esquivo.

Algunos recurrieron a todo tipo de sutilezas para informar a su pariente rico acerca de las penurias económicas que sufrían, solicitando, dado lo terrible de la muerte que acababa de ocurrir, que buscara unir a la familia,

incluyéndolos en cualquier negocio o emprendimiento que Augusto llevara a cabo. Otros, en cambio, como el tío Joaquín, dejaron la cortesía de lado para solicitar de forma descarada dinero.

—Necesito trescientos pesos, Tito.

—No es el momento, tío Joaquín. Mamá acaba de morir.

—Y bien muerta que está la vieja. Déjala que se pudra en su ataúd. Pero no puedes negarme el dinero después de todo lo que hice por ti.

—¿Qué hiciste?

—¿Recuerdas todas las veces que te llevé a la plaza?

—Sí. Una.

—¡Pero bien que te divertiste! ¿Lo recuerdas?

—Vagamente.

—Pues yo necesito el dinero para cambiar el televisor. Viene el mundial de fútbol y ya estoy demasiado viejo como para ir al bar para ver los partidos.

Otros solicitaban algo para el taxi, o requerían a los camareros una cena completa, para olvidar el dolor que les atenazaba el estómago por haber perdido a la difunta.

Como cualquier hombre rico, a Augusto no le extrañaban semejantes “demostraciones de afecto”. Y como todos los poderosos, ponía de inmediato en marcha el mecanismo habitual para tales casos: se excusaba por no manejar dinero, y gentilmente derivaba al necesitado de turno con su secretaria. La misma secretaria que estaba entrenada para bloquear en forma elegante a indeseables y aprovechadores. La misma que estaba dispuesta a poner excusa tras excusa, hasta que el “conocido” de turno se cansaba, olvidando el asunto.

Todos y cada uno de los de los dolientes le preguntaban a Augusto por su mujer.

Algunos en forma directa, y otros con más tacto.

—¿Y tu concubina? —gritó, por ejemplo, la tía Aurora, luego de los saludos formales—. Porque a mí no se me escapa nada, y a menos que no me hayas invitado a la boda, tú todavía eres soltero.

—¿Y Andrea? —preguntó la prima Cristina—. ¿Se llama así, no? Digo, porque como nunca me invitaron a su casa, no estoy muy segura del nombre.

—¿Y esa ricachona con la que te juntaste? —inquirió doña Rita, vecina y única amiga verdadera de la difunta, y que, como ella, sabía manejar a la perfección las pequeñas sutilezas del lenguaje.

Todos preguntaron por Andrea. No tanto por verdadero interés, como por simple cortesía. Y a todos ellos Augusto les contestó que se habían separado.

También a Luisina le preguntaron por su marido. Y cada vez ella se excusaba, diciendo que de seguro estaba por llegar. O que todavía no le había podido dar aviso. O...

—¿Y tu marido, Luisina?

—Está con tanto trabajo, que tal parece que todavía no le han comunicado la noticia. Pero ni bien se entere...

—¡Siempre tan ocupado, el pobre! ¿No debe estar nunca en casa, no? Luisina dudó.

—Bueno... Sí. Siempre está muy...

Del otro lado sonó la voz enojada de Augusto.

—¿Por qué no lo dices de una buena vez, Lui?... Luisina y Bautista van a divorciarse.

Un silencio cortante se apropió de la sala.

—¿Qué dices, Augustito? De seguro son sólo riñas de enamorados. ¿No es cierto, Lui?

—Bueno..., en verdad... —logró arrancar la muchacha con esfuerzo.

Pero de nuevo su cuñado la interrumpió.

—Bautista ya tiene otra pareja.

Otra vez aquel silencio, y todas las miradas taladrando a la muchacha.

Y cuando pensaba que ya nada podría empeorar, su cuñado martilló el último clavo de su ataúd.

—De hecho quizás venga con ella. Creo que se llama Miriam, o Miranda.

—Entonces... —se apuró a decir la tía Marta para romper tan incómodo silencio—, al menos habla muy bien de la difunta el que, aun estando separada del hijo, hayas necesitado despedirte de ella, Lui. Se nota que la pobrecita era como una madre para ti.

—¡No! —protestó la muchacha con énfasis. Tanto que, incapaz de soportar las miradas reprobadoras, intentó arreglarlo—. Es decir, no vine por mi suegra, sino por Augusto.

“¡Lo sabía!”, pensaron los presentes al unísono, solidarizándose con la muchacha que después de tanto maltrato bien se merecía algo de atención.

Sólo la prima Susana, que desde pequeña tenía puestos los ojos en su bello pariente, la miró con inquina.

Pero no hubo más tiempo para reaccionar ante una declaración tan inquietante, porque de inmediato fue el propio Augusto quien, como buen abogado, se ocupó de manipular la verdad a su antojo.

—Sí, vino por mí. Yo se lo pedí. Luisina es como una hermana, y al no

poder comunicarme con Bautista, me apoyé en su presencia.

La palabra “hermana” tranquilizó a todos. Bueno, excepto a la prima Susi, que sabía reconocer a una rival con sólo verle el culo. ¡Y la perra de Lui sí que lo tenía!, (o lo había comprado, como tantas). Su madre, en cambio, la tranquilizó: era verdad que la ex de Bautista había cambiado y ahora lucía despampanante, pero nadie dudaba de que en el fondo era la misma muchacha dulce y desinteresada que solía esclavizarse en la cocina en cada fiesta familiar. Sólo se podía esperar lo mejor de alguien así.

—¿Adónde vas Luisina?

—A casa. El objetivo era que no estuvieras solo en el peor momento de tu vida, y ya no lo estás.

Augusto le devolvió la mirada de un niño contrariado.

—Pero te necesito... Todavía falta el entierro, y dudo que Bautista aparezca.

—¡Míralos! Ríen, comen, charlan. La fiesta está en su apogeo, y es un verdadero éxito. Alcohol y chismes es todo lo que esta gente necesita. Yo, en cambio... Ya es medianoche, y mañana tengo que ir a trabajar.

—Con más razón. No puedo permitir que te vayas sola a casa. Espera que busque las llaves del auto, y...

—¡No! No puedes abandonar tu lugar. Eres el único deudo. Y, por cierto, el único que soltó lágrimas verdaderas.

—Injustificadas.

—Pero no por eso menos sentidas... No te preocupes. Ya pedí un taxi.

Augusto la miró con desilusión, y luego se puso a reflexionar.

—Así somos tú y yo, ¿no? Demasiado orgullosos como para esperar algo de los otros, aunque después el dolor y la soledad sean intolerables.

Luisina no supo qué responder a una verdad tan obvia, así que, como siempre que algo la lastimaba, prefirió cambiar de tema.

—Vuelve con ellos. Yo esperaré afuera a que llegue el taxi.

Le hizo bien salir al exterior. Que la brisa de esa noche de verano acariciara su rostro.

Extrañamente se sentía satisfecha de sí misma.

Además del placer de enterrar a la vieja, esa tarde Augusto había bajado varios escalones desde su pedestal de hombre poderoso, hasta el lugar de los simples mortales. Y visto desde allí resultaba encantador. Claro que eso no significaba que de ahora en más confiara en él. De hecho, posiblemente esa fuera la última vez que se vieran en la vida, pero...

—Luisina, ¿eres tú?

La muchacha se puso a temblar. Una voz demasiado conocida surgió del fondo de su memoria.

Bautista.

Su marido.

Su ex estaba allí.

CAPÍTULO IV

Desde el mismo momento en que decidiera acompañar a Augusto en su desventura, una voz interior que Lui no quería escuchar le recordaba que posiblemente esa noche se diera el encuentro que tanto había esperado los últimos meses. Ella y Bautista, cara a cara. Ella, en su versión renovada: delgada, bella, exitosa. O con apariencia de exitosa. Y él, desgastado de tanto correr detrás de una yegua joven. Pero a medida que iban pasando las horas, aquel encuentro previsto se había terminado desdibujando en su memoria.

Junto a Augusto, urgida por su mirada, apurada por sus palabras, había confesado: en verdad no amaba a Bau. Nunca había sido del todo feliz a su lado. Y en todos esos meses lo único que había echado de menos era la comodidad de ser una mujer casada. El lugar tranquilo de quien no necesitaba ganarse la aprobación de los demás, porque ya alguien la había elegido.

—Se te ve... Es decir, ¿adelgazaste?

—Quizás. Pasé un par de semanas en un *country*, y entre la piscina y el sol...

—En un *country* —repitió el otro con disgusto—. ¿Te fuiste sola a pasar unos días a un *country*?

—¿Quién te dijo que sola?

—¿Pretendes enloquecerme?

—¿Por qué? Lo que me recuerda: ¿dónde está Miranda? Quisiera saludarla. La muchacha me simpatiza.

—Nunca creí que fueras capaz de algo así, Lui. Me decepcionaste. ¡Robarme mi dinero!

—Según la ley argentina eres tú quien me robó. Sabes que esa no es ni remotamente la mitad del patrimonio de la sociedad conyugal. Pero no importa. Que te aproveche el resto.

—Devuélveme aunque más no sea lo de la cuenta en Suiza.

Luisina se extrañó.

—¿A qué te refieres?

—No simules. Los doscientos mil dólares que transferiste a una cuenta a tu nombre. ¡Lo sé todo!

—Yo no... —comenzó a decir. Pero de inmediato calló. ¿Ahora tenía doscientos mil dólares? Le daba igual.

—¿Acaso vas a negarlo? Eres una ladrona. Nunca trabajaste. Eso era mi futuro.

—Qué extraño. Mi futuro eras tú. Pero se ve que fui yo la que malentendió los votos matrimoniales.

—Pero ese dinero...

Luisina se enfureció. Sí, en verdad su ex se veía miserable. Feo, egoísta, avariento...

Bah, igual que siempre.

—¡Sí que eres un caso, Bau! Tu madre ha muerto y lo único que te preocupa es el asqueroso dinero.

—Doscientos mil dólares no es...

—Murió tu madre, Bau. Esa que decías querer tanto.

—¿Y el dinero?

—A menos de que me demuestres que el dinero estaba allí antes de nuestro matrimonio, los doscientos mil son míos... Me pregunto en qué los usaré... ¡Ah, ya sé! Iré a Europa. Buscaré una compañía agradable, y me iré. O mejor, daré la vuelta al mundo.

Su ex intentó hablar, pero ella lo interrumpió.

—Lo lamento, aquí llega mi taxi.

Se subió con encanto, cuidando de lucir su nueva figura.

—Pero no te preocupes, querido —insistió una vez arriba—, porque cuando parta el avión pensaré en ti...

* * *

—¡No vas a creer el golpe de suerte que hemos tenido, Lui! Luego de tu gacetilla de prensa un periodista descubrió que, no sólo la esposa del boxeador ya había denunciado a otra de sus parejas por golpes, sino que ella misma tenía varias denuncias en su contra por vapulear al tipo.

—¡Lo dicho! Los periodistas nos tomamos eso de investigar muy en serio.

—¡Es maravilloso! Lo cual me ha dado de pensar... ¿Sabes? Como estamos en campaña de ganar prestigio, decidimos comenzar a tomar casos

penales. Claro, sólo cuando un famoso esté involucrado, o se trate de un hecho resonante. Así que a partir de ahora quedas promovida a encargada de medios.

—¿Le van a aumentar el sueldo?! —se quejó Eni, como si la suerte de su compañera aumentara su desgracia.

—¿Aumento?... Bueno, no lo había considerado, pero supongo que... ¿Un veinticinco por ciento estará bien?

—¿Un veinticinco por ciento?! —se espantó aún más Eni.

Pero su jefe malinterpretó sus palabras.

—Bueno, será un treinta. ¡Pero nada más!... No quiero que también los otros reclamen. No es época de aumentar los gastos.

Y mirando a Lui, exclamó: —¡Buena abogada te conseguiste!

Luisina no pudo evitar una sonrisa. Por fortuna la mayoría de los juicios en la Argentina eran escritos, porque resultaba evidente la incapacidad del doctor Romero en percibir las peculiaridades en el tono de una declarante.

—Cambiando de tema... Esta mañana no te vi en el entierro de tu suegra.

—Estuve ayer, en el funeral.

—Entiendo... No querías encontrarte con la nueva de tu ex.

Otra vez fue Eni la que respondió.

—¿Estaba en el entierro?... ¿Cómo es? ¿Linda?

—Nuestra Lui no tiene nada que envidiarle. Es bastante más joven sin duda, pero su figura...

—¿Es gorda?

—Y descuidada. A pesar del momento, lucía un tanto...

—¿Zaparra?

—Insinuante. Su falda era demasiado corta, y llevaba tres botones abiertos de la camisa. El hermano de Augusto intentó que se cerrara al menos uno, pero ella lo ignoró olímpicamente. La niña no parece muy dispuesta a obedecer al esposo.

—No es el marido. El tipo todavía está casado con Lui —mencionó Eni.

—En lo que a mí respecta, Miranda es su única mujer. Yo quedo afuera.

—¡Así se habla! —se entusiasmó el gran jefe—. Y ahora volvamos al trabajo —ordenó mientras se apuraba a ir rumbo al campo de golf, adonde lo esperaban un par de amigos.

—Así que le has puesto punto final a tu vida de casada —exclamó Eni con suspicacia, ni bien volvieron a quedarse solas—. No es que te lo esté reprochando. Por el contrario, me parece perfecto. Ya era hora. En tanto te ubiques en tus posibilidades...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ser la segunda esposa de Souto, seguro. La amante del gran jefe, quizás. Pero ir al velorio de tu suegra para levantarte a tu cuñado es patético. Él está totalmente fuera de tu alcance.

—¡Por supuesto que lo está! ¡Es mi cuñado! ¿En qué mente enferma cabe que, de todos los hombres que hay en el mundo, justo me fije en alguien de la familia? Augusto es como un hermano para mí.

—Lo mismo dijo mi tía Clarita, y acabó casada con el primo. ¡Sorpresa!, lo que dicen por ahí es cierto: sus cinco hijos son verdaderos engendros.

—No te preocupes, la genética está a salvo conmigo.

—Y entonces, ¿a quién tienes en vista?

—¡¿Yo?!

* * *

—¡Yo! ¡Aquí estoy!

—¿Tiene el carnet de su prepaga médica, señora Stuar?

—Sí, pero cambió el número... Y el apellido.

—No entiendo.

—Sigo con el mismo plan médico, pero ya no soy Stuar, sino Luisina Ramos.

—No entiendo —repitió la bella muchacha, con una perplejidad que excedía largamente sus atribuciones de secretaria.

—Me separé. Ramos es mi apellido de soltera.

—No entiendo. Disculpe, ¿de verdad está separada?

—¿Por qué te mentaría?

La niña se recompuso.

—No. Es que a veces cambio todo, y luego la gente vuelve a reconciliarse.

—No es el caso.

—¿Está segura?

Luisina la observó extrañada. (¡Sí que esa niña se tomaba su trabajo muy en serio!).

—Sí, estoy segura.

—De acuerdo —respondió la muchacha con una amplia sonrisa—. El

doctor Blas no tardará en atenderla.

En efecto, no pasaron cinco minutos hasta que la misma empleada la hizo pasar.

—El doctor sigue soltero —le susurró a Lui al oído, mientras le abría la puerta del consultorio.

Luisina se quedó parada allí, observando a la extraña muchacha mientras se retiraba.

¿Qué ocurría con todos? ¿Era una confabulación? ¿Acaso una mujer de treinta y siete no podía permanecer soltera, sin tener que abalanzarse sobre cualquier hombre solo?

—¿Te ocurre algo, Luisina?

—¿No es un poco rara tu secretaria?

—¡Esta es una joyita al lado de la que tengo en el hospital! Y la del sanatorio tampoco tiene la cabeza mejor puesta sobre los hombros que ellas. ¡Es una lucha! Pero, pasa por favor... Hace mucho que no nos veíamos.

—Cuatro meses.

—Nunca viniste a buscar el resultado de tus últimos estudios —se quejó el bello doctor con una sonrisa en los labios, mientras sacudía con orgullo una carpeta.

—Ah... Mi estudio... Da igual. Acabo de separarme. Ya no me preocupa demasiado mi fertilidad.

—Entiendo... —respondió él algo decepcionado, mientras disimuladamente colocaba la carpeta en el fondo de una pila—. ¿Es definitivo?

—¿Por qué todos me preguntan lo mismo? ¿Acaso es algo con lo que se puede jugar?

—No se puede, pero la gente lo hace todo el tiempo. Quizás por eso sigo soltero. Tal parece que soy el único que se toma el matrimonio en serio. Como ginecólogo veo tantas cosas desde este lado del escritorio, que me cuesta creer en las mujeres.

—¡Como que ustedes los hombres son una maravilla!

—Ya veo. Es culpa de tu marido.

—No. Es decir, fue él quien se consiguió a otra mientras yo fregaba los pisos. Pero nadie me mandó a fregar pisos, ni a creerle. Sólo se engaña al que está dispuesto a confiar. Y tal parece que fui demasiado confiada en mi vida.

—A mí me ocurre igual.

—¿Mal de amores? —preguntó Lui con una sonrisa cómplice.

¿Era posible que ese bello galán pudiera sufrir por amor como el resto de los mortales?

—El amor tuvo poco que ver. Al menos de su lado. Pero volviendo a lo nuestro: si no te interesa tu fertilidad, ¿en qué puedo servirte?

—Mi período es un desastre. Viene cuando quiere.

—¿Fuiste sexualmente activa estos meses?

—Ya te he dicho que me separé.

El joven doctor la observó como si se tratara de una extraterrestre.

—Entonces me inclino a pensar que puede tratarse de tu tiroides. ¿La controlaste últimamente?

—No.

—Se te ve muy deprimida. Podría ser eso.

—Se me ve muy mal, ¿no?

Al doctor Blas se le escapó una larga mirada de hombre, que ni el brillo de sus lentes pudo disimular.

—No. Todo lo contrario. Estás muy bien. Pero triste. Así se supone que esté una mujer luego de separarse, lo entiendo, pero la verdad es que suele ser todo lo contrario. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Consulta con tu endocrinólogo. Luego vienes aquí, conversamos sobre los resultados, y quizás hasta podamos ir a tomar un café juntos para criticar a los que tanto nos dañaron, ¿qué te parece?

* * *

—¿Eso le respondiste?! ¡¿Te volviste loca?! ¿Tienes algo en contra de los bomboncitos con lentes?

Luisina se hundió en la mirada tan azul como implacable de su joven profesora de computación.

Era increíble lo madura que podía verse la hija de Amanda a pesar de sus quince años.

—Tampoco me negué. Sólo le dije “ni...” Pero tengo que confesarte que me da un poco de “cosa” salir con él.

—¿Por qué? ¿Sólo te gustan los pelados como tu “ex”?

—No. Pero Blas es mi médico.

—¿Y los médicos no te gustan por...?

—Blas es mi ginecólogo. Eres demasiado joven para entender, pero no me sentiría cómoda saliendo con un hombre que ya ha visto mi... ¡Olvídalo!

—¡No lo puedo creer, boluda! Si es por eso, yo no tendría que salir con nadie de mi escuela.

—Creo que no me entendiste. Me refiero a...

—Yo perdí la braga en más sitios de los que puedo recordar.

Luisina se espantó. ¿Habría cumplido mil años sin darse cuenta?

—¡No me mires así, Lui! —replicó la otra divertida—. No tengo corazón para seguir engañándote...

—¿Era una mentira entonces?

—¡Nada que ver! Claro que perdí la braga en la escuela. Varias veces. Pero en la piscina, luego de zambullirme en clase de natación. Gracias a mí las monjas prohibieron las bikinis en el gimnasio... ¿De verdad te importa tanto que él haya visto tu “cachu”?

—¿Mi qué?

—Cachu... Ya sabes.

—Me intimida un poco... Hace cinco años que me atiendo en su consultorio, pero nunca antes lo había mirado como un hombre de verdad.

—¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Blas... Doctor Blas Montes de Oca.

—¡Guau! —replicó la niña, iluminada por el reflejo de la pantalla—. Si no notaste que era un hombre, lamento decirte que estás ciega. ¡Mira esta foto suya que bajé de la Internet! ¡Es re lindo! Un poco viejo, pero lindo igual.

—¿Viejo? Estoy casi segura de que es más joven que yo.

—Espera que busque su perfil...

—¡No! ¡Deja ese ordenador en paz! Ni sé para qué te lo conté.

—Me lo contaste porque no tienes amigas —se burló la otra, poniendo la netbook fuera del alcance de Lui.

—¡Eso no es cierto! La tengo a tu madre.

—¿Para qué me tienes a mí? —preguntó Amanda, entrando al cuarto.

—Es que... —comenzó a decir Lui. Pero Candelaria la interrumpió.

—Nada. Es que Luisina no hizo su tarea.

—No. La verdad es que... —intentó confesar la otra. Pero de nuevo la niña se lo impidió.

—El problema contigo Lui es que callas cuando tienes que hablar, y hablas cuando deberías quedarte muda.

—¿Qué me estás ocultando, amiga? —preguntó Amanda con suspicacia, interponiéndose entre la muchacha y su hija.

—Nada. Es que mi ginecólogo habló de invitarme a tomar un café. Pero no fue nada concreto, y hasta puede que llegado el momento lo olvide.

—¡Vaya! ¿Y es lindo ese ginecólogo?

—¡No! —se apuró a responder Candelaria—. No es tu tipo.

—Cualquier hombre es mi tipo, muchachita tonta. Pero yo no le robaría el novio a una amiga. Por el contrario.

—Blas no es mi novio.

—¿Blas?... ¿Blas Montes de Oca?

—Sí.

—Alguien ya me lo mencionó antes... Es súper buen mozo, ¿no?

—No.

—Sí —concluyó Lui, contradiciendo a su joven profesora.

—¡Que interesante! —reflexionó Amanda para horror de su hija—. Muy interesante...

* * *

—Algunas mujeres son unas putas, siempre dispuestas a cagarle el hombre a otra.

—¡La boca, Eni!

—La boca la tengo en su sitio, doctor Souto. No digo más que la verdad. Así que si la amiga la mató, bien empleado se lo tenía.

—Que la mató, no hay dudas. Las dos trabajaban en un restorán, y lo hizo allí, delante de todos. Usó un martillo que había en la cocina para ablandar la carne y le dio tres golpes en la cabeza antes de que pudieran detenerla. Lo que se discute es si fue cosa del momento, o llegó hasta allí con la clara intención de liquidarla.

—¿Defendemos a la asesina?

—Al marido de la víctima, que reclama justicia. Pero ahora estamos en un pequeño problema.

—¡Lo vi en Youtube! —interrumpió Eni una vez más—. Y a juzgar por el tamaño de la cosa que la acusada se estaba llevando a la boca, sus problemas

son bien grandes.

—¡No entiendo nada! —se quejó Lui.

—Apareció un video de la asesina con el marido de la víctima.

—Sigo sin entender. ¿La acusada se acostó con el marido de la pobre mujer, y luego, como si fuera poco, la mató?

—¡Sí! La mató después de que “la pobre mujer”, como tú la llamas, la amenazara con arruinarle su boda pasando ese videíto hot. Matarla es lo menos que pudo hacer. ¡Bien empleado lo tuvo esa arpía!

—No entiendo, Eni. ¿A quién defiendes?

—¡A la asesina! Un golpe en la cabeza es lo menos que se merece alguien que le quiere arruinar el casamiento a su compañera de trabajo.

—¡Luego de que ella se acostara con su marido!

—¡Momentito! —interrumpió Souto—. No está probado que el señor del video sea mi cliente.

—Da igual —sentenció Eni.

—No, no es lo mismo —la corrigió su amiga—. Porque si efectivamente lo es, y si existió amenaza de arruinar la boda, el defensor podrá alegar “emoción violenta”, y en cinco años a más tardar la asesina estaría libre.

—¡Exactamente! Eso es lo que el marido intenta evitar. Por eso me contrató. Quiere que esa perra se pudra en la cárcel, y está dispuesto a negar en forma terminante que hubo una relación amorosa entre ellos.

—¿Y no la hubo?

—Claro que sí. Se acostó con él, al igual que lo hizo con todos los demás hombres del pueblo. El único que ignoraba sus andanzas era su prometido.

Lui hizo una mueca de disgusto.

—¿Vas ayudarme a restarle importancia al video, o piensas dejarte dominar por tus problemas personales? —le preguntó Souto, al verla—. Tenemos que ser objetivos.

—Hay una solución. La única... Su cliente tiene que aceptar públicamente su infidelidad —ordenó Lui, sin perder la compostura.

—¿Te volviste loca?! Eso sería lo último.

—Por el contrario: eso debe ser lo primero. Aquí no se está juzgando la moral del esposo de la víctima, sino a la asesina. Y él no puede negar lo que todos saben, porque produciría el efecto contrario.

—Pero si mi cliente es el del video, la amenaza de arruinar la boda va a ganar consistencia.

—Usted no entiende, doctor. El marido tiene que mencionar como al pasar

que él, como todos en el pueblo, también se había acostado con la acusada mucho tiempo atrás. Pero, a la vez, debe negar enfáticamente ser el de ese video que hacía meses circulaba entre los vecinos.

—¡Tienes razón! —se maravilló su jefe—. Así la famosa cinta dejará de ser un justificativo para el crimen, para convertirse en una muestra más del carácter lascivo de la imputada. ¡Eres un genio!

—Ni tanto —masculló Eni— Yo lo había dicho antes.

—Bueno, te dejo con eso. Y tú, Eni... a ver si me pasas el escrito que te pedí anteayer... ¡Y sin faltas de ortografía, te lo ruego!

—¿Se va, doctor?

—Tengo trabajo pendiente.

—¿Trabajo? ¿No olvida sus palos de golf entonces? —preguntó Eni con sarcasmo.

El doctor Souto observó a su díscola empleada con desagrado. ¡Qué remedio! De seguro la muchacha compensaba en la cama sus múltiples deficiencias en la ortografía. ¡Tendría que averiguarlo un día de estos!

Ni bien volvieron a quedarse solas, Eni comenzó a revolotear alrededor de su compañera.

—¿Qué ocurre, Eni?

—Qué te ocurre a ti. Sé que ocultas algo.

—Son ideas tuyas.

—¡Nada de eso! Desde el entierro de tu suegra que se te ve muy distinta. Llegas a la oficina peinada, con algo de color en tu rostro, (supongo que tú lo debes llamar “maquillaje”). En cuanto a tu ropa, es mejor que la que traes habitualmente. No es mucho decir, pero es algo.

—Toda mi ropa es nueva.

—Pero solías traer siempre lo mismo. Como si se tratara de un uniforme.

—No quería arruinar mis cosas en el trabajo.

—¿Y ahora? ¿Qué cambió?

—Nada.

—¿Es por tu cuñado?

—¿Augusto? Ya me había olvidado de él.

—Ninguna mujer olvida a un hombre así.

—Dudo que vuelva a verlo en mi vida.

—¿Entonces? ¿Hay otro?

—No... Pero...

Supo de inmediato que había cometido un error al no detenerse allí.

—¿Pero?

—No. Es sólo una tontería. No estoy acostumbrada a que, ahora que de nuevo estoy sola, un hombre pueda invitarme a tomar algo.

—¿Quién te invitó?

—Nadie.

—¿Y a qué se dedica “nadie”?

—Es mi ginecólogo.

—¡Son los mejores! Tengo una amiga que se acostó con el suyo, y ¡guau! Claro que ese es un bombón que vuelve locas a todas. Un rubio espectacular. Blas “algo”.

Lui se ruborizó. ¿Cuántos ginecólogos de menos de cuarenta podían llamarse Blas?

—¿Por qué te pusiste colorada? No me digas que... ¡¿Ese doctor Blas es el que te invitó?! ¡Sí que picas alto, amiga!

—Yo no pico nada, y mi doctor no me invitó a ningún sitio. Sólo sugirió que, quizás, podíamos tomar algo luego de mi próxima consulta. De seguro lo hizo por lástima. Hace más de cinco años que me atiendo con él y debe haberse conmovido al saber de mi divorcio.

—Y ahora quiere “consolar” a la nueva viuda. ¡Qué afortunada! El tipo está increíble —replicó Eni con emoción.

Lui, en cambio, se inquietó. ¿La habría tomado Blas por alguien como la amiga de Eni?

¿Creería que por quedar sola, estaba desesperada?

—Como sea, no pienso regresar a su consultorio.

—¿Estás loca?! Una oportunidad así se presenta una sola vez en la vida.

—Blas me atendía por problemas de fertilidad. Y ahora ese es el último de mis problemas.

—Pero, ¿y la cita?

—No creo que me eche en falta. Por lo que dices, le sobran pacientes. Y a mí nunca me gustó competir por un hombre.

—¿Como quieras, niña! Pero si sigues así vas a terminar tus días como solterona. ¡Y después no digas que no te lo advertí!

Luisina volvió a su trabajo.

Si, de seguro iba a terminar sola.

Pero, ¿qué remedio!

* * *

—Usted dirá, ¿en qué puedo ayudarla?

—Creo que tengo hongos.

—¿Hongos?

—Sí. Me pica mucho y mancho mi ropa interior.

—¿Hongos? —repitió el doctor Blas, incrédulo— ¿Esperó dos meses su turno para consultarme por hongos?

—Su secretaria fue de lo más comprensiva con mi problema. Y justo una paciente había cancelado... ¿Me desvisto?

—No. Yo me especializo en microcirugías para restituir la fertilidad. Ya mismo la derivo a mi colega, el doctor Páez.

—¡No! ¡Quiero atenderme con usted!

Blas observó a su extraña paciente por encima de los anteojos.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Amanda.

—¿Nos hemos visto ya en algún sitio?

—No, pero usted y yo tenemos una amiga en común: Luisina.

—¿Luisina Stuar?

—Luisina Ramos. La otra tarde la invitaste a salir.

Blas se ruborizó. Odiaba cuando le ocurría eso. Pero aún a pesar de sus años de profesión, siempre lidiando con las fantasías femeninas más íntimas y escuchando todo tipo de barbaridades, todavía no se acostumbraba al descaro de algunas.

—No entiendo qué tiene que ver Luisina en todo esto.

—Lui es muy frágil. Y como buena amiga creo que tú y yo tenemos que hablar. No quisiera que la pobre se hiciera falsas ilusiones contigo.

—¿Ilusiones?

—Tengo entendido que soy tu última paciente de este día. ¿Por qué mejor no vamos a tomar algo y charlamos en algún sitio más íntimo?

—Lo lamento, pero ya estoy llegando tarde a mi próxima guardia. Además, si quisiera averiguar algo acerca de Luisina se lo preguntaría a ella. ¿Quieres que te derive al doctor Páez por eso de los hongos?

—Era sólo una excusa. De hecho, mi vagina está perfecta. Y, según dicen todos, muy deliciosa.

Blas observó su sonrisa lasciva y sintió lástima.

—Cuando “todos” conocen la intimidad de una mujer, una vagina no tarda tanto en pasar de “deliciosa” a “apestada”. ¡Cuidate!

Como corolario de su advertencia, el joven doctor le abrió la puerta de su consultorio para invitarla a salir.

Amanda sintió un último arrebato de presentar pelea. Pero sus estrógenos le jugaron una mala pasada: por un segundo tuvo la seguridad de que, de haber tenido diez años menos, ese bello doctor no se le hubiera escapado. Pero fue sólo un segundo.

“Seguramente es maricón”, se dijo entonces.

Y salió de allí en paz consigo misma.

* * *

Luisina no terminaba de sentirse en paz consigo misma. ¡Maldito edificio! ¿Por qué su endocrinólogo tenía que tener su oficina justo allí, seis pisos más arriba del consultorio de Blas?

Eni estaba en lo cierto. Si no intentaba una actitud más agresiva con los hombres iba a terminar sola. Tan sola como se encontraba ahora. También en el periodismo le había faltado esa garra, ese empuje crucial a la hora de conquistar el mundo. A pesar de ser incisiva y eficiente, era su jefe el que conseguía las notas o perseguía sin tregua al político de turno. Desde pequeña lo suyo nunca había sido rogar. Era tan tímida como orgullosa.

Luisina suspiró.

Mejor afrontarlo de una vez: ni muerta pasaría por el consultorio de Blas.

Apretó el botón del décimo piso.

Primero, segundo, tercero...

Comenzó a sudar, como si su bello doctorcito tuviera una ventana al elevador.

Quinto, sexto... ¿Y si a la vuelta bajaba en el cuarto piso y le entregaba copia del resultado de su análisis a una de las secretarias? Podía escribir una nota breve, disculpándose por no acudir a la consulta. Prometiendo regresar algún día, sin determinar cuándo.

Se bajó del elevador, esperó a que tipearan el resultado de sus pruebas, y

volvió a subir a esa pequeña cámara de torturas.

¿Marcaría el cuarto, o la planta baja?

—¿A qué piso va?

—A la salida, por favor.

¡Cobarde! Era una cobarde, condenada a la soledad.

Sexto piso, quinto piso...

Rogó para que el elevador no se detuviera en el cuarto.

Pero lo hizo.

Una marea humana la empujó hacia la puerta. ¿Y si bajaba? No. Mejor no arriesgarse. La extraña secretaria podía llamar a Blas. Y entonces tendría que justificar su...

—Todavía estoy esperando el resultado de tus análisis.

Luisina sintió que el cubículo en que estaba presa se abría bajo sus pies.

¿Siempre fue así? Cinco años se había atendido con el buen doctor, y sólo ahora reparaba en su porte varonil, sus ojos azules, o sus manos firmes. ¿Por qué le faltaba el aire al sentirlo tan cerca?

—Falta el aire en este elevador —dijo él, adivinando sus pensamientos—. Por fortuna ya llegamos.

—Sí —respondió ella, con la misma dificultad que si se hubiera visto forzada a recitar el preámbulo de la constitución sin respirar.

¿Qué excusa le daría para justificar su desaparición?

No tuvo tiempo de pensar una. Ni bien bajaron fue él quien la encaró.

—¿Por qué no regresaste al consultorio?

—Estuve con mucho trabajo.

—¿Fue por eso, o porque no pasé el examen?

—¿Qué examen?

—¿No le gusté a tu amiga?

—¿Qué amiga?!

Blas le echó una larga mirada a través de sus gruesos lentes.

O sabía mentir muy bien, o Luisina estaba siendo sincera.

—El otro día vino a verme una amiga tuya: Amanda Ruiz. Quería hablar de ti... Oye, no sé qué entendiste, pero cuando te ofrecí tomar un café sólo me refería a eso. Muchas de mis pacientes pasan por lo mismo que tú, sé por experiencia que un divorcio afecta directamente mi trabajo. Pero me parece que no es un tema para charlar en el consultorio. Por eso te invité. Sin segundas intenciones.

Lui sintió que un abismo se abría bajo sus pies. ¿Cuándo se había

convertido en una de esas divorciadas patéticas que miraban con desesperación a cada hombre que se cruzaba en su camino? ¿Tanto necesitaba un gesto de afecto, que era capaz de confundir así las cosas?

Se sintió atrapada. Y como cada vez que eso ocurría, recurrió con naturalidad a la mentira salvadora. Esa que la ubicaba en medio de un camino cómodo y luminoso. El mismo que en la vida real jamás se animaba a recorrer.

—Creo que el equivocado eres tú —replicó con una sinceridad capaz de pasar cualquier detector de mentiras—. Jamás le mencioné tu invitación a Amanda. De hecho, estaba tan confundida ese día, que la olvidé.

—Entonces, ¿por qué vino tu amiga a verme?

—De haber sido mi amiga, jamás hubiera ido a verte a mis espaldas. Amanda es una conocida que me ayudó en forma invalorable a la hora de reorganizar mi vida luego de la catástrofe. Su propio divorcio la convirtió en una experta en el tema.

—Pero ella habló de una invitación. ¿Cómo pudo saberlo?

—No tengo ni idea. Aunque, ahora que lo pienso, quizás yo misma se lo mencioné. La encontré al salir de tu consultorio y me llenó de preguntas. No sé... Quizás dije algo. Ella te conocía por referencias, y parecía muy interesada. Sabía que eras soltero y... Bueno, de seguro no ignoras el efecto que produces en las mujeres.

—Quizás por eso odio esa maldita costumbre que tienen algunas de imponerme una relación. No soy machista, pero me gusta tener la iniciativa. Y con mi oficio no es nada fácil. Llegan al consultorio desoladas. Yo las escucho, las aliento... Muchas se confunden.

—Yo estoy confundida, pero no contigo —mintió Lui—. Es decir, eres muy buen mozo, pero todavía no estoy lista para una nueva relación.

Ahora era Blas el que se sentía un tanto avergonzado. Lui no se merecía esa embestida furiosa, (la misma que realizaba cada vez que intentaban forzarlo a algo). Después de todo, la Luisina que tan bien conocía era incapaz de tales maquinaciones. Honesta, sincera... ¿Acaso no era por eso que, contrariando sus más firmes principios, la había invitado a salir?

Pero ella, justamente por no ser como las otras, aún no estaba lista.

¡Lástima!

¡Con lo que estaba necesitando una buena mujer por esos días!

* * *

¡Con lo que estaba necesitando hablar con alguien por aquellos días!

Una vez en la calle, Luisina suspiró. Claro que era imposible para una mujer como ella soñar con un hombre tan perfecto como el buen doctor. Conocía sus límites. Pero de no ser por esa entrometida aunque más no fuera hubiera gozado de su amistad. ¡Sí! Eso necesitaba. Alguien no tan invasivo como Amanda, con la madurez que a Candelaria le faltaba, y ajeno a la envidia que carcomía a Eni. Un amigo de verdad, capaz de escucharla sin segundas intenciones. Un amigo varón, que la ayudara a entender la extraña cabeza de los hombres. Un amigo como el que nunca había tenido antes.

Pero, ¿podía existir tanta proximidad con un hombre sin que hubiera nada más?

—¿En qué piensas?

La voz grave de Eni despertó a Luisina de su ensueño.

—¿Crees en la amistad entre el hombre y la mujer?

—¡Por supuesto! Mis mejores amantes han sido primero buenos amigos. Y los peores en la cama, a falta de otra cosa, terminan siendo amigos.

—Me refiero a amigos de verdad, sin sexo.

—¿Por qué esa compulsión por quitarle el sexo a todo? ¡Qué aburrida!

—¿Tanto disfrutas del sexo?

—¡Muchísimo!

—¿Y siempre llegas hasta el final?

—¿Qué quieres decir con eso? Porque algunas locuras las reservo sólo para los que valen la pena.

—Me refiero al orgasmo.

—Bueno, la mayor parte de las veces ni lo recuerdo. Pero sé que lo paso muy bien.

—¿Ni lo recuerdas?

—Luego de las primeras copas me vuelvo muy complaciente.

—No entiendo... Si no lo recuerdas, ¿para qué te gastas en tener sexo?

—Eso es lo extraño contigo: yo no me gasto. Me sale solo.

—¿Y con tu “ex”? Nunca hablas de él. Es como si no hubiera existido en tu vida.

—¡Ni me lo recuerdes! ¡Qué aburrimento! ¡No me caso nunca más! Y si

tienes algo de cerebro tampoco tú lo deberías hacer.

—¿No te asusta pasar sola el resto de las noches de tu vida?

—Si quisiera un hombre para que me acompañe, alcanzaría con ir al bar más cercano. ¡Está lleno de ellos!

—Hace cuatro meses hubiera pensado que exagerabas. Pero hoy no estoy tan segura.

—Los hombres sólo sirven para amantes.

—¿Y como amigos? Yo necesito un amigo. Un amigo varón.

La llegada del doctor Souto las obligó a volver al trabajo.

—¿Acabaste de pasar el escrito que te di, Eni? —preguntó con mala cara a su empleada.

—¿Cree que soy una máquina? Desde que llegué que no levanto la cabeza del ordenador y todavía me faltan dos páginas. ¡Es larguísimo!

—¿Te llevó cuatro horas pasar tres hojas?

—¿Está mal que me tome mi tiempo? No soy como usted, que de seguro se vistió en cinco minutos y así anda por la vida. ¿Nadie le dijo que con un traje marrón no puede ponerse zapatos negros?

El doctor Souto hizo una mueca.

—¿Y tú, Lui? ¿Acabaste con la gacetilla?

—Aquí está.

—¿Tan rápido?

—Había escrito un borrador en casa.

—¡Ve, doctor Souto! Lui hizo eso en su casa, y ahora luce como una verdadera zaparra. ¿Cree que dar una imagen como la mía para la empresa se logra en cinco minutos?

El pobre hombre estaba a punto de responderle, cuando la presencia del gran jefe los obligó a callar a todos.

—Luisina, ¿podrías pasar a mi despacho por favor?

—Si te hubieras tomado más tiempo en lucir bien ahora no estarías en problemas —le susurró Eni a su amiga, en su camino a la oficina del socio principal.

Una vez solos el doctor Romero tomó asiento, mientras que su empleada se quedó plantificada cerca de la puerta. Si la iba a echar, prefería que el camino de salida fuera más breve y menos doloroso.

—Siéntate, Luisina. Necesito que hoy olvidemos los protocolos.

La muchacha lo obedeció, ubicándose en la punta de la silla como si así pudiera ponerse más rápido de pie.

—¿En qué puedo serle útil?

—No. El que va a serte útil soy yo... Sabes, a pesar de lo poco que te conozco creo que en este momento de tu vida lo que más necesitas es un buen amigo.

Luisina se ruborizó. ¿Tendrían cámaras ocultas en su oficina? El doctor Romero era muy desconfiado y bien podía ser capaz de algo así.

—No sé a qué se refiere.

—Creo que no sobrepaso ningún límite al decir lo obvio: eres una mujer joven y hermosa, pero muy vulnerable. Ahora que estás sola de seguro muchos te tendrán en su mira.

Luisina lo miró sin entender. Ella más se sentía en vías de extinción que como una presa deseable.

—No entiendo su comentario, doctor. No creo que mi situación personal haya afectado mi trabajo.

—¡Y no lo hizo! No tengo quejas al respecto. Es más, estoy muy contento con tu desempeño. Zaparra tenía la oficina muy descuidada.

—Eni hace lo que puede —lo corrigió Lui, pese a estar consciente de que eso era muy poco.

—Ese es el problema contigo. Eres demasiado solidaria. Te ocupas de todo el mundo. Deja entonces que me ocupe yo de ti.

La muchacha se puso en guardia, maldiciéndose en su interior por haber cerrado la puerta.

—No necesito ayuda, gracias —dijo con su tono más severo.

—Desde que llegaste a esta oficina no pude menos que notar cierto interés de tu cuñado en ti. No me malentiendas, Augusto es mi mejor amigo. Pero eso no me engeuece. Como todo hombre que fue fiel durante tantos años, y al que han traicionado en su confianza, él es un tanto escéptico ahora con las mujeres. Resulta entendible. Pero no me gustaría que te lastimara.

—No se preocupe. No he vuelto a ver a Augusto desde el velorio de mi suegra. Además, si usted es tan amigo suyo debe haber conocido a Andrea, su ex. Está claro que no existe otra mujer más distinta a mí. Los gustos de mi cuñado son demasiado refinados como para incluirme.

—Creo, en cambio, que...

Luisina lo interrumpió.

—Disculpe, pero no entiendo su interés en todo esto.

—Ya te dije: te tomé cariño. Es decir, aprecio —se corrigió con rapidez —. Con el doctor Stuar hicimos la carrera juntos. Sé de sus preferencias. Pero

también conozco su obsesión con el hermano: lo odia. Y no se me ocurre un mejor método para vengarse de él, que jugar contigo.

—No corro ningún peligro. No hemos vuelto a vernos.

—De eso precisamente se trata. Augusto acaba de llamarme. Quiere que vayas a su casa esta noche a las nueve, sin falta.

—¿Para qué?

—No me lo dijo. Pero me rogó que te insistiera.

—¿Por qué llamarlo a usted?

—Dijo que no conocía el número de tu móvil. Pero creo que sólo lo hizo para que no pudieras negarte. Además, insistió mucho para que fueras puntual. Y fue esa insistencia lo que logró preocuparme.

Luisina se preocupó aún más. Remarcar acerca de la puntualidad sonaba no tanto a cita romántica como a negocios. Y ella y Augusto tenían un solo asunto pendiente: su divorcio de Bautista. Esa, y no otra, era la venganza perfecta: ayudarla a destrozar las finanzas de su ex.

—¿Piensas ir? —insistió su jefe.

* * *

—¿Piensas hacerlo?

—No veo otra salida.

—Entonces el divorcio es un hecho. ¡Pobre Lui!

—Ella tiene la culpa. Desde que habló con Miranda, la pendeja estúpida no deja de reclamarme.

—¿“Pendeja estúpida”? Tal parece que se les acabó la luna de miel.

—¡Y la paciencia! No sabes cómo me arrepiento de haber echado a Lui. Con ella tenía una vida. Aburrida, sí, pero una vida al fin. Podía exigir y siempre se me escuchaba. Ahora no sólo nadie escucha mis órdenes, sino que me obligan a pedir permiso hasta para respirar. Y no sólo se trata de Miranda, sino también de la pesada de su madre... Y para colmo, ni siquiera tengo la mía para que me consuele. ¡Extraño tanto a mamá!

—Siempre fueron muy apegados, ¿no? Me llamó mucho la atención que no respondieras sus llamadas los últimos meses.

—Es que no soportaba la idea de verla sufrir. ¡Pobre vieja! Me partía el

alma.

—Y a ella debe haberle encantado morirse sola —murmuró la ingeniera nueva.

¡Tenía que ser una mujer! ¿Cuándo iban a aprender esas tontas a no meterse en charlas de hombres? A ellas les encantaba cuidar a la gente. Ocuparse de todo el mundo. Pero los hombres no habían nacido para eso. Y él, menos que ninguno. Los hospitales le daban fobia. Quizás porque de niño su madre los había llevado durante meses a él y a Augusto para que presenciaran en primera fila el último estertor de su padre. Ellos, sentaditos y sin gritar, mientras la futura viuda refunfuñaba, atenta al televisor encendido para distraer al pobre comatoso. ¿Acaso él tenía la culpa de estar traumatado? Siempre había sido muy sensible.

—Volviendo a lo de tu divorcio —apuntó su compañero para distender el clima—, ¿ya averiguaste quién era el que le arrastraba el ala a tu mujer?

—¿“Le arrastraba el ala”? —se burló la ingeniera— ¿Qué frase es esa? ¿Acaso tienes cien años?

—¿Qué pretendes que le diga?: ¿“el que le comía la boca a tu esposa”? ¡Un poco de sensibilidad, por favor!

—Me están empezando a poner nervioso. Y no, todavía no pude atrapar a esa basura. Por lo que tengo entendido, la cosa no le salió bien, porque ella está sola. Pero me juego a que fue ese tipo el que le llenó la cabeza. Lui no es tan inteligente. Y ahora, gracias a su estupidez, estoy seguro de que ese canalla debe morirse de risa mientras gasta mi dinero.

—¿Qué es lo que te preocupa más? —insistió la nueva, como si alguien la hubiera invitado a opinar—. ¿Que tu mujer se acueste con otro, o que se haya quedado con el dinero?

—¡Mi mujer no se acuesta con otro! —bramó Bautista, consciente de que aquella aseveración valía sólo para su primera esposa—. Si Lui dijo que fue apenas un beso, yo le creo. La conozco muy bien. ¡Ella nunca supo mentir!

—También dijo que había sido con un amigo tuyo.

Bautista entrecerró sus ojos claros. ¿Nunca se iba a callar esa estúpida?

—Mis amigos son incapaces de una traición.

—Tú la traicionaste a ella, ¿por qué serían mejores tus amigos?

Bautista se puso de pie para enfrentar a la maldita bruja. De haber sido un hombre, lo hubiera golpeado sin darle tiempo a reaccionar, (un hombre de un tamaño razonable, se entiende). Pero como se trataba de una mujer, se limitó a gritarle.

—Tú aquí no eres nadie. No sé quién te dio el puesto, pero imagino dónde rendiste el examen de admisión.

—¿Qué estás insinuando?!

—Que conseguiste el puesto por acostarte con el jefe —aclaró su otro compañero como si hiciera falta.

—Si me hubiera valido del sexo para entrar aquí, ustedes dos ya estarían afuera. Desde que llegué soy la única que mueve esta oficina.

—¡Pavadas! El jefe nos ama.

—Ah, entonces entiendo las dudas de Bautista. El pobrecito creyó que había usado el mismo método que él para entrar. Pero no, no necesito de eso. Yo puedo trabajar.

El ingeniero Stuar se abalanzó sobre la dama, pero su compañero lo detuvo justo a tiempo.

—¡Terminen con esta discusión estúpida! Como sigan así, serán ustedes los que acaben en la cama.

—¡Ni muerta!

—¡Antes me capo!

—Dejen las tonterías a un lado. Lo último que precisa esta oficina es más drama. Con tu dulce Miranda y sus berrinches, querido Bautista, ya tenemos suficiente. ¡Vamos! Compórtense como adultos. Entiendo que ambos pasaron por una separación horrible, y es lógico que guarden resentimientos por el sexo opuesto. Aunque en tu caso, Bautista, es injusto: Luisina era perfecta. Distinta de las demás... Siempre te la envidié.

El ingeniero Stuar aprovechó que todavía estaba de pie para encarar en forma amenazante a su colega, mientras lo tomaba de las solapas.

—¡Fuiste tú, entonces! ¡Tú!... ¡Siempre el que menos uno espera!

El otro logró soltarse con dificultad.

—¡No seas ridículo! ¿Yo, con Luisina? ¡Estás loco! A mí me gustan las mujeres delgadas, y Lui...

—¡Respuesta equivocada! —se burló la ingeniera—. Tenías que decir que eras incapaz de mirar a la mujer de un amigo. ¡Qué tonto!

—¿Te gustan con buenos físicos? —continuó Bautista, fuera de sí—. ¿Por eso la obligaste a cambiar tanto? ¿Gastaste mi dinero en volver hermosa a la tonta de Luisina, sólo porque no te gustan las feas?

Tironeó un poco más de la ropa del otro, y esta vez a su compañero le fue imposible soltarse.

—¿Qué dices?! Piensa, Bautista: más allá de lo que yo sienta por ella, tu

mujer siempre me trató con desdén.

—Tienes razón. Siempre dijo que eras un pelmazo.

Al escucharlo el ego de su amigo cayó en picada, lo que divirtió en extremo a la nueva.

¡Sí que eran fáciles los hombres! Sólo hacía falta hablar de tamaños para que pasaran de James Bond a eunuco asustado.

—¿Así que ahora que no está contigo tu ex se ha vuelto hermosa? — insistió la dama por pura insidia.

—¡Gracias a mi dinero!

—¿Se operó algo?

—¡Qué sé yo! Pero ahora tiene un culo fabuloso. La última vez que la vi, cuando se dio vuelta para subir al taxi tuve que contenerme para no meter mano.

—¡Qué acaparador! Si algo tiene Miranda es un culo inmenso. No sólo debe ser fácil de pellizcar, sino que tiene espacio suficiente como para escribirle la Divina Comedia.

Bautista ni se molestó en replicar. Su suegra sólo era capaz de cocinar pastas y hamburguesas, así que el trasero de la hija había crecido en forma exponencial desde que vivían juntos.

Sí, había hecho un pésimo negocio con Miranda.

Y, lo que era peor, ahora Luisina paseaba su culo perfecto por la ciudad, imaginando formas de gastar los doscientos mil dólares que le había robado.

Luisina estaba tan hermosa como antes, cuando la viera por primera vez.

Luisina. Su Luisina...

¿Dónde estaría el amor de su vida en ese preciso momento?

* * *

¿Dónde estaría la casa de Augusto?

Apenas había estado allí un par de veces, sintiéndose siempre tan fuera de lugar en medio de todo ese lujo, que poco podía recordarla.

La mansión de su cuñado era una propiedad inmensa a quince kilómetros de la Capital, ubicada en uno de los barrios más hermosos del país. No era fácil llegar hasta allí sin un auto. Así que, aún a pesar de su estricta economía

para llegar a fin de mes, Luisina tuvo que rendirse y contratar un taxi.

Llegar a la gran casa fue un verdadero esfuerzo, y no sólo económico. Deambular sola por la inmensa provincia de Buenos Aires la llenaba de terror. El rencor de algunos de los que habitaban la villa miseria más grande del país asolaba a los paseantes. No era raro que inadaptados patrullaran por las noches las zonas más ricas en busca de una presa fácil. Y no había presa más fácil que Luisina. Tantos años de no salir de su casa sin la custodia de un marido la habían vuelto tonta. Sentía miedo de todo. Claro que no tenía demasiado para que le robaran. Pero su nuevo aspecto la había vuelto vulnerable: podía percibir la mirada de los hombres a su paso. Y eso sólo servía para exacerbar sus temores.

El conductor de aquel cascajo no fue la excepción, así que durante los veinte minutos que duró el viaje tuvo que soportar no sólo su charla aburrida, sino que en cada avenida se diera vuelta para contemplarla, olvidando todo decoro y, lo que era peor, la prudencia mínima que exigía su profesión. Y como además estaba empeñado en ir a toda velocidad, Lui no sabía si preocuparse más por su virtud o por su vida.

Fue un largo viaje por el infierno.

Pero al menos sirvió para calmarla. Fuera lo que fuera lo que su cuñado quería decirle, ya nada podía empeorar aquel día.

Llegó hasta un portón inmenso y se anunció. Las puertas se abrieron como por encanto, y Lui caminó por un gran parque desierto, (largo, inmenso, inacabable). Al fin se detuvo en la puerta principal. Acomodó su peinado y la falda antes de tocar el timbre.

Pero no tuvo que hacerlo dos veces.

—Te estaba esperando —le susurró su cuñado al verla.

Y entonces, sin darle tiempo a reaccionar, tomándola entre sus brazos la arrastró hacia adentro.

Luisina lo enfrentó, sorprendida.

Pero para cuando quiso pedir explicaciones él ya estaba besándola con pasión.

CAPÍTULO V

Fue un beso largo, inmenso, inacabable, que la tomó completamente por sorpresa.

Si tenía que ser sincera consigo misma, lejos de la pasión que un momento tan íntimo debía despertar en ella, ese beso apenas le produjo a Lui un ligero sofoco.

Su cuñado la soltó, pero ella sólo atinó a quedarse parada allí, como una estúpida, estática, muda, mirándolo sin entender.

Augusto, lejos de justificarse, se limitó a tomarla por los hombros, abrazándola con confianza.

—Y ahora que regresaste no vamos a separarnos nunca más, ¿no es cierto?

Luisina ni se molestó en decodificar las extrañas palabras de su cuñado, porque de inmediato reparó en que no estaban solos.

En efecto, una muchacha dolorosamente joven y hermosa estaba viniendo a su encuentro.

—Disculpa, creo que no tengo necesidad de presentarte a Cristina.

Lui le echó un segundo vistazo. ¡Claro que la conocía!... ¿Qué estaba haciendo ella allí?

Augusto continuó con su extraña charada.

—Luisina está al tanto de lo nuestro y lo entiende —le explicó a la otra, como si no fuera su cuñada la que necesitara explicaciones—. Pero ahora que Lui ha regresado a casa intentamos continuar con nuestro matrimonio, ¿no es cierto, querida?

Sí. Ciertamente Luisina tenía planeado continuar con su vida, aún a pesar de las excentricidades de los hombres de la familia Stuar, así que asintió.

Al parecer su cuñadito la estaba usando para espantar a una “vieja” amante.

—No me juzgue mal, señora Stuar —se disculpó la niña que, para horror de la recién llegada, debía tener apenas veinticinco años y la trataba de “usted”—. Conocí a su marido en el cóctel de una Fundación con la que colabora el doctor Blas. Cuando él me aclaró que se llamaba Stuar, así, sin la “t” final, supe de inmediato que era su marido. Usted siempre me decía lo

mismo en el consultorio: “Stuar, sin la t final”. Así que... Le juro que yo nunca... Soy incapaz de... No soy una rompe matrimonios. Me refiero a que no soy una de esas. Pero como él estaba solo...

—Con Cristina nos conocimos luego de que te fueras de casa —explicó Augusto—. Como ya te dije, comenzamos un breve romance. Pero te juro, ni bien volví contigo dejamos de vernos.

—Y yo nunca lo hubiera vuelto a llamar de no ser por... Créame, no soy de esas. Pero como usted dijo en el consultorio que estaba divorciada. ¡Y lo dijo con tanta seguridad!

Todas las piezas ocuparon un lugar en la mente de Luisina. Y entonces hizo lo que sabía hacer mejor: mentir.

—Sólo quería observar tu reacción... Escucha, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Cristina.

—Sí, Cristina. Escucha: el que haya entendido lo de ustedes no quiere decir que me duela menos, así que te rogaría...

Pasó el brazo por la cintura estrecha de su cuñado, (¡qué bueno era abrazar a un hombre sin panza!), y apretó su cuerpo al de esa deliciosa mole.

Y entonces le tocó a Augusto observarla sorprendido.

—Lo entiendo —se rindió la muchacha—. No era mi intención... ¡Nunca! Créame, nunca antes...

—Estoy segura de que es así.

Augusto murmuró algo a su móvil mientras la joven secretaria tomaba sus cosas para dirigirse hacia la salida.

—Me voy.

—Acabo de hablar con mi chofer. Te estará aguardando en la calle para llevarte a casa.

A partir de entonces toda la escena comenzó a transcurrir con una lentitud inusitada. Como si a la niña le costara partir de allí. Así que Lui se vio en la necesidad de aferrarse un poco más a su cuñado, sólo para facilitarle el trámite a la pobre chica, (¿por qué otra cosa iba a ser?).

—Algo más, ¡juro que lo último! Luego los dejo solos. Pero hay algo que quisiera pedirle a usted, señora.

—Lo que quieras.

—¿Podría no mencionarle nada de esto al doctor Blas? Sabe, no pierdo las esperanzas con él, y no quisiera que...

—No te preocupes. No le diré nada... Pero sólo si tú jamás le hablas de

mi marido, de mí, o de lo ocurrido hoy en esta casa.

La sonrisa de la muchacha afloró por primera vez en la velada.

—¡Hecho! —exclamó justo antes de retirarse de allí de un salto.

Augusto cerró la puerta tras ella.

—Hay algo que no me cierra —se apuró a decir Lui con una sonrisa burlona en los labios—. Si esta era mi casa, ¿por qué toqué el timbre para entrar?

—Se suponía que llegaras a las nueve en punto. Eso me daría tiempo suficiente para explicarte y hacer más creíble la historia. Pero como te retrasaste...

—Tienes suerte de que Cristinita no sea demasiado brillante. Por cierto, ¿no te remuerde ni un poquito la conciencia? La pobre niña parecía enamorada.

—A mí sólo me parece desesperada.

—Todas lo estamos —confesó Lui, sólo para terminar reflexionando en voz alta— Me pregunto por qué.

—No por mi culpa. Desde el principio le dejé en claro que se trataba sólo de sexo al paso. Que no estaba buscando una relación nueva.

—¿Entonces la culpa es de ella por haberse enamorado?

—El amor poco tiene que ver con el acoso. Me hacía acordar a mi perro Aníbal.

—¿Él también tiene las piernas tan largas?

—No. Pero una vez, cuando le compré un juguete, comenzó a obsesionarse con él. Jamás le quitaba la vista de encima, y hasta llegó a largarme un tarascón una noche que intenté sacárselo. ¡Se había vuelto intratable! Claro que como Andrea le tenía fastidio, yo no dejaba de justificarlo: que era un perro, que estaba solo en esta casa inmensa, que quería jugar. Pero no era así. Luego de un tiempo me di cuenta de que lo que Aníbal en verdad buscaba era asesinar esa pequeña figura de cuero curtido. Por eso disuadía a todo el que intentaba quitársela.

—Y Cristinita...

—A ella le encantaba masticarme, y siempre terminaba con la huella de sus uñas en la piel.

—¡Pobrecito! Y entonces decidiste meterme en el medio, para ver si me mordía también a mí.

—Fue ella la que armó el lío. Yo sólo lo aproveché. De repente eras una excelente excusa para romper la relación. La muy tonta está muerta con ese

doctor Blas, y me imaginé que no querría pasar por una perra rompe matrimonios delante de él. Pero luego vino lo de tu visita al consultorio y...

—Y si yo no hubiera abierto la boca delante de tu amiguita...

—Ella nunca hubiera regresado a molestar. Se volvió loca ni bien mencionaste la palabra divorcio.

Luisina suspiró.

—Bueno... En vista de que mi labor aquí ya concluyó, será mejor que me marche a casa.

—¡No! —gritó Augusto exaltado.

Pero al ver la reacción de su cuñada se apuró a recuperar la calma.

—Es decir, temo que ella esté todavía en la calle, esperando. Es muy desconfiada y seguidora. No quisiera arriesgarme.

—Pues en algún momento tendré que volver a casa.

—No necesariamente —replicó él en tono invitante.

Pero el gesto adusto de su cuñada lo obligó a retractarse de inmediato.

—Me refiero a que esta casa está llena de cuartos. Yo podría llevarte mañana al trabajo.

—¡Ni muerta!

—¡Tampoco es como para que me trates así! ¿Qué ocurre? ¿Te ofendió el beso? ¿Acaso no estuvo bueno?

¡¿Qué clase de pregunta era esa?!

Incluso al propio Augusto le sonó mal, así que se corrigió de inmediato.

—¿Qué pasa? ¿No soy un actor a la altura de tus mentiras? Creí que estaba siendo convincente.

—Después de la traición de Bau no le creo a ningún hombre. Pero estoy segura de que para esa cabeza hueca tu actuación alcanzó y sobró.

—Al menos deja que te invite a comer. Mi cocinera siempre prepara cena como para un batallón... ¡Vamos!, es lo menos que puedo hacer por ti luego de darte ese beso tan horrible.

¿Tan horrible? ¡Por supuesto! La sola idea de besar a su cuñado era... ¡puajj!

—Es sólo cuestión de agregar un plato y luego te llevo a casa.

Sí, Augusto era como un hermano para ella. O un medio hermano, criado a la distancia. Alguien prohibido, pero a la vez muy próximo.

¿No era eso lo que estaba necesitando? ¿Un hombre que pudiera aconsejarla, sin segundas intenciones? Porque, más allá de sus estúpidos jueguitos de poder tan típicamente masculinos, era obvio que Augusto, como el

resto de los de su edad, prefería una piel tensa a la hora de desvestir a una mujer con la mirada.

—Está bien. Comemos algo rápido. Pero luego me llevas a casa en seguida, aunque la mismísima CIA esté vigilando, ¿de acuerdo?

Augusto sonrió.

* * *

Augusto sonrió. Como lo había supuesto, charlar con Lui era muy fácil, y justo lo que estaba necesitando para una noche aburrida como esa.

—¿Por qué ustedes se empeñan en creer que para nosotros es cosa fácil la conquista? —se quejó con su cara más seria—. A mi edad un rechazo provoca un verdadero agujero en el estómago, ¡y ni hablar de los pelos que invariablemente abandonan mi cabeza!

—¡Vamos! ¿Quién podría rechazarte a ti?

—¿Tan seductor te parezco?

—No es eso, sino que las mujeres somos muy fáciles.

“No tú”, pensó Augusto. Pero se limitó a continuar sonriendo mientras Lui proseguía con su discurso, inmisericorde.

—Esa niña que acaba de salir, sin ir más lejos.

—De niña no tiene nada. Más bien me hace recordar a una araña. Su lindo culo es el cebo, pero su meta final es el compromiso.

—¿También tú estás en contra del compromiso?

—¡Por favor! Estás hablando con un tipo que fue fiel a una sola mujer durante más de diez años.

—Al menos eso dices tú... Pero nunca se casaron.

—Fue Andrea la que no quiso. Y a juzgar por cómo me abandonó, creo que tenía sus motivos.

—¿Entonces es por culpa de Andrea que odias el matrimonio?

—¿Tú lo odias?

—Creo que no. Pero te confieso que me siento demasiado cansada como para volver a intentarlo. No sé, quizás si alguna vez conozco a alguien que valga la pena puede ser que cambie de parecer, pero por ahora...

—¡De eso se trata! Cuando encuentras esa persona especial, cuando te

sientes bien con ella, es el momento de pensar en matrimonio. No antes. Las muchachas como Cristina, en cambio, sólo están empeñadas en hallar un pobre idiota. Uno que les cumpla el deseo que tuvieron al soplar sus veinticinco velitas, sin importar de quién se trate.

—¡Eres injusto! Agregaría que “como todos los hombres”, pero no lo haré para no sonar sexista.

—¿Injusto?

—La niña se acostó contigo creyendo que eras casado.

—Y se dedicó a criticarte desde entonces.

—¿Criticarme? ¿A mí?

—Ella te consideraba su rival.

Luisina se ruborizó.

—¿Qué te decía?

¿Sabría Augusto de su infertilidad?

—Que tenías cara de amargada, que te sobaban kilos y te faltaba elegancia.

—¡Qué malvada! —se quejó Lui sin una pizca de enojo.

También Augusto sonrió.

—Me fascina que te lo tomes tan bien.

—¿Por qué iba a molestarme? Todo lo que dijo es cierto.

—Era cierto.

—La cara de amargada todavía la tengo.

—¿Por qué?

—El divorcio no me sienta. El trabajo ocupa sólo ocho horas de mi tiempo. Diez, con los viajes. El resto del día me siento culpable.

—¿Por qué?

—Me educaron para aprovechar las horas haciendo algo. Junto a tu hermano mi trabajo no se acababa nunca. Ahora, en cambio, cuando limpio una cosa se queda así. No cocino, porque para ahorrar como sólo ensaladas. Y el resto del tiempo... no sé qué hacer.

—¿No lees?

—Antes siempre estaba con un libro en la mano: en la vuelta a casa, en las esperas entre nota y nota, en el baño...

—¿Y ahora?

—No tengo dinero para gastar en libros... No, eso es mentira. Voy a ser sincera contigo: me siento mal de dedicar tanto tiempo a mí misma. Me siento una lacra, disfrutando mientras otros trabajan.

—Mejor no te pregunto por el cine o una cena en un restorán.
—Me muero antes de ir sola a ver una película.
—¿Por qué?
—Tengo mis límites. No me gusta hacer pública mi humillación.
—Eres una mujer demasiado inteligente como para decir eso.
—Sé que es una tontería, y mil veces le hice a los demás el discurso de mujer liberada. Pero ni yo misma lo creo. Tontería o no, no puedo evitarlo.
—¿No tienes una amiga?
—No.
—¿Y Amanda?
—Prefiero que no la menciones.
—¿Discutieron?
—Soy incapaz de discutir con alguien. Cuando me hacen una chanchada, soy tan tonta que en vez de encararlo hago todos los esfuerzos del mundo para evitar a esa persona. Como si la que tuviera que ocultarse fuera yo.
—¿Qué chanchada te hizo Amanda?
—No tiene importancia.
—¡Dime! Estamos aquí, entre amigos, con una copa de rico vino delante. Deja que te sirva más.
—¿Pretendes emborracharme para que te cuente todo?
—Créeme, si te emborrachara no sería precisamente para charlar.
—¿Por qué dices esas cosas tan horribles? ¿Tan acostumbrado estás a flirtear con las mujeres que no le perdonas la vida ni a tu propia cuñada?
—Me divierte la forma en que te pones incómoda.
En realidad lo ponía loco la manera en que ella lo ignoraba. Pero todavía no tenían tanta confianza como para confesárselo sin quedar como un idiota.
—Si quieres saber lo que me hizo Amanda tendríamos que volver a nuestra conversación anterior: los hombres y las mujeres.
—El vino está delicioso y no tengo nada mejor que hacer.
—Hace unas semanas fui a ver a mi ginecólogo.
—¿El jefe de Cristina?
—¿Lo conoces?
—Lo vi algunas veces en la Fundación. Además ella no deja de hablar de él. Es obvio que le echó el ojo.
—Blas, como cualquier soltero de más de treinta, profesional y con fortuna propia, tiene cientos de mujeres atentas a cada uno de sus movimientos... Bueno, ese día fui a su consultorio y estaba tan mal, que mencioné lo de la

separación. Él, por lástima o vaya a saber Dios qué, sugirió que alguna vez podíamos ir a tomar un café para charlar sobre el tema.

—¡Miren a la divorciada tímida!

—Él lo dijo así, por decir.

—Los hombres nunca decimos esas cosas sin pensarlo dos veces.

—No es cierto. Todos los hombres son iguales, y ni siquiera tú eres la excepción. Basta que vean a una mujer para que intenten conquistarla sin pensarlo dos veces.

—¡Yo no hago eso!

—¡Lo haces hasta conmigo, que soy tu cuñada! Les sale solo. Tiran infinitas redes, confiados en que alguna caerá. Luego, cuando eso ocurre, les da completamente lo mismo saber quién picó el anzuelo. Por eso son tan reacios a comprometerse con sus citas. Sólo les interesa obtener algo de su víctima, sin dar nada a cambio. Y siempre se salen con la suya, porque las mujeres somos tan estúpidas que no tenemos problema en inflarles el ego. Y como ustedes disfrutaban con nuestra adoración, se creen hasta la más flagrante mentira.

—¡Qué dura!... Aunque algo de razón tienes. Pero no todos somos tan despiadados como tu doctor Blas a la hora de la conquista. ¡Vaya que es un tipo con suerte el doctorcito! ¿Cuántas mujeres atiende por día? Y si a cada una de ella le tira los galgos...

—Estás en un error —replicó Lui, con énfasis suficiente como para volverlo a la realidad—. Blas es diferente a los otros.

—Pero te invitó sin pensarlo dos veces.

—Sólo por ser gentil.

—¿Estás segura?

—Él mismo me lo dijo.

—¡¿Eso te dijo?!

—¡Me quería morir! Porque yo, como una estúpida, había actuado igual que todas las demás. En vez de restarle importancia a una invitación apenas insinuada, pasé cada hora de la semana siguiente analizando sus palabras. Cada tono, cada gesto, cada término empleado parecía esconder un mensaje oculto. Gasté horas de mi vida imaginando no sólo las posibles intenciones del pobre hombre, sino cada detalle imaginario de esa posible salida. ¡Hasta llegué a preguntarme si estaba lista para una nueva relación!... ¡Por un triste café! ¿Puedes creer que fui tan patética?

—¿Y estás lista para una nueva relación?

—La verdad es que no pensaba contarle nada a nadie. De hecho, no había nada para contar. Pero como no dejaba de pensar en el asunto, se me escapó.

—Un error lo comete cualquiera.

—Tres veces.

—Y una de esas veces fue con Amanda.

—Su hija intentó advertirme, pero yo se lo conté igual.

—¿Y ella?

—Fue al consultorio de Blas para “hablar de mí”.

—Lo imagino. Aunque no la conozco personalmente, sé de las hazañas de tu amiga.

—Ayer me encontré con Blas en un elevador. ¡Me quería morir!

—¿Y el café?

—Tendré que conformarme con algún saquito de té usado.

—Eso me recuerda que tengo una mezcla muy digestiva que me enviaron de la India.

—Prefiero alguna hierba mágica que calme los nervios y me haga olvidar la vida.

Augusto rio de buena gana.

—En casa no tengo, pero estoy seguro de que si sales a la calle vas a encontrar a más de uno dispuesto a venderte un poco.

—Muy gracioso. Pero todavía no sé con qué cara voy a enfrentar a Blas de aquí en adelante.

—Tienes que ver la parte positiva.

—¿Que positivamente soy una idiota?

—Que estás lista para una nueva relación.

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí! De lo contrario no hubieras registrado una invitación apenas murmurada. Eso demuestra que estás lista.

—Más bien que estoy demasiado ansiosa.

—¿Y qué hay de malo en eso? ¿Qué hay de malo en que un adulto joven y saludable desee con ansias compartir su vida con un par? Pero de ahí a conformarse con lo primero que pasa hay un largo trecho.

—¿Tú lo pensaste dos veces antes de llevarte a la cama a la bella Cristina?

—Ni media. Y así me fue. Pero los varones somos distintos, como tú bien lo dijiste: verdaderos unicornios, con un sexo donde se debe y otro en medio de la frente.

—¡Pobrecitos ustedes! Lo hacen por necesidad. Pero, por si no lo sabes, hombres y mujeres tenemos los mismos derechos.

—Es cierto. Pero no las mismas necesidades. Nadie puede juzgar a un hombre por entablar una relación sólo por obtener algo de sexo. Tampoco se puede criticar a una mujer por hacerlo. Pero mientras que nosotros nos olvidamos de todo el asunto una vez acallado el último grito de placer, ustedes siguen, y siguen. Necesitan más: palabras, cariño, afecto. Aunque más no sea, ser recordadas. Y eso sólo con sexo no se consigue.

—Siempre existió la leyenda de que las mujeres buenas en la cama son inolvidables.

—Entonces las buenas putas serían millonarias. No. Hay mucho más que eso... La misma Andrea, por ejemplo. Desde que se fue, no dejo de preguntarme si en verdad era tan buena en la cama como a mí me parecía. Y, ¿sabes qué?, creo que no. Es más, te diría que estoy casi seguro. Pero siempre tenía esa forma tan condescendiente de tratarme, denigraba tanto mi virilidad y mi ego, que terminaba pareciéndome una amante superior.

Luisina se incomodó. No estaba preparada para una confesión tan íntima.

—Lo curioso es que yo, que estaba tan acostumbrado a manejar a la gente a mi antojo en un tribunal, no pudiera darme cuenta de que esos diez años juntos eran fruto sólo de un largo encantamiento. Si Andrea hubiera dejado de ser esa mujer perfecta e inasible para convertirse en una simple mortal, estoy seguro de que la habría abandonado a los pocos meses.

—Suenas como uno de esos niños que buscan con desesperación la figurita más difícil, y que cuando la obtienen se olvidan del álbum.

—Sueno como un hombre que nunca se animó a mirar de igual a igual a su esposa, y que al hacerlo descubre que no sólo no era perfecta, sino que ni siquiera le resultaba interesante. Pasado el remesón inicial, me doy cuenta de que viví la vida sólo por complacerla. Pero que yo también tengo necesidades, gustos, deseos... Por eso me hace tan bien estar contigo.

—¿Te resulta más fácil burlarte de mí que de ti mismo?

—Me resulta más fácil verme en tu reflejo.

—¿Quieres ahorrar el costo de una terapia?

—La terapia ya la hice. Tú sabes: la culpa siempre es de los padres, y mamá daba para todo un libro... Mi enfermedad es tan grave, que estoy condenado a buscar en mis relaciones mujeres que me desprecien tanto como ella. ¡Y sí que lo logré! Andrea es la mejor en ese rubro... Sí, todo eso lo entiendo. Pero no puedo evitarlo. Me gusta obtener las figuritas difíciles, pero

como nunca pude darme el lujo de llenar un álbum, no puedo decirte que haría con él.

—También yo siento que permanecí anclada a un matrimonio que se hundía. Estoy consciente de todo el “bla bla” que eso implica. Entiendo por qué hago lo que hago. Pero no puedo evitar hacerlo.

—¿Alguna vez te mencionó tu marido que buena parte de su colección de juguetes “Jack” me la robó a mí?

—Algunas.

Muchas veces Bautista se había jactado de sus hazañas, perpetradas contra un niño al que doblaba en edad.

—Durante muchos años le guardé un rencor horrible. Mi hermanito solía esconder lo que me robaba en una maleta metálica con dibujos de súper héroes. Y siempre la sacaba a la hora de humillarme. Abría la caja con parsimonia y comenzaba a limpiar las piezas una por una, divertido con mi cara... Bueno, un día me di cuenta de que aquello ya no me importaba más. Los juguetes “Jack” no eran más que juguetes, y yo tenía ojos sólo para las muchachas. El chocolate suizo era más apetitoso que el “Jack”, y a mí me gustaba el chocolate... Fue un verdadero “clic” aquel día: descubrí mis verdaderos sentimientos, y pasé de ese rencor hacia mi hermano que me carcomía el alma, a sentir lástima. Verlo jugar con los muñecos no sólo ya no me humillaba, sino que era humillante para él... De la misma forma, en el velorio de mamá, la noche que pasamos juntos, algo hizo un “clic” en mi cabeza. Al verte descubrí que existía otro tipo de mujer muy distinta a Andrea. Alguien capaz de jugarse entera por una relación. Alguien dispuesta a olvidarse de sí misma para agradar al otro...

—¿Te enamoraste de mí? —preguntó Lui, preocupada.

Augusto ni lo notó.

—¡No!... No es correcto olvidarse de uno mismo. No estuvo bien que lo hiciera yo con Andrea, ni que lo hicieras tú con el idiota de tu marido.

—Por un momento lograste asustarme.

—¿Por qué? ¿Qué hay si me hubiera enamorado de ti?

—Soy demasiado convencional para las relaciones prohibidas. ¡Ni siquiera puedo hacerme cargo de las normales!

—¿Tanto lamentas haber perdido tu oportunidad con ese doctorcito?

—No sé cómo es para las otras mujeres, pero a mí no me llueven los hombres. Es cierto que ahora que me arreglo un poco algunos me miran. Pero sólo eso. No soy de las que conocen tipos en un bar. No soy de las que se

acuestan con el primero que pasa. No soy de las complacientes. O, al menos, ya no. Me niego a volver a equivocarme. Así que las posibilidades juegan en mi contra... Además Blas es cálido, y parece buena persona.

—Una buena persona en un lindo empaque.

—Es un plus.

—Entonces, si tanto te interesa, será mejor que intentes algo con él.

—Pero Blas dijo claramente...

—La gente nunca es clara cuando habla de amor. No te digo que lo conquistes. Odio ese término, porque me suena a cacería. Tampoco sugiero que fuerces una situación. Sólo dale una oportunidad.

—No... De verdad, no puedo. No sabría ni cómo empezar.

—¿Y para qué me tienes a mí? ¿O acaso no confías en un amigo?

Luisina se inquietó.

¿Podía confiar en un Stuar?

* * *

—¿Acaso no confías en una amiga? Puedo verme un poco zaparra, pero eso es sólo porque tuve una de esas nohécitas, si sabes lo que te digo. Pero te juro que soy la persona más confiable de este mundo.

—No lo dudo —mintió Lui con descaro—. Pero, de verdad, anoche no ocurrió nada.

—Para algo te mandó llamar.

—Lo que no entiendo es cómo sabes que Augusto me necesitaba en su casa. No recuerdo haberte comentado nada.

—Tengo mis fuentes.

—¿Te estás acostando con el gran jefe?

—¿Por quién me tomas, Lui?! —se enfureció Eni, mientras ocultaba la notita que Souto le había dejado sobre la almohada y que asomaba impudicamente de su agenda— ¿Acaso no confías en una amiga?

* * *

—Escucha mi consejo: no confíes en nadie.

Luisina observó la cara seria de su joven profesora de computación. ¡Sí que la niña tenía agallas!

—Las mujeres siempre te cagan, y los hombres sólo buscan culearte.

Cada vez que hablaba con Candelaria, Lui se sentía muy vieja. El lenguaje desenfadado de la hija de Amanda, así como su seguridad, le producían mucha sorpresa y un dejo de envidia.

—Sin embargo, los consejos de Augusto me sonaron razonables. Desaparecer de la vista de mi médico no es ninguna solución. Algún día tendré que enfrentarlo, y mejor hacerlo cuanto antes. Si dejo pasar el tiempo terminará creyendo que sus sospechas eran ciertas.

—Lo eran. ¿Por qué mejor no te juegas una vez en la vida y lo encaras? ¿No estás demasiado grande como para seguir histериeando?

—No es histериeare. Sólo intento volver las cosas a foja cero.

—Cuando hablas difícil no te entiendo. Como todos los adultos te encanta complicarlo todo para que no se note que no sabes lo que dices. Pero en mi mundo lo que estás haciendo se llama “arrugar”. Echarte atrás, como pene en medio de una piscina helada.

¿De dónde sacaría Candelaria esas cosas?

—Usaré el método que tenía mi madre a la hora de la comida —se justificó Lui—. Yo odiaba la lechuga. Ella no me forzaba para que la comiera, excepto por unas pocas briznas que ponía siempre en mi plato. Cuando fui lo suficientemente mayor ya estaba acostumbrada a ver aquel manchón verde en mi comida. Y no pasó mucho hasta que me di cuenta de que la lechuga era muy rica.

—¿Y tú quieres ser para tu buen doctor esa “brizna”, o lo que sea que hayas dicho?

—Quiero darle tiempo para que me conozca.

—¿Eso te recomendó tu cuñado?

—Entre otras cosas.

—Ese tipo te la quiere dar.

—¡Ni remotamente!

—¿Por qué otra cosa te incentivaría, (ves, yo también puedo hablar raro si me lo propongo), te convencería de enfriar una relación con un posible rival? Hoy a los tipos no les interesa jugar al noviecito. Quieren ir a los papeles, y las nenas difíciles como tú los aburren. Ese Blas es médico, y por la forma en que la ignoró a mi vieja es evidente que al tipo las mujeres le sobran. Si

quieres atraparlo, tú tienes que ser mejor que las otras. Más atrevida, más directa. Créeme. Yo antes era tímida, pero ya no, porque no resulta. Piénsalo: si lo enfrentas, ¿qué puedes perder? Si te quiere, disfrutarás de más tiempo de felicidad, y si te manda a la mierda, lo quitas de tu cabeza cuanto antes, y no pierdes más el tiempo con él. De hacerle caso a tu cuñado, en cambio, pasarás meses torturándote para nada.

También lo que decía Candelaria sonaba lógico, así que Luisina dudó.
¿Tendría esa adolescente la clave para su felicidad?

* * *

—Sólo intento ser feliz. Ningún hombre vale mi libertad.

Blas observó con decepción a esa extraña a la que durante tantos años había considerado la mujer de su vida.

—¿Para qué viniste a buscarme?

—Nuestro arreglo de los jueves resultaba para los dos. Extraño el sexo, y estoy segura de que tú también.

—No insistas, Alicia.

—Ahora pareces un niño caprichoso. Pero yo no caigo más en esa trampa. Si te diera el gusto y comenzáramos una relación sentimental, no tardarías ni un minuto en dejarme plantada por tu trabajo. O simplemente comenzarías a aburrirte con mi charla. Ya lo probé una vez y no pienso ir por más.

—Pues yo necesito más. Lo necesito todo.

—¡Mentira! Sólo estás acostumbrado a hacer tu regalada gana. Tus horarios son tan extensos como los míos, y tu vida igual de complicada. ¿Acaso vas a dejar el hospital para tener tiempo para mí?... No, amigo. Yo no quiero más problemas, y tú, aunque no lo sepas, tampoco.

—Escucha...

—¡Escucha tú! Lo que yo te ofrezco es un poco de buen sexo cada jueves. Lo tomas o lo dejas.

—Lo dejo.

—Entonces te deseo toda la suerte. Y estoy segura de que la vas a tener.
¡El mundo está lleno de tontas dispuestas a complacer!

* * *

El ruido de un derechazo certero impactando en el rostro de su oponente resonó en la cancha desierta.

Bautista se había abalanzado sobre su colega de una forma tan inesperada, que lo único que el otro hizo al recibir el impacto fue dejar caer al piso la raqueta que llevaba.

—¿Qué te ocurre, idiota?! —llegó a articular luego, llevándose la mano a la cara.

—Espero que la próxima lo pienses dos veces antes de traicionarme. ¡Destruiste mi vida!

Pedro Pérez observó con el ojo sano a su agresor. Luego se incorporó, luciendo la imponente estatura.

Bautista era poco rival para él.

—¿Estás buscando que te destroce?

—Quiero que te alejes de Luisina. Claro que antes deberás convencerla de que me devuelva el dinero.

—¿Quién es Luisina?

—¡Lo sabes muy bien! El día que fuiste a casa para buscar la raqueta nueva te quedaste más de dos horas charlando con ella.

—¿Te refieres a tu mujer? ¿Esa Luisina es tu esposa?

—Imaginé que lo negarías. Eres demasiado cobarde... Pero yo llevo meses pensando en el asunto, y tú eres el único que conocía la existencia de mi cuenta en Suiza... Y desde que tu mujer te dejó, sé que estás desesperado por el dinero.

—¿Se puede saber de qué se trata toda esta locura?

—Luisina se fue de casa. Y junto con ella la mitad de mi cuenta bancaria. ¡Doscientos mil dólares!

—No seas idiota, Stuar. ¿Cómo se te ocurre que puedo fijarme en una mujer como la tuya?... ¿Alguna vez viste a mi ex? ¡¿Entonces?!... ¡Por favor! Alicia es una hembra con todas las letras, ¿crees que me conformaría con tu Luisina después de alguien como ella?

—Sí, Alicia es una hembra. Una hembra que te dejó. Y según dicen las malas lenguas, fue por cierto doctor que tú y yo conocemos...

—¿Quieres que te devuelva este golpe?! Porque yo no necesito agarrarte

de sorpresa para partirte la boca.

—Sólo repito lo que se dice.

—¡Lo que se dice es mentira! Si Alicia me dejó fue porque está obsesionada con su carrera. Nunca hubo otro y, conociéndola, nunca lo habrá... Pero no estoy aquí para hacer confesiones. ¿Se puede saber que mierda te ocurre conmigo?

—Alguien le llenó la cabeza a Luisina, y ese sólo puedes ser tú.

—Ya te dije que tu mujer nunca me interesó. Es gorda, descuidada... La última mujer que miraría en el mundo.

—¡Eres un cínico! Estoy seguro de que no te interesa, pero te aprovechaste de su estupidez para echar tu garra en mi dinero.

—¿Y para qué querría yo tu dinero?

—Nadie ignora que tus cuentas las pagaba tu suegra.

—Mira, por el único motivo por el que no te doy la paliza que te mereces es porque temo matarte, y eres demasiado poca cosa como para ir a la cárcel por ti. ¿Se puede saber quién mierda te sugirió mi nombre?

—¿Quién va a ser? ¡La misma Luisina, por supuesto!

* * *

—¡Luisina!... ¡En bonito lío me metiste!

—Disculpa, yo...

—Será mejor que pases a mi consultorio.

La muchacha estaba tan avergonzada, que sólo atinó a seguir a Blas hasta el despacho iluminado con la cabeza gacha, como si caminara hacia el patíbulo.

¿No se habría apresurado al seguir el consejo de Augusto?

—Siéntate, por favor.

De nuevo lo obedeció sin abrir la boca, expectante.

—Tu endocrinólogo me puso de vuelta y media por haberte recetado Omeprazol en el desayuno. Al parecer esa droga anula el efecto de la medicación que él te da, y ahora estás hipotiroidea. ¡Te advertí que no era bueno consultar a tu ginecólogo para problemas estomacales!

—Sólo quería ahorrarme tener que ir a otra consulta.

—¿Y tu acidez?

—Es increíble, pero creo que luego de mi separación se fue junto con Bautista.

—¿Tu marido te producía agruras?

—Tal parece. ¿Crees que debo dejar de tomar el Omeprazol?

—¿Sabes? Ayer estuve hablando de ti.

Su paciente enrojeció.

—¿Con quién?

—Un cuñado tuyo. Es uno de los principales benefactores de la Fundación. Por la cabeza de Lui comenzaron a sonar las oscuras advertencias de Candelaria.

—¿Cómo supiste que éramos familia?

—No hay mucha gente que se llame Stuar, sin “t” final.

¿Era una trampa?

—Qué raro que trabajando los dos en la Fundación nunca...

—Nos conocíamos de vista. Incluso creo que coincidimos en más de un cóctel. Pero sólo ayer escuché su nombre completo.

—Al menos espero que no me hayan criticado.

—Tu cuñado parece tenerte mucho afecto. Y, si me permites que lo diga, yo que tú me cuidarías de él. No me parece un hombre demasiado capaz de aceptar un “no” por respuesta.

—Todos los hombres son iguales.

Por un instante volvieron a la mente del joven doctor las palabras que le había dicho su amante la tarde anterior.

—Créeme, no todos. Algunos tenemos que conformarnos con lo que nos toca.

Blas se acomodó los lentes, aprovechando de paso para echar un vistazo no tan breve a su paciente.

¡Sí que había cambiado!

Esa mirada impertinente no pasó inadvertida para la muchacha que, tan tonta como de costumbre, sólo atinó a ruborizarse.

—¿Entonces no tomo el omeprazol?

—Sí. Pero antes de la cena, para evitar los retos del doctor Sánchez... Sabes, ahora que las cosas quedaron claras entre nosotros, quizás deberíamos tomar ese dichoso café. La verdad es que estoy necesitando hablar con una mujer sensata, aunque más no sea por una vez en la vida.

—Cuando quieras —replicó ella con una sonrisa forzada, que poco pudo

esconder lo incómoda que se sentía.

Y fue esa deliciosa timidez lo que encantó a Blas. Ya estaba harto de mujeres arrogantes. Por una vez quería ser él quien tomara la iniciativa.

Por una vez quería no tener que pedir permiso para ser un hombre.

* * *

Luisina trataba de prestar atención, pero los ojos se le iban solos. ¡Era inevitable! El rostro de ese hombre la atraía más allá de sus fuerzas.

Agachó la cabeza, intentando concentrarse sólo en las palabras. Pero sus buenos propósitos duraron poco. ¿Notaría Souto la desfachatez y persistencia de su mirada?

—¿Qué te ocurre, Luisina? ¿Tengo monos en la cara?

—No, doctor... Pero hoy se ve distinto.

El muy tonto de Souto sonrió satisfecho, como si eso fuera un halago.

Y de nuevo los ojos de Lui se desviaron hacia el enulado artificial de su jefe, el oscuro abrumador de su barba, y a su frente, sospechosamente tiesa.

—Se lo ve diez años más joven, doctor —intervino Eni con orgullo.

¡¿Con orgullo?!

Luisina apenas pudo esperar a que su jefe se retirara para encarar a su colega.

—¡No puedo creerlo! ¡Te estás acostando con Souto!

—¿De dónde sacaste eso?

—Siempre lo criticas. ¿Acaso hoy no lucía “zaparra”?

—¡Por supuesto que no! Estaba divino.

—¡Te estás acostando con Souto!

Eni, incapaz de seguir mintiendo, intentó acallarla.

—No se lo digas a nadie —suplicó.

—Pero, ¿Souto no es casado?

—Algo así.

—¡¿Qué significa eso?!

—Que no ando mirando el dedo de un hombre a la hora de acostarme con él, a menos que el tipo sepa cómo usarlo para complacerme.

A Luisina se le hizo un nudo en el estómago. Por más que lo intentara no

podía dejar de pensar que el mundo se encontraba repartido entre dos tipos de mujeres: las cazadoras, como Eni o Miranda, que no reparaban en nada a la hora de cobrarse una víctima, y las tontas, como ella, que se dedicaban a “criar” a un hombre sólo para que otra lo disfrutara.

—Tú no eres la más indicada para juzgarme —insistió Eni.

¿Por qué a todos los victimarios les encantaba asumir el papel de víctimas al ser descubiertos? Pero el marido de Lui ya le había hecho ese truquito mil veces, como para volver a caer en él.

—No me metas a mí en tu chiquero —se defendió de inmediato.

—¡Vamos! No te hagas la santita. Sé perfectamente lo que hiciste en casa de tu cuñado. ¡Tu cuñado! ¡Hay que tener valor para acostarse con dos hermanos!

Eni se detuvo en medio de su encendido discurso, pensativa, y luego continuó.

—Bueno, dos hermanos que no sepan lo que estás haciendo con el otro. No juzgo una nohcecita encantadora disfrutada de a tres.

—¡Qué asco!

—Asco es traicionar a uno con el otro, como hiciste tú, acostándote con el doctor Stuar a espaldas del ganso de tu ex. ¡Y eso no tiene perdón!

—No inventes, Eni. Ni muerta me acostaría con Augusto.

—¡Mírenla, a la señorita importante! Luce siempre como zaparra, pero sabe bien cómo mentir.

—No seas tonta.

—Pues, para que sepas, el doctor Stuar se lo contó a Romero, y Romero a Souti.

—¿Souti?

—De cariño. El tipo resultó tan rendidor en la cama, como estúpido en la oficina. Bastante entendible, por otro lado. En algún sitio tenía que gastar toda la energía que se ahorra aquí. No lo vas a creer, con esa cara, pero Souti tiene unos truquitos que...

Por fortuna para ella, Luisina ya no la escuchaba.

¿Serían simples tonterías de Eni, o su cuñado habría encontrado la forma perfecta para vengarse del hermano? Después de todo no necesitaba acostarse con ella para que el otro creyera que lo había hecho.

No. Probablemente sólo eran tonterías de Eni para justificarse. Pero a la vez, servía como un verdadero llamado de atención para ella: por muy simpático que fuera Augusto, no podía permitir otra situación confusa como la

de la noche anterior.

No es que le interesara la opinión de su ex...

No es que debiera interesarle la opinión de su ex, pero no quería verse envuelta en una guerra de odio entre los niños Stuar.

Por más placentero que fuera charlar con ese hombre encantador, de ahora en más haría lo posible por evitarlo.

Después de todo, ¿qué tenía que andar haciendo ella con su cuñado?

* * *

—¿Y ese ojo?!

—Un idiota creyó que tenía una historia con su ex.

—¿Y la tenías?

—¡Ni muerto! La vi una sola vez en la vida y me pareció la mujer más aburrida de la historia. Gorda, fea, sin gracia. No me acostaría con esa bruja ni que me lo pidiera por favor.

—A otro no se lo creería, pero desde que te dejó Alicia sólo te he visto con muñequitas impresionantes. ¿Cómo las consigues? ¿De una agencia de modelos?

—Conociste a mi mujer. Aún hoy Alicia sigue conservando la misma figura increíble. Te imaginarás que no iba a cambiarla por algo peor, ¿no te parece?

—Eres un verdadero conocedor en eso de mujeres.

—Un tipo de buen paladar.

—¿Y entonces por qué ese idiota pensó que podías estar envuelto en una historia con su esposa?

—De seguro fue por culpa de ella. Creo que la muy bruja inventó todo para darle celos. Y ahora, por su culpa, voy a estar deformado más de una semana. Pero te juro algo: el día que me encuentre a esa idiota por allí vamos a aclarar los tantos. Más vale que no se cruce en mi camino, porque la mato. Como que me llamo Pedro Pérez, ¡la mato!

* * *

—¿Cómo te atreviste a hacer semejante locura?!

—Fue más fuerte que yo. Sabes que se la tenía jurada por lo que me había hecho. Un día la crucé al salir de la oficina, y para cuando quise acordarme ya estaba allí, muerta en la cama. ¡Soy un completo idiota!

—El arrepentimiento no va a cambiar la situación. Al menos dime: ¿qué tal es nuestra “zaparra” en la cama?

—¿Para algo tenía que servir! Y el sexo, obviamente, es lo suyo.

A pesar del entusiasmo de su amigo, el doctor Romero se inquietó.

—Yo no me hubiera jugado con ella. Me queda claro que es una mujer peligrosa. No como Luisina, que es mucho más fácil de manejar. Ella es de las que sólo llora por los rincones cuando la dejas, incapaz de vengarse. Eni, en cambio...

—Nunca me metí con Lui porque pensé que te gustaba. Todos conocemos tu debilidad por las divorciadas.

—Sabes que soy demasiado inteligente como para meterme con alguien del Estudio. Además, Luisina es una mujer prohibida para mí.

—¿Por qué?

—Es evidente el interés que tiene Augusto por ella. Y yo no le quito las mujeres a los amigos.

—A un tipo como Stuar deben interesarle todas.

—Sí, pero esta un poco más que las otras. Cuando Amanda me habló de Lui, yo no tenía ni la menor intención de contratarla. Sabes que las cosas están yendo para la mierda. Es cierto que los juicios sobran. En épocas de prosperidad la gente no pierde el tiempo en juicios, pero ahora, con los ánimos crispados y tanta miseria por todas partes, todo el mundo se cree agraviado y con derecho a una indemnización. Pero la verdad es que la misma miseria hace que la parte más trabajosa de nuestro oficio sea, sin duda alguna, cobrar los honorarios. En estos días de...

Souto dejó hablar a su jefe por un tiempo prudencial. Sabía que el único motivo de ese discurso agorero era justificar su último olvido, a la hora de compartir con él los honorarios del caso Ríos. Pero pasado unos minutos lo interrumpió.

—¿Estás seguro de que Stuar tiene algún interés en nuestra pobre Lui?

Ella, para que negarlo, es bastante agradable. Pero él...

—Sólo la tomé porque Augusto se ofreció a pagarle el sueldo de su bolsillo.

—¿Stuar paga el sueldo de Luisina?!

—¡No! Ni muerto le daba el gusto de quedar como tacaño. La contraté con mi dinero, pero dejándole bien en claro de que sólo le estaba haciendo un favor a él. Aunque la verdad es que resultó todo lo contrario. Lui se pagó sola.

—¿Crees que Stuar ya le cobró a nuestra compañerita por su “intermediación”?

—Esa cita en su casa el otro jueves todavía me hace ruido. ¿Para qué la necesitaba allí?

—Para llevarla a la cama, por supuesto. Un hombre tan poderoso jamás tiene sexo fuera de su casa, adonde puedan verlo.

—¡No seas simple, Souto! Antes de convertirse en un perrito fiel, Augusto era un verdadero depredador de mujeres. Es un amante inteligente, y no ignora que las Luisinas de este mundo deben “cocinarse” a fuego lento y en su salsa... No. Si conozco a mi amigo, primero intentará hacerla sentir segura a su lado.

—El famoso cuento de la amistad. Y después, cuando se haya ganado su confianza...

—¿No escuchaste lo que te dije?: lenta y en su salsa.

“¡Lástima!”, pensaron ambos hombres al unísono. ¡Con las ganas que tenían ellos de probar los restos de tan delicioso festín!

* * *

—¡No hay nada que hacer! En una oficina, tarde o temprano, todo el mundo se termina haciendo la cabeza con uno de sus compañeros o el jefe. O sus compañeros “y” el jefe. Estás tantas horas allí, presa entre cuatro paredes, sin ver el sol, sintiéndote una planta de plástico, que es fácil olvidarte que, en la vida real, nunca mirarías dos veces al idiota que tienes delante. Creo que esa es la base de toda empresa moderna: los romances de oficina. Sin eso la gente se mataría de un disparo antes de volver al trabajo.

Lui se impacientó.

—Entonces yo debo ser extraterrestre, porque trabajé muchos años en una redacción, y nunca, ¡nunca!, me acosté con otro que no fuera mi marido.

Pero ni bien terminó de pronunciar con tono seguro esta frase, Lui se ruborizó.

¿Qué habría ocurrido si, en vez de renunciar, hubiera acompañado a su bello jefe a lo largo del mundo para hacer las notas internacionales?

¿No fue acaso por miedo a eso que olvidó su vocación de reportera, para darle gusto a su marido y a su suegra?

¿Acaso tenía razón Augusto? ¿Era el amor sólo una cuestión de proximidad? ¿De estar allí en el momento justo?

—Sí, ya sé —se impacientó Amanda—. Todos son santos, menos yo.

—Tampoco te esfuerzas demasiado.

—¿Qué quieres decir con eso?!

—¿Qué tenías que hacer en el consultorio de Blas?

Amanda no se inquietó por la pregunta de su amiga. Antes bien, la contestó como quien tiene su conciencia muy limpia, (o lo ha ensayado de antemano).

—Entré a ese consultorio por la misma razón que interferí en el resto de tu vida desde que te conozco: para protegerte de ti misma. Piensa adónde estarías hoy sin mi ayuda. No espero que me des las gracias, pero tu reproche me molesta.

—Reconozco que estaba engeguedada con mi matrimonio. Pero ahora es distinto. Maduré. Y no es ningún favor hacerme lucir como tonta ante el único hombre que parece legítimamente interesado en mí.

—Tengo entendido que no es el único.

—No sé a qué te refieres.

—Me contó un pajarito que cierto abogado te citó en su casa a altas horas de la noche. ¿Acaso tenían algún asunto legal pendiente, o sólo era “cosa de familia”?

Luisina se enfureció. Una cosa era el interés legítimo de una amiga. Pero eso ya sonaba a persecución.

—Creí que habías acabado con Romero.

—¿Con tu jefe? Sí. Aunque te confieso que lo hice sólo por darme el gusto de acabar, aunque fuera una vez, estando con él. El muchacho es un eyaculador precoz y desconoce los métodos más elementales para procurar algo de placer a su dama.

Esa era más información de la que Lui esperaba obtener. Ahora cada vez que viera a su jefe iba a recordar las palabras de Amanda.

—Si no son más amantes, ¿cómo fue que te contó acerca de la llamada de Augusto?

—Siempre me anda revoloteando. Insiste con reanudar lo nuestro. Así que el otro día, harta de sus eternos llamados, acepté salir con él por última vez. Pero no estamos hablando de mí, amiga. No intentes desviar el tema: ¿qué negocios tenías tú con tu cuñado?

—Precisamente eso: negocios —mintió Lui, empleando todo su arte para sonar convincente—. La vieja me había dejado unas joyas. Unas chucherías sin importancia, y él quería entregármelas.

—¿A las nueve de la noche?

—Mi horario concluye a las siete, pero por alguna extraña razón termino de trabajar hasta las ocho. Apenas tuve una hora para cambiarme y llegar a su casa.

—¿Y las joyas? ¡Muéstramelas!

—Como te dije, eran chucherías de poco valor y menos gusto. Las tiré ni bien estuve lejos de la casa de mi cuñado.

—¿Qué desagradecida! Tanto que la criticabas, la vieja te quería lo suficiente como para dejarte algo.

Luisina hizo un gesto de contrición, mientras en su interior trinaba: ¡nada le había dejado la muy perra! Ni siquiera el prendedor de oro que la abuela de Bautista le había entregado para que se lo diera a ella en navidad, y que nunca, por un motivo u otro, llegó a sus manos, (aún a pesar de la nota de agradecimiento que su suegra la había obligado a redactar).

—El problema contigo, Luisina, es que tiendes a desconfiar demasiado de las personas incorrectas. Por eso tengo que protegerte.

—¿También por eso omitiste informarme que habías transferido el dinero de la cuenta de Bau?

—Lo hice porque no me parecía justo que te fueras de esa casa sin llevarte lo que legítimamente te correspondía.

—¿Dónde está el dinero?

—¿Dónde más? En una cuenta en Suiza a tu nombre. ¿Pensaste que me lo había quedado yo?

—Por supuesto que no —mintió Lui, consciente de lo poco que conocía a esa mujer.

—¿Por qué te interesas en eso ahora?

—Voy a devolverle el dinero a Bau.

—¡Sobre mi cadáver!

—No lo digas dos veces. Mi ex es muy capaz de matar a quien sea por una suma así. Generalmente es un buen hombre, pero su tacañería lo supera.

—¿Crees que devolviéndole el dinero lo vas a reconquistar?

—No.

—No te creo. Sé que si él te pidiera perdón de rodillas, regresarías a su lado de inmediato.

—Estoy casi segura de que no.

—¿Casi segura?

Luisina suspiró antes de responder.

—Depende del día. A veces me siento muy satisfecha con todo lo que alcancé en este poco tiempo, y estoy segura de que nunca jamás volvería a mi vida anterior. Pero otros, sobre todo los fines de semana, cuando no tengo nada que hacer y me siento sola...

—¡No seas tonta, querida! Cuando eso ocurre, lo mejor es ir por allí y pasarla bien. Luego de la primera copa ya te sientes amiga de todo el mundo.

—El aturdimiento dura poco, y luego la soledad es aún peor.

—¿Alguna vez lo probaste, que hablas con tanta seguridad?

—Sólo una. Mi madre acababa de morir, y a Bautista le habían ofrecido un viaje a Punta del Este en el crucero de un amigo, sólo para hombres. Eran tres días completos: viernes, sábado y domingo. La misma noche de su partida llegó mi suegra para quedarse. Intentaba obtener sus propias vacaciones, con LCD de pantalla gigante para sus programas favoritos, y servicio de hotelería para sus pequeños vicios, proveído por mí, por supuesto. ¡Cuando la vi allí, parada con su maleta en la mano, me quería morir! Pero entonces inventé otra de mis mentiras salvadoras. Le dije que acababa de fumar, y que su vida corría peligro en la casa... ¡Y luego le cerré la puerta en la cara! ¡Qué placer!... Ese viernes fue glorioso: comí pizza y tomé vino. Pero cuando apenas comenzaba a asomar el sol del día sábado, comencé a sentirme miserable. La soledad era tanta, que hasta por un momento fantaseé con llamar de vuelta a mi suegra. Al caer la noche yo ya era un desastre. Había tomado media botella del vino que Bau solía atesorar para grandes ocasiones. Pero, aún a pesar de eso, el dolor era tanto, que decidí pasar el domingo a fuerza de puro alcohol.

—Esa es una fórmula infalible. Si te falló es porque algo debiste hacer mal.

—Sí: seguir pensando. Al parecer mi cerebro es como el fuego: el vino sólo lo enciende. Así que para cuando Bau regresó faltaban dos de sus

botellas favoritas, ya no había pañuelos descartables en toda la casa, el baño de servicio apestaba a vómito, y mi cara... Bueno, llevaba más de cuarenta y ocho horas llorando. Curiosamente lo único que él notó fue la falta de su vino... Sabes, creo que me sirvió que se enojara, porque eso me dio una buena excusa para olvidar mi soledad.

—¿Tan patética es tu vida que necesitas de un tipo para poder olvidarla?
—preguntó Amanda, incrédula.

Pero antes de que Luisina pudiera responder, desde el otro lado de la sala resonó la voz implacable de su hija Candelaria, que acababa de llegar.

—El problema no es que la vida de Lui sea miserable, sino que no es una vida. Las hojas de su Facebook continúan vacías.

—Eres demasiado joven para entender, Candelaria. A tu edad todo es nuevo o emocionante. A la mía, en cambio...

—¡Por favor, Luisina! —se quejó Amanda horrorizada—. Eso no es excusa. Yo tengo casi tu misma edad y, sin embargo...

—Calla, mamá. No eres la más indicada. Tú tampoco sabes vivir. Sólo haces cosas. Muchas cosas. Miles de cosas todos los días, para ocultar el hecho de que no tienes motivo para respirar cada mañana.

—¡Qué tonta! ¿Puede ser que siempre me estés atacando? No te voy a explicar justamente a ti mis motivos para respirar cada mañana. Por cierto, no será para deleitarme con esa horrible fragancia nacional por la que pagas fortunas, y en la que te bañas antes de ir a la escuela.

—Ya sé, mamá. Tu olfato, como tu vida, prefieren las exquisiteces de París. Pero estamos aquí y ahora. Y, como bien dices, por hoy se trata de Lui. ¿Podrás pensar en alguien más que tú, aunque más no fuera por unos minutos?

—Por mí no se molesten —suplicó la otra, asustada por la fiereza de esas dos mujeres, que aún a pesar de la diferencia de edad podían luchar como iguales.

—No, Lui. No puedo hacer nada por mamá, pero tú todavía tienes esperanzas. Tu vida no debe ser necesariamente solitaria o amarga. Tu vida es lo que tú quieres que sea. No culpes a nadie por lo que te ocurre. Sólo realiza un esfuerzo, aunque sea pequeño, para cambiarla.

—¡Cómo si fuera tan fácil!

—¿Acaso sabes si lo es? Nunca lo intentaste, ¿o me equivoco?

* * *

—¿Lo intentaste alguna vez?

Luisina se defendió.

—¡Claro que no! ¿Crees que soy como tú? Ni loca podría tener sexo con un extraño, pero mucho menos con alguien tan próximo. ¡¿Cómo se te ocurrió acostarte con Souto?!

—Simplemente sucedió.

—Al menos júrame que es en serio.

—Eso suena aburrido.

—¿Sólo por divertirme arruinaste un matrimonio?

—No seas tonta. Es un crimen sin víctimas. ¡Mientras la esposa no se entere!

Para no haber sido una víctima, Luisina se sentía bastante martirizada por Miranda y su ex.

—No comparto esa opinión, Eni.

—Y así te va. Sola. Terriblemente sola. Y tu tiempo se agota. ¿Sabes qué día es hoy?

—Veintitrés de diciembre.

—¿Y mañana?

—¡¿Todavía tienes el descaro de preguntar?! Mañana es el día que todos se van a tomar libre, menos yo. Tendré que venir aquí hasta vaya a saber Dios qué hora, para hacer todos esos escritos que el jefe pretende meter en Tribunales antes de la feria judicial, y que tú no pasaste oportunamente.

—Sabes que tengo una vida complicada. ¡No es por falta de voluntad! Sabes que mis faltas de ortografía son horribles.

—¿Acaso en tu ordenador no existe la corrección automática? Porque no quiero pensar que deliberadamente no la usas.

—¿Me estás acusando de algo?

—Lo que tú quieras hacer con el jefe fuera de hora no es mi asunto.

—¡Y por fin te das cuenta!

—Pero a partir del inicio de su relación, tal parece que tu única función en este estudio fuera sonreír.

—Si tú sonrieras más tendrías menos trabajo. Pero con esa cara de amarga... A ver: ¿con quién piensas pasar la navidad?

—Pues te diré con quién no la vas a pasar tú: con tu nuevo novio. ¿O Souto va a dejar a su esposa para estar contigo?

—No. Por supuesto que no la pasaré con él. Voy a estar con mi ex, en casa de mi suegra. Iré allí sólo por los niños. Claro que no estaré contenta, y más vale que la vieja ni se sueñe con mi colaboración, porque no voy a arruinarme las manos con el detergente. Ya reservé turno con la manicura y el peinador. Además compré un vestidito azul cielo que me hace unas tetas fantásticas por delante y un culo divino por detrás.

—Muy apropiado para una fiesta familiar.

—No a todos les gusta lucir zaparra. Y ya le advertí a mi suegra que luego de los regalitos parto con rumbo desconocido.

—¿Para encontrarte con Souto?

—¡Ni muerta! Pienso ir a festejar con amigos. Vodka, música, chicos lindos. Y si tengo un poco de suerte puede que no eche tanto de menos a mi jefecito —concluyó a media voz.

Luisina hizo un esfuerzo para disimular su cara de asco.

La otra, en cambio, creyó percibir algo de envidia en su ceño fruncido, así que, dado el espíritu caritativo de la fecha, y quizás, (aunque fuera un poquito), para que la envidiara aún más, exclamó:

—¡Lo tengo! ¿Por qué no vienes con nosotras? ¿Qué te parece?

A Luisina le parecía un verdadero horror, sólo comparable al que le producía la idea de pasar por primera vez en la vida una navidad completamente sola.

¿Sería capaz de aceptar la invitación de Eni?

Aunque, ¿podía elegir?

* * *

—Puede elegir si quiere, señora. Tenemos pan dulce con pasas o con chispas de chocolate.

—El de chocolate estaría bien, pero... ¿Cuánto pesa uno así?

—Este un kilo ochocientos. Pero si necesita más grande puede llevar dos.

—En realidad estaba pensando en algo más pequeño. Mucho más pequeño.

—Ah... ¡Está sola! —gritó la muchachita a voz en cuello, como si acabara

de resolver una adivinanza—. ¡Haberlo dicho antes! Para la gente sola tenemos este paquete especial, con una botellita de champagne de un cuarto litro, (¿no es una preciosura?), un postrecito de chocolate, un budincito, y esto, que es como un pan dulce, pero chiquitito. Y lo bueno es que no tiene que acabar indigestada. Vendemos muchos de estos, ¡no sabe la cantidad de viejitos que viven solos en este barrio! ¿Le preparo un pack?

—No gracias, llevo el de un kilo ochocientos. ¡No! Mejor que sean dos. Y tres turrone de Alicante, y una botella grande de champagne. Del mejor.

—Este de aquí sale trescientos pesos.

—No tan “mejor”. Con ese de cuarenta me alcanza.

—¿La está esperando su marido en el auto? ¿Quiere que se lo alcance allí?

—No. Yo me arreglo.

—Hizo bien en llevar estos turrone. ¡Son riquísimos! Y tan dulces...

Sí. Muy dulces, pensó Lui.

Pero no lo suficiente como para compensar una navidad amarga.

* * *

¡Fideos!

¡¿A quién se le ocurría comer fideos en Nochebuena?!

Sólo a la idiota de su suegra, que al parecer era lo único que sabía hacer. Y entonces, ¡claro!, ahí había acabado él, como siempre, en el local de comidas, gastando el dinero como si le sobrara. Y cuando otro cocinaba, entonces sí que Miranda y su madre tenían pretensiones: carré de cerdo al caramelo, vitel thoné, blanco de pavita. ¡Y luego los regalos!... ¡Como si le sobrara el dinero!

¡Qué distintas eran las navidades junto a Lui!: el veinticuatro almorzaba con amigos mientras ella se ocupaba de preparar la fiesta. Luego pasaba la tarde buscando algo lindo para él, y algunas de esas tonterías que tanto les gustaban a las mujeres, para darle a su madre y a su esposa. Y apenas le alcanzaba el tiempo para un baño relajante, y ropa limpia y fresca. Claro que después tenía que soportar a toda su parentela, pero la excelente cocina de Lui servía para endulzar el mal trago.

Eran navidades perfectas. Bueno, excepto porque la tonta de su esposa

nunca le seguía el juego cuando, luego del brindis que se extendía hasta las cuatro de la mañana, se ponía cachondo. ¡Si hasta se enojaba! Siempre con la misma excusa: estaba cansada. ¡Cansada!

¡Luego se quejan cuando el marido se va con otra!

Así no hay matrimonio que aguante.

Bautista echó un vistazo a su alrededor. El sitio lucía como el Titanic luego de una semana bajo las aguas.

Lui.

Luisina.

Su Luisina.

¡Qué placer entrar a la casa y encontrarla resplandeciente, con una mesa repleta de manjares!

Bautista hizo equilibrios con los paquetes, aún a riesgo de manchar de grasa su camisa nueva, y cerró la puerta del departamento. Miranda se veía impecable, con un pantalón blanco que dibujaba ese culo inmenso en que se podía escribir la Divina Comedia. Pero más allá no había nada. Ni mantel, ni platos, ni campanitas asomando entre el muérdago.

—¿Trajiste todo? ¡Me muero de hambre! —chilló su mujer a modo de saludo, mientras se abalanzaba sobre los paquetes.

—Te conseguí el champagne, Bautista —refunfuñó su suegra a la distancia — Lo compré “rose” en vez del “extra bruit” que pediste, porque era el único que había.

—¡Está caliente! —se quejó él al tomar la botella, decepcionado.

—¡Ah! No chilles... Le pones unos cubitos de hielo y es lo mismo.

Sí, sus navidades ahora eran muy distintas.

Sólo era cuestión de adaptarse.

Bautista dejó la botella a un lado y se acercó a Miranda con codicia, pellizcándole el trasero como si estuvieran solos.

—¿Cuándo se va a ir tu madre a dormir la mona? —le susurró al oído.

—Está brindando desde el mediodía, así que no creo que tarde mucho. Pero si la necesitas le pido que se quede despierta.

—¡Todo lo contrario! No veo las horas de que nos quedemos solos.

—¿Para qué?

—¿No quieres festejar en nuestro cuarto esta noche? —respondió con voz invitante.

Pero no lo suficiente como para disuadir a su nueva esposa.

—¡Ni loca! Pasé más de dos horas arreglándome, y no voy a

desperdiciarlas por un polvo rápido.

—¿Y por qué tiene que ser rápido?

—Porque a las dos de la mañana quedé con todos para que me pasen a buscar.

—¿¿Quiénes son todos?!

—Ya sabes: las chicas, algunos muchachos. No te dije porque sé que odias bailar y te cansas demasiado rápido.

—Pienso ir igual.

—¿De verdad?

—¿Tienes algún problema con eso?

—Ninguno. Si a ti no te importa...

—¿Por qué habría de importarme?

—Serás el único veterano del grupo.

—¿¿Veterano?! ¿¿Desde cuándo soy un veterano?!

—No se trata sólo de tu edad, sino también de todo lo otro.

—¿Otro?

—La forma en que te vistes, por ejemplo.

Sí, quizás su ropa era demasiado clásica. De hecho, aún usaba el mismo estilo que tenía a los veinticinco.

—Usaré lo que quieras, pero pienso ir.

—¡Mira que eres pesado!

—Parece que mi presencia te molestara. ¿Acaso estás planeando cagarme?

—¿Crees que tu ex es la única mujer fiel del planeta?

El aullido de la madre de Miranda desde el otro lado de la sala los distrajo.

—¿¿Por qué no avisaron que había llegado la comida?!

Aún a pesar del obvio malestar de la pareja, la dama se acercó, dispuesta a comenzar con la cena.

—¿Qué prometedor que parece este carré! La pavita, en cambio, se ve dura. ¡Eso te ocurre por miserable, Bautista! Te dije que el local de la vuelta tiene mucha mejor mercadería.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—¡Ah! Me olvidaba... —farfulló la dama mientras engullía un pedazo de pavo que había arrancado con las manos—. Priti está en el teléfono.

—¡Haberlo dicho antes, mamá! —se enojó Miranda, ya en camino hacia el dormitorio.

Pero su “marido” la interceptó.

—¿A dónde crees que vas?

—¿Eres idiota? Voy a responder la llamada.

—Puedes hacerlo desde aquí. ¿O hay algo que no quieres que escuche?

—¿Cómo puedes ser tan...?

—Entonces no hay nada de malo en que atiendas esa llamada aquí. Con el altavoz. Después de todo yo también me muero por saber qué hay de nuevo con la buena de Priti.

Antes de que pudiera oponerse, Bautista ya había presionado el nefasto botón del altavoz en el teléfono de la sala.

La voz de Priti resonó por el aire, inundando el lugar de sus chillidos.

—¡Boluda! ¡Qué ocurre contigo! Te fuiste a la mierda. Hace quince minutos que te espero. A ver si por vivir en una mansión te crees la reina de Taba.

“¡Qué bruta!”, pensó Bautista. Pero no dijo nada. Después de todo la tal Priti tenía un cuerpo para disfrutar, y edad como para que hacerlo se considerara estupro.

—Ay, boluda... Es por la boluda de mi madre, que recién me avisa.

—Pensé que era el boludo de...

—¡Calla! Está puesto el altavoz y Bautista está aquí.

—Bueno. Era para decirte que también vendrán Juani, Juancho, Nachito, Chucho, Juan y toda la barra del Hindú Club.

A medida que su mujer hablaba, ante los ojos de Bautista marchó un desfile incesante de atléticos rugbiers, altísimos e intimidantes para alguien como él.

El sueño de toda mujer joven.

Y Miranda lo era.

—¡Y a que no sabes, boluda! Lo mejor de lo mejor: también viene Marcelo “bomboncito” Núñez. Y parecía muy entusiasmado cuando le dije que estarías allí.

—Bautista viene con nosotros —se apuró a decir Miranda antes de que fuera demasiado tarde.

Quizás para cambiar un poco su cara de disgusto, su marido se apuró a tomarla por la cintura, justo antes de que la respuesta de Preti inundara el lugar.

—¡¿Piensa venir el veterano?! ¡¿Qué tiene que hacer ese viejo de mierda con nosotros?!

Bautista soltó a su esposa, electrizado.

¿Cuándo se había convertido en un viejo de mierda?

* * *

Una vieja solitaria. Así se sentía Luisina. Una más en un ejército de viejos solitarios que pululaban por el barrio.

De haber tenido el teléfono de su padre lo hubiera llamado. Sí, se hubiera tragado el orgullo y lo hubiera llamado.

Así de sola se sentía.

Después de todo, era la única familia que le quedaba.

Lástima que él ya tenía otra.

Todavía podía recordar su fiesta de quince. Bailando el vals con su padre, mientras él le juraba que, aún a pesar del divorcio, nunca se iba a separar de ella. Y por un tiempo cumplió su palabra... ¿Cuándo lo había visto por última vez? En el departamento de Villa Urquiza, la primera navidad luego de la mudanza. Ese había sido un buen año. Él solía ir a verla, la escuchaba, y hasta se atrevía a darle consejos sobre el matrimonio, empeñado como estaba en evitarle lo que habían pasado él y su madre. Pero un día, así, sin que nada pudiera anticiparlo, simplemente desapareció. Se olvidó de ella, como todos los demás. ¿Quién podía culparlo? Ahora tenía otra esposa y otra familia. ¿Acaso no le había anunciado la tía Margarita que incluso tenía hermanastras? ¿Quién podía interesarse en una hija cuarentona cuando se tenía un bebe para disfrutar?

Extrañaba a su padre. Siempre tan compinche, tan buen amigo. Nunca le había podido perdonar a su madre que lo dejara ir.

Y ahora también Bautista se había ido.

Y estaba sola.

* * *

Lo malo de ser un obstetra era que nunca se podía estar seguro del

horario. Pero más allá de eso, no tenía quejas. Si todo salía conforme a lo planeado iba a terminar haciendo historia. No había muchos embarazos ectópicos que llegaran a término. Conocía sólo un caso. Pero con un poco de suerte traería al mundo al segundo bebé desarrollado fuera del útero materno. Claro que para lograrlo había resignado todo: vida privada, sueño, ¡y hasta el festejo de la navidad! Sí, ya era demasiado tarde como para ir a esa fiesta con su padre. Mejor. Entre brindis y brindis, el festejo no terminaría antes de las tres de la mañana, y él necesitaba despertarse a tiempo como para correr alrededor del lago una hora, justo antes de entrar a quirófano.

Comenzó a juntar sus cosas con apuro, y al levantar la agenda el fichero de pacientes voló por los aires. Trató de acomodar todo con rapidez, pero se detuvo en la ficha de Luisina. Alguien había garrapateado en ella su apellido de soltera y una nueva dirección.

Blas observó el papel dos veces. Por la altura consignada eso debía ser Céspedes y Cabildo. A pocas calles de su propia casa.

Ubicó la hoja en su lugar, acomodó la agenda, tomó su portafolio y se dirigió a la salida.

Apagó la luz con determinación. Pero todavía no acababa de cerrar la puerta, cuando volvió sobre sus pasos para tomar la ficha de Lui en medio de la penumbra.

Le echó un nuevo vistazo: Luisina Stuar. Luisina Ramos. Céspedes al 2400. Céspedes y Cabildo. Muy cerca de su casa...

Muy cerca suyo.

¿Qué estaría haciendo Luisina a esa hora?

* * *

¿Qué estaría haciendo Luisina a esa hora?

Bautista no podía quitarse a su ex de la cabeza. Quizás porque ver a Miranda comer no era precisamente un espectáculo agradable. O porque la comida sabía horrible. O porque le esperaba una noche espantosa, haciendo lo imposible por no dormirse en un rincón, aún a pesar de la música insoportablemente fuerte. Simulando ser “hot”, sólo para que las amigas de Miranda dejaran de llamarlo “veterano”.

Lo bueno de vivir con Luisina era que junto a ella podía darse el lujo de ser él mismo. A su lado era fácil sentirse importante, el rey de la creación.

Su suegra se atragantó con el carré, comenzando a escupir sin decoro para todos lados.

—¡Lo dije! —chilló al recuperar el habla—. Esta porquería estaba muy seca.

—Eres una cerda, mamá. Regaste tus mocos por todas partes.

Sí, Bautista extrañaba a Lui. Ella era dulce, delicada y sencilla. Claro que no podía brindar ciertos “servicios” en la cama. Pero tampoco los exigía. Y si algo había aprendido Bautista en esos meses era que ya no estaba en edad de arrodillarse frente a una mujer.

Sí, extrañaba a Luisina. Y no sólo por los doscientos mil dólares.

Había aprendido su lección: se podía estar solo y triste aún rodeado de gente.

Su suegra se metió impúdicamente los dedos en la boca, hurgando algún resto de comida.

Su hija se enfureció.

—¡Comer contigo es una mierda, mamá! La próxima métete la comida por el culo, así te ahorras varios pasos.

Aquel comentario soez fue la gota que desbordó el vaso. Bautista se puso de pie, arrojando la servilleta en la mesa.

—¿Y a ti qué te ha picado? —le preguntó Miranda.

—Me voy.

—¿Adónde?

—A caminar un poco. Ya no te soporto a ti, ni a tu madre. Y si sigo en esta mesa, entre tanta mierda, terminaré vomitando.

—¡Ay! Creo que yo también —replicó su suegra. Pero a juzgar por su aspecto ella no estaba usando una metáfora.

Por las dudas Bautista no esperó más.

Atrás pudo escuchar a la vieja profanando el piso de la sala, y Miranda escupiendo palabrotas como si se tratara de un marinero ebrio.

¿Se las decía a él?

Daba igual. Céspedes y Cabildo quedaba a veinte calles de allí. Veinte calles: la distancia que lo separaba del cielo. Y aún a pesar de sus recientes pecados, estaba seguro de poder merecerlo.

Sí. Esa noche sagrada iba a reconquistar a su ángel.

* * *

Amanda había sido invitada a casa de su ex, con nueva mujer incluida, (¡así de moderna era!). Sin embargo, y luego de pensarlo un rato, se decidió por pasar la noche embarcada en un lujoso crucero, navegando la bella costa porteña por el Río de la Plata, hasta la uruguayana.

El paseo lo incluía todo: hermosos paisajes, manjares suculentos, gente linda, hombres solteros..., y la misma soledad de la que Luisina intentaba escapar.

La muchacha suspiró.

No. A ella no le servían las soluciones de Amanda.

Por un instante Lui se dejó vencer por la angustia y comenzó a llorar.

O al menos lo intentó. Pero fue inútil. No le salió ni una lágrima.

Estaba sola, era cierto. Pero eso no era ni remotamente lo peor que le podía pasar en una noche así. Lo peor era cocinar para decenas de parientes ajenos, clavados a sus sillas como si en eso les fuera la vida, incapaces de aportar nada al menú, como no fuera una espléndida digestión. Candelaria estaba en lo cierto: no había algo así como un destino ensañándose con uno, sino uno mismo, dándose por vencido. Ella era capaz de hacer todo lo que se le diera en ganas. Incluso podía ser feliz en esa noche.

Era sólo cuestión de proponérselo.

Resuelta a no caer en la depresión, Luisina se dirigió directamente a su cuarto y comenzó a arreglarse. Al menos su cabello lucía hermoso, gracias a la fortuna que había gastado el día anterior en reflejos sólo para que Eni dejara de llamarla “zaparra”.

Se miró al espejo y se sintió conforme.

Buscó en su armario, y muy en el fondo encontró un increíble vestido de fiesta que Amanda la había obligado a comprar. Era bastante escotado, pero lucía fabuloso en ella, resaltando su figura y disimulando sus caderas gracias al vuelo amplio de la falda.

Giró frente al espejo para disfrutar el fresco de la seda enredándose en sus piernas.

Era como si otra vez tuviera cinco años y se estuviera disfrazando con la ropa de su tía.

Se calzó unas bellas sandalias de tacón altísimo, pero, para su sorpresa, no

tan incómodas.

Luego se dirigió a su gran patio, ahora devenido en un bello jardín zen gracias al oficio de Amanda, y comenzó a poner la mesa con esmero, como siempre lo hacía para esa fecha.

Pero esta vez, a diferencia de siempre, estaba decidida a disfrutarla.

Colocó una copa de cristal. Era esbelta y finísima. Pero al verla allí, tan sola, agregó otra, como para hacerse la ilusión de que esperaba a alguien.

Luego ubicó un plato de salmón ahumado, otro con prosciutto di Parma, palmitos con salsa golf, y una ensalada de hojas aderezada con arte. Sólo faltaba el champagne, que estaba enfriándose hasta alcanzar la temperatura correcta.

Pero cuando iba hacia la cocina para buscarlo, sonó el teléfono.

—Te llamo ahora porque, si todo sale como planeo, estaré borracha para la hora del brindis —informó Amanda con una voz cascada que dejaba en claro que ya llevaba un buen rato esmerándose para alcanzar su objetivo.

Una vez acabada la charla Luisina aprovechó para alzar el volumen de la música, de forma que también se escuchara en la terraza. Adoraba a Bach, adoraba el sonido del cello dibujando los contornos del Preludio de la Suite número uno.

Sí, ya casi había olvidado cuánto le gustaba la música.

“Tienes gustos de velorio”, solía decirle su suegra. “Esto me da sueño”, se quejaba Bau.

Disfrutó un poco más de aquel bello sonido, y luego fue hacia la cocina en busca del champagne. Pero cuando ya regresaba con la botella en la mano, de nuevo sonó el teléfono, impertinente.

Era su cuñado. Apenas pudo entender lo que le dijo. Debía estar en una gran fiesta. Una fiesta elegante, como correspondía a alguien de su riqueza.

Y entre la música le pareció escuchar algo así como una queja: ¿los zapatos le apretaban? Extraña charla para un saludo navideño.

Ni bien cortó con Augusto fue directamente a la terraza, pero al llegar allí observó su obra con admiración, como si recién hubiera llegado. Como si ella fuera la invitada.

Y así se sentía: bella, importante, poderosa.

Aquel sitio era perfecto, y ella también.

Y estaba segura de poder lograr todo lo que se le diera la gana.

Sí, podía ser feliz esa noche.

Podía llamar a Blas para desearle una bella navidad.

Podía reconquistar a Bautista si se lo proponía.

Podía...

¡Hasta podía comerse todo ese pan dulce ella sola!

Candelaria tenía razón: ella era capaz de crear su propio destino. Y si en verdad quería compartir una copa de champagne con un hombre, podía hacerlo.

Apoyó la botella en el piso, allí, justo en medio del gran ventanal que llevaba a la terraza, y volvió a la sala.

¿Dónde tenía ese número?

Rebuscó en la agenda y por fin lo encontró.

Tomó el teléfono, respiró hondo, y comenzó a discar.

—¿Hola? ¿Blas? —llegó a preguntar justo antes de que el timbre de la puerta irrumpiera en la belleza de los acordes de la suite.

—¿Hola? —insistió, como si esa chicharra sirviera para darle fuerzas—. ¿Está el doctor Blas?

Colgó entristecida. Posiblemente había anotado mal, o él ya no tenía ese teléfono.

Volvió a sonar el timbre, arrastrándola a la realidad.

¿Quién podía ser un veinticuatro de diciembre a las diez y media de la noche?

Observó por la mirilla y le pareció que el mundo se abría a sus pies.

Era él. Y estaba allí.

CAPÍTULO VI

El doctor Blas Montes de Oca miró hacia ambos lados, y luego deslizó la dirección de Luisina en su bolsillo, atento a cada ruido, como si estuviera cometiendo un delito.

Y como si en verdad fuera así, no pudo menos que pegar un salto cuando de repente alguien encendió la luz del consultorio.

—¿Puedo ayudarlo, doctor?

—¡Cristina! Casi me matas del susto. ¿Qué haces todavía aquí? ¿No te dije que te fueras dos horas atrás?

—Sí. Pero preferí quedarme hasta que se retirara la última paciente, por si necesitaba algo.

—No, gracias. No necesito nada. De hecho, ya me iba.

—Entonces yo también salgo. Pero permítame que antes ordene el fichero. Está fuera de su sitio.

La joven se apuró a revisar el aparato, dando un rápido vistazo para averiguar de quién era la ficha que su jefe acababa de guardar en el bolsillo.

Llegó a distinguir la historia clínica de la señora Randazzo. ¿Quién estaba archivada antes que ella? R... Ra... ¡Ramos!

Luisina Ramos.

¡Pero eso era imposible! Luisina había vuelto con el marido. ¡A ella le constaba! ¿Entonces?... ¿O acaso la buena señora estaría jugando a dos puntas?

—Deja eso para el lunes, Cristina.

—Como usted diga, doctor. Ya salgo. Después de todo no quiero que por mi culpa se pierda la cena de navidad. ¿Lo va a pasar con su padre?

—No. Pienso visitar a una amiga.

La muchacha se inquietó.

—¿Ella lo espera?

Blas observó dos veces a su secretaria. ¿A qué venían tantas preguntas?

—Será mejor que dejemos la charla. Si seguimos aquí, ninguno de los dos podrá celebrar.

—Ya terminé, doctor.

Salieron juntos luego de cerrar todas las puertas del consultorio.

Una vez en la calle, la joven secretaria rozó el rostro de su empleador con un beso tímido.

—Bueno, doctor: de todo corazón le deseo que pase una feliz navidad.

Blas acarició la ficha en su bolsillo.

¿Feliz navidad? Él se conformaba con una agradable y lujuriosa nochebuena.

¿Estaría en casa Luisina?

* * *

¿Estaría en casa Luisina?

Bautista miró su ojo en el espejo del elevador.

Nada. Por fortuna el jarrón de plata de la abuela Julia apenas lo había rozado.

¡Por supuesto que no tenía ganas de salir! Nadie en su sano juicio circulaba a esa hora por las calles un día de navidad. Pero prefería que la hora del brindis lo sorprendiera en cualquier sitio, antes que allí. No podía quedarse ni un minuto más con Miranda. ¡Vaya que tenía agallas esa niña! ¡¿Y la madre?! La vieja parecía muy dispuesta a atrincherarse allí a como diera lugar.

Nunca tendría que haber aceptado que se mudaran con él. Madre e hija. Ni que le quitaran su hermosa colección. Ni que gastaran su dinero como si naciera de los árboles.

Había cometido un error. Un gran error. Pero todavía estaba a tiempo de repararlo. Sentía en el alma y en el corazón que Luisina estaba sola esa noche. ¿Y con quién más? ¿Acaso no era él su única familia? Quizás al llegar allí la encontrara llorando. De seguro la pobrecita estaba extremadamente sensible.

Y cuando Luisina estaba sensible...

Sí. ¿Quién había dicho que no iba a hacer el amor esa noche?

Uno por los viejos tiempos. ¡Y que Miranda se pudriera en el infierno!

* * *

¿Quién podía ser un veinticuatro de diciembre a las diez y media de la noche?

Luisina observó por la mirilla, y le pareció que el mundo se abría a sus pies.

¡¿Qué hacía él allí?!

Sin saber que más hacer, abrió la puerta, todavía muda.

El recién llegado echó un largo vistazo de admiración a su anfitriona, y luego otro más rápido al interior del departamento.

La bella terraza iluminada llamó de inmediato su atención.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Luisina extrañada.

—Pensé que... Pero no importa. Veo que estás acompañada y no te quiero incomodar.

—¿Acompañada? Como no sea por el hombre invisible...

—Pero hay dos copas servidas. Además tu casa reluce. Y tú... Bueno, te ves increíble.

Luisina se burló un poco de tan inesperado halago.

—Sí, increíble... Increíblemente sola y miserable. Las copas y todo lo demás son apenas algunos trucos para pasarla.

—¿Y fueron efectivos?

—No demasiado hasta ahora... ¿Qué haces aquí?

Augusto sonrió.

—Estaba aburrido, así que aproveché para saludar a los amigos. Necesitaba matar el tiempo. Fuiste la sexta a la que llamé. Y la única voz que se escuchaba claramente. No había ruido de fondo, gritos, o música. Solamente tu voz... Pensé que estabas sola y...

—Sentiste lástima.

—Quise reparar mi orgullo herido. Así de sola, eres la única en este mundo que no está en condiciones de sentir lástima por mí, el marido abandonado.

—Pasa entonces. Formaremos “El club de los primeros esposos”.

—Buen título para un libro.

—Sí. Lástima que ya me lo han robado —se burló Lui.

Ahora le tocó el turno a la muchacha de echarle un largo vistazo a él.

—Por un segundo, al verte del otro lado de la puerta, creí que vendías helados a domicilio —se burló Lui —¿Qué haces vestido todo de blanco?

—Ridículo, ¿no? Fue una imposición de la dueña de la casa en la que hacían la fiesta. Los hombres de blanco y las mujeres de negro.

—Aquí no hay mucho, pero al menos tampoco hay reglas.

—¿De verdad no te molesta que me quede? No quisiera imponerte mi presencia.

—Vamos, pasa... Te prometo aburrimento asegurado.

—Al menos la música es buena. Me encanta Bach.

—¿Un Stuar con buen gusto? ¿Estás seguro de no ser adoptado?

—¡Ojalá!... Oye, esta mesa luce magnífica.

—¡No mientas! Apuesto a que la comida de la otra fiesta era infinitamente mejor.

—Puede ser. Pero para comer aquí no me obligan a disfrazarme de heladero. Por cierto, ¿por qué no me invitaste? Por mucho que te disgustemos los Stuar en general, creo que soy una opción más aceptable que la soledad.

—¿Por qué habría de invitarte? Nunca fuimos precisamente “familia”. De hecho, creo que en estas últimas semanas nos hemos visto más que en los pasados diez años.

—¿Qué te preocupa, Lui? Siento que hay algo que no me dices. ¿Tanto te molesta que haya venido?

—Si voy a ser sincera... No es que me moleste. Pero me resulta un poco sospechoso. Nadie en su sano juicio deja una gran fiesta, porque por teléfono sonaba bien grande, para venir a comer ensalada en una azotea con vista a ninguna parte.

—Estoy harto de las grandes fiestas... ¿Sabes?, recibí al menos diez invitaciones para pasar la navidad. Tal parece que la gente es muy solidaria con los que están solos.

Luisina frunció el ceño.

“Con los ricos y poderosos que están solos”, pensó.

—Por fin me decidí por ir a la fiesta más concurrida y fastuosa. Justo como las que Andrea solía organizar en casa, y yo tanto odiaba. ¿Por qué lo hice? Quizás para no echar tanto de menos a mi mujer... Pero fue una tontería. Andrea no estaba allí. Y quizás por eso la hermana de la dueña de casa me estaba sitiando, como si yo fuera una bestia acorralada.

—¿Al menos era linda?

—Hermosa... y aburrida. Nunca me gustó la gente rica y vacía. Y menos

las multitudes.

—Entonces aquí estarás a tus anchas... ¿Tanto extrañas aún a Andrea?

—Demasiado.

—¿Puedo confesarte algo?

—Lo que quieras.

—Yo también extraño a Bautista. A pesar de todo.

Sí... ¿Adónde estaría Bautista en ese preciso momento?

* * *

—¿Adónde crees que se fue el zopenco de tu marido?

—Espero que a la mierda. ¡Mira que pretender echarme a mí de mi propia casa! ¡La cara que tiene! ¿Creerá que soy tan estúpida como su ex?

—Pero la casa es suya. Ni siquiera tenemos un contrato de locación. ¡Si nos quiere echar de aquí estamos muertas! ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? Ir a festejar con las chicas, por supuesto.

—¿Estás loca?! ¿Quieres que acabemos en la calle otra vez, como cuando se fue el imbécil de tu padre?... No, querida, yo ya pasé por eso, y antes prefiero hacerme puta.

Miranda rio de buena gana.

—¡Me encantaría verte caminando por la zona roja con minifalda, mamá!

—Lo digo seriamente. ¡Estoy desesperada!

—Si te haces puta no será por mi causa. Y mucho menos por el idiota de Bautista.

—¿Qué piensas hacer, entonces? ¿Cambiar la cerradura? ¿Denunciarlo por malos tratos?

—¡Ay, mamá! Creo que esta noche tomaste demasiado.

—¿Qué hice yo para merecer esto?! —gimió la otra, ajena a la tranquilidad de su hija—. ¡Justo la noche de navidad! Soy como la Virgen, vagando por ahí sin un techo que la cobije.

—¡Sí, sobre todo por lo virgen! —se burló su hija mientras tomaba el bolso.

—¿De verdad piensas salir?

Miranda sonrió.

Sí, esa noche tenía mucho para celebrar.

* * *

Bautista salió a la noche estrellada. Pensaba caminar las veinte calles que lo separaban de Céspedes, porque lo último que necesitaba era una quemadura en el auto a causa de los fuegos artificiales. Además, tenía planeado pasar la noche con Luisina. Y quizás, incluso quedarse el día de navidad.

¡Sí! No pensaba regresar a su piso por más de veinticuatro horas. ¡Eso pondría en su lugar a la boba de Miranda! Y para cuando volviera a casa, la muy estúpida estaría humilde y dispuesta a negociar.

Claro que no se iba a enternecer con esa tonta. Pensaba recobrar su orgullo. Sería implacable.

Sí, lo tenía resuelto: por mucho que Miranda llorara, ya tenía resuelto echarla de la casa.

Quería volver con Lui. La necesitaba. Con el alma. Con el corazón...

Con el estómago.

¿Qué habría preparado la dulce Lui para comer?

* * *

—Esto está delicioso. Es la mejor comida que he tenido en años.

—Te creo y todo —se burló Luisina, un tanto escéptica ante el cumplido de su cuñado.

—¡De verdad! Adonde voy, siempre hay un “cheff” dispuesto a arruinarte la cena. Gracias al arte de esta gente lo probé todo: desde helado de sesos de vaca, hasta fondue de puerros. Al menos las porciones son invariablemente pequeñas, pero servidas en platos gigantes. Y luego están esos pequeños detalles que me enloquecen: una especie de nido de pájaro en tu sopa, o dos fideos de colores en alto sobre la comida, como si alguien hubiera hecho

cumbre en tu bife. ¿Para qué sirven esas cosas? Cuando quitas toda la decoración sólo te queda un trozo irreconocible de algo sin gusto. ¿Tengo la culpa de que me guste la sal en la comida y el azúcar en el postre? ¿Las porciones abundantes? Quiero saber lo que estoy comiendo. Me gusta lo natural... Como tú esta noche. Pocas mujeres se animarían a usar un vestido como este sin un gramo de maquillaje. Pero a ti... A ti te queda fabuloso.

Luisina entrecerró sus ojos con desconfianza.

¿Qué clase de halago era ese? ¿Acaso Augusto se estaba burlando de ella?

—¿Qué? —preguntó él al notar su gesto.

—¿Sabes lo bueno de estar juntos? Que los dos sabemos que entre nosotros no puede ocurrir nada. Esto, decididamente, no es una cita, así que no necesitas seguir esforzándote conmigo.

—¿Crees que me estaba esforzando? Todo lo contrario. Sólo pensaba en voz alta. Y es que después de tanto tiempo de permanecer callado, me complace confesar lo que en verdad me agrada. Ser sincero es liberador, y me permite conocerme, (a mí, al Augusto que existe aún a pesar de Andrea), un poco más cada día.

—No es mala idea. Yo de alguna forma hice lo mismo al vestirme así o poner esta música. Todo esto es sólo un intento desesperado de reencontrar a la Luisina que fui alguna vez.

—¿Qué tenía de malo Bach?

—Bautista lo odiaba. ¡Y tu madre...!

—¿Y el vestido?

—No es demasiado práctico a la hora de lavar los platos.

—¿Qué más te hubiera gustado hacer en una noche de navidad como esta? Por toda respuesta Luisina sonrió, y su cuñado la miró con desconfianza.

—¿Qué? ¿Tan terrible es, que temes confesarlo?

—Olvidalo.

—Ahora ya me picó la curiosidad. ¿Sabes qué? Lo que sea, lo haremos.

—¡No!

—Vamos, Luisina. Es hora de comenzar a exorcizar a nuestros fantasmas.

* * *

Los contornos de las casas tenían un aire siniestro.

Claro que a través de las ventanas se adivinaba el festejo, (¿tendrían buena comida en la mesa?), pero las calles vacías de autos le provocaban a Bautista un gran escozor.

¿Y si alguno venía a robarle?

Con la furia que tenía probablemente terminaría matándolo. La calle y la vida estaba repleta de gente de mierda, y él ya estaba harto de hacer el papel de víctima.

Luego de detenerse varias veces para tomar aire, (ahora que era pobre y ya no practicaba golf era obvia su falta de estado), por fin pudo divisar la puerta de la que tantos años fuera su propia casa.

Un hombre joven estaba parado allí. Parecía estar buscando algo en un maletín de médico. De seguro alguien se había intoxicado con tanto pan dulce.

Dio unos pasos para cerciorarse. Era tanta la inseguridad que azotaba las calles, que no estaba de más el desconfiar hasta de un tipo bien vestido como aquel.

Bautista aguzó la mirada. ¿Por qué ese hombre le resultaba familiar? En alguna parte había visto antes a ese rubio con lentes. No existían demasiados adultos con cabello de ese color.

Rebuscó en su memoria, y de repente se hizo la luz. ¡El médico de Lui!... ¿Desde cuándo un ginecólogo hacía visitas a domicilio?

Recordó también que en más de una oportunidad Luisina le había hablado con admiración de él. Más que admiración: deseo.

Y entonces Bautista tuvo un mal presentimiento.

* * *

Blas tuvo un mal presentimiento.

Hundió un poco más la cabeza en su portafolio simulando buscar algo, a la espera de que el extraño que lo estaba vigilando se fuera de allí.

Lo malo de la inseguridad creciente que azotaba el país era que, de repente, cada uno consideraba al otro como su enemigo. Y ni él podía escapar a la histeria generalizada. Claro que la mitad de las historias debían ser inventadas por la prensa para hundir al gobierno nacional. Pero aun así la cifra

producía espanto.

El joven doctor miró con disimulo hacia la vereda de enfrente. El extraño se había ocultado detrás de un árbol, pero aún podía ver su cabeza, que a esa distancia más parecía un nido de pájaros: un centenar de cabellos castaños alborotados, circundando una calva incipiente.

La mente de Blas hizo una rápida asociación de ideas: jamás olvidaba una cara, (o una calva).

¡El marido de Lui! Era él. ¿Quién otro?

Lo había visto brevemente el día de la última microcirugía que le practicara a su esposa. La primera vez, en tantos años, que ese insensible se había tomado la molestia de acompañarla. Todavía lo recordaba porque, deambulando de un lado para otro, parecía más inquieto por la demora que por la salud de su propia mujer.

Blas revivió la escena en su memoria. Y entonces se sobresaltó. ¡Qué idiota! ¡Jamás le había informado a Lui el resultado del procedimiento! ¡Claro! Pensaba hacerlo justo el día en que ella le avisó de su separación. Pero al ver su angustia se había dado cuenta de que aquel era el peor momento para anunciarle que, luego de seis años de lucha, por fin tenía una posibilidad aceptable de quedar embarazada. Y después de ese día ella nunca había regresado al consultorio, así que...

Volvió a mirar el bulto detrás de los árboles.

Sí, claro que era el marido de Lui... ¿Por qué otra razón un hombre permanecería tanto tiempo escondido en esa postura ridícula?

¡Lástima!, porque lo último que quería era verse envuelto en un escándalo.

Cerró el portafolio y decidió continuar la marcha como si nada ocurriera. Lo más prudente sería acostarse, poner el despertador a las siete de la mañana, y aprovechar la ciudad vacía para correr antes del quirófano.

¡Lástima!, hubiera estado bueno hacer el amor esa noche.

El amor con Lui.

* * *

Bautista dio vuelta la cabeza para observar con detenimiento esa sombra que se perdía en la oscuridad.

Ahora estaba seguro. ¡Putita! Cerró el puño con furia. Ese estúpido había llegado hasta allí para acostarse con “su” esposa. ¿Qué otra intención más que el sexo podía arrastrar a un hombre a la casa de una mujer sola, en medio de una noche como esa? Y sólo se había retirado al saberse descubierto.

¡Sí! ¡La boba de Lui era presa fácil para un predador!

¡Qué tonto había sido! Pedro Pérez, el ginecólogo, o cualquier estúpido, podían estar disfrutándola ahora mismo.

¡A su mujer!

Bautista volvió a sentir una furia ciega creciendo en su interior. La misma que lo salpicó cuando Miranda le arrojara ese maldito florero. La misma que ahora, al pensarse traicionado, se apoderaba de él con saña.

¿Y si entraba al departamento y Lui estaba con otro?

Apretó el puño, pero esta vez con tanta fuerza que se clavó las uñas en la palma de la mano. Miranda se había llevado con ella lo poco de sentido común que aún le quedaba, y ya no podía pensar. Ya no era Bautista Stuar, el ingeniero brillante y negociador, sino ese “veterano” patético y cornudo en que se había convertido.

De nuevo pudo sentir aquel ramalazo de odio recorriendo su cuerpo. Viajando por su sangre hasta obnubilar su cerebro y buen juicio.

Iba a sorprender a Luisina con las manos en la masa. Iba a descubrir su traición. Pero, ¿cómo?

La respuesta se la dio la señora Irma del quinto A. Como todas las noches, la dama salió a pasear a su perro, dejando la puerta de calle abierta.

Bautista aprovechó su descuido para ingresar al edificio. Un verdadero golpe de suerte, porque no quería darle a Luisina tiempo de meditar demasiado acerca de su presencia allí. Sólo bastaría con tocar el timbre para sorprenderla.

Quería atraparla. Si le estaba siendo infiel, esa perra no podría escapar a su furia. Ni ella, ni el tipo, (Pedro Pérez, o el que fuera). Y si era necesario los mataría a los dos.

Nunca antes se hubiera creído capaz de algo así. Pero esa noche había llegado al límite.

Era un hombre desesperado.

Tocó el timbre. Pero no aguardó respuesta. Sólo comenzó a golpear la puerta con furia. ¡Y no dudaría en tirarla abajo! ¡Luisina no iba a traicionarlo tan fácilmente! Cobraría venganza, aunque todo acabara en tragedia.

Siguió golpeando, hasta que el ruido de una puerta al abrirse lo detuvo.

El juego recién acababa de comenzar.

* * *

La puerta se abrió lentamente.

—Vaya... No te esperaba. Al menos no a esta hora. ¡Y con ese aspecto!

—Estuve de guardia hasta las nueve —se enojó Alicia Andrade como si su madre tuviera la culpa de algo—. No todos podemos darnos el lujo de perder el tiempo en festejos.

—Como si necesitaras trabajar —murmuró la dama a espaldas de su hija, mientras le cedía el paso a un salón espléndido, hermosamente iluminado, donde un centenar de invitados eran atendidos por otros tantos sirvientes, conforme a su jerarquía y rango. Sí... La señora de Felipe Andrade sabía bien que no todos los hombres eran iguales: no era lo mismo un “Pedro Pérez”, como su exyerno, (¿por qué Alicita había tardado tanto en librarse de él?), que un juez de cámara, un senador, o un rico empresario. Incluso un artista, (en tanto fuera ya reconocido, por supuesto, que no estaba ella para mecenas de nadie).

—¿No sería mejor que primero te cambiaras? Acaban de llegarme un par de vestidos de la última colección de Carolina Herrera que...

—Si te molesta tanto mi jean, mamá, será mejor que me vaya.

—¡Por favor, querida! Hace tres meses que no te veo. Si tanto te place ponerte en ridículo...

—¿Te avergüenzas de mí, madre?

—En absoluto. Además, sólo he invitado a los amigos más íntimos, así que todos aquí conocen bien tus extravagancias de científica.

—No soy científica. Soy la poco glamorosa médica de un hospital municipal, como hay tantas.

—Vamos, hija. Nos vemos como dos tontas paradas aquí. No quisiera que la gente piense que comenzamos a pelear.

—¿Comenzamos? ¿Cuándo nos detuvimos?

—Exequiel Montes de Oca está aquí. De seguro lo conoces.

—No.

—El hijo trabaja en el mismo hospital que tú. Compartimos la misma

desgracia. Pero a diferencia de lo que ocurre conmigo, el viejo parece orgulloso de que su retoño se muera de hambre en pos de la ciencia.

—¿Es el padre de Blas?

—Habla con él, querida. Es un hombre interesantísimo.

—¿Y...?

—¿"Y", qué?

—Y es dueño de...

—Dueño de una de las mayores empresas siderúrgicas del cono sur. ¡Eres terrible!

—Te conozco, mamá. Estoy segura de que ninguno de tus "amigos íntimos" posee menos de diez millones de dólares.

—¿Vas a entrar al salón o no?

—¿Hay comida de verdad, o sólo esos canapécitos con gusto a nada?

—¡Jamás se ha servido un canapé en mi casa! Hors d'oeuvres, en cambio...

—¿Hay comida o no?

—En el jardín está el maestro asador que contraté para mi cumpleaños, y creo que ha...

Alicia no tenía humor para encontrarse con nadie, pero estaba segura de que la vieja Petrona podría acercarle alguna delicia directamente del fuego.

Se dio vuelta para dirigirse a la cocina, dejando a su madre con la palabra en la boca.

—¡Qué modales! —se quejó ella—. ¡A quién habrá salido esta chica! Me parece que de tanto estar con ese marido se le han contagiado los vicios del populacho. ¡También! ¡Que se puede esperar de un pobretón como Pedro Pérez!

* * *

Ese Pedro Pérez era un ricachón. Se notaba por la ropa, el auto...

Rico, lindo...

Miranda, aún a pesar de estar bastante borracha, sacó cálculos.

¡Sí!, Lo suyo con Bautista era un pésimo negocio: hasta ahora no le había podido sacar casi nada. Aunque resultaba placentero no tener que preocuparse

por la vivienda, soportar sus quejas incesantes era un precio demasiado alto para ella.

Y ahora su mejor amiga atrapaba a ese millonario: Pedro Pérez... Traje Armani, Rólex de oro, Audi último modelo.

¡Qué injusta que era la vida!

¿Acaso ella no se merecía también alguien como él?

* * *

¡Qué injusta era la vida!

¿Acaso ella no se merecía que su jefe también la mirara como mujer?

Cristina resopló.

Si Blas no había entendido sus indirectas esa noche, necesitaba lentes aún más gruesos de los que ya llevaba. Prácticamente se le había tirado en los brazos, ¡y él!...

¿Qué podía gustarle de la esposa de Augusto?

¿Por qué todos los hombres que ella elegía terminaban eligiendo a la otra?

¿Qué tenía de tan bueno esa tonta de Luisina?

* * *

Bautista siguió golpeando, hasta que el ruido de una puerta al abrirse lo detuvo.

—¿Qué le ocurre, señor? ¡¿Está loco?!

—Métase en sus asuntos.

—¡Vamos! ¡Es nochebuena! ¡Noche de paz!

Bautista continuaba tan ofuscado que, lejos de calmarse, insistió con más fuerza.

—¡Luisina! ¡Sé que están ahí!

—No sea necio, hombre... Si están haciendo algo malo allí adentro, tenga por seguro que no le van a abrir.

Un segundo vecino salió de su departamento.
—¿Quién está haciendo algo malo?
—La muchacha que se mudó hace unos meses —aclaró la mujer.
—¿Luisina? —preguntó el hombre. Pero al hacerlo observó a Bautista—. Yo te conozco. Tú eres el marido. Solían vivir aquí cuando me mudé.
—Sí, soy el marido.
—Ella no está.
—¿Estás seguro?
—Compartimos el elevador hace media hora. Me dijo que estaba subiendo a cambiarse los zapatos, pero que tenía planeado volver a salir. Por cierto, lucía espléndida. Llevaba un vestido azul con un escote que...
Al ver la cara de Bautista, el hombre contuvo su entusiasmo.
—Nunca suele estar tan arreglada —concluyó.
—¿Iba sola?
—Yo no vi a nadie más.
Bautista se tranquilizó.
¡Era un tonto! De seguro la había invitado esa amiga divorciada a su casa. Y si su mujer salía sola, era porque estaba sola.
¡Como debía ser!

* * *

—Eso es lo que tienes de bueno. Te guste o no, eres una mujer inteligente. Luisina se burló de su cuñado.
—O tú eres muy tonto... Ya te dije que no tenía sentido halagarme. Igual no te creo.
—De verdad. Tu idea me parece grandiosa.
—¿Cuánto falta para las doce?
—Quince minutos.
—¿Crees que llegaremos a tiempo?
—Falta poco. Ya verás, en cuanto estemos ahí vas a enamorarte del sitio.
—Lo conozco. Es la Plaza de los Ombúes, al costado de la estación del tren. Nunca la atravesé, pero se ve linda.
—Gracias a mí —se jactó Augusto.

—¿Qué?

—Bueno, gracias a mucha gente, y también a mí. Vivíamos en el edificio de la esquina. Yo todavía era estudiante, y creo que tú aún no conocías a Bautista.

—Sí, lo conocía. Pero tu madre sólo me invitó a la casa de Villa del Parque.

—Es una lástima, porque era un lindo departamento. Y lo que más me gustaba de él era su ubicación. Amaba estas calles. Y en especial la esquina del vivero, en donde había un ombú centenario. Era un lugar hermoso, repleto de plantas exóticas. Me gustaba ver los primeros rayos de la mañana filtrándose en medio del verde, cuando iba a la estación, justo antes de enfrentar la locura de un tren abarrotado... Sí, ese sitio era el pulmón del barrio. Pero un día los dueños decidieron irse. De inmediato un gran supermercado posó su oscura mirada sobre el predio. Era gente poderosa, dispuesta a convertir ese oasis en un horrendo centro comercial, con luces de neón, camiones, y todo tipo de basura... A mí me avisó una amiga, y a ella, otro vecino. Así se formó una cadena. Pronto comenzamos a ejercer tanta presión, que luego de mucho esfuerzo la intendencia cedió los terrenos a la sociedad de fomento barrial para que se construyera una bella plaza. Mi amiga realizó el proyecto. Y pudo salvar al ombú centenario.

—No quiero desilusionarte, pero a ese árbol tuvieron que talarlo luego de la última tormenta. Y el gran supermercado construyó su centro comercial a la vuelta de allí, quitándole el alma a una bella calle empedrada. Ni que hablar de que todo se cubrió de edificios.

—Pero la plaza está ahí para testimonio de lo que fue... Quizás eso es lo que te falta aprender, Luisina: no tienes que preocuparte tanto de lo que los otros destruyen, porque el mundo está lleno de idiotas. Ocúpate, en cambio, de ser tú la que levante algo para los demás... ¡Ya llegamos!

—¡Oh!... Parece que nos quedamos sin picnic. Algún genio enrejó la plaza, y la puerta está cerrada.

—¿Y? Las rejas son bajas y parecen fáciles de trepar. ¿No te alegras de haber subido a último momento para cambiarte los zapatos? —preguntó Augusto.

Pero antes de que Luisina pudiera responder, él ya estaba encaramado al cerco.

—Si viene la policía diré que no te conozco. Por si no los sabes, invadir un espacio público es delito.

—Si te encarcelan seré tu defensor... ¡Ya está! —exclamó Augusto tras deslizarse del otro lado—. Pásame ahora la maleta.

—Aquí la tienes.

—¿Y las bolsas?

—Esta es la última. Ya está todo.

—No. Faltas tú.

Luisina dio un paso atrás, dubitativa. Ahora la reja de un metro cuarenta le parecía inmensa.

Aquella dulce locura se había convertido en realidad.

¿De verdad se atrevería a pegar el salto?

* * *

Augusto miró a Luisina, encandilado.

¿De verdad iba a hacerlo?

Parecía un poco asustada. Pero aún sonreía, y eso era lo importante. Sonreía de esa manera encantadora, tan natural. Tan distinta a Andrea. Ella jamás hubiera tolerado que la embarcara en una situación tan poco elegante como esa. ¿Caminar? Ni dos calles, a causa de sus tacones imposibles. Ni siquiera se animaba a salir cuando no estaba muy segura de la vestimenta adecuada para la ocasión.

Luisina, en cambio, lucía espléndida con ese vestido azul. Y las zapatillas blancas, más apropiadas para un partido de tenis, le quedaban encantadoras.

¡Andrea hubiera enloquecido sólo con verla!

De mala gana Augusto bajó la cabeza. No quería espantarla. No quería que creyera que estaba interesado en ella...

Pero fue más fuerte que él.

Ver las reacciones de esa muchachita extraña era tan divertido como jugar con un cachorro, pero mucho más peligroso.

Y últimamente necesitaba correr riesgos para sentirse vivo.

—¿Vas a venir, o...? —comenzó a decir.

Pero no pudo acabar la frase.

Estaba extasiado. Perdido ante el bello espectáculo.

Luisina se había levantado la falda, dejando asomar por entre gasas y tules

unas piernas largas y perfectas, anticipo de lugares aún más deliciosos y prohibidos.

Por un lado la sensualidad de ese gesto lo atrapaba, pero por el otro la actitud juguetona de ella lo forzaba a sonreír.

Lui, encaramado ahora a la reja, reía sin parar, orgullosa de su hazaña. Él, en cambio, se quedó mudo, recorriendo con avidez el contorno de su rostro sin afeites, y la deliciosa forma de su cuerpo joven recortado por la luz del farol de la calle.

—Me pregunto cómo voy a bajar hasta ahí —dijo ella, todavía entre risas.

Augusto se ruborizó. Probablemente había tardado demasiado en ofrecerle ayuda, sólo por continuar mirándola.

¿Se habría dado cuenta Luisina de lo caliente que estaba en ese preciso momento?

Alzó las manos hasta ella, y la muchacha se soltó con confianza. Y a pesar de que logró sostenerla con fuerza, los dos cayeron al suelo. Quizás porque era agradable sentir la humedad del césped refrescando la piel. O el calor de sus cuerpos encendiendo la noche.

Augusto disfrutó del aroma de su cuñada. Era olor a mujer. Una exquisita fragancia que ninguno de los costosos perfumes de Andrea lograba imitar. Pura, simple, encantadora...

Como su dueña.

* * *

—Tu idea de salir de picnic fue maravillosa. Y esta maleta parece guardar lo necesario para que todo sea perfecto... ¿Dónde conseguiste algo así?

—Cosas de Amanda. Estaba allí, junto con lo demás. Una excentricidad, por supuesto. Pero no bien la vi quedé fascinada. Me recordó los mejores momentos de mi vida, cuando era pequeña y salía con mi padre a probar sus autos por la carretera. Yo preparaba la canasta para el mediodía, y esos ratos pasados a pleno rayo del sol eran fantásticos.

—Aquí no hay demasiado sol.

—Da igual. Me moría por ir de picnic.

—El mantel a cuadros rojos es encantador. ¿Crees que el termo haya conservado frío el champagne?

—Apuesto a que sí... ¡Mira estas copas! ¿No son hermosas?

—Y de cristal legítimas... Esta maleta debió costar una fortuna. Tiene de todo: platos, abrelatas, ¡hasta un florero!

—En la bolsa hay pan dulce, turrónes de Alicante y...

Augusto la interrumpió.

—¡Escucha!

—¿Qué?

—El silencio. Faltan quince segundos para la navidad. Catorce, trece, doce...

Lusina se apuró a llenar las bellas copas de cristal.

—¡Feliz Navidad! —gritaron al unísono, como si se tratara de una competencia por ser el primero en saludar al otro.

Y brindaron con tanto entusiasmo, que el champagne se volcó sobre ellos.

A la lontananza el cielo se tiñó de colores.

—¡Me encantan los fuegos artificiales! —exclamó Lui como si se tratara de una niña.

Y mientras ella se ponía de pie señalando las luces que comenzaban a iluminar el firmamento, Augusto se quedó a su lado, contemplándola. Preguntándose cómo iba a hacer para librarse de esas ganas de hacerle el amor que lo asfixiaban.

“¡Demasiado tiempo sin sexo!”, se justificó en su interior.

Suspiró.

Y de seguro tampoco esa noche iba a tener sexo. Porque si algo había aprendido durante todos esos años con Andrea era a distinguir la falta de interés de una mujer.

Luisina estaba apenas más divertida que borracha, y sólo buscaba pasarlo bien.

Como él.

¿O no?

* * *

—Este pan dulce está muy bueno.

—No. Lo que está bueno es el champagne, que te hace ver todo con mejores ojos —reflexionó Lui entre risas.

Augusto, en cambio, se puso serio.

¿Se trataría sólo del alcohol? ¿O era la falta de Andrea, de su desprecio, lo que lo hacía anhelar lo imposible?

—¡Feliz navidad, señores!

Luisina y Augusto, sentados en el césped, levantaron la mirada para enfrentarse al extraño que los estaba saludando. Era un anciano con una sonrisa tan amplia como vacía, en guerra declarada contra todos los baños de la ciudad. Sólo el fuerte olor a alcohol que exhalaba podía tapar un poco sus otros efluvios.

—¡Felicidades, buen hombre! —replicó Augusto con naturalidad.

Tampoco Luisina perdió la sonrisa.

—¿Puedo convidarle un poco de pan dulce? —ofreció, incapaz de resignar sus tareas de anfitriona.

—¡Bue! —llegó a decir el hombre, justo antes de llevarse un inmenso pedazo a la boca—. ¡Está muy bueno! —anunció, mientras masticaba sin parar—. Lástima que no haya un vinito para bajarlo...

—¿Tiene un vaso?

El anciano rebuscó entre las bolsas que llevaba a cuestas, hasta encontrar uno de plástico.

Augusto lo llenó de inmediato.

—¿Usted vive en la plaza?

—A veces.

—¿Y está solo en una noche como esta?

—Sí...

—Entonces siéntese con nosotros, señor —convidó Augusto—. Estamos festejando la navidad.

—¡A mí me encanta festejar! —se alegró el hombre, mientras trataba de acomodarse con la elegancia que merecía el convite—. ¿Qué es eso?

—Turrón de Alicante —respondió Lui, feliz de que alguien aprovechara toda esa comida.

Pero su invitado, lejos de agradecerle, pegó un grito estremecedor.

—¡Mira, Pedro!... ¡Es turrón!

De la nada salió un hombre joven y un niño, no menos sucios y descuidados.

—¿No dijo que estaba solo? —se burló Augusto.

—Este es el Pedro. Es el “pañuelito” de la plaza. Cuida los autos de los que estacionan por aquí. Y este es el Quique, su hijo. Buen chico, pero demasiado rápido. Mejor no descuidar las monedas cuando se está con este diablito.

—¿Hay alguien más en la plaza? —preguntó Lui con inocencia.

No debiera haberlo hecho. Para cuando quiso acordarse ya había un grupo compacto sentado “a su mesa”, congregados en el césped, alrededor del fino mantel de cuadros rojos y blancos. En total eran nueve: Augusto y ella; la anciana loca que solía dormir en la puerta del banco, siempre con un cigarrillo en la boca y murmurando algo acerca de una violación, pero que esa noche parecía extrañamente feliz; el mendigo de la avenida, que para ser ciego como gritaba a los cuatro vientos parecía ver bastante bien; un hombre joven, mal trazado, pero que denotaba una gran cultura en su hablar; el guardabarrera de la estación; el anciano, y el “pañuelito” y su hijo.

—¿Así que tú también ayudas a estacionar los autos? —le preguntó Lui a Quique.

—Todos los días —respondió el muchachito con orgullo—. Llego a las nueve de la mañana y me voy a las doce de la noche.

—¿Y el colegio?

—Él va al colegio —respondió su padre, invadiendo la conversación.

—Tengo entendido de que al intendente no le gusta demasiado que se cobre por estacionar en la calle. —comentó Augusto, tratando de no resultar ofensivo—. ¿No había prohibido los “pañuelitos”?

Antes de responder Pedro sonrió.

—No crea, don. La policía también festeja la navidad.

—Pero me pareció ver a un oficial en la otra esquina.

—Y ahí tiene que estar... Es un amigo. Como el comisario. Él también necesita dinero para el pan dulce.

—Pues a él tendremos que pedirle que nos convide, porque a nosotros ya se nos acabó. Eso y todo lo demás.

—¿Dónde podemos comprar algo? —preguntó Augusto—. ¿Estará abierto alguno de los restaurantes que están más allá de la barrera?

—Sólo el que está en la esquina. Allí hay un gran festejo. Un festejo elegante. ¡Y qué menú! Lo han colgado en la ventana... ¡Costaba como doscientos pesos! ¿Pueden imaginar eso? ¿A cuánta gente le darán de comer por ese dineral?

—Sólo a uno —informó el que era más joven, para espanto de los otros.

—¿Sólo a uno?!

—Y seguro que deja la mitad en el plato.

—¡Y yo que no como desde la mañana! —se quejó Quique.

—¡No seas pelotudo, hijo! —lo retó su padre—. No haces más que comer todo el día. ¿Qué pensarán de mí estos señores tan elegantes?

—Iré al restorán para ver si me venden algo —insistió Augusto— ¿Me acompañas, Lui?

—¿Tendré que volver a saltar la reja?

—No tiene necesidad, señorita. En el lindero con la estación de tren hay un hueco por el que todos pasamos.

En efecto, aún a pesar del vestido largo de la muchacha, esta vez pudieron ganar la calle sin mayores dificultades.

No tardaron en llegar al negocio bien iluminado. Se trataba de un lugar simple, sin demasiados lujos, adonde la gente había concurrido más a comer que a socializar.

Costó bastante, (doscientos pesos de propina, para ser exactos), convencer al dueño para que les proveyera comida y bebida suficiente para su pequeña fiesta, pero al fin entró a preparar los paquetes, mientras ellos aguardaban afuera.

—Perdón.

Luisina miró a su cuñado, sorprendida.

—¿Perdón, por qué?

—Temo que convertí tu picnic en una velada benéfica. Pero el pobre viejo me conmovió. Y luego Quique, y el muchacho comunista...

—No sigas excusándote. No es necesario... Si consideras que pasé las últimas diez navidades sirviendo a tus parientes, gente con la que tengo tanta relación como con esta, y que, disculpa que te lo diga, no poseen mejores modales, toda la situación me divierte.

—Yo sé que soy un poco., ¿cómo decirlo? Si estuviera aquí Andrea tendría la palabra justa, porque ella siempre me lo reprochaba. Pero la verdad es que luego de ejercer en el fuero penal mientras estaba revalidando mi título en Estados Unidos, aprendí a distinguir a la gente por lo que es, y no por lo que tiene. La apariencia de una persona me da igual. Confieso que no siempre fue así. De hecho, la primera vez que me encerraron en un cuarto con un “homeless” del Central Park creí que vomitaba allí mismo. El olor que tenía era insoportable. Y por más que lo intentaba, no podía apartar la mirada de sus

uñas renegridas... Pero era un testigo fundamental en mi caso. El único que podía salvar a mi cliente. Así que pasamos largas horas hablando... A los quince minutos ya me había olvidado del olor, y para la hora el tipo me resultaba fascinante. Me hacía recordar a un profesor de mi facultad. Un hombre tan interesado en los pequeños detalles, que siempre se perdía en medio de su discurso. Fue tan agradable la charla, que cuando nos despedimos no dudé en darle la mano con fuerza. Y sólo cuando apretó la mía recordé sus uñas asquerosas.

—Todo es cuestión de acostumbrarse.

—Andrea no opinaba lo mismo. Me obligaba a bañarme en el club antes de llegar a casa.

—¿De verdad?

—Ella le teme a todo lo que es distinto. Yo, en cambio, aprendí del derecho penal que no necesariamente un hombre sucio y maloliente es el más asqueroso. Conocí a mucha gente esos dos años. Algunos profesionales, otros de clase media, y muchos muy pobres. Pero con el tiempo sólo los asesinos, cualquiera fuera su clase, continuaron provocándome náuseas.

—La gente es sólo gente, y hasta el más perfumado puede tener mal olor... ¡Qué extraño! No te imaginaba haciendo derecho penal.

—No lo hago. Fue sólo mientras obtenía la reválida. Y me resultó muy difícil. No sirvo para eso. Entiendo con mi mente que todos tienen derecho a que los defiendan. Pero hay cosas que me superan: un día un tipo me denunció por darle una trompada.

—¿Y lo habías hecho?

—¡Por supuesto! Esa basura no sólo me contó con lujo de detalles cómo había violado a su hijita de cinco años, sino que estaba teniendo una erección mientras lo hacía. ¡No lo pude soportar!

—No hay peor cosa que un violador. Por desgracia en el estudio están a punto de tomar el caso de los cuatro monstruos que convencieron a una menor de catorce para que les practicara sexo oral, y después subieron el video a Internet. ¡Horrible! Tipos así no merecen defensa.

—No es lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que dicen los diarios la muchacha se prestó voluntariamente.

—¡La muchacha tiene catorce! ¡Es una niña!

—Eso era antes. ¡Ahora hay cada nena de diecisiete...! Es difícil para un hombre bien puesto negarse cuando una mujer insiste así.

—¡Una nena!

—No si se comporta como una puta. La forma en que algunas provocan no es cosa de niñas.

—¡No lo puedo creer! ¿Entonces justificas que un hombre adulto se aproveche de esa situación?

—No lo justifico. Lo entiendo, que no es lo mismo.

Luisina frunció la nariz. ¿Por qué motivo Augusto había subido la apuesta a los diecisiete, cuando hablaban de una muchacha de catorce?

¿No debía tener esa edad la hija de Andrea?

—¿Cuántos años tiene...? —llegó a decir.

Pero el dueño del restorán la interrumpió en el momento justo.

—Aquí están sus paquetes, señor. ¡Feliz Navidad!

Repartieron la carga entre ambos y comenzaron a caminar de vuelta a la plaza.

—La última vez que te lo pregunto, Lui. ¿De verdad no prefieres huir? Podemos festejar la navidad en cualquier otro lugar.

—Te confieso que cuando se acercó el anciano me dio un poco de escozor. Pero sólo porque durante estos años tu hermano me pegó sus prejuicios. En mis épocas de periodista estaba entrenada para mirar a los ojos de la gente, y no su ropa. Las mejores noticias surgen en los lugares más peligrosos. Hubo una época en que pasaba más noches en el basural que en mi casa. Claro que me daba “asquito”. Pero si quieres obtener una buena primicia no te queda otra más que cerrar los ojos y la nariz, y avanzar. Y si bien con el tiempo aprendí a dominar la técnica de sorber de una bombilla de mate sin llevarla a la boca, o de tomar de un vaso sin rozarlo, hubo una vez que tuve que afrontar la triste verdad. Recuerdo el día como si fuera hoy: las cucarachas circulaban por todas partes. Y yo aborrezco las cucarachas. Más allá, la exsuegra del principal narcotraficante de la Villa La Cava me miraba atenta. Y frente a mí, un gran plato de ravioles que la dama acababa de preparar para agasajarme. ¡No había simulación posible! Y en medio de tanta miseria me pareció mal tirar al piso de tierra uno que otro para luego enterrarlo con disimulo. Así que tenía que comer. La pobre mujer me contemplaba con una sonrisa expectante. Y sólo cuando llevé el primer raviol a mi boca comenzó a hablar.

Augusto se rio de buena gana.

—¿Cuántos comiste?

—Todos. ¡Y estaban buenísimos! De hecho no sólo me llevé una excelente historia del lugar, sino también la más elogiada de mis recetas. ¡Llegamos!

—¿Viste, Quique? —exclamó el “pañuelito” a su hijo—. Te dije que esta gente iba a regresar.

—¡Pero si tú dijiste que...! —llegó a pronunciar el chico justo antes de que su padre le cerrara la boca de un empujón.

—¡Preparemos todo, entonces! —insistió el hombre.

Como si se tratara de la sala de su casa, y esos fueran los más distinguidos visitantes, Luisina se esmeró en la atención.

La fiesta era tan animada, que pronto las historias comenzaron a correr a la par del alcohol. Risas, burlas, y cada tanto una mirada cómplice entre la anfitriona y el caballero de blanco.

De no haber tomado muchísimo, a Lui le hubieran preocupado las atenciones de él. Pero como desde muy temprano se había propuesto ser feliz esa noche, sólo se limitó a disfrutarlas.

Sí, nada en el mundo podía empañar aquella velada perfecta.

* * *

¡Linda noche!

Bautista se arrastraba por las calles desiertas masticando su amargura. Para colmo, algún vendedor trasnochado lo había provisto de un litro de vodka, que él estaba bebiendo directamente de la botella. Como si hiciera falta echar aún más alcohol a la hoguera de sus pasiones.

¿Y si Lui estaba con otro? ¿Y si no quería volver con él? ¿Y si ya había gastado los doscientos mil dólares?

Estaba mareado y confundido. Pero más que nada se sentía furioso: consigo mismo, por haber llevado a Miranda a vivir a su casa; con Luisina, por...

Por no estar esa noche que tanto la necesitaba.

También su madre lo había dejado solo. Su santa madrecita, pobre vieja. Y ese estúpido de Augusto, envenenando los últimos días de la buena mujer. Quizás no debiera haberla dejado en sus garras. ¡Desgraciado! De seguro le había llenado la cabeza, diciéndole que él no quería ir a verla. ¡No podía ir a verla! Con la mala jugada que le había hecho Luisina, y el malhumor de Miranda y su suegra, no tenía corazón para más amarguras... ¿Pero le había

explicado Augusto eso a su madre? De seguro que no. A él le bastaba encandilarla con sus millones. ¡Cerdo! Odiaba a Augusto. Él siempre se las ingeniaba para hacerlo quedar mal, porque en el fondo quería robarle todo. ¡Hasta el amor de su madre!... ¡Ah!, pero su paciencia estaba acabada. ¡Que ni se le ocurriera representarla a Lui en el divorcio, porque entonces...!

Entonces no dudaría en matarlo.

Fogoneado por el alcohol, Bautista se agachó para buscar algo del suelo. Con la fuerza de su enojo logró quitar la madera carcomida de un palo, hasta quedarse con un hierro puntiagudo y oxidado.

—¡A ver si te atreves con esto, Augusto! —gritó, empuñándolo como si se tratara de un arma.

¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Ya iba a ver aquel que se atreviera a ponerse en su camino! Así fuera Luisina, Pedro Pérez, o el mismísimo doctor Stuar. ¡Ya iban a ver!

Envalentonado, comenzó a caminar con paso rápido. Pero al llegar a la plaza cercana a la estación se detuvo.

¿Qué hacían esos miserables allí reunidos?

¡Ya iban a ver si se metían con él!

Echó una nueva mirada, desafiante. Pero al hacerlo se sorprendió: había alguien más con ellos. Una mujer...

Una hermosa mujer con un vestido azul.

* * *

—De verdad estás hermosa. Ese vestido azul te queda fantástico.

Luisina rio de buena gana, como si su cuñado le hubiera susurrado al oído el mejor de los chistes.

Por fin Augusto se rindió ante la evidencia: aunque no había bebido demasiado, de seguro eso era bastante más que lo que Lui necesitaba para estar borracha.

—Me pregunto cómo haré para llevarte a casa —reflexionó al ver el baile vacilante de su cuñada.

Pero aun así lucía encantadora.

—¿Me permite esta pieza, señorita? —le preguntó luego con exagerada

cortesía.

Luisina se colgó de sus hombros, y los dos comenzaron a reír.

Pero no se necesitó demasiado para que el pobre se rindiera, subyugado ante el cuerpo joven y ardiente de esa mujer prohibida.

Y entonces comenzó a preocuparse de verdad.

¿Era sólo por el alcohol, o tanto deseo escondía algo más profundo?

Los golpeteos de Quique en sus piernas lo volvieron a la realidad.

—Nosotros ya nos vamos. El restorán está por cerrar, y los autos comenzarán a irse.

—¡Momentito! —se impuso Lui—. Nadie se va de aquí sin antes dejar todo ordenado y resplandeciente. ¡Esta es una plaza pública!

Sin chistar, esos hombres acostumbrados a desobedecer, acataron sus órdenes. Fue cuestión de quince minutos para que todo volviera a su lugar: la basura en los canastos, el mantel en la maleta, y la maleta, del otro lado del cerco de hierro.

Todos hicieron lo suyo. Todos, excepto Augusto, que contemplaba confundido a su cuñada.

¿Estaba Luisina tan borracha como él creía? Parecía alerta, y muy atenta a las huestes que estaba comandando. ¿Entonces? ¿Habría sido ese dulce abandono entre sus brazos fruto del alcohol, o...?

Por desgracia también él había tomado demasiado como para descifrar el enigma.

Además, todos esos años al lado de Andrea lo habían puesto totalmente fuera de práctica cuando se trataba de decodificar las insinuaciones de una mujer. Su ex nunca insinuaba nada. Sólo ordenaba.

De una sola cosa estaba seguro: se moría por tener sexo esa noche.

Pero.., ¿y ella?

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

* * *

¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Bautista tiró el hierro oxidado sin mirar, golpeando el capó de un auto estacionado. De inmediato se disparó la alarma, por lo que se vio forzado a

correr hasta perderse en las sombras.

¡Lo último que necesitaba era pelearse con alguien!

Ese hierro oxidado no le había servido de nada. Ni su furia.

Ahora, además, se sentía un cobarde. No podía perdonarse el haber huido mientras esas bestias malolientes estaban violando a la mujer del vestido azul. ¿O por qué otra cosa podían estar riendo como lo hacían, si no era por haber capturado una presa tan deseable? Y entonces, enfrentado al dilema de actuar como un valiente o huir como un cobarde, no dudó ni un minuto. Los tipos eran demasiados. Y después de todo, hasta el más bruto sabía que las calles se habían vuelto muy peligrosas, y no era su culpa que esa estúpida anduviera deambulando sola por allí. Por eso al ver la escena había corrido como si se lo llevara el diablo. Fue puro instinto de conservación. Y en medio de la carrera incluso perdió su teléfono móvil, por lo que dar parte a la policía quedaba fuera de su alcance. Era cierto que la comisaría no quedaba muy lejos, pero lo último que deseaba era pasar la navidad encerrado en calidad de testigo.

No. No podía perder ni un minuto más. Tenía que llegar a la calle Céspedes antes de que regresara Luisina. Sacarse la duda. Saber quién la acompañaba a casa.

Sí, iba a quedarse allí, sentado en la entrada del edificio, el tiempo que fuera necesario.

¿Faltaría mucho?

* * *

—¿Falta mucho para la calle Céspedes?

—¿De verdad no prefieres que te cargue, Lui?

—¡Eso estaría bueno!... Pero no. Yo puedo “solita...” Es más, ¿quieres que te juegue una carrera?

—¡Cuidado, Lui! Está por largarse a llover. Será mejor que te quedes en esta vereda. Aquí, al menos, hay algunos techos para refugiarse.

—¿Qué? ¿Ahora tienes miedo del agua? ¡Vamos! Estoy segura de que sólo serán unas gotas...

* * *

¡Un diluvio!

Un verdadero diluvio se había desatado en cuestión de segundos. Y para colmo la botella de vodka comenzaba a hacerle efecto.

Demasiado efecto.

Bautista vomitó justo allí, en la entrada de la casa. ¡El encargado iba a ponerse como loco!

Daba igual.

¡Putá! Aquello era peor aún que un diluvio. Y ni siquiera así se esfumaba ese maldito olor a vómito rancio. ¿Qué mierda estaba haciendo? Era obvio que Luisina no pensaba regresar a casa. De seguro se había quedado a dormir en lo de su amiga.

Bautista volvió a ponerse de pie, tambaleante.

Sí, ya era hora de tirarse en su propia cama. De volver a su maldito piso. De regresar a Miranda.

—¡Mierda! —llegó a gritar justo antes de doblar la esquina.

Justo antes de que una extraña pareja saliera de las sombras, en el otro extremo de la calle. Él, vestido de blanco, cargando a una bella mujer que reía sin parar.

Una mujer hermosa, enfundada en un elegante vestido azul.

* * *

—¿Blas? ¡¿Me escuchas?! Bueno, parece que no estás ahí... Yo... Quería... Yo... Bueno, no esperaba tu contestador. Sólo quería desearte una feliz navidad y... Bueno, todavía estoy esperando ese famoso café...

El mensaje se cortó.

Blas volvió a escucharlo, pero aun así se le hacía difícil identificar la voz de esa mujer. Había demasiado bochinche atrás de ella. Como si le hablara de la calle, o en medio de una fiesta.

Escuchó la grabación por última vez.

Casi no había chance de que fuera Alicia, y sin embargo se dejó seducir por la posibilidad.

Sí, con un poco de suerte quizás también ella lo extrañaba.

Quizás estaba arrepentida por dejarlo ir. Quizás...

O quizás era Luisina Stuar. Sí, ¿por qué no? La idea no le disgustaba en absoluto. Después de todo, luego de hacer historia en el quirófano, le vendría bien un poco de contacto humano. Y Luisina era la persona más humana que conocía.

Pero no. ¿Para qué hacerse ilusiones? Lo más probable es que a esa hora la bella Lui estuviera en la cama con su marido. ¿Por qué otra cosa Stuar haría guardia en casa de su ex, sino para reconciliarse?

¿Se animaría a llamarla, aún a riesgo de chocar con un marido celoso?

Bien hubiera enfrentado al marido de Alicia, de habérselo pedido ella.

Volvió a escuchar la cinta.

No. Decididamente la voz sonaba a la de Cristina, su secretaria. Borracha, divertida, provocadora.

Ya había roto una de sus normas al acostarse con una compañera de trabajo. Y luego otra, al invitar a una paciente...

¿Valdría la pena quebrarlas todas, y aceptar los avances de su empleada?

* * *

Bautista miró atrás.

De estar allí Luisina lo hubiera matado. Porque ella siempre tenía ese piso reluciente, y ahora él iba dejando una estela de agua y barro en la fina madera.

Daba igual. ¿Qué le hacía una mancha más al tigre? Miranda no lo había limpiado nunca. Por suerte faltaba poco para que Lui se ocupara otra vez de él. De sacarle lustre, de revivirlo...

Como todo en esa casa.

Entró al cuarto y miró el reloj del video reproductor. Pero aún a pesar de la hora se extrañó al ver un bulto informe tirado en su cama.

Era Miranda, con el maquillaje corrido, las sandalias puestas y los pantalones desabrochados. Roncaba, como siempre que se excedía con el alcohol.

Bautista se quitó la camisa empapada y la arrojó sobre ella.

Ni se movió. Parecía muerta. ¿Alguien le habría ahorrado el trabajo?

Se quitó los pantalones y los arrojó sobre la muchacha, pero no hubo reacción. Entonces fue un zapato. Pero no fue hasta el segundo, arrojado con furia y mayor puntería, que Miranda despertó.

—¡Mierda!

—¿Qué haces todavía aquí? ¿No te ordené que te fueras de mi casa?

La muchacha abrió un ojo y lo miró con detenimiento. Estaba desnudo, con sus pocos pelos despeinados, y despedía un olor insoportable. Daba lástima. Parecía haber pasado la peor noche de su vida. Y Miranda no tardó en reaccionar.

Con el mismo zapato que él le había arrojado, logró golpearlo en el centro mismo de su virilidad avasallada.

El dolor fue tanto, que Bautista no pudo menos que inclinarse, dando tumbos por toda la habitación.

Ni siquiera tenía fuerza para quejarse, así que Miranda lo empujó con facilidad fuera del cuarto, echando llave tras ella.

Bautista cayó de lleno en el piso de madera. Y ahí se quedó. Desnudo, quebrado, vacío.

¿Qué había hecho él para merecer algo así?

* * *

Luisina abrió los ojos, miró el reloj sobre la mesita, y volvió a cerrarlos. Su cabeza parecía a punto de estallar. Y sin embargo se sentía satisfecha. Era incapaz de recordar lo ocurrido luego de que llegara Augusto, pero tenía la dulce sensación de haber sido feliz.

Muy feliz.

Como antes. Mucho, mucho antes...

Levantó el cuerpo con esfuerzo, y luego le tocó el turno a su cabeza. Despacio, muy despacio, miró a su alrededor. La cama estaba revuelta, y el vestido azul era ahora un bulto informe sobre una silla. ¿Chorreaba agua o era impresión suya? También su almohada se sentía húmeda.

Y entonces una imagen extraña se apropió de su memoria: era ella,

subiéndose a horcajadas de su cuñado mientras llovía sin parar. ¿Lo habría imaginado?

Se puso de pie, y recién entonces notó que estaba prácticamente desnuda. Apenas llevaba el conjunto de ropa interior de seda blanca que Amanda la había obligado a comprar.

Vista así, dos cosas eran seguras: había tomado demasiado, y tenía las piernas llenas de celulitis. ¿Sería cierto que el alcohol fijaba las grasas? Tenía la impresión de haber engordado diez kilos en una sola noche.

Sintió un escalofrío y buscó la bata, también de seda, (¿qué problema tendría Amanda con la frisa o la lana, o cualquier otra tela que además de cubrir, abrigara?).

Finalmente sintió la cabeza en su sitio, pero latiendo sin cesar.

Hizo un nuevo intento por ponerse de pie, esta vez exitoso, y se dirigió al cuarto de baño en busca de aspirinas. Llevaba los ojos cerrados para evitar la luz intensa del mediodía, y los brazos extendidos para no tropezar.

Y entonces chocó con algo.

—¡Cuidado!

La voz de Augusto la volvió a la realidad. Su voz, o su pecho desnudo, en el que ahora estaba enredada.

—¡Qué haces aquí! —se espantó la muchacha, soltándose de inmediato.

—No me pareció prudente conducir, así que decidí quedarme a pasar la noche.

—¿¿Conmigo?!

—Sí.

—¿Quién me desvistió?

—Yo... ¿Qué te preocupa tanto? Ambos estábamos demasiado borrachos como para que ocurriera algo.

Luisina sólo atinó a cerrar la bata que tenía abierta.

—¿Qué es esto, Augusto? —le reprochó de inmediato—. ¿Acaso quieres usarme para vengarte de tu hermano?

—¿Y por qué tendría yo que vengarme de Bautista?

—No quiero quedar en el medio de ustedes.

Augusto la enfrentó. Y quizás por sentirlo tan cerca, o porque ambos estaban medio desnudos, Luisina se alborotó.

—En lo último que estaba pensando al venir aquí anoche era en Bautista —dijo con resolución aquel galán trasnochado.

“En ti, en cambio...”, se moría por confesar. Pero no tuvo el valor.

—Tú no entiendes, Augusto. Sé que es perfectamente inocente que estemos bajo un mismo techo....

Su cuñado se incomodó: “¿perfectamente inocente?”, ¿qué quería decir Lui con eso?

—... Pero en esta casa todos me conocen, y también a Bautista. No me gustaría que alguno le fuera con el cuento.

—¿Tanto te importa lo que tu marido crea de ti? ¿Puede ser que todavía estés enamorada de él?

—¡No!... Es que... Yo... No sé... ¡No puedo pensar! Me duele demasiado la cabeza. Pero sé que no es correcto que estemos solos aquí.

—Está bien. Me rindo. Entiendo tus reservas: no quieres que la gente comente...

Lui lo interrumpió.

—Lo que no es verdad.

—Eso es cierto: no es verdad —replicó él, ya resignado a su suerte.

—No te ofendas. No es por ti, sino por la gente.

—Entiendo. Y tienes razón. Así que la próxima será mejor que vengas a casa.

—¿La próxima?! ¿A qué te refieres?

—La semana que viene es año nuevo. ¿Piensas pasarlo sola?

—¿Por qué crees que no tengo una invitación para ese día?

—¿La tienes?

—No... Pero podría suceder. Además...

—Además no confías en mí.

—Ya estoy grandecita, Augusto. No es por ti, sino por mí.

—¿Desconfías de ti?

—¡Muy gracioso! Lo que ocurre es que tu casa queda demasiado lejos. Y en esas fechas nunca se consigue taxi. Es imposible que vaya, y mucho más que regrese.

—No te preocupes por la ida. Tengo mi estudio en el centro y tu casa me queda de camino. En cuanto a la vuelta... No tienes necesidad de regresar. Tengo camas de todas las medidas, y hasta puedes elegir la orientación de tu cuarto.

—No sé... Me parecería raro. Lo de ayer simplemente se dio, pero... ¿Qué tenemos que hacer tanto tiempo juntos tú y yo?

—Pasarlo bien, como anoche.

—No me necesitas para eso. Las invitaciones te llueven.

—Estoy igual de solo que tú... Mira, vamos a hacer un trato: será una invitación abierta. Si a alguno de los dos le sale algo mejor, olvidamos todo el asunto. De lo contrario pasaré por ti el 31 a las ocho de la noche. Cada uno será el “muleto” del otro. Un muleto es...

—Lo sé. El auto que se tiene de reserva por si le ocurre algo al que debe correr la carrera.

—¿Qué dices entonces? ¿Vienes?

—Pero quiero dejar algo bien en claro: si llego a ir será porque entiendo que se trata de una simple reunión entre amigos. Nada romántico.

—Sólo dos amigos que quieren pasarlo bien... Te aseguro que, si vienes, será el mejor fin de año de tu vida.

—Lo dudo. Viví una infancia muy feliz. Incluso tengo buenos recuerdos de mi adolescencia, cuando visitaba a mi padre luego del divorcio. Eso es difícil de superar.

—¿Qué lo hacía tan memorable?

—Tonterías... Subir a la terraza a ver los fuegos artificiales que encendían los vecinos..., bailar hasta el amanecer. Estar con él, con mi padre.

Augusto la dejó para comenzar a vestirse.

—El mejor fin de año de mi vida fue en New York. Estábamos invitados a una gran fiesta en el Waldorf Astoria. Andrea había previsto todo con dos meses de anticipación. Pero tuve que quedarme hasta último momento en la oficina, y al salir quedé atrapado con cinco personas más en el elevador. Las calles estaban atestadas de gente, así que la ayuda llegó recién bien entrada la medianoche. ¡Terminamos brindando con los bomberos!

Luisina observó atentamente a su cuñado, que ahora estaba sentado en la cama. Era curioso que justo él fuera el primer hombre en entrar a su cuarto desde que se había separado.

—Qué extraño...

—¿Qué?

—Lo que acabas de contar... Andrea no tenía nada que ver con esa historia.

—Tampoco tú mencionaste a Bautista.

—Podría haberlo hecho... A él, a tu madre, a tu tía Margarita, al tío...

Augusto la interrumpió.

—Lo sé. Somos dos fracasados. Entonces, dada nuestra mala suerte, ¿tenemos un trato?

* * *

—¿Qué tal lo pasaste en Navidad, Lui?

—¿Por qué?

El doctor Romero largó una sonora carcajada.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—Nuestra Lui no quiere confesar que la pasó con un hombre.

—¡¿De dónde sacaste eso, Eni?! Si ni siquiera hablamos del tema.

—Lo noto por tu cara: te ves feliz.

—Me veo como siempre.

—No. Siempre tienes una cara de culo horrible. ¡Vamos, confiesa!: ¿pasaste una buena navidad, o no? —preguntó Eni con la rudeza propia de quien interroga a un criminal.

—Muy buena.

—¿Sola?

—No.

—¿Acompañada por un hombre?

—¡Eni! —la reconvino su jefe—. Deja en paz a la muchacha. Está en todo su derecho de ocultarnos lo que hizo durante la nochebuena.

—¡Yo no oculto nada!

—¿Con quién saliste, entonces?

Luisina observó a su jefe implorando piedad. Pero al fin se rindió ante la evidencia: él tenía aún más curiosidad que Eni.

—Fui con un amigo a una fiesta. Muy concurrida, por cierto.

—¿Cómo fuiste vestida?

—Usé un traje largo de gasa azul.

—¡Guau! Debía haber gente muy importante allí.

—Digamos que lo más representativo de un sector de la sociedad.

El corazón de Eni se aceleró. “Sociedad” era una palabra que sonaba demasiado bien a sus oídos.

—Gracias por invitar, Lui —le reprochó—. Por una vez que tienes una velada interesante y te comportas como una egoísta con tu compañera de trabajo.

—Oh, esa no era una fiesta para ti.

—¿Por qué?

—Te hubieras sentido como una verdadera “zaparra”.

Por fuera Eni se ofendió, pero por dentro sabía que, por desgracia, no tenía ropa adecuada para una gala semejante.

—Pero todavía no mencionaste nada acerca de tu compañero —insistió Romero—. ¿Es alguien que conocemos?

Luisina titubeó. No había nada de malo en haber pasado una fiesta con su cuñado. Después de todo, durante más de diez años habían sido familia.

—¿Y? Todavía estoy esperando tu respuesta. ¿Conocemos a ese señor?

Sí, no existía ningún motivo para mentirle a su jefe. Después de todo no habían hecho nada de malo.

—Era un vecino —se escuchó decir—. Él me escoltó a la fiesta. Dudo que lo conozcan.

—¿Y su nombre es...?

Ahora era su jefe el que actuaba como si condujera un interrogatorio.

—Tadeo.

—¿Tadeo?! —exclamaron su jefe y Eni, al unísono.

—Sí, Tadeo Silva.

¡Pobre Silva! La última vez que Lui lo había visto era en “Salita de Tres”. Claro que el buen Tadeo era un niño difícil de olvidar, ya que sus grandes habilidades lo convertían en un verdadero experto a la hora de sorber sus propios mocos.

—¿Y ese Tadeo Silva te llevó a la fiesta?

Luisina asintió, imaginando que, de haberlo hecho, de seguro se hubiera sentido muy a gusto compartiendo su arte con los demás invitados.

—Yo también fui a una fiesta de categoría —contó el doctor Romero con un dejo de orgullo—. La mansión era espléndida. Lástima que a la dueña de casa se le ocurrió que los hombres sólo podían ir vestidos de blanco. La verdad es que los colores claros me hacen ver como una ballena.

—¿De blanco?

—Sí. Y las mujeres de negro.

—¡Qué elegante! —exclamó Eni, que a esa altura se sentía la más miserable.

“¡Qué horror!”, pensó Luisina, demudada. ¿Estaría Romero jugando al “gato y el ratón” con ella?

—¿Fue solo, jefecito?

—No, Eni. Pero no pienses mal: me acompañó el doctor Stuar. Claro que él se desapareció a mitad de la fiesta, lo cual fue muy ventajoso para mí.

—¿Por qué?

—Porque a su culo, a diferencia de lo que ocurre con el mío, el blanco le sienta. Con ese disfraz parecía un enfermero, pero uno de esos de las películas. Así que, de quedarse junto a mí, nunca hubiera conocido a la hija de la dueña de casa.

—¿Estaba bien vestida? —se interesó Eni.

—Bueno, lo que sí puedo asegurarte es que no estaba de negro. Acababa de salir de una guardia, porque es médica.

—¿Y su ropa era...?

—Yo no entiendo demasiado de modas, pero... Tenía ese jean... ¡Guau! Le quedaba muy, pero muy bien. Le marcaba el... Le quedaba bien —concluyó, al ver las miradas reprobadoras de sus empleadas.

“¡Baboso!”, pensó Lui.

“¡Qué zafarra!, se escandalizó Eni. “¡Ir vestida así a una fiesta de tanto lujo!”

—Alicia proviene de una de las principales familias de la ciudad: los Andrade. Ellos no sólo contribuyen con la Fundación, sino que son uno de sus principales benefactores.

—Entonces seguro que el jean era de marca —fue la lógica conclusión de Eni, siempre atenta a los aspectos más trascendentes de la frivolidad.

Luego de vanagloriarse por un buen rato de su última conquista, (quedaba claro que sólo para eso había llegado hasta allí), el doctor Romero volvió satisfecho a su reducto.

—Hay algo que no entiendo... —se quejó Lui, confundida—. ¿El doctor Romero es soltero?

—Tanto, como todos los otros hombres de más de cuarenta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A esa edad lo más probable es que sean “casi” solteros. El que no está divorciado tiene una pareja en crisis. Pero aún los pocos cuyos matrimonios marchan a la perfección, tampoco se consideran fuera del juego. Y es que a los mayorcitos les gusta experimentar. Ya han averiguado en carne propia que en materia de relaciones nunca está dicha la última palabra.

—Ojalá me lo hubieras advertido diez años atrás. Me habría ahorrado muchos sinsabores... ¿Cuál es la categoría de Romero, entonces? ¿Arrepentido, cobarde o mentiroso?

—Creo que las tres. Hasta hace poco andaba con tu amiga Amanda, pero aún entonces la primera esposa llamaba todos los días. Y la segunda...

—¿También hay una segunda?

—¿Acaso lo ignoras? Los hombres se casan por el resto de su vida... ¡de casados! Les gusta el matrimonio, pero la esposa los aburre. Por eso van de una en otra, dejando hijos por todas partes. El gran jefe tiene tres niños.

—¿Y tu Souto?

—Uno, y otro en camino. Anteayer vino con la noticia. ¡Ahórrame el sermón! La bruja de la esposa quedó embarazada sólo para mantenerlo bajo sus redes.

—¿Y él tuvo sexo con ella para...?

—No te pases de lista, Lui, que no estás para darle lecciones a nadie. Estoy segura de que luego de esa fiesta te acostaste con el tipo que te acompañó. Y, a como están las cosas, apuesto lo que quieras a que se trata del médico ese que te anda rondando. O de tu cuñado. Pensándolo bien, ¿por qué otra cosa se podría haber ido Stuar de una fiesta tan importante?

Luisina se ofuscó tanto al escucharla, que de inmediato quedó activado el circuito de mentiras que solía disparar toda vez que se encontraba en peligro.

—¡No desvíes el tema, Eni! —replicó, sólo para desviar el tema—. ¡Lo que estás haciendo es horrible! Trata por un instante de ponerte en el lugar de esa pobre mujer. ¿Cómo te hubieras sentido de saber que tu marido se está acostando con otra?

—¿Crees que nunca me ocurrió? Bueno, no lo del sexo. Pero sólo gracias a mí. Porque nadie te roba lo que no descuidas. Así ocurrió con mi Souto. Al zaparra de mi marido, en cambio, nunca le hice faltar nada. ¡Lo hacíamos hasta tres veces en una misma noche! Así que cuando la idiota de su prima, ¡esa zaparra!, comenzó a babearse por él, lo único que me quedó fue ocuparme del asunto.

—¿Reviviste el romance?

—¡Qué va! ¿Con el zaparra de mi esposo? ¡Una pérdida de tiempo! No, lo que hice fue llenarle la cabeza a mi suegra, que es una chismosa. Así que no tardó ni dos minutos en abrirle los ojos...

—¿A tu marido?

—Al de ella.

—No sabía que a ti también te habían traicionado.

—¿Qué dices? A mí no me traiciona nadie. Ni bien me di cuenta de las malas intenciones de la niña le conté a la vieja unas historias que le dejaron los pelos de punta.

—¿Difamaste a la prima de tu marido?

—Sólo me anticipé a los hechos. Además, todo vale a la hora de defender lo que te pertenece, ¿no?

Luisina volvió a su trabajo.

Sí, por mucho que le doliera reconocerlo, aún en su egoísmo Eni tenía razón: no había tal cosa como un marido robado. Sólo un hombre que no se sentía feliz, y una esposa incapaz de retenerlo. Por supuesto que nunca hubiera recurrido a los extremos de Eni. Pero había cedido a Bautista con demasiada facilidad, sin hacer ni siquiera el menor intento por recuperarlo, (bueno, excepto la tontería del bar), y ahora estaba arrepentida.

La fiesta de navidad le dejaba un sabor agridulce. Su cuñado había hecho las veces de marido sustituto, protegiéndola, velando por ella, haciéndole compañía. Ocupando ese espacio vacío en su cama.

Sólo una ilusión.

No había un hombre real a la vista, y difícilmente conociera a alguien dada su rutina diaria. Su vida transcurría entre papeles y aburrimiento, y no era mujer de relaciones de último minuto.

No, no extrañaba el sexo... Es más, aunque no se atreviera a confesarlo en voz alta, nunca le había resultado demasiado. Pero el tener a alguien que cuidar, en cambio...

¿Por qué habría huido Andrea de la vida de Augusto?

¿Un simple ataque de locura? ¿O su cuñado ocultaba algo?

Él se mostraba siempre encantador y perfecto... Demasiado perfecto como para ser real. A ella no la engañaba.

¿Qué hacía un hombre como él perdiendo el tiempo a su lado?

Algo se proponía con todas sus atenciones, y tarde o temprano Luisina iba a descubrirlo.

* * *

¿Qué se traería entre manos esa pendeja estúpida?

Tarde o temprano Bautista iba a descubrirlo.

—Es mi casa, Miranda... No puedes quedarte en ella indefinidamente. Bueno, a menos que te disculpes por todo lo que me hiciste.

La muchacha continuó vistiéndose como si estuviera sola en el cuarto.

—No tienes salida —insistió él—. No hemos convivido tiempo suficiente como para que puedas reclamar los derechos de una concubina, y jamás te ofrecí compromiso o matrimonio. Te guste o no, tendrás que desalojar el departamento esta noche. ¡Y tu madre será lo primero que empaques!

Miranda continuaba ocupándose de lo suyo, mientras su ex se cruzaba en el camino. Ella sólo lo ignoraba, como si se tratara de un fantasma molesto que pertenecía a un mundo invisible.

—De verdad... Quiero que te vayas de aquí antes de fin de año... Claro que no se trata de echarte a la calle. Tienes un par de días para encontrar algo. Incluso yo podría ayudarte con el primer mes de renta...

Otra vez esa indiferencia atroz.

—O podríamos irnos juntos a Mar del Plata el primero de enero, sin tu madre, para tratar de recomponer durante ese mes las cosas.

La muchacha se sentó en el escusado para hacer sus necesidades como si en verdad estuviera sola. Y ni bien Bautista trató de insistir tapó su voz con el ruido de la descarga.

—Está bien —concedió él, rendido ante la evidencia—, me iré solo a Mar del Plata. Eso va a darte un mes completo para buscar otro sitio en que vivir. ¡Pero nada más que un mes! No juegues conmigo, Miranda. No olvides que soy tu jefe, y ni a ti ni a mi nos gustaría que, además de la casa, terminaras perdiendo también tu empleo.

—¿Vamos? —dijo ella al fin.

—¿Adónde?

—¿Adónde más? ¡A trabajar! Ya es tarde y no quiero perderme el desayuno con las muchachas. ¡Vamos!

—¿No piensas lavarte primero las manos?

—¿Para qué?

—Acabas de... —comenzó a decir. Pero de inmediato calló, convencido de que era inútil.

Esa mañana ya había hablado demasiado.

* * *

—¿Entonces piensas pasar el año nuevo con tu cuñado?

—¡Ni muerta!

—¿Por qué?

—Eres demasiado pequeña como para entender las cosas, Candelaria.

—Y tal parece que tú, demasiado vieja como para no jugarte por lo que quieres.

—¡Yo no quiero a Augusto! Es casi un primo para mí.

—Dijiste que la salida fue súper.

—Justamente porque no tengo interés en él como hombre. De haber sido una cita, en cambio...

—No te hubieras emborrachado.

—¡No me emborraché! Fueron sólo algunas copas de más. Y sí, de haber estado interesada en él nunca hubiera bebido.

—¡No seas tonta, Lui! El tipo es perfecto y gusta de ti.

—¿No te das cuenta del contrasentido? ¡Por favor! Su ex era flaca, elegante, millonaria, ¡perfecta!

—Quizás se cansó de eso y ahora busca una mujer real.

—O sólo intenta vengarse del hermano. ¡No confío en Augusto!

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

—A mí, nada. Pero oí muchas historias. Y una fortuna no se amasa con las manos limpias... No lo critico. Es una cuestión profesional. Los abogados están entrenados para mentir y manipular a la gente... Entiendo que todos merecen una buena defensa, pero nadie me quita de la cabeza que si un tipo acaba de confesarte que es culpable, no puedes subir al estrado a crear una “duda razonable” que lo libere. Eso se llama mentir, cualquiera sea tu profesión. Y los abogados son, después de los policías y los curas, los más mentirosos del planeta.

—¡Tú siempre te enredas! No seas tonta, Lui. Ahora ya aceptaste la invitación. No puedes negarte a ir a su casa sin ofenderlo. Y necesitas a tu cuñado para el juicio de divorcio.

A Luisina se le arrugó el corazón al escuchar esa palabra. Sí, ya prácticamente era una mujer divorciada. No había luchado por su hombre y ahí estaban las consecuencias.

—Quizás alguien más me invite en estos días que faltan.

—¿De verdad lo crees? —preguntó la jovencita, acentuando el sarcasmo.

—No, claro que no. Pero puedo mentir. Dudo que Augusto me llame en medio de la noche para verificarlo.

—¿Mentir?... ¿No serán los periodistas los que encabezan tu lista de

mentirosos?

Luisina sonrió.

—¿De verdad piensas pasarlo sola, Lui?

—A menos que ocurra un milagro...

* * *

—Entonces no hay milagro posible.

—No.

Blas desvió la mirada.

No era bueno para dar malas noticias, y menos allí, en medio de un pasillo, con los apuros propios de un hospital público.

El esposo de la futura difunta rompió en llanto. Pero por desgracia el joven doctor era aún peor consolando a la gente. Lo único que deseaba era escapar de allí cuanto antes. Encerrarse en el cuartito de ropa blanca y hundir su carne en la piel joven y fresca de Alicia. Aunque no fuera jueves. Aunque ya no se hablaran. Aunque ella lo hubiera lastimado tanto.

Concentró su mirada en la mancha de humedad de la pared sólo por no ver esa que inundaba los ojos del pobre tipo que tenía enfrente.

El hombre continuaba mascullando su desgracia, allí, en medio de un gentío indiferente, mientras Blas soñaba con mezclarse con los demás y seguir su camino.

Un niño pegó un grito estridente, y entonces la atención del joven doctor se desvió hacia una figura conocida que caminaba hacia él, de contraluz.

Su paso seguro, su gesto desafiante, desentonaban con aquel paraíso de desgracias en donde sólo se forjaban mártires.

—Doctor Montes de Oca, ¿lo molesto? —preguntó el recién llegado. Y sólo entonces reparó en las lágrimas del pobre hombre que estaba también allí —. Disculpen, vuelvo luego —ofreció de inmediato, como si temiera contagiarse tanto dolor.

—¡No! —se apuró a decir Blas—. Ya terminamos de hablar y me estaba yendo al quirófano. ¿Me acompaña?

Bastó que dieran unos pasos, para que los quejidos y el dolor de aquel hombre fueran historia.

Ambos eran personas muy ocupadas.

—Temía que no me ubicaras —se disculpó el recién llegado.

—No recuerdo tu nombre...

—Romero. Doctor Romero. Pero no soy médico, sino abogado.

—¡Por supuesto! Nos conocimos en la Fundación.

—Nunca me pierdo un cóctel. Y, créeme, no es por gusto. Mi amigo, el doctor Stuar, es uno de los principales colaboradores y siempre me obliga a acompañarlo.

—Sí, esas fiestas de sociedad son muy aburridas. Pero dime, ¿en qué puedo ayudarte? No creo que necesites atenderte en un sitio como este.

—No. Pero estoy en busca de cierta doctorcita que bien podría tener el remedio para todos mis males. ¿Me ayudas a encontrarla?

—Entran médicas jóvenes todos los días... Dudo que pueda serte útil.

—A esta de seguro la conoces. Su madre invirtió fortunas en la Fundación. El corazón de Blas comenzó a acelerarse.

—¿Te refieres a Alicia?

—Nos presentó tu padre, la fiesta de Navidad. Por cierto, un señor encantador.

La sorpresa de Blas se convirtió en enojo.

—¿Ella te dio esperanzas?

—Las suficientes como para venir aquí.

—¿Te citó en el hospital? —preguntó el otro, conteniendo la furia.

—Hablamos de pasar juntos el fin de año. Pero ambos olvidamos intercambiar teléfonos, así que me pareció adecuado venir a buscarla para así arreglar.

—¿Entonces no fue ella la que te dijo de venir?

—Disculpa, ¿hay algo entre ustedes? Porque yo...

—¡No! No hay nada entre nosotros. Es sólo que me resultó extraño, porque Alicia odia mezclar su vida profesional con la privada.

—¿Entonces crees que le molestará que haya venido?

—¡Por supuesto!

—Será mejor que me vaya... No quiero que piense que estoy desesperado o algo así... ¿Puedes darme su número de móvil?

—¡No! Es decir..., no lo llevo conmigo.

—Entonces tendré que pedírselo a la señora de Andrade. La dama parecía muy interesada en procurarle una cita a la hija.

—¡Espera! No es necesario que la molestes. Creo que recuerdo el número.

¿Tienes para anotar?

—Aquí, en mi teléfono. Es más, escríbelo tú mismo así no hay errores.

—¡Por supuesto! —exclamó Blas, encantado.

Y luego de un par de saludos de compromiso, con alivio observó partir a su oponente.

El tipo estaba avejentado, quedaba claro que provenía de una familia largamente asentada en la clase media, y carecía por completo de elegancia al vestir. Sus intenciones, aún a pesar del entrenamiento adquirido por su profesión, eran obvias, hasta el punto de quedar en ridículo delante de un desconocido como él.

Ese Romero era un completo perdedor.

¡Mierda! Justo el tipo de hombre que le gustaba a Alicia. Muy mediocre. Tanto, como el mismísimo Pedro Pérez.

Luego de aquel encuentro Blas masticó su amargura por horas. Quizás si hubiera acompañado a su padre la Nochebuena... Pues no cometería dos veces el mismo error. Era un hombre más práctico que orgulloso, y si tenía que arrastrarse para ganar a Alicia, lo haría.

Esperó a que se hicieran las nueve, (el turno acababa a las ocho), y se dirigió a la sala de médicos. Como era de esperar allí estaba la doctora Andrade.

Y más bella que nunca.

—Podemos salir juntos la noche de año nuevo, ¿te parece? —mencionó, como si estuviera continuando una conversación.

—No. ¿Quieres volver a nuestro acuerdo de los jueves?

—No —mintió—. Quiero que nos encontremos para la fiesta.

—Imposible. Tengo otra cita.

—¿Con quién?

La muchacha lo observó dos veces antes de responder, dejando en claro su fastidio por todo lo que pudiera significar una injerencia en su vida.

—No lo conoces. Es un abogado. Romero se llama.

—¿Le diste tu número?

—Claro.

—¡No mientas!

—¿Por qué piensas que lo estoy haciendo?

Blas dudó. —Porque te conozco.

—Pues esta misma tarde lo encontré en el hospital y quedamos en vernos... Escucha, Blas: mi oferta de los jueves está en firme. Has dejado en

mí y en mi agenda un hueco difícil de llenar. Cuando quieras...

—No, gracias. Estoy bien —mintió.

Después de todo no era tan práctico como pensaba.

Alicia Andrade lo observó partir y por un segundo sintió lástima, (otra vez esa maldita lástima por un hombre. Esa horrible debilidad que tenía, y que tanto daño le había hecho antes).

—¿Y tú?

La pregunta inmovilizó a Blas, que ya se había alejado unos pasos.

—¿Yo?

—¿Con quién piensas pasarlo?

—No te preocupes por mí. Ya encontraré a alguien —dijo, mientras acariciaba la ficha que tenía en su bolsillo desde la Navidad.

* * *

¡Era patética! Por supuesto que nadie iba a invitarla. Pensaba encerrarse en la terraza y no atender el teléfono por nada del mundo.

Estaría “afuera” para todos, (¿acaso mentía?).

Tardó más de veinticinco minutos en convencer a su cuñado de que tenía una cita de verdad. Una y otra vez, satisfaciendo el tenaz interrogatorio de Augusto, respondió que Amanda la había invitado.

Y luego de eso sólo le quedó aceptar lo irreversible y pedir el “menú para uno” en la tienda de la esquina. La bolsa era, como su vida, insignificante: un pequeño pan dulce, un budín mínimo, algunas frutas secas y una botellita de un cuarto de champagne, (del barato, por supuesto).

Más que suficiente para su bolsillo y su soledad.

Para cuando llegó a casa testeó el contestador, (¡total!, lo último que se pierde es la ilusión), y luego guardó su pequeño botín para la próxima noche, cuando festejara sola el año nuevo.

Trató de centrarse en todo lo positivo, (o más bien en lo único: no empezaría el año con resaca), y comenzó a preparar la cena. La música inundaba el lugar, el aire perfumado de la terraza le daba frescor a la sala, y la comida lucía apetitosa.

Ahora que había superado la sonrisa sarcástica de la muchacha de la

tienda se sentía orgullosa de sí misma. ¡Sí!, estaba sola. ¡¿Y qué?!

Preparó la mesa con esmero y luego fue hasta el cuarto para cambiarse. Ahora había tomado esa costumbre: se arreglaba para cenar. No era gran cosa, pero le encantaba ponerse la bella ropa de cama que Amanda la había obligado a comprar. Disfrutaba la frescura de la seda, y le encantaba descubrir el reflejo de su figura y de su cabello arreglado en alguno de los varios espejos que alguien había puesto allí.

Era extraña esa nueva conexión con su imagen, con su figura. Y en parte se la debía a Augusto. Sus miradas la habían convencido, mejor que mil palabras, de que en verdad había algo bueno para ver en ella.

La noche era hermosa, así que a último momento decidió trasladarlo todo a la terraza, algo no demasiado complicado ya que ese “todo” se limitaba a un plato, algunos cubiertos, un florero, y una bellísima copa de cristal.

Y no acababa de dar el primer bocado a esa ensalada tan fresca y prometedora, cuando el sonido del timbre la sorprendió.

¿Quién podía ser a esa hora?

Se dirigió hacia la puerta, reprochándose por no estar vestida con decencia.

Pero al asomarse por la mirilla trastabilló.

¡No había tiempo de cambiarse!

Era él.

CAPÍTULO VII

—¿Qué haces aquí?

—Vine a desquitar la furia. Me dejaron plantado. Voy a tener que pasar el fin de año solo.

—Únete al club.

El doctor Romero se hizo a un lado, para darle paso a su amigo, que no tardó en acomodarse en el amplio sillón, último baluarte de los restos de su segundo divorcio.

—La vida sin una mujer no es para mí.

—¿De qué te quejas, Augusto? Estoy seguro de que te han llovido invitaciones para mañana a la noche.

—Como a todo el mundo. Pero no soy tonto, sé que atrás de cada una de ellas hay una intención oculta: plantear un negocio brillante, presentarme a la mujer de mi vida, o, en el mejor de los casos, un pedido de contribución. ¡Estoy hartos!

—El que al menos una te haya dejado plantado me reconcilia con la vida. ¿La conozco?

Augusto se inquietó. Lo último que deseaba era llamar la atención del bueno de Romerito sobre su bella cuñada.

—No —respondió sin titubear—. ¿Y tú? ¿Conozco a tu dama?

—Sólo por referencias: es la hija de Alicia Andrade.

—¡Guau! Un premio mayor. ¡Y yo que creí que sólo existía en la mente de esa vieja trastornada! Mil veces amenazó con presentármela, pero nunca apareció.

—No se llevan bien. La muchacha es del tipo... ético.

—¿La hija de Alicia Andrade?!

—Paradójico, ¿no?

—Y seguro que a ti se te escapó alguna de tus famosas frases, como esa de que habría que poner bombas en las villas miserias para que volaran por los aires con todo y gente; o que hay que bajar la edad de imputabilidad por los delitos, porque a ciertas personas es mejor matarlas de chiquitas; o...

—¿Qué ocurre? ¿Llevas registro de todo lo que digo?

—Sólo de lo ridículo o chistoso. ¡Vamos! Confiesa. ¿Qué le dijiste para que te dejara plantado?

—La perdí por mi propia lengua, es cierto. Pero no se trata de lo que le dije a ella, sino a cierto estúpido que encontré por allí.

—No entiendo.

—Resultó que el tipo también estaba interesado en la niña.

—¿Estás seguro de que no lo imaginaste?

—Impidió que la viera y me pasó mal el número del móvil de Alicia.

—¡Pobre idiota!

—Tú lo conoces. Es un médico de la Fundación.

—¿Crees que los conozco a todos?

—A este, seguro. Su padre es benefactor, como tú: el viejo Montes de Oca.

—¿Blas Montes de Oca?

—Te dije que lo conocías.

—¿Y dices que está interesado en la hija de Alicia?

—¡Loco por ella! Caminé demasiados juzgados como para no saber de inmediato lo que la gente me oculta.

—Así que Blas Montes de Oca tiene un amor secreto ¡Qué interesante!

—¡Un cerdo! De no haberme encontrado con Alicia en el pasillo del hospital todavía la estaría llamando. Según me dijo, ella y el doctor tuvieron algo. Pero fue mucho tiempo atrás. No sé, creo que me mintió. Porque si no está con él, ¿por qué negarse a salir conmigo? ¿Crees que sea por mi cabello? La pelada me hace lucir un tanto decrepito, ¿no te parece?

Augusto ya no lo escuchaba.

¿Así que el corazón del doctorcito de Lui ya tenía dueña? ¡Qué interesante!

* * *

Sí...

Después de tanto tiempo por fin Bautista había regresado a ella.

Lui se acomodó el cabello, (pura coquetería, porque lucía espléndida), y lo dejó pasar.

Claro que el conjunto que llevaba puesto era por demás revelador, pero ahora tenía un cuerpo para mostrar. Y era justo que su ex sufriera un poco por

lo que se estaba perdiendo.

—¿Qué haces aquí, Bautista? —preguntó, tratando de lucir sexy.

Bautista Stuar quedó encandilado. Pero no por la bella figura de su esposa, sino por ese que durante años fuera su propio departamento.

—¡Guau! ¡Esto es un palacio! —exclamó mientras recorría el lugar con la mirada propia de un empleado de bienes raíces.

—Estoy cómoda aquí, gracias —replicó Lui bastante decepcionada—. ¿A qué has venido, Bautista?

—¿Te gastaste los doscientos mil dólares en poner este sitio así?

—¿Para qué son esas flores?

—Ah, sí... Me olvidaba, son para ti: una flor para otra flor.

La muchacha observó el regalo un tanto ofendida. El ramo se veía marchito y descolorido, como esos que se venden en las estaciones de servicio junto con el combustible.

—Gracias —guñó ella, haciéndolo a un lado.

—¿No te gustaron?

—¿A qué has venido, Bautista?

Como respuesta su ex escupió una ristra de preguntas, enojándose un poco más con cada una de ellas.

—¿Puedo sentarme? ¿Estabas esperando a alguien? ¿Para quién te vestiste tan provocativa? ¿Me estás traicionando con algún idiota?!

Luisina bufó. Bueno, al menos había notado su apariencia.

—¿Se puede saber a qué viniste aquí, Bautista?

—Primero me siento... Y sí, vine hasta aquí por... Creo que tenemos que hablar. Todo fue tan rápido...

—A mí me pareció eterno.

—¿Sigues enojada conmigo, Lui? Tienes que entender que cuando una pareja se separa es por culpa de los dos. Yo me equivoqué, lo reconozco. No supe darme cuenta de que sólo estaba atravesando la crisis de los treinta.

—Tienes más de cuarenta.

—Les pasa a todos los hombres. Aún a los más inteligentes o fieles. No pude evitarlo. Pero tú... Tú podrías haberme salvado y, tienes que reconocerlo, no hiciste nada por retenerme. Por evitar que nuestro matrimonio se arruinara. No supiste jugarte por nosotros.

Luisina lo escuchó en silencio. ¿No era lo mismo que se había dicho ella, apenas unos días atrás? Entonces, ¿por qué sonaba tan poco convincente cuando salía de la boca de él?

—¿A qué viniste, Bautista? —preguntó Luisina por quinta vez.

La respuesta de su ex la descolocó. Porque lejos de querer adularla o de echar culpas, comenzó a llorar con desesperación.

—Mi vida es un desastre, Luisina. ¡Soy tan miserable! Miranda no es más que una chiquilla malcriada, y yo necesito una mujer a mi lado. ¡Te extraño tanto! Te necesito más que a nada en este mundo.

Luisina, todavía parada frente a él, lo observaba lloriquear.

Sí, se veía muy mal. Mucho más viejo y descuidado. Perdido en un mundo que ya no dominaba.

—Lui, no podemos tirar diez hermosos años de matrimonio por la borda. Yo ya aprendí mi lección. Y tú... ¿Piensas quedarte sola toda la vida? ¿Siendo la última en un trabajito de mierda, cuando podrías ser la reina en tu propia casa?... ¡Por favor, Lui! ¡Por favor!

Bautista se arrojó literalmente a los pies de su esposa, atrapándole las piernas entre sus brazos fuertes. Inmovilizándola. Mojando con lágrimas la fina seda de su ropa de dormir.

Ella tomó distancia como pudo. Se sabía muy capaz de rechazar cualquier argumento de la razón. Pero esas lágrimas...

¡Era insoportable!

Había invertido diez años de su vida en hacer feliz a ese hombre. Había vivido por él, por complacerlo. Y verlo ahí, deshecho, indefenso, le partía el corazón.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó sólo por aferrarse a algo que la distrajera de tan dolorosa imagen.

—Bueno —contestó él, reponiéndose.

Lui se dirigió a la cocina. En su camino chocó con uno de los tantos espejos que algún otro había puesto en su casa. Ya no se veía tan bella ni tan segura, sino más parecida a lo que solía ser. A la Luisina real. La de Bautista.

Abrió el grifo y sintió que las fuerzas la abandonaban. De no ocurrir algo pronto su ex terminaría saliéndose con la suya.

Sí, sólo un verdadero milagro podría salvarla.

* * *

De no haber sido ateo hubiera creído que aquello era un milagro.

El doctor Blas Montes de Oca carraspeó.

—No sé cómo explicarlo, señor. La ciencia a veces nos sorprende a todos.

—¿Entonces mi esposa va a vivir? —preguntó el pobre hombre, esperanzado.

—Su recuperación es sorprendente, y de seguir así, será total.

—¡Dios lo bendiga, doctor! Sé que Martita se curó por todas las oraciones, pero usted también se portó muy bien con ella.

—No siempre se tiene tanta suerte.

—¿Suerte? No, doctor. Es la voluntad de Dios. No tiene ni idea cómo amo a esa mujer. No sé vivir sin ella. Y a nuestros cinco hijos les pasa lo mismo... Mi Martita es... Mi Marta es... Puede que no sea la más linda ni la más inteligente, pero mi Marta es un sol. ¿Y cómo se hace para seguir viviendo si el sol desaparece?

Blas acarició la ficha que aún guardaba en su bolsillo.

¿Acaso él no tenía derecho a un amor así?

¿Una mujer que le calentara el alma?

Dejó al hombre y a sus hijos en medio del pasillo, festejando con tanta algarabía como antes habían llorado. Y es que la alegría, al igual que el dolor, incomodaba a Blas.

Fue al teléfono público que quedaba dando vuelta la esquina para hablar con comodidad.

Vigiló que no hubiera nadie conocido y sacó la ficha de su bolsillo. Sí, por una vez podía hacer una excepción y salir con una paciente. Quería invitar a Luisina a tomar algo justo antes del año nuevo, y después, quizás...

Quizás él también obtuviera un pequeño milagro después de todo.

* * *

Luisina escuchó el timbre del teléfono, y su corazón comenzó a latir con fuerza.

¿Sería ese su pequeño milagro?

Corrió hasta la sala todavía con la bandeja en la mano. Pero al llegar allí se detuvo, entristecida.

—¿Quién era?

—Nadie —respondió Bautista—. Me muero por tomar de nuevo tu rico café.

—¿Cómo que nadie?

—Número equivocado. ¿Le pusiste crema al mío? ¡Lo recordaste!

¡Cómo para olvidarlo! ¡La de mañanas que ese hombre le había amargado por una cucharada de nata!

Luisina suspiró.

¡Qué tonta! Por supuesto que era número equivocado. ¿O acaso iba a llamarla su príncipe azul?

—¡Esto está delicioso!... ¡Te extrañé tanto!... De hecho hoy no comí pensando en ti —confesó, sin perder de vista la terraza, adonde un plato casi lleno esperaba compañía.

—Sólo tengo un poco de ensalada.

—¡Adoro tus ensaladas!

Sin esperar una invitación, Bautista no tardó ni un minuto en ocupar el lugar de Lui en la mesa, para embucharse su comida y bajar media botella de vino de un trago.

Luisina lo observaba conmovida. No, su marido no fingía. La estaba pasando muy mal. Tenía el cabello desprolijo y la camisa manchada. Lucía desencajado, y si bien obviamente había ganado peso, su aspecto era fofo y descuidado. Parecía arrepentido. Era como si de repente hubiera caído en la cuenta de lo que Luisina representaba para él, pobrecito.

¡Se veía tan infeliz!

¡Y esa Miranda! Fría, calculadora, no había dudado en destruir primero su matrimonio y luego a él. Como Eni. Como Amanda. Como todas esas mujeres más preocupadas por no lucir zaparra que por ser buena persona.

—Tienes que volver a casa, Lui... Tienes que ser mi esposa otra vez... Tienes que... ¿Tienes algún postre para bajar esto?

¡Pobrecito! Era tan patético. Casi un niño...

Pero un niño al que ya se había acostumbrado a cuidar.

Y era buena para hacerlo. Muy buena.

—De verdad, Lui, ¿tienes algún postre? Lo creas o no esta es una de las mejores comidas que he tenido desde el día en que te fuiste.

—Deja que busque en la alacena. Tengo pan dulce y unos budincitos.

La muchacha lo observó acabar con su “menú para uno” como si los comensales fueran cinco.

Y de repente dejó de dolerle la mirada burlona de la vendedora de la tienda, porque lo que había comprado no era más que para complacer un antojo de su marido.

“Su” marido.

Sí, eso iba a decirle la próxima vez que fuera a comprar allí. “A mi marido le gustó mucho el menú para uno”. Y entonces la miraría con una sonrisa irónica, para luego agregar: “¿Tú eres soltera, no?”

Bautista continuaba hablando. Haciendo planes para el futuro.

Mala política la de la tienda de la esquina. Si iba a vender un “menú para uno” tenía que adiestrar a sus bellas empleadas para que dijeran: “lo compré para mí el año pasado, y es la cantidad justa”. Aunque fuera mentira. Aunque estuvieran rodeadas de familia. Sólo para no hacer sentir mal al cliente.

—¿Me estás escuchando, Lui?

—Disculpa, me distraje.

—¿Vas a volver conmigo?

¿Iba a volver con él?

Quizás las cosas ahora serían diferentes. Mejores. Ahora que Bautista sabía cuánto la necesitaba, de seguro comenzaría a valorarla más. Y además estaba lo del trabajo. No pensaba dejar de trabajar. No ahora, que lo que hacía empezaba a agradarle. ¡Y ni hablar de Augusto! Aunque Bautista se enojara, lo llamaría con más frecuencia, porque su cuñado tenía la extraña propiedad de hacerla sentir como una persona.

Una persona interesante.

—Lo tengo todo planeado —continuó él—. Mañana festejaremos juntos el fin de año, y el primero, bien tempranito, mientras los demás duermen, partiremos juntos rumbo a Mar del Plata, ¿qué me dices?

—¿Mar del Plata?

—Allí siempre la pasamos muy bien.

—Odio ese departamento. Es oscuro.

Bautista mostró auténtica sorpresa.

—Nunca lo mencionaste.

—Todo el tiempo. Te rogué encarecidamente que...

—¡Está bien! Si no te gusta podemos pedirle a la agencia de bienes raíces que nos rente uno un poco más abierto, y que ofrezca el nuestro. Lástima no haberlo sabido antes, porque el apuro no se lleva con los buenos negocios. Pero estoy dispuesto a hacer lo que sea por verte feliz. ¡Será el mejor mes de nuestra vida!

—Yo trabajo. No puedo irme un mes completo —mintió.

—¿Y vas a poner en riesgo nuestra felicidad por un sueldito de mierda?

Luisina calló. Y por primera vez desde que él llegara comenzó a prestar atención a lo que Bautista estaba diciendo.

—No puedes negar que te encanta ir a Mar del Plata, Lui. Allí es cuando tenemos más tiempo para estar juntos. La playa, esas comidas fabulosas que me preparas y el casino. Sabes que no hay nada que yo disfrute más que apostar y lucir a mi bella mujercita. ¿Recuerdas las noches maravillosas en el casino?

Sí. Ahora Luisina se daba cuenta de que las recordaba demasiado bien.

—Escucha Bautista: lamento que tus cosas con Miranda no hayan resultado. Pero, ¿sabes qué?, gracias a que me dejaste abandonada en ese hotel pude darme cuenta de que no era feliz en nuestro matrimonio. Tú me hacías muy desgraciada.

—¿Y crees que lo serás menos si te quedas lejos de mí? Los años corren, Luisina. Te ves muy bien, pero a los hombres les gusta la carne fresca. Tu trabajo de secretaria es miserable, y para cuando te quieras acordar ya habrás gastado todo mi dinero y no podrás continuar con estos lujos. ¿Qué harás entonces?

—Ser feliz —respondió con humildad—. Vete, Bautista. Vete ya mismo, por favor.

—No sabes lo que dices. Estás mareada y confundida. No estás pensando bien.

La muchacha le abrió la puerta de calle con gesto adusto. Resignado, su ex dio un último vistazo a aquel bello lugar.

—¡Y pensar que todo esto lo tienes gracias a mi dinero!

—¿No es grandioso que al menos uno de nosotros disfrute de él? —respondió ella con una sonrisa encantadora en los labios.

—Está bien. Me iré. Pero sólo por hoy. Sé que detrás de tanta seguridad está la Luisina dulce que yo conozco. La misma que un día me juró que nunca me iba a dejar caer.

—Vete, Bautista. Vete ya.

El ingeniero Stuar se retiró, cabizbajo. Pero al llegar al elevador no pudo evitar una sonrisa.

Quizás no había ganado esa batalla, pero si conocía a su ex, tampoco estaba tan lejos de la victoria final.

* * *

¡Y tan cerca que había estado de lograrlo!

Pero no. Era evidente que Luisina ya estaba de nuevo con su ex. ¿Quién, sino un marido celoso, le preguntaría “de parte de quién”, para de inmediato anunciarle “número equivocado”?

Blas sacudió la cabeza con fastidio.

Era como si una fuerza superior tratara de disuadirlo de entablar una relación normal con una mujer de verdad.

Resopló una vez más.

¿Dónde mierda había dejado el número de su secretaria?

* * *

Luisina suspiró.

¿Y si llamaba al doctor Blas para invitarle un café?

La idea por supuesto no había sido suya sino de Candelaria. Pero estaba tan desesperada, que hasta una adolescente podía decidir mejor que ella.

Tomó una de las recetas de su ginecólogo. Descartó el número del consultorio y el del hospital, para centrarse en el del móvil, escrito al pie.

¿Tendría valor para discar?

Por un segundo volvió a escuchar el ruido de la ruleta en el casino deteniéndose invariablemente en el cero, como si fuera el único número posible. Otra vez temió el mal humor de Bautista, que de seguro iba a durar hasta la tarde siguiente.

Se acercó al teléfono y marcó. Quince... seis...

¡Era una locura! ¿Qué le iba a decir? ¿Qué su ex había reaparecido, y que necesitaba con desesperación que alguien la convenciera de no volver con él?

De nuevo pudo sentir sobre ella la mirada reprobadora de su marido en la mesa del domingo, mientras la señora Stuar engullía sin pausa. “¿Vas a servirte otro plato, Lui? Después soy yo el que tiene que escuchar tus quejas. Terminarás luciendo como un barril”.

Marcó el veintiocho y se detuvo.

Si llamaba a Blas para confesarle sus dudas, terminaría espantándolo antes incluso de tener una cita de verdad. Y sin él se acababan sus chances de conseguir una nueva pareja.

“Los hombres quieren carne fresca”.

La voz de Bautista volvió a resonar en sus oídos.

Luisina colgó el auricular.

Su ex tenía razón. No podía ofrecerle nada a un hombre corriente, y mucho menos a un galán increíble como el doctor Blas Montes de Oca.

Además, de haber estado interesado en ella de seguro la habría llamado.

Y no acababa de pensarlo, cuando el teléfono comenzó a repicar con fuerza.

Luisina se entristeció. Posiblemente esa tonta llamada definiera su destino los próximos diez años. Cualquiera que la invitara, cualquiera que lograra alejarla de una vida de aburrimiento junto a Bautista, era bienvenido.

Asió el auricular con fuerza, expectante.

—¿Hola? —se escuchó del otro lado.

—¿Quién es?

—¿No me reconoces? ¿Cuántos hombres te llaman a tu casa, que no reconoces a tu propio marido?

La muchacha sintió ganas de vomitar. Pero sólo se quedó allí, paralizada.

Era inútil. Resultaba tonto tratar de escapar de un destino que había sido escrito para ella diez años atrás. Le gustara o no, Bautista era la única persona en el mundo que todavía se acordaba de ella. El único que en verdad la necesitaba.

—¿Qué quieres, Bautista?

—Ayer no quedamos en ningún horario.

—¿Para qué?

—Para pasar juntos la fiesta. ¿A qué hora regresas del trabajo?

—No.

—¿Qué te ocurre, mujer? ¿Qué significa ese “no”?

—No quiero que vengas.

—¿Vas a pasarlo sola? ¡Vamos, Lui! Sabes que me necesitas más que yo a ti. No tiene sentido que te quedes sola en la casa como una tonta.

—Voy a salir.

—No mientas, Lui. Te desconozco, pequeña. No solías ser así... ¿Cómo no te das cuenta de lo que estoy sufriendo? Hice lo más terrible para un hombre:

me humillé ante ti, te rogué. ¿Ni siquiera eso te conmueve? Te confesé mi necesidad de ti. Tienes las de ganar, Lui. Nada volverá a ser como antes. Ahora mandas: si quieres rentar un departamento con sol en Mar del Plata, así lo haremos. Porque tú eres la reina.

—No quiero ir a Mar del Plata.

—Yo tampoco, Lui. Pero lo necesito. Necesito reponerme. Necesito que me mimes. Olvidar todo lo que Miranda nos hizo a los dos. ¿Te imaginas cómo será vivir juntos otra vez? Ahora que mamá no está, sólo te tengo a ti.

Apenas unos meses atrás la idea de vivir su matrimonio sin la molesta presencia de su suegra le hubiera parecido un paraíso. Pero ahora todo había cambiado.

¿O no?

—Te diré lo que haremos, Lui. Voy a ir a tu casa a eso de las siete. Temprano, para ayudarte a cocinar. Porque no vale la pena tirar el dinero por allí. Y además de seguro ya está todo reservado por la fiesta. Así que sólo seremos tú y yo. Allí, en nuestro hermoso piso.

—¿Quieres que vaya a Villa Urquiza?

—¡No! —exclamó su marido con vehemencia. Pero de inmediato recuperó su tono calmo—. Allí hay demasiada mala vibra. En cambio tu departamentito es muy acogedor. Esas paredes encierran nuestros mejores recuerdos. Cenaremos juntos, como lo hacíamos los primeros años de nuestro matrimonio. ¿Qué te parece comer raviolos? Reconozco que es un menú extraño para esta celebración, pero sabes cómo me gusta la pasta rellena casera. Hace mucho que no la como. Sé que es mucho trabajo, pero justamente por eso pensé que sería bueno llegar a las siete para ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Soy un hombre nuevo, Lui. Pienso esforzarme el máximo para que las cosas resulten. Claro que si ocurre algo y me demoro un poco, será mejor que comiences sin mí, por las dudas. Mi jefe quiere que deje todo listo antes de las vacaciones. Pero estoy seguro de que podré escaparme a tiempo... Yo te quiero, Lui. Yo te quiero incluso más que el día que nos casamos. Yo sólo deseo protegerte, hacer la vida más fácil para ti. Y tú sabes en el fondo de tu corazón que nos casamos para siempre. ¿O acaso piensas seguir los pasos de tu madre, que permitió que otra le robara su hombre y terminó muriéndose sola? ¿Quieres convertirte en una divorciada amarga como ella?

—Dame tiempo, Bau. Necesito pensar. Hablas demasiado y me confundes. De verdad necesito tiempo.

—Lo tendrás, amor. Hasta las siete. ¡Y no te olvides de comprar seso de vaca para los raviolos! ¡Me encantan con seso!

Luisina colgó el teléfono.

Tenía raviolos caseros en el freezer, pero no eran de seso. Odiaba el seso. Su sabor, su textura, su aspecto. Le daba asco. Pero igual lo compró por más de diez años. E invariablemente lo había comido, demasiado cansada como para prepararse otra cosa.

Todo por culpa de Bautista y sus exigencias estúpidas.

Tomó dinero. ¿Dónde iba a encontrar una carnicería abierta a las cinco de la tarde, un 31 de diciembre? Al menos haría el intento para no sentirse tan culpable. Y si no conseguía nada, siempre estaban los raviolos del freezer, resto de la cena que le había brindado a Amanda cuando todavía eran buenas amigas. Claro que si no había seso, Bautista se iba a enfurecer. Y después tendría que escuchar sus quejas durante el resto de la noche. Y no tenía ganas de discutir. Era mucho más fácil darle la razón.

¿O no?

Salió a la calle dispuesta a enfrentar su destino. Sólo un milagro podría salvarla.

¡Lástima!, porque no creía en nada, y menos en milagros.

* * *

Estaba a punto de hacer algo muy estúpido. Imperdonable.

Acostarse con su secretaria era el principio del fin. Una torpeza sólo equiparable a discutir con el encargado del edificio adonde se vivía. Luego la correspondencia se extraviaba en forma inexplicable, las llamadas no eran respondidas, y la vida privada quedaba expuesta a todo el que la quisiera oír.

Lo peor era que la niña ni siquiera le gustaba. No porque no tuviera un cuerpo espléndido. Pero el mundo estaba lleno de muchachas ardientes y que no recibían dinero de él todos los meses.

Blas resopló.

Por desgracia tenía demasiado poco tiempo como para perderlo escuchando tonterías, por más espléndida y deseable que fuera la boca que las pronunciara. Sólo un milagro podía salvarlo. No quería pasar otra fiesta solo,

y a menos que se cruzara con la mujer de su vida allí, en pleno Cabildo y Juramento...

Blas Montes de Oca acomodó sus anteojos, tratando de aclarar la imagen de la dama que estaba ahora caminando hacia él.

¡Imposible! ¡¿Justo ella?! ¡¿Justo allí?!
¡Un verdadero milagro!

* * *

—¿Qué andas haciendo por aquí, Blas?

—¿Y tú? Eres la última persona que esperaba ver. ¿No tenías guardia en el hospital, Alicia?

—Cambié con Magdalena.

—¿Vas a tu casa a arreglarte para esta noche?

—¡Ya estoy arreglada! —se ofendió la doctora Andrade, orgullosa de su jean viejo—. Por supuesto que la invitación de mi madre ordenaba vestirse de época, porque se supone que está festejando el Renacimiento, pero voy a omitirlo, como lo hago con todas las otras tonterías que ordena mi madre.

—¿El Renacimiento?

—En sentido figurado. Mi madre es oficialista de la primera hora, y aún a pesar de que la gente se mata por las calles, y que más de la mitad del país se caga de hambre, cree que este año marcará el resurgimiento de la patria como potencia... ¿Te aburro, Blas? Pareces distraído.

—No... No, es que... Creí que tu madre era conservadora.

—Conservadoramente oficialista. Profesa un comunismo glamoroso, como el gobierno, pero por sobre todas las cosas ama el poder. No importa quién esté arriba, ella siempre dará una fiesta para adularlo y cerrar buenos negocios... ¿Qué ocurre, Blas? Es obvio que tu mente está en otra parte.

—¿Piensas ir a la fiesta con Romero?

La cara de Alicia mostró auténtica confusión.

—¿Quién es Romero?

—Ese abogado que fue a buscarte al hospital.

—Ah... No. No he vuelto a verlo.

—Creí que...

—Sólo me citó a tomar un café. Pero a último momento tuve una urgencia y lo dejé plantado. Espero que no se haya ofendido.

—¿Entonces piensas ir sola a la fiesta de tu madre?

—Sola no. Con estos viejos jeans rotos que tanto le desagradan.

Blas, habitualmente impasible, no pudo ocultar su entusiasmo.

—Entonces olvídate de esa estúpida fiesta y ven conmigo.

—Pero... Tú estabas yendo a alguna parte. Te conozco. No sueles arreglarte así a menos de que se trate de la primera noche con una mujer. ¿Quién es la afortunada?

—Una cita que augura ser más aburrida que la fiesta de tu madre. ¿Por qué no dejarlos plantados?

—No creo... ¿Qué edad tiene tu cita?

—No sé. Veintidós, supongo.

—Me lo imaginaba. ¡Eres un cerdo, Blas! ¿No te das cuenta de que un rechazo a esa edad puede ser demoledor?

—No te preocupes. Estoy seguro de que no lo pasará sola. La niña no parece demasiado selectiva, y habrá muchos otros felices de ocupar mi lugar.

—¡Eres horrible!

—¿Entonces? ¿Somos horribles juntos?

—Con una condición.

El doctor Montes de Oca entrecerró los ojos y tomó distancia.

—¿Cuál?

—Que olvides la idea de transformar el sexo en una relación. Extraño nuestros encuentros de los jueves. Pero decididamente no pienso resignar mi independencia por ti.

Algo en el corazón del joven doctor se hizo pedazos. O quizás lo que se rompió estaba más abajo, en sus testículos. Porque si algo le quitaba por completo las ganas de hacer el amor era el desprecio de una mujer.

—No es nada personal, Blas. Ya te lo dije. Teníamos algo perfecto, y no sé por qué...

La doctora Andrade se detuvo. La forma en que su colega la ignoraba era un tanto ofensiva.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó.

—Me pareció ver a una paciente. Pero no, debí imaginarla. Aunque... ¡Es ella! ¡Es Luisina!

* * *

Luisina trastabilló. Allí, parada frente a sus ojos estaba el motivo por el cual aquel café que Blas le había prometido se estaba enfriando. ¡Qué patética debía verse! No como esa morena que, aún a pesar de no estar arreglada, echaba chispas. Alta, delgada, joven, (apenas debía pasar los treinta).

¡Y ella que ya casi estaba transitando la cuarta década!

Luisina suspiró. No tenía nada que hacer allí. El doctor Blas era sólo su ginecólogo, y no tenía ningún derecho de espiarlo. Además, el paquete de sesos de vaca ya comenzaba a apestar por efecto del calor intenso de diciembre.

Rápidamente Lui se disponía a escapar, cuando la voz del joven doctor la detuvo en seco.

—¡Luisina!

Por un momento dudó. ¿Qué hacer? ¿Y si simulaba no haberlo escuchado? Imposible. ¿Y si inventaba otra de sus mentiras? Ojalá. Pero las cosas no funcionaban de esa manera. Sus embustes nunca eran “a pedido”. Así que sólo le quedó acercarse a la bella pareja así como estaba: indefensa, y con un paquete de sesos en la mano.

—¡Qué casualidad! —dijo sólo para ocultar su rubor—. Esta tarde llamé a tu teléfono particular.

—¿Me llamaste? —preguntó él con un dejo de orgullo, mientras miraba de reojo a Alicia.

—Sólo para saludarte por el fin de año.

—¿Piensas pasarlo con tu familia?

Luisina se entristeció. Y sí, quizás podía decirse que Bautista era su familia. La única familia a la que podía aspirar por el resto de su vida.

¡Qué patética! ¿Cómo había podido pensar que Blas iba a interesarse en ella?

¡Como si existieran los milagros!

* * *

¡Qué patética! ¿Cómo había podido pensar que Blas cedería ante sus histeriqueos estúpidos? Sobre todo con esa bella mujer interesada en él.

Y, lo que era peor, a él le gustaba.

Alicia se entristeció. Definitivamente no podía competir con alguien como esa castaña que tenía delante... Quizás antes, en sus buenas épocas, cuando todavía trataba de salvar su matrimonio con Pedro y se arreglaba para atraer. Pero eso ya era apenas un recuerdo. Un mal recuerdo.

¿Por qué aquella mujer le provocaba estos celos salvajes? Ninguna de las otras le habían molestado. ¿Qué tenía esta de especial?

¡Todo!

Era el epítome de lo que el viejo Montes de Oca buscaba para su hijo. Joven, porque de seguro apenas rozaba los treinta, pero lo suficientemente madura como para ser una esposa perfecta y una madre devota. Buena cocinera, a juzgar por el paquete de carne que llevaba en las manos y que apretaba con fuerza. Muy religiosa. Porque sólo con verle la cara uno podía darse cuenta de que se trataba de una “buena chica”, incapaz de conformarse con un poco de sexo en el armario de limpieza.

¡Qué horror! Ni siquiera le disgustaba. Es más, en otras circunstancias posiblemente hubieran podido ser amigas.

Sí... Sólo un milagro hubiera hecho que Blas aceptara volver con ella bajo sus términos.

Lástima. A esa niña la había enviado el diablo.

* * *

—Disculpen... Soy un desastre para estas cosas sociales. Todavía no las presenté.

Alicia prestó atención. La forma en que un hombre presentaba a dos mujeres decía mucho de sus apetitos y preferencias por ellas. La primera a la que se dirigiera sería esa que en verdad deseaba retener.

—Luisina —dijo él entonces, confirmando sus peores temores—, esta es la doctora Alicia Andrade. Somos compañeros de trabajo.

Alicia se inquietó aún más. ¿Compañeros de trabajo? ¿A eso se había reducido su relación?

Luisina, en cambio, trataba de hacer memoria. Por algún motivo el nombre de su rival le sonaba, pero sentía tanta vergüenza por la bolsa de sesos, que no pudo recordar de dónde.

—Luisina es periodista —informó luego aquel galán trasnochado para su sorpresa. Porque si bien se atendía con Blas desde sus épocas en la redacción, era extraño que él lo recordara.

—¡Qué bien! —replicó Alicia, aunque en verdad pensaba justo lo opuesto—. ¿Trabajas en la televisión? Nunca tengo tiempo de ver los noticieros.

—No. Trabajo en un estudio jurídico. Me ocupo de la relación con los medios.

¡Qué patética! La otra salvaba vidas mientras que ella sólo escribía engaños.

—Antes trabajaba en una redacción, pero luego dejé por unos años. Ahora estoy intentando retomar mi carrera. Es que... acabo de separarme.

—Ah... Debe ser difícil volver al trabajo... Digo, sobre todo por los niños.

—No tengo hijos.

“¡Putas!”, pensó Alicia.

—¡Miren la hora! —dijo en cambio—. ¡Ya tengo que irme!

Si esos dos iban a arreglar una cita, Alicia prefería no estar presente.

Su madre estaba en lo cierto: era como si el diploma sólo le hubiera servido para alejar a los hombres que valían la pena.

Y Blas valía la pena. Dolía perderlo.

¡Dolía demasiado!

* * *

—Es una gran doctora —informó Blas a Luisina ni bien se quedaron solos.

La muchacha no lo dudó ni por un minuto. Le había bastado cruzar dos palabras para darse cuenta del compromiso que tenía esa mujer con su profesión... Y le sobró con dos minutos para saber que él se moría por ella. Se la había comido con la mirada al verla partir.

Luisina se inquietó. ¿Qué estaba haciendo allí, con un hombre ajeno,

cuando tenía que ir a casa a cocinar para el propio?

—Yo también me tengo que ir —se apuró a decir.

Blas desvió la mirada al paquete que ella sostenía en las manos, y de inmediato supo que había perdido la batalla. De seguro el marido la estaba esperando.

El joven doctor se enojó consigo mismo. ¡Qué patético era! ¿Cómo había podido creer que un hombre iba a renunciar tan fácilmente a semejante mujer?

¿Por qué las mejores estaban ocupadas?

¡Lástima! Tendría que conformarse con su secretaria.

* * *

Evidentemente no existían los milagros. O al menos no para ella.

La verdad era que nadie se interesaba en una futura cuarentona, y los médicos solteros de su edad sólo tenían ojos para morochas voluptuosas con una profesión de verdad, como Alicia Andrade.

¿Por qué le sonaba tanto ese nombre?

Como fuera, ya no había razón para preocuparse. Bautista acababa de tocar el timbre, sellando su destino. Ahora subía por el elevador. Puntual, por primera vez en su vida. ¿Habría cambiado?

Daba igual. Lo cierto era que esa noche cocinaría el seso, para luego retomar su rutina allí adonde la había dejado casi cuatro meses atrás.

Daba miedo. Incluso más miedo que el quedarse sola en ese hotel, el día que Bau la había abandonado. Pero, ¿qué podía hacer? Su vida ahora resultaba tal como su marido lo había predicho: difícil. Y ella no era una mujer capaz de enfrentar grandes retos. Más bien era una fracasada. Lo llevaba en la sangre: no tenía ninguna diferencia con su madre. Y como ella, moriría sola. Daba igual. Después de todo de seguro no faltaba tanto.

El sonido del timbre logró sacarla de sus más oscuros pensamientos, para hundirse en otros más sombríos aún.

No quería abrir, pero...

¿Para qué engañarse? Bautista iba a comenzar a llorar. A decirle cuánto la necesitaba. A echarle la culpa a ella... Y sí, la culpa era suya por no haber luchado por su matrimonio. Por no...

¡Qué raro! Bautista era siempre muy insistente. Odiaba quedarse parado en la puerta, por lo que siempre que olvidaba sus llaves tocaba un timbrado tras otro, hasta sacarla de quicio. ¿Por qué no había vuelto a sonar la chicharra entonces? ¿Se habría ido?

¿O de verdad era un hombre nuevo?

Sólo por inercia y un poco de curiosidad, Luisina abrió la puerta del departamento.

Pero la presencia inquietante que se ocultaba tras ella logró sacudir su modorra en un instante.

—Hola, Lui. Sé que dijiste que Amanda te había invitado. Pero me enteré de algo de tu joven doctor que creo que debes... ¿Qué te ocurre? Parece que hubieras visto un fantasma.

—¡No puedes quedarte, Augusto! Bautista va a llegar en cualquier momento y se enfurecerá si te ve aquí.

—¿Bautista?!

—Dice que no es feliz con Miranda. Que cambió. Que me necesita.

—¿Y tú?... ¿Tú también lo necesitas?

—No me engaño, Augusto. Mira lo que he logrado en estos últimos meses: ¡nada! El mundo está lleno de cuarentonas divorciadas, y no se necesita una más.

—Creí que eras menor que yo —objetó él, extrañado.

—Tengo treinta y siete. Pero eso no me hace menos patética... De verdad, Augusto. Agradezco tu buena voluntad al venir aquí, pero si Bau te ve, no va a dejar de reprochármelo nunca. Y yo lo último que quiero es discutir con él. Créeme, tu hermanito puede hacer mi vida muy miserable si se lo propone.

—Porque tú se lo permites.

—Es mi marido.

—¿Y con eso?

—Tú no lo entiendes porque Andrea y tú nunca... Pero el matrimonio es...

—Un contrato. Y de esos entiendo mejor que nadie. Te guste o no, tu marido ha incumplido los términos de un acuerdo, lo cual implica que puedes rescindirlo cuando te plazca de pleno derecho.

—Un matrimonio es mucho más que un montón de palabras legales. Es..., es...

—Es un acuerdo suscripto entre dos, con la bendición del sacrosanto estado nacional. No hay más que eso. Y como todo acuerdo entre dos personas, se hace sólo para simplificar la vida. Pero la tuya, más que hacerse

sencilla, parece evaporarse en cuanto Bautista se acerca.

—Es mi marido...

—¡No insistas, Lui! Hablas como alguien a quien se le lavó el cerebro. Dime, ¿acaso algún dios o fuerza sobrenatural bendijo tu unión?

—Sabes que no.

—¿Lo haces por tus hijos entonces?

—No tengo.

—¿Eras feliz a su lado?

—¡No!

—¿Lo amaste alguna vez?

Luisina calló por un momento. Pero luego, apenas en un susurro conmovedor, comenzó a confesarse.

—No soy valiente, Augusto. Mi matrimonio fue desde el primer día una forma de anestesiarme del mundo. Y aunque no me permite disfrutar o ser feliz, al menos también impide que sienta dolor. Eso hace que valga la pena... Vete, por favor. Tengo que comenzar a hacer el relleno de los raviolos de Bautista. A él le gusta comer a las nueve, y se pone de muy mal humor si me demoro.

Lui, como en un trance, se dirigió hacia la cocina. Caminaba con la mirada ausente, un dejo de vergüenza, y mucho miedo. Parecía un condenado a muerte.

Augusto observaba su deambular inútil tratando de entender.

¿Qué era lo que hacía que una mujer inteligente se convirtiera en un autómatas?

Y entonces algo llamó su atención. Era una mancha en la pared inmaculada de la sala. Un trazo que parecía haberse escapado de uno de los cuadros, desafiando la armonía del lugar.

Augusto movió la pintura, y un mar de palabras quedaron a la vista. Quitó el cuadro, y luego el otro.

La caligrafía era bella, femenina y con gran carácter.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Lui, luego de arrastrarla hacia allí.

La muchacha, apretando fuerte la bolsa con los sesos que acababa de sacar del refrigerador, bajó la mirada.

—Tonterías.

—¿Tú lo escribiste?

—Y también fui yo la que lo tapó con los cuadros. Olvídate de eso. Estaba fuera de mí cuando lo hice.

—¡No! Esta eres tú. Como ocurre con esta pared, por más que intentes

ocultar lo que sientes, está ahí. Y tarde o temprano alguien va a descubrirlo. ¿Qué es eso que aprietas tanto?

—Sesos... ¿Te gusta el seso?

—¿Bromeas? Ha sido la peor pesadilla de mi infancia. Mi madre me obligaba a comer los malditos raviolos de seso, y a mí me daban arcadas.

—Yo también lo odio.

—¿Y entonces qué haces con ese paquete?

—Bautista me pidió que... A él le encantan.

—Pero a ti no.

—Ya me acostumbré.

—¿Sabes?, cuando era niño mi madre me obligaba a comerlos. Pero ya no soy un niño. Y nadie puede obligarme a hacer lo que no quiero. También tú eres libre, Lui. ¿Cuándo piensas animarte a crecer? El mundo duele, es cierto. Pero vale la pena... No te engañes, Luisina. Eres como estos trazos en la pared: imperfecta, pero real. Y, te guste o no, estás allí dispuesta a contar tu verdad cuando menos lo esperes.

—Bautista me ahoga.

—No es Bautista. Eres tú la que no se anima a respirar.

—Necesito aire... De verdad, será mejor que vaya a la terraza.

—Será mejor que vengas conmigo. En mi casa hay aire, verde. Pero más importante aún es lo que no hay allí: raviolos de seso. Ni nada que te disguste. Ni nadie que te obligue a ser alguien que no eres. ¿Vienes conmigo?

¿Dejarlo plantado a Bautista? ¿Desafiar su autoridad? ¿Volver a su triste realidad de secretaria cuarentona y divorciada?

—¡Vamos! —exclamó Lui con firmeza.

Sí. Su realidad podía ser triste y aburrida, pero al menos era suya.

Bajaron por el elevador dispuestos a salir de allí.

Pero al llegar a la calle Luisina se detuvo una vez más, confundida.

—¿Qué ocurre, Lui?

—Espera —le dijo.

Y entonces, dirigiéndose con paso resuelto hacia el tacho de basura más cercano, arrojó el paquete que aún llevaba.

—No me gustan los sesos —declaró con resolución una vez adentro del auto.

Y es que su vida acababa de comenzar.

* * *

¡Por fin iba a retomar su vida allí adonde la había dejado!

¡La cara que pondría Miranda cuando no llegara a casa para dormir!

Bautista miró su reloj: las ocho y media de la noche.

Por supuesto que nunca había considerado llegar temprano a la calle Céspedes. Porque podía ignorar muchas cosas, pero era un verdadero experto en Luisina. La vida con ella tenía que regirse por un cierto orden. Era lo mismo que recomendaba “El encantador de perros” en su programa televisivo: primero se debía dejar en claro quién era el macho dominante. Luego había que recompensarla por las conductas correctas, pero jamás tolerar algo distinto a la sumisión absoluta.

Llegar tarde era, sin duda, la mejor decisión. Sólo para eso había estado mirando escaparates desde las cuatro, (bueno, y de paso para elegir algo de la ropa que pensaba comprarse ahora que iba a recuperar su dinero).

Luego del infierno de los últimos meses se merecía algo de mimos. Y para eso nada mejor que gozar de los privilegios de una hembra sometida a su voluntad.

Bautista tocó el timbre una sola vez. No quería que Lui pensara que era el mismo alborotado de antes. Además, si tardaba era porque de seguro estaba poniendo la mesa en la terraza. Porque si conocía a su mujer, para esa hora ya debía tener todo listo. Y él se moría de hambre.

Volvió a tocar el timbre. Y de inmediato una vez más, porque después de todo tampoco su paciencia era eterna.

Una antigua vecina le permitió acceder al interior del edificio. ¿Dónde se habría metido Lui? ¿Estaría descompuesta la chicharra?

Llegó hasta la puerta del departamento y de nuevo se colgó del timbre, enfurecido, mientras golpeaba la puerta y llamaba por su móvil.

Nada.

Y entonces, más allá de toda lógica, comenzó a los gritos.

—¡Luisina! ¡Abre de una vez! ¡Lui!

Por fin la puerta se abrió.

Pero era la de su vecina, la misma que había hablado con él la noche de navidad.

—¿De nuevo usted?

—Mi esposa no me responde. ¿Sabe si fue a comprar algo?

—La vi salir hace media hora, pero dudo que regrese.

—¿Por qué? ¿Le dijo algo?

—No. Pero yo no regresaría si un tipo tan buen mozo me llevara a pasear.

—¿Qué tipo?! ¿Qué buen mozo?! ¿De qué está hablando?!

—Alto, moreno, atlético, con abundante cabello y muy, pero muy elegante.

Claro que apenas lo vi —mencionó la dama, mientras echaba un vistazo reprobatorio al desgraciado que tenía enfrente.

Y sí, gracias a las malas artes de Miranda, y ahora también las de Lui, eso parecía: un desgraciado.

O al menos así se sentía.

Su esposa se había ido a festejar con otro, y él sabía muy bien de quién se trataba. Alto, moreno, buen mozo... No había demasiados con esa descripción. ¡Ya iba a ver, ese miserable! No se detendría hasta hacerlo polvo. ¿Sólo porque la mujer lo había abandonado se creía con derecho de robar la de los demás?

¡Hijo de puta!

¡Maldito Pedro Pérez!

* * *

—¿Qué es de la vida de Pedro? Hace mucho que no lo vemos por aquí.

—Yo tampoco sé de él. Nos hemos divorciado.

—¡Pobrecita! ¿Te dejó? No sabíamos nada —se disculpó el buen hombre, avergonzado.

Pero, por supuesto, su mujer aprovechó para avergonzarlo aún más.

—Disculpa, Alicia. Mi marido es un despistado. Todos sabemos de tu divorcio. ¡Tu madre lo publicó a los cuatro vientos! Estaba feliz de haber borrado el nombre Pérez de la familia.

—Tampoco a nosotros nos caía demasiado bien tu marido. Una vez...

—¡Miren! —los interrumpió Alicia—. Allí están sirviendo caviar. ¿Por qué no van a buscar un poco? O, mejor aún, yo puedo traerles la bandeja —sugirió, como si en verdad estuviera interesada en la suerte del adorable matrimonio Mendiguren.

—No. No queremos molestarte.

“¿Entonces por qué no se callan la boca?”, estuvo a punto de replicar la muchacha. Pero por el bien de la familia decidió callar. Los Mendiguren era gente muy influyente.

—¿Todavía trabajas en la Fundación?

—Y en el Hospital público.

—¡Pobre! Debes ganar una miseria. Pero no hay necesidad de que ahorres. Estoy segura de que si le pides a tu madre un poco de dinero para comprar ropa decente, ella te lo dará encantada, pobrecita niña.

Alicia sintió que la paciencia se le agotaba. No era un buen día para ella. No podía sacarse de la cabeza a esa Luisina. ¿Cómo podía ser que todavía existieran mujeres así, perfectas, encantadoras..., sumisas?

¡Qué ganas le tenía a Blas! ¡Qué caliente estaba con él!

—¿Y no hay ningún caballero por ahí, dispuesto a curar tu corazón herido?

—Mi corazón está perfecto, señor Mendiguren. Y no, no conozco a ningún cardiólogo que le pueda recomendar.

—¡Qué humor ácido, cariño! Pero te entendemos. A nuestro Claudito le ocurre lo mismo que a ti... Les parece que siempre van a ser niños, y un día se levantan y ya tienen cuarenta. ¡Qué triste!

—Mi vida no es triste. Salvo a mucha gente todos los días.

—La vida no es nada sin amor, querida...

¡Putá! Quizás por eso se había terminado enamorando de Blas. Porque, para que negarlo, estaba enamorada.

Daba igual. Otra iba a quitárselo. Luisina se lo iba a quedar.

—Y ahora que lo pienso, querida, ¿qué tal si matamos dos pájaros de un tiro, y te arreglo una cita con mi Claudito?

—Dudo que a Claudio le interese salir conmigo, señora.

—¡Vamos, querida! No te hagas rogar, que ya casi pisas los cuarenta. Míranos a nosotros. ¿No te gustaría tener un marido como el mío?

Alicia perdió los estribos. ¡No quería un marido! Solamente un gran amor... Sólo por eso se había casado con Pedro. Y así le había ido. ¡Qué ilusa! Los hombres siempre lastimaban. Y ahora no tenía fuerzas para repetir la misma historia con Blas. ¡Blas! ¿Por qué mierda lo necesitaba tanto? ¿O es que también a ella le habían lavado el cerebro con esa maldita historia del príncipe azul, para toda la vida?

—¿Y, Alicita? Mira que mi Claudito no va a estar allí para siempre. Hay muchas niñas más jóvenes que tú interesadas en él. ¿Lo estás pensando?

—No, no lo estoy pensando. ¿Y sabe por qué? Porque a su Claudito no le importan las chicas jóvenes. Más bien no le importan las chicas. Porque el muchacho, y, créame, usted es la única que lo ignora, es “gay”. Puto, señora. Hace más de dos años que vive con un hombre. Mi madre lo ha publicado a los cuatro vientos. ¡Todos lo saben! Y si a usted le interesara tanto el amor, como dice, aceptaría su decisión de una vez por todas, en vez de continuar buscándole mujeres. Yo no compro eso del matrimonio y el amor. Y usted no es ejemplo de nada. De hecho, no es mejor que yo. La única diferencia entre nosotras es que mientras que usted cierra los ojos cuando su marido se acuesta con la secretaria, a mí no me gusta que me traicionen. Porque también eso lo publicó mi madre a los cuatro vientos.

Parada a unos metros de allí, la dueña de casa intuyó el desastre. Le bastó ver a la digna señora de Mendiguren cayendo al suelo desmayada, a su marido enardecido, y a Alicia, su hija, con esa mirada beatífica que ponía luego de haberse desahogado.

¡¿Por qué?! ¡¿Por qué no le había tocado a ella una buena hija, que se entretuviera en gastar dinero mientras conservaba la boca cerrada?!

¡Qué difícil era la vida!

* * *

—¿A quién esperabas? La mesa está puesta para dos.

Augusto sonrió antes de responder.

—A ti.

—Pero ayer te llamé para decir que no venía. Que Amanda me había invitado a su casa.

—¿Era una mentira, no?

—Pensaba quedarme sola. Pero se supone que tú lo ignorabas.

—Me creí tu cuento de Amanda. Pero me pareció tan patético confesarle a mi ama de llaves que me habían plantado, que preferí dejarla hacer. La pobre parecía muy entusiasmada de que al fin tuviera una invitada.

—¡Pobrecito! Apuesto a que pasas solo todas las noches.

—Ella dice que deambulo por los cuartos como si fuera un fantasma.

—Parece que se preocupa por ti.

—Demasiado. Pero es encantadora. En cuanto la conozcas...

—¿Por qué habría de hacerlo? Hoy ella está de franco, y no pienso volver a tu casa otro día.

—Lo mismo dijiste la vez anterior, y aquí estás.

Augusto abrió las puertas del comedor de par en par, y Luisina no pudo ocultar su maravilla. Nunca antes había visto una mesa tan lujosa: manteles de hilo, cubiertos de pura plata y copas de cristal transparente.

—¡Guau! ¡No estoy arreglada para una cena como esta!

—Si Andrea te viera vestida con jeans para cenar, estoy seguro de que moriría de un infarto. Pero como por fortuna estamos solos...

“Curioso”, pensó Lui. Mientras que “sola” sonaba patético, “solos”, en cambio, muy inquietante.

Sin embargo había algo de juguetón en el gesto de su cuñado que logró distenderla.

Y por extraño que fuera, por primera vez se sintió cómoda en esa casa.

* * *

Nunca iba a volver a sentirse cómodo en casa si Lui no estaba allí.

Por supuesto que no había raviolos de seso para él. Ni siquiera una cena decente. Como siempre que cocinaba Miranda o su madre, la mesa estaba vacía.

Famélico, enfurecido por el desprecio de Lui, y algo borracho, Bautista se arrojó a un sillón dispuesto a cerrar los ojos y olvidarse del mundo. Pero no fue tan fácil.

Miranda se estaba acostando con otro, lo sabía. Otro, u otros... Después de todo la niña era una puta. Pero a él le daba igual lo que hiciera esa perra. Con Luisina, en cambio... Luisina era suya, sólo suya, y nadie tenía derecho a tocarla... Si llegaba a enterarse de que ese idiota le había puesto un dedo encima., ¡los mataba a los dos! Así se pasara el resto de su vida en la cárcel. Mejor eso, que saber que otro estaba disfrutando de su mujer. Se conocía: no era particularmente valiente o violento. ¡Pero cuando algo lo obsesionaba! Y por alguna razón no podía borrar de su mente la imagen de Pedro Pérez montando a su esposa. Y si la idea de que ese idiota se comiera a Lui lo

sacaba de quicio, la certeza de que él mismo los había presentado se le hacía insoportable.

¡Sí!, esto ya era una cuestión personal. No había posibilidad de seguir viviendo si se sabía víctima de una traición semejante. Eran ellos, o él.

¿Qué estaban buscando esos dos? ¿Qué les disparara en medio de los ojos? Podía hacerlo. Había practicado tiro durante años. Sí, sólo era cuestión de buscar un lugar oscuro y cuidar que nadie lo viera.

En su mente apretó el gatillo una y otra vez, ante la mirada espantada de la que un día había sido su esposa.

Una y otra vez.

Y recién entonces pudo dormir.

Fue un sueño profundo.

Un sueño de muerte.

* * *

—La comida estaba deliciosa. ¿Todo esto lo preparó tu ama de llaves?

—No. Ella sólo supervisa y decide el menú.

—Por supuesto: tienes cocinera. Dos personas para cuidar a un hombre solo.

—En realidad son cinco: dos muchachas que limpian, el jardinero, la cocinera, y Lidia, el ama de llaves.

—Apuesto a que Andrea jamás tuvo que arrodillarse para limpiar un piso de madera.

—Dudo que alguien todavía lo haga. ¡Estamos en el siglo XXI!

Luisina calló, imbuida como estaba en sus propios pensamientos.

—Augusto, ¿por qué se fue Andrea? —preguntó al fin.

—No lo sé. ¿Tanto te cuesta creerme?

—Nadie se va así como así de una casa como esta. Nadie abandona a un marido como tú.

—¿Por qué mentiste acerca de tener una invitación para esta noche?

—No quería venir.

—Creí que te habías divertido en Navidad.

—¡Mucho! Pero todavía no termino de entender que te traes entre manos.

Todo bien contigo, pero no quisiera que esto acabe en tragedia.

—¿A qué te refieres?

—Odias a Bautista tanto como él a ti.

—Yo no odio a nadie. Y te juro que al invitarte en la última persona en que estaba pensando era mi hermano.

—Siempre dices lo mismo, pero no te creo. Pertencí a la familia Stuar demasiado tiempo y conozco muy bien esa mente retorcida que tienen.

—Pues se ve que a mí no me conoces. ¿Qué estás haciendo con esos platos?

—Los llevo a la cocina. ¿No piensas levantar la mesa?

—¡No! Ya te dije que le pago a un batallón de gente para que haga las cosas. Además, así Lidia sabrá que no estuve solo. Estoy seguro de que se muere por irle con el cuento a Andrea.

—¡Así que esas te traías!

—¿Qué?

—Quieres usarme para darle celos a tu ex.

—¡No!... Aunque ahora que lo pienso, no es mala idea. Déjame ver...

Augusto se puso de pie, en el esplendor de su inmensa altura. Antes de que Lui pudiera evitarlo, barrió con la bella porcelana china haciendo un lugar en la mesa. De inmediato, para sorpresa de Lui, la tomó en brazos como si se tratara de una bolsa de papas, y la arrojó allí, en medio de platos y cubiertos.

—Creo que así se vería si hubiéramos tenido sexo sobre la mesa, ¿no te parece? —dijo entonces, burlándose de la sorpresa de la muchacha—. Esto sí que va a dar color a los chismes de la mañana.

—No —replicó Lui con seriedad. Pero de inmediato mojó la mano en la salsa de arándanos que bañaba el cerdo, y la pasó por la camisa de su cuñado—. ¡Esto lo hará! —agregó, juguetona.

Todavía riendo la ayudó a bajar de la mesa. Pero sentir el cuerpo vibrante de ella tan cerca le hizo desear que esa pequeña comedia se convirtiera en realidad.

—Ya casi son las doce de la noche, Lui. ¿Por qué no vamos afuera para ver los fuegos artificiales?

—¿Crees que alguien se tome la molestia? Este es un barrio muy elegante.

—¡Ya verás!

Salieron al jardín. A pesar del gran calor que golpeaba la ciudad los acarició el fresco de la noche. Quizás por el rumor de una fuente cercana o por el rocío que cubría el césped, la temperatura allí era deliciosa.

—¿Te parecería poco elegante si me quito los zapatos y me echo sobre el pasto? Con mi padre solíamos ver los fuegos artificiales así.

—¡No! Me parece perfecto. Es más, pienso imitarte. Después de todo, luego de haber hecho el amor sobre la mesa dudo de que esto pueda ofender a nadie.

Los dos se acostaron sobre el césped apenas húmedo, mirando al cielo.

—¿De verdad crees que mi hermano regresó porque te ama?

—A mí, o a sus doscientos mil dólares, no estoy segura.

—¿De qué hablas?

—Bautista tenía cuatrocientos mil dólares en una cuenta en Suiza. Yo lo ignoraba por completo. Pero Amanda, revisando los papeles de mi marido, lo descubrió. El mismo día que nos separamos ella transfirió la mitad a una cuenta a mi nombre.

Augusto rio de buena gana.

—¡Bautista se lo merece!... ¿Qué piensas hacer con tanto dinero?

—Devolvérselo. Si supiera cómo, ya lo habría hecho. A mí no me hace falta. Además, estoy segura de que trabajó duro para obtener esa fortuna, así que le pertenece.

—¡No! Me pertenece a mí.

—¿A ti? ¿Qué tienes tú que ver en eso?

—Cuando estuve en Estados Unidos, Andrea me vinculó con mucha gente. Al poco tiempo ya estaba interviniendo en los juicios en contra del monopolio tecnológico. Cobré millones, y rápidamente pasé a ser un hombre rico. Un día, estando en Orlando, me encontré con la tía Azucena. Ella me contó que a mamá la habían desalojado. Ya hacía más de cinco años que con la vieja no nos hablábamos, y yo no quería dar el brazo a torcer. Pero tampoco podía permitir que se muriera de hambre, así que contacté a Bautista y le abrí una cuenta por seiscientos mil dólares para que, sin mencionarme, le comprara una casa y tuviera dinero suficiente para mantenerla.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Lui, indignada—. Te puedo hacer la cuenta exacta de lo que le dimos a tu madre. Era yo la encargada de los gastos, y dudo que hayan alcanzado los diez mil dólares.

—¿Sabes lo que más me envenena? Cuando mamá se enteró de que era rico y vino a buscarme, le pregunté por el dinero... Me dijo que se había acabado. Que había tenido grandes gastos médicos... ¡Tendría que haberme imaginado que otra vez estaba encubriendo a su hijito del alma! ¡Por eso su cara de sorpresa cuando le hablé de los dólares!

—¿Y sabes lo peor? Cada vez que le pedía dinero a Bautista para los gastos de tu madre, él hacía un gran escándalo, como si comer todos los días fuera un lujo.

—Hablaste de cuatrocientos mil dólares... ¿Qué habrá hecho con los doscientos mil que faltan? ¿Estás segura de que no es esa suma la que gastó en mamá?

—Siempre me pregunté de dónde habría salido el dinero del departamento de Villa Urquiza. Un día estábamos buscando un tres ambientes con vista a la nada, y al siguiente habíamos comprado un semipiso a la calle y un auto... No sé cómo no sospeché.

—No hay peor ciego que quien no quiere ver.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Me acusas de interesada?

Luisina se incorporó, sin ocultar su enojo.

Y por un segundo Augusto disfrutó de su perfume embriagante, y de esa furia tan rara en ella, pero que la llenaba de vida.

—Todo lo contrario, Lui.

—Sigo sin entenderte.

Su cuñado jugueteó con su expectativa mientras la contemplaba. Era agradable perderse en ese cabello enmarañado, sedoso, brillante..., ¿qué ocurriría si lo acariciaba?

—¿Y? Espero tu respuesta. ¿Crees que no le objeté a Bau sus gastos porque disfrutaba del lujo?

“Disfrutar... ¡qué hermosa palabra!”, pensó él, algo excitado por la intimidad con que aquel cielo estrellado los envolvía.

Trató de recomponerse antes de responder.

—No creo que te guste mi opinión, Lui. No quisiera echar a perder la noche.

—Faltan diez minutos para el próximo año. Sé sincero ahora, y para cuando suenen las doce campanadas prometo olvidar lo que dijiste y festejar sin rencores.

También Augusto se incorporó. Era imposible hablar en serio mientras sentía la dulce presencia de Lui sobre él.

—¿Recuerdas que te conté que durante un tiempo ejercí el derecho penal? Fue apenas un año, pero en ese juzgado vi cosas que no voy a olvidar jamás. En especial recuerdo a una mujer. Una bella mujer. Hermosa, inteligente... El marido la había molido a golpes. Y no era la primera vez. Hicimos la denuncia, el análisis forense, el estudio psicológico de ella y los hijos. El

daño era irreparable. Teníamos al sujeto en las cuerdas... Y un día el tipo se presentó para buscarla. Llevaba un gran ramo de flores en las manos... De inmediato ella se transformó ante mis ojos, y no pasaron más de dos días antes de que retirara la denuncia. La llamé, le rogué, hasta le grité. Pero no conseguí nada. La misma mujer lógica y articulada que había acusado primero, era entonces una tonta asustadiza, capaz de volver a creer más allá de toda evidencia. Fue una gran frustración para mí.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Hoy me sentí igual de frustrado cuando llegué a tu casa.

—¡No es lo mismo! Bautista jamás me puso un dedo encima. ¡Yo no soy como esa mujer!

—¿No? A mí me parece otra cuando Bautista está cerca.

—Eso no es cierto.

—Piensa, Lui... ¿Cuántas veces cambiaste de opinión respecto de tu matrimonio durante estos tres meses? ¿No te resulta extraño que cada vez que él se aproxima te pongas a temblar como una nena?

—Ya casi son las doce.

—¿Cumplirás tu promesa? ¿Vas a perdonar que haya sido sincero, o como buena periodista sólo escucharás la parte de la realidad que te conviene?

Luisina volvió a acostarse, y luego lo hizo él, aún más cerca de ella que antes.

Y quizás por estar tan próximo pudo percibir el dolor en los bellos ojos castaños de su cuñada, como si suplicaran por consuelo.

—¿Crees que el próximo año pueda ser mejor, Augusto?

—Ya es mejor. Mucho mejor.

—¿Habrá algún fuego artificial en el cielo? Me parece que estamos haciendo el papel de tontos, tumbados aquí.

—Dale unos minutos.

—Al menos nos habremos ganado la admiración de tu ama de llaves.

—No entiendo...

—¿Salsa y luego pasto? ¡Una gran noche!

Augusto sonrió, y ni bien los disparos de luces comenzaron a teñir el cielo, también lo hizo ella.

¡Qué hermosa era! Y muy distinta a Andrea...

Luisina era tan real, como aquel estruendo ensordecedor que inundaba el aire. Fresca como el rocío. Dulce como el champagne con el que estaban brindando. Y, como el champagne, chispeante.

¿Sentiría ella también esa urgencia en su sexo?

¿O sólo eran cosas tuyas, necesitado como estaba de una mujer?

—¡Guau! Tus vecinos gastaron una verdadera fortuna en luces. ¡Lo que es vivir en un barrio rico!

—Y esto no se acaba aquí. Tengo pensadas muchas cosas para el resto de la noche. Incluso te prometo el más bello amanecer. Y luego...

—Ya pedí un taxi para las tres de la mañana.

—¿Cuándo?!

—Hace un rato, cuando fui al baño.

—¿Por qué lo hiciste?! Hay seis cuartos vacíos en esta casa.

—Prefiero la mía. Es más segura —agregó con picardía.

—¿Por qué no confías en mí?

—¿Por qué te tomas tantas molestias para agradarme?

—¡Yo no me tomo ninguna molestia!

Luisina estaba a punto de replicarle algo, cuando cuatro niños rubios y de ojos claros corrieron hacia ellos.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —se extrañó Augusto.

—Hay un agujero en la cerca que separa tu casa de la nuestra. Mi mamá dice que tenemos que darte las gracias.

—Bueno, bueno —los interrumpió él—. Pero será mejor que ahora regresen. Ya es muy tarde para que los niños pequeños anden paseando por allí.

—¿Te gustó? —insistió el mayor de los muchachos.

—¿Qué cosa? —pregunto Lui, intrigada.

—Nada —se apuró a contestar Augusto.

—¡Los fuegos artificiales! —corearon en cambio los niños con orgullo—.

¿Te gustaron?

—Estuvieron hermosos. Ahora váyanse.

—Esperen, ¿por qué querían agradecerle a Augusto, si los fuegos los encendieron ustedes?

—Él nos dio el dinero anteaer. ¡Mil pesos! Dijo que hiciéramos estallar el cielo. ¿Lo hicimos estallar?

Luisina rio de buena gana al descubrir la trampa de su cuñado.

—Sí, creo que ya no queda ni un pedazo.

—Mi papá dice que la próxima vez que quieras fuegos artificiales, Augusto, tendrás que venir a prenderlos tú... Es que a nosotros no nos dejan tocar los fósforos.

—¿Algo más para incriminarme? Menos mal que no los he llamado a testificar en un tribunal, porque gracias a la discreción de estos cuatro acabaría purgando cadena perpetua —replicó él, fastidiado.

Luisina, en cambio, no podía dejar de reír. Y si no fuera porque se veía espléndida, su cuñado se hubiera enojado de verdad con ella.

—Te dije, Augusto. Hasta que no sepa qué te traes entre manos no pienso confiar en ti. Por eso pedí el taxi. No me gusta correr riesgos.

—¿Un conductor alcoholizado no te parece riesgoso?

—Se supone que el buen hombre no ha tomado.

—¡Ja! Ni se te ocurra que voy a permitir que te vayas con cualquiera.

—¡Ni se te ocurra que voy a quedarme aquí!

—Está bien. Se hará como quieras. A las tres de la mañana en punto irás a tu casa. Pero te llevaré yo. Iremos juntos. ¡Y esa es mi última palabra!

Luisina sonrió. ¿Qué se traería entre manos el bueno de Augusto?

¿Era posible que los miembros de la familia Stuar estuvieran siempre tramando algo?

* * *

Ya lo tenía todo planeado. Esperaría detrás del árbol a que Pedro Pérez y Lui llegaran de su cita romántica.

Y entonces les iba a disparar. A los dos.

Bautista retrocedió. ¿Era el alcohol el que hablaba? Sin embargo se sentía más lúcido y alerta que nunca. Quizás por esa porquería que había encontrado en su propia casa, y que sólo por molestar a Miranda no había dudado ni un minuto en mascar como si fuera chicle.

Ahora todo parecía lógico y posible. Sólo era cuestión de aprovechar la oscuridad de la noche y la calle solitaria para hacerse justicia por mano propia. Y lo mejor de todo: nadie lo iba a atrapar.

Sí, por primera vez desde que la conocía, su suegra serviría para algo. Ella podía atestiguar que a la hora del crimen Bautista estaba durmiendo en su cama. La vieja había entrado a su cuarto a las tres de la mañana, preguntando por la hija. Lo había sacudido con fuerza, pero él simuló estar dormido. No lo hizo para tener una coartada, porque en ese momento no pensaba matar a

nadie, pero siempre encontraba cierto placer en ignorar a la vieja puta.

La mujer de Pedro Pérez, en cambio... Nada iba a alejar a Alicia Andrade del centro de las sospechas. Ella tenía mucho que perder con el divorcio: el idiota de Pérez le estaba reclamando el dinero generado por los negocios de su familia. Sí, dinero. Mucho dinero. Un motivo aún más poderoso que los celos... Y daba igual que también ella tuviera una coartada. Incluso era mejor si la tenía, porque eso sólo demostraba la premeditación con que había decidido esos asesinatos. Después de todo una mujer rica como la buena doctora bien podía matar a la distancia.

La pistola, gracias a Dios, no estaba registrada. Su instructor de tiro hizo especial hincapié en eso antes de vendérsela. Así que todo era cuestión de limpiarla bien, y luego arrojarla a cualquier cesto de basura que hubiera por allí.

Escuchó el ruido de un auto que se aproximaba y salió de su escondite, acariciando el arma, dispuesto a todo.

Alguien abrió la puerta delantera del vehículo. Y entonces apuntó. Puso el dedo en el gatillo, y ya estaba a punto de disparar, cuando algo lo detuvo justo a tiempo.

No conocía a esa gente. Sólo se trataba de un muchachito dejando en casa a su novia.

Estaba sudoroso. Había descargado tanta adrenalina, que sólo le quedaba entrar en razón.

No podía ir a los tiros por allí ante la primera sombra. Tenía que cerciorarse bien antes de disparar.

Miró su reloj. Ya casi eran las cuatro. Si ese par de traidores no se apuraba pronto las calles comenzarían a poblarse otra vez de gente, y su plan se habría arruinado.

Rogó al Cielo para que su madre lo iluminara. Dios no podía olvidarse otra vez de él.

Y como si en verdad una fuerza superior hubiera respondido sus plegarias, en ese preciso momento un lujoso auto importado se detuvo en la puerta del edificio de Lui. En seguida descendió de él un hombre moreno, altísimo, atlético. A Bautista le resultaba ligeramente familiar, pero a causa de la poca iluminación del alumbrado público no podía distinguir sus rasgos. A la mujer que bajó luego la reconoció de inmediato. Era Lui. Su Lui. Y estaba con otro.

Demasiado para él.

Y entonces, quizás por una mala mezcla de alcohol y anfetaminas, Bautista

dio un paso al frente, apuntó el arma con cuidado...
Y simplemente disparó.

CAPÍTULO VIII

Decidido a recuperar el resto de su vida, Bautista disparó sin dudar a la figura borrosa de aquel traidor que le había robado a su Lui. Aún drogado su puntería era perfecta. Así que dirigió la bala al corazón, y allí hubiera impactado de no haberse distraído con los gritos de los niños que estaban en el asiento trasero.

¡Había estado a punto de cometer una locura! Sí, en efecto, esa era Lui. Pero no había salido con otro hombre, sino con toda una familia. Un hombre, una mujer, niños.

Un inocente festejo con amigos.

Luego de efectuado el disparo, de inmediato Bautista arrojó el arma y echó a correr. Lo último que necesitaba en su vida era una complicación más.

Corrió como nunca lo había hecho antes. Y recién luego de atravesar cuatro calles con la velocidad del rayo, se detuvo, exhausto.

Tardó más de media hora en reponerse.

Sí, lo mejor sería partir hacia Mar del Plata con las primeras luces de la mañana, tal como lo hacía todos los años. Necesitaba esas vacaciones más que nada en el mundo. Tenía que descansar, reponerse. Comenzar a pensar con calma.

También Miranda necesitaba ese tiempo para encontrar otro alojamiento.

Y en cuanto a Luisina...

Luisina tendría que aprender su lección. No podía demostrarle que la necesitaba. Era ella la que lo necesitaba a él. Y esa noche se había comportado muy mal al dejarlo plantado. Pero tendría su castigo. Sí, lo mejor sería ignorarla por diez días. Las mujeres eran hijas del rigor, y él se había equivocado al ir a casa de su ex implorando. Tenía que recuperar su posición de fuerza.

Tenía que recuperar su vida.

A pesar del bochinche y las luces que surcaban el cielo, el doctor Pardo tuvo la extraña sensación de que algo había pasado silbando cerca de su pecho.

—¿Qué fue eso?

—A mí me sonó como un tiro —replicó Luisina, asustada.

—No. De seguro se trata sólo de pirotecnia barata. Por eso odio andar circulando por las calles en estas fechas. El año pasado dañaron la pintura de mi auto con una bengala.

—No, Pablo. A mí también me sonó a un disparo —confirmó la joven señora Pardo—. Incluso me pareció ver a un hombre correr hacia la avenida. ¿Crees que hayan intentado asaltarnos?

—No inventes, mujer. Pueden escucharte los niños.

—¿No era por aquí que vivía “el francotirador de Belgrano”?

—No —la tranquilizó Lui—, más para el lado de la Estación. Pero estoy casi segura de que todavía está preso.

—¿Por qué no nos vamos, Pablo? Se ha hecho demasiado tarde para los niños.

—Les agradezco muchísimo que me trajeran hasta aquí, y lamento las molestias que les ocasioné.

—Ninguna molestia. Tu casa nos quedaba de camino. Además me dio la impresión de que Augusto no estaba en las mejores condiciones para conducir. Se veía demasiado alegre cuando fuimos a saludarlo.

—Tú siempre en las nubes, Pablo. Quizás nuestro amigo estaba tan alegre por otra cosa.

—¿A qué te refieres, Laura?

—Temo que preocupándote tanto por la salud de Augusto, pusiste en peligro su corazón. El pobre muchacho parecía muy contrariado por no poder acompañar a su cita.

—¡No se inquieten! —se burló Lui—, el corazón de Augusto está a salvo conmigo. Yo no soy una “cita”. Soy su cuñada. Es decir, ya no, pero estuve casada con su hermano durante diez años.

—¡Guau! ¿Cuñados? ¡Qué romántico! Una historia de amor prohibido.

Lui sonrió divertida.

¿Un romance con su cuñado? ¡¿A quién podía ocurrírsele una tontería como esa?!

* * *

—¿Con tu secretaria?! ¿Cómo pudo ocurrírsete una tontería así?

—No sabes las cosas que tiene que hacer un soltero de nuestra edad para tener un poco de sexo.

—¿Crees que es más fácil para los casados? ¡Qué iluso! Tengo la sospecha de que las mujeres odian la cama y sólo la utilizan para obtener algo a cambio.

—Por desgracia no todas son así. Conozco una a la que lo único que le interesa es el sexo.

—Ofrécele matrimonio, y vas a ver cómo cambia la historia.

—Ya lo hice, y fue inútil.

—¿Le pediste matrimonio?!

—¡Tampoco tanto! Pero ya estoy mayorcito como para contentarme sólo con tener sexo en un armario, por bueno que sea.

—¿Estás hablando de Andrade entonces!

—¡Shh! ¡Pueden escucharte!

—Pero se trata de ella, ¿no? De Alicia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Crees que alguien en este hospital lo ignora? Sus suspiros se escuchaban hasta en el quirófano. Es evidente que la muchacha es muy buena amante, pero, ¿para qué quieres tener algo serio con ella? Es una mujer demasiado complicada. ¡Bah!, como todas.

—Pues encontré a una que no es así. Una paciente. Te juro que Luisina...

—¿Luisina Stuar? ¡Claro que la conozco! Yo la derivé a tu consultorio, ¿no te acuerdas?

—¿Qué opinas de ella?

—Le faltaba un poco de actitud, pero desde que está divorciada... ¡Espera! ¿Te gusta Luisina?

—Siempre me pareció admirable la lealtad que tenía hacia su marido. El tipo era un cretino, y ella no hacía más que defenderlo. Me gustaría conseguir una mujer así.

—¿Una mujer como Luisina, o a Luisina?

—A Luisina. Pero creo que el cretino ha regresado a su vida.

—No entiendo, Blas, ¿la quieres para joder, o la quieres de verdad?

—No me disgustaría casarme con alguien así.

—¿Se lo dijiste?

—No es tan fácil. El marido...

—¿Le dijiste lo que sentías por ella?

—El marido...

—Tú eres lo mejor que le puede ocurrir a esa muchacha, Blas.

El joven doctor se quedó pensativo. Sí, quizás había llegado la hora de conversar con Lui.

* * *

Enero era implacable en la ciudad. Bastaba caminar los pocos pasos que la separaban de la avenida Cabildo, para que la temperatura se elevara tres grados. La sensación térmica llegaba a los cuarenta. La humedad se pegaba al cuerpo, dejando a todos exhaustos.

Por fortuna la mayoría se había ido de vacaciones y las calles estaban desiertas.

Por desgracia la mayoría se había ido de vacaciones y las calles estaban desiertas.

Sin nada que hacer en todo el día, la soledad apretaba a Lui hasta ahogarla.

El sol implacable de la mañana le impedía salir hasta bien entrada la tarde. Y las horas transcurridas en su pequeño departamento sin nada que hacer se volvían eternas. Una y otra vez consultaba el Facebook de Candelaria para pasar el tiempo. Ya era triste que la mejor amiga de una mujer adulta fuera una muchachita de apenas quince años, pero, peor aún, que la niña tuviera una vida digna de ser exhibida, mientras que las pocas caras que poblaban su Facebook eran difusas y olvidables.

Luisina suspiró.

¿Por qué no la habría llamado Augusto? ¿Estaría ofendido por su huida de año nuevo? ¡Lastima! Porque cualquiera que fueran las intenciones de su cuñado, era agradable que un hombre le prestara tanta atención. ¡Y qué hombre! De haber tenido una buena amiga que fuera soltera, no hubiera dudado ni un minuto en presentárselo.

Volvió a suspirar.

¡Qué aburrimiento! Y recién era el día cinco del mes. ¿Cómo iba a hacer para llegar a febrero?

El teléfono comenzó a sonar con fiereza. Un sonido chillón al que Luisina no terminaba de acostumbrarse.

Decidió no perder la oportunidad de escuchar la voz de otro ser humano, aun cuando lo más probable era que se tratara de algún vendedor.

La molesta chicharra no había llegado a repicar dos veces, cuando ya lo estaba atendido.

—Hola —dijo, esperanzada.

Sí, sólo un milagro podía salvarla.

Pero por desgracia no creía en ellos.

* * *

—A Ana y a mí nos gustó mucho tu cuñadita. Linda chica. ¡Y muy agradable!

—A mí también me gusta mucho.

—¡Vaya! ¿Y entonces?

—Creo que no le intereso. Dice que me considera como un hermano, pero me parece que simplemente no le gusto.

—¿Y tú? ¿Estás enamorado?

—No. No estoy listo para otra relación. Pero me gustaría acostarme con ella.

—Nadie está listo para una relación, sólo sucede.

—Sigo obsesionado con Andrea.

—¿La separación es definitiva?

—Conoces a mi mujer: hasta el más insignificante de sus caprichos es siempre definitivo.

—¿Y con tu cuñada? ¿Qué chances crees que tienes con ella?

—Ninguna.

—¿Y por qué pierdes el tiempo, entonces?

—Porque me divierte a su lado. Y, aunque suene enfermo, el que no me considere un “candidato” es parte del encanto. Cuando salgo con otras, en cambio, siento como si tuviera dibujado un blanco en la espalda, y fuera época

de caza.

—Ahora entiendo tu obsesión por Andrea: ¿te gusta que te desprecien!

—No. Sólo me gusta Lui —replicó Augusto con espontaneidad.

Pero de inmediato se quedó pensando.

* * *

—¿Hola? —preguntó Luisina, esperanzada.

—Hola, Lui. Habla Amanda.

Luisina suspiró. No, no había tal cosa como un milagro.

—¿Qué quieres, Amanda?

—Estoy con un pie en el avión. Me voy a un spa. Pero antes de partir quería arreglar las cosas contigo. Me parece tonto que continúes enojada por lo de Blas. Si acudí a ver a tu doctor fue sólo por ayudarte. Si hubiera buscado otra cosa, de seguro ahora estaría viajando con él.

—Prefiero no hablar de ese tema. Tú lo consideras una estupidez. A mí más me pareció una viveza, y no me gusta que me pasen.

—Nadie lo adivinaría a juzgar por tu matrimonio... Pero, ¡vamos!, llegó la hora de hacer las paces, Luisina. Y para eso nada mejor que unos días juntas.

—¿Quieres que vaya a pasar unos días a tu *country*?

—No, querida. Me deprime el campo en verano. Lo que te estoy informando es que ya reservé los pasajes y un hotel bellísimo en Bariloche. Pasaremos cinco días divinos allí.

—¿Me estás invitando a Bariloche?

—Gracias a mí no necesitas que te invite. Mañana mismo mando a alguien a tu casa para que recoja el dinero del avión.

Luisina suspiró. ¿Cuánto le costaría la belleza de ese hotel? De seguro más que lo que estaba dispuesta a pagar. Pero, así y todo, era mejor eso que morirse de aburrimiento en su casa.

—Mándame la liquidación a mi correo electrónico para que prepare el dinero.

—Ya verás, Lui. ¡Lo pasaremos divino!

Luisina colgó el tubo y volvió a suspirar.

Sí, eso era lo más parecido a un milagro que podría ocurrirle.

Se tendría que conformar.

* * *

Para implorar un milagro lo mejor era acercarse a una Iglesia.

Pero si Lui estaba buscando una, era por motivos más terrenales: su vecina le había recomendado las clases de yoga que se dictaban allí. “Yoga dinámico, a un precio razonable”, le había dicho. Nada de Oms repetidos hasta que faltara el aire, ni toda esa cháchara de mantras y chakras. Tampoco rosarios y santos, como podría esperarse de un sitio así. A ella no le interesaba alcanzar ni el Cielo ni el Nirvana. Sólo estirarse un poco, salir de su aburrimiento, y en el mejor de los casos conseguir alguna amiga de su edad.

Pero, ¿adónde quedaba esa maldita Iglesia? Seguramente había pasado miles de veces por allí sin verla. Sólo era cuestión de buscar alguna referencia conocida.

Se paró en el Mc Donald y miró toda la calle. Y, en efecto, allí estaba. Justo enfrente. Pequeña, sin estridencias... ¡Ojalá nadie la viera entrar!

Cruzó la calle sin molestarse en buscar las rayas blancas, como si Dios o su inconciencia la guiaran. Observó el lugar con recelo. Sólo se podía ver el templo a través de un vidrio, única forma de evitar robos y a la vez preservar la espiritualidad, ya que, al parecer, ni siquiera la protección de Dios era suficiente en tiempos de crisis.

Le costó encontrar el pasillo que llevaba a la casa parroquial. Y no había dado más de diez pasos, cuando un gran cartel la detuvo. Debía ser allí. Entró a la sala abanicándose. El lugar era apenas menos caluroso que la calle. Tras una mesa había dos mujeres elegantes que hacían las veces de recepcionista, y otras ocho parecían esperar, sentadas en círculo. ¿Cómo se podía hacer gimnasia con esas sillas en el medio?

—¿Vienes al taller?

—Vengo por las clases de yoga.

Las mujeres se miraron.

—El yoga se suspende en verano porque hace demasiado calor. ¿No viste el gran cartel en la entrada?

—No. Es decir, sí, pero no.

—Este es un taller sobre abuso familiar. Está dirigido a mujeres en situación de riesgo. ¿Te interesa?

Luisina retrocedió como si le hubieran mostrado un crucifijo y ella fuera un vampiro.

—¡No! ¡¿Por qué habría de interesarme?! Yo no... Yo nunca... ¡Ni siquiera sigo casada! Lo lamento, pero...

—¿Por qué lo lamentas?

La muchacha no respondió. Sólo se apuró a salir de allí, como si algo de ese lugar sagrado pudiera atraparla.

—¿Qué fue eso? —preguntó una de las consejeras a la otra—. El cartel de la puerta es inmenso. No pudo no haberlo visto... Creo que esa mujer necesita más ayuda de lo que piensa.

—No te preocupes... ¡Ya va a regresar!

* * *

¿Por qué había tenido que ir a esa maldita Iglesia en primer lugar?

¿Mujer golpeada? ¡Por favor! Esas sólo eran tonterías de Augusto.

Bautista no sólo nunca le había puesto un dedo encima, sino que podía decirse que siempre se portaba muy bien con ella. Junto a su marido jamás le faltó nada. Y no sólo eso: ¿acaso no había insistido para que dejara de trabajar y disfrutara de la casa?

No. Bau nunca la había maltratado. En cambio ella... No siempre era demasiado justa para con él. ¿Qué iba a hacer si Bautista volvía a llamarla? Su valor no era tanto como para rechazarlo dos veces. No, Augusto no entendía eso. No lo sabía, porque él nunca se había casado con Andrea. No era lo mismo ser parte de un matrimonio, que una simple pareja. Bau era su marido. Conocía sus debilidades, y sabía cómo meterse en su cuerpo, su cabeza y su corazón. No... No iba a tener fuerzas de rechazarlo.

A menos que...

El teléfono comenzó a sonar con violencia.

Al principio Luisina se inquietó, como si esa llamada escondiera el principio de una vida distinta. Pero, ¿para qué hacerse ilusiones? De seguro era Amanda, para arreglar algún detalle de último momento sobre el viaje.

¿Y si se trataba de Bautista? ¡No!, ya debía estar en Mar del Plata, y él era demasiado tacaño como para gastar su dinero en llamadas de larga distancia.

Quizás sólo era Augusto, o...

—¿Sí?

Una voz masculina, fiera, impaciente, demasiado conocida, la puso a temblar.

—¿Por qué no me llamaste el primero de enero?

A Luisina se le ahogaron las palabras.

—Creo que es lo menos que me merecía, ¿no? —insistió Bautista—. Me debes una buena disculpa, ¿no te parece?

—No.

—Te desconozco, Luisina. Estás muy cambiada, y no fue para mejor. Irte de tu casa y dejarme plantado fue una estupidez. ¿Quién era esa gente que te trajo de regreso?

—¿Me viste?

—Estaba detrás de un árbol, esperándote como un idiota.

—¿Qué es ese ruido?

—Te estoy hablando desde una cabina telefónica.

—¿Y tu móvil?

—¿Quieres que gaste una fortuna con esta comunicación? Es un lujo que no estoy en condiciones de darme. Estoy desesperado, no loco.

—Entonces será mejor que cortemos, Bautista. Esta charla es inútil. No pienso volver contigo.

—¡No seas ridícula! Te has vuelto una mujer demasiado orgullosa. Pero sabes a la perfección que tu lugar es a mi lado. Por algo eres mi esposa, ¿o te olvidas de eso?

—No quiero volver contigo.

—La otra noche, cuando ese tipo te trajo de regreso, ¿no escuchaste nada raro?

—¿Cómo qué?

—Un disparo.

—Nos dio la impresión, pero... Había demasiados fuegos artificiales como para asegurarlo.

—Te lo digo yo: fue un tiro. ¿Y sabes cómo lo sé?

Luisina permaneció callada.

—Porque lo gatillé yo.

—¿Te has vuelto loco?!

—Sí.

—¿Querías matarme? ¿Buscas que te demande por acoso?

—¡No! Jamás podría pensar en lastimarte —mintió—. Te amo demasiado.

—¿Entonces? ¿Para quién era esa bala?

—Para mí. Estaba tan desesperado, que fui allí sólo para matarme ante tus ojos.

—¿Estás loco!

—De amor. No pienso dejar que me abandones. ¡No puedo vivir sin ti!

—No sabes lo que dices.

—¡Claro que lo sé! Mi decisión está tomada, Lui. Si para cuando regrese a Buenos Aires a fin de mes no vienes conmigo, tomo la pistola, ¡y esta vez no desvío el proyectil! Mi vida sin ti no tiene sentido. ¡Piénsalo!

Bautista cortó la comunicación justo cuando el tercer “pip” anunciaba que se estaba por cobrar otro minuto.

También Luisina cortó, y sin embargo no pudo desenchufarse.

¡Aquello era una locura! Bautista era demasiado egocéntrico como para hacerse daño. Aunque...

En verdad lo había visto muy deprimido. Viejo, asustado... ¿Sería capaz de algo así?

Luisina, lejos del milagro por el que había pedido, se encontraba ahora atrapada en una pesadilla. ¿Podía permanecer indiferente ante el grito de ayuda de Bautista? Porque si bien no lo amaba, tampoco tenía derecho a odiarlo. Después de todo era su marido. Y el pobre debía estar muy desesperado como para hacer una llamada tan costosa.

Pero, ¿podía tirar por la ventana todo el camino recorrido y volver a Villa Urquiza como si nada hubiera pasado?

Luisina suspiró. ¿Qué podría salvarla de ese futuro nefasto?

“Sólo un milagro”, pensó.

Y entonces el milagro llamó a su puerta.

* * *

—¿Qué haces aquí?

—¿Te molesto? ¿Prefieres que me vaya?

—¡No! —respondió ansiosa—. Pasa por favor. Es que no te esperaba.

El corazón de Luisina se arrugó de puro dolor. ¿Se lo veía mucho más vulnerable que la última vez, o sólo eran ideas tuyas?

—No sé cómo empezar esta charla, pequeña. Me muero por darte un beso, por acariciarte. Claro que no pretendo tanto. Pero al menos deja que te diga esto que ya no puedo contener: ¡te quiero, Luisina! Te quiero con toda el alma.

La muchacha rompió en llanto. ¡Llevaba tanto tiempo esperando que él pronunciara esas palabras! Y ahora no podía dejar de llorar, como una tonta. Como si los años no hubieran transcurrido.

Él se acercó a consolarla. A acariciarla en silencio, así como tantas veces la había lastimado.

—¿Por qué? ¿Por qué no te quedaste a mi lado? Sabías bien cuánto te necesitaba. ¿Por qué te fuiste, papá? ¿Cómo pudiste olvidar a esta hija que tanto te quiere?

—¡Jamás me olvidé de ti, pequeña!

—¿Acaso no querías que tus otras hijas supieran de su media hermana?

—¡Por el contrario! No hago más que hablarles de ti todo el tiempo. Y hago mal, porque me parece que ya están un poco celosas del orgullo que siento por ti.

—¿Orgullo? No mientas, papá.

—¿Por qué? Siempre estuve orgulloso de tu fuerza. Eras como un terremoto. Y jamás hacías las cosas a medias. ¡No! No mi Luisina... La vida para ti era una carrera que estabas empeñada en ganar. Si estudiabas periodismo, tenías que ser la mejor. Y luego hiciste lo imposible, lo que yo no me atreví ni a soñar: siendo una pobre niña de campo obtuviste ese trabajo en la redacción de una de las principales publicaciones del país. ¡Y ni siquiera te asustó el tener que trasladarte a la Capital, lejos de la familia!... Nunca tuve ese valor, ¡pero tú!

Luisina volvió a emocionarse. Sí, antes nada la asustaba. Ahora, en cambio, hasta respirar le daba temor.

¿Por qué había cambiado así?

—¿Por qué no viniste a verme, papá? Sé que la última vez peleamos, pero no pensé que...

—¿De verdad no lo sabes? —se extrañó aquel hombre doblegado por los años—. Pregúntale a tu marido entonces.

—No culpes a Bau, por favor. Sé que ese día hubo muchos gritos, pero no era razón para...

Su padre la interrumpió.

—Tu marido me prohibió la entrada a tu casa. Intenté regresar un par de veces, pero él me echó.

—¿Bautista?!

—La última vez llegamos a los golpes.

—¿Y por qué no me llamaste a mí?

—Lo hice. Pero siempre me atendía un contestador.

Luisina se puso a temblar. Ahora entendía el empeño de Bautista por contratar un servicio de contestador automático proveído por la telefónica. Era casi imposible llegar a atender antes de que el maldito mecanismo se activara. Y luego los mensajes quedaban capturados allí, a la espera de que su marido los levantara, usando una clave que nunca se había tomado el trabajo de compartir con ella.

—¿Por qué no me escribiste, papá?

—¿Cada navidad y cumpleaños! Pero luego de un tiempo las cartas comenzaron a llegarme de vuelta con la leyenda “destinatario desconocido”.

—No recibí ninguna.

—Luego te envié unas cuantas a la redacción. Hasta que una muchacha, una tal Celia, se tomó la molestia de hacer una llamada de larga distancia para informarme de que ya no trabajabas allí y que desconocía tu paradero.

—¿Imposible! Si yo misma envié cientos de tarjetas avisando que me había mudado. Yo...

Luisina se detuvo. ¿Acaso era posible que...?

—Yo... Yo misma se las di a Bautista para que las enviara.

—¿Recuerdas el motivo de esa última pelea, pequeña? Tu marido quería que dejaras de trabajar, y yo te supliqué que...

—Nunca quisiste a Bautista, papá.

—Dímelo de verdad, ¿tan feliz eres a su lado?

Luisina lo miró con ojos llorosos.

—Me dejó... Bautista me dejó por otra.

Su padre la abrazó para confortarla. Como siempre lo había hecho. Sólo que esta vez ya no era el gigantón fuerte y poderoso que recordaba de su infancia, sino un hombre frágil y confundido.

—El matrimonio es una gran estafa, papá. Me había jurado no repetir la historia tuya con mamá, pero ya ves... Fallé. Y ahora que Bautista quiere volver, ahora que intenta convencerme de continuar con nuestra vida, ahora me doy cuenta de que nunca fui feliz a su lado.

—¡Mi pequeña!... Lo malo no es equivocarse, sino no aprender del error. El matrimonio no es el problema. ¡Nosotros lo somos! Nosotros somos los que juramos amor eterno a la persona incorrecta, por los motivos equivocados... Mírame a mí. Me casé con tu madre creyendo que hacía lo correcto. Ella estaba embarazada de ti, y pensé que lo mejor que yo podía darte era una familia. Pero me equivoqué. Porque una familia no se forma así de fácil. Se requiere mucha voluntad, trabajo duro, perseverancia. Pero lo que amalgama todo eso, lo más importante, es el amor. Y yo no lo sentía por tu madre. Por Laura, en cambio... A Laura la elegí. Y no me avergüenza confesarte que la amo de verdad. Y, lo que es mejor, también ella me ama. Las niñas crecieron en una familia, sí, pero en una familia feliz, que es lo que en verdad les hacía falta... No actué bien contigo, pequeña. Hoy hubiera hecho algo totalmente distinto, haciéndome cargo de ti, sólo de ti, sin gastar tiempo ni energías en contentar a tu madre, llevando adelante una patraña que nos hacía infelices a todos.

—Mamá te amaba.

—El amor no se elige, Lui. A veces, incluso, te enreda con la persona más inconveniente. La última a quien quisieras regalarle ese sentimiento. Pero por mucho que te disguste está allí, y negarlo es tan necio como suicidarse.

—¿Y si ese amor daña a otros a los que también quieres?

—Tendrás que consolarlos... Créeme, pequeña. No hay otro camino posible, porque el amor es inevitable. Negarlo es una mentira, y tarde o temprano saldrá a la luz. Y entonces será mucho más doloroso para todos.

—¿Y si nadie nos quiere, papá? —preguntó ella, ahogada en llanto.

—¡Yo te amo, cariño! Me duele que alguna vez pensaras lo contrario.

—¡Estoy tan sola!

Por un buen rato su padre se dedicó a consolarla, como tantas veces antes lo había hecho.

—¿Por qué regresaste, papá? ¿Por qué justo hoy?

—Quería hacer un último intento por localizarte. Volví aquí con la esperanza de que el encargado, o quizás algún vecino, supiera algo de ti. Quería encontrarte, hijita. Quería darte un beso, abrazarte... por última vez.

La muchacha lo contempló a través de sus lágrimas, sin entender.

—Me estoy muriendo, Lui. Ya me queda poco. Lo peor... Por desgracia la felicidad me alcanzó demasiado tarde. O la muerte demasiado rápido, vaya uno a saber. Dejo a Laura sola con las niñas, tus hermanas. Victoria de siete, Daniela de cuatro, y la pequeña Soledad, que nació el mes pasado. Yo quería

ponerle Milagros, porque fue totalmente inesperada. Pero Laura se inclinó por algo más tétrico. Y ahora casi parece una profecía.

—¿Estás seguro de que...?

—Ya se hizo lo posible. Y ahora sólo me queda dejar todo en orden. Y respecto de eso, sé que a ti te correspondería parte de...

—Yo no necesito nada, papá.

—No esperaba menos de ti... ¿Puedo pedirte que cuando me haya ido alguna vez te intereses por la suerte de las niñas? Me hubiera encantado que te conocieran.

—¿Cómo voy a seguir viviendo si sé que no estás?

Y entonces Luisina hizo algo irracional. Como si otra vez fuera una niña pequeña, lejos de consolarlo, se abrazó a él y se puso a llorar.

—¡No quiero, papá! ¡No quiero que te mueras! ¡No puedo vivir sin ti!

—Podrás, pequeña. Por eso estoy tan orgulloso de mi Luisina, porque es capaz de enfrentarlo todo, por difícil que sea... Sólo prométeme una cosa, cariño. Júrame que harás tu mejor esfuerzo por vivir cada uno de tus días como si fuera el último. Por ser feliz, sin demoras. Sin excusas... ¿Lo prometes?

* * *

Ya llevaba más de veinte calles caminando con la cabeza gacha, sin mirar. El calor era agobiante, pero Luisina sólo podía sentir un frío de muerte.

Le había hecho una promesa a su padre. De ahora en más pensaba honrar la vida. Pero..., ¿cómo? Todo a su alrededor se desmoronaba y no tenía a nadie para que sostuviera su caída.

—¡Por qué no te fijas por dónde vas, estúpida! ¿No tienes ojos en la cara?

Luisina levantó la cabeza, y el sol hirió sus bellos ojos castaños. ¿Adónde se encontraba?

Miró a su alrededor.

¿Por qué había llegado justo hasta allí?

—¿Vas a entrar?

—Sí —respondió por no saber cómo negarse.

Para cuando se quiso acordar, estaba otra vez en aquel lugar, enfrentando a

las mismas dos mujeres.

—Desgraciadamente las clases de yoga todavía no comenzaron. ¿Viniste por el taller?

—¡No!... Es decir, yo no pertenezco a este sitio.

—Como ninguna de nosotras. Nadie merece ser lastimada justamente por los que debieran amarla.

—Usted no entiende... Ni siquiera creo en Dios. No tengo nada que hacer en esta Iglesia.

—¿Crees que el amor es lo único que hace que este endiablado mundo valga la pena?

—Sí.

—Entonces creemos en lo mismo. Puedes quedarte.

—Usted no entiende... Mi marido, bueno, en verdad mi ex..., él nunca me puso un dedo encima.

—No es necesario hacerlo para lastimar.

—Él no es una mala persona. Soy yo la que...

—Me imagino. Eres una tonta, insegura, que no sirve para nada. Y necesitas siempre de alguien que te diga qué hacer, porque de lo contrario te equivocas.

Luisina se ruborizó.

—Pero por fortuna tu ex siempre estuvo ahí para decírtelo. Para marcarte tus errores, para hacerte entender que no eres más que una tonta, insegura, que no sirve para nada... Imagino que la primera vez que te lo dijo, pelearon. Pero luego de un tiempo...

—Sólo quería que mi matrimonio no se destruyera.

—¿Y él? ¿Qué quería él?

—Él me ama. Tanto, que cuando le dije que no pensaba regresar a su lado intentó suicidarse.

—¿Y tu familia qué opina? ¿Ellos también creyeron en ese “suicidio” fallido?

Lui comenzó a llorar.

—No tengo familia... Ni amigos. Los tenía, pero Bau...

—Interceptaba tu correo electrónico, tus llamadas...

—¡No puedo creer que el haya hecho algo así! Ayer estuve hasta la medianoche llamando a cada una de las personas que me conocían de soltera: mi prima, mis vecinos, la gente del trabajo... A todos los que alguna vez se habían preocupado por mí. Y resultó que Bau...

—Interceptaba tu correo electrónico, tus llamadas... Que había discutido con todos y cada uno de ellos.

—También le pagó al encargado del edificio para que se deshiciera de mi correspondencia... ¡Cómo pude ser tan estúpida! ¡Cómo no me di cuenta!

—Porque no querías hacerlo. Porque eso significaba admitir que tu matrimonio era una farsa. Que quien te debía amar, no lo hacía. Esa es la dinámica propia del abuso: uno que lastima, y el otro que se deja lastimar.

—¡No entiendes! Bau no es como los demás. Él..., él, muy en el fondo, es una buena persona.

—¿Sabes que la mayoría de los violadores fueron violados en la infancia? De la misma forma, los abusadores suelen tener un historial de abusos previos.

—¡No! Ese no es el caso de Bau. Su madre lo idolatraba. Lo amaba más que a nada en este mundo, siempre pendiente de cada uno de los pasos del hijo.

—¿Y eso no te parece una forma de abuso? Hacerle cargar a un niño con las responsabilidades de un dios, es abrumador para él. Alguien que no te permite establecer lazos con los demás, convenciéndote de tu superioridad, es perturbador para cualquiera, y mucho más para un pequeño... Escucha, ¿por qué mejor no pasas y te sientas? Sólo te pido que escuches a las demás, y probablemente reconozcas algunas historias.

—Yo no soy como ellas...

—¿Y entonces por qué tienes tanto miedo de escucharlas?

Una mujer le tocó el hombro.

—Disculpa, ¿vas a entrar?

Luisina suspiró.

Sí, había llegado el momento de entender.

* * *

—¡Tendrías que haber visto a esas mujeres! No era como yo imaginaba. No tenían nada distinto a mí. Incluso una era una abogada prestigiosa, y la otra tan bella, que más parecía modelo... ¡Increíble! Porque todas habíamos atravesado más o menos por lo mismo... Y todas, en mayor o menor medida, sufríamos del síndrome de Estocolmo.

—¿Estocolmo? ¡Es encantador ese sitio! Estuve allí dos años atrás ¡Me encanta Suiza!

—Es en Suecia.

—¡Claro! ¡Por supuesto! Si allí dan el premio Nóbel. ¡Qué distraída!

—¿Sabes de qué estoy hablando, Amanda?

—Te confieso que cada día te entiendo un poco menos, querida Lui.

—El síndrome se llama así por lo que ocurrió en la década del setenta, en la ciudad de Estocolmo. En un asalto a un banco los delincuentes tomaron rehenes. Recién después de cinco o seis días la policía pudo controlar la situación y liberarlos. Pero durante ese tiempo, aislados de la realidad y los afectos, la percepción de esa pobre gente giró ciento ochenta grados. Para sorpresa de todos, al salir se pusieron del lado de sus captores, defendiéndolos. Trataron de ayudarlos, e incluso, aunque no lo creas, hay una filmación que muestra a una de las rehenes besando a uno de los ladrones. Al mismo tipo que la tenía encerrada.

—¿Era lindo?

—¿Te burlas de mí, Amanda?

—Sólo trato de amenizar el viaje. ¿Qué más te dijeron allí?

—Que se puede ser víctima del síndrome de Estocolmo sin moverte de tu casa. Sólo basta que alguien a quien amas, de quien dependes emocionalmente, te maltrate. Que se rompa ese espacio de seguridad que deberías tener con tu pareja. Ese día, el día del primer golpe, físico o emocional, tu mundo cambia. Estás confundida, y no sabes a que atenerte. El otro, ese al que amas, es bueno contigo, pero por algún motivo te ha lastimado. Pasas entonces a la segunda etapa: tratas de reorganizarte. De entender. Y buscas referentes en aquellos que te rodean. Pero por algún motivo ya no hay nadie. Ni parientes, ni amigos. Él te enseñó a dudar de todos. Te encerró en una cárcel invisible... Había una mujer allí cuyo marido había amenazado con un arma a todos sus conocidos. Bautista fue más sutil, o más cobarde. Sólo me obligó a mudarme, y cuidó de que nadie supiera mi nueva dirección. Echó a mi padre de la casa, y llamó para insultar a mi prima y a mis amigas del trabajo. Y entonces pasé a la tercera etapa: el afrontamiento. Y me dije que quizás la culpa era mía. ¡Que seguramente la culpa era toda mía! Que el pobre Bautista necesitaba su espacio, su comida a tiempo, su dinero. Que él trabajaba mucho para merecer todas las atenciones, y que yo no hacía prácticamente nada por él. De allí a la cuarta etapa hubo sólo un paso: culpé a todos y a todo por las fallas de mi marido. Lejos de enojarme con él, hice lo posible por complacerlo. Por ser la

esposa que él merecía. Por satisfacer hasta sus caprichos más ilógicos... No sé cuándo dejé de ser yo misma para convertirme en la mujer estúpida, fea y mediocre que él me decía que era... ¿Sabes? El otro día vino mi padre a casa... Mi pobre padre... Él... se está muriendo...

Luisina hizo lo posible por esconder su llanto antes de continuar. Sabía que Amanda no disfrutaba de ese tipo de escenas.

—Mi padre dijo que siempre había estado orgulloso de mí. ¿Entiendes? De la que era antes... ¿Y sabes qué? Sé que en alguna parte esa Luisina valiente e interesante todavía está viva.

—¿Y todo eso te lo dijeron en la Iglesia?

—Sí.

—Pues cuídate de esa gente o te terminarán lavando el cerebro con lo de la religión. ¿No te das cuenta? Te hacen ir hasta allí sólo para atraparte. En cambio, si me hubieras escuchado a mí... Yo no necesité de ningún síndrome para abrirte los ojos acerca de que tu marido era un verdadero hijo de puta, que te estaba forreando. ¡Pero como no me escuchaste!

—No es tan fácil darse cuenta, como los demás creen. Puedes reconocer a un golpeador a la legua, pero si te ocurre a ti, no lo adviertes hasta que estás demasiado lastimada. Por años Bautista fue el único objeto de mi vida. La única persona en el mundo que me amaba. Lo que yo desconocía era todo el trabajo que se había tomado él para que eso fuera así.

—Bueno, ahora no pienses en eso. ¡Basta de cosas desagradables! Oficialmente han comenzado nuestras vacaciones. Olvídate de todo ese tonto asunto. No vale la pena perder el tiempo lamentándose por el muy miserable. Tienes que concentrarte en pasarla bien.

—¡Si pudiera!

—No te preocupes. Yo me voy a ocupar de que así sea... ¿O acaso no confías en tu buena amiga Amanda?

* * *

¿Por qué había confiado en Amanda?!

No necesitaba gastar una fortuna en un hotel en Bariloche para estar así de sola.

En los tres días que llevaba allí apenas había visto a su compañera de cuarto. Nunca estaba despierta para hacer las distintas excursiones, y jamás regresaba de su “turismo de aventura nocturno”, hasta que ya era de día.

Por supuesto que la dama había hecho grandes esfuerzos por incorporar a su amiga en sus andanzas. Pero Lui no era así. No podía ir a pescar hombres, y no le encontraba la gracia a acostarse con cualquiera.

¡Ni siquiera a acostarse!

El lugar era espléndido, por supuesto. Un paraíso inalterado. Tanto, que más de una publicidad con un paisaje suizo era en verdad filmada en esas tierras no tan vapuleadas por la civilización. El mismo encanto, menos explotado.

Sí. Bariloche seguía siendo tan bello como lo recordaba. No era ese el motivo de su queja. Pero cada excursión, con el autobús lleno de parejas o familias felices, le recordaba su propia infelicidad. Como si la belleza del lugar se empañara por no tener a otro con quién compartirla.

—¡Mira! ¡Mira qué bello es el lago!

—¿Crees que saldrá “Nahuelito”, mamá? ¿Crees que podemos verlo?

Luisina sonrió al escuchar al niño. Todo lago de profundidad insondable tenía su propio monstruo, y el lago Nahuel Huapi no era la excepción.

—¡Mira! —le respondió Luisina al niño, juguetona— Creo que allí está asomando la cabeza...

El muchachito la miró con aires de superioridad.

—Eso es un tronco, pelotuda —respondió en voz fuerte y clara.

Y su familia festejó la gracia, encantada.

—¡Este chico sí que tiene su genio! —se vanaglorió el padre.

—Todos lo tenemos —replicó Lui—. Solo que a algunos, además, nos educaron.

Refrendando sus palabras aquel diablillo le sacó la lengua, a la par que levantaba el único dedo que le servía para algo, (bueno, además del índice que hundía insistentemente en su nariz).

Luisina, por su parte, se alejó convencida de que ese era el principio del fin. Se había convertido en una de esas ancianas parlanchinas, que se entrometían en las conversaciones de todos porque no tenían nadie con quien hablar.

¡Y el día recién comenzaba!

* * *

La mañana no había presagiado nada bueno. Para cuando era hora de partir hacia la excursión, Amanda decidió dejarla sola. Algo fácil de imaginar, dado que apenas eran las ocho, y ella se había acostado a las cuatro de la mañana.

La noche anterior había arrastrado a Luisina hasta un lujoso restorán que quedaba a pocos pasos del hotel. Un lugar de vista espléndida, comida correcta, y precios escandalosos. Por supuesto que Lui opuso resistencia, pero los argumentos de Amanda eran demoledores.

—¡No podemos dejar de ir! El mismísimo Bill estuvo comiendo allí durante su visita a la Argentina.

—¿Bill?

—¡Clinton!

—¿No respeto al hombre como presidente, y debo confiar en sus cualidades de gourmet?

—¡No entiendes nada, Lui! A un sitio así no se va por la comida, sino por los hombres: empresarios, deportistas, gente del arte. ¡Todo el que valga la pena cena allí!

—No entiendo, ¿cómo se conoce gente en un restorán? —preguntó Luisina con candidez.

Pero bastó que llegaran para que su amiga entrara en acción.

A pesar de que no tenían auto, Amanda la obligó a entrar por el estacionamiento. Pese al frío cruel, con vientos helados que soplaban de la cordillera, insistió en que debían permanecer allí, a la espera de algo que se negaba a revelar.

Aguardaron más de quince minutos, hasta que un lujoso auto importado se detuvo cerca de ellas. “Amigos de Amanda”, pensó Lui en su inocencia. Pero no. Se trataba de dos desconocidos de unos sesenta años, que no tardaron en bajarse.

—¡Qué máquina espléndida! —exclamó Amanda refiriéndose al auto, pero echando un vistazo más que elocuente a los caballeros—. ¿Lo rentaron en el centro?

—Es de mi *amigou* —respondió el que parecía más joven, con un marcado acento sajón.

—Sí, es mío —confirmó el otro con orgullo.

Suficiente. Después de eso la charla fue inmediata, y para cuando Lui se quiso acordar ya estaba en lucha con el viejo pulpo autóctono, que insistía en toquetearla por debajo de la mesa. Demasiado para ella. A la hora de los postres se excusó, dispuesta a caminar sola los pocos pasos que la separaban del hotel. Claro que el tipo, poco inclinado a soltar a su presa, insistía en acompañarla, pero unas sonoras arcadas que Lui simuló a la perfección, así como el comentario de que siempre al vómito seguía la peor de las diarreas, por fin lograron disuadirlo.

A las doce de la noche Lui ya estaba en el deck de su cuarto mirando la noche estrellada, atenta al vaivén calmo del lago. Reflexionando que, de no sentirse tan desgraciada, aquel era el lugar justo para ser muy feliz.

Amanda, en cambio, llegó con el sol ya asomando, borracha como una cuba, así que cuando un par de horas después se negó a acompañar a su amiga, Lui no insistió.

¿Por qué había elegido precisamente esa excursión?

Quizás porque los demás paseos en Bariloche le traían recuerdos. Buenos y malos, pero recuerdos al fin. Por eso se decidió por el Cerro Leones, al que nunca había ido antes. Ochocientos metros de camino recorriendo un volcán petrificado y sus cavernas. Dos o tres horas de entretenimiento para toda la familia: jóvenes, niños, ancianos. De seguro el ejercicio era agradable, y broncearse un poco no le vendría nada mal.

Pero al llegar al lugar nada resultó según lo predicho. El camino era escarpado y rocoso, y si algún anciano podía recorrerlo, de seguro se trataba de uno muy atlético.

—Ayúdense con el compañero —fue la sugerencia del guía.

Pero Luisina estaba sola. ¿A quién recurrir? ¿A la familia del niño maleducado, que todavía la miraba con resentimiento? ¿Al par de adolescentes que coqueteaban con el guía y se burlaban de los demás?

Ese camino era para ella como la vida: peligroso y lleno de escollos. Pero también allí, como en la vida, carecía de alguien para sostenerse o compartir la experiencia: la belleza del lugar, los aromas, el tacto de la vegetación, el aire purísimo de la cima, la vista impresionante.

Y quizás por esa carencia de apoyo, cuando ya faltaba poco para llegar de nuevo a tierra firme, Luisina, que para aquel entonces estaba bañada en sudor y al límite de sus fuerzas, perdió pie y comenzó a rodar cuesta abajo para regocijo del niño maleducado, su familia, las adolescentes burlonas, y hasta el

mismísimo guía. Para cuando se levantó tambaleante, luego de infinitos tumbos que la arrojaron de lleno en un charco enlodado, ya todos estaban riendo de buena gana.

Y así, sucia de pies a cabeza, chapoteando en sus propios zapatos, arañada, con la nariz roja como si estuviera borracha, y cansada de muerte, por fin llegó al hotel, ansiando ese yaccuzzi inmenso ubicado en el inmenso cuarto de baño de su habitación, bajo una ventana con la vista más maravillosa del lago, las montañas y el ocaso, donde se daría un largo baño, para luego arrastrarse hasta su deliciosa, grande y suave cama.

—¡Amanda! —gritó al llegar al cuarto.

Pero no hubo respuesta. De seguro había partido detrás de su galán. O quizás estaba de nuevo en aquel estacionamiento, aguardando por un auto aún más lujoso, si es que eso era posible. Daba igual. Lo único que ella quería era darse un buen baño, y para eso no necesitaba de Amanda.

Mientras iba juntando la ropa limpia que usaría esa noche, (¡deliciosamente limpia!), se preguntaba si tendría el valor de bañarse desnuda en el yaccuzzi. Porque si bien la recepcionista del hotel les había asegurado que no existía forma de que alguien de la calle viera el interior, ella tenía sus serias dudas. Toda la habitación, con baño incluido, daba a un bello jardín donde sólo paseaban una decena de bandurrias. Y si bien era cierto que esos pájaros chistosos parecían ser dueños del lugar, también resultaba obvio que alguien debía cortar el césped y ocuparse de las plantas. Y ella no tenía ganas de darle un show gratis a nadie. Bañarse en el yaccuzzi debía ser delicioso. Nunca había usado uno. Pero por desgracia los días anteriores lo había monopolizado Amanda, dejándole a ella sólo la opción de una ducha rápida.

Sí, delicioso... Pero... ¿se animaría a hacerlo sin cerrar la persiana? ¿Rendirse ante una vista tan imponente?

Y ahí estaba Luisina, enfrascada en su eterna lucha consigo misma, (una contienda que nunca terminaba de perder), desprevenida, con la ropa limpia en una mano y ojotas en los pies, cuando al abrir la puerta del baño, una horrible escena, impensada, la hizo pegar un grito de espanto.

Allí, en aquel jacuzzi con el que estaba soñando desde la mañana, sentado en uno de los bordes, exhibiendo su gran y peludo trasero, había un hombre desconocido que al verla le devolvió una sonrisa extraña, mientras profería un largo y profundo gemido de placer.

No tardó en asomar entre las burbujas la cabeza de Amanda, emergiendo

desde las profundidades de las zonas más íntimas del caballero.

—¡Lui! ¡Cariño! Este es Iván. No te gastes, porque no habla español. ¿Quieres unirte? El agua está deliciosa y tú parece necesitar un baño con urgencia.

Por toda respuesta la joven recogió la ropa que acababa de tirar por la sorpresa, y en menos de un segundo cerró la maldita puerta, mientras hacía un esfuerzo feroz por borrar la imagen grabada en sus retinas. ¿Y si se arrancaba los ojos? Cualquiera cosa antes de seguir viendo aquel trasero repugnante y esa sonrisa cruel.

Era cierto: a Luisina no le agradaba el sexo ni nada que tuviera que ver con él. Era su rareza y tenía que admitirla. Pero aún a pesar de eso podía jurar que nadie en su sano juicio encontraría placer en la escena patética que acababa de presenciar. Era... Era... ¡Ajjj!

Y así, con la misma premura con la que había atravesado el lobby embarrada de pies a cabeza, con el cabello enmarañado y la ropa rasgada, rogando para que nadie la viera, volvió allí, pero esta vez con una mochila limpia colgada del hombro y ojotas en los pies.

—Disculpa —le dijo a la muchacha de la conserjería. A la misma niña elegante que antes había tratado de evitar—. Quisiera bañarme en las duchas del Spa. ¿De dónde saco las toallas?

—¡Oh! Disculpe, señora..., pero justo en este momento estamos efectuando una reparación del tanque. Le sugiero que use las comodidades de su habitación.

A Luisina, por supuesto, le dolió tanto la noticia, como el hecho de que la muchacha de veintitantos la llamara “señora”.

—Disculpe, señora...

¡Otra vez!

—... ¿piensa salir así? Digo, porque en Bariloche refresca mucho al atardecer. Yo le recomendaría no salir sin zapatillas y medias abrigadas.

Luisina la observó con furia. En el bolso llevaba un par de botas. El único par que tenía. Y por supuesto no pensaba echarlo a perder con sus pies embarrados.

Sin discutir se apuró a salir del hotel, hacia la ruta. Y entonces recordó el único defecto de ese lugar tan hermoso: la ruta principal, la que bordeaba el lago, carecía de vereda peatonal. Allí sólo había autos y buses, conducidos con el apuro propio de cualquier gran ciudad.

A duras penas Luisina logró esquivar a un loco en una motocicleta.

¿Adónde podía ir? Quizás al centro, en búsqueda de un bar oscuro adonde nadie viera su apariencia.

No había indicación de paradas, pero tenía la idea de que el bus debía detenerse por allí.

Un idiota estacionó su auto muy cerca de ella. Así eran las reglas de juego en ese lugar: sin veredas ni lugar para detenerse, todos hacían lo que se podía.

Tuvo la clara sensación de que el tipo del auto le gritaba algo. Pero era tanto el rugido de los motores que la pasaban rozando, que no pudo entender. El conductor insistió, pero Luisina sólo se hizo a un lado, sin mirar. Prefería pasar por sorda antes de que algún loco la raptara o robara su bolso. Además, si ese señor buscaba indicaciones, ella era la menos indicada para dárselas.

—¡Luisina Stuar!

Esta vez el grito sonó fuerte y claro. Lui dudó. ¿Iba a enfrentar a aquel extraño, que ahora sabía conocido, con esa facha? ¿No era mejor pasar por sorda que por sucia?

Por fin, más por curiosidad que prudencia, giró sobre sus talones y lo enfrentó.

¿Era él?! ¿Qué hacía él allí?!

* * *

—¿Y el doctor Montes de Oca?

—No sé, doctora. Pregúntele a Tolosa, que no está haciendo nada.

—Tolosa, ¿viste al doctor Blas?

—La que siempre sabe todo sobre Montes de Oca es Reyes, ¿por qué no le pregunta a ella?

—Reyes, ¿y el doctor...?

—Si me va a preguntar por el bomboncito del hospital, tengo malas noticias. Por desgracia él ya no está entre nosotros.

Alicia Andrade se estremeció.

—¿Qué quieres decir con eso?!

—Lo invitaron a una exposición de autos, o algo así, en Bariloche. Vuelve el lunes.

¿Autos? ¿Bariloche? ¿Acaso su madre no le había hablado acerca de un

evento a beneficio de la Fundación que iba a llevarse a cabo en Bariloche?

—Gracias, Reyes.

—No se preocupe, doctora. Yo también estoy desconsolada.

—¡No seas boba, mujer! ¿Qué mierda me importa a mí lo que haga Blas? Sólo quería derivarle una paciente. Pero da igual. Se la mandaré a Blanco.

La joven enfermera se retiró con una sonrisa burlona en los labios, que enfureció un poco más, (si fuera posible), a la doctora.

Sí, eso era lo único que extrañaba de su vida de rica heredera: tener el derecho de hacer callar sin más a un criado impertinente.

Dio media vuelta, golpeó en el cuartito de ropa blanca, y al no obtener respuesta, entró. Una vez completamente sola tomó su móvil y comenzó a marcar.

—¿Mamá? ¿Todavía tienes los pasajes a Bariloche que me ofreciste el sábado?

* * *

—¡Luisina Stuar! ¡Ven aquí!

Lui bufó en su interior. Por supuesto que si iba a encontrarse con un bello caballero en su camino, tenía que ser así, cubierta de lodo y en ojotas.

—¿Qué andas haciendo por aquí? —preguntó al fin, acercándose a la ventanilla del conductor.

—Me invitaron a la presentación en sociedad de una nueva “todo terreno”. Es un evento de cinco días que servirá para recaudar fondos para la Fundación. Sólo vine por eso. ¿Y tú?

—Estoy de vacaciones con Amanda.

—Sí, se te nota muy feliz y relajada. Pero, sin ofenderte, ¿no crees que es hora de tomar un baño?

—¡Muy gracioso! Lo haría, pero tal parece que mi cuarto se convirtió en el *set* de una película porno.

—No me sorprende, sobre todo si tu amiga Amanda está en él.

—Doloroso, pero cierto.

—Sube al auto. Es muy peligroso estar detenido aquí.

—No, gracias. ¿Adónde quieres que vaya con esta facha?

—Al baño más cercano. ¡Sube!

—De verdad, preferiría...

—¿No dices siempre que somos familia? ¿Y a quién recurre cuando te cortan el agua? ¡A la familia! —y en tono de reproche Augusto agregó— No sé qué te espanta tanto. Después de todo yo para ti soy un hermano, ¿o no?

—Me muero por un buen baño caliente, pero...

—El lugar en donde estoy parando es encantador. De hecho, ese es su nombre, pero en inglés.

—No me imagino entrando con esta apariencia a ningún hotel lujoso.

—Descuida, es un lodge con cabañas individuales, y la mía incluso posee un jardín privado, así que no tienes por qué chocarte con nadie.

—¿De verdad? —preguntó Luisina esperanzada.

* * *

—¿De verdad paras en un lugar así? —preguntó Luisina sin salir de su asombro—. Jamás soñé que un sitio como este pudiera existir.

—Es lindo, ¿no?... Tengo una cabaña de mi propiedad a unos kilómetros de aquí, del otro lado de la península, pero como siempre iba con Andrea, preferí... Tú sabes.

—¿Qué playa es esta?

—Playa Bonita. Un romántico corredor de canto rodado, que abraza parte del lago Nahuel Huapi, con la cordillera de los Andes como silencioso testigo.

—¿Qué poético!

—Acabo de leerlo de este folleto.

—Pues tiene razón. La playa es bellísima. El lago es bellísimo. Y esta cabaña... ¡también es bellísima! No hay otra palabra que les haga justicia.

—¿Te gusta la decoración?

—Te confieso que nunca había visto una cama tan grande, excepto en las películas. ¿Cuánto mide?

—Lo ignoro, pero es cómoda. Te invitaría a probarla, pero como somos familia...

—Haces bien en callar. ¿Puedo bañarme ahora?

—¿Dónde?

—En tu baño, ¿dónde más?

—¿Cuál de ellos?

Augusto atravesó la estancia para abrir de par en par una puerta vidriada que conducía a un recinto oscuro.

Lui lo siguió, sin comprender. Pero cuando las luces se encendieron quedó a la vista un cuarto de baño espléndido, con otras cinco puertas.

—Esta habitación tiene su propio circuito de Spa. Puedes elegir entre una simple ducha como esta...

—¿Simple?! Este lugar es más grande que mi departamento.

—Se necesita, porque la regadera propiamente dicha mide un metro cuadrado. La cantidad de agua que larga en un minuto... Bueno, digamos que podría hacer explotar la cabeza de cierto presidente latinoamericano no muy afecto a los baños largos.

—A mí no me gusta que nadie se meta en mi ducha, pero te confieso que me sentiría un poco culpable por tanto derroche. ¿No hay nada más ecológico?

Augusto encendió la luz de otra de las puertas, escogió una botellita de las que allí se exhibían y arrojó su contenido en el interior, para luego accionar un interruptor.

Como si se tratara de un acto de magia, un extraño vapor coloreado de rojo comenzó a envolverlo todo. Al contemplar semejante espectáculo Luisina sintió a la vez excitación y calma.

—Esta es la cabina de aroma y cromo terapia. Puedes elegir la esencia según el efecto que quieres lograr, relajándote de paso con el color que se produce.

—¡Guau!

—Esta otra puerta esconde la más tradicional ducha escocesa.

—¿Pasar del frío al calor en cuestión de segundos? No, gracias. Ya tuve suficiente de eso cuando rodé hasta el charco.

Augusto sonrió.

—Este es mi favorito —dijo, señalando otra puerta—. Un sauna.

—¡Ah! Esos los conozco y no me atraen. De hecho en mi casa tengo uno.

—¿Tu departamento tiene sauna?

—Si quiero transpirar hasta morir sólo tengo que caminar un mediodía de enero hasta Cabildo y Juramento, ¡y listo!

—Esto no es igual —respondió entre risas, mientras encendía la luz.

Aquel, en efecto, no era un sauna como los otros. Allí, encerrada, la piedra de la montaña invadía con su solidez el lugar. Rugosa, helada. Real. Y no

estaba confinada a la estrechez del muro, sino que penetraba en el recinto, adueñándose de él.

Fue tan abrumador para Lui el espectáculo, que no pudo menos que recostarse sobre ella, acariciándola. Y así hubiera estado un buen rato, olvidada de la vida, si no fuera por un flash que la encandiló.

—¿Qué fue eso, Augusto?!

—Te saqué una foto. Te veías muy linda así.

Linda. Hermosa. Bella. ¡Bellísima!

Luisina tomó distancia.

—¡Seguro! Es que el barro favorece mis facciones. Lo que me recuerda, ¿dónde me puedo bañar?

—Si me permites, te sugiero que primero te relajes en el jacuzzi.

—No lo vi.

—Es este —dijo él.

Y entonces abrió la última puerta. Tras ella, un jacuzzi redondo, aún más grande que el que Luisina tenía en el hotel, estaba iluminado por un ventanal inmenso.

—Aquí abajo hay un risco. La privacidad es absoluta. Nadie puede verte. Y si te aburres de mirar por la ventana, siempre puedes recurrir a este pequeño televisor de leds.

Luisina miró el lugar, extasiada. ¡Era el paraíso! Aunque tenía más de pecado original que de salvación. ¿Se atrevería a desnudarse estando en medio de la nada, a solas con su cuñado?

—No dejes de usar las botellitas que están allí. La espuma que producen es muy relajante.

—¿Cómo enciendo esta cosa?

—Deja que se llene, y luego lo enciendes. Es con este botón de aquí, ¿ves? Disfruta de los masajes lo más que puedas, porque es obvio que necesitas relajarte. Cuando termines puedes ir a la cabina duchadora para quitarte la espuma y lavar tu cabello.

—¿Qué harás mientras tanto?

—Tengo cosas que charlar con el dueño. Te daré tiempo suficiente como para que te sientas cómoda.

Luisina suspiró. ¿Cómo podía negarse ante tanta amabilidad?

Cuando se sumergió en el agua templada, desnuda frente al gran ventanal, (cosa que solía ocurrir sólo en sus pesadillas), la sensación fue, sin embargo, liberadora. Como si ese fuera el momento señalado para contemplar su vida

desde una nueva perspectiva.

Cerró los ojos. Era tiempo de serenarse. De dejarse acariciar por lo que la vida le estaba regalando, en vez de perder el tiempo en lamentos por lo que ya no tenía.

Abrió los ojos, y comenzó a hurgar en las botellitas que tenía enfrente. ¡Eso le faltaba!: muchas burbujas. ¿Qué estaba buscando? ¿La pasión tropical que encerraba el frasco rojo, capaz de encender el deseo y despertar la lujuria? ¡Por supuesto que no! Mejor dejaba el frasco oculto entre los otros. No quería darle malas ideas a nadie. ¿Y el estímulo del romero para ganar claridad mental? Tampoco. ¿Para qué pensar?

Luego de pasearse por todo el herbolario, por fin se decidió por el frasco verde, de pino. Sí, energía y bienestar, eso era justo lo que necesitaba. Echó unas gotas y esperó. ¿Tan pocas burbujas iban a salir? Quizás se necesitaba el frasco completo.

Dejó que el espeso líquido saliera y cerró los ojos. Permaneció así, relajada, disfrutando del aroma que ahora lo invadía todo. Escuchando el sonido del agua que jugueteaba con su cuerpo desnudo.

Respiró con profundidad y luego exhaló. Escupió un poco de burbujas.

Luego un poco más.

Y por fin tuvo que incorporarse de un salto para no morir ahogada en medio de un mar de pompas de jabón que ahora le llegaban a la nariz. Porque, para su sorpresa, aquello había pasado de ser un placentero yacuzzi, a un lavarropa enfurecido. La espuma crecía sin parar con cada chorro de agua, y los chorros eran miles.

Luisina manoteó el botón que Augusto le había señalado. Le resultó difícil encontrarlo, pero por fin logró apretarlo con fuerza.

Nada.

Volvió a intentarlo, pero esta vez con todo el peso de su cuerpo. ¡Nada! Porque si bien se escuchaba un cambio de marcha en los potentes motores, ni siquiera estaban cerca de detenerse.

Pensó que su única solución antes de que todo el baño se inundara era salir de allí en busca de ayuda. Y debía hacerlo rápido, porque la espuma ya llegaba al suelo.

Se puso de pie, desnuda ante el inmenso ventanal, (¡ojalá no hubiera algún gracioso mirando con prismáticos desde su yate!), y buscó una toalla. ¡Pero no había ninguna! Ni siquiera un toallero que hiciera presumir que se habían olvidado de colocarlas. Luisina se indignó. ¡¿Qué clase de sitio elegante era

ese, que el jacuzzi no se detenía, y no tenía toallas en abundancia?!

¿Qué podía hacer? Tarde o temprano alguien iba a terminar entrando, sobre todo cuando el agua traspasara la puerta. Pero si eso ocurría, ¿no era mejor que fuera antes de que la espuma se disipara?

—Augusto — llamó con timidez.

—¡Augusto! —repitió con impaciencia.

—¡¡Augusto!!!!!! —gritó enardecida.

¿Acaso su desgracia formaba parte de algún plan malévolo de Augusto para forzar una situación? De seguro él no era ajeno a la ausencia de toallas. Quizás no le respondía por...

—¿Ocurre algo, Lui? ¿Estás bien allí?

—¿Cómo se detiene esto?

—Con el botón que te mostré.

—Ya lo apreté más de mil veces. Y el jacuzzi se está desbordando.

—¡Cierra la canilla!

—Está cerrada. Es la espuma... Montañas de espuma.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué otro remedio me queda?

Augusto abrió la puerta con cuidado. Pero al verla todavía adentro de la tina se sorprendió.

—¿Qué haces allí?

—¿Adónde más podía estar? —replicó ella con disgusto.

—¿Por qué no saliste del agua?

—No te hagas el gracioso. Conoces perfectamente el motivo: ¡no hay toallas!

—¿Y todas esas que están allí, sobre tu cabeza?

En efecto, apiladas con primor había más de veinte esponjosas toallas blancas, de todos los tamaños. No las había visto porque estaban dentro de una hornacina vidriada.

—Apaga esta cosa, por favor —suplicó, tratando de disimular la vergüenza.

—No te ofendas, pero te ves muy graciosa asomando por entre la espuma. ¿Puedo sacarte una foto con mi máquina nueva?

—¡No! —llegó a gritar Lui, justo después de que el flash se hubiera disparado.

—¡Voy a demandarte, Augusto Stuar! —chilló por encima del ruido de los motores—. Pienso denunciarte por crueldad mental, y por haberme inducido a

usar este aparato que no funcio...

No pudo continuar. De repente el ruido cesó, el agua estaba calma, y las burbujas que la cubrían comenzaban a desintegrarse.

—¿Cómo hiciste para detenerlo?!

—Te dije. Sólo apreté este botón... ¿No habrás apretado este otro, no?

Luisina miró los dos botones, confundida.

—Porque este es el ozonizador.

¡Qué vergüenza! Ahora su cuñado tenía dos opciones: pensar que era una tonta sin remedio, o que había ideado toda esa farsa para mostrarse desnuda ante él. Y la verdad no sabía cuál la avergonzaba menos.

—Bueno, ya lo desconectaste... ¿Qué estás haciendo todavía aquí, Augusto?

—Nunca en mi vida había visto tantas burbujas. ¡Es como estar en un auto lavado! ¿Cuánto crees que tarden en disolverse?

Luisina le arrojó lo único que tenía a mano: la botellita de plástico causante de todo el problema. Augusto llegó a esquivarla, pero entendió la indirecta y se apuró a salir de allí, todavía entre risas, no sin antes disparar una última foto.

—¿Puedo subirla a mi Facebook? —lo escuchó burlarse desde el otro lado de la puerta.

Y recién entonces Luisina se animó a sonreír.

* * *

—Necesito información sobre...

El empleado miró los jeans desgastados de Alicia con desdén, sopesando su apariencia.

—Lo lamento, señora —respondió con tono ácido—, el hotel está completo por un evento, y no podemos atenderla ahora.

Alicia lo miró a los ojos con toda la furia que llevaba largo tiempo acumulada.

—Escucha, idiota: tengo reservada la mejor suite de este maldito hotel. Mi madre organizó este estúpido evento. Así que, en lo que a mí concierne, tú eres mi esclavo.

El pobre muchacho enrojeció por el susto.

—Disculpe, señora..., err..., señorita. No fue mi intención. Si me dice su nombre yo podría...

—Doctora Alicia Andrade. Pero lo que quiero saber es si el doctor Montes de Oca ya está aquí.

—Acaba de salir a la terraza para disfrutar del “happy hour”, señora. Digo, señorita. ¡Digo, doctora! Si usted me permitiera agasajarla con un trago de bienvenida sin cargo por este pequeño traspíe.

—¡Ahora no sirve de nada! Tenías que tratarme bien aún antes de saber que tenía dinero para pagar por tu apestoso cuarto. Porque, lo tenga o no, soy una persona, ¿sabes? Dime, ¿qué te hace sentir tan superior a los demás? Tú sólo atiendes a los ricos, pero no eres uno de ellos.

El muchacho se quedó mudo, y Alicia, un poco más relajada, se dirigió a la inmensa terraza de piedra que balconeaba hacia el lago Nahuel Huapi y los campos de golf, protegida por la majestuosidad imponente de la cordillera de los Andes a su espalda. El lugar había sido decorado con esmero, y un grupo ecléctico de turistas le daba vida.

En un rincón, hablando por móvil, totalmente ajeno a la belleza que lo circundaba, se encontraba Blas.

—¿Qué tal si compartes conmigo el segundo trago? —le susurró al oído, cuidando de rozarlo con sus pechos mientras lo hacía.

—¡Alicia! No esperaba... No imaginé que... ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú.

—Sé cuánto odias estos eventos que organiza tu madre.

—Este promete ser especial. Tengo entendido que han contratado al menos a veinte pilotos entrenados en acrobacias para que paseen a los invitados por los caminos más peligrosos.

—¿Desde cuándo te interesan las “cuatro por cuatro”?

En su interior Alicia volvió a enojarse. ¿Cómo podía ser ese hombre tan estúpido, y no darse cuenta del verdadero motivo de su viaje?

—¿Y tú? ¿De verdad estás aquí por las “todo terreno”? ¿O me estoy entrometiendo en una escapada romántica?

Blas tomó distancia, como si necesitara verla de cuerpo entero para entender el alcance de sus palabras.

—¿Estás sola?

—¿Y tú? —respondió ella, acariciando su mano.

Él retrocedió, electrizado.

—¿A qué viniste, Alicia?

—Depende de ti. Quizás a una escapada romántica.

—¿Entonces cambiaste de idea? ¿De verdad quieres que empecemos una relación seria?

—Puede ser...

El cerebro del joven doctor estallaba por la ira. Era evidente que Alicia no pensaba dar su brazo a torcer. Sólo había ido hasta allí para obligarlo a claudicar. Para salirse con la suya.

Blas intentó ponerse de pie, pero ella lo contuvo con un beso.

Un largo beso, muy profundo.

Y entonces el cerebro de Blas no pudo protestar más.

* * *

Quizás por tantas burbujas el cerebro de Lui ya no funcionaba al paso acelerado que solía llevar en Buenos Aires. Era como si nada pudiera inquietarla.

El restorán del lodge se ubicaba en una cabaña de troncos encaramada en un risco. Los grandes ventanales llevaban al interior la belleza del atardecer y el azul del lago, mientras adentro ardían unos leños, sólo por el gusto de escucharlos crepitar.

Un lugar perfecto, en donde las preocupaciones del mundo parecían desdibujarse.

—Te ves muy bien, Lui.

—No. Sólo es el contraste, porque antes me veía muy mal.

—¿Por qué no puedes simplemente aceptar un cumplido, sin objetarlo?

—¿Alguna vez te diste cuenta de que los espejos de estos sitios lujosos te devuelven una imagen más hermosa de ti mismo?

Augusto rio de buena gana.

—¿De dónde sacaste eso?!

—¿De verdad! Creo que es por la luz, o algo así. Y tengo la sospecha de que no es casual.

—¿No será que cuando te invitan a un lugar como este te arreglas más?

—¿No! Creo que es el mismo truco que usa esa vieja conductora de

televisión. En su programa siempre se ve espléndida. Pero cuando la invitan al de algún otro parece salida de un sarcófago. Apostaría a que es por las luces.

—Yo, en cambio, creo que uno se ve mucho mejor cuando es feliz.

—Dudo que algún instituto de belleza avale tu teoría.

—Yo también lo dudo. Pero lo que sí puedo asegurarte es que, aún a pesar de la fortuna que Andrea invierte en verse bien, nunca estuvo más bella que durante nuestra estadía en Norteamérica... Y allí no se hacía absolutamente nada.

—¡Qué vivo! Se veía mejor porque era más joven.

—No. Se veía mejor porque era feliz.

—Son sólo ideas tuyas. Desde que conozco a Andrea que se la ve espléndida.

—Tienes razón. Quizás el que no volvió a ser feliz fui yo.

El camarero se acercó con obsecuencia.

—Disculpen, ¿enciendo las velas?

—No. No las necesitamos, gracias —se apuró a responder Luisina.

—Pero... —objetó el pobre hombre, confundido.

—¿Qué ocurre, señor? —lo enfrentó Lui, con algo de burla en su tono—. ¿El estereotipo de lugar romántico no está completo sin la media luz? A mí me gusta ver lo que como...

—¿Por qué tienes que analizarlo todo, Lui? ¿Por qué simplemente no lo disfrutas? Sí, quizás la vela sea un poco cursi pero, ¿qué importa? Nadie nos está juzgando. Y a mí me gusta la media luz.

Ante su orden, el camarero encendió la vela.

—El que cenemos en un sitio así no te obliga a nada, Lui.

—¡Por supuesto que no!

—Sabes..., antes hablabas de estereotipos. Y entiendo el motivo por el cual te asustan tanto.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Tengo que ofenderme?

—Aquella vez que te vi escupiendo recetas de cocina como si se tratara de verdades trascendentes, noté que había ocurrido un cambio importante en ti. De repente parecías más preocupada por lo que los otros pudieran percibir que por tus propias percepciones. Querías agradar, sin importar qué tanto te agradara el otro... Y ahora, como era de esperarse, gracias a tanta obsecuencia se interrumpió en ti el circuito del placer. Es como si creyeras no merecerlo. ¡Como con los halagos!

—Parece que llegó la hora del psicoanálisis. ¡Y con lo bien que la

estábamos pasando!

—¡Ay, eres tan parecida a mí!

—No lo creo.

—¿No? Al menos estoy convencido de que cometemos los mismos errores. Luisina dejó descansar a su cerebro.

Contempló los últimos rayos de sol escondiéndose detrás de las montañas. El vaivén sereno de las aguas. El perfil masculino de Augusto. Su desencanto.

—¿Te conté que estoy yendo a un taller?

—¿Un taller?

—Sobre maltrato familiar. Y sí, tenías razón, aunque nunca me puso un dedo encima, Bautista siempre abusó de mí.

—“Abusa” —la corrigió.

—¿Alguna vez viste ese programa en el canal de “Animal Planet”?

—¿Cuál?

—Creo que se llama “El encantador de perros”.

—¿Tú miras eso? ¡Pero si no tienes mascota!

—A Bau le fascina. Y ahora entiendo el motivo.

—No te sigo...

—Ese hombre domina a cualquier animal, por bravo que sea. Si el perro se enfurece, jamás lo enfrenta. Sólo le da un golpe en un costado. No para lastimarlo, sino para quitarle el balance. Para confundir su mente. Nunca permite que se asiente en el estado de enojo. Y siempre, siempre, le deja bien en claro que él es el verdadero macho de la manada, y el que conserva el dominio de toda situación... Ahora me doy cuenta de que Bautista hacía lo mismo conmigo. Siempre me daba el golpe en el lugar menos esperado. El día que le dije que me habían ascendido en el trabajo armó una escena de celos tan conmovedora, que hasta yo misma dudé acerca de mis sentimientos hacia Pablo, mi jefe.

—Los celos son siempre una buena excusa para inmovilizar al otro.

—Sí... Después de ese día, cada vez que regresaba de la redacción había una larga lista de reproches aguardándome: que me dejaba explotar, que desatendía mis obligaciones de esposa, que no me ocupaba de la casa... Un solo par de bóxers que no estuviera planchado desataba la tragedia. Así que cuando por fin renuncié, sentí un alivio inmediato: no más celos, no más reproches... Creo que ese fue el principio del fin. Porque a partir de entonces él era el dueño del dinero, y el único con derecho a decidir sobre nuestras vidas.

—Andrea jamás trabajó, pero sabía muy bien cómo exigir. Según ella el hombre a su lado tenía que merecerla. Y, créeme, sus estándares eran demasiado altos... No por lo que decía, sino la suficiencia con la que me trataba. Esos pequeños comentarios. Ese silencio feroz...

—Parece que estuvieras hablando de tu madre —comentó Lui divertida.

Pero al escucharla el gesto de Augusto se volvió sombrío.

Por un instante Lui presenció su dolor. Conocía demasiado bien esos sentimientos como para dejarlos pasar, así que poniendo su mano sobre la de él se disculpó.

—Olvídalo, por favor. Fue tonto decir eso.

Augusto contempló conmovido la fragilidad de esa mano que ahora lo acariciaba. Su pequeñez.

Era agradable sentir ese contacto suave y bien intencionado.

Era más que agradable. Era...

Cautivador.

—¿Quieres que bajemos a la playa antes de que el sol se ponga? —sugirió él, sólo por no seguir sintiendo.

—Me encantaría —respondió ella, sólo por apartarse de su mirada inquietante.

Se enojó consigo misma. ¿Por qué se sentía así? Después de todo se trataba de Augusto, el hermano de Bau. Y además, bien sabía que nada bueno podía esperarse de un miembro de la familia Stuar.

¿O acaso esas velas habían resultado más efectivas de lo que esperaba?

Salieron del bello restorán rumbo a un camino escarpado que descendía hacia la costa. Por desgracia los tacones de las botas de Lui eran demasiado altos como para un paseo así, por lo que varias veces se vio obligada a asirse a Augusto para no caer rodando. Y a pesar de que el trayecto fue breve, a ella le resultó eterno. La espesura impedía ver la playa. Pero cuando llegaron allí, Luisina enmudeció.

Había algo de reverente en ese lugar desierto. Quizás por la luz dorada que bañaba el paisaje, desdibujando la realidad. O por la presencia de las montañas custodiando el semicírculo de canto rodado, o por el sonido imperturbable del agua del lago acariciando la costa.

Luisina presenciaba el espectáculo muda, consciente de que en él se ocultaba otra realidad que iba mucho más allá del bello paisaje.

—¿Estás bien, Lui?

—Es que... De repente siento como si esta playa fuera el escenario de un

teatro que estuvo aquí por siempre. Como si nosotros fuéramos los actores, y el infinito nuestro público.

Augusto la observó de una manera inquietante.

—Disculpa, creo que me deliré. Olvida lo que te dije.

—No, Lui. Es sólo que... ¿Alguna vez estuviste en Grecia?

—No.

—Yo estuve hace un par de años, por trabajo. Mi agenda era tan apretada, que apenas podía salir. Pero un domingo aproveché para hacer una excursión. Sin buscarlo especialmente, me llevaron hasta Epidauro. Ahí se alza un anfiteatro al aire libre, del siglo IV antes de Cristo. Está muy bien conservado. Es un escenario de tierra apisonada, enfrentado a una gradería inmensa en forma de media luna... Todavía hoy más de catorce mil personas pueden presenciar un espectáculo allí ... ¿Te imaginas? ¡Catorce mil! Y su acústica es tan perfecta, que aun el que está más arriba puede escuchar susurrar a los actores.

—¡Maravilloso!

—Ese día, en aquel viaje, me ocurrió algo distinto. De alguna manera, sobrecogedor. Parado allí, en medio del escenario, fui capaz de sentir toda la carga del tiempo y, a la vez, su inutilidad. No pude terminar de entender entonces lo que me ocurría. Y ahora tú lo expresas con tanta facilidad... Sí, fue exactamente como enfrentarse al infinito.

—¿Crees en Dios?

—No creo que sea nuestro asunto decidir si existe o no. ¿Y tú?

—La gente que cree me ha dado razones más que suficientes como para no hacerlo. Como sea, tal parece que Dios nos dejó solos aquí, porque ya es de noche. Será mejor que regresemos.

—¿Acaso le temes a la oscuridad?

“Te temo a ti, que es otra cosa”, pensó Lui. Pero prefirió callar.

Después de todo hacia demasiado tiempo que no se sentía tan viva.

* * *

—¡Estoy muerta! —exclamó Alicia con un dejo de orgullo—. ¿Y tú?

—Escucha, creo que debemos...

—¡Ay, no! Ya vas a arruinarlo todo otra vez. ¿Por qué concluir una deliciosa velada de sexo y placer con discusiones?

—Es que no te entiendo, Alicia... Cualquier mujer daría lo que fuera por...

—Eres tú el que no se entiende, Blas.

—¿Hay algo de malo en que un hombre quiera sexo regular sin moverse de su casa? Alguien que lo acompañe en sus viajes, que lo espere luego del trabajo. ¿Hay algo de malo en eso?

—¡Por favor! ¿Crees que hubiéramos tenido una noche de pasión como esta de haber estado viviendo juntos?

—¿Lo haces por eso? ¿Para que el sexo no se vuelva aburrido?

—Para que no nos aburramos juntos... ¡¿Adónde vas?!

—A mi habitación.

—No te enojas, Blas.

Alicia se incorporó, así, desnuda como estaba, y muy a su pesar Blas titubeó por un segundo.

—Eres tú la que me hace enojar —replicó dándole la espalda para ocultar su excitación.

—Escucha, te propongo una cosa: ya que quieres algo que no te puedo dar, ¿por qué no permanecemos juntos, así, como antes, hasta que esa mujer maravillosa que aguardas llegue a tu vida? Cuando alguien aparezca yo me haré a un lado para contemplar tu felicidad... ¿No sientes frío? Me parece que refrescó.

Alicia se levantó para ubicarse frente al hogar de leños que ardía en la habitación. Y lo hizo con tanto arte, (cuidando de rozarlo al pasar a su lado, de agacharse de la forma justa, de mostrar sus curvas sin necesidad de exhibirse), y se veía tan hermosa frente a la llama, que Blas claudicó casi de inmediato.

—Quiero complacerte —susurró ella sin darle tiempo a pensar, enredándose en las piernas de él con actitud sumisa—. Quiero que se haga sólo tu voluntad. Yo estaré allí para que me uses, y luego, sin que me lo pidas, me haré a un lado. Sin quejas ni reproches.

El que le implorara de esa forma era una humillación innecesaria. Imposible pedir más. Entonces, ¿por qué Blas no podía quitarse de la cabeza la oscura sensación de haber claudicado ante la voluntad de su amante? ¿Acaso no era ella y sólo ella la que había obtenido lo que buscaba?

Todavía a sus pies, Alicia leyó sus dudas de inmediato. Pero logró acallarlas con facilidad. Le bastó bajar los bóxers de aquel semental para

someterse por completo a su virilidad enardecida.

Su mente, sin embargo, estaba en otra parte, muy lejos de allí.

Sí, por fin había conseguido lo que deseaba. Pero, ¿cuánto duraría su victoria? ¿Cuánto tardaría él en darse cuenta del engaño?

Sólo le quedaba rogar para que ninguna otra mujer se cruzara en la vida de Blas. Y Blas vivía rodeado de mujeres: enfermeras, colegas, pacientes, oportunistas atraídas por la fortuna de su padre, o por la posibilidad de atrapar a un candidato perfecto y soltero.

Por suerte, aún a pesar de sus continuos asedios, ninguna había logrado su cometido, y él tenía ojos sólo para ella.

—¿Ocurre algo, Alicia? ¿Por qué te detuviste?

—Nada querido. No me pasa nada.

¡No! No sólo a ella la miraba así. También lo hacía con...

* * *

—¡Lui! ¡Luisina, estoy aquí!

La muchacha corrió hasta el lujoso auto y se subió a él, no sin antes echar un vistazo a su alrededor.

Augusto notó su gesto, extrañado.

—¿Alguien te está siguiendo?

—Quizás... Amanda acaba de llegar y no deja de interrogarme.

—¿Confesaste?

—Nada que pudiera incriminarme. Pero no creo que haya quedado satisfecha.

—¿Por qué no decirle la verdad? ¿Te avergüenzas de mí?

—¡Qué tontería! No hay nada de malo en que salga contigo. Eres el hermano de Bautista y ya hace más de diez años que nos conocemos.

—¿Y entonces?

—Sabes cómo es Amanda. Se nos pegaría como mosca sólo por conquistarte.

—No te preocupes. Si de algo estoy seguro es de que tu amiga no es mi tipo de mujer. Me he chocado con alguna de sus víctimas.

—¿Crees que tu desinterés la va a detener? ¡No la conoces!

—Y espero no hacerlo nunca. Hiciste bien en no mencionarme. ¿Vamos?

Tardaron más de quince minutos en recorrer los veinte kilómetros que separaban el hotel de Luisina de la zona del Llao Llao y Puerto Pañuelo. El camino, que serpenteaba la costa del lago atravesando de tanto en tanto bosques frondosos, era espléndido. El olor a pino y lavanda perfumaba el recorrido, realzando la belleza del paisaje.

Augusto sólo se detuvo al llegar al puerto, un largo espigón que se adentraba en el lago.

Se bajó del auto para sacar algunas fotos a la extensa vegetación. Pero Lui tuvo el presentimiento de que más de una toma se había disparado sobre ella.

—¿Me estás fotografiando, Augusto?

—Sólo cuando te interpones en mi camino.

—Disculpa, trataré de no volver a cruzarme.

—¿Por qué? Fotografías muy bien.

—No te creo. ¡Déjame ver!

—¡Ni se te ocurra!... Ya las verás luego, cuanto te las envíe para tu Facebook... ¿Te animas a subir todos esos escalones para visitar la Iglesia de San Eduardo?

—¿Por qué no?

—¡Como eres una vieja cuarentona! —replicó él, desafiante.

Luisina lo hizo a un lado, divertida, para comenzar a subir corriendo. Por desgracia, aun cuando el esfuerzo era poco, su estado lamentable obligó a Augusto a remolcarla a la cima.

—¿Qué paisajes! —exclamó ella, recorriendo el jardín que circundaba la pequeña estructura de troncos—. La vista aquí es encantadora.

—Sí —respondió él, recorriendo a Lui con su mirada oscura.

Y ella, aún a pesar del sol de la mañana, sintió que un ligero escalofrío cruzaba por su cuerpo. ¿Era sólo por la brisa helada que se había levantado, o...?

—¿Alguna vez entraste al templo?

—Nunca.

—Ven.

El lugar era muy simple. Apenas una habitación encalada, pero cubierta de bellísimas imágenes de vírgenes, ángeles y músicos.

—¿Son de Soldi, verdad? ¿O sólo copias?

—Son de él. Siempre que puedo entro aquí para ver estos frescos. Amo la simplicidad de sus trazos... Es extraña la forma en que un hombre puede

volver etéreo algo tan terrenal como un muro de ladrillos.

—Soy una burra en materia de arte —confesó con pesar la muchacha.

Y por un buen rato él se dedicó a enseñarle a ver. A calmar la mente hasta que la forma y el color pudieran adueñarse de ella.

Luisina lo escuchaba fascinaba. Y no sólo por su exquisita sensibilidad, sino también por el tono de su voz grave, el roce de sus músculos, el encanto de su mirada negra y profunda.

—¿Vamos al Llao Llao? Allí se está llevando a cabo el evento de la Fundación.

—¿Puedes creer que nunca estuve en el hotel?

—¿No subiste ni siquiera a la explanada adonde se ubica?

—Sí. Para ver desde allí el lago Nahuel Huapi, y también el Moreno. Pero jamás entré al edificio.

—¡Imposible! Ese lugar es parte de la historia de Bariloche. No se trata sólo de una bella construcción, sino que es una síntesis del paisaje que la rodea.

—Una síntesis disponible sólo para los ricos. Yo debo contentarme con la versión más larga.

—Alicia Andrade me había reservado una suite allí, pero la di de baja. Me pareció mejor estar más cerca del centro.

—¿Alicia Andrade?!

—La madre de la que te presentó Montes de Oca. Una dama tan rica como insoportable. Pero tengo que reconocerle que es una maravilla a la hora de buscar fondos para la Fundación. De ella fue la idea de tomar el hotel como centro de este evento... ¿Sabes?, se me está ocurriendo algo que podrías poner en tu Facebook.

—¿Qué te propones? —preguntó ella preocupada, pero sin poder ocultar su excitación.

* * *

—El motor de esta camioneta es el más potente del mercado. La tracción está especialmente diseñada para...

Luisina, que hasta entonces había estado contemplando con admiración

aquella máquina portentosa, interrumpió al joven que le explicaba a Augusto sus bondades.

—Disculpa, ¿puedo subirme a la camioneta?

—Sí, por supuesto. Están para eso. Incluso, si te animas, puedes dar una vuelta por aquel circuito —respondió solícito, para volver de inmediato con su arenga—. Esta es la primera cuatro por cuatro del mercado diseñada no sólo para cubrir las expectativas del conductor más exigente, sino... ¡No! ¡¿Qué está haciendo?! ¡Tenía que ir para el otro lado! —gritó espantado, señalando a Luisina.

Augusto se inquietó.

—¿Crees que corre algún peligro?

—Ese es el camino nuestro, el de los conductores designados. Si entra allí es mujer muerta. ¡Dios! ¡No quiero mirar! ¡El lugar está lleno de obstáculos! ¡No va a lograrlo! ¡Se va a matar!

Augusto echó a correr para detenerla. Pero fue imposible.

Sólo le quedaba rezar.

Lástima que no creía en Dios.

CAPÍTULO IX

—¡Si se destroza el auto van a matarme!

Impotente, el muchacho se limitó a cerrar los ojos.

—¡Me importa un cuerno tu auto! —replicó Augusto—. Es ella la que...
¡Guau! ¡Cómo tomó esa curva!

El joven volvió a abrir sus ojos.

—¡Perfecta! ¡Y no baja la velocidad!... ¡Ay, no! ¡El lodazal! No hay forma de que pueda pasarlo si no frena...

Augusto disparó una foto, para luego exclamar.

—¡Ni siquiera derrapó!

—Estoy seguro de que se quedará atascada en la trampa de arena.

—¡No! La atravesó a la perfección.

Otra foto.

—¿Qué sigue?

—El camino de cornisa.

—¡Dios! ¡Que al menos baje la velocidad!

Augusto comenzó a filmarla.

—¡Mírala tomar esa curva! ¡Vaya!

Para cuando Luisina regresó, todos en la terraza la miraban, enmudecidos. Y como si los expuestos a algún peligro hubieran sido ellos, tardaron un buen rato en recuperarse.

—Anda lindo. Se maneja muy bien.

—¡Debieras haberme mencionado que eras conductora acrobática! —le reprochó el pobre vendedor.

—No lo soy. Pero mi padre era corredor de Turismo Carretera, y más de una vez, aun siendo menor de edad, lo acompañé como copiloto en sus prácticas. Claro que esta “todo terreno” es muy distinta a los autos que mi padre preparaba. Conducir esta maravilla es muy fácil y seguro.

Los dos hombres se miraron, sorprendidos.

—¿Te gustaría trabajar en el evento? A la empresa le costó mucho encontrar buenos pilotos, y quizás...

—No, gracias. Estoy de vacaciones. Y además no soy tan buena

conductora. De hecho, mi ex jamás me prestaba el auto. Solía decir que yo era un peligro.

Los dos hombres rieron de buena gana, y un tercero se les acercó.

—Disculpa, no pude menos que escuchar lo que contaste. Te vi en la ruta. ¡Magnífica conductora! Soy del departamento de promoción de la automotriz y estoy recabando historias de la muestra. ¿Podría entrevistarte?

—La verdad es que... —comenzó a decir Lui.

Pero al ver la cara de decepción del pobre hombre reconsideró su postura.

—Mira, la verdad es que no tengo nada de ganas, pero como yo también soy periodista, y sé lo horrible que es cuando alguien se niega a una nota...

—¡Será corta! —prometió el otro encantado.

—¡Bravo, Lui! —la animó Augusto—. ¡Por los viejos tiempos!

* * *

Sí, había demasiadas cosas entre ellos. Demasiada historia juntos, como para que Blas la abandonara por otra. ¿Entonces por qué no tenía la calma necesaria como para disfrutar de ese hombre encantador?

Alicia se sentía en peligro. Como si algo pudiera poner en riesgo su felicidad. Como si...

—¡No! ¡No lo puedo creer!... ¿Lo estoy imaginando, o esa es Luisina? ¿Qué hace ella aquí?

El corazón de Alicia se aceleró. ¡Típico de su mala suerte! Ahora que todo comenzaba a salir según sus planes, esa mujer tonta se cruzaba otra vez en su camino.

—Déjala, Blas. De seguro la pobre se está divirtiendo y lo último que desea es encontrarse con su ginecólogo.

—No entiendes... Es que me siento en falta con ella.

—¿A qué te refieres?

—Luisina me consultaba por un tema de fertilidad. A mediados del año pasado, como último recurso, le practiqué una microcirugía que fue muy exitosa.

—¿Entonces ahora es fértil?

—Yo no diría tanto. Su tejido está severamente dañado. Pero al menos

existe una pequeña chance de que pueda procrear.

—¿Y?

—Jamás le hablé de esa pequeña chance.

—¿Cómo le ocultaste eso?! Es poco ético.

—No es que tratara de ocultárselo. Pero el día que iba a hablar con ella me anunció su divorcio. Estaba destruida, y no me pareció el momento más apropiado. Y luego... no sé. Se me pasó.

—Disculpa que te lo diga, pero eso es algo imperdonable.

—¿Lo sé! Nunca antes me había ocurrido algo así con una paciente. Pero con Luisina...

Alicia respiró hondo.

Bueno, al menos si su rival quedaba embarazada de otro era una bonita forma de quitársela de encima sin herir a nadie.

—¿Hace mucho que sabes el resultado del procedimiento?

—Desde octubre. Hace más de tres meses.

—Entonces no te preocupes más. Ya se debe haber acostado con cientos de tipos, y si todavía no trató de demandarte, quiere decir que tu operación no fue tan exitosa como pensabas.

—No. Luisina no es así... Ella es... distinta.

¿Qué era aquel brillo en la mirada de Blas?

—Pues a mí me pareció igual a todas, sólo que un poco más aburrida. Y si está aquí, en un lugar como este, de seguro vino con algún amante.

—O con el marido... Temo que haya vuelto con ese idiota.

—¿Qué ocurre, Blas? ¿A qué se debe tanto interés?... ¿Acaso te gusta?

—¡Mira! ¡Sí! ¡Es ella! Voy a verla.

Blas intentó echar a correr, pero Alicia lo detuvo con gesto amargo.

—¿Para qué quieres verla? ¿Qué piensas decirle? “Ah, por cierto, ya eres fértil, sólo que olvidé mencionarlo”.

—¿Por supuesto que no! Es sólo que...

—No seas tonto.

Blas tomó distancia para observar a su compañera con recelo.

—Dijiste que lo nuestro era sólo hasta que yo consiguiera alguien más.

—¿Luisina es alguien más?

—¡Allí está!... ¡Luisina!... ¡Luisina! —comenzó a gritar.

Blas echó a correr hacia el hotel, y esta vez Alicia no pudo detenerlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Lui al verlo parado frente a ella, expectante.

—Estoy..., vine por el evento de la Fundación y...

Alicia, que acababa de llegar, los interrumpió.

—Hola, Luisina... Tal parece que estamos condenadas a encontrarnos.

—¿Qué tal? ¿También viniste aquí por el evento?

—¡Claro! —y con intención, agregó—, con Blas lo estamos pasando de maravillas.

Luisina la observó acariciarlo. Había mucho de pasión en aquel breve contacto.

—¿Y tú, Lui? ¿Viniste sola?

—Con una amiga. Bueno, no precisamente amiga... De hecho, tú la conoces Blas: se trata de Amanda.

—No sé qué haces juntándote con una mujer así.

A Luisina le dolió el reproche.

Pero a Alicia le dolió aún más. Blas parecía demasiado interesado en las compañías de su paciente.

—Pensé que habías viajado hasta aquí con tu marido.

—No. Ya te dije que me separé.

—Dudo que sea fácil para un hombre alejarse de alguien como tú.

Y ante la mirada arrobada que Blas le dedicó a Lui, Alicia se ennegueció.

—Deja a la pobre muchacha tranquila. Vino hasta aquí para divertirse, como todos... ¡Como nosotros! Y de seguro no quiere perder el tiempo hablando con su doctor.

Blas le devolvió una mirada de odio. Pero Lui no notó la tensión que se tejía a su alrededor.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo sin segundas intenciones.

—Debes sentirte sola, ¿no? Es decir, sin tu marido.

—¿Qué dices, Blas? Estoy segura de que te deben sobrar los hombres, ¿no es cierto, Luisina? —exclamó Alicia, alentando a la muchacha a bajar de ese estúpido pedestal en que Blas la había colocado.

Pero esa tonta no era fácil de derribar.

—No. Por desgracia no tengo ni uno. Pero igual creo que todavía no estoy lista para una relación.

Un hombre joven se les acercó.

—Perdón que los moleste... Ya tengo que irme, Luisina. Aquí te dejo mi dirección. Agendé tu teléfono, así que en cuanto salga la nota te aviso.

—¿Es para el diario local, no?

—Sí. Pero también va a publicarse en los principales medios gráficos del

país y el exterior.

—¿Qué?!

—Serás famosa. La automotriz está muy interesada en conquistar al público femenino. Y tú eres el mejor ejemplo de...

—Disculpa, ¿de qué se trata todo esto, Luisina? —preguntó Blas con un marcado tono de reproche, como si ella tuviera obligación de rendirle cuentas.

—Accedí a que me reportearan acerca de la camioneta, pero nunca pensé que...

—Perdón, Lui, pero mi jefe me espera. Tengo que irme. Y, recuerda: ¡no dejes de llamarme!

El muchacho, un galán alto y bronceado, se fue, dejando a los tres más confundidos aún que antes.

—¡Te dije! Los hombres siempre llueven cuando una se divorcia —fue la conveniente conclusión de Alicia.

Pero al escucharla Blas por poco la fulmina con la mirada.

—Bueno... A mí también se me está haciendo tarde —se excusó Lui al ver que Augusto se aproximaba—. ¡Nos vemos en Buenos Aires!

Blas hizo un último esfuerzo por retenerla.

—No te vayas aún. Hay algo que quisiera decirte.

—De verdad, tengo que regresar.

—Entonces voy a tener que reclamar en Buenos Aires ese café que me debes.

Lui se incomodó. ¿La estaba invitando a salir delante de la otra? Porque esa era una cita romántica. Esta vez no tenía dudas: el tono acariciante de su voz, la forma en que la miraba, y, como si fuera poco, el gesto amargo de su acompañante al oírlo. ¡Mal momento había elegido Blas para cortejarla!

O quizás...

¿La estaría usando a ella para darle celos a su amante?

—No te preocupes —respondió tratando de no sonar preocupada—. Ni bien me entreguen los nuevos estudios de la tiroides le pediré un turno a tu secretaria. Y ahora de verdad tengo que irme.

Blas la observó partir. Y Alicia lo observó verla.

Su admiración parecía auténtica.

La doctora Andrade respiró hondo.

¡No iba a ser nada fácil!

* * *

—Sigue de largo. No me mires, por favor —ordenó Lui sin detenerse.
—¿A qué te refieres?
—Camina como si no me conocieras.
—¿Por qué? —preguntó Augusto, siguiéndole la corriente.
—Ese de allí es Blas, mi ginecólogo.
—Sí, ya sé. Lo conozco de la Fundación. Y la que lo acompaña de seguro es Alicia Andrade, lo que confirma que son pareja.
—¿Sí? Pues acaba de invitarme de nuevo a un café. ¡Y delante de ella!
—¡Vaya! Este tipo tiene acciones en Starbucks... ¿Te invitó delante de ella? ¿Estás segura de que no quiere sólo tomar un café, no?
—Esta vez no me quedan dudas.
—Busca darle celos a la otra entonces.
—Yo pensé lo mismo.
La cara de Augusto se iluminó.
—¡Ven!
—¿Adónde?
—A saludarlos.
—¿¿Qué?! ¿¿Estás loco, Augusto?!
—¿No me dijiste que el “cuatro ojos” te gustaba? Entonces nada mejor que darle celos. Eso lo hará decidirse más rápido.
—No creo que sea un buen...
—¡Montes de Oca! —gritó Augusto, indiferente a las palabras de su cuñada.

Alicia y Blas, ahora en el rellano próximo a la entrada del hotel, se dieron vuelta al escucharlo.

—¡Mírale la cara al cegatón! —murmuró Augusto, divertido— Sí... Tu chica está con otro. ¡Baja de una vez, estúpido!

Y como si sus palabras fueran órdenes, la pareja no tardó ni un minuto en llegar allí.

Luisina se quería morir. Y, dada las circunstancias, no veía las horas de que el monstruo Nahuelito se la llevara entre sus fauces al fondo del lago para que su honor quedara intacto.

—No entiendo, Lui... ¿No me dijiste que estabas con Amanda? —fue lo

primero que salió de la boca del joven doctor al verla. Un reproche amargo.

—Sí, pero al evento me trajo el doctor Stuar.

—¿Tú eres Augusto Stuar? —se interesó Alicia.

—Sí. Y tú de seguro eres Alicia Andrade.

—¿Cómo lo sabes? No recuerdo que hayamos sido presentados.

—No. Pero siempre reconozco a las mujeres hermosas.

Alicia sonrió. ¡Justo lo que necesitaba en ese momento!: darle celos a Blas, desacreditando de paso a esa hipócrita.

—Augusto es mi cuñado —explicó Lui como si tuviera que hacerlo.

—Ya no más, Luisina —aclaró él con una sonrisa, pendiente de la reacción de su rival.

—Está haciendo frío. ¿No prefieren tomar un café adentro? —invitó Alicia, mientras imaginaba mil formas de torcer esa incómoda situación en su beneficio.

—No, gracias —se apuró a responder Lui, mientras imaginaba mil formas en que esa incómoda situación podía perjudicarla—. Se está haciendo tarde y Amanda me espera en el hotel.

—Creí que estaban juntos —comentó Alicia con suspicacia.

—¡No!

—Sí.

Respondieron Augusto y Lui al unísono.

—Juntos en este paseo —explicó la muchacha una vez más—. Pero yo estoy aquí con Amanda.

Para cuando subieron de nuevo al auto de Augusto, Luisina estalló.

—¿Por qué diablos hiciste eso?!

—Te lo dije: para darle celos. Lo hice por ti. Aunque te confieso que cuando descubrí que la famosa Alicia Andrade era esa yegua imponente, no pudo evitar pensar un poco en mí. ¡Quién lo diría! La madre, una bruja, y la hija una encantadora diablita.

Luisina se enfurruñó, pero él continuó sin notarlo.

—¿Sabías que Alicia es comunista? O al menos pertenece a ese grupo de millonarios con culpa, que creen que por usar siempre el mismo jean tienen conciencia social. Tal parece que a la niña no le interesa el dinero. ¡Qué inteligente! Rechaza la cuenta bancaria de mami, pero no duda ni por un minuto en aprovechar sus influencias a la hora de salirse con la suya. ¿Para qué necesita el dinero, si tiene todo el poder que se puede comprar?

—Para no conocerla sabes muchas cosas de Alicia Andrade.

—En la Fundación comparto días enteros con la madre.

—¿Y te guías por las palabras de alguien que no respetas?

—Soy abogado. Jamás me guío por las palabras de nadie, ni siquiera las propias. Son los hechos, en cambio, los que hablan solos... La linda doctorcita entró a la universidad con apenas dieciséis años. Niña modelo, hija cariñosa, mejor alumna, deportista destacada. Incluso virgen. Pero en la universidad pública comenzó a militar. Rompió vínculos con “mami”, se enamoró de otro “comunista chic” como ella. La madre amenazó con desheredarla si se casaban. Y fue un error, porque apuesto a que ni se le había pasado esa idea por la cabeza hasta que la vieja la mencionó.

—¿Es casada, entonces?

—Divorciada. Y ahora él, un tanto olvidado de las discusiones partidarias, reclama un monto millonario por la división de bienes.

—Ah... Entonces es probable que sólo fuera por eso —comentó Lui para sí.

—¿Cómo?

—Blas. Quizás están juntos sólo porque él la está apoyando en su divorcio.

—Que la “apoya” no me cabe la menor duda.

—¿Por qué insististe en que nos vieran juntos, Augusto?

—Ya te lo dije: para ayudarte.

Sí, su cuñado se tomaba demasiadas molestias por ella.

¡Si tan sólo pudiera confiar en sus buenas intenciones!

* * *

—¡No confío en tus buenas intenciones! —le reprochó Luisina entre risas.

—¡Y lo bien que haces! —replicó Augusto, mientras la ayudaba a salir de la pequeña cabina del teleférico que los había transportado hasta la cima del cerro Otto, a mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar.

Una vez fuera del habitáculo, Luisina, que no era del tipo atlético precisamente, hizo lo que pudo por salirse del camino antes de que la cabina siguiente la atropellara. Y de no haber sido por el oportuno tirón de Augusto,

nunca lo hubiera logrado. Claro que de no ser por ese inoportuno tirón, jamás hubiera terminado en los brazos de su cuñado.

¿Habría hecho mal al aceptar compartir con él ese paseo?

Luisina sacudió la cabeza, y con ella los malos pensamientos.

El almuerzo en la confitería giratoria de la cima fue sensacional. Y no tanto por la comida, sino por la marcha lenta del recinto, que en veinte minutos recorría los trescientos sesenta grados de vistas inolvidables: montañas, lagos, bosques.

La charla entre los dos era distendida, franca y graciosa. Luisina disfrutó de no tener que cuidarse al hablar, como le ocurría con Bautista. Su ex era bien capaz de ofenderse por la frase más insignificante, o de volver en su contra el comentario más estúpido, así que Lui solía prestar atención hasta del tono que usaba al dirigirse a él.

El paseo continuó luego al aire libre. El sol era inclemente, pero el viento frío de la montaña lo volvía placentero, muy lejos de los calorones de Buenos Aires.

—¿Te gustaría ir por aquel sendero hasta la Piedra de Habsburgo?

—¿Y qué tiene de bueno esa piedra?

—Además de ser hermosa, la vista desde allí es muy interesante. Y la caminata por el bosque de lengas resulta encantadora. ¿Vamos? ¿Tienes ganas?

En un principio Luisina dudó. No quería repetir la mala experiencia del Cerro Leones. Pero al ver la sonrisa de su cuñado no pudo resistirse. Estar junto a él la hacía sentir segura.

Por un buen rato disfrutó del ejercicio. El camino, como Augusto lo había predicho, era encantador. El declive suave lo hacía fácilmente transitable.

En los primeros metros de recorrido todavía se escuchaba la música de la confitería. Un áspero contraste para tanta belleza natural. Pero a medida que se fueron internando en la espesura le ganó el silencio. Y, más allá, los sonidos inquietantes de esa realidad tan extraña a ellos: el ruido de las ramas al quebrarse bajo sus pies, el trino de los pájaros, el ronroneo de una pequeña corriente de agua que bajaba de la montaña...

Y la respiración entrecortada de los dos.

—Estas flores amarillas son hermosas. ¡Y hay miles de ellas!

Luisina se acercó a una, agachándose para tocarla.

Un flash se disparó.

—¿Me sacaste una foto, Augusto?

—Esa es la flor del amancay —explicó él.

Luego arrancó dos ramilletes y se los entregó a Lui, mirándola a los ojos.

—Toma. Hay una leyenda acerca de esta flor...

—¿Y no dice nada sobre destruir la flora en un parque nacional? Porque creo que es un delito.

—¡No se puede hablar contigo! —se quejó él, echando a andar.

—¿Y la leyenda?

—Ahora ya no importa. No quiero que me lleven preso.

—¿Cómo es que conoces este sendero?

—Te dije que tengo una cabaña en la península. Conozco todas las rutas de *trekking* de las inmediaciones.

—¿Andrea te acompañaba?

—Andrea nunca me acompañó. Era yo el que iba con ella.

—¿Solían venir aquí?

—Andrea nunca va a un sitio adonde no pueda usar sus zapatos de taco aguja.

—Jamás la vi sin maquillaje.

—Yo tampoco.

—¡Qué exagerado!

—No. Creo que hasta se baña con pestañas postizas.

—Es lo que a los hombres le gusta. Bautista siempre me reprochaba mi falta de arreglo. Claro que cuando me esforzaba por verme bien, de inmediato empezaba con sus escenas de cel...

No pudo terminar la frase. Augusto ya le estaba tapando la boca, y de paso arrastrándola muy cerca de su pecho.

Fue tal la sorpresa de ella, que por un segundo se dejó contener por su fuerza sin quejarse. Disfrutando de su olor a hombre, y ese calor que comenzaba a marearla.

—¡Shhh!... Escucha.

La muchacha prestó atención. Muy arriba de su cabeza un golpeteo incesante quebraba el silencio.

—¡Un pájaro carpintero! Nunca antes había visto uno.

—¡Shhh! Voy a sacarle una foto.

Sí, ese era un espectáculo digno de recordar. El tronco altísimo, el pico largo horadando la madera...

Y Augusto.

Augusto. Su perfil masculino. Un simpático mechón oscuro tapando su frente. Su cuerpo torneado, dominando la altura para obtener la foto perfecta.

¿Qué le estaba ocurriendo con su cuñado?

Luego fue un árbol caído el que se interpuso en su camino, y de nuevo Luisina tuvo que recurrir a los brazos fuertes de ese hombre ajeno para seguir adelante.

A mitad de recorrido se toparon con un portón de madera que indicaba la entrada a una propiedad privada.

—¿Nos volvemos?

—No, Lui. La piedra está más allá.

—Pero el cartel dice...

—¿Nunca hiciste algo prohibido? —preguntó él, mientras le ofrecía su mano y la más seductora de las sonrisas.

Pasaron con dificultad el vallado para internarse en un camino tapizado de madera. Pero no era aserrín, ni troncos, sino trozos de corteza olvidados allí por el tiempo. Cada paso tenía la contención justa, y caminar se convertía casi en un placer sensual. Y aun cuando hicieron buena parte del recorrido en silencio, estaban a la vez profundamente comunicados, disfrutando de los olores, el calor del sol y la belleza del entorno.

Pero al llegar a la gran roca blanca volvió a reinar el clima juguetón del comienzo. Trepaban, reían, trataban de orientarse en medio de la vista imponente: el lago Gutierrez, el Cerro Catedral, el sector sur de la ciudad de Bariloche. Parecían dos cachorros disfrutando de cada rincón escondido, de todo pequeño recoveco en el paisaje..., y en el cuerpo del otro.

Quizás por el cansancio del ejercicio, o por lo impertinente de tanta cercanía, Luisina se limitó a disfrutar, olvidada de su razón por primera vez en tanto tiempo.

—¿Sabes? Creo que no vimos a nadie en todo el camino.

—Sí. Podríamos hacer el amor aquí y nadie lo sabría —comentó Augusto al pasar.

Pero a Luisina le bastó escucharlo para que su mente regresara de inmediato de sus breves vacaciones.

—¿Por qué dices esas cosas horribles, Augusto?

—Me pareció más simpático que jugar con la idea de que un asesino serial nos destazara sin dejar rastro.

—Aun así no me quedo más tranquila. ¿Volvemos?

—¡Cobarde! —le reprochó él entre risas.

Y también Lui comenzó a reír.

Se sentía feliz. Y libre.

Más libre que nunca antes.

—¿Por qué el apuro?

—¡Vamos!... ¿O vas a decirme que estás cansado?

—Adelántate. Le saco una foto a este tronco, y te alcanzo. Eso sí, si te topas con algún asesino avisa, así voy para el otro lado.

La sonrisa de Luisina se encendió. ¡Ya lo había decidido! Pensaba gastarle una broma.

Echó a correr con las pocas fuerzas que le quedaban. Pero al alejarse un trecho corto tuvo que detenerse, tratando de recuperar el aire.

Si, se sentía feliz.

Y libre.

—¡Luisina! ¡Por todos los cielos! ¡Eres tú! ¡¿Qué haces aquí?!

Al escuchar esa voz tan conocida, la muchacha se ahogó con su propia respiración.

—¿Estás bien, querida?

—Sí, Ofelia, gracias.

—Tía Ofelia, querida. Somos de la familia después de todo... ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¿Dónde está tu marido, querida? No lo veo.

La pregunta descolocó a Lui. Sobre todo viniendo de la boca de uno de los miembros más chismosos y obsecuentes de la familia Stuar.

—Por allí —respondió Lui sin pensarlo—. Pero ahora tengo que irme.

—¿Cuál es el apuro? Me muero por saludar a Bautista.

—¡Tía Ofelia! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué estás haciendo tú aquí, Tito? ¿Es que acaso voy a poder darle un beso a cada uno de mis dos sobrinos favoritos? ¿Dónde está Andrea?

—En Buenos Aires. Me separé.

—¿Y viniste de vacaciones con tu hermano? ¡No sabes cómo me alegra que ahora se lleven mejor! Estoy segura de que tu madre, que Dios la tenga en la gloria, debe ser muy feliz en su tumba.

—Bautista no está aquí —replicó Augusto para horror de su cuñada.

—Pero ella acaba de decir...

—Evidentemente Luisina mintió. Todavía no entiendo el motivo, pero mintió —replicó él, hecho una furia.

Y en ese enojo Lui pudo distinguir el brillo salvaje de la mirada de los Stuar que tanto miedo le daba, y que por desgracia conocía demasiado bien.

Unas voces lejanas los distrajeron.

—¡Ofelia! ¡Ofelia!

—Ya me vienen a buscar esos fastidiosos del Centro de Jubilados y Pensionados. Creen que porque estoy vieja pueden mandarme a su gusto.

—¡Ofelia! ¡Al fin! ¡Aquí estás! Ya te dijimos una y mil veces que...

—No corro ningún peligro, Dorita. Este señor tan buen mozo es mi sobrino nieto. Y por allí debe estar el hermano.

—No, no está —refunfuñó Augusto.

—¡Qué chico! ¡Siempre fuiste el bromista de los Stuar!

—¡Vamos, Ofelia! El bus nos está aguardando. El paseo se acabó media hora atrás.

Por desgracia para Luisina, la pequeña multitud de gerontes desapareció más rápido de lo que podía esperarse de gente de esa edad, dejándola sola con la furia de su cuñado.

Entrecerró los ojos, dispuesta a afrontar una andanada de gritos desaforados.

Pero no.

Y entonces extrañó los gritos. Porque eso era mucho peor: Augusto había retomado el camino sin decir ni una palabra.

Luisina corrió hasta alcanzarlo, para luego seguirlo en silencio.

No faltaba mucho para llegar otra vez al punto de partida. De allí bajaron por el teleférico, y todavía sin hablar, como si se tratara de dos extraños, comenzaron el largo e interminable viaje en auto.

Dos kilómetros. Esa era la distancia que los separaba del hotel de Luisina.

Para el último kilómetro el silencio ya era demoledor.

—Escucha, Augusto... No tienes motivo para enojarte. Posiblemente la tía Ofelia sólo sea para ti un recuerdo borroso de tu infancia, pero yo la tengo muy presente. Cada navidad, cada fin de año fue invitada obligada a mi casa, siempre con un chisme nuevo que desparramar. La vieja es una arpía, mucho peor incluso que tu propia madre.

Luisina no obtuvo respuesta. Sólo ese silencio feroz.

Sí, Augusto tenía razón: a veces el silencio podía lastimar más que mil palabras.

—Créeme, conozco a esa mujer. ¿Te hubiera gustado que le fuera con el cuento a Bautista?

Augusto desvió por un instante la vista del camino, para clavar en ella una mirada de profundo reproche.

—Yo no tengo nada que esconder. A mí me da igual que Bautista se entere. Pero es evidente que a ti, en cambio, a pesar de todo lo que dices, aún te

importa demasiado.

—No. No es eso. Es que...

—¿Qué?

—¡Eres su hermano, por Dios santo! Tú y yo sabemos que no hay segundas intenciones entre nosotros. Que todo es inofensivo. Sólo dos amigos que están pasando por la misma situación y tratan de ayudarse. Pero a los ojos de Bau esto puede verse como una venganza.

Para horror de Lui, aquel silencio atronador que tanto la había lastimado se transformó en algo mucho peor: indiferencia.

—Olvida todo el asunto, Lui. No vale la pena —lo escuchó decir.

Y una extraña sensación de culpa se apoderó de ella.

Sí, los métodos de su cuñado eran más sutiles que los de Bautista, pero como buen Stuar, él también era capaz de dominarla a su antojo. Después de todo, ¿qué había hecho de malo? ¡Nada! Sólo engañar a una vieja metida para no darle letra. Pero su cuñado insistía en hacerla sentir culpable. En culparla con su indiferencia. Como Bautista, pero con menos gritos. Y ella había aprendido a no dejarse dominar.

Excepto...

Excepto que nadie le había enseñado a lidiar con esa tristeza en el fondo de la mirada oscura de su cuñado.

* * *

—¡Lo lamento! Sí, me voy... No, no tiene ningún sentido que me quede. Estoy viajando a Buenos Aires en una hora... No. ¡No insistas! Es obvio que a Luisina no le intereso, así que tendrás que buscar a otro para que lleve adelante tu plan. ¡Lo lamento!

Augusto cortó la llamada y se dirigió al mostrador de la aerolínea.

—¿Viaja sólo?

—Sí.

—¿Documentos?

—Aquí tienes.

La bella encargada del mostrador miró la foto, y luego a Augusto.

—Sí, eres tú. Sólo que en la vida real tus ojos se ven más tristes.

El doctor Stuar la observó con detenimiento antes de responder.

—Quizás porque tengo que irme de tu lado.

La muchacha sonrió. Tomó el equipaje para pesarlo, anotó algo, y luego le devolvió el pasaje, su documento y un papel.

—Yo también vuelvo a Buenos Aires en este vuelo. Podríamos salir una de estas noches. Después de todo me encantan los hombres con miradas tristes.

Augusto sonrió, pero en el fondo estaba decepcionado.

Sí, tenía mucho para lamentar.

* * *

—¿Saliste ayer, Lui?

—Sólo fui por la mañana al centro de Bariloche a comprar chocolate en rama para la gente de la oficina.

—Pero yo fui a la habitación a la tarde y tampoco te vi.

—Es que a la mañana compré la primera caja, pero me la comí al mediodía. A la tarde tuve que comprar otra.

—Así terminarás engordando de nuevo, Lui.

—Lo sé. Pero estaba angustiada, Amanda.

—¡Qué estrecho que es este sitio! Deberíamos haber sacado asientos de primera clase.

—Es un viaje de dos horas, Amanda. Hasta tú puedes estar incómoda dos horas.

—¿Cuánto falta para que se te acaben las vacaciones?

—Diez días.

—Entonces hay tiempo para que vayamos juntas a Punta del Este. Mañana mismo reservo los pasajes en el Buquebus.

—¡Ni muerta!

—¡No seas aburrida, Lui!

—¿Para qué diablos quieres ir conmigo?

—Te lo dije: para mejorar nuestra amistad.

—No seas hipócrita, Amanda. En estos cinco días apenas hablamos.

—¡Qué susceptible!... Está bien. La verdad es que eres la compañera indicada a la hora de ligar tipos. En invierno me arreglo sola, pero en

vacaciones los solteros de nuestra edad salen de a dos, por lo que necesito alguien que me acompañe.

—Búscate a otra. Lo último que quiero es ligar a alguien.

—¡Justamente por eso eres la ideal para acompañarme! Necesito a alguien que sea atractiva. Al menos como yo, o si es más, mejor. Y ahí se produce el problema: la más linda siempre elige. Y yo no quiero las sobras. A ti, en cambio, te da igual. Te muestras arisca, reticente... ¡Siempre gano contigo!

Luisina sonrió. Claro que tenía que sentirse ofendida. Su amiga la había usado de sebo. Pero a la vez no podía evitar cierto orgullo: Amanda la consideraba linda. ¡Incluso más que ella!

—¿Vendrás conmigo a Punta del Este, sí o no?

—¡No!

—A veces me pregunto si no me estarás pasando, Luisina. Siempre tan buena niña, tan inocente. ¡Pero bien que te desapareciste cuatro de los cinco días que estuvimos en Bariloche! Me pregunto qué habrás estado haciendo por ahí —mencionó Amanda mientras se hundía en el periódico local.

Luisina pegó un salto en su asiento.

Allí, en la contratapa, estaba ella. Fotografiada a todo color. “Mi ex no me prestaba el auto”, decía el título. “Luisina Ramos probó las bondades de la nueva 4x4 en terrenos extremos, y asombró a todos con su pericia”.

Amanda dio vuelta otra hoja y Luisina empalideció.

—¿Por qué lees esta porquería? —dijo desesperada, mientras le arrancaba el diario de las manos—. ¡Este periódico está a favor del gobierno!

—No me parece.

—¡De verdad!

—No importa. Igual voy a leerlo. ¡Dámelo!

Luisina se desesperó.

— ¡Promueve la estatización de la banca! —gritó al fin mientras lo hacía un bollo.

—¡Destruye esa mierda antes de que me contamine! ¡Qué asco!

Luisina respiró aliviada. Pero le duró poco.

—¿Vamos al toilette, Lui?

—¿Quieres que te deje pasar para que puedas ir al baño?

—¡No! Quiero que tú vengas conmigo. Odio estos asientos de clase turista que te obligan a caminar un kilómetro por un pasillo estrecho, como anunciando que ¡sí!, tú también eres humana y necesitas cagar como todo el mundo.

—¿Y en que ayuda que yo vaya contigo?

—Creerán que te estoy acompañando... Además te hará bien un poco de ejercicio. Sobre todo teniendo en cuenta que debes bajar todo ese chocolate en rama.

Buen argumento.

A Luisina no le quedó más que ponerse de pie y aceptar mansamente los caprichos de su amiga, al igual que lo había hecho los últimos cinco días. Por cierto, los mejores y más entretenidos en muchos años.

Cuando Amanda entró al baño, Luisina simuló estar esperando su turno. Sólo simulación, porque ni muerta se encerraba en un lugar tan pequeño. “Puedo aguantarme dos horas las ganas”, pensó justo antes de darse la vuelta para mirar al resto del pasaje.

Y entonces por poco dejó escapar sus buenas intenciones. Para su horror, todos en aquel estúpido vuelo estaban leyendo el periódico, mostrando su rostro a todo color en cada uno de los asientos. Y si Amanda los veía iba a comenzar de inmediato con el más cruel de los interrogatorios.

—Ya terminé. Volvamos a nuestro sitio.

—¡Espera! —rugió Lui— ¡No podemos irnos!

—¿Por qué? ¿Quieres que te aguarde?

—¡No! —chilló mientras la volteaba hacia la cabina del piloto.

—¿Qué ocurre?

—Se me perdió un anillo. ¡Muy valioso!

—¿Y dónde se te cayó?

—En el trayecto hasta aquí. Será mejor que me ayudes a buscarlo por el suelo. Es muy importante que no desvíes la mirada ni por un momento.

—¡Voy a tropezar!

—¡No! Sólo sígueme... Derecho... Derecho... ¡No levantes la mirada! Sí, ¡aquí está! —exclamó al llegar a sus asientos.

—¿Cuál es?

—¡Este!

—¿Y por esa porquería me hiciste inclinar?... ¡Qué curioso! Ahora que lo pienso es la segunda vez en tres días que digo la misma frase. Porque ese mejicano prometía mucho, pero de “machote” no tenía nada.

Lui suspiró. Mejor así. Prefería escuchar mil tonterías antes que hablar una sola palabra.

Y es que tenía mucho que ocultar.

* * *

Lui salió del baño y se lavó las manos. ¡Sí!, mil veces era mejor aguardar por las comodidades del Aeroparque antes que hacer malabarismos en el avión.

—¿Terminaste? —preguntó Amanda de mal modo, al verla salir.

—Sí.

Entonces, levantando la foto de Luisina en el periódico, exclamó.

—¡Eso es lo que tú crees! Porque recién comienzas. No pienso dejarte hasta que me lo expliques todo.

* * *

—¡Qué emoción! ¡No puedo creer que Augusto resultara ser tan divino!

—Sí, pero ni se te ocurra contárselo a tu madre, Candelaria. A ella le di una versión abreviada. Muy abreviada.

—¿Crees que soy idiota? Conozco a Amanda. No tardaría ni un segundo en arrojarse sobre tu cuñado. Ella no es como tú.

—¿A qué te refieres?

—A que lo dejaste escapar. Yo lo hubiera llevado a la cama por mucho menos.

—¡Candelaria! ¿Cómo puedes decir esas cosas horribles? Al escucharte nadie creería que apenas tienes quince años.

—Bien vividos, que es más de lo que tú puedes decir. ¿Por qué no te gusta el pobre hombre?

—No es que... ¡Olvidalo! Augusto es mi cuñado y jamás podría hacerle algo así a Bau... Disculpa, está sonando mi móvil. ¿Sí?... Ah, hola... Sí... Sí... Sí... Bueno.

Luisina cerró el aparato, pero no por eso dejó de observarlo, confundida.

—Te pusiste pálida. Parece que hubieras estado hablando con un fantasma... ¿Quién era, Lui?

* * *

—De verdad me sorprendió tu llamada. Me refiero a... Bueno, no se me ocurren muchas cosas de las que podamos hablar.

La doctora Alicia Andrade se incorporó.

—¿No? —replicó en forma sugestiva.

Luisina tomó un sorbo del café que el camarero le acababa de acercar, y quizás porque estaba hirviendo comenzó a toser con desenfreno.

Alicia la palmeó en la espalda, y luego, apenas en un susurro, agregó.

—A mí me cae igual de mal la forma en que le andas rondando al doctor Montes de Oca.

—¿Qué dijiste? —preguntó Lui sorprendida.

—Lo escuchaste perfectamente. No me gustan las tonterías ni los rodeos. Hace demasiados años que soy amante de Blas, y cuando algo me gusta, me lo quedo.

Luisina se recompuso, y como cada vez que se sentía atacada asomó en ella la mujer segura que no era.

—¿Y por qué tiene que importarme lo que a ti te gusta, o no? Creí que estábamos hablando de Blas.

—No te metas con él. No soy una de tantas. Tengo mucho poder y puedo hundirte si me lo propongo.

—De ser así ya lo hubieras hecho.

—¿Me estás retando? ¿De verdad quieres averiguar lo que soy capaz de hacer?

* * *

—¿De verdad quieres averiguarlo?

La muchacha se incorporó, juguetona.

—¡Déjame adivinar! Estabas triste porque... tenías que regresar a Buenos Aires.

Augusto mordisqueó el pecho desnudo de su amante antes de responder.

—No. Me fui porque quise. Podría haberme quedado una semana más.
—Entonces... la mujer que viajó a Bariloche contigo se fue con otro.
—No.
—Déjame pensar... No fue por el paseo, no fue por una mujer...
—¿Quién dijo que una mujer no es la causa de mi tristeza?
—Ah... ¡Lo sabía! Mal de amores. ¿Alguien que acababas de conocer?
—Hace más de diez años que pienso en ella.
—Una enamorada secreta entonces.
—No. Sólo una mujer distraída, empeñada en no vivir el momento.
—¿Estás seguro de que entendió tus intenciones?
—Ni un náufrago hubiera dado más señales.
—Entonces olvídate de esa tonta. La vida es demasiado corta como para perder el tiempo en gentilezas.
Sí, Augusto pensaba igual.
¡Lástima que no podía quitarse a Lui de la mente!

* * *

¿Por qué no podía quitarse a Blas de la cabeza?
Luisina parpadeó.
—Y yo les dije: “¿para qué ofrecen un servicio, si no pueden proveerlo? A mí no me importa que esté todo vendido, ¡yo quiero viajar a Punta del Este ya!” Y, además...
Era extraño que una mujer tan segura como Alicia se hubiera tomado todo ese trabajo para espantarla. No tenía sentido quedar en evidencia, a menos que... A menos que en verdad fuera una rival para ella. Que Blas...
—Lo tenía reservado, ¿puedes creerlo? Y yo le dije: “ya mismo lo transfieres a mi nombre”. ¿No te parece genial?
Pero si realmente Blas estaba interesado en ella, ¿por qué no se había comunicado al llegar a Buenos Aires?
—Luisina... ¡Luisina, ¿me estás escuchando?!
—Disculpa, ¿me hablabas?
—¿Qué te ocurre? —se enojó Amanda—. Desde que llegamos aquí que pareces ausente. ¿Estás segura de que en Bariloche no te sucedió nada?

—Ideas tuyas. Y ahora será mejor que me disculpes. Es el portero eléctrico, y tengo que atender.

Amanda aguardó con impaciencia a que su amiga regresara.

—Perdona, pero debo bajar hasta la calle. Traen la cartilla médica y necesitan mi firma.

—¡Hazlo rápido, mujer! No vine aquí para aburrirme.

Amanda contempló a su amiga mientras salía del departamento y no pudo evitar un ramalazo de envidia. ¿Por qué la estúpida de Luisina tenía que verse tan bien? Después de todo ya andaba casi en los cuarenta. Y por cierto, no siempre había lucido así. Pero desde aquel estúpido viaje su cara refulgía. ¿Qué se traería entre manos la muy condenada?

Sólo por matar el tiempo Amanda abrió un cajón y luego otro. Pero un ruido fuerte le hizo pegar un salto.

—¡Por Dios! Casi me muero del infarto. ¡Creí que me habían pescado! — exclamó al vacío.

Y de inmediato volvió a lo que estaba haciendo.

Una vez más se escuchó el sonido perturbador.

—¡Putá!, ¿qué mierda será eso?

Hurgó un poco más, hasta dar con la fuente del ruido: el teléfono, que en su afán de revisar había tirado accidentalmente al suelo y que ahora sonaba extraño.

—¡Mierda, mierda, mierda!, ¿qué hago? Si espero a que Lui conteste, nunca voy a enterarme quién llamó. Porque esa zorra me oculta demasiadas cosas últimamente. Pero si atiendo yo, es probable que esa persona corte al escuchar una voz extraña. ¡Y entonces sí que me moriré de la intriga!... ¡Ay, cómo insiste!

Y ya iba a tomar el tubo, cuando se activó el contestador.

—Te comunicaste con Luisina Ramos. Por favor deja tu mensaje y te responderé a la brevedad.

—¿Lui?... ¿Estás ahí? Atiende, por favor —se escuchó decir del otro lado de la línea.

Amanda se estremeció. ¡Lo sabía! ¡Era un hombre! ¡Y tan callado que se lo tenía la muy perra!

—Soy yo, Blas. Blas Montes de Oca. Hace una semana que intento comunicarme contigo. Primero tu teléfono desapareció de mi lista de contactos como por encanto, y luego la tonta de mi secretaria me pasó mal tu número... Bueno, como sea, tú y yo tenemos un café pendiente, y de verdad quiero...,

bueno, como sea. Tengo que irme. En quince minutos entro a quirófano. Pero no dejes de llamar. Es decir, bueno... Espero tu llamada. Como sea, bah. ¡Adiós!... ¡Llárame! Adiós.

¡Esa perra! ¡Así que eso era lo que se traía entre manos! ¡El bello doctorcito! No sólo un verdadero bombón, sino uno de los apellidos más prestigiosos del país. El viejo Montes de Oca, ya lo había averiguado, valía al menos unos doscientos millones. De dólares, por supuesto.

Nada despreciable.

El ruido del elevador la distrajo. Tenía que actuar rápido, así que fue directo a la máquina y se apuró a borrar el mensaje. Después de todo era totalmente ilógico que una tonta como Luisina ligara a semejante galán, mientras que ella no tenía nada a la vista. ¡Imposible!

Llegó a acomodar todo justo antes de que su amiga abriera la puerta.

—¿Te aburríste en mi ausencia, Amanda?

—¡No! Lo pasé de lo más entretenida. ¡Es que me divierte con tan poco!

* * *

La cabeza de Luisina estaba a punto de estallar. El calor de la ciudad era intenso, y los días le resultaban interminables. No tenía nada que hacer, ni nadie con quien hablar. Candelaria, de viaje otra vez, y Amanda ya estaba en Punta del Este. Augusto, por otro lado, debía continuar ofendido porque no daba señales de vida. Y Blas...

¿Por qué no la llamaba?

Volvió a mirar el reloj sólo para descubrir que apenas se había movido.

Revisó el contestador, pero no había ningún mensaje grabado. Limpió la pequeñísima mota de polvo que manchaba el níveo teléfono.

Acarició el auricular.

¿Y si lo llamaban ella?

¡No! Ya no era una chiquilla como Candelaria, dispuesta a arremeter contra todo. Era una mujer hecha y derecha, y para colmo al borde del divorcio. No quería parecer desesperada, porque no lo estaba.

¿O sí?

Acudió al discado rápido. ¿Para qué había puesto allí su número? ¿Como

si no fuera mejor pensarlo dos veces antes de llamar!

Sonó el primer ring. Luego otro. Ya había decidido que después del tercero iba a cortar.

Pero no lo hizo. Y cuando comenzaba el quinto, escuchó el sonido grave de una voz varonil.

—¿Hola?

—Hola, soy yo, Luisina. Te resultará extraño que te llame a tu casa, pero... Necesito verte. Es decir, no es que lo necesite. No es urgente. Pero me gustaría verte hoy. Bueno, no tiene que ser hoy, pero...

* * *

—Te habrá extrañado mi llamado. Pero es que no podía dejar de pensar en ti.

Augusto la escuchó, sonriente.

Luisina se indignó.

—¡No pongas esa cara de tonto! Sabes que no lo digo en ese sentido.

—No sé de qué me hablas.

—No es como que te extrañara, o algo así.

—¡Lástima! Yo sí te extrañé.

—¡Seguro! Echabas de menos no tener alguien de quien burlarte.

—También.

—Pues yo pensé mucho en tus doscientos mil dólares. Quiero devolvértelos.

—¡No seas tonta, Lui!

—Bueno, menos treinta mil dólares. No es que no piense regresártelos, sino que, si no te molesta, lo haré en cuotas. Muchas cuotas. Muchísimas. Cincuenta dólares cada mes hasta saldar la deuda. Sé que suena deplorable, pero pensé que a ti te daría lo mismo, porque siempre estás regalando dinero por ahí. Y lo necesito para una buena causa: pagar la hipoteca de mi padre. Él está muy intranquilo por esa deuda. No quiere heredárselas a las niñas... Sus otras hijas. La pequeña es apenas un bebé... ¿Qué ocurre, Augusto? ¿Estás enojado?

No. Estaba decepcionado. Se había acostumbrado a que la gente se

acercara a él sólo para pedirle dinero, pero no lo esperaba de Luisina. ¿Era eso lo único que la había llevado hasta allí? ¿El interés?

—¿Tan poco valía para ella?

—Oye, fue sólo una idea. Si no te parece puedo regresar la suma completa.

—Olvídalo, Lui. Ese dinero es tuyo, y puedes hacer con él lo que quieras. Si alguien me debe algo es tu marido, y ya veré la forma de cobrarme.

—No me sentiría cómoda con...

—Es mi última palabra.

Augusto se puso de pie, incapaz de ocultar su fastidio.

—¿Te vas? —preguntó ella con decepción.

Y quizás porque decepcionada lucía encantadora, Augusto volvió a sentarse.

—¿Necesitas algo más?

—No. Es que creí que... No sé, que podíamos charlar.

Su cuñado recobró esa sonrisa dulce a la que Luisina ya se había aficionado.

—Es decir..., si estás ocupado no te retengo más, pero...

—Puedo hacerme un poco de tiempo para ti.

—¡Gracias! Porque necesito desesperadamente hablar con alguien.

Augusto la escuchó complacido. No, el dinero era sólo la excusa. Luisina necesitaba algo más.

Lo necesitaba a él.

—¿Y dices que el “cuatro ojos” no hizo ni el menor intento por comunicarse contigo?

—Nada.

—Entonces el ataque frontal de Alicia Andrade sólo puede significar que ese estúpido te está usando para darle celos.

—Pensé lo mismo. Pero todavía tengo dudas... Blas está siempre muy ocupado, y apenas pasó una semana desde el encuentro en Bariloche.

—Ustedes las mujeres tienen una forma extraña de vivir la vida. Piensan, piensan. Piensan tanto, que terminan confundidas. En cambio hay una manera fácil de aclarar las cosas: ¡llámalo!

—¡Ni muerta! ¿Yo? ¿Para qué?

—Cítalo en algún lugar para tomar un café.

—¡Por favor! Sería incapaz de invitar a un hombre.

—¿No lo hiciste esta mañana conmigo? ¿O es que yo no cuento? Y no me vengas con esa historia de “la familia”, por favor.

—Bueno, ese es un motivo. Te guste o no eres el hermano de Bautista. Sabía que no lo tomarías a mal.

Esas palabras sólo alcanzaron para intrigar aún más a Augusto.

—Dijiste que ese era un motivo. ¿Y el otro?

—Me siento cómoda contigo. Es decir..., me es muy fácil hablarte. Y a diferencia de lo que ocurre con Bau, tú me escuchas. Eres sensible, inteligente...

Al ver la sonrisa de su cuñado, Lui se enojó.

—¡Y un creído! No pongas esa cara de orgullo, por favor, o me retracto de todo lo que dije.

—Está bien. Soy fantástico, lo sé. “Cuatro ojos”, en cambio... A mí me parece que está jugando a dos puntas. Yo que tú lo enfrentarías. De hecho no entiendo por qué Alicia eligió pedirte explicaciones a ti, y no a él.

—Es típico de las mujeres. Siempre la culpable de todo es la otra. Al varón, en cambio, lo hacen a un lado para protegerlo. ¡Como si ustedes necesitaran protección, pobrecitos!

—¡Más de la que ustedes suponen! Pero tienes razón. También nosotros elegimos arreglar “a lo macho” las cuestiones de faldas... El motivo es evidente: resulta más fácil creer que tu rival está haciendo algo indebido, antes que aceptar que tu pareja no te ama lo suficiente.

—¿De verdad crees que debo llamarlo?

—Hazlo ahora.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no?

—¡Tienes razón! Voy a llamarlo al teléfono del consultorio.

—No, mejor a la casa.

—Sería demasiado personal.

—¿Por qué hacer las cosas a medias? Típico de la gente que busca excusas: “hice todo lo que estaba a mi alcance”, dicen, cuando en realidad ni siquiera se molestaron en llegar al final del camino.

—No insistas. Ni muerta voy a llamarlo a la casa.

—De acuerdo. Es evidente que estás más ansiosa por dejar tranquila a tu conciencia que por obtener un resultado.

—Ni siquiera está allí a esta hora.

—¡Mejor! Le dejas un mensaje, y la pelota quedará de nuevo de su lado de la cancha.

—No voy a hacerlo. No insistas.

Luisina tomó su móvil.
—¿A quién vas a llamar?
—A Blas. Al consultorio.
—Es un error.
—¿Hola?

* * *

—Consultorio de los doctores Montes de Oca y Puente, buenas tardes... ¿De parte de quién?... No, el doctor Montes de Oca no está... ¿Un turno? No, la agenda del doctor está muy atrasada porque se fue a un congreso médico... Sí, fuera del país... No, no regresará hasta abril... ¡Sí!, es un congreso muy largo... No, no soy Cristina. Soy una secretaria nueva. ¿Desea algo más?

La muchacha colgó con enojo.

—¿Quién era, Cristina? —preguntó Blas, saliendo de su consultorio.

—Nadie. Una desubicada que no podía aceptar un no por respuesta.

—¿Falta alguna paciente?

—No, Blas. La agenda está casi vacía. Creo que la gente todavía no regresó de sus vacaciones.

—Se siente extraño tener tanto tiempo libre.

—Si estás aburrido puedo invitarte una copa. Digo, por los viejos tiempos...

—No, gracias Cristina. Prefiero... Prefiero que todo quede como está.

—¿Piensas quedarte solo toda la vida, Blas?

Él no respondió.

No, ya estaba harto de su soledad. Pero no quería dar el brazo a torcer: no iba a permitir que Alicia lo manipulara. Y de ninguna manera se arrastraría ante Lui. Ya la había llamado una vez, así que si ella no daba el siguiente paso...

* * *

—Perdón, perdón, perdón.
—No seas tonta, Lui. No me molesta.
—Ya debes estar arrepentido de haberme dado tu número de teléfono.
—No seas tonta.
—¡Es que lo parezco! Es increíble que no pueda hacer algo así sin ayuda.
Y por supuesto no quería recurrir a Amanda.
—Operar con una cuenta en Suiza no es fácil. Ahora ya hicimos la transferencia a favor de tu padre. Y cuando te llegue el generador de claves no dudes en llamarme para que te explique cómo usarlo desde tu casa.
—Me siento culpable por usar tu dinero, Augusto. Me gustaría poder retribuirte de alguna manera este favor, pero no se me ocurre nada.
—¡A mí sí! —replicó él, sonriente— Sé exactamente qué puedes hacer por mí.

* * *

—¡Qué asco! Las vacaciones apenas comenzaban y ya se han acabado.
—A mí se me hicieron interminables.
—¿Y entonces por qué no te alcanzó el tiempo para producirte un poco, y así lucir menos zaparra?
Luisina sonrió.
—Esta mañana, mientras me vestía, me arreglé con más esmero sólo por ti, Eni. Pero sabía que así y todo no te iba a alcanzar.
—Es a ti a la que no le alcanza. Yo estoy divina. Pero lo que no soporto es tu buen humor. Tienes cara de haber tenido sexo. Mucho sexo.
Lui volvió a sonreír.
—¿Y cómo van las cosas con Souto?
—¡Ni me hables! Un horror. Mi ex se llevó a los niños a veranear con la abuela. ¡Aleluya! “Es mi oportunidad”, me dije. Odio tener que cargar con los críos por todas partes.
—¿No los extrañas? ¡Son tus hijos!
—Unos pequeños hijos de puta, como dice el padre. Y como se pasan todo el día con mi exsuegra, la vieja les envenena la mente. Siempre están pidiendo cosas: “cómprame un helado”, “llévame al cine”, “juega con nosotros...” ¡Un

asco! Como sea, los niños estaban fuera del panorama. Y yo me moría por ir a la playa. Así que lo convencí a Souto para que me llevara unos días a Punta del Este. Sacamos los pasajes, reservamos el hotel...

—¡Espera! No entiendo. ¿Y la mujer de Souto? ¿Y los hijos? ¿Ellos saben que tú existes?

—Ese es el problema. Se suponía que lo ignoraban. Él había inventado algo acerca de una demanda en los tribunales de Montevideo, en Uruguay. Pero estoy segura de que la maldita no se tragó el cuento, porque el día anterior al viaje sufrió complicaciones con el embarazo. ¡Como si yo fuera estúpida! La cuestión es que sólo por darle el gusto a Souto conseguí cambiar los pasajes y la estadía para la semana siguiente.

—¿Viajaron, entonces?

—¡No! Ella seguía sintiéndose mal, o al menos eso decía. Así que tuve que tomar cartas en el asunto.

—¿Plantaste a Souto?

—¡No! Se lo hubiera merecido, pero no lo hice. En vez de eso le mandé un mensaje de texto al celu. Y luego dejé otro en el contestador de su casa.

—¿De su casa?! Eni, dime que no hiciste eso.

—Yo no tengo nada que ocultar. Lamento que esa bruja armara un escándalo por tan poco. Lo único que yo pretendía era que me prestara a su marido para unas breves vacaciones. La muy tonta, en cambio, lo echó de la casa, ¿puedes creerlo?

Luisina estalló de furia.

—¿Arruinaste un matrimonio por unas estúpidas vacaciones?!

—Yo no arruiné nada. Fue ella. Primero, al volverse una zaparra. Ví fotos. ¡No sabes lo que es! Ella, y los niños. Yo me dejaría matar antes de ver a los míos disfrazados así. Pero no fue sólo eso, sino que cometió el pecado mortal de tomarse las cosas demasiado en serio. No es la primera vez que avivo a una esposa despistada, pero ninguna de las otras armó semejante escándalo.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo!

—Luego nos fuimos de vacaciones. Pero resultó un horror. Souto lucía como un zaparra, llorando por los rincones. Y al volver descubrió que la loca de su esposa no estaba dispuesta a ceder, así que como no tenía adonde vivir se instaló en mi casa. ¡Odio eso! Recién acababa de liberarme del zaparra de mi marido, para tener que hacerme cargo de un zaparra ajeno.

Eni suspiró.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. Quiero que me cuentes todo acerca de

Bariloche: ese spa increíble, el jacuzzi lleno de espuma, el auto de carrera, los periódicos...

Luisina sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¿Quién te contó todo eso, Eni?!

—Ay, niña, si quieres guardar un secreto será mejor que no subas más fotos al Facebook.

—¿Al Facebook?!

* * *

Luisina observó una foto, y luego otra.

Una más.

Tendría que estar enojada con Candelaria. No era correcto que revisara su mail sin permiso, y mucho menos que subiera a Facebook las fotos que Augusto le había enviado.

Sí, tendría que estar enojada.

Pero en cambio no podía evitar esa extraña sensación de orgullo.

Sí, era ella. Se veía espléndida y tenía una vida.

Una vida que valía la pena celebrar.

El sonido del teléfono la sacó de sus cavilaciones.

—¿Quién habla?... ¡Augusto! Estaba viendo mi Facebook. Sí... ¿Estás seguro que quieres eso? Yo preferiría... Está bien. Pero será sólo una vez. Y con eso estaremos a mano, ¿sí?

* * *

—¿A esto llamas un favor, Augusto? No sé cómo me convenciste de hacer una cosa así. ¡Me quiero matar!

Luisina comenzó a balancearse. Lucía agobiada, con los brazos pendiendo al costado del cuerpo. Todo su rostro se transformó mientras daba saltos y se rascaba la cabeza.

La ovación fue cerrada.

—¡Felicitaciones! Eres un mono muy convincente.

La profesora de teatro se acercó a Luisina para contemplarla, como si no pudiera creer que en verdad era una muchacha.

—¿Crees que puedas improvisar algo más complicado? Digamos que acabas de pelear con tu marido y él se encerró en el baño. Primero intentas ignorarlo. Luego te preocupas y lo llamas, tratando de sonar tranquila. Y luego temes lo peor. Sabes que es muy capaz de suicidarse y en el botiquín guardas medicamentos y un hoja afilada... ¿Puedes hacer eso?

La profesora retornó a su lugar, y para maravilla de los presentes el rostro de Luisina volvió a cambiar. Pero no una, sino más de diez veces, pasando del más enfurecido enojo a la preocupación, y luego al espanto. Cada uno de los espectadores pudo palpar su miedo y su culpa, y una vez acabado el ejercicio hasta la profesora aplaudió con entusiasmo.

—¡Te felicito! Me muero por encomendarte tu próxima tarea. Quiero verte seducir. Que conquistes a algún afortunado... ¿Alguno de nuestros varones se postula para el cargo?

Augusto levantó la mano con entusiasmo... Bien podía ser el partenaire de semejante actriz.

Después de todo, ni siquiera necesitaba fingir.

* * *

Unas vacaciones de mierda.

Primero la tonta de Lui que se negó a acompañarlo. Luego el maldito caño roto. Le bastó llegar para descubrir que el mar se había mudado a su propio departamento. ¡Todo arruinado! Y si bien no era la primera vez que se encontraba con una avería a su llegada, siempre había sido Lui la encargada de resolverla, mientras él protestaba con sus amigos, panza al sol.

La verdad vacacionar así no tenía ninguna gracia. O se ocupaba de la limpieza, las compras y la cocina, o disfrutaba de la playa. ¡Y ni hablar de pisar el casino! Luego de tanto trabajo terminaba el día agotado. Por supuesto tampoco con las mujeres había tenido suerte. Sin dinero y con cara de amargado, ni una se le acercó. ¡Incluso ligaba más cuando llevaba a Lui del

brazo!

Por fortuna enero se había terminado. No veía las horas de regresar a casa y disfrutar de su bello piso. ¿Le habría dejado la vieja limpio el cuarto? Lo primero que iba a hacer al entrar a casa era volver a ubicar toda la colección en su lugar, un lugar del que nunca debiera haber salido. Gracias a Dios las piezas eran macizas, muy capaces de resistir los embates de Miranda y su madre.

Bautista accionó el portón del garaje, pero cuando se disponía a estacionar notó que otro había ocupado su espacio. ¡Típico! Siempre existía un vivo a la caza de lugares ajenos, aprovechando las vacaciones.

Ubicó su auto en el espacio de la vieja del segundo. Cargó la maleta, la sombrilla, la conservadora térmica, las sillas de playa, media botella de Coca Cola y la laptop. Haciendo malabarismos logró subir al elevador.

Al llegar lo lógico hubiera sido apoyar su preciosa carga para poder buscar tranquilamente las llaves del piso. Pero Bautista estaba más cansado que lógico, así que de nuevo comenzó a hacer piruetas. Puso la conservadora sobre la maleta, enganchó la sombrilla, colgó la botella, y se contorsionó para alcanzar la llave oculta en su bolsillo izquierdo, sin soltar la laptop y el bolso.

Luego de tres intentos por fin lo logró. Introdujo la llave en la cerradura, y...

Nada.

¿Se habría equivocado de llave?

Hizo un nuevo intento. Y luego otro.

Por fin, dándose por vencido, apoyó la laptop en el piso y comenzó a girar la maldita cosa con violencia. Tanta, que terminó cayendo sobre la valija, que derribó la conservadora haciendo que se abriera de par en par, lo cual accionó el seguro de la sombrilla, que no tardó en extender sus bellos colores allí, en medio del corredor común del quinto piso.

El ruido de esa reacción en cadena fue atronador.

—¿Qué haces aquí, Bautista? —preguntó Miranda abriendo la puerta.

—¿Qué mierda haces tú todavía aquí, perra?!

—¿Eso que tienes sobre la cabeza es pollo?

En verdad era “Pollo al verdeo”. El contenido completo del bol con las sobras de la noche anterior que había colocado en la conservadora.

—¡Por supuesto que no! —vociferó él, limpiándose—. ¿Se puede saber qué mierda haces tú todavía aquí? ¿Y por qué mierda no abre la llave?

—Cambie la cerradura. Tenía miedo de que alguien quisiera meterse sin

mi autorización. La calle está tan insegura, que ya no se puede confiar en nadie.

—Por última vez, Miranda: ¿por qué no te fuiste?

Bautista se puso de pie, tratando de lucir amenazador. Pero la salsa que se escurría por su frente no lo ayudaba demasiado.

—¿Vas a limpiar ese estropicio antes de irte? —preguntó la otra, relajada.

Bautista le respondió con una pequeña rabieta: gritos, insultos, pataditas en el piso. Pero tanto despliegue no conmovió a la muchacha.

—¿Terminaste? Porque de lo contrario me veré forzada a llamar a la policía.

—¡Llámalas! Si no quiero otra cosa más que me devuelvas mi casa.

—Tendrías que haberlo pensado antes de firmar el contrato.

—¿Qué contrato?

—El de renta.

—¡Yo nunca te renté nada!

—El contrato que firmaste dice otra cosa.

—¿Falsificaste mi firma?!

—¡Por supuesto que no! Me rentaste esta casa, así que pienso vivir en ella hasta que un juez ordene lo contrario.

—¡Claro que recurriré a un juez!

—Que te hará lugar dentro de un año, o dos.

—¡Irás presa por usurpación!

—¡No me hagas reír! ¿Conoces de alguien que haya ido preso por eso, en un país víctima de la industria de las “casas tomadas”?

—¿Crees que puede burlarte de mí con tanta facilidad? Primero te haré despedir. El viejo me ama, y si yo se lo pido no va a dudar en ponerte de patitas en la calle. Te morirás de hambre. Y luego le pediré a Augusto que mueva sus influencias para que te desalojen con rapidez. No voy a parar hasta que te quiten todo lo que tengas.

—¿Piensas embargarme la madre?

—Que seas pobre no te da inmunidad.

—¡Ya lo veremos! —respondió la muchacha divertida—. Ah, y por cierto..., tengo algo que te pertenece.

Con dificultad arrastró una gran bolsa negra de residuos hacia el corredor, y una vez que la dejara allí se apuró a cerrar la puerta del departamento con violencia, dejando a solas a Bautista con su infortunio.

No necesitó abrir el voluminoso paquete para adivinar su contenido: de

seguro se trataba de sus hermosos juguetes Jack. La tonta de Miranda siempre los había odiado.

Con paciencia cerró la conservadora, amarró la sombrilla, levantó la maleta, la botella, la laptop, y como si fuera poco, la bolsa negra. Un poco arrastrando todo, y otro poco acarreándolo, llegó de nuevo al garaje. Allí lo estaba aguardando el encargado del edificio, que ni se molestó en ayudarlo.

—¡Me parecía que era su auto, ingeniero! No puede ponerlo en cualquier sitio.

—Algún idiota ocupó mi espacio.

El empleado lo observó como si fuera su jefe.

—No, ingeniero. El único que estacionó mal fue usted. El auto que ocupa la cochera de su departamento es el del esposo de su inquilina. Buen muchacho. ¡Y muy generoso con las propinas!

Bautista se enfureció tanto, que en su intento por gesticular la gran bolsa negra se cayó al suelo desparramando su contenido. ¡Sus juguetes! Sus preciados juguetes, o lo que quedaba de ellos: trozos informes de plástico. Alguien se había tomado el trabajo de destrozarse su bello tesoro, pieza por pieza.

—¡Qué hace, ingeniero! No puede tirar basura en los espacios comunes. Tendría que tomar ejemplo de su inquilino. ¡Tan prolijo es ese hombre! Buen muchacho. ¡Y muy generoso con las propinas!

Sordo a las quejas del encargado, Bautista dejó caer los demás bártulos que llevaba para examinar los restos de lo que antes fuera una gloriosa colección.

Ya no quedaba nada. Todo estaba perdido.

Y entonces allí, arrodillado en el suelo sucio de un garaje que una vez fuera el suyo, comenzó a llorar como un chiquillo.

Nada iba a poder consolarlo de su pérdida.

Nada, excepto Luisina.

¿Dónde mierda estaba su mujer?

CAPÍTULO X

—Pasa, Luisina.

—Pero sólo me quedaré un rato.

—Lo que gustes.

—Todavía me dura la humillación. ¿Viste la cara de ese pobre muchacho, parado en medio del escenario, esperando a que yo lo sedujera?

—Creo que, como todos, pensó que te iba a dar un infarto.

—¡No puedo ser más patética!

—A mí tampoco me va demasiado eso de la actuación. Tendré que decirle a mi analista que piense en otra cosa para desestresarme.

—Al menos a la hora de enamorar a esa muchacha lo hiciste de maravilla. ¿Te dio su número, no?

Augusto desarrugó su papel.

—Ciento veinte, setenta, noventa. O es su teléfono, o son sus medidas... Es extraño, pensé que dada tu facilidad para mentir esto de la actuación iba a encantarte.

—Y me encanta. No sé por qué me trabé. Quizás se deba a que no hay nada más alejado de mí que una mujer sexy.

—Claro. En cambio eres igualita a un mono, porque eso te sale de maravillas, ¿no es cierto? No, a mí me dio la impresión de que ni siquiera estabas dispuesta a intentarlo. Parecías la madre de Bambi frente a un batallón de cazadores.

—No sé qué me ocurrió. Y eso que no era mi primera clase de teatro. De soltera me apasionaba actuar. Y cada vez que algo no me salía, era capaz de pasarme un fin de semana completo ensayando ante una cámara.

—¡Buena idea! Puedo filmarte mientras practicas tu seducción.

—¿Te volviste loco?!

—Por aquí tengo la cámara.

—¡Olvídalo! No voy a jugar a ser una mujer fatal contigo adelante.

—No me seducirás a mí, sino a la cámara.

Augusto encendió el aparato, pero Lui no dejó a un lado su enojo.

—No pienso moverme. No sé para qué te tomas la molestia.

—Te pondré algo para que te inspires.

Rebuscó entre sus DVD, y colocó uno. El lugar no tardó en inundarse de una música sugerente.

La reacción de Luisina fue inmediata.

—¡Quita eso, por favor! ¡Odio esa canción! —dijo, tapándose los oídos.

Él la obedeció.

—¿Algún problema con Joe Cocker? ¿No te gustó que Kim Basinger bailara con su sombrero puesto?

—De verdad, Augusto. Prefiero no hablar de eso. Duele demasiado.

Y quizás porque su cuñado no dejaba de mirarla, Luisina comenzó a hablar.

—Es sólo una tontería. Esas cosas que una hace cuando está recién casada y cree que la vida es como en las revistas... Es una tontería. No sé ni por qué te lo cuento. Acabábamos de mudarnos a Villa Urquiza. Yo ya no trabajaba. Bautista, en cambio, parecía cada día más atareado... e indiferente. Entonces tuve la estúpida idea de... ¡Olvídalo!

—Déjame adivinar: encendiste velas, te pusiste un camisón negro, y lo aguardaste junto con Joe Cocker.

—¿Patética, no? Sólo que el camisón era blanco. Me quedaba muy lindo, lo cual es una lástima, porque después de esa noche lo quemé.

—Sé que mi hermano es un idiota insensible, incapaz de reaccionar ni siquiera frente a un elefante en un bazar, pero... ¿qué puede haberte dicho que te resultara tan ofensivo?

—No fue sólo lo que dijo. Fue su actitud. Su cruel indiferencia. Sus burlas... Hoy, parada allí, con ese muchachito mirándome con horror, con los ojos de todos ustedes clavados en mí, todavía podía escuchar la voz de Bau: “te ves gorda”, “pareces una ridícula”, “te mueves como un hipopótamo en celo”. Y lo peor es que, por groseras que sonaran sus palabras, eran ciertas. Eso de la seducción es algo que se tiene o no. Tú eres pésimo actuando, pero te bastó pararte sobre el escenario para que todas las mujeres en la sala suspiraran por ti.

“¿Tú también?”, sintió ganas de preguntarle Augusto. Pero no lo hizo. Luisina por fin se estaba abriendo a él, y lo último que deseaba era espantarla.

—¿De verdad crees que Bautista estaba siendo sincero al decir esas estupideces?

—Asúmelo, Augusto. No soy del tipo seductor. Lo sé desde hace muchos años.

Augusto accionó la cámara.

—Está bien. Luisina no puede seducir. Entonces, ¡olvídate de Luisina! Ahora eres alguien más. Una mujer intensa. Lo sabes. Los hombres adoran tu figura. Se vuelven locos por tu forma de caminar. Nadie puede resistirse a tu seguridad.

Luisina cerró los ojos.

Volvió a sonar la música. Era Joe Cocker de nuevo, llenándola de reproches como siempre, burlándose de su falta de gracia.

No, no de la suya. De la de Luisina. Y ella, parada allí, en medio de esa sala inmensa, con una cámara por único testigo, era alguien más. Otra. Una mujer intensa, capaz de seducir.

Joe Cocker ahora la acariciaba con su voz áspera. La hacía sentir admirada. Querida.

Y entonces ella, la otra, comenzó a seducir.

* * *

Detrás de la lente Augusto parpadeó.

¡Guau! Era muy difícil sustraerse al ritmo suave de esas caderas con cada paso. Al delicado movimiento de sus manos, dibujando figuras imposibles en el aire. Al contorno perfecto de su rostro, la sensualidad cautivante de su boca, la forma que tenía de mirar, promesa de un placer inolvidable.

Un placer del que Augusto quería disfrutar.

Cuando ella se aproximaba tenía que apretar fuerte la cámara, sólo para no acariciarla.

Luisina jugueteó con su blusa, y cada botón que desprendía liberaba un poco más del deseo de él.

¿Se iba a desnudar?

No. Era sólo una ilusión. Por debajo llevaba puesto un top con una delicada guarda de encaje dibujando su escote. Hermoso, así como ese increíble balanceo de sus pechos, tan naturales como el resto de ella.

Tan distintos a los de Andrea.

Lui mordisqueó su dedo índice con sensualidad y un dejo de inocencia. Estaba tan cerca de la cámara, que ahora Augusto podía sentir el calor de su

aliento acariciándolo. Y ya casi estaba por extender su mano para atraparla, cuando ella se dio la vuelta, los hombros desnudos, la cadera cimbreante. Enfocó la cámara de forma de captar ese vaivén encantador.

Sí, estaba excitado. Muy excitado.

Trató de calmarse, pero fue inútil.

Y es que, como bien sabía en el fondo de su corazón, ya no podía dar marcha atrás.

* * *

Sí, estaba excitado. Muy excitado.

Trató de calmarse, pero fue inútil.

Y es que como bien sabía en el fondo de su corazón, ya no podía dar marcha atrás.

—¡Lui, ábreme! ¡Soy yo, Bautista!

La vecina asomó por la puerta sin ocultar un gran enojo.

—¿De nuevo tú?! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no se puede gritar en los espacios comunes?

—Busco a Luisina.

—Salió temprano con ese tipo alto y buen mozo de la otra vez. Si yo fuera ella no regresaría hasta bien entrada la madrugada, así que mejor no la esperes.

—¡Ese tipo! ¿Pudiste escuchar su nombre?

—Creo que le dije... ¡Tonto! ¿Por quién me tomas? ¿Parezco de las que espían a sus vecinos? Sólo me fije en él porque es un bombón difícil de ignorar.

—¿Alto?

—Altísimo, muy buen mozo —y mientras lo miraba de forma significativa, agregó—. ¿Puede ser que huelas a pollo?

Bautista no esperó más. No estaba para charlas ni amabilidades.

Si de verdad ese tipo existía, fuera Pedro Pérez o alguien más, y si de verdad estaba saliendo con su esposa, no dudaría ni un minuto en matarlo con sus propias manos. Por ahora sólo necesitaba un lugar adonde bañarse y pasar la noche. Y si Luisina no aflojaba, incluso quedarse, hasta que recuperara el

departamento de Urquiza.

Pero, ¿adónde podía ir?

Repasó en su memoria la lista, (breve), de sus amigos. Luego la de sus enemigos.

Y entonces sonrió.

¿Dónde más podía quedarse que en la inmensa casa de su hermano menor?

* * *

Joe Cocker dejó de sonar, y como si se hubiera roto el encanto, Luisina volvió a ser ella misma una vez más.

La vieja Lui de siempre.

* * *

Joe Cocker había dejado de sonar, pero Augusto no lograba sustraerse al hechizo que endurecía su sexo y ablandaba su corazón.

Permaneció con la cámara en alto, aún encendida, para atestiguar la peor de sus derrotas. La estocada más cruel y mortal de todas las que esa mujer cruel le había propinado.

Sí, Luisina estaba aún tan cerca, que casi podía tocarla. Se veía exultante, ansiosa..., y ni remotamente excitada. Lo que hubiera sido aquello, sólo le había ocurrido a él.

—¿Lo hice bien? ¿Te parecí convincente? ¿Sexy, o simplemente ridícula? ¿Te burlaste mucho de mí mientras me veías?

Augusto no podía responder. Estaba envuelto en sus propias preocupaciones, haciendo lo imposible por disimular el efecto que su cuñada había tenido en él.

—Escucha, Luisina...

—Ya lo sé. Estuve horrible y no sabes cómo decírmelo. Me lo imaginaba. Definitivamente lo sexy no es lo mío.

Augusto la tomó por los brazos con fuerza tratando de llamar su atención. Pero por algún motivo extraño quedó atrapado en la piel de Luisina.

También ella sintió aquel contacto. Miró las manos de él, luego sus ojos. Hubo algo en el fondo de esa mirada oscura que la atrapó. Sólo pudo callar, expectante. Más alerta de lo que había estado nunca.

—Escucha, Luisina. Hay algo que quiero decirte. Yo...

El sonido acre del timbre de la calle lo interrumpió.

—¿No vas a atender, Augusto?

—Deja que lo hagan las criadas. Escucha, Lui: yo...

Otra vez aquel sonido irritante.

—Será mejor que lo dejemos para luego. Es obvio que tienes visitas, y yo ya tengo que irme a casa.

Otro timbrazo impaciente.

—¿¿Puede ser que nadie atienda esa puerta?!

—No seas perezoso. Mejor vamos para allá. Tú recibes a tu visita y yo me voy a casa. Ya es demasiado tarde. Mañana trabajo.

Luisina volvió a ponerse la camisa frente al espejo, y luego tomó su bolso, indiferente a la ansiedad de Augusto.

Sí, mal que le pesara, había perdido la batalla con ella.

Ya nada podía salir peor.

* * *

Bautista se prendió del timbre.

Ya nada podía salirle peor. Sólo faltaba que el idiota de su hermano no le quisiera abrir.

—¡Bautista! ¿Qué mierda haces tú aquí?

—Estoy desesperado, Augusto. Miranda fabricó un contrato de locación y ahora me está echando de mi propia casa. Dice que le renté el piso de Villa Urquiza.

Pese a la desesperación de Bautista, su hermano se echó a reír.

—¿Qué idiota! Te lo mereces por llevar a vivir contigo a una cualquiera.

—Me alegro de que te divierta mi desgracia. Ahora déjame pasar. No quiero estar ventilando mi vida en tu acera.

—¡No! —replicó el otro con genuino espanto.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes a alguien escondido allí?

—Sí. A tu mujer.

—Muy gracioso. Pero yo necesito tu ayuda. Estoy en la calle. Tienes que darme alojamiento.

—Yo no tengo por qué hacer nada.

—Si no es por mí, hazlo por la memoria de nuestra madre. Piensa que sólo será hasta que recupere lo mío.

—¡Ni lo sueñes!

—No tienes necesidad de verme la cara. Tu casa es tan grande, que podríamos no chocarnos nunca. Además, necesito que me ayudes con el juicio. Quiero a Miranda fuera de mi vida cuanto antes, y si yo vivo aquí podrías preparar el caso en tu tiempo libre.

—Lo lamento. Por más que la casa sea grande no puedes quedarte aquí ni medio minuto. Habría un conflicto de intereses. ¿O acaso olvidas que le ofrecí a Luisina representarla en su divorcio?

—¿Es eso lo que te preocupa? ¡Problema resuelto! Luisina y yo no vamos a divorciarnos jamás.

—¿Quién lo dice?

—Yo, por supuesto. ¿Quién más?

—¿Lo hablaste con Lui?

—¡No hace falta!

—Pues yo no puedo recibirte aquí hasta que ella misma me corrobore que desistió del divorcio.

—¡Eres un terco! ¡Y un egoísta! Mamá tenía razón: eres una mierda, igualito a papá. Pero no importa. No te necesito. Buscaré otro abogado. No pienso darte el gusto de rogar. Y tampoco necesito de tu palacio. Tengo mi propia casa. De hecho, ahora mismo me regreso a Céspedes y no me muevo de allí hasta que Lui regrese.

—Luisina no te va a aceptar.

—¿Apostamos, hermanito? ¿Crees que todos los Stuar somos unos dominados, como tú? Luisina no es Andrea, y en mi casa mando yo.

—Yo creo que Luisina...

—¡Por favor! ¿Qué sabes tú de mi mujer!... Y ahora me voy. No quiero vomitar en tu lujosa entrada de piedra. ¡Idiota!

Augusto lo observó partir y luego entró a la casa.

—No lo puedo creer —se lamentó Luisina.

En efecto, la muchacha estaba allí, justo detrás de la puerta, petrificada.

—¿Qué voy a hacer, Augusto? ¡Estoy perdida!

—¿Por qué te desesperas? No es tu problema.

—¿No lo escuchaste? Me aguarda en casa. Sabe que voy a terminar cediendo. Que soy incapaz de dejarlo en la calle.

—¿Piensas perdonarlo entonces?

—¡No! Pero me hará sentir tan culpable que terminaré accediendo a que pase la noche. Y entonces sí que no se irá más.

—¿Y todo lo que aprendiste en ese taller sobre abuso familiar?

—Fui sólo dos veces. Me enseñaron a entender lo que ocurría, pero no a exorcizarlo. No, mal que me pese, Bautista todavía es capaz de manejarme a su antojo.

—¿Qué tan difícil es decir no? A mí me lo dices todo el tiempo...

Luisina no escuchó el final de la frase, sorda como estaba a toda otra cosa aparte de su preocupación.

—Yo no puedo ser tan perra como él. Está en mi naturaleza. ¡Sería incapaz de abandonarlo a su suerte!

—Hablas como si se tratara de un pobre miserable, y no de un tipo con doscientos mil dólares en el banco. La ciudad está llena de buenos hoteles. Incluso mucho mejores que esa pocilga en que te dejó abandonada apenas unos meses atrás.

—Sí. Fue la peor experiencia de mi vida. Y yo no puedo permitir que otro pase por algo así. Aunque sea él.

Augusto la observó sin esperanzas. Por un lado tenía ganas de matarla. Pero por otro... su dulzura lo conmovía. Y sólo podía pensar en tomarla entre sus brazos y...

—No. No estoy lista para enfrentarme con Bautista. Puedo ganar la batalla de una llamada telefónica o un encuentro casual, pero si se queda en casa terminaré perdiendo la guerra.

—Entonces no regreses.

—¿Qué?

—No vuelvas a tu departamento. Quédate aquí.

—¿Contigo? ¿Quieres que pase la noche en tu casa?

—Lo dices como si te estuviera invitando a mi cama. No es que no me agradaría hacerlo, sino que temo que no lo vas a aceptar.

De nuevo Lui escuchó sólo una parte de sus palabras.

—¿Quedarme aquí?

¿Estaba tan desesperada como para quedarse toda una noche a solas con su cuñado?

* * *

Las siete de la mañana. No había pegado un ojo en toda la noche.

En su mente se repetían una y otra vez las imágenes captadas por su cámara esa tarde.

Luisina estaba allí, en su propia casa.

La imaginaba durmiendo. El movimiento suave de su pecho, su cabello alborotado. Esa deliciosa intimidad de las horas previas al despertar: su cuerpo caliente por el contacto con las sábanas, ligeramente sudoroso.

El sonido del teléfono sacó a Augusto de su ensueño.

Levantó el tubo.

—No te inquietes. Luisina está aquí, conmigo. Sí, pasamos la noche juntos... ¡No! Ya te lo dije: no cuentes conmigo... ¡Déjame en paz, por favor! Ya tengo bastante con mis problemas. ¡Búscate a otro!

Augusto colgó el teléfono con furia.

Sí, mal que le pesara otro tendría que ocuparse de la dulce tarea de conquistarla.

Suspiró.

¿Por qué Luisina era tan tonta?

* * *

Eni se indignó.

—¡Eres una tonta, Luisina! Cuando pasas la noche por ahí, no puedes regresar a la oficina con la misma ropa que el día anterior. Así no me extraña que nadie te respete. Hasta la más puta sabe lo que tiene que hacer: si llevas una camisa, te la sacas afuera del pantalón, la arremangas, y te pones un cinturón caído. O la anudas, de forma que te abolse y ya no parezca la misma.

También puedes subirte la pierna del pantalón para que luzca como una bermuda. O... ¡Qué se yo! ¡Hay miles de formas!

—¿Por qué mejor no te metes en tus cosas?

—¡Ojalá pudiera! Souto está insoportable, y desde que se mudó a casa no quiere tener sexo conmigo... ¿Desde cuándo tomas clases de teatro?

Lui pegó un salto en la silla.

—¿Cómo sabes eso?!

—Viste las fotos en que simulabas ser un mono. Y como siempre luces tan zaparra, te salía igualito.

El teléfono comenzó a sonar.

—Luisina, atiende... Ese ruido me está perforando el cerebro.

—Igual no se pierde mucho. Pero me parece que tú estás más cerca. Probablemente será lo único útil que hagas en toda la mañana.

—Soy la empleada más antigua, y por lo tanto la de más jerarquía. No me corresponde...

Luisina no la dejó continuar. No estaba para pavadas.

—¡Atiende ya! —le ordenó en tono fiero.

Y recién entonces la otra la obedeció.

—¿Sí?, es decir, Estudio Romero y asociados, buenos días... No, el doctor Souto no está. Sí, ya llegó, pero también se fue. Tenía una audiencia en los tribunales de La Plata... ¿Eres sorda? ¡La Plata! ¿Sabes a cuantos kilómetros se encuentra esa ciudad?... No, no regresa hasta la tarde... ¡Imposible! En las audiencias siempre se apagan los móviles. Dudo que... ¡¿Y qué quieres que haga?!

Eni colgó el tubo sin molestarse en disimular su enojo.

—¡No se puede creer! Por eso quería que atendieras tú. Ahora, por tu culpa, estoy en un aprieto.

—¿A qué te refieres?

—La idiota de la mujer de Souto quería hablar con él.

—Déjale una nota, o envíale un mensaje de texto. O, de lo contrario, díselo cuando estén esta noche en la cama.

—Tienes razón. No es mi problema. ¡Que le vaya con urgencias a otro!

—¿Urgencias?

—Van a internarla en la maternidad de Pueyrredón y Santa Fe. Quizás pierda el niño. Pero como tú dijiste, no hay nada que yo pueda hacer. Ni siquiera Souto puede hacer nada, así que no vale la pena el apuro, ¿no te parece?

* * *

Luisina se asomó al cuarto.

—¿Señora Souto?

—¿Te conozco?

—No. Soy una de las secretarias del estudio Romero y asociados.

La joven mujer se puso en guardia.

—¿Eres Eni?

—¡No! Luisina Ramos, mucho gusto.

Entró para extenderle la mano, pero la otra no la tomó.

—Puedes regresarte por donde viniste. No necesito caridad de nadie. Dile a Romero que...

—Romero no me envió.

—¿Te mandó Rubén? —preguntó esperanzada.

—No. No pudimos comunicarnos. Él...

—Sí, sí... Ya sé —la interrumpió, dándose la vuelta para que no se le notaran las lágrimas.

—Escucha. Sé por lo que estás pasando. En septiembre del año pasado mi marido me dejó por su secretaria. ¿Te suena la historia? Estaba dolida y no podía reaccionar. Entonces alguien me tendió la mano, y de no ser por esa persona mi vida sería un desastre.

—Feliz de ti que tienes amigas. Yo las perdí todas por estar muy ocupada llevando adelante una familia.

—Tampoco yo las tenía. Ni vida. Ni siquiera hijos. La que me auxilió era poco más que una desconocida, como yo lo soy de ti... ¿Sabes? Si no nos ayudamos entre nosotras, no creo que otro tenga tiempo de hacerlo... Ahora intento pasar el favor que recibí. Y estoy segura de que en un tiempo serás tú a la que le toque estar de este lado.

—Lo dudo.

—La traición puede superarse. Pero no es este el momento de pensar en eso. ¿Cómo está tu bebé?

La muchacha rompió en llanto.

—¡Tengo tanto miedo! ¡No quiero que este niño que llevo en mi vientre se muera! Aunque tenga que criarlo sola. Aunque...

Ya no pudo continuar.

Luisina la acarició hasta que las lágrimas comenzaron a dar paso a la tristeza.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién?

—Esa... Eni. ¿Es hermosa?

—Imagino que sí. Es decir, tengo que hacer un esfuerzo para recordar la primera impresión que me produjo, porque ahora con sólo pensar en ella me dan náuseas. En tan básica, tan predecible.

—Y sin embargo le alcanzó con eso para robarme a Rubén.

La pobre muchacha clavó su mirada en el vacío antes de seguir hablando.

—Cinco meses.

—¿Estás de cinco meses?

—No, de seis. Pero hace cinco que no dejo que Rubén me toque... El médico me había ordenado reposo. Yo no quería que nada malo le pasara al bebé, y entonces... Sí, la culpa de todo es sólo mía. Si yo no lo hubiera alejado...

Luisina tuvo una sensación extraña. Por algún motivo el pensamiento de esa desconocida recorría los mismos caminos tortuosos del suyo, y, como el suyo, estaba destinado a chocar con un muro de lamentos.

Sí, esa mujer demacrada, que luchó a brazo partido contra la angustia durante meses sin por eso descuidar a sus niños ni desatender al que cargaba, se sentía ahora culpable. Culpable de que su marido se encandilara con la primera puta que le abría las piernas. Culpable de que él lo pasara bien, mientras a ella le tocaba el dolor.

¡Sí! Sin duda una gran culpa.

La puerta de la habitación se abrió sin aviso, y un grupo compacto de guardapolvos blancos inundó el lugar.

Luisina tomó la mano de la enferma, y las dos aguardaron el veredicto, expectantes.

—Ya están todos los resultados. Tomamos una decisión.

* * *

Golpeó la puerta del elevador con furia, y luego apretó el botón de su

piso como si tratara de hundirlo en la pared.

Luisina no podía sustraerse a la oscura frustración que la embargaba.

Sí, tarde, pero Souto había llegado. Con el tiempo justo como para ver a su esposa salir de la sala de partos con las manos vacías y el corazón destrozado.

¿Estaría sufriendo por la muerte de su hijo, o festejando porque por fin podría volver a su propia casa, donde siempre había alguien dispuesto a atenderlo? ¿Era válido perdonar a un hombre para no destruir una familia, o sólo significaba conmutar la condena a muerte de un matrimonio por una de reclusión perpetua? ¿Se podía volver de la pérdida de confianza, de las ilusiones destrozadas, del daño y el dolor, para simular que nada de eso había ocurrido?

—¡Luisina! ¡Era hora! Ya creía que no ibas a regresar nunca.

La muchacha pegó un respingo. Increíblemente, ahí estaba él. Como salido de sus pensamientos más oscuros, el objeto de su furia se corporeizaba ante sus ojos.

—¡Bautista! ¡¿Qué haces aquí?!

—Aguardándote. Desilusionándome de ti. Nunca pensé que podías hacer algo como esto. Tanto que me culpaba a mí mismo por haberte sido infiel, y ahora resulta que tú te acuestas con Pedro Pérez. ¡No eres mejor que yo, querida! Es más, lo mío puede perdonarse porque después de todo soy un hombre. ¡Pero tú! Te has convertido en una puta, Luisina. ¡Una flor de puta!

Al escuchar los gritos, la vecina asomó por su puerta.

—¿Este tipo te está molestando?

—Llama a la policía, por favor. Este hombre me está acosando.

—¡¿Yo?! ¡Maldita perra! —llegó a gritar, justo antes de abalanzarse sobre ella. Pero como Luisina se hizo a un lado, terminó golpeándose contra la pared.

El ruido de su frente horadando el concreto hizo que las dos mujeres se aproximaran, preocupadas. Bautista yacía ahora en el piso, llorando como un niño.

—¡Todos me acusan! Lo perdí todo, Lui. La puta de Miranda se quedó con la casa. Y Pedro Pérez te tiene a ti. ¡¿Y yo, Lui?! ¡¿Qué tengo yo?!

—¿Acaso soy otra de tus posesiones? Estoy harta de ti, Bautista. Pediste el divorcio y te lo concedí. ¿Qué más quieres?

—Estoy sangrando.

—Es apenas un rasguño... Mira, pasé el día entero en una clínica. Por culpa de un idiota como tú una mujer perdió a su bebé. Me siento frustrada y

busco alguien para asesinar. ¿Tengo que recordarte que tú ya llevas diez años haciendo méritos? ¡No me provoques! Vete ya mismo de mi casa.

—Nuestra casa.

—Nuestra casa te la robó esa señorita con la que te acostabas. Así de tonto eres, porque me queda claro que la niña no tiene demasiadas luces. Lo cierto es que yo ya no tengo nada que ver contigo, y si insistes en quedarte, voy a llamar a la policía.

—Y si no lo hace ella, lo haré yo —se envalentonó la vecina.

Bautista se puso de pie de un salto.

—Está bien, Luisina. La victoria es tuya. Eres la culpable de mi destrucción. Voy a darte el gusto. Me iré de aquí. A la calle. A la mierda. Y cuando consiga otra arma para terminar lo que comencé el día de año nuevo, espero que no te arrepientas por lo que estás haciendo. Porque esta vez sí me dispararé en medio de la frente. Y esa bala, Luisina... Esa bala va a llevar tu nombre. Y entonces espero que puedas vivir con eso en la conciencia.

—No te preocupes por mí, Bautista. Además, si no lo has hecho antes, ¿por qué comenzar ahora?

* * *

Ese hotel era una mierda. La cama, durísima. La ducha, un hilito de agua que más había servido para enfriarlo, que otra cosa. Todo en ese lugar apestaba, así que ni bien Luisina entrara en razones y él pudiera instalarse en la calle Céspedes le iba a dejar la maleta completa para desinfectarla.

Bautista miró su reloj: las diez menos diez. No era buena política llegar dos horas tarde al trabajo el primer día luego de las vacaciones pero, considerando que había tenido que comprar desde el traje hasta los zapatos, podía decirse que lo hizo en tiempo récord.

—Buenos días, ingeniero Stuar.

—Sí, espero que sea un gran día.

Sí, la perra de Miranda se había cavado su propia tumba. Lo primero sería hablar con el jefe. Explicarle su situación y exigirle que la despidiera cuanto antes. El viejo no iba a negarse. Hacía siete años que trabajaba allí, y podía decirse que tenía al jefe comiendo de su mano. Miranda, en cambio, no era

nadie. Una simple secretaria que a muchos les caía mal. Una mujer capaz de destruir una familia y de usurpar una propiedad. Sí, el viejo era muy moral, y de seguro no auspiciaría ese tipo de comportamiento.

—¡Stuar! El viejo está preguntando por ti desde las ocho.

—¡Stuar!

La voz del jefe resonó en toda la oficina.

—¡Pase ya mismo a mi despacho!

Sí, sonaba furioso.

—Disculpe, señor —dijo Bautista una vez adentro—. Sé que le gusta la puntualidad, y yo siempre...

—¡No sea idiota, hombre! Lo último que me preocupa es el reloj. En cambio lo llamé aquí para hablarle de la gravísima situación que se ha suscitado entre la señorita Miranda Candelmo y usted.

Un escalofrío recorrió a Bautista. ¿Quién le habría ido con el chisme al viejo?

—Yo también quería hablarle del asunto. Esto se me ha salido de las manos. Reconozco que la culpa es mía, porque soy demasiado blando con las mujeres.

—¿Entonces no es la primera vez que le ocurre algo así?

—Soy un romántico en un mundo que ya no lo es.

—¡Esto es gravísimo! ¿Sabe la situación en que queda la empresa debido a este “asunto”?

Ahora Bautista dudó. Esperaba comprensión de parte del viejo, pero tanto enojo le resultaba extraño.

—Disculpe, señor, pero no me imagino de qué forma mi pequeño problema podría afectar a...

—¡Usted es un idiota, Stuar! La señorita Candelmo amenazó con extender la demanda también a nosotros. Seguramente está buscando un resarcimiento civil.

—¿De qué demanda habla?

—¡La demanda por acoso sexual!

—¿Acoso?!

—¿Cómo puede ser tan idiota, Stuar? Candelmo acaba de pedirme permiso para ir a hacer la denuncia en su contra.

—Yo nunca...

—¡No sea idiota, Stuar! Usted mismo acaba de reconocer que...

—Que me dejé timar por Miranda. La muy desgraciada se quedó

atrincherada en mi piso.

—También sé de eso. ¿Qué ocurre, Stuar? ¿Se siente tan poco hombre, que tuvo que usar su departamento como señuelo?

—¿A qué se refiere?

—Candelmo me lo contó. Ella buscaba un departamento para mudarse con la madre. Usted le ofreció rentarle el propio a un precio ridículo. La pobre niña aceptó, sin saber que se trataba de una trampa.

—¿Trampa?

—Sí, Stuar... No disimule ahora. Ni bien ella se mudó usted comenzó a acosarla. Entraba y salía a su antojo, y cuando ella se negó a tener relaciones, usted la amenazó con hablar conmigo para echarla de su puesto. ¿Si eso no es acoso!

—¿Eso es una mentira! En la oficina todos saben la verdad. ¡Tengo testigos que me respaldan!

—También la señorita Candelmo ofreció testigos. Muchos. Y pruebas: cintas telefónicas, memorandos de la empresa, mensajes de texto, mails... En todos ellos quedan claras sus intenciones hacia la pobre muchacha.

—¿La muy desgraciada me estuvo grabando? ¿Desde cuándo habrá planeado esto?

—Sólo se estaba protegiendo.

—¿De qué?!

—¿Va a negar que la amenazó con echarla del trabajo si no tenía sexo con usted?

—¿Yo nunca...!

El jefe no esperó a que acabara. Sólo accionó un botón, y de inmediato la voz áspera de Bautista pudo escucharse amplificadas en todo el salón.

—¿Miranda? Soy yo, Bautista. Escucha esto, perra: si no me dejas entrar a mi departamento mañana mismo hablo con el viejo para que te despida. Y después no vengas a mí implorando por comida. ¿Quién te creíste que eres? Ninguna mujer se burla de Bautista Stuar, y menos una puta como tú.

—¿No es esa su voz?

—Pero yo me refería a...

—No se moleste, Stuar. A esta hora la denuncia ya estará hecha. Quizás si hubiera llegado antes... Por desgracia la empresa no puede avalar este tipo de conductas, así que tendremos que prescindir de sus servicios.

—¿Me está despidiendo?!

El jefe dio por terminado el encuentro.

Bautista, en cambio, se dejó arrastrar por la ira y nadie pudo evitar que sufriera una de sus famosas pataletas. Luego, superado en número por la vigilancia de la empresa, comenzó a rogar de la manera más desgarradora.

Fue inútil.

Por fin recogió sus cosas en silencio ante la mirada curiosa de sus compañeros.

Ahora sí: estaba oficialmente acabado. No tenía hogar, su esposa se acostaba con otro y estaba desempleado. Incluso el mismo portero que lo había saludado solícito al llegar, ahora desviaba la mirada a su paso.

Sí, ya nada podía ir peor.

—¿Bautista Stuar?

—Sí, soy yo. ¿Quién me busca?

—Policía Federal, señor. Queda detenido.

* * *

Fiel a su estilo, primero Bautista intentó razonar con el policía que lo llevaba. Luego tuvo una rabieta, y ya al entrar a la comisaría estaba rogando de forma desgarradora.

Pero todo fue inútil.

Luego de un tiempo que le resultó eterno, al fin lo llevaron a declarar ante el inspector.

—¡Le juro que yo nunca le puse un dedo encima! —gritó ni bien lo sentaron frente a su verdugo—. Es decir, se lo puse, pero porque éramos amantes. Es decir, no es que yo le haya pegado, o algo así. No soy de ese tipo. Pregúntele a mi esposa si no me cree. Siempre la traté como una reina. ¡Igualito que a Miranda! Pero ella...

El inspector lo escuchó parlotear por un rato, pero por fin lo detuvo.

—No tengo ni idea de lo que está hablando, señor.

—De Miranda. Del acoso.

—Mire, señor, yo no sé nada de ese asunto. Lo hemos detenido en relación al arma que usted arrojó en la calle Céspedes esquina Cabildo, el primer día del año.

Bautista empalideció.

—No es mía. Me la vendió un profesor de tiro, pero no es mía. De hecho no la compré. Me la vendió, pero no la compré, porque no estaba registrada, y a mí no me gustan esas cosas.

—No le conviene mentir, Stuar. ¿El arma es suya, o no?

—No. Nunca compraría un arma que no es legal.

—El profesor de tiro dice lo contrario.

—Bueno, es decir, la compre. Pero después me la robaron. Además yo no sabía que no se podía comprar un arma si no estaba registrada. El juez tiene que tener en cuenta eso. ¡Y que nunca la usé! La tenía sólo para defensa personal. ¡La calle está muy insegura, y yo no tengo la culpa!

—Si nunca la usó, ¿cómo llegó el arma a la calle Céspedes?

—Ya le dije: me la robaron.

—¿Después de que le disparara al doctor Pablo Pardo?

—¡¿A quién?! Yo no conozco a ese doctor.

—Pero sí a la señora Luisina Ramos, que la madrugada del primero de año viajaba con él y su familia. El doctor hizo la denuncia a las cinco de la mañana, media hora después de que una antigua vecina suya lo viera empuñar un arma y dispararla contra el conductor de un vehículo.

—¡Seguro que fue la del primero! ¡Vieja chismosa! Me odia porque la acusé por tener un perro, en un edificio en que las mascotas estaban prohibidas. ¡Por eso mintió! Es su palabra contra la mía.

—Piense bien antes de hablar, Stuar. No una el perjurio a sus demás delitos.

—¡Ningún delito! Fue sólo una tontería... Había tomado un poco de más, como todos. ¡Eso no es delito! Era fin de año... No fue mi culpa, sino de mi esposa. La pesqué traicionándome con un amigo y me puse como loco. Intenté suicidarme y se me desvió el tiro.

—La vecina vio claramente cuando le apuntaba a ese hombre. Y el agujero de bala en el auto no condice con la trayectoria que tendría en caso de tratarse de un intento de suicidio.

—Bueno, quizás tuve un ataque de locura. Creí que era el tipo que le llenaba la cabeza a mi mujer. Usted también es hombre, comisario.

—Inspector.

—Inspector... Quizás disparé ese tiro. O dos. Pero por fortuna no lastimé a nadie.

—Usted no. Pero cometió la torpeza imperdonable de dejar el arma allí. ¿No pensó que podía tomarla cualquiera?

—¿No me diga que...?

—Sí, un chico de diez años. Y luego, jugando, le disparó a su hermanito de cuatro.

—¿Y a causa de una madre que no sabe cuidar al hijo, yo soy responsable de que un niño haya muerto?!

El comisario lo miró con asco.

—El chico no murió. Lo operaron y ya camina con normalidad. Está fuera de peligro. Usted, en cambio, Stuar... ¡Usted está frito!

* * *

—¡Listo!

—¿Tan fácil?

—Sólo es cuestión de que copies la clave que figura en el aparato antes de que vuelva a cambiar. Luego un ordenador en Suiza verifica que el número que digitaste sea el correcto, ¡y listo!

—¿Esto está conectado a Suiza?

—Así es.

—Entonces lo guardaré con más cuidado. Después de todo es lo más cerca de Europa que estuve nunca.

—Con el dinero que todavía tienes en la cuenta podrías dar la vuelta al mundo un par de veces.

—¿Viajar sola? No tendría valor.

—Yo podría acompañarte.

Augusto miró a su cuñada, pendiente de una reacción. Pero como siempre no hubo nada que observar.

—¿Cenaste, Augusto?

—No. Pensaba comer cualquier cosa camino a casa. Hoy es el día libre de la cocinera.

—¿Por qué no te quedas? En dos minutos preparo algo. Además, prefiero esa forma de devolverte el favor, antes de que me arrastres a otra clase de actuación.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Sabes cocinar?

—Ni remotamente. Pero si pude entender la última resolución del poder ejecutivo, estoy seguro de que un plato de pastas no tendrá secretos para mí.

—Mejor no nos arriesgamos. Además, mi cocina es mínima. Será mejor que pongas algo de música y me esperes aquí. Vuelvo enseguida.

Luisina fue directo a la congeladora. El sábado anterior había dejado lista la comida de todo un mes, así que sólo era cuestión de decidir entre “pechuguitas de pollo a la reina”, “carré de cerdo a la cerveza”, “lomo a la pimienta”, o...

La lista era interminable. Las vacaciones habían sido muy largas, y terriblemente aburridas.

Luego de pensarlo un poco se decidió por el cerdo. Ese era, sin duda, uno de los platillos que mejor le salían. Disfrutó del trajín de la cocina. De la perspectiva de compartir la mesa. De agasajar a alguien más.

Cuando ya todo estuvo listo lo acomodó en una bandeja y se dirigió a la sala. Pero al entrar allí una sonora carcajada de Augusto, tan cálida como inesperada, por poco la hace trastabillar.

Era extraño verlo así, iluminado por el reflejo del monitor. Resultaba curioso que fuera un Stuar, como los otros que había tenido el disgusto de conocer. Porque la risa de su marido o la de su suegra siempre resultaba un poco malintencionada. Solían hacer un pequeño sonido entre dientes, ladeando apenas la boca. Como si no quisieran compartir con otros el motivo de su alegría. Aunque lo más probable era que no pudieran hacerlo, ya que, de hecho, el humor de la familia era en la mayoría de los casos bastante cuestionable.

Augusto, en cambio, reía con ganas. Como si fuera un chiquillo maravillado por un juguete nuevo.

—¿Qué es lo que te causa tanta gracia?

—Esta página que tenías abierta.

—¿Yo tenía abierto algo?

—“La reina del baile” ¡Es hilarante!

—Ah, eso... Mejor no lo leas.

—¿Por qué? ¿De dónde lo sacaste?

—Lo escribo yo —confesó la muchacha, mientras apoyaba la bandeja en la mesa de teca de la terraza.

Augusto, que la había seguido, se sorprendió.

—¡Mentira!

—Sí. Son para la hija de Amanda. Ella me enseña computación, y yo, a

cambio, la preparo en las materias que debe rendir.

—¿Esto le sirve para el colegio?

—Hay una profesora empeñada en que lean el diario. Y Candelaria estaba más empeñada aún en que yo lo hiciera por ella. Por fin llegamos a este acuerdo: yo le hacía un resumen chistoso de las noticias políticas, ambientado en un colegio imaginario, y ella tenía que descubrir la noticia real a que me refería. Hasta ahora dio buen resultado.

—¡Pero esto está demasiado bueno como para que lo disfrute sólo ella! Tendrías que publicarlo.

—¿Estás loco?! ¿Quieres que me crucifiquen?

—Pues es una lástima... ¿Cómo se te ocurrió esto de “La reina del baile”?

—Se nota que nunca pisaste un colegio de señoritas.

—Y de seguro tú tampoco. Dejaron de permitirse cuando yo estaba en primer grado.

—Pues las monjas del colegio de mi pueblo se las ingeniaron para hacer uno, aun cuando tenía la apariencia de una escuela mixta. Eran tantas las condiciones para incorporar varones, que sólo pudieron ingresar tres. Por desgracia no había ninguno en mi curso.

—¿Y qué tiene que ver eso con “La reina del baile”?

—En todo colegio existen los “nerds”, esos niños molestos a quienes los profesores aman. Pero también están los “populares”, los favoritos de sus compañeros. Pues en los colegios de señoritas existe un tercer tipo de alumna: la reina del baile. Por fortuna sólo hay una por cada institución. Porque la reina del baile no sólo maneja a las autoridades a su antojo, sino que también desea ser admirada y reconocida por sus pares. Se muere por ser popular, y en término de lograrlo no le importa mover en la oscuridad sus más turbias influencias. Por eso suele encargarse de recaudar los fondos para el baile de egresadas. Eso le da poder y la oportunidad de hacerlo a su medida, para así lograr que la coronen “reina”. Si te fijas en el gobierno, y por desgracia no sólo en el nuestro, son muchas más las cosas que se hacen en la oscuridad que a plena luz del día: confabulaciones, pactos secretos, prebendas... Cualquier cosa que alimente la avaricia de los políticos. Y en el caso de la reina del baile, también su ego.

—Esta parte de aquí es fabulosa. ¡Totalmente cierta!

—¿Crees que es casualidad que cada funcionario que padecemos sea un torpe? Si parece que eligieran al peor para cada puesto, es porque realmente lo hacen. Y no sólo este gobierno. La verdad es que un inútil al que le das

cinco minutos de poder va a defenderte hasta la muerte, más allá de toda lógica o razón. Sabe que su buena fortuna depende sólo de ti, y para preservarla estará dispuestos a hacer lo que sea. Un buen funcionario, en cambio, va a juzgarte y te obedecerá únicamente si considera justas tus reglas.

—¡Esto es increíble! La reina del baile incita a sus seguidores para que inicien una polémica, y en cuestión de horas todo el colegio discute acerca de si el “rarito” del curso tiene derecho a usar los mismos servicios que todos. Mientras tanto ella contrata con el joyero del negocio vecino la venta del agua de los bebederos.

—No tengo pruebas de que haya sido así, pero es curioso que justo cuando una poderosa empresa canadiense necesita más agua para su explotación de mega minería se desprotejan nuestros glaciares. Y de repente a nadie le importa que se esté perforando media cordillera, o que se eche arsénico al agua, porque todos estamos ocupados discutiendo sobre el matrimonio igualitario. ¿No es extraño?

—Sí, demasiado curioso. Como todo lo que ocurre últimamente en el mundo... Sabes, mucha gente lee las noticias, pero no piensa en ellas. Gobiernos como este se aprovechan de las bombas de humo que lanza la prensa, y entonces nos vemos obligados a discutir sobre violaciones a los derechos humanos ocurridas muchos años atrás, cuando todos los días un argentino se muere de hambre. Perdemos el tiempo peleando por lo evidente, mientras olvidamos lo importante. Por eso creo que deberías subir esto, aunque fuera a la red. Quizás así alguien, además de la hija de Amanda, podría pensar dos veces las verdades que las noticias ocultan.

—Este gobierno es implacable con sus enemigos. Terminaría presa.

—No necesariamente. Sólo inicia tu blog con la famosa frase “el contenido de este sitio es de ficción. Todo parecido con la realidad es mera coincidencia...” De hecho, no será una mentira. La realidad sólo te inspira. No cuentas más que lo que el lector está dispuesto a entender... ¿Dónde compraste este cerdo? Está delicioso.

—Lo hice yo.

—¿De verdad?

—No soy tan buena cocinera como lo fue tu madre, pero me defiendo.

—¡Eres cruel! No te burles de ella ahora que está muerta.

—No me burlo. He comido maravillas en su casa.

—Porque las preparaba la vieja Dorita. Cuando era domingo y tenía que cocinar mamá, siempre terminábamos comprando algo.

—¿De verdad me lo dices?

—¡Por supuesto!

—¡Y yo que creí que no me daba las recetas por egoísta!... Pero, no entiendo... Si ella no cocinaba... Bautista nunca la desmintió cuando me echaba en cara sus habilidades culinarias.

—No sé qué te extraña. Entre ellos siempre se taparon.

El teléfono interrumpió la charla. Luisina se levantó para atender. Pero al oír la voz seca del otro lado de la línea empalideció.

Todavía no estaba preparada para enfrentar algo así.

* * *

Al oír la voz seca del otro lado de la línea, Alicia Andrade empalideció. Trató de volver a encontrar su centro antes de responder, pero el miedo la embargaba.

Se enojó consigo misma. Ella, una mujer capaz de abrir a una persona al medio sin pestañear, temblaba ahora como una hoja.

—¿Qué quieres, Pedro?

Del otro lado de la línea su exmarido sonrió.

Se quedó en silencio el tiempo justo como para disfrutar del miedo que estaba produciendo.

—¿Qué quieres, Pedro? ¡Contesta! Voy a cortar.

—Corta. Puedes acabar esta conversación cuando quieras. Tú decides.

—¿Dónde conseguiste mi número? ¿Quién te lo dio?

—¿Pensaste que iba a ser tan fácil ocultarte de mí?

—Hablaré con mis abogados.

La golpeó de nuevo con ese silencio aterrador, así que Alicia insistió.

—Escucha, Pedro... Lamento que no te haya gustado el acuerdo del divorcio. Pero no vas a ver ni un peso más de mí. La fortuna de mi familia está protegida. Conténtate con la suma que el juez ordenó que te pase mensualmente.

—Disculpa, no te estaba escuchando. Me distraje por un momento. Por cierto, hermoso hotel el Llao Llao... Lástima que no aprovecharas la cama del cuarto que tu madre te había reservado.

Ninguno de sus abogados había preparado a Alicia para eso. ¿Era posible que ni todo el dinero de su madre pudiera comprarle unos minutos de tranquilidad?

—¿Qué ocurre, Alicia?... ¿No vas a contarme tu aventura en Bariloche? ¿O es que tu doctor sólo se inspira adentro del cuartito de ropa blanca del hospital?... ¿No vas a contarme?

—No.

—¡Lástima! Me gustaba escuchar tus historias de los jueves. Me gustaba saber que otro te estaba disfrutando. Me excitaba con tus relatos, y quizás por eso guardabas para mí los mejores detalles. ¿Recuerdas?

—Eso ya pasó, Pedro. Cambié. Tus juegos perversos ya no me agradan. Una risa cruel estranguló su poca confianza.

—¿Estás segura, amorcito?

Alicia colgó.

No, ya no se sentía segura de nada.

* * *

—¡Tienes que sacarme de aquí, Augusto! Esto es una tortura.

—¿No te quejabas por no tener vivienda? El estado te proveerá de todo lo que necesites de ahora en más. ¡Y lo bueno es que no te costará ni un centavo!

Bautista se enojó.

—Búrlate de mí, desgraciado. Mi situación es muy grave, y tú te diviertes.

—¿Desde cuándo andas por allí disparando armas?

—Tomé un curso luego de que me asaltaran a la salida del golf.

—Esa es la razón más estúpida que escuché en la vida. Si en verdad sirviera para algo tener un arma, no morirían policías todo el tiempo.

—A ti porque te da igual si te roban. Pero yo soy pobre.

—Entonces llevabas el revólver por si te asaltaban...

—Bueno, no... Había tomado unas pastillas de Miranda... Era fin de año, Luisina que no regresaba a su casa, y... me enloquecí. ¡Quería matar al idiota con el que estaba!

Augusto empalideció.

—¿El fin de año?

—Sí.
—Así que le disparaste a cualquiera.
—Estaba como loco.
—¡Idiota! Luisina pasó el fin de año conmigo.
Y enfrentándolo, agregó —¿Algún problema con eso?
Bautista tardó en procesar tanta información.
¿Luisina había estado en casa de Augusto?
¿Tanto lo odiaba su hermano?
—¿Fue ella la que te llamó para que vinieras a la comisaría?
—Estábamos juntos cuando le avisaron de tu detención.
—¿En la calle Céspedes?
—Sí.
—¿Vas a dejar que me pudra en la cárcel por el resto de mi vida?
—Te lo mereces. Buen susto les hiciste pasar a los padres de ese niño.
Pero no. Ya llamé a Roberto Aguirre para que se haga cargo de tu caso.
—¿Por qué no tú?
—Él es especialista en demandas penales y el mejor en las civiles.
—Pero preferiría que fueras tú.
—Ya te dije que soy el abogado de Luisina. Además, Aguirre es justo para este tipo de causas.
—¿También para el acoso?
—¡¿A quién acosaste?!
—A nadie. Pero ahora Miranda me está demandando. Y sólo para proteger a la empresa me echaron del trabajo de una patada.
—¡Pero a ti te pasan todas! Por fortuna Aguirre es el mejor también para eso. Bueno, ahora me voy.
—¡Espera! Hay algo más de lo que quiero hablarte. Algo delicado.
Augusto se detuvo para mirarlo a los ojos.
Sí, algo muy delicado los unía, pero a la vez los enfrentaba. Y ya era hora de hablar como hombres del asunto.
—Respecto de Luisina... —se adelantó Augusto.
Pero su hermano no le permitió continuar.
—Después hablamos de ella. Hay algo más importante que quiero dejar en claro.
El otro lo escuchó sorprendido. ¿Qué podía ser más importante que Lui?
—Escucha, Augusto. Si tú no quieres representarme, no puedo hacer nada.
Pero la verdad es que perdí el empleo y la casa. Luisina se llevó lo poco que

tenía, y tengo que pagar una fortuna todos los meses para solventar sus lujos. ¿Podrías hacerte cargo, al menos, de los honorarios del abogado?

Augusto se relajó.

—¿Y si te dijera que no?

—Tendría que pudrirme en la cárcel.

—¿De verdad no tienes dinero?

—¡Ni un centavo!

—¿Y esos seiscientos mil que te deposité en Suiza para mamá?

—La pobre tuvo gastos terribles. Con decirte que no sólo gasté esa suma, sino también todos mis ahorros.

—Ya veo...

Augusto se paró de nuevo, dispuesto a irse.

—¿Cuento contigo, entonces?

—Lo voy a pensar —respondió el otro, sonriente.

Sin una respuesta clara de parte de su hermano, Bautista tuvo que resignarse a verlo partir.

¡Qué estúpido había sido esa noche de fin de año! ¿Luisina infiel? ¡Imposible! La muy tonta había pasado las fiestas en una de esas reuniones multitudinarias que Augusto organizaba en su mansión.

¡Y él que la había creído a solas con otro!

También el tipo alto y moreno debía ser Augusto. ¿Quién más, si no?

Respiró aliviado.

Aunque...

Bien pensado, saber que su hermano y su ex pasaban tanto tiempo juntos era inquietante. Después de todo sólo podía existir una razón para tanta cercanía: Augusto estaba planeando vengarse de él con la excusa del juicio de divorcio. ¡Y Lui se prestaba a su juego!

¡Qué tonta! ¡Nunca se daba cuenta de nada, la muy estúpida!

* * *

Luisina puso el punto final en el capítulo de ese día de “La reina del baile” y se aprestó a subirlo a la red. Le encantaba esa parte: revisar el contador de visitas, contestar el posteo de Candelaria, o el de Augusto. Su

blog la hacía sentir comunicada con el resto del mundo. ¿Cuántos lo habrían abierto el día anterior? ¿Superaría su récord de tres visitantes?

Miró el contador, pero ni se molestó en leer lo que allí decía.

Algo se había descompuesto en su máquina o en el programa.

Volvió a observar ese número imposible: tres mil quinientos cuarenta y tres.

¿A quién se le reclamaba cuando el contador no contaba?

Decidió olvidar todo el asunto y encender la tele. Sólo lo hacía a la hora del noticiero de las nueve. Conocía personalmente al editor, y lo sabía un periodista responsable a quien valía la pena escuchar.

Un tornado, una inundación, un avión cayéndose en algún país en que no se podía ni caminar. Lo de siempre.

Cambió de canal. Alguien se burlaba de uno de los participantes de “Bailando por un sueño”. Otro canal. Ahora le tocaba el turno a ese participante de enojarse por las burlas.

Sucesivos toques de control remoto la convencieron de que el baile se había convertido en una importante cuestión de estado, más que el desempleo, la inflación, la violencia y las drogas, sólo opacada por el fútbol.

Aburrída, regresó al canal inicial y al remanso para la razón que significaba el noticiero.

El comentario político estaba por la mitad, pero aun así parecía interesante.

—Dicen fuentes de casa de gobierno que la columna de González Prato de este domingo habría enfurecido a la presidente. Incluso hasta el punto de gritar frente a sus allegados que ella nunca había sido la reina del baile, ni siquiera en sus épocas de estudiante, y que sólo la inspiraba el firme propósito de servir a los argentinos.

Luisina se extrañó. Realmente era una coincidencia que usara esa expresión. O quizás ella no era tan original como pensaba.

—Recordemos que todo empezó esta mañana, cuando González Prato se refirió a la mandataria como “la reina del baile”, comparándola con la protagonista del blog que lleva ese nombre. Y al leerlo uno no puede menos que entender el motivo del enojo de nuestra mandataria.

Luisina apagó la televisión.

Apagó el ordenador. Y sólo luego de respirar profundo volvió a encenderlo.

“Número de visitantes: 4207”.

¿Alguien había echado a andar el mundo sin avisarle?

Se aferró al teléfono que había comenzado a sonar cinco minutos antes como si fuera su tabla de salvación.

—¿Augusto? —preguntó antes de tomarse el tiempo de escuchar.

Pero la respuesta del otro lado la dejó muda.

¡González Prato! El comentarista político más importante del país la estaba llamando a ella.

¡Y quería publicarla!

Otra vez sintió aquel orgullo de tantos años atrás, la mañana que alguien había puesto una chapa en la puerta de su oficina: “Luisina Ramos, periodista”.

¿Podría retomar su vida allí adonde la había dejado?

* * *

¿Tendría el valor de aceptar?

¿Podría retomar su vida allí adonde la había dejado?

Alicia Andrade tomó aire antes de responder.

—Está bien, Blas. Acepto. Puedes mudarte conmigo, si tanto quieres una relación formal.

El doctor Montes de Oca se inquietó.

—¿No es más lógico que seas tú la que se mude a mi casa, Alicia?

Esta vez ella resopló. ¡Allí estaba! Aún no había iniciado la convivencia y ya comenzaban los problemas.

—Tuve que mudarme luego del divorcio y recién acabo de amoblar el departamento a mi gusto. No tengo fuerzas de comenzar todo de nuevo.

—Mi edificio queda a pasos del hospital. Y los dos trabajamos ahí.

—Tu casa es tan pequeña que ni siquiera habría espacio para la mitad de mis libros, y mucho menos para mí. Aparte odio tener que habituarme a una cama ajena. En Bariloche no me importó no dormir. Pero aquí tengo que estar fresca para el trabajo. ¿Cuál es tu problema con mi casa?

—No tengo tiempo para mudanzas.

—Yo tampoco.

—Si me quisieras...

¡Allí estaba! El siguiente paso: la extorsión.

—Tu linda Luisina puede ser una mujer complaciente, pero yo no. Mi vida ya es demasiado complicada como para agregar una nueva preocupación.

—¿Crees que la mía es más fácil?

—¿Entonces?

—¿Entonces? —repitió él.

Y los dos hicieron silencio.

* * *

—Estoy muy feliz de haber aceptado. Mi vida cambió por completo. Ahora soy una mujer plena... Luego de un matrimonio desastroso, esto era justo lo que necesitaba para levantar mi ego. Puede decirse que estoy curada de mi ex y sus presiones.

La licenciada Peña sonrió.

—Me alegra saber que ahora tienes una columna propia en la edición dominical del principal periódico del país. De hecho la leí, y es fantástica. Pero de verdad creo que todavía hay mucho por resolver en tu vida. ¿Cuánto llevas de separada?

—Estamos en junio... Nueve meses.

—Ya emprendiste una nueva vida profesional. Pero, ¿cuándo vas a comenzar a abrirte a los afectos?

—Estoy muy bien sola. El trabajo en el estudio se ha vuelto interesante, tengo la columna...

—¿Y?

—Y cuando tengo tiempo libre salgo con mi cuñado.

—¿Piensas iniciar una historia amorosa con él?

—¡No! ¡Por Dios! ¡Es mi cuñado!

—No entiendo por qué lo enfatizas tanto.

—Además Augusto ya tiene una novia. En una oportunidad incluso salimos los tres juntos. Me cayó simpática. Es una abogada soltera y rellena de dinero. Elegante... Tiene mi edad, pero parece mucho menos.

—¿Y cómo te hace sentir esa relación?

—¿Por qué tendría que hacerme sentir algo?

—¿Por qué insistes en salir con un hombre que está comprometido? ¿No es una forma de escapar de una nueva relación afectiva y, de paso, seguir vinculada a tu ex?

—¡En absoluto! Ustedes los psicólogos siempre ven lo que no es. Salgo tanto con Augusto porque la pasamos muy bien juntos. Es sólo un buen amigo.

—Mira, Luisina... Me gustaría creerte. Pero si algo me ha enseñado este taller que dirijo es que para que se dé una situación de abuso se necesitan dos. Por desgracia, la mayoría de las mujeres que pasan por aquí son reincidentes.

—¿Reincidentes?

—Al elegir una nueva pareja optan por otro abusador.

—¡Ni loca! Ya aprendí mi lección.

—¿Estás segura? Mucha gente busca una pareja con autoestima baja para poder dominarla. El machista es, en última instancia, un abusador. El inmaduro suele crear culpa en su compañera para obligarla a suplir sus falencias. El fracasado trata de criticar los logros del otro para justificarse.

—¿Entonces todos los hombres son abusivos?

—No es cuestión de géneros. Las mujeres pueden ser aún más devastadoras, no sólo con su pareja, sino también con las otras mujeres. Incluso con sus propios hijos. Pero como te dije antes, para todo abuso se necesitan dos. Y en la medida en que tú misma no te respetes, nunca lograrás que los otros lo hagan.

Luisina no parecía escucharla.

—Mi cuñado, por ejemplo, no es un abusador —reflexionó al fin, ajena a las palabras de la otra.

—¿Estás segura? ¿O es que todavía no le diste la oportunidad de demostrarlo?

* * *

El ruido de los violentos golpes sobre la madera hizo retumbar los vidrios del corredor.

—¡Luisina! ¡Por última vez, ábreme ya o tiro la puerta abajo! ¡Luisina!

Bautista se dio la vuelta, enfurecido, sólo para quedar enfrentado a su ex, que desde el elevador lo observaba con mala cara.

—¿Ya te soltaron?

—¿Te pareció poco tiempo?! ¡¿Sabes lo que tuve que sufrir en esa puta cárcel?!

—Tengo entendido que tu abogado te gestionó un encierro “VIP”: expresidentes, periodistas, millonarios. Incluso un actor. De seguro sacaste más de una buena amistad de allí.

—¿Crees que eso disminuyó mi pena?

—¿Crees que el niño herido padeció poco por tu imprudencia?

—Las ligeras molestias de ese mocoso las he tenido que pagar a precio de oro. ¡Tuve que gatillar una fortuna de indemnización!

—Pero al menos recobraste tu empleo.

—Veo que estás bien informada.

—Tienes suerte de ser tan perezoso. Nunca te tomaste la molestia de borrar el historial de tu ordenador. Por suerte para ti Miranda había llenado tu casilla con mensajitos eróticos y provocaciones evidentes. Y gracias al abogado que te consiguió Augusto desestimaron su demanda por acoso en tiempo récord, lo cual te permitió además accionar contra tu empleador por despido injustificado y daño moral.

—Pero no recibí ni un peso de la empresa. Sólo pude acordar mi vuelta al trabajo, y la restitución de los salarios caídos durante mi encarcelamiento.

—¿Te parece poco? Además tengo entendido que también pudiste recuperar el piso de Villa Urquiza.

—O lo que queda de él. Y ahora tengo que pagarle una verdadera fortuna al abogado. Todo por culpa de Augusto, que no quiso tomar mi caso... ¡Estoy en la ruina, Lui!

—Lo lamento. Pero no puedo hacer nada por ti... ¿Vas a irte por las buenas, o tendré que llamar a la policía? Tu cama en el penal todavía debe estar caliente.

—No te queda ser mordaz, Lui. Sé que en el fondo quieres obrar bien conmigo. Pero tienes que entenderlo: Miranda ya no está más en mi vida. Yo estoy solo, y tú también. No tiene sentido que sigamos así. Formamos una buena dupla tú y yo. ¡Nos necesitamos! Y una vez en nuestra casa, la verdadera, todo volverá a ser como antes, cuando éramos felices...

—No.

—¿Cómo que no? ¿Te has vuelto loca?

—Estoy más cuerda que nunca.

—¿Pero quién te crees que eres?! ¡¿La reina del baile?!

La muchacha lo miró sorprendida.

—¿Por qué me llamaste así?

—No sé... Todos hablan de eso. Y tú te pareces cada día más a la de la columna del diario: despótica, egoísta, mala... ¿De verdad te crees la reina de este baile?

—Sí —respondió Lui, con un orgullo que a su ex le resultó ininteligible.

Sí, ahora ella era la reina de su propio baile.

Y al fin tenía derecho de elegir con quien bailar.

* * *

—Ya me iba a ir con otro... ¿Por qué llegaste tarde esta vez?

—Disculpa, Lucrecia. Es que tuve que asistir a Luisina. Mi hermano se había atrincherado en la puerta de su casa y no la dejaba entrar.

—¿Qué raro! Eres uno de los abogados más prestigiosos de la Capital, tienes cientos de casos importantes, pero cuando te demoras, siempre el problema es tu cuñada.

—Está muy sola la pobre.

—Sola estaba yo, en este bar miserable. Sola estoy todos los días, cuanto te llamo y no me contestas. La famosa Luisina, en cambio, es una mujer afortunada. Su columna está en boca de todos, su blog percibe fortunas por publicidad. ¡Sí que gana fácil el dinero! Sólo tiene que escribir un par de tonterías contra la presidente y todos la alaban.

—Eres injusta, Lucrecia. A mí me consta que esas “tonterías”, como tú las llamas, encierran un profundo trabajo de investigación. Desde que publica en el diario su columna no sólo replica las noticias, sino que se anticipó a más de un asunto turbio, dejándolo expuesto.

—Una columna que tú le conseguiste. ¿O vas a negar que pusiste ese blog bajo las narices de González Prato?

—Sí, lo hice. Pero si a él le interesó es sólo porque lo que hace Luisina vale la pena.

—La admiras, ¿no es cierto?

—Mucho.

Lucrecia tomó distancia. Su experiencia en los Tribunales le había

enseñado a leer en los ojos de los reos. Y los de Augusto, en particular, estaban repletos de culpa.

—Tengo la sensación de que estoy ocupando en tu vida los espacios que tu cuñada deja libres. ¿Tanto te gusta? ¡Espera! Antes de que cometas perjurio, quiero advertirte que anoche, mientras hacíamos el amor, dos veces me llamaste “Lui”.

—¡Imposible! De seguro te dije “Lui”.

Al reparar en su error, Augusto intentó corregirlo, espantado.

—Digo, “Lu”, por Lucrecia.

Pero obviamente ya era muy tarde.

—Voy a ser sincero contigo, “Lu”. Si lo que quieres saber es si tengo ganas de llevarme a Luisina a la cama, sí, lo haría con gusto. Pero ella no es como tú. Dudo que hayan pasado más de dos hombres bajo sus sábanas. Por desgracia el sexo se le confunde demasiado con el compromiso. Y yo no estoy listo para otra relación. Me pasé la mitad de mi vida adulta en una, y ya estoy hartito. Ahora sólo busco un poco de sexo. Algo como lo que tenemos tú y yo, hermosa.

—Lamento oírte decir eso. Esta hermosa está a punto de cumplir cuarenta... Para los hombres es sólo un número. Pero para nosotras marca el principio del fin de los sueños de un hijo. Y yo sueño mucho con eso últimamente.

El asombro en la cara de Augusto la lastimó.

—¿Qué crees? ¿Que porque soy una mujer independiente, con una carrera que muchos hombres envidian, no deseo nada más?

—Disculpa... No sé que decir... Sólo que de haber sabido esto, yo jamás... Te juro que te hubiera mantenido a la distancia.

—¿Cómo a tu cuñada?... Dime, ¿de verdad no tienes miedo de lastimarla con tus juegos estúpidos?

—¿Lastimarla? Imposible. A Luisina le dan igual mis sentimientos y mis ganas —replicó con enojo.

—Ay, doctor Stuar... Si este fuera un Tribunal, terminarías preso por tu propia boca.

—¿A qué te refieres?

—Creí que sólo le tenías ganas a tu cuñada. Pero ahora también confiesas “sentimientos” hacia ella. ¡Pobrecito! Eres más obvio de lo que a tu cabeza le gustaría reconocer.

Augusto no tuvo argumentos para rebatir semejante acusación.

Lucrecia lo miró con lástima. ¡Pobre estúpido!
Y pobrecita ella.
¿Dónde estaban los hombres con pelotas de verdad?

* * *

—Te están esperando arriba.
Lui miró a su vecina con temor.
—¿De nuevo mi ex?
—No. Este no se le parece en nada. Es más, si tú no quieres abrirle la puerta de tu casa, avísame, que yo lo haré pasar a la mía con gusto.
Subió al elevador sin saber qué esperar, y apretó el botón del séptimo piso.
¿Quién podría visitarla a esa hora, y así, sin anunciarse?
Un escalofrío recorrió su cuerpo delgado. Ahora que hacía periodismo de investigación había recibido varias amenazas. Una parte de la población festejaba con gusto sus humoradas, pero la otra, la de mayor poder político, comenzaba a hartarse de sus aciertos. No sólo González Prato se preocupó, sino que hasta el mismo periódico había ofrecido pagar por la custodia. Pero ella, como siempre, era demasiado confiada.
El elevador se detuvo. Eran las doce de la noche.
Asomó la cabeza con miedo.
—¡¿Tú?! ¿Qué haces aquí a esta hora? ¡Casi me matas del susto!
—Tengo que hablar contigo, Luisina.
—¿Acaso te caíste de la cama, Augusto? —se burló ella, divertida— El peine es un gran invento a la hora de ir de visita... ¿Quieres pasar?
—No. Necesito hablar contigo.
—¿Tan importante es, que no puede esperar hasta mañana? Ya es medianoche.
—Es urgente... ¡Ya no soporto más!
—¿Qué cosa, Augusto?
Él la miró de una manera que la puso a temblar.
—Te necesito, Lui. Te necesito ahora... Necesito que vengas a vivir conmigo esta misma noche. ¿Lo harás?

CAPÍTULO XI

¿Estaba haciendo lo correcto?

Lui miró el perfil de Augusto, iluminado por las luces de la calle. Luego, antes de que él la descubriera, volvió a concentrarse en el camino.

¿Estaba haciendo lo correcto al irse con él?

Claro que vivir con Augusto era una forma cómoda de escapar a los avances de Bautista. ¿Pero no era demasiado pago por no caer en las garras de un hermano, arrojarse a las fauces del otro?

Estaba confundida.

Pero a la vez...

Había un rumor distinto en el fondo de su conciencia que le calentaba el alma y hacía arder su sexo. Era apenas un zumbido impertinente que se adueñaba de ella cada vez que Augusto estaba cerca. No tenía derecho a sentir eso. Después de todo aquel hombre era el único en el mundo que le estaba prohibido.

Entonces, ¿por qué él insistía en tentarla?

—¿Por qué no le pediste a Lucrecia que fuera a vivir contigo? Me parece más lógico. Después de todo ella hubiera podido, además, compartir tu cama.

—Acabamos de romper. Lucrecia tenía planes muy distintos a los míos. Quería hijos y compromiso. Y a mí ya se me pasó la edad para eso.

—Después de todo eres igual a tu hermano —comentó ella decepcionada—. A él tampoco le gustan los niños.

—Me entendiste mal. Los niños me encantan. De hecho, cinco años atrás hubiera dado lo que fuera por tener un hijo con Andrea. Pero ella no quiso, y ahora, a la distancia, creo que fue mejor. Los niños necesitan un padre y una madre de tiempo completo. De lo contrario corren el riesgo de acabar como Irina.

—¿Y acaso te falta tiempo para la paternidad?

—Andrea me demostró que no existe tal cosa como un amor para siempre. Y hasta que me dure la decepción prefiero mantenerme al margen de ese tipo de compromisos.

—No puedes culpar a Andrea. Yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Irina era una razón más que suficiente para irse de tu casa.

Augusto se enojó.

—¿Y yo qué culpa tengo de que esa niña tonta estuviera antojada conmigo? Siempre la traté como a una hija.

—¿Estás seguro de que nunca hiciste algo, ni la cosa más pequeña, que pudiera confundirla? Después de todo es apenas una niña. ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete. Pero si te descuidas tiene más experiencia que tú.

—No se necesita mucho para eso... Lo que no entiendo es... ¿Si tanto te inquieta la presencia de Irina, porque la dejaste quedarse en tu casa?

—El padre acaba de echarla de la suya, y Andrea... Andrea está muy extraña últimamente. Así que no podía dejarla en la calle.

—En defensa de ella tengo que reconocer que no debe ser nada fácil compartir el techo con el hombre que amas, y una versión más joven de ti misma empeñada en conquistarlo.

—Andrea no se fue por eso.

—¿Estás seguro?

—¡Segurísimo!

Lusina prefirió no insistir. Apenas tenía un recuerdo borroso de la hijastra de Augusto, pero sabía que era tan hermosa, como terca y malcriada. ¡Igualita que su madre! Y ahora la niña era lo suficientemente mujer como para obligar a Augusto a saltar de su cama a deshora en busca de alguien que lo protegiera de los malos deseos. Una tercera en discordia, como ella, que no le permitiera caer en la tentación.

Estacionaron en el parque de la casona inmensa y bajaron las maletas en silencio.

—Le dije que ya estabas viviendo aquí. Será mejor que no nos vea entrar.

—No entiendo, ¿nos estamos escondiendo de una chiquilla?

—Una que heredó las mañas de su madre.

Augusto la tomó de la mano para conducirla por los intrincados vericuetos de la mansión.

Y quizás porque a esas horas Lui ya estaba casi dormida, aquello le pareció una aventura excitante.

Atravesaron en penumbras el largo pasillo que llevaba a los cuartos, corriendo hasta llegar a una de las puertas. Pero se detuvieron tan de repente, que para cuando Lui se quiso acordar ya estaba entre los brazos de su cuñado.

—Disculpa, ¿te lastimé? —preguntó él, solícito.

Pero Luisina no encontró las agallas para responder. Había algo en esa proximidad inquietante que la dañaba, pero no podía identificar el motivo de tan extraña desazón. Quizás, sentir el aliento de un hombre tan cerca, o la forma perfecta y torneada de ese pecho que la contenía, y que era tan distinto al torso ondulante y muelle de su propio marido.

—Entremos —sugirió él, ajeno a su turbación.

Y fue tan torpe el ingreso de ambos al cuarto espacioso y oscuro, que apenas pudieron contener las risas.

—Disculpa los pisotones. No he sido entrenado para este tipo de “operaciones encubiertas”.

—De haberse tratado de un campo minado, ya estaríamos muertos —replicó ella, también en susurros.

—Quédate aquí.

De inmediato todo se llenó de claridad, dejando a la vista un cuarto de mayor metraje que todo el departamento de la calle Céspedes.

—Este no es el mismo cuarto de la otra vez.

—No, esa noche te quedaste en la habitación en que ahora está Irina.

—¡Pues esta es inmensa!

—Sí... Pero por desgracia no tiene un cuarto de baño. Tendrás que usar el del final del pasillo, o...

—¿O?

—Bueno, mi cuarto es el de al lado. En una urgencia, o si te quieres bañar con comodidad...

—No, gracias.

—Sólo te estoy dando una opción. Después de todo estoy acostumbrado a compartir el cuarto de baño con una mujer. Es más, todavía tengo algunas cremas allí que ni sé para qué sirven.

—Dudo que pueda ayudarte con eso. No soy precisamente...

Unos golpes secos en la puerta los interrumpieron.

—¡Ocúltate! —ordenó Luisina a su cuñado, en un tono apenas audible.

—No voy a ocultarme en mi propia casa. Además, no estoy haciendo nada malo.

Un golpe destemplado sirvió para zanjar la cuestión.

Luisina abrió la puerta, pero no estaba preparada para la mujer espléndida que aguardaba del otro lado. Y como siempre le había ocurrido junto a Andrea, también entonces tuvo esa sensación tan conocida de ser insignificante.

—Ah... Tía Lui... Eras tú. Ah, y ahí estás tú, Gushi... Bueno, no quiero interrumpirlos, así que será mejor que me vaya.

—Sólo estábamos charlando.

—No. Estaban susurrando, que es muy distinto. Los escuché desde mi habitación.

La muchacha los miró con altivez, y luego dio una vuelta alrededor de Luisina, que sólo sirvió para incomodarla.

—Estás muy distinta, tía Lui.

—Tú también cambiaste mucho. La última vez que te vi aún eras una niña.

—Sí, antes solías ser gorda. Y tenías siempre cara de asustada. Ahora, en cambio... Claro que te ves más vieja, pero tal parece que te sentó sacarte de encima al tío. ¿Él sabe que estás aquí?

Augusto se molestó.

—Ya es muy tarde, Irina. Por desgracia Lui y yo no podemos darnos el lujo de dormir hasta cualquier hora de la mañana, porque ambos tenemos que ir a trabajar. Como hacen todos los adultos, por cierto.

—Como quieras, Gushi... ¿Sabes, tía? Es raro que eligieras este cuarto teniendo toda la casa a tu disposición. De hecho, del otro lado del pasillo está la habitación de huéspedes. Tiene baño privado y vista a la piscina... Claro, la ubicación no es tan conveniente como la de esta, pero...

—No sé a qué te refieres, Irina.

—Aquí estás tan cerca de Gushi...

—Y muy cerca de ti también. Justo enfrente. Así que, cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar a tu vieja tía Lui. Yo estaré atenta a ti... Muy atenta.

La muchacha la miró con enojo, y luego se regresó al cuarto sin siquiera dar las buenas noches.

—La manejaste maravillosamente, Lui. De nuevo, gracias. Me siento muy bien al saber que estarás aquí, tan cerca de mí.

—No te entusiasmes, “Gushi”. Me quedaré sólo hasta que se vaya la niña —replicó ella mientras lo empujaba hacia la puerta—. ¿Mañana a las siete, entonces? No olvides que a las nueve en punto tengo que estar en la oficina.

—Así será —replicó su anfitrión— Y gracias de nuevo... Hasta mañana.

Él se inclinó para besarla, pero antes de que pudiera hacerlo Lui le cerró la puerta en la cara, divertida.

Sí, le encantaba jugar con Augusto.

¡Lástima que fuera su cuñado!

* * *

—¡Ya no soporto vivir aquí! ¡Quiero irme!

Blas se tapó la cabeza con la almohada. Ya se estaba acostumbrando a que Alicia lo despertara con sus quejas todas las mañanas.

Como ella tan bien vaticinara, el sexo entre los dos se había vuelto rutinario. Su compañera parecía eternamente insatisfecha. Y él no tenía tiempo para juegos o fantasías. Además, los antojos de Alicia eran un tanto... inquietantes. Sobre todo para un muchacho nacido en el seno de una buena familia cristiana, como era su caso. Las fantasías de ella siempre involucraban a terceros, y no era extraño que lo provocara de forma aberrante, buscando desatar su ira, y, quizás, hasta sus golpes. De hecho, una vez lo había sugerido abiertamente: le había pedido que la asfixiara. Y él por desgracia no era hombre para eso. Odiaba la violencia, y mucho más cuando se disfrazaba de amor.

Desde el mes de abril, desde el mismo momento en que comenzaron a vivir juntos, nunca volvió a ver la satisfacción reflejada en el rostro de su amante. Bueno, a excepción de esa extraña tarde...

Era el principio de junio. Afuera el frío golpeaba, demoledor, y muchos esperaban que se repitiera el fenómeno del año anterior, y que nevara en la ciudad por segunda vez en más de un siglo. Una gripe virulenta lo mantenía confinado a las cuatro paredes de su departamento. Y quizás por puro aburrimiento, o porque ese tiempo extra le permitía observar lo que habitualmente pasaba por alto, comenzó una trifulca feroz con Alicia. Le reclamaba por todo: la suciedad, el desorden, su desamor. Levantaba la poca voz que el resfrío no le había robado, hiriendo sin ningún reparo con sus palabras. Siendo ofensivo como no recordaba haberlo sido nunca antes... Y entonces ocurrió. Algo que quedaría grabado en su memoria. Esa extraña transformación en Alicia. El brillo en su mirada. La satisfacción pintada en el rostro. Sí, esas habían sido las únicas horas de felicidad para ella en los últimos cuatro meses. Como si necesitara ser degradada. Como si disfrutara del desprecio del otro...

Alguna vez había escuchado que la gente así existía. Pero aún le costaba pensar que Alicia Andrade, la profesional arrogante, la millonaria malcriada, fuera una de ellas.

—Eres muy aburrido, Blas. Y yo no estoy lista para convertirme en un ama de casa convencional. Quiero irme.

—No nos engañemos, Alicia. Sólo aceptaste venir a vivir conmigo para escapar de tu ex. ¿Crees que algo ha cambiado en estos últimos cuatro meses?

—¿Sabes qué, Blas? Entre que él me mate, o morir de aburrimiento a tu lado, lo prefiero a él. Al menos es más rápido.

—¿Consideraste alguna alternativa que no incluya la muerte?

—Me voy a casa... ¿Nos vemos el jueves?

—¿Qué?! ¿Quién te entiende, mujer? ¿No es que te mato de aburrimiento? ¿Para qué me quieres como amante?

—Eres un idiota, Blas... Mira, cuando te consigas a Luisina, o a una como ella, tráela a casa. Haz que te atienda. Pídele todas esas tonterías que solías reclamarme. Y luego, cuando te canses de ser feliz, búscame. Yo sabré cómo compensarte.

Blas la observó juntar sus poquísimas cosas en una maleta.

Sí, quizás había gente incapaz de apreciar la paz y la felicidad. ¡Lástima!

Y lástima también que Luisina nunca lo hubiera llamado.

¿Dónde estaría ella ahora?

* * *

Luisina tomó una bocanada de aire y hundió la cabeza en el agua.

¡Vaya día! Ya por la mañana Eni se había encargado de hacer de las suyas. Luego de la salida de Souto del estudio, su nueva meta era Romero. Y él, quizás para quitarse a una zaparra de encima con elegancia, no tuvo mejor idea que redoblar sus atenciones hacia la otra.

Luisina resopló en el agua, formando burbujas.

¡Sí! Ahora Romero no le quitaba los ojos de encima. No era sólo una sensación suya, porque más de una vez incluso Eni se había quejado al respecto. Y si bien le resultaba agradable presenciar la humillación de su compañera, no lo era tanto como para soportar con gusto al baboso de su jefe.

Podía dejar el empleo, porque lo que cobraba por su columna y su blog era una pequeña fortuna. Pero no tenía ganas. Esa obligación diaria le permitía mantener en orden su agenda. Sin un horario fijo, en cambio, tenía miedo de

reincidir en la holgazanería de su época de casada. Sí, porque si bien en Villa Urquiza se la pasaba activa durante todo el día, perdía su tiempo en cosas tan inútiles como limpiar a mano cada tablón del piso de la sala, o lustrar la platería hasta gastarla. Cuando se estaba demasiado tiempo sola era fácil confundir el trabajo genuino con la simple obsesión.

Y a ella le resultaba demasiado fácil obsesionarse.

¿O acaso no era eso lo que le estaba ocurriendo con su cuñado desde que vivía en su casa?

Porque cada noche, al ir a la cama, no podía sacarse de la cabeza que él estaba a sólo una pared de distancia.

Y cada mañana, viajando juntos en el auto durante una hora, no podía dejar de sentir una sensación extraña. Algo como... Algo parecido a la felicidad.

¡Una tontería!

Porque entonces comenzaba a cometer los mismos errores que con Bautista. Sí, aunque le costara reconocerlo, tenía esa tendencia estúpida de complacer a su cuñado. Y como Augusto quería desairar a su hijastra, se prendía al juego sin chistar, como si fuera un esposo hecho y derecho... ¡No! Mejor que un esposo. Como el marido con el que ella siempre había soñado: atento, sensible, inteligente..., y muy buen mozo.

Por suerte en los tres días que llevaba en la casa la relación no había avanzado hacia lo físico. Ya sea porque de verdad él tenía intenciones honorables, o porque Irina los vigilaba de cerca como un perro guardián, lo cierto era que casi no existía un contacto real entre ambos.

Buscó aire, y volvió a sumergirse.

Sí, un día terrible.

¿Por qué no se podía sacar de la cabeza que Romero la había llamado a su oficina para algo más que discutir acerca de Souto y su desliz? ¿A qué había venido ese continuo machacar con que, en su caso, por ser libre, un romance con alguien de la oficina no tendría nada de reprochable?

Estaba casi segura de que, de no haberse agachado en forma providencial, él la hubiera besado. No podía sacarse de la cabeza su expresión libidinosa. Y si bien no era experta en el tema, sabía de sobra que cuando la mirada de un hombre se alejaba de la cara para aventurarse a zonas prohibidas, no tardaban en entrar en acción sus manos. Porque los hombres eran así: lo que veían, lo querían.

Y Romero miraba mucho últimamente.

Pero lo peor estaba por venir... Apenas había zafado del jefe y sus malas

intenciones, cuando Eni ya la esperaba con una filípica. ¡Justo ella!, dando lecciones amargas de buena conducta en la oficina. Y, peor, luego de cada enseñanza moral venía una seguidilla de consejos y comentarios estéticos, orientados a lograr que no quedaran zaparras en el estudio. Tiempo perdido en su caso, porque ya hacía rato que había dejado de luchar contra su apariencia.

¡Qué día!

Y luego, cuando ya estaba convencida de que nada podía empeorar, la llamada de su vecina, y esa maldita citación por algo del divorcio que un oficial le había entregado en mano para ella.

¡Divorcio!

Últimamente atesoraba esa estúpida fantasía de volver a ser soltera. Pero no. Pronto cumpliría treinta y ocho, sólo para convertirse en otra divorciada más, tan vieja como amargada.

Si es que llegaba a vieja. Porque todavía estaba en la calle Céspedes, recogiendo el maldito papel, cuando González Prato la llamó preocupado.

¡Sí! Se estaban aproximando.

Si de algo se había cuidado el diario era de que nadie, absolutamente nadie, supiera la identidad de “La Buchona”, que era el alias con que firmaba su columna de “La reina del baile”. Ni siquiera Romero conocía su ocupación secreta, y mucho menos Bautista. Eni sospechaba algo, por supuesto, porque ella siempre sospechaba de los demás, pero estaba más inclinada a creerla una “mantenida”, que una periodista exitosa.

Quizás por eso González Prato estaba tan alarmado esta vez: el anónimo había llegado a la redacción en un sobre dirigido a Luisina Ramos. Y su contenido era aún más virulento que el de los anteriores.

Resultaba extraño que alguien se tomara tanto trabajo por sus denuncias. Cierto que su última columna describía con lujo de detalles el circuito de los sobrepagos pagados por el gobierno a cierto país con un “presidente” poco afecto a los baños largos, pero considerando que en la Argentina ningún político se hacía cargo de sus culpas, las amenazas resultaban excesivas. Sólo era cuestión de tolerar algún reto de la justicia una vez caído en desgracia, para luego volver al ruedo como si nada hubiera ocurrido.

¿Sería capaz esa gente de matarla? Su último informante parecía muy asustado.

Como sea, a las cuatro de la tarde ya estaba tan cansada como si fueran las doce de la noche. Y sólo por eso había decidido salirse antes del trabajo y volver a la casa de Augusto, para zambullirse en su cama hasta el día

siguiente.

Pero como le ocurría siempre, a pesar de estar muerta de sueño, una vez entre las sábanas simplemente no había podido dormir.

Decidió entonces ir a nadar, buscando calmar sus nervios. Después de todo Augusto siempre le recordaba que la piscina, (que en invierno se cubría y climatizaba), estaba a su entera disposición. ¡A su disposición! ¡Claro! Ni muerta iba a usarla con él rondaba por allí. Odiaba ponerse el traje de baño hasta en la playa, y lo último que necesitaba era andar exhibiendo sus piernas gordas, con más pozos que la superficie lunar. Y eso, por no hablar de su trasero.

Pero aquella tarde, junto con esa maldita citación de divorcio no había resistido la tentación de guardar también su traje de baño azul. Aun cuando estaba un poco estirado, (doce años era demasiado para cualquier *lycra*), al menos contorneaba su escote y le hacía una figura decente. No como el otro que tenía, negro, de tipo “competición”, y que apretaba tanto su pecho y su trasero que más la hacía lucir como un monolito. No es que ella planeara pasearse por allí así desvestida, pero si la bruja de Irina aparecía a último momento no pensaba brindarle un motivo más de burla.

Por suerte la piscina era toda suya. “Su sobrinita” estaba con amigos, (¡cuándo no!), y todavía faltaban dos horas para que Augusto regresara a casa. Dos horas en que podría disfrutar de no pensar en nada.

Tomó aire y volvió a sumergirse por última vez. Tampoco era cuestión de tentar al demonio y que alguien apareciera de improviso.

Se aferró a la barandilla para salir, pero cuando estaba a mitad de camino se regresó al agua con violencia. Tanta, que tuvo que emerger para escupir la que había tragado.

—¿Estás bien, Lui?

¡Augusto! ¡¿Qué hacía su cuñado allí?!

—Estoy perfecta —mintió mientras se pegaba al borde, de forma de esconder su figura en el agua.

—Tuve una audiencia en los Tribunales de San Isidro y decidí no regresar al centro... Me alegra que aceptaras mi consejo. Si esperas a que me cambie, también me meto yo.

—¡No! —replicó ella con espanto. Y luego, tratando de sonar más calmada, agregó—. Ya me iba. Estuve tanto en el agua que terminaré por disolverme.

—Entonces deja que te ayude a salir.

—¡No!... Es decir, puedo hacerlo sola.

—Hazlo entonces.

—Después.

—¿No era que te ibas a disolver?

—Voy a nadar unos minutos más. Ve a cambiarte antes de que se haga la hora de la cena.

—Todavía falta. Pero si quieres seguir en el agua, ¿por qué no me esperas? Estaré de regreso en cinco minutos.

—¡No!

Augusto sonrió.

—Ah... Ya entiendo.

—¿Qué?

—No quieres que te vea en traje de baño.

—¡No seas ridículo! ¿Me crees tan patética?

—Sal, entonces —insistió él, mientras le tendía la mano.

—No quiero salpicar tu traje.

—Me da igual. Tengo otros... Ven.

—Puedo sola. No necesito ayuda —rugió, mientras comenzaba a salir de mala gana.

—El borde está muy resbaloso. ¡Cuidado!

Augusto la sostuvo, o quizás la empujó hacia sí, (¡vaya uno a saber!), pero lo cierto es que Luisina acabó entre sus brazos, chorreando agua en su fino traje de alpaca gris. Era extraño, porque el lugar estaba muy caldeado, y sin embargo ella comenzó a tiritar.

¿Por qué la miraba así?

¿Por qué no la soltaba?

Una voz chillona los despertó.

—¿Puedo jugar yo también? Parece divertido.

La voz de Irina, que acababa de llegar, los obligó a alejarse de inmediato.

—¿De qué se trata? ¿“Mojemos a Gushi”? Yo puedo hacerlo mejor.

La joven corrió hasta ellos, pero sólo para empujar a su padrastro al agua.

—¡Irina! —gritó él, enfurecido— ¡Mis documentos, chiquilla tonta!

—Te ayudo —replicó, mientras se arrojaba al agua hasta con zapatos.

Luisina, por el contrario, sólo atinó a observarlos, confundida. Parada todavía allí como una estatua, sin cubrirse ni escapar.

—¡Lui! Toma mi carnet de conductor. Ponlo allí, por favor.

—¡Aquí está tu documento! —anunció Irina, como si estuviera jugando a la

caza del tesoro.

Lui se acercó al otro extremo de la piscina, donde algo azul estaba flotando. Intentó alcanzarlo desde el borde, pero al fin se arrojó al agua, lo tomó y se unió a los otros.

—¡Tengo tu VISA titanio! ¿Puedo usarla, Gushi?

—¡Dame eso! —replicó él con enojo.

De nuevo Lui se sumergió en busca de una tarjeta, (las había por decenas), pero al salir a la superficie su cuñado la estaba aguardando. Tan cerca quedaron uno del otro, que por un instante ella pudo sentir el tacto de la lana mojada rozando su piel.

—Tal parece que hoy estábamos destinados a nadar juntos —le susurró él al oído.

—¿Qué le dijiste, Gushi? No te escuché.

—Más te vale que aparezca hasta el último de mis documentos, Irina. Ahora voy a subir a quitarme el traje. ¿Vamos, Lui?

—¿Cómo?! ¿La tía Lui no se queda?

—Luisina tiene miedo de disolverse en el agua, así que viene conmigo.

—Entonces yo también me voy.

—¡Ni se te ocurra moverte de ahí! —ordenó él, como si su hijastra tuviera todavía cinco años— ¡Y quiero hasta la última de mis tarjetas seca para la hora de la cena!

Augusto trepó con agilidad hasta el borde, y luego ayudó a Lui.

Por desgracia, mientras se secaban, ella pudo sentir como él la recorría con la mirada. Sus pechos caídos, su vientre abultado, su trasero enorme, y en especial sus piernas gordas.

¡Sí! Ese día ya no podía ser peor.

* * *

Sintió el tirón en el cabello y tragó saliva. El dolor era tan intenso, que por un segundo temió que le arrancara el mechón. Y de inmediato el ardor en la piel lacerada que la dejó sin aliento.

Tuvo que contenerse para no gritar.

Y entonces sufrió un nuevo embate de aquel sexo caliente, que mientras

quemaba su intimidad derretía su cabeza.

Trató de pensar en otra cosa, sólo por no tener que humillarse delante de él. Contó las sábanas que tenía en frente. Eran cientos. Tantas, como camas había en el hospital.

Intentó taparse la boca para no gritar, pero le fue imposible. Él la retenía con tanta crueldad, la golpeaba con tal furia, que todo su cuerpo comenzó a estremecerse. Como si se tratara de un virus, un frenesí ciego fue apoderándose de ella, aún contra su más firme voluntad, haciéndole imposible detenerse.

Y así, entre gritos aislados, sábanas limpias, y una frustración que la lastimaba, tuvo el mejor orgasmo de todos los que recordaba en los últimos tiempos.

Para salvaguardar lo poco que quedaba de su orgullo, Alicia trató de reponerse de inmediato.

—Ahora vete —le ordenó.

Pero su marido estaba lejos de haber concluido.

Sin palabras, la tomó por detrás, y arrancándole las bragas que acababa de ponerse, volvió a poseerla por donde a ella no le gustaba. Sus intentos por liberarse fueron vanos. Pedro Pérez estaba acostumbrado a hacer de esa carne su festín, sin importarle remordimientos, enfermedades o consecuencias. La tomó con la furia de un animal, y, aún a pesar de las súplicas de su víctima, no la soltó hasta quedar satisfecho.

—Ahora sí me voy —anunció con tono sádico, mientras apoyaba su pie en el cuerpo exánime de la que alguna vez fuera su esposa.

Pero en vez de salir, se limitó a mirar el lugar como si le perteneciera.

—Apuesto a que tu doctor nunca te hizo chillar así. ¿Ya le contaste acerca de tus gustos, o todavía no encontraste el valor?

La tomó por el cuello y, apretando hasta hacerla escupir, la obligó a ponerse de pie.

—¡Ups! Tengo el presentimiento de que acabo de violar la orden de restricción que pusiste en mi contra. ¿Vas a ir a quejarte al juez? No te olvides de contarle que te hice gritar como una cerda en celo.

—Ya no soy la misma niña inocente de los veinte años, Pedro. Ahora soy una mujer.

—No. Tan sólo eres una puta. Mi puta. ¡No lo olvides!

Pedro Pérez acomodó su chaqueta, se peinó con las manos, y salió de allí con paso seguro.

Sí, le encantaba divertirse con Alicita. Y lo pensaba hacer todas las veces que se le viniera en ganas.

O al menos hasta que un juguete nuevo llegara a su vida.

* * *

Sintió el tirón en el cabello y tragó saliva. El dolor era tan intenso, que por un segundo temió que le arrancara el mechón. Y de inmediato aquel ardor en la piel lacerada, que la dejó sin aliento. Tuvo que contenerse para no gritar.

Luisina se enojó consigo misma.

¿Por qué era la única mujer en el mundo que salía de la piscina con el cabello enmarañado? Nunca había tenido la habilidad de otras, de mantener un peinado perfecto aún luego de una zambullida.

Dio un último tirón, y tal como había temido, buena parte de su melena estaba ahora en el peine. Daba igual. Bajaría a cenar con el cabello mojado. Después de la humillación de la piscina ya no le quedaba mucho por ocultar.

Por desgracia para ella, el maldito comedor estaba profusamente iluminado.

Por fortuna, al parecer Augusto tampoco había tenido tiempo de secarse. Los rulos de su cabellera abundante se habían estirado por efecto del agua, dándole un aire más juvenil.

Irina, en cambio, lucía espléndida. Como si un batallón de estilistas la aguardara en su cuarto para asistirla, cada bucle de sus extensiones estaba en el lugar justo.

—¿Sabes, tía Lui? —dijo con inocencia luego del primer bocado—, mamá hubiera puesto el grito en el cielo si te hubiera visto esta tarde en “su” piscina, con “su” marido.

Luisina se atragantó, por lo que fue Augusto quien le respondió.

—¿Qué estupidez es esa?!

—No dije nada impropio —respondió la muchacha con descaro—. Mamá es una fanática de la salud y la belleza. Y las piernas de la tía tienen demasiada celulitis, aún para una persona de sus años.

Luisina tardó en reponerse, pero como siempre que se sentía atacada, afloró en ella esa parodia de mujer fuerte con que se protegía del dolor.

—Querida, tú eres aún pequeña para saberlo, pero la celulitis es igual para todas las mujeres. Lo que varía es el tiempo y el dinero que cada una invierte en ocultarla. Por desgracia yo tengo mejores cosas que hacer que preocuparme de mi apariencia.

—Se nota. Pero, ¿me parece a mí o estás sugiriendo que mamá es una hueca?

—Se necesita mucha habilidad para deshacerse de la celulitis, y por lo que vi hoy, estoy segura de que pronto vas a hacer buen uso de su experiencia.

—Mis piernas son perfectas.

—¡Por supuesto! Es lo que yo digo. No vale la pena ser tan detallista.

—¿¿Qué quieres decir con eso?!

—Nada —replicó Luisina, con una sonrisa que indicaba todo lo contrario.

Y por supuesto la tonta de Irina cayó en la trampa. No era muy distinta de Eni, así que Lui sabía manejarla a su antojo. Después de todo, Dios no había creado tal cosa como una mujer segura de su apariencia.

—A mí todo eso de la celulitis me parece una estupidez. Sólo ustedes las mujeres pueden verla. A nosotros, en cambio, nos interesan otras cosas: formas armónicas, un aspecto limpio y agradable, un lindo par de pechos.

—Eso me recuerda, Gushi, que para el veinte tengo pautada una estética.

—¿Una cirugía?! ¿Lo sabe tu madre?

—Mamá está en otro mundo desde que se fue de aquí. Se suponía que iba a pagarla papi, pero como ahora se enojó conmigo...

—¿Y de qué es esa cirugía?

—Lolas.

—Tus pechos están muy bien —acotó Lui—. A tu edad no se necesitan cirugías.

—Mis pechos están mucho peor que mis piernas. Mi bikini azul me queda horrible.

—¿Vas a operarte porque una bikini, de las miles que seguro tienes, no te favorece?

—No, tía Lui... Ya escuchaste a Gushi. Voy a operarme porque eso es lo que les gusta a los hombres. Ten en cuenta, tía, que no a todas nos va eso de andar por allí con un traje de baño como el que llevabas esta tarde. De hecho, creo que los de una pieza dejaron de fabricarse en el 80, antes de que yo naciera... Por eso, Gushi, voy a necesitar un cheque para el cirujano.

—¿Tu prepago médico no cubre dos de esas operaciones por año?

—No creo que contemple algo así —acotó Lui, escudada en su sentido

común y su mayor ignorancia.

Irina ni siquiera la escuchó.

—Sí, las cubre. Pero yo quiero operarme con el cirujano de mamá. Después de todo la salud no tiene precio, ¿no es cierto, Gushi? —replicó la muchacha en tono meloso, mientras se estiraba para abrazar a su padrastro.

—¡Suéltame! —ordenó él de mal modo—. No pienso hacerme cargo de nada. Ya me hartaste. ¡Ni siquiera soy tu pariente, como para tener que aguantarte!

—Son apenas cinco mil dólares de adelanto. ¡Vamos!

—No.

Esa negativa terminante logró lo imposible. Esa muchachita endiablada abandonó sus mohines de nena consentida para transformarse en una mujer desafiante.

—Me lo debes, Augusto —advirtió con tono severo—. Sabes bien que me lo debes.

Para sorpresa de Lui su cuñado no le respondió.

De repente el clima se había enrarecido. Pero, por desgracia para ella, Luisina no era capaz de manejar tanta tensión. Le recordaba demasiado a las cenas en casa de sus padres, antes del divorcio.

—Lo peor que le podría ocurrir a esta civilización sería perder el sentido de la vista —se apuró a acotar, sólo por decir algo—. Somos, como ninguna otra, una cultura de espectadores.

—Mirones, para ser más precisos —la secundó Augusto.

—El nuestro es un mundo de cantidades y apariencias. Para que el amor sea bueno lo tienes que hacer al menos cinco veces a la semana...

—¿Sólo cinco? —se burló Irina.

Pero Lui continuó con su discurso, sin escucharla.

—Y para que alguien se sienta superior a otro, le basta con verse mejor. ¿No es triste pensar que este sería un mundo más auténtico si no pudiéramos valernos de los ojos para ver la realidad?

—Eso lo dices tú, porque en el país de los ciegos serías Miss Universo. Pero no te engañes, tía Lui: la celulitis también se puede tocar.

—¡Basta con tus ataques, Irina! —se ofuscó Augusto—. Luisina es una mujer espectacular y con un cuerpo increíble. Y, lo que es mejor, a diferencia de otras, no hay que rogarle a Dios por una sordera oportuna para poder estar a su lado.

Ambas mujeres lo miraron sorprendidas. Pero mientras en los ojos de su

hijastra se leía una furibunda indignación, en los de su cuñada asomaba una modestia deliciosa, que de inmediato cautivó a Augusto.

—¡Me voy! —anunció Irina de mal modo, haciendo una salida teatral.

—Yo también tengo que dormir —dijo Lui mientras se ponía de pie—. No te olvides, Augusto, que mañana tengo la famosa audiencia con Bautista.

—El doctor Prieto te va a acompañar.

—Pensé que tú...

—No. Prefiero que de la mediación se encargue mi socio. Mi presencia allí sólo serviría para exasperar a tu ex, y estamos buscando todo lo contrario.

—Como tú digas. ¡Hasta mañana!

Luisina intentó retirarse, pero su cuñado la retuvo. Y fue extraño, porque por algún motivo esa mano le quemaba la piel.

—Luisina, yo...

—¡Gushi! Hay una araña horrible en mi cuarto.

—No mientas, Irina. Acabas de irte. Es imposible que ya hayas entrado a tu habitación.

—Estaba allí esta mañana. ¿Vienes?

Augusto resopló. Soltó a Lui para encaminarse hacia los dormitorios. Irina comenzó a seguirlo, sumisa, pero antes de abandonar el comedor se dio vuelta, para dedicarle a su tía una sonrisa triunfante.

¡Sí!, esa chiquilla era muy brava.

* * *

Luisina contempló las curvas de su nueva figura en el espejo, apenas insinuadas por la transparencia del camisón de raso blanco que acababa de estrenar. Amanda lo había seleccionado, junto con el resto de su ropa, y más parecía digno de una recién casada que de una vieja de treinta y ocho, a punto de divorciarse.

Dio un giro y se volvió a mirar.

Tenía que reconocer que su cuerpo se veía bastante aceptable. No espectacular, como había dicho su cuñado por pura gentileza o para lastimar a Irina, pero sí bastante bien.

Aquella noche necesitaba levantar su autoestima. Primero, porque al día

siguiente iba a tener esa audiencia tan temida, un paso previo al infierno. Pero después, porque era siete de agosto, ¡qué tanto!, y se quería sentir mejor que nunca.

Cepilló su cabello hasta lograr que retomara ese brillo encantador adquirido a fuerza de reflejos y dinero. Luego fue hasta la cama y se recostó, lista para cerrar los ojos y descansar. Al menos eso, ya que pensar en dormir era sólo un sueño imposible. Estaba demasiado excitada. Todavía le quemaba la proximidad de Augusto en la piscina. Pero también su cabeza ardía, sobre todo al saber que Bautista iba a estar allí, justo un siete de agosto. ¿Sería casual la elección de la fecha, o sólo una burla del destino, que se empeñaba en lastimarla? No, de seguro Bau la había elegido adrede.

Unos golpes secos en la puerta la obligaron a abrir los ojos. Su corazón comenzó a latir, desbocado. ¡No! No era imaginación suya. Aquellas no sólo habían sido las gentilezas de un amigo agradecido. Ese debía ser Augusto, que venía en busca de su recompensa.

¿Qué la había impulsado a creer que un Stuar podía ser buena gente?

Pues podía pasarse toda la noche golpeando. No pensaba abrir.

Pero unos golpes aún más impertinentes la pusieron a temblar.

Parecía decidido. Y ni la cercanía de su hijastra iba a detenerlo.

Esta vez fueron tres golpes dados con furia. Como cuando Bautista llamaba a la puerta.

Y quizás porque aquel recuerdo turbio empañó su memoria, Luisina, lejos de responder con cara de culpable como lo hacía cuando se trataba de su marido, se puso de pie de un salto, y abrió la puerta con rabia.

—¿Se puede saber qué quieres a esta hora?!

Del otro lado Irina paseó su mirada por el cuerpo semidesnudo de su tía.

—Creí que te habías ido de visita. Pero a juzgar por lo que llevas puesto es evidente que la fiesta es aquí.

—Sólo me puse un camisón.

—Pues luces mejor que en la cena. No pensabas dormir sola, ¿verdad, tía Lui? A mí no me engañas.

—Mira, Irina... No soy tu tía, y jamás me llamaste así en las dos veces que te vi de niña. Tampoco te escuché entonces referirte a Augusto como Gushi. ¿A qué viene esta regresión? Si quieres resolver tu complejo de Edipo busca ayuda médica. Yo mañana tengo que madrugar.

—¿Qué mierda viniste a hacer aquí, Luisina?

—Vine a dormir, que es justo lo que tú deberías estar haciendo.

—No te hagas la tonta. Me refiero a esta casa. ¿Te cansaste de un hermano y ahora vas por el otro?

—No pienso discutir mi vida amorosa contigo.

—No lo niegas entonces.

—Vete, Irina. A diferencia de ti, yo tengo una vida y no puedo darme el lujo de permanecer en la cama hasta cualquier hora.

—¿En la cama de quién?

—De quien se me dé la regalada gana, que para eso estoy mayorcita. Tú, en cambio, pretendes meterte a la fuerza en la cama de quien no te invitó.

Irina la fulminó con la mirada.

—¿Quién te dijo que no lo hizo?

¡Aquella muchacha era imposible!

—De ser así, hoy ya estarías aburrída. Sé que el entusiasmo por lo que consigues te dura poco... Ahora vete.

La muchachita se quedó quieta.

—¿Quién te dice que no acepté, Luisina?

Ya no sonaba desafiante, sino que había un dejo de desesperación en su tono, que hizo dudar a Lui. Pero fue apenas unos segundos.

Después de todo la chiquilla era la reina de las manipuladoras. Así que ni se molestó en responderle. Sólo la empujó hasta la salida, cuidando bien de cerrar la puerta en cuanto su visita estuvo del otro lado.

¡Ahora sí que no iba a poder dormir!

Se observó en el espejo y luego miró la hora. Ya faltaba poco para el siete de agosto, y por fortuna lucía espléndida. ¡Hasta la misma Irina había tenido que reconocerlo!

De nuevo esos estúpidos golpecitos en la puerta. Pero al menos ahora eran leves. Al parecer su nueva sobrina se había calmado un poco.

Pero ella no.

Respondió hecha una furia.

—Ya te dije, Irina, que...

Se quedó muda. Del otro lado de la puerta Augusto la miraba, sorprendido.

—¿Irina estuvo aquí?

—¿No escuchaste la pelea? Estas paredes deben ser más gruesas de lo que parecen.

—No estaba en mi habitación. Salí a dar una vuelta por el parque.

—¿Con esta temperatura? Deben hacer menos de diez grados.

—Necesitaba enfriarme un poco. ¿Qué vino a hacer Irina aquí?

—Ya no importa. Pero a esa niña le han faltado un par de correctivos.
¿Qué necesitas tú?

—Yo... eh... Bueno, en realidad... ¿Irina estuvo aquí?

—Hasta hace un rato. Y si no te molesta, quisiera dormir un poco. Mañana me espera un día demasiado largo.

—Sí, claro... Nos vemos mañana. ¿Cuál era la dirección del mediador?

Lusina fue hasta su bolso para buscarla. Pero mientras se agachaba tuvo la certeza de que su cuñado la estaba observando con deseo.

Y era una sensación muy agradable.

—Es en Villa Urquiza. Triunvirato y Olazábal. Pero yo voy con el doctor Prieto, ¿no?

—Sí. Sólo quería saber... Te queda muy bien ese camisón.

—Lo estoy estrenando. Y por cierto, no se supone que nadie más lo vea.
¡Adiós, Augusto!

—Nos vemos mañana —contestó él, mientras se extendía para saludarla.

Lusina lo esquivó en el momento justo, así que el beso quedó a medio camino entre su mejilla y su boca, flotando en el aire.

Una vez sola, volvió a acostarse.

Sí, una sensación muy agradable...

* * *

Un nuevo siete de agosto. De seguro Bautista había elegido la fecha adrede. ¿Qué mejor forma de predisponerla a su favor?

—Bueno, llegó el día... ¿Vamos?

—Ya casi estoy lista, Augusto.

—¡Guau! Se te ve hermosa... ¡Y con falda! Creo que es la primera vez que te veo con una.

—¿Te parece demasiado corta?

—¡Espléndida!

Todo lo que tenía puesto era de estreno: una minifalda tableada y una blusita sin mangas, ambas de seda rasada negra; zapatos de tacones altísimos, (¡sólo a Amanda se le podía ocurrir caminar sobre algo así!), y unas medias transparentes y con liga, también oscuras.

—¿Vuelves de una fiesta, tía Lui?

—Voy a una.

Sí, quizás estaba demasiado brillante para las seis de la tarde, pero ese día necesitaba sentirse espléndida, y en su guardarropa no tenía tanto para elegir.

—¿Quieres mostrarle al tonto de mi hermano lo que se está perdiendo, o intentas reconquistarlo?

—¿Tan provocativa te parece mi ropa?

Augusto la miró con desesperación.

—No. Se te ve... ¿No piensas volver con Bautista, no?

—¿Y qué hay si lo hiciera, Gushi? El matrimonio es para toda la vida, ¿verdad, tía Lui?

—Si me veo tan exagerada será mejor que me cambie.

—No, estás perfecta. Sólo es que...

—¿Qué?

—¿No tendrás frío?

—Además del tapado de paño rojo, llevo un saquito.

—¿Estás segura de que te va a alcanzar? Siempre te quejas del frío.

¡Por supuesto que no le iba a alcanzar! Planeaba comenzar a tiritar ni bien pusiera un pie en la acera. Pero no se moriría por un poco de frío. En cambio, si en medio de la entrevista se llegaba a poner colorada, como era su costumbre, terminaría suicidándose. Odiaba que su piel se transformara en sensor de sus emociones. No quería darle el gusto a su ex de verla desesperada.

Sí, después de todo era siete de agosto. Iba a lucir espléndida, y Bautista no podría menos que admirarla. ¿O no?

* * *

—¿Qué te pusiste? ¿Se murió alguien y no me avisaron? Te ves ridícula así.

—Gracias, Bau. Es que luego de esto tengo una fiesta. Como hoy es siete... —agregó, en tono sensual.

Pero su ex nunca había sido sensible a ese tipo de sutilezas.

—Siete de agosto, Bau... ¿No quieres decirme nada?

—¡Claro que quiero hacerlo! Pero tú nunca me escuchas. ¡Como si le hablara al aire! Fui apresado injustamente, unos vándalos se apropiaron de mi casa, casi pierdo mi trabajo, ¡pero a ti no te conmueve nada! ¿Cuándo me vas a escuchar, Lui?... Gastas mi dinero en esa ropa lujosa, ¡mira qué facha tienes!

Y entonces, como siempre que la dañaban, Lusina sintió esa extraña necesidad de mentir. De ser alguien más. De fingir una seguridad que en la vida real le faltaba.

Trató de recordar la mirada de Augusto recorriendo su desnudez la noche anterior. Esa deliciosa sensación de ser bella y admirada. La misma que había sentido al notar la reacción del doctor Prieto al ayudarla a quitarse el abrigo. Incluso la del abogado de Bau, y hasta el mediador. ¡Sí!, ella también era capaz de seducir. ¿Acaso el estúpido de su marido era el único en esa sala que no se daba cuenta?

Se abrió un botón más de la blusa y se acercó a su ex con discreción.

—¿De verdad no me notas nada raro, Bau? Mírame bien.

—No. ¿Qué quieres que vea? ¿La forma desvergonzada en que gastas mi dinero en lujos?

—No. Sólo te preguntaba para sacarme una duda, porque tu abogado puso una cara al verme que... ¡Déjalo!

—No te entiendo. ¿Qué cara puso mi abogado?

Y entonces ella se inclinó, y en tono juguetón le susurró al oído —Es que no llevo ropa interior, y por la forma en que él miraba mi falda pensé que lo había notado.

Luego se separó, tomó la distancia justa, y dándose la vuelta con picardía, agregó —Pero no se nota para nada, ¿no?

Caminó con sensualidad a lo largo de la sala para sentarse al lado del doctor Prieto. De inmediato le susurró algo, entre risas.

¡Sí! Del otro lado de la mesa Bautista la contemplaba como un cachorro baboso, atento a cada uno de sus movimientos.

Augusto tenía razón: no era tanta la falta de deseo de su ex, como su necesidad morbosa de que ella no se sintiera una mujer deseada.

La audiencia comenzó sin contratiempos. El mediador explicó los términos del encuentro e hizo una breve lectura de los bienes gananciales sujetos a reparto. Bautista protestó varias veces por la no inclusión del departamento de la calle Céspedes, por lo que el mediador tuvo que explicarle una y otra vez que, por tratarse de un bien inscripto a nombre de Lui cuando era soltera, y habiéndose terminado de pagar mucho antes de que él obtuviera un trabajo, no

podía aducir derecho alguno sobre la propiedad.

—¡El departamento de Villa Urquiza no vale ni remotamente doscientos mil dólares! —se quejó luego.

—¿Cuál cree que es su valor real?

—Yo diría que cincuenta y cinco mil con toda la furia.

—¡Se lo compro en este mismo acto! —se entusiasmó Prieto.

—Muy gracioso, doctor.

—No. Quiero dejar constancia ante el mediador de mi oferta en firme por todos los bienes del listado, al valor que allí figuran, y que es muy inferior al de mercado.

—No vine aquí a hacer negocios, su señoría —se quejó Bautista.

—No soy juez, ingeniero. Sólo estoy aquí para mediar y ayudarlos a alcanzar un acuerdo. Todos queremos regresar temprano a casa, así que no vale la pena regatear. Es obvio que lo que dice el doctor Prieto es cierto. Conozco los precios de plaza, y por peores condiciones en que se encuentren estos bienes, los valores del listado están reducidos a su mínima expresión.

—Mi cliente, la señora Ramos, me instruyó para que tasara todo al valor más bajo, para así liberarse de este asunto sin discusiones. La repartición es altamente ventajosa para el ingeniero Stuar: a cambio de quedarse con todos los bienes deberá hacerse cargo de una deuda cercana a los cincuenta mil dólares, pagadera en pesos y cuotas iguales, por los próximos cuatro años, y que se está descontando de su tarjeta de crédito.

—¡Eso es injusto! ¡Yo no tengo el dinero para pagar semejante deuda!

El mediador lo observó, incrédulo.

—¿Le están cediendo más de trescientos mil dólares en bienes, a cambio de cincuenta, pagaderos en cuotas, y usted se queja? ¡Increíble! Nunca antes presencié una oferta tan generosa de una de las dos partes. ¡Tendría que dar gracias al Cielo!

—¿Por mi dinero?! Fui yo el que se deslomó para obtener esas cosas.

—Disculpe, ingeniero Stuar. ¿Es cierto o no que pudo acabar la carrera gracias a que su esposa lo mantenía?

—Sólo fueron dos años. Luego conseguí trabajo, y entonces ella enseguida aprovechó para renunciar al suyo.

—¿Es cierto o no que fue usted el que le exigió que abandonara su carrera como periodista?

—Pero fue sólo porque su jefe... ¡El tipo pretendía llevársela al exterior!

—Y cuando le ofrecieron un puesto en otro periódico, ¿es cierto o no que

usted se negó terminantemente a que lo aceptara?

—El lugar de una mujer casada es su casa.

—También el de un hombre casado —objetó el mediador—, pero eso no les impide salir de tanto en tanto a trabajar.

—No la haga ver como una víctima. A ella le encantaba su lugar. Nunca le hice faltar nada. ¡Vivía como una reina!

—¿Alguna vez contaron con personal doméstico, cocinera, o ama de llaves?

—¡Para eso estaba ella!

—¿Y usted la ayudaba con las tareas de la casa?

—Yo trabajaba todo el día.

—Es evidente que no conocemos la misma clase de reinas, ingeniero Stuar.

—¡Pregúntele si le faltaba algo! Tenía microondas, aspiradora...

El doctor Prieto lo interrumpió.

—Lo cual me recuerda esta otra lista con los regalos de cumpleaños y aniversario que recibió cada uno de los cónyuges. ¿Es cierto que el microondas fue un regalo para la señora Ramos en su cumpleaños número veintiocho, y luego en el número treinta y tres?

—Esos aparatos no duran nada.

—¿Y que le regaló un refrigerador al cumplir treinta?

—¡Me salió carísimo!

—Y una plancha para los veintinueve, una aspiradora para los treinta y cinco, un lavarropas para los treinta y dos, y una secadora para los treinta y cuatro.

—Siempre me gustó que tuviera de todo.

—¿Dónde están ahora esos electrodomésticos?

—¿Dónde van a estar? ¡En mi casa!

—Aún a pesar de que usted reconoce que se los regaló a su exmujer.

—Sí, pero ella se compró otros nuevos. ¡Con mi dinero!

—Sí, pero usted disfrutó gratuitamente de los que eran de ella durante años.

—¡Qué clase de razonamiento es ese!

—Nótese que durante esos mismos años el ingeniero Stuar recibió siempre regalos costosos para su exclusivo uso personal, como palos de golf, clases de tiro, ordenadores personales...

—¡Que ella compraba con mi dinero!

—No. Con el dinero de la sociedad conyugal. El mismo que usted usaba para comprar los regalos de ella, y que siempre servían para uso común.

—¡Esto es inaudito! Ella se pone una minifalda, y todos ustedes, incluso mi abogado, se disponen a ajusticiarme.

—No, ingeniero Stuar. Estoy aquí para mediar entre los intereses de las partes. Pero esta vez creo que mi obligación es la de defenderlo a usted de usted mismo. Esta es una instancia previa a la judicial. Y cualquier juez, con estos antecedentes, y visto que fue usted quien incurrió en manifiesta infidelidad, lo destrozaría en el reparto. Tiene que dar gracias al Cielo de tener una esposa como la señora, tan generosa como bella.

—¡Claro! Me condenan por mi infidelidad. ¡Pero no fui el único! ¡También ella se andaba besando con mis amigos!

—Considerando la forma en que la trataba, es afortunado de que la señora haya permanecido a su lado diez años completos. Mi mujer me hubiera degollado por muchísimo menos.

—¡Y la mía! —secundó el propio abogado de Bautista.

Su cliente lo miró con mala cara.

¡Sí!, esos tipos se habían complotado en su contra.

—¡Claro! Ella viene sin ropa interior, menea un poco el culo, y...

Bautista no continuó. Sus palabras tuvieron el efecto contrario al buscado. Ahora todos los hombres de la sala paseaban una mirada impertinente por la figura de su esposa.

“Su” esposa.

¡Babosos!

* * *

Luisina subió al auto de Augusto hecha una tromba. Y aún a pesar de que la temperatura a esa hora no debía superar los diez grados centígrados, y de que ella llevaba su coqueto tapado en la mano, estaba tan roja como la tela de su abrigo.

—¿Tú tenías una petaca por aquí, no?

—Sí, en la guantera. Pero el contenido ya debe estar rancio. Hace mil años que no la uso.

A ella no le importó su advertencia. Por el contrario, buscó el delicado envase de pura plata y lo bebió de un trago, como si se tratara de agua.

—¡Eso es vodka! ¡No puedes tomarlo así!

Luisina, poco acostumbrada al alcohol, comenzó a escupir con ganas.

—¡Te lo dije! ¿Tan mal te fue en la mediación? ¿No conseguiste lo que querías?

—¡Todo! Incluso antes de firmar el acuerdo el mediador me advirtió que yo merecía mucho más, y que podía obtenerlo fácilmente.

—¿Entonces?

—¡Fue horrible! ¿Crees que, después de diez años, el idiota de tu hermano no se acordó de que hoy era siete de agosto? ¡Y yo que creí que había elegido esa fecha adrede!

—¿Siete de agosto? ¿Por qué es tan importante este día?

—¿No te suena?

—Sí, es San Cayetano.

—¿Cómo sabes eso?

—Hay gente acampando frente al santuario desde abril. Pero, ¿qué tiene que ver eso?

—Yo nací un siete de agosto.

—¡¿Es tu cumpleaños?!

—Hoy cumplo treinta y ocho. ¡Y el muy estúpido ni se acordó!

—Así que cumples el día de San Cayetano... ¡Espera! La “C” en tu nombre... ¿No te llamarás...?

Luisina se enojó.

—¡Si se lo dices a alguien te mato!

—Luisina Cayetana Ramos. ¡Te lo tenías bien guardadito!

—¿Cómo te imaginas a una Cayetana? Buena, simple, un tanto dejada, ¡y muy estúpida! Así es como me ve él a mí.

—A mí me gusta el nombre Cayetana. Y me la imagino inteligente, como tú. Pero te llames como te llames, Bautista no piensa hacer nada para que te sientas bien contigo misma. No es que no sepa todo lo que vales, sino que...

—Hoy hice una locura.

—¿Cuál?

—Estaba tan furiosa porque no había recordado mi cumpleaños, que para vengarme de Bautista le dije que no llevaba ropa interior.

Como si se tratara de un reflejo condicionado también los ojos de Augusto se pasearon por su escote.

—¿Y eso es cierto? —preguntó, tratando de no babearse.

—¡Claro que no! Casi ni para bañarme me la quito. No soy ese tipo de mujer sexy. Pero él lo creyó. ¡Y bien que se puso como loco! Sí, yo, la aburrida, Cayetana, le estaba taladrando el seso... Pero la verdad es que esa no era yo. Yo soy incapaz de andar sin sostén así tenga puesto encima una docena de sweaters. Soy aburrida, conservadora, simple. Soy Cayetana.

—Estoy seguro de que eso no es cierto. Sé que en tu interior existe una mujer a la que le gusta tomar riesgos y provocar. Por algo estudiaste periodismo. Sólo es cuestión de que no la asfixies y la dejes salir. Que te animes a romper reglas, a hacer locuras...

—Tengo casi cuarenta. Ese tren ya pasó para mí.

—Todavía estás a tiempo. ¿Por qué no comenzar ahora mismo?

—¿Quieres que grite o algo así?

—O podrías quitarte el sostén.

—Muy conveniente para ti.

—¿Por qué? No creo que yo note la diferencia. Tú, en cambio... Estoy seguro de que esa sensación de libertad te va a hacer enloquecer.

—¡Es una tontería!

—Que no le hace mal a nadie. Yo estoy conduciendo, así que prometo no mirar.

Luisina dudó. Era una completa tontería, pero... ¡Al diablo! Ya había cumplido treinta y ocho y era hora de ser un poco joven antes de volverse tan vieja.

—Creo que esto va a desilusionarte, Augusto, porque soy muy capaz de quitarme el sostén sin mostrar ni un milímetro de piel.

—Hazlo. Yo no miro.

—Mira si quieres. No verás nada.

Con habilidad desabrochó el gancho de la espalda. Luego, por el agujero de cada manga bajó los tirantes para deslizar los brazos por ellos. Por fin, y como si se tratara de un acto de magia, sacó por debajo de la blusa la hermosa prenda de encaje negro. Y como lo había predicho, todo sin necesidad de desabrochar un botón de su blusa, o mostrar un centímetro de piel.

—Eres una verdadera artista en la materia.

—Como toda friolenta tengo mis habilidades.

—Una prenda delicada, ¿puedo?

Luisina le entregó su sostén.

—Encaje negro. Suave. Hermoso.

—¿Qué haces?

—Lo guardo en mi bolsillo, para que no te arrepientas... ¿Y? ¿Te sientes distinta?

—No. Para nada. Ni un poco más libre o sensual.

—Quizás tengas que quitarte también la braga.

—¡Ni loca! Hasta aquí llegué.

—¡Cobarde! —replicó él con una sonrisa burlona.

Y sólo por no darle el gusto Luisina deslizó con discreción las manos por debajo de su falda, y sin que se le viera ni un milímetro de piel comenzó a bajarse la braga.

Cuando Augusto se dio cuenta de lo que ella había hecho la miró fascinado.

—¡No puedo creerlo!

—¿Quién es el cobarde ahora?

De nuevo él tomó la prenda de sus manos y la guardó en un bolsillo.

—¿Distinta?

—Apenas —mintió.

Recién entonces se dio cuenta de lo que había hecho, un poco empujada por el alcohol, pero mucho más por la frustración de tener un año más.

Algo comenzó a burbujear en su sexo.

Era extraño saber que estaba así, sin la protección que la seda daba a su intimidad. A merced del deseo de su cuñado.

Sí, era extraño, muy inquietante..., y delicioso.

—¿Por qué detienes el auto? ¿Adónde estamos?

—En la Recoleta. Te va a encantar este lugar. Tiene muy buena música.

—¡¿Estás loco?! ¡Ni muerta me bajo!

—¡Vamos! Hay que festejar tu cumpleaños.

—Deja que primero me...

Pero ya un jovencito solícito había abierto su puerta para ayudarla a bajar.

—Vas a pagar por esto, Augusto —le susurró al oído ni bien lo tuvo cerca.

Él la miró burlón, arrastrándola hacia el interior de aquel lugar tan espacioso como oscuro. Una vez adentro Luisina observó todo con curiosidad. Parecía una sala con varios sectores claramente diferenciados: una pista en donde las parejas bailaban música suave de los ochenta, un lugar retirado con cubículos, (espaciosos sillones enfrentados, y una mesa entre ellos), y un tercer sitio, con poltronas más parecidas a camas de dos plazas, donde la oscuridad reinante disimulaba los ardores de la pasión.

Luisina se puso tensa y él lo notó.

—Descuida, sólo te traje para bailar un poco y brindar por tu cumpleaños. Eso sí, aquí no permiten beber del pico, así que tendrás que contentarte con usar copas. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré —respondió ella tratando de parecer relajada.

—Su abrigo, señora.

—¿Qué?

—Su abrigo. Que puede darme su abrigo. Adentro hace mucho calor.

—O no, gracias. Prefiero quedármelo.

La muchacha miró a Lui, extrañada.

—Está bromeando —la justificó Augusto, mientras ayudaba a su compañera a quitarse el grueso tapado de lana roja. Más bien, la forzaba a hacerlo.

Entraron al lugar y ya Luisina preparaba su queja, cuando él enfiló directamente hacia las mesas.

Pidieron unas copas.

—¿Te sientes distinta?

—Me siento incómoda.

—Eso es porque estás demasiado preocupada por los demás, y poco atenta a tu cuerpo. ¡Vamos! Nadie puede notar que hay algo distinto en ti. Es un secreto que sólo tú sabes.

—Y tú.

—Olvídate de mí. Aunque sea porque es tu cumpleaños, permítete ser egoísta. Siente. Disfruta del roce de la seda, la libertad en los movimientos y en tu mente. Es sólo una cuestión psicológica: todos estamos desnudos en nuestro interior, pero siempre ponemos barreras para ocultarlo. Tú tienes demasiadas barreras. En tu cuerpo, en tu mente, con tus sentimientos... ¿Bailamos?

—¡Ni loca!

—¿No te gusta bailar?

—Me encanta, pero...

—Esta noche vamos a hacer sólo lo que te gusta.

Augusto se puso de pie. Y quizás por un juego extraño de luces, aunque se veía altísimo, lo sintió demasiado próximo.

La tomó entre sus brazos y ella no se resistió. Una vez en la pista dejó que ella buscara su ritmo, sin tocarla.

—¿Por qué estás tan tensa?

—¿Será porque tú tienes mi ropa interior en el bolsillo?

—Nadie lo sabe. Sólo tú y yo. No pienses. Relájate. Déjate llevar por la música y comienza a sentir.

Y sintió. ¡Cómo sintió!

Sintió las manos de él recorriendo su cintura. Sintió su compás. Se emborrachó con esa cercanía cada vez más inquietante, con ese calor que le hacía latir el sexo y le tensaba los pechos. Aquel roce delicioso la estaba enloqueciendo. El olor de él la mareaba.

Era como si, contenida entre sus brazos fuertes, al fin hubiera encontrado su lugar en el mundo.

Y comenzó a olvidarse de la gente que la rodeaba. Y de que estaba casi desnuda junto al hombre equivocado, el único que no tenía derecho a amar.

Se dejó llevar por el ritmo de las caricias de él, que comenzaron con inocencia por sus hombros, para recorrer después los confines más prohibidos de su anatomía: el contorno de sus nalgas, la punta de sus pezones.

Ya no podía pensar. El calor de la música la emborrachaba.

No pudo precisar cuándo comenzó a besarla. Sólo recordaba que fue en el momento justo, cuando el deseo se encendía a lo largo de su cuerpo como un reguero de pólvora. Y por primera vez se olvidó de preocuparse por si estaba haciendo lo correcto. Si era esa la forma de mover la lengua o abrir la boca. Sólo sentía que mil placeres se apoderaban de ella, devorando con voracidad aquel manjar largamente añorado.

No recordaba haber estado tan excitada en su vida. Una hora, dos, quince minutos... ¡El tiempo justo, imposible de precisar!

Augusto tomó distancia.

—Mejor vamos a sentarnos y comer algo.

Ella lo obedeció, pero sólo porque ya no podía pensar.

Recién cuando su falda rozó el cuero del sillón pudo darse cuenta de lo mojada que estaba.

Esta vez Augusto se sentó a su lado. De inmediato llegó el camarero y le entregó un menú. Lui lo tomó sólo por ocultar su turbación, mientras el hombre aguardaba atento.

Y entonces, mientras simulaba concentrarse, sintió la mano de él, de Augusto, acariciando su pierna por debajo de la mesa. Aventurándose más allá.

Avergonzada, observó al camarero, y luego le lanzó a su cuñado una mirada suplicante.

Pero Augusto no se apiadó. Poco a poco comenzó a conquistar aquel territorio prohibido, adueñándose de su intimidad, pero a la vez de su deseo. Acariciándola de una forma en que hombre alguno lo había hecho. Despertando sus ansias, loco de pasión, pero a la vez con la generosidad suficiente como para escuchar la cadencia de ella.

Luisina sintió que sus mejillas estallaban.

—Una gaseosa, por favor —suplicó sólo por alejar cuanto antes al hombre.

Y cuando él se fue, justo antes de que pudiera quejarse, Augusto comenzó a besarla, mientras se apretaba contra el cuerpo tembloroso de ella hasta hacerla enloquecer.

—¿De verdad quieres esa gaseosa? —preguntó él sin ocultar su descontrol.

—No.

Augusto arrojó unos billetes sobre la mesa y la ayudó a ponerse de pie. Recorrieron la sala en penumbras, pero al llegar a un lugar apartado, un recoveco entre los baños y el vestuario, él la empujó contra la pared, la cubrió con su cuerpo, y comenzó a devorarla con cada uno de sus besos.

Ella no estaba menos hambrienta de su hombría. El deseo que acallara durante décadas había llegado hasta allí para dominarla. Sintió que él bajaba el cierre de su pantalón, y lejos de reprochárselo, lo ayudó, desesperada.

Cuando él la hizo suya, Luisina no pudo acallar un grito de placer. Y luego se dejó dominar por aquel éxtasis salvaje que le producía cada uno de los movimientos de ese macho en celo. Un vaivén justo, un frenesí encantador que le recorría todo el cuerpo hasta estallar en su garganta.

Luego de que todo terminara, él ya se disponía a empezar otra vez, cuando unos pasos lejanos los obligaron a recomponerse.

Salieron de aquel lugar en silencio, porque estaban todavía demasiado excitados para hablar. Recorrieron la ciudad desierta por unos diez minutos, pero al llegar a la zona de los bosques, en Palermo, Augusto detuvo el auto y comenzó a poseerla otra vez. Y de nuevo ella se dejó encantar por aquel deseo olvidado, moviéndose al compás del cuerpo de su hombre.

Luego de saciarse, aquel amante perfecto condujo hasta la casa, todavía en silencio.

—Quiero despertar contigo, Luisina —le dijo al llegar—. Quiero sentirte a mi lado esta noche... Por favor. Sube ahora y espérame. Tocaré a tu puerta en media hora, para que Irina no sospeche nada.

Lui no encontró fuerzas ni ganas para negarse. Sólo se bajó del auto, tambaleante, y subió de dos en dos los escalones que llevaban a los dormitorios. Pero al llegar allí, todavía borracha de deseo, tropezó con una sombra.

Sí, esa noche estaba lejos de terminar.

* * *

Llevaba más de tres horas aguardando.

Esa maldita parodia judicial había terminado a las diez de la noche, y ya era la una de la madrugada.

—No está viviendo más aquí.

Bautista se dio la vuelta, sorprendido.

—¿Cómo dijiste?

La vecina del séptimo piso que volvía de pasear a su perro lo observó con sorna.

—Que ya no vive más aquí. Se mudó hace unos días.

—¿Dejó el departamento?

—No creo. De tanto en tanto viene a buscar algo de ropa.

—¿Tienes idea adónde se fue?

—No lo sé con seguridad. Pero yo que tú ni perdería el tiempo. El moreno hermoso gusta de ella. Lo sé por la forma en que la mira. Y cuando un hombre así se interesa en una, no hay manera de negarse.

—¿Moreno hermoso? ¿No sabes si se llama Pedro Pérez?

—No, ya te dije que no sé su nombre. Aunque creo que la escuché decirle Augusto, ¿puede ser? ¡Sí!, Augusto.

* * *

Por primera vez Lui se apiadó al ver el rostro demudado de Irina.

—¿Estás bien? —preguntó, auténticamente preocupada.

—Lo hicieron, ¿no es cierto?... Sí, tienes ese tipo de sonrisa que sólo un hombre como Augusto puede dibujar en el rostro de una mujer.

Luisina tomó distancia.

—Ya te dije que no pienso discutir mi vida amorosa contigo. Me voy a dormir.

—¿Sabes por qué se fue mamá de esta casa, Lui?

—No es la hora, ni el momento.

Irina no la escuchó. Y era tanta su conmoción, que Lui no tuvo el valor de detenerla.

—Fue el verano pasado. ¡No!, el anterior... ¡El tiempo pasa demasiado rápido!... Yo estaba junto a una amiga, en la piscina. Y entonces llegó Augusto. Mi amiga comenzó a hablar, tú sabes, a decir tonterías, y yo... ¡Se veía tan lindo! Tan varonil... Entonces esperé a que mi amiga se fuera y me arrojé sobre él. Traté de provocarlo de todas las maneras que me dictaba mi inocencia, pero él se mantuvo firme. Como un caballero. Para cuando regresó mamá a casa, mi orgullo herido ya me había hecho olvidar toda esa locura. Confiaba en Augusto, incluso más que antes. Creía ciegamente en que nunca me iba a dañar... A los dos meses mamá decidió que estaba demasiado estresada y se fue a pasar una semana al Spa de Colonia del Sacramento, en Uruguay. Como siempre que eso ocurría, Augusto se comportó como el más gentil de los padrastros. Así que no dudé ni por un minuto en pedirle que me fuera a buscar con el auto a casa de una amiga. Quizás yo había tomado un poco de más, no lo sé, pero comenzamos a jugar. Tú sabes, a decir tonterías. Y de repente, no me preguntes cómo, Augusto tenía mi ropa interior en su bolsillo.

Luisina, que hasta entonces la había escuchado por pura cortesía, se inquietó.

—Después me llevó a un lugar en Recoleta. No era nada malo. Sólo esos sitios para viejos, donde la música es lenta. Comenzamos a bailar, y... No puedo olvidar la forma en que él me tocaba. Yo era virgen y no estaba acostumbrada a ese tipo de caricias. Luego nos sentamos, y mientras me besaba no dejaba de acariciarme por debajo de la mesa... Y aunque era mi primera vez, ni siquiera esperó a llegar a un lugar privado para tomarme. Me hizo el amor allí, cerca del baño, con un olor inmundado saliendo de las alcantarillas... Yo confiaba en él, Lui... Te mentiría si te dijera que no me sentía feliz. Creí que ese era el principio de una historia romántica entre él y yo. ¡Qué ingenua!... Volvió a hacerme el amor camino a casa. Pero al llegar

aquí, mamá nos estaba esperando. Quizás tuvo un mal presentimiento, o sólo se aburrió del Spa, pero me estaba aguardando, justo aquí, adonde yo estoy ahora. Y de inmediato lo supo. Porque mamá es así, y conoce mucho a Augusto. Así que, sin decir palabra ni pegar un grito, al día siguiente recogió todas sus cosas y me arrastró a casa de mis abuelos... Al principio me enloquecí. Pensé, como una tonta, que ella me estaba alejando de mi gran amor. ¡Qué idiota! Luego de un tiempo supe que yo no era la única, ni siquiera la primera que él llevaba a aquel lugar de Recoleta... Ese era el precio que mamá había pagado durante años por enamorarse de un hombre tan joven, pero el que abusara de mí fue la gota que derramó el vaso.

Luisina sintió un sabor salado en la boca, y recién luego de unos segundos se dio cuenta de que estaba llorando.

Sin decir palabra, (no porque no quisiera sino simplemente porque no podía), se metió en su cuarto.

¿Por qué se sentía así? Su caso era muy distinto al de Irina. Lo suyo había sido sólo una noche de sexo entre dos adultos libres y responsables.

Entonces... ¿por qué se sentía abusada?

¿Acaso había creído que alguien como su cuñado podía interesarse en ella para algo más que sexo?

Sin palabras, sin promesas. Nadie estaba engañando a nadie. Los dos habían disfrutado por igual.

Entonces... ¿por qué se sentía tan estafada?

De repente la humedad que recorría sus piernas la hacía sentir sucia. De haber podido, no hubiera dudado ni un minuto en arrancarse la piel. En sacarse del cuerpo ese olor a hombre que tanto había disfrutado horas antes. ¡Tonta! ¿Cómo pudo confiar en un Stuar?

Sentía que la ropa se le pegaba a la piel, pero no había tiempo para baños. Quería salir de allí cuanto antes. Quería volver a su casa. A su vida solitaria, pero segura.

Puso todo en un gran bolso, sin acomodarlo, y ya casi estaba en la puerta cuando algo la forzó a regresar.

Tomó el teléfono y buscó en la lista de contactos.

—¿Andrea? Soy Luisina, la esposa de Bautista... ¡No! ¡Escúchame tú! — le ordenó—. Irina está sola en casa de Augusto. Tienes que venir a buscarla ya mismo. Llegó la hora de que, por primera vez en la vida, te hagas cargo de tu hija.

Colgó el teléfono y corrió hasta la calle.

Quería salir de allí cuanto antes.

Necesitaba olvidar cuanto antes esa noche en que había sido tan feliz.

* * *

Bautista acarició su arma y volvió a acelerar.

¡Ya iba a ver ese idiota de Augusto!

Pensaba vengarse de él por todo lo que le había hecho en la vida, por todo ese dinero que siempre le echaba en cara, por sus aires de profesional exitoso, y, lo peor de todo, por haber secuestrado a su mujer para lavarle el cerebro en su contra.

¡Y mejor que no le hubiera puesto un dedo encima!

Frenó en el semáforo, pero se cansó rápido, así que volvió a acelerar, distraído. ¿Cuál era la maldita casa? Miró de nuevo hacia el camino, sólo para descubrir con horror que estaba enfilando directamente hacia una mujer que cruzaba la calle. Clavó el pie en el freno y cerró los ojos. El ruido de los neumáticos sobre el pavimento lo despertó.

—¿Quieres suicidarte, estúpida?!

—¿Bautista? ¿Eres tú?

—¡Luisina! ¿Qué estabas haciendo en la calle a esta hora? ¿Te encuentras bien? ¿Te lastimé?

—¡Por poco! ¡Lo último que me faltaba!: ser arrollada por un estúpido. ¿Nadie te dijo que no se puede acelerar de esa forma en una zona residencial?

—¿Adónde ibas?

Su exmujer se subió al auto sin responderle.

—Llévame a casa —le ordenó una vez adentro.

Bautista se conmovió.

—¡Sabía que lo de esta tarde era sólo una pose! Me parecía imposible que hubieras olvidado tan rápidamente lo nuestro... Ya verás, ¡esta vez vamos a ser muy felices!

—No, Bautista. A “mí” casa. A Céspedes. Es lo menos que puedes hacer luego de tirarme el auto encima.

Bautista encendió el motor. Esta nueva Luisina, segura y orgullosa, parecía atraerlo aún más que la otra. Era, sin duda, mucho más sensual. Desde la tarde

que se estaba haciendo la cabeza con ese asuntito de la ropa interior. ¿Le habría mentido? La vieja Lui ni siquiera se desvestía con él delante. Pero aquella mujer poderosa que tenía a su lado, con ese perfume fino que lo estaba enloqueciendo, parecía dispuesta a todo.

¿Estaría usando bragas?

Por más que intentaba concentrarse en el camino no podía dejar de imaginarse a sí mismo levantando aquella faldita encantadora.

¿Se dejaría ella?

Aunque fuera uno, por los viejos tiempos.

Bautista se apoyó en el freno de mano que estaba entre las dos butacas. Sus dedos casi podían tocarla. Sólo era cuestión de estirarse un poco y...

Como si pudiera adivinar las malas intenciones de su ex, Lui tomó distancia, todavía en silencio. Con la vista perdida en el vacío, como si se tratara de un taxi, y el conductor, un extraño. Pero no por nada ese conductor en particular había compartido con ella más de diez años de su vida: Bautista ya tenía decidido cobrar en “especies” la tarifa de ese viaje infernal. Claro que no iba a ser fácil. Pero él tenía sus técnicas.

—¿Qué mierda hacías en la casa de Augusto? No me estarás cagando con mi propio hermano, ¿no?

Para su satisfacción, Luisina lo miró con espanto.

¡Sí! Los celos siempre le habían funcionado a la hora de manejar a su esposa.

Esperó una respuesta, anticipando la próxima movida, como si se tratara de una partida de ajedrez. Pero por algún motivo su ex permaneció muda.

Tuvo que insistir.

—¿Vas a negar que Augusto te interesa?

—Vete a la mierda, Bau.

—¿Desde cuándo dices malas palabras?

—Desde que te metes en mi vida.

—¡Entonces no lo niegas! ¡Tienes una historia con mi propio hermano!

Luisina levantó la cabeza y lo miró.

—Sí —respondió con serenidad.

—¿“Sí”, qué?

—Que me acosté con Augusto.

Bautista tardó en procesar tan extraño mensaje. Pero luego sonrió.

—¡Y casi te lo creo! —exclamó aliviado.

Luisina volvió a girar la cara hacia la ventanilla.

Entre curva y curva Bautista la miraba de reojo. ¿Se habría acostado con alguien durante esos meses de separación?... ¡No! Por mucho que cambiara en su exterior, él la conocía lo suficiente como para saber que Lui no era de ese tipo. Además, ¿dónde iba a conseguir otro tan paciente como él? La pobrecita era pésima en la cama.

Giró hacia la derecha, pero lejos de volver a concentrarse en el camino se desvió por la pendiente del escote de ella, hasta la curva de su cintura. ¿Qué atajo lo llevaría más rápido a su sexo? ¡Y ni siquiera tenía puestas las bragas!

Detuvo el auto y literalmente se arrojó sobre esa mujer que aún consideraba propia. Pero ella, lejos de dejarlo hacer, como de costumbre, lo empujó a un lado con furia.

—¿Qué te ocurre, idiota?!

La reacción de su esposa lo descolocó. Pero luego de pasada la sorpresa inicial volvió a intentarlo con más fuerza. Y es que ya le era imposible detenerse: su sexo reclamaba y la cabeza estaba a punto de estallarle. Tenía que apropiarse con rapidez de esa carne que ya era suya por derecho propio.

CAPÍTULO XII

Bautista arremetió como un animal en celo, pero la respuesta de Lui no se hizo esperar: por primera vez se defendió con uñas y dientes de aquel idiota. Y aún estaban forcejeando cuando, sin querer, la muchacha pegó un codazo en la guantero. La puerta se abrió con un golpe seco, y un arma emergió de las sombras.

—¿Qué es esto?! —se enfureció esa mujer enérgica que poco se parecía a su vieja Lui.

Y tomando el revólver comenzó a agitarlo mientras lo reprendía.

—¿Qué mierda haces con esto?! ¿Otra vez, Bautista? ¿Será posible que no hayas aprendido nada?

—¡Claro que aprendí! Esta es segura, no como la otra. Esta de verdad no se puede rastrear. Me la consiguió el amigo de un amigo.

—¿Qué clase de amigo es ese?

—Un buen muchacho. Alguien que conocí en la cárcel.

—¿En la cárcel?! Ay, Bautista, eres más idiota de lo que recordaba.

—¿Qué haces?!

—¿Qué voy a hacer? Guardo el arma en mi bolso antes de que hagas una tontería. ¿O quieres que la tire en la calle, para ver si esta vez mata a alguno?

—¡No puedes sacármela! ¡La necesito!

—¿Para qué?... ¿Qué estabas haciendo con un revólver, cerca de la casa de Augusto?

—Iba a vengarme de él.

—¿Te has vuelto loco? Tal parece que extrañas la cárcel.

—No pensaba matarlo. Sólo lo quería asustar.

—¿Cómo pude pasar diez años de mi vida a tu lado? ¡Eres un idiota!

—¿Entonces no vamos a hacer el amor? —preguntó con cara de cachorro asustado.

—Llévame ya mismo a casa, Bautista. No veo las horas de darme una ducha. De lavarme la piel hasta que arda. De arrancarme esta maldita noche de la cabeza y el corazón. De olvidarme que la puta familia Stuar existe, y que yo estoy condenada a caer una y otra vez en sus trampas.

—¿No piensas devolverme el arma?

—¡Por supuesto que no!

—¿Y el sexo...?

Luisina ni se molestó en responder. Por desgracia tenía mucho que olvidar.

Pero... ¿podría hacerlo?

* * *

Cuarenta y cinco minutos. Tiempo más que suficiente.

Augusto subió la escalera que daba a los dormitorios tratando de hacer el menor ruido posible. Sin poder quitarse todavía esa estúpida sonrisa de la boca.

Una vez arriba dio unos golpecitos leves a la puerta de Lui y aguardó. Golpeó una vez más. Quizás se estaba bañando.

Lo último que necesitaba era llamar la atención de Irina, así que con mucha suavidad accionó la manija y entró. Tardó en habituarse a la luz, pero cuando lo hizo, advirtió que el cuarto estaba vacío. Y no sólo eso... Era como si alguien le hubiera arrebatado el alma a esa parte de su propia casa. Se sentó en la cama, dispuesto a aguardar. Pero no podía arrancarse del corazón un mal presentimiento.

Miró en la mesilla de noche. Estaba vacía. Se puso de pie con desesperación, y abrió un armario del vestidor. ¡Nada! Se abalanzó sobre el otro, y el otro, abriéndolos con amargura, como si ese vacío pudiera invadir su alma.

—Se fue, Gushi. Lui se fue. Pidió que no la llamaras. Lo que sea que le hayas hecho, es evidente que no le gustó. Y es que no todas las mujeres son tan agradecidas como yo, ¿no te parece?

—No entiendo. ¿Cómo que se fue? ¿Adónde?

—No tengo ni idea. Supongo que a su casa. O con Bautista.

Augusto la sacudió, hecho una furia.

—¿Qué le dijiste?!

—La verdad. Sólo la verdad. Yo no tengo nada que ocultar, ¿y tú?

Augusto la soltó, sólo por no matarla.

Intentó salir de ese cuarto que lo estaba ahogando, pero al llegar al umbral

descubrió algo que brillaba en el piso. “T4, Levotiroxina”, decía el envase. Era el remedio de Lui. Tomó la única pastilla y la guardó.

—No te molestes, Gushi. Por la cara de la tía, dudo que regrese.

Augusto la miró con desesperación.

—Tal parece que estamos solos —insistió ella.

Sí, demasiado solos.

* * *

—¡No puedo creerlo! ¿Eso fue una sonrisa, Lui? ¡Desde agosto que estás con cara de culo! Y ahora esa sonrisa. ¿Será por la primavera?

—Tú me haces reír de mala gana, Eni. ¡Dices cada cosa!

—¿Ya viste al abogado nuevo que contrató Romerito? ¡Es un bombón! Aunque un poco...

—¿Zaparra? —se adelantó Lui.

La otra la miró con cara de ofendida.

—No. A diferencia de “otras”, él se viste muy bien. Iba a decir que es un poco serio.

—Y muy casado. No te metas también con este, Eni. No repitamos la historia de Souto.

—¡Miren quién habla! ¡Como si yo no supiera lo que ocurre entre Romero y tú!

Las palabras de Eni la hicieron reflexionar. ¿Qué pasaba entre Romero y ella? ¡Nada! Absolutamente nada. De un día para otro su jefe había cesado con sus atenciones, y ya hacía un mes y medio que la trataba con una curiosa frialdad. ¿Tendría algo que ver “esa persona” con la nueva actitud de Romero?

—La otra noche me acosté con mi marido.

—¿Cómo?!

—No pongas esa cara de lela, Lui. Digo que la otra noche me acosté con mi ex... ¿Qué? ¿Acaso tengo que pedirte permiso para hacerlo?

Luisina se inquietó.

—¿Tus hijos estaban ahí?

—Sí.

—¿No tienes miedo de que eso los confunda?

Eni la observó extrañada. Y no estaba simulando. Aquel concepto de tratar a los niños como si fueran personas con sentimientos era algo curioso para ella.

—Mis hijos viven en su mundo —se apuró a justificarse—. Sólo piensan lo que la amargada de mi suegra les mete en la cabeza. Y si alguien está confundido en esta historia soy yo... ¿Nunca te pasó algo así?

—¡Por supuesto! Vivo confundida.

—¡No me refiero a eso!... Dime, ¿Bautista nunca intentó volver a meterse en tu cama?

—Todo el tiempo. Desde que firmamos el acuerdo de divorcio en agosto que, ya sea con una excusa o la otra, está más en mi casa que en la suya.

—¿Eso incluye tu cama?

—¡También! Dice que mi colchón lo ayuda a relajarse. Claro que lo usa cuando yo no estoy allí.

—¿No extrañas el sexo?

Por un segundo Luisina volvió a sentir el calor de la mano de Augusto adueñándose de su intimidad. La fiereza de su lengua, dispuesta a conquistar hasta el último reducto de su boca. Su...

—No, no lo extraño —respondió sólo por no seguir pensando.

—Pues yo sí. Todo el tiempo.

—¿Qué ocurre? ¿Tus amantes de fin de semana no te contentan?

—Desde que corté con Souto no volví a salir con nadie.

—¿De verdad?

—Creo que estoy embarazada.

Luisina se conmocionó.

—¿De Souto?!

—Es posible.

—¿Cómo que “es posible”?! ¿No te acostabas sólo con él?

—A veces.

—Ay, ay, ay... ¿Qué piensas hacer ahora?

—No tengo muchas opciones. Abortar, que hubiera sido lo más lógico, no puedo. Soy tan despistada, que me di cuenta del embarazo cuando ya era demasiado tarde.

—¿Le pedirás a Souto que se haga un ADN?

—No vale la pena. Odio depender, y él ya está demasiado complicado. El cambio de estudio jurídico le dejó un agujero en su presupuesto, así que, aunque rebusque, no voy a poder sacarle ni un centavo.

—¿Sólo te interesa el dinero?

—Los pañales no se pagan con buenas intenciones.

—¿Entonces?

—Mi ex estaría dispuesto a hacerse cargo, a cambio de que regrese a casa con los niños.

—¿Podría ser el padre?

—Todo es posible en la vida.

¡Claro que no! Por mucho que lo deseara Luisina era incapaz de hacer algo tan fácil como concebir un hijo. A Eni, en cambio, le brotaban como conejos.

¡Y después la gente creía en Dios!

Su terapeuta estaba en lo cierto: la vida que Lui había conquistado luego de Bautista se desarrollaba en forma despereja. Aún le faltaba despertar al mundo de los afectos. Tener alguien a quien amar: un hijo, un hombre... Le daba lo mismo.

—Quizás adopte un niño.

—¿Te volviste, Lui?! La maternidad es una mierda cuando se está sola. Búscate a un tipo primero.

—¿Y de dónde quieres que lo saque?

—¿Qué tal tu ex?

—¡Por favor! Cuando llega no veo las horas de que se vaya. Es sucio, desordenado, llorón... ¡Ni muerta!

—¿Y Romero?

—No parece interesado.

—Pero eso es sólo porque tu cuñado le llena la cabeza.

—¿Cómo?! ¿Cuándo estuvo aquí mi cuñado?

—¡Ese sí que no es ningún zaparra! Ayer, sin ir más lejos, ¡tendrías que haberlo visto! Llevaba puesto un...

Luisina la interrumpió.

—¿Augusto estuvo aquí?

—Antes venía siempre. Pero ahora sólo lo hace cuando tú no estás. Para mí que te está evitando. ¡Pobrecito! No debe querer que nadie sepa que un pariente suyo luce tan zaparra como tú. Sobre todo con lo bien que se viste él.

—¿Y qué vino a hacer?

—A eso iba... Ayer entré sin llamar al despacho de Romero, como hago siempre, y estaban hablando de ti.

Luisina se puso a temblar, como si otra vez se encontrara entre los brazos de Augusto, bailando al son de una música suave.

—¿Qué escuchaste?

—Bueno, en verdad nada, porque se callaron ni bien entré. Pero Romero me preguntó a qué hora regresabas, y recién después me pidió que les trajera dos cafés.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver el café conmigo?

—¡Es evidente! Querían saber si tenían tiempo de tomarlo antes de que volvieras aquí.

Sí, “esa persona” la estaba evitando. ¡Vaya novedad! ¿Por qué otra cosa no había vuelto a llamarla luego de...?

Luisina cerró los ojos e inspiró, tratando de pensar en otra cosa.

Luego volvió a abrirlos.

No, nada había cambiado. “Esa persona” continuaba allí, adueñándose de su memoria. Recordándole cada día lo tonta y fácil de engañar que era.

Cerró los ojos otra vez, inspirando lentamente, como le había enseñado su terapeuta.

—¿Tienes conjuntivitis que parpadeas tanto, Lui? Mira que yo no quiero contagiarme de nada.

—Sólo es una técnica de relajación.

—Para relajarte no tienes que cerrar los ojos, sino abrirlos, tonta. El mundo está lleno de tipos que pueden ser muy relajantes si los sabes dominar. Pero si insistes en andar por la vida parpadeando...

Eni tenía razón, así como su terapeuta, Amanda, ¡hasta la misma Candelaria! Sí, necesitaba abrir sus ojos un poco más. Quizás el hombre para ella no se encontraba muy lejos.

Incluso, podía estar demasiado próximo.

¿Por qué no lo reconocía entonces?

* * *

—Firme aquí, por favor.

—¡¿Otra vez?! Ya firmé para entrar al edificio, cuando me retuvo el documento... Mire, ahí está.

—Lo lamento, señor. Yo no invento las reglas. Este es el procedimiento usual cuando se ingresa a una oficina.

—Pero yo estoy saliendo.

—¿Tan difícil es firmar?

Pedro Pérez se enfureció. Ya estaba harto de que cualquier pelotudo le metiera un dedo en el culo: el idiota del abogado de Alicia, su santa suegrita, ese creído de Blas “Comosellame”.

—¡Sí! —gritó con furia—. No puedo firmar, no quiero hacerlo. Mucha gente de esta lista ni siquiera firmó una vez... Mire esta, por ejemplo: Juana López. ¿Tiene coronita que no firma?... ¿Y esta? ¿Luisina Ramos?

En medio de su enojo Pedro tomó aire. ¿Por qué le sonaba tanto ese nombre?

¿Cuál era el apellido del idiota de Bautista?

—Las señoritas que usted mencionó trabajan en alguna de las oficinas de este edificio. Por eso no firman.

—¡Eso es una excusa infame! Algo que acaba de inventar. Por ejemplo, ¿dónde trabaja la señorita Ramos?

No había muchas “Luisinas” en el país, y Pedro andaba con ganas de desquitarse con alguien. Si aquella era la idiota que él pensaba, esa gordita le debía un ojo negro.

—No puedo darle esa información. Pero si firma le devuelvo el documento y podrá retirarse tranquilamente.

—¡Deme ese papel!

El empleado le alargó solícito la hoja y una pluma. Pero Pedro se limitó a examinar el listado con rapidez.

“Luisina Ramos —Estudio Romero y asociados, Piso 7”.

Luego le devolvió todo al empleado.

—Lo pensé mejor —le dijo divertido— No firmo nada. Me acordé que todavía debo ver a alguien más.

Antes de que el pobre hombre pudiera responderle, Pedro volvió a la zona de los elevadores, anticipando el susto que le haría pegar a la esposa de Bautista. La recordaba vagamente, ya que apenas habían coincidido un par de horas en casa de ella mientras esperaba al marido. Una criatura fea, gorda, sumisa, que no lo había tentado en absoluto. ¡Y para colmo era inteligente!... Horrible defecto en una mujer. ¿Tenía ojos claros o marrones?

Aun cuando esa Luisina fuera la de Bautista, ¿la reconocería luego de tanto tiempo?

Miró a un lado, al otro. Sólo había una gorda allí, pero era más vieja. ¿Valía la pena el esfuerzo de subir al séptimo piso? ¿O mejor se iba al hospital

a molestar un poco a Alicia, y olvidaba todo el asunto?

—Disculpa, ¿por casualidad no eres Pedro Pérez?

Pedro observó a la mujer despampanante que tenía enfrente. Una rubia espectacular, de tetas bien puestas y culo delicioso.

—¿Nos conocemos? —preguntó, anticipando la conquista.

—Soy Lui, la exesposa de Bautista Stuar.

¡Stuar! Ese era el apellido del idiota.

—Estás muy cambiada.

Sí, no sólo estaba hermosa, sino que, según el mismo marido lo había mencionado, la niña tenía unos cuantos miles de dólares escondidos bajo el colchón. ¿Y no era precisamente allí adonde él quería llevar a esa belleza?

—Así que eres la ex de Stuar...

—Me separé el año pasado.

—¡Claro! El mismo Bautista me lo dijo. ¡Y cómo! De hecho, tú me debes un ojo negro.

—Disculpa, no entiendo el chiste.

—Pues a mí no me pareció nada gracioso. Al parecer anduviste por allí contando algunas mentiritas sobre nosotros.

—¿Yo?!

—¿Acaso no le dijiste a tu marido que yo te había besado? Después de eso él no tuvo mejor idea que esperarme a la salida del gimnasio.

—¡Cuánto lo siento! Pero yo jamás hablé de ti. ¡No puedo creer que Bau te haya pegado! No sé cómo disculparme.

—A mí se me ocurre una forma: aceptando una invitación a cenar. ¿A qué hora acabas aquí?

—A las ocho.

—Te esperaré en el barcito de enfrente, ¿qué te parece?

Luisina volvió a escuchar en su cabeza las voces de Eni, su terapeuta, Amanda, Candelaria...

—Sí, ¿por qué no?

Pedro Pérez, como el caballero que simulaba ser, se preocupó de verla subir al elevador. Incluso marcó con solicitud el piso al que ella se dirigía. Y antes de que las puertas se cerraran le dio un perfecto beso en la mejilla: tan inocente como para no espantarla, pero calculadamente cerca de la boca, como para dejarla pensando.

Luego se deslizó con paso rápido hasta el control de la entrada, y sin que el guarda pudiera evitarlo, tomó su documento de una pila.

—¡Señor! —gritó el hombre desesperado—. ¡Tiene que firmar, señor!...
¡Señor!

Inútil. Pedro Pérez ya estaba en la calle.

El guardia suspiró.

¡Qué remedio! Era evidente que ese hombre estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

* * *

Estaba esperando a alguien. Lo sabía. Pedro no era hombre de bares a menos que una presa anduviera cerca.

Alicia Andrade miró el reloj. Casi las ocho. Su turno comenzaba en media hora y ni siquiera había tenido tiempo de bañarse. Mejor se iba a su casa y abandonaba esa vigilancia estúpida, aquella obsesión insoportable por saber dónde estaba su marido. La misma obsesión que solía agobiarla en sus épocas de casada.

¿Se iba? No. Necesitaba saber dónde estaba él para sentirse a salvo. Abandonar su papel de víctima y convertirse en victimaria.

Visto a la distancia Pedro lucía inofensivo. Pero no lo era. Conocía demasiado bien su rutina: una charla casual, una copa, cena a la luz de las velas, y un final romántico en casa de su víctima. Sexo dulce, generoso...

Sí, su marido podía disfrazarse de hombre ideal cuantas veces se le diera la gana. Cálido, comprensivo, seguro... ¿Acaso no había utilizado ese mismo encanto para conquistarla? Cientos de veces lo había visto desplegar igual rutina durante su matrimonio. Lo único que cambiaba era su presa.

Alicia volvió a mirar la hora. Tenía que irse.

¿No le había advertido su psicólogo que tanta obsesión no era más que otra forma de seguir dependiendo de Pedro? Como si estuviera condenada a que, casada o soltera, él dominara su vida.

Se puso de pie. En casa la esperaba Blas. Bello, joven, inteligente... El hombre perfecto. Entonces, ¿por qué sólo podía pensar en Pedro, un inútil que le llevaba más de diez años y aún vivía del dinero que ella le daba? ¿De verdad se había creído lo que él susurraba a su oído cada vez que hacían el amor? ¿Realmente sentía que él era su amo?

Salió del lugar sin mirar atrás.

Ese era un capítulo de su vida que tenía que olvidar para siempre.

* * *

Casi en el mismo momento en que Alicia Andrade ganaba la calle, Luisina llegaba al bar.

—Disculpa, se me hizo tarde. ¿Esperaste mucho?

“Catorce minutos y medio”, pensó Pedro.

—¡No! Para nada —dijo en cambio.

Luego de la primera incomodidad, la charla entre los dos fue encantadora. Aquel galán estaba lleno de anécdotas sobre su época de militancia política. Viajes, personalidades, situaciones conmovedoras... Una verdadera seguidilla de golpes bajos calculados para ganar la atención y simpatía de su interlocutor. Claro que esta vez aquel interlocutor era Lui. Y, por desgracia para él, la especialidad de la muchacha era la política, el reino de la mentira y la fanfarronería. Durante sus años como periodista Luisina había aprendido a decodificar las señales de los fabuladores. Mil luces de alerta se encendieron durante esa deliciosa charla, pero ella se encargó de desactivarlas de inmediato, convencida de que eran sólo fruto de sus resistencias a encontrar una nueva pareja. Sí, ella, como nadie en el mundo, sabía cómo sabotearse.

¿Por qué otra cosa, si no, se había dejado convencer por “esa persona”?

—¡Un millón por tus pensamientos!

—Valen menos que una moneda.

—¿Te gustó la cena?

—Deliciosa. Pero la próxima invito yo.

Pedro la tomó del rostro.

—Me encanta saber que habrá una próxima vez —le susurró al oído.

Y tanta proximidad comenzó a marearla. No estaba acostumbrada a que un hombre como ese quisiera conquistarla. ¡Bah!, a que ningún hombre la conquistara, para ser sincera. Antes de Bautista sólo había estado con un compañero de facultad, del que recordaba mayormente su torpeza. Y luego de su marido no había habido nadie.

Bueno, a excepción de “esa persona”. Pero aquello había sido algo

enteramente distinto, y no contaba. Sólo un error.

—Ahora debo irme, Pedro. Ya es muy tarde y mañana tengo que trabajar.

—No te detengo entonces. ¡Vamos!, te llevo a casa. Tomamos un café allí, y luego me voy.

—No te molestes. No es necesario que me lleves. Y, además, ya es muy tarde para ese “café”. O, más bien, demasiado pronto.

—¿No confías en mí? Te juro que soy un hombre honorable. Si no me crees, puedes incluso pedirle referencias a mi ex.

—Es que ya casi son las doce.

—Sólo será un café, te lo prometo.

“Y ponerte en cuatro, perra”.

Luisina aceptó, sólo por no saber como negarse. Pedro parecía un buen tipo y, después de todo, ¿qué había de malo en un inocente café?

* * *

Todavía no apoyaba el pocillo sobre la mesa, cuando ya los besos de él comenzaron a lastimarla como metralla. Lui intentó tomar distancia, pero estaba atrapada por el rigor de las caricias de Pedro, que se seguían unas a otras, incesantes, como si él tuviera diez manos. Pero aún a pesar de la obvia pericia que encerraban los movimientos de semejante semental, Luisina no lograba excitarse ni un poquito. Quizás porque en el fondo de su corazón intentaba sabotear la salida, o porque estaba muy cansada, o porque Pedro, además de buen mozo y encantador, era un perfecto extraño, o porque...

O porque no podía dejar de pensar en esas otras caricias que tanto la habían encendido apenas un mes y medio atrás, y que ahora, al recordarlas, la hacían sentir una tonta.

—¿Por qué mejor no lo dejamos, Pedro? Mañana tengo que ir a trabajar — llegó a decir en forma entrecortada, luchando por liberar su lengua de los besos de él.

Pedro ni se molestó en responderle, ocupado como estaba en lo suyo. Olvidando que más allá de su deseo una mujer frágil se agitaba, ahogada bajo el peso de sus caricias.

Luisina evaluó sus posibilidades. Claro que podía permitirle que se

desahogara tranquilo, como había hecho con Bau por más de diez años. Pero Pedro no era su marido, y no tenía derecho a nada. Podía, de lo contrario, abandonarse a su ardor, intentando reproducir el placer extremo que había sentido un mes y medio atrás. Pero, tal como venían las cosas, esa empresa estaba condenada al fracaso. Ella era incapaz de entregarse a los afanes del sexo con cualquiera. Necesitaba confiar en el otro, (¡para lo que le había servido!), y no confiaba ni un poquito en ese extraño.

Su última opción, por tanto, era liberarse de tanto frenesí no deseado. Pero Pérez era un tipo inmenso, que la tenía atrapada hasta el punto de que le faltara el aire. ¿Qué hacer entonces?

—Basta, Pedro... ¡Basta! —gritó con violencia mientras lo empujaba.

Aquel gigantón tomó distancia como fulminado por un rayo.

—Disculpa, Lui... Yo creí que... De verdad, no fue mi intención. Soy el último hombre de la tierra capaz de lastimar a una mujer. Si me hubieras dicho antes...

—Apenas podía respirar.

—¡Qué horror!... ¡Lo que debes estar pensando de mí! —replicó él con un arrepentimiento que a Lui le sonó sincero.

—No te invité a casa para tener sexo. Lamento que te hayas confundido.

—¡No! Yo tampoco tenía esa intención al venir aquí. No es ese mi estilo. Aunque la culpa es toda tuya: eres tan hermosa, que perdí la cabeza.

—Pues para la próxima más vale que la conserves sobre los hombros. No me gusta que me apuren.

—¡Por supuesto! Entiéndeme, Lui: soy un novato en esto de las citas. Nunca fui infiel y acabo de divorciarme. ¡No es fácil!

Luisina se distendió.

—Tampoco para mí.

—Me siento demasiado solo. Mi ex era médica. Largas guardias, trabajo a deshora... Un día me desayuné de que tenía un amante. Otro médico como ella.

—Mi marido me dejó por su secretaria.

—Yo sólo quería un matrimonio tranquilo. Una bella casa, vacaciones... Hijos, quizás.

—Mi ex odia a los niños.

—Alicia también.

¿Alicia?... Luisina se extrañó. ¡Vaya coincidencia! Dos médicas jóvenes con un nombre tan anticuado.

—De verdad me siento muy avergonzado —insistió Pedro ante su silencio

—. Perdí la cabeza. Espero que esto no signifique el final de nuestra amistad.
Sí, un amigo. Eso era justo lo que Luisina estaba necesitando. Alguien como Pedro, capaz de escucharla cuando decía que no.
Alguien en quien confiar.

* * *

Blas tanteó con la mano buscando sus anteojos, y recién luego se subió el pantalón.

Lejos de haberse descargado, ahora, además, se sentía miserable. Odiaba que su sexo echara por tierra su voluntad y su orgullo.

—¿Te gustó?

—Esta va a ser la última vez, Alicia.

—Siempre dices lo mismo. ¿No te aburres?

—Eres tú la que me aburre.

Blas trató de recomponerse con rapidez. Quería salir cuanto antes de ese cuartito que lo asfixiaba.

—¡Espera! —lo retuvo ella cuando ya tenía la mano en el picaporte.

—No quiero hablar de esto, Alicia. Porque “esto” no existe.

La muchacha se tragó su orgullo.

—¿Tú enviaste a Luisina Ramos para que se entrevistara con Pedro?

Blas se detuvo, electrizado.

—¿¿Qué?!

—Anoche se encontraron en un bar.

—¿Desde cuándo estás tan enterada de las citas de tu ex?... ¿Es por eso que no funcionó lo nuestro? ¿Por qué todavía lo amas?

—¡Concéntrate! Estamos hablando de Luisina Ramos. ¿No era que ella te interesaba tanto?

Blas hizo un esfuerzo por entender.

¿Lui estaba saliendo con esa basura?

—¿Estás segura de que era Luisina?

—Volví sobre mis pasos dos veces para cerciorarme. ¿Tú la enviaste?

Blas tomó distancia. Hacía mucho que no pensaba en su bella paciente.

¿Qué sería de la vida de Lui?

* * *

Luisina tragó saliva, y puso un dedo en el timbre.

Pero cuando la puerta se abrió ante sus ojos, dudó otra vez. ¿No era mejor empezar de cero con un nuevo ginecólogo? ¿Qué estaba haciendo allí? No tenía ganas de volver a enfrentar a Blas, por más que entre ellos no hubiera ocurrido nada.

Claro que él no era como “esa otra persona”. A diferencia de “ese”, Blas no había hecho nada malo. Ni abusar de menores, ni aprovecharse de su confianza. Su único pecado había sido olvidarse de llamarla. Y ese era un delito menor. Después de todo ella resultaba fácil de olvidar. Ni tan sensual como Amanda, ni tan puta como Eni, tenía muy poco que ofrecer a un hombre.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—¿Y Cristina?

—¿La secretaria anterior? No sé. Yo entré el mes pasado y todavía estoy tratando de arreglar su desorden. ¿En qué puedo servirla?

—Quisiera saber si hay algún turno disp... Disculpa, esa mujer que acaba de salir del consultorio del doctor Montes de Oca, ¿es la señora Andrea Stuar?

—Creo que no. Déjeme ver... ¡Aquí está! Andrea Ayerza. Es la primera consulta de la señora Ayerza con el doctor, por eso no la conozco.

Sin detenerse a pensar Luisina comenzó a correr detrás de la extraña que llevaba gruesos lentes de sol.

—¡Andrea! ¡Detente!

Sí, era ella. Y como siempre que la tenía tan cerca, Lui no pudo evitar sentirse insignificante. Y no sólo porque la altura de esa mujer imponente la obligaba a tomar conciencia de su propia pequeñez, sino porque, aún a pesar de los lentes que ocultaban la mitad de su rostro, podía sentir el ardor de una mirada altiva lastimándola.

—Disculpa pero no te conozco —respondió la otra apurando el paso.

—Soy yo, Luisina.

Y como si ese nombre hubiera accionado algún resorte oculto, por fin se detuvo.

—¿La cuñada de Augusto? Estás muy cambiada.

—Quería disculparme por haberte llamado esa noche, pero sólo lo hice

porque Irina estaba en verdadero peligro.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás hablando.

—¿Recuerdas? La noche que te telefoneé para pedirte que fueras a buscar a tu hija a lo de Augusto... ¿Fuiste, verdad?

—Por supuesto que no. Irina es ya una mujer adulta, y yo no tengo tiempo para perder en tonterías.

—¿Ignoraste mi advertencia?!

La dama la observó con desdén.

—Disculpa, querida. Fue un verdadero placer volverte a ver, pero por desgracia estoy muy ocupada en este momento. Adiós.

Echó de nuevo a andar, como si pudiera caminar a través de la figura de Lui, que se ponía por delante, intentando vanamente detenerla.

—¡Escucha, Andrea!... ¡Tienes que escucharme! —clamaba su cuñada, girando a su alrededor de la misma manera en que un perrito faldero lo haría con su amo.

—Por favor, Luisina... No tengo tiempo y mucho menos ganas de perderlo contigo.

Ante tanto desprecio, Lui se recompuso. Ya no era la gordita tímida que Andrea había conocido. Ahora era Luisina Ramos, la mujer capaz de burlarse de un gobierno completo.

Se plantó frente a su oponente impidiéndole subir al elevador que acababa de abrirse.

—Entiendo tu enojo, Andrea, pero no fue Irina la que sedujo a Augusto. Fue él quien se aprovechó de ella y la engañó.

—Deliras, muchacha.

—Tu hija me lo confesó la noche en que te llamé. La pobre cree estar enamorada de él, es cierto, pero tú sabes mejor que nadie que Augusto es muy capaz de lograr lo que quiere de una mujer. ¡Y, cuánto más de una niña como Irina!

—No pienso discutir contigo mis problemas familiares o de pareja —replicó Andrea con desdén, mientras volvía a apretar el botón del elevador.

—¡Tu hija te necesita! —insistió Lui con vehemencia.

No iba a cejar. Estaba preparada para todo.

Para todo, menos para lo que su antigua cuñada le replicó con furia.

—¿Quién te crees que eres, Luisina? ¿La buena samaritana, metiendo sus narices en los asuntos ajenos? Pues disfruta de tus narices mientras sean tuyas. Yo, en cambio, tengo un cáncer terminal. Me estoy muriendo. Mi tiempo se

acaba y no pienso seguir perdiéndolo contigo.

Luisina la miró conmovida. Y fue ese momento de debilidad el que la otra aprovechó para llamar de nuevo al elevador.

—¿Augusto lo sabe?

—Ni él, ni nadie más. Y espero que eso siga siendo así.

—¿Por eso lo dejaste?

—No me gusta que me tengan lástima.

Lui se perdió en el brillo de los lentes oscuros de su cuñada. No, no era altivez lo que ocultaban, sino lágrimas y mucho dolor.

Las puertas del elevador volvieron a abrirse, pero una vez más Lui se interpuso en el camino de Andrea.

—Sé que no buscas piedad para ti, pero al menos apiádate de tu hija. Es lo menos que le debes como madre. Me creas o no, Augusto puede hacerle mucho daño.

La otra perdió la paciencia.

—¡Dios mío! ¡Qué tonta eres! ¿Piensas que tengo que cuidar a Irina de Augusto? ¡Es él quien corre peligro a su lado! Mi hija es una puta descarada. Me odia, y haría cualquier cosa por lastimarme. Era ella la que lo buscaba a diario. Ella la que intentaba inútilmente seducirlo.

—¿Cómo puedes estar tan segura de Augusto?

La otra la miró con desdén.

—Porque lo estoy.

—¿Y si te estuvieras engañando?

—¿Crees que no conozco a ese hombre? ¡Lo tuve adentro mío! Augusto es una oveja que se viste de lobo cada mañana para que no lo lastimen. Usa su disfraz de hombre poderoso, como un juez viste su toga. Pero muy en el fondo continúa siendo el mismo adolescente sensible que conocí, siempre en busca de alguien que lo quiera. Por desgracia yo no soy del tipo maternal... Tú, en cambio... Sí, quizás tú puedas hacerlo feliz.

—¿Yo? ¿Por qué me metes a mí en esto? —se defendió Lui, quizás con demasiada vehemencia.

—¡Por favor! No te culpo. De los dos hermanos, Augusto es el único que vale la pena.

—¿Por qué me dices eso?

—Es evidente que llegaste hasta mí en busca de una confirmación. Eras tú la que tenía dudas. Tú la que necesitaba saber... Y tú la que debe cuidarse, porque si Irina se tomó el trabajo de mentirte, es porque te considera una rival.

¡Y ella es terrible cuando no obtiene lo que quiere!

—Yo no... Yo nunca... —balbuceó su contrincante confundida.

Pero Andrea ni se molestó en escucharla. Sólo subió al elevador para escapar de allí cuanto antes.

Y es que su tiempo se estaba agotando.

* * *

Luisina tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse.

¿Qué le estaría diciendo con tanto entusiasmo? ¿Y ahora? ¿Por qué la miraba así? ¿Esperaría que le respondiera algo?

Por fortuna Pedro continuó hablando como si nada, así que ella aprovechó para prestar atención.

Su discurso era político. Bastante encendido a juzgar por lo rojo de su rostro. Al parecer estaba arengando en contra del millonario y su museo. Pero a Lui no le quedaba demasiado en claro si a Pedro le molestaba más que aquel hombre poseyera el arte que ponía a disposición de las masas, que fuera dueño de un centro comercial, o, simplemente, que tuviera dinero.

El suyo era un discurso conmovedor acerca de los pobres y sus miserias, sólo opacado por el brillo llamativo del Rolex de oro que meneaba de tanto en tanto con cada movimiento de sus manos.

Pedro defendía a la clase proletaria de la tiranía del liberalismo salvaje y en especial del imperialismo yanqui, como si el tiempo nunca hubiera pasado. Como si él aún tuviera dieciocho años, y el muro de Berlín estuviera en pie. Como si en Manhattan no se hablara tanto inglés como castellano. Su discurso sonaba rancio pero elocuente, y de no ser por la excitación con que apenas unos minutos antes había descripto su nuevo auto alemán, valuado en una suma que bien hubiera podido alimentar a toda una aldea de proletarios durante un mes, casi, casi, Luisina le hubiera creído.

Era curioso, pero los comunistas, al igual que los católicos, solían mirar al resto de los mortales con un dejo de superioridad moral, como si sólo por hablar hasta el hartazgo del problema de la pobreza estuvieran un paso más cerca de solucionarlo.

—Toma a tu cuñado, por ejemplo.

Luisina se espantó. ¿Por qué tenía que mencionar Pedro justo a “esa persona”? ¿Por qué tenía que hacerlo precisamente ese día? Todavía no podía arrancarse de la mente la sensación extraña que le había dejado el encuentro con Andrea. Quizás por el gusto amargo de enfrentarse a la mortalidad. O al vacío abrumador de...

¿A quién quería engañar?

No era por eso que volvían a su mente las palabras de su antigua cuñada. Era por lo que le había dicho de Augusto. Por la forma sincera en que lo había defendido. Sin dudas, sin recelos...

¿Era posible que una mujer tan inteligente se estuviera engañando? ¿La cegaría el amor de esa manera? Sin duda su hija no era ninguna santa, pero... ¿cómo habría podido describir lo ocurrido en aquel lugar de Recoleta, sin haber sido también ella víctima de una aventura semejante? Y si todo no era más que una confabulación de su hijastra, ¿por qué Augusto no había vuelto a llamarla luego de esa noche?

¿Tan poco valía para él?

—Conozco muy bien a Augusto Stuar. Mi exsuegra no paraba de alabarlo. Y la verdad es que tu cuñado se caga en el mundo. Los millones se le han subido a la cabeza. ¡Y ni hablar de cómo los consigue! ¿O creará que alguien ignora que en Estados Unidos trabajó del lado de esa mierda de Microsoft, en los juicios que le entablaron por monopolio? ¡Puro capitalismo salvaje!

—Disculpa, Pedro, pero Bill Gates era pobre como una rata cuando levantó su imperio. Su único capital era el que cabía en un garaje. Creo que su éxito hubiera fascinado a Carlos Marx. De hecho, lo que se generó gracias a él, puso la cultura al alcance de todos, así como la posibilidad de escuchar todas las voces. Jaqueó a las grandes empresas permitiendo que cualquiera pudiera influir en los mercados.

Su cita la miró con odio. No estaba acostumbrado a que una mujer rebatiera sus opiniones.

—Se nota que jamás leíste “El Capital”.

—Lo hice. Bastante aburrido, por cierto. Y no creas que estoy defendiendo a Gates, porque no lo necesita, ni lo merece. Sólo intento llamar tu atención acerca de que el mundo es otro. Desde el siglo diecinueve cambiaron un par de cosas, y en especial si eres ateo, no puedes convertir la obra de Marx en una verdad revelada.

—¡No digas estupideces! Hablas porque el aire es gratis. ¡No sabes nada!

Una luz de alerta se encendió en el interior de la muchacha. ¿No eran esas

las mismas palabras que su marido había repetido por más de diez años?

Pedro Pérez se dio cuenta de inmediato de que algo estaba andando muy mal. Acostumbrado a agraviar a las mujeres, conocía de sobra los síntomas del exceso. La niña era una idiota, por supuesto, que se creía que por ser periodista podía superar a Marx y Engels juntos. Pero todavía no había llegado el momento de ponerla en su lugar.

—¿Por qué mejor no cambiamos de tema? Sólo me dejé llevar porque aborrezco las injusticias y me importa la gente. Te pido disculpas. Es que esta noche tengo que ir al evento anual de la Fundación, y odio ese tipo de farsas creadas por burgueses como tu cuñado para lavar su conciencia. ¿Qué hace él por los pobres, además de esas fiestas estúpidas?

Luisina se enojó. Cosa rara, porque estaba aún más furiosa que cuando él la había denigrado. Se enojó por la injusticia, porque estando en casa de Augusto se había asombrado de todo el tiempo que él le dedicaba a los asuntos de la Fundación. Se enojó tanto, como se había conmovido el día que su cuñado le relatará la historia de esa muchachita con su bebé, a la que había sido incapaz de salvar de las garras de su amante. Todavía recordaba las lágrimas que él había intentado disimular con un chiste, mientras le contaba con nombre y apellido alguna de las historias de las más de doscientas madres adolescentes que la Fundación mantenía y educaba.

—Augusto es una de las mejores personas que conocí en mi vida —se escuchó decir Lui, con una seguridad que brotaba muy de su interior.

Pero si Augusto era tan buena persona para ella, ¿por qué lo juzgaba siempre con tanta dureza? ¿Por qué no terminaba de confiar en él?

—Sé que él es un Stuar, y que por mucho tiempo ustedes fueron familia. Pero ya no necesitas defenderlo, Lui. De hecho, te puedo contar varios asuntitos que te harían cambiar de idea. Pero no vale la pena desperdiciar nuestro tiempo hablando de Stuar. Prefiero hablar de ti. De nosotros.

—Sí, claro... Por desgracia debo irme.

—¿Ya?

—Tengo una cita de trabajo que es muy importante.

González Prato le había conseguido una entrevista con alguien del gobierno, que si se decidía a hablar, pondría en evidencia uno de los más escandalosos negociados en ciernes. Hasta ese funcionario estaba asqueado por el nivel de corrupción que se manejaba. Pero también tenía miedo. ¡Como todos!... ¿Conseguiría convencerlo? Si lo lograba, su columna iba a alcanzar un nuevo significado. Ya no sólo cuentos divertidos para burlarse del

gobierno, sino verdadera denuncia. Por primera vez estaría un paso adelante del mal, haciendo algo por el país que amaba tanto. Algo que quizás no emocionaría a Pedro por su espectacularidad, pero que de seguro era mucho más que lo que se podía obtener de su militancia estéril.

—Pero vamos a salir esta noche, ¿no? Ya tengo todo planeado, Lui.

—Bueno, en realidad... —comenzó a balbucear ella, mientras ideaba una forma de zafarse.

Por desgracia Pedro Pérez no era fácil de doblegar.

—Entonces pasaré por ti a las ocho —seapuró a decir con entusiasmo—. Vístete de gala.

—¿Gala?... Si es por ese evento de la Fundación, prefiero no ir.

¡Lo último que necesitaba era encontrarse justamente con “esa persona”!

—¿Quieres que vaya solo? ¿Qué van a pensar de mí?

—Lo lamento, pero de ninguna forma pienso ir a ese cóctel.

—Como tú digas, hermosa. Entonces iremos a otra parte. Pero de verdad quiero convertir esta velada en algo para recordar. Empezamos con el pie izquierdo esta cita, pero más allá de nuestras diferencias, que de seguro no serán tantas, sé que vamos a pasarla muy bien. Solos, tú y yo. A Marx y a Bill Gates los dejamos en casa, ¿te parece?

—Bueno, en verdad...

—¡Te quiero, Luisina Ramos! —confesó Pedro antes de que ella pudiera terminar la frase.

Y sin esperar a que Lui le respondiera, (o quizás para evitarlo), la besó largamente.

Ella lo dejó hacer, mientras su mente vagaba.

¿Qué usaría esa noche?

¿Cuál era la ropa apropiada para espantar a un hombre?

* * *

¡Sí! Ese era, sin duda, un vestido espectacular.

Arrojó la bolsa al suelo y deslizó la seda roja por su cuerpo delgado.

Quizás la vendedora tenía razón, quizás era demasiado escotado pero... ¡qué diablos! No se pescaba un hombre sin carnada. Ya podía imaginarse la

cara de Pedro al verla. Porque de seguro el muy desgraciado se iba a presentar allí, aunque nadie lo hubiera invitado. Pero no era su opinión la que le importaba, sino la de Blas.

Alicia Andrade abrió el cierre del vestido para quitarse el sostén.

Se miró al espejo una vez más. ¡Perfecto! Así se veía mucho mejor. Imposible que la tonta de Luisina Ramos fuera competencia para ella. La destruiría sin esfuerzo. Después de todo llevaba las de ganar: la Fundación era como su casa, Pedro, su marido, y Blas, su amante. Era suficiente mujer como para lidiar con todo eso a un tiempo. Entonces, ¿por qué esa tonta de Luisina se empeñaba en ocupar su lugar?

¡Que se cuidara, pobrecita!, porque podía ser muy torpe en cuestiones de amor, pero sin duda alguna su especialidad era la venganza.

* * *

Pedro la miró con desilusión.

—¿Quieres que te espere mientras te cambias?

—¿Por qué? Ya estoy lista. ¿No me veo bien?

—¿Piensas venir así? Es decir, un traje negro y una camisa abotonada hasta el cuello no es mi idea de un atuendo de gala.

—¿Me queda mal?

—No, bellísimo. Pero sólo porque tú lo eres. El traje, en cambio, es horrible. Triste. ¿De verdad no prefieres cambiarte?

—No.

—Lástima. Porque, como te dije, primero tengo este evento. Es algo de compromiso, pero la verdad es que me gustaría lucirme contigo. Quiero que, ya que estoy saliendo con una mujer tan hermosa, los demás me envidien.

—Entonces tendrás que hablarles de tu Audi nuevo —respondió con altivez.

Un tono al que Pedro no estaba acostumbrado.

—Tenía otro recuerdo de ti. Es decir, esa vez que nos quedamos charlando en tu piso de Villa Urquiza, mientras esperaba a Bautista, me impresionaste como una mujer dispuesta a jugarse por completo con tal de hacer feliz a su hombre. Y ahora, en cambio, ni siquiera eres capaz de mudarte de traje por

complacerme. ¿Tan poco me aprecias?

—No es así. Te aprecio mucho como persona. Pero realmente creo que tenemos que hablar, ¿no te parece?

A Pedro se le estaba agotando la paciencia. ¿Qué se creería la niña? ¿Qué una pobre nada como ella podía rechazarlo? ¡¿A él?! ¿A él, que pisoteaba a su antojo a la gran Alicia Andrade, la rica heredera, la médica, mil veces más mujer que esa gordita resucitada? ¡Idiota! Como fuera, ya se estaba haciendo tarde. No había tiempo para más tonterías. Lui ya lo había aburrido. Esa misma noche, luego de hacer acto de presencia en el cóctel de la Fundación, iba a terminar su trato con ella. ¿Quería que la escuchara? ¡Claro! ¡Imposible no hacerlo! Pensaba hacerla gemir como la perra que era. Su perra. Y si ella oponía resistencia, tanto mejor. Unos cuantos moretones le dejaría en claro a Bautista Stuar que con Pedro Pérez no se jugaba. Cosa de hombres. Y si la historia llegaba a oídos de Augusto, mejor aún. No le tenía miedo ni a su suegra, ni a su amigo predilecto, ni a ningún otro rico que intentara pisotearlo.

—¿Pedro? ¿Escuchaste?... Preferiría que esta noche fuéramos directamente a charlar a algún sitio tranquilo.

—Conozco el lugar justo: tranquilo, íntimo. Nadie nos va a molestar, te lo garantizo. Pero antes, de verdad tengo que ir a ese cóctel. ¡Serán sólo cinco minutos, lo prometo!

Luisina se dejó arrastrar por la emoción de su compañero.

Después de todo, pobre Pedro, no podía decirle a todo que no.

* * *

—Y entonces mi estilista me contó que en toda Europa se usa de este largo. Aquí porque estamos atrasados, pero a mí me encanta la vanguardia. No es que me interese lo que ocurre en Europa. Cuando salgo al exterior sólo voy a Miami o a París, porque a mí eso de Europa no me va. Los museos me aburren. A todos les aburren, pero nadie lo confiesa. Yo, en cambio, soy fanática de la alta costura. Incluso una vez intenté seguir Diseño de Indumentaria, pero luego me di cuenta de que la Universidad Pública no era lo mío. Yo prefiero crear con mi cuerpo. Hacer arte cuando me visto cada día, sin necesidad de lápiz o papel, ¿no te parece?

Augusto suspiró. Odiaba esos cócteles que Alicia organizaba para la Fundación. Aunque, tenía que reconocerlo, eran muy efectivos a la hora de juntar fondos. Todos se morían por participar: artistas, profesionales, damas de sociedad, y en especial políticos. Y no porque a alguno le interesaran las adolescentes embarazadas, sino que ese era el evento benéfico con más cobertura de los medios a nivel nacional e internacional. Mérito de Alicia, por supuesto, que se manejaba con la prensa como pez en el agua.

Y hablando de Alicia, allí estaba la hija de la vieja. ¡Vaya! ¡Ese vestido sí que no dejaba mucho a la imaginación! Raro, porque en Bariloche su belleza no lo había impresionado. Esa noche, en cambio, lucía subyugante.

—Porque cualquiera puede comprar. Pero yo sé exactamente lo que tiene valor y lo que no sirve para nada. En un evento como este, por ejemplo, es imposible para mí pasar inadvertida para los fotógrafos. ¡Y te juro que a veces lo desearía! Pero me basta caminar, para que los flashes me encandilen de inmediato. No es que me guste llamar la atención, sino que no lo puedo evitar. Es que las argentinas se visten muy mal, y yo vengo a ser como una mosca blanca, ¿no crees?... ¿O era una ballena blanca? Aunque eso de ballena suena a... gorda, ¿no te parece? Sí, mejor digamos que soy como un tigre albino en medio de la mediocridad... ¿O sería una tigresa?

¡Imposible! ¡¿Qué hacía Bautista en un evento de la Fundación?! ¿Quién lo habría invitado?

Augusto notó que su compañera esperaba una respuesta de su parte, así que se limitó a mover la cabeza en forma afirmativa. Ella le regaló una sonrisa perfecta, adornada con un millón de dientes que, de tan blancos, parecían fosforescentes.

¿Su hermano vendría a saludar? Por desgracia no iba a poder evitarlo durante toda la fiesta.

El doctor Stuar alargó la cabeza tratando de mirar por encima del hombro de su compañera.

¿También Lui estaría con Bautista?

¿Y si se encontraban frente a frente? ¿Tendría el valor de entablar una charla con ella?

Pero, ¿por qué no la veía por ninguna parte? Bautista estaba aferrado con uñas y dientes a la mesa del buffet, (¡cuándo no, el maldito tacaño!), pero Luisina no lo acompañaba.

¿Dónde se habría metido?

—Decididamente nunca me interesó ser modelo. Sé que he desilusionado

con eso a más de un diseñador, pero ¡lo lamento! No pienso ocupar el lugar de un pobre. Llámame comunista, pero no es mi misión el trabajar. Yo nací para llenar el mundo de belleza y buen gusto, ¿no te parece?

Al parecer a Lui le daba igual encontrarse con él o no. Porque ella sabía que Augusto iba a estar allí. Que se iban a chocar en algún momento.

—En la mañana. Pero te juro que sólo en la mañana. Pero, ¿quién no se ve horrible al levantarse de la cama, no te parece? Y no creas que entonces corro de inmediato a lo de mi estilista, porque no soy de esas. Sólo voy dos veces por semana, para asentar el corte. Y no es mucho, créeme. Claro que para ustedes es distinto, pero yo creo que es una obligación de las mujeres el verse deslumbrante. En la medida que se pueda, por supuesto. No es que yo me crea superior a nadie. Pero la gente suele decírmelo. “Inesita, eres una mujer como pocas”, repite siempre Leo. ¿Te hablé de Leo, no? Es mi estilista.

¡No! No era por él que Luisina se había tomado el trabajo de arrastrar a Bautista a ese cóctel. Hasta era posible que ni siquiera tuviera en cuenta su presencia en el evento. ¡No! Era por el pelotudo de Montes de Oca. ¡Claro! Era él quien le interesaba.

¿Dónde estaba el tipo? Ahí, junto a la puerta. ¿Quién lo acompañaba? ¡Por supuesto! Una muñeca de formas perfectas y cerebro de pájaro. ¡Había que verle la cara, para darse cuenta de su aburrimiento! ¡Idiota! Con lo fácil que le hubiera resultado conquistar a Luisina, el muy estúpido perdía el tiempo con la hija de Alicia, o con esa boba que llevaba del brazo.

—¡Una hueca! ¡No te miento! Y no la estoy prejuzgando, porque a mí tampoco me gusta que me prejuzguen por mi belleza. Porque yo, además de ser linda, pienso. No como esas rubias tontas. ¡Son tan superficiales! Yo, en cambio, me la paso leyendo. Lo último que me compré fueron los libros de ese sueco. Ese de la Chica, el bidón, y algo... ¡Son larguísimos! Pero parecen muy interesantes, aunque todavía voy por el primer capítulo del primero. Espero que no me pase como siempre, que después veo la película y ya no quiero seguir leyendo el libro. ¿No te ocurre igual?

La muchacha aprovechó para mirar a su acompañante mientras tomaba aire.

—¿Sabes lo que me gusta de ti, Augusto? Que sabes escuchar. No eres de esos tipos que monopolizan la charla. Porque si hay algo que odio es la gente que habla sin parar. Que...

* * *

Y ahí estaba el idiota de Augusto Stuar. Con un poco de suerte no se cruzaban en toda la noche, y no se veía forzado a saludarlo. ¡Y la mujer que llevaba del brazo! ¡Clásico! ¿Habría dejado a Luisina por esa rubia tonta? Los tipos como él eran todos iguales, incapaces de tolerar una mujer inteligente.

¡Guau! Alicia lucía increíble. Por primera vez en meses se había quitado ese jean espantoso que llevaba adherido a la piel.

Lo estaba mirando.

Pero esta vez no pensaba caer en su trampa. No era tan idiota.

¿No llevaba sostén? No. Definitivamente no lo tenía. Así que ni bien se agachara el tirante de seda roja iba a deslizarse hasta dejarla medio desnuda.

¡Ups! ¡Casi!

Blas desvió la cabeza justo a tiempo.

¿Se habría dado cuenta Alicia de que la estaba mirando?

Sería mejor ignorarla por el resto de la noche. Ni loco iba a darle el gusto de...

¡De nuevo! Ese tirante se empeñaba en escurrirse, y había estado a punto de ocurrir un desastre. ¿Desde cuándo ella usaba esa clase de vestidos? Porque no era sólo cuestión de el estúpido tirante que se deslizaba de un lado al otro, sensual. También era la forma en que la tela dibujaba su culo con cada paso que ella daba. ¿Lo estaría usando para provocarlo?

Blas resopló.

¿Por qué otro motivo se habría vestido así? Además, Alicia odiaba los cócteles de su madre. ¿Entonces?

¡Putá! Lo había pescado. Y ahora ya sabía que la estaba mirando. Pero... ¿por qué se la veía tan nerviosa? ¿Por qué miraba hacia la puerta? ¿Qué había en el jardín de invierno que tanto llamaba la atención de Alicia?

—Voy a buscarme un trago —le informó a su acompañante.

Pero eran sólo excusas. Lo único que quería era la libertad para poder desplazarse por el salón. Necesitaba saber qué era eso que Alicia miraba con tanto empeño.

Llegó a la mesa principal sin perder de vista la puerta vidriada que llevaba al exterior.

—¡Doctor Blas! A usted lo estaba buscando. No quería dejar pasar esta

noche sin tener la oportunidad de agradecerle lo que hizo por mi hija. Puede decirse que le salvó la vida. Sin duda usted es el mejor médico que...

Blas no estaba para halagos, así que se limitó a estirar la cabeza más allá del estúpido peinado de la mujer que tenía enfrente. Trató de seguir la dirección de la mirada de Alicia, concentrándose en lo que estaba afuera.

Y entonces un estremecimiento recorrió su cuerpo joven.

Se acomodó los lentes, como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

¿Ese de allí no era Pedro Pérez?

* * *

Augusto observó por sobre el hombro de su pareja. ¿Qué estaba mirando Montes de Oca con tanto gusto?

También él echó un vistazo más allá de la puerta vidriada. ¿Quién era el tipo que estaba allí?

A Augusto aquella figura morena le resultaba un tanto familiar. Incluso estaba seguro de haberlo visto en más de una oportunidad. ¿Quién era?

Lo tenía en la punta de la lengua...

—¿Ese que está afuera no es Pedro Pérez? —preguntó el caballero que tenía atrás—. ¿Qué hace él aquí? ¿Sabrá Alicita que su exyerno está merodeando por este lugar?

La mente de Augusto se iluminó.

¡Pedro Pérez! ¿Qué estaría haciendo él por allí?

* * *

—¡Espera, Pedro! ¿Qué lugar es este?

—No te detengas, Luisina. Serán sólo cinco minutos.

—¡Esto es el cóctel de la Fundación!

—¿No te lo dije? Creí habértelo comentado.

—Y yo te dije con claridad que no quería estar ni cerca de la gente de la

Fundación.

—¿Tanto temes encontrarte con tu marido?

¡Bautista! ¡Claro! También él podía estar allí.

—Por supuesto. No tengo ganas de chocarme con él.

—¡Despreocúpate! El cobarde de Bautista jamás viene cuando el emperador Augusto se presenta. Y, por desgracia, desde aquí puedo ver a tu cuñado.

Luisina se estremeció.

—No tengo la menor intención de entrar, Pedro. Hablo en serio. No insistas. Te esperaré en el auto. Tómame todo el tiempo que se te dé la gana.

Aquel galán trasnochado puso todo su empeño en contener la ira que lo dominaba.

—No seas así, Lui. Ten piedad. No puedo entrar solo a un cóctel como este. Pensarán que soy un perdedor. Serán sólo cinco minutos. Lo suficiente como para saludar a mi antigua suegra, que de seguro me está esperando, y a un par de amigos. ¡Vamos! ¡No puedes ser así de testaruda!

Un extraño desasosiego trepó por la garganta de Lui. Como antes. Como cuando hasta la menor tontería sacaba de quicio a Bau. Una sensación aborrecible, que se había jurado a sí misma, (y a su analista), no volver a experimentar jamás.

—Tienes razón, Pedro. Soy horriblemente testaruda. Casi tanto como tú.

Aún a pesar de la oscuridad del jardín Lui pudo ver la llamarada que estalló en la mirada de su galán.

—Está bien. Aguárdame en el auto. Arreglaremos esto luego.

—¿Sabes qué? No es necesario. Lo que tengo para decir es evidente. No me siento cómoda contigo, ni tú gustas de mí. No tiene sentido alargar la agonía. Disfruta tranquilo de tu cóctel, que yo me tomo un taxi y...

No le permitió acabar la frase. Pedro enrolló la mano en su cabello y comenzó a tironear con tanta fiereza, que ahora Lui apenas podía respirar.

—Eres una puta insignificante —le susurró él al oído, tratando de disfrazar la violencia con amor, de modo de no llamar la atención de los empleados del estacionamiento— Y vas a ir justo allí adonde se me dé la gana.

La muchacha hizo un gran esfuerzo por soltarse, pero fue inútil. Ahora, además, él apretaba sus pómulos, transformando su boca en una mueca aterradora, impidiéndole gritar por ayuda.

—¡Vas a saber quién es Pedro Pérez!

La apretó contra su cuerpo un poco más.

—¡Muchacho! Sí, tú. Busca las llaves de mi auto —gritó—. Mi novia se siente mal y necesito llevarla a casa.

El valet lo obedeció de inmediato, mirando hacia Luisina con curiosidad.

Pedro se apuró a arrastrarla hasta el estacionamiento, obligándola a correr para mantenerse a la par, y que así el dolor en la base del cráneo fuera menos intenso.

Una vez que llegaron al auto la empujó contra la carrocería, ahogándola con su peso mientras abría la puerta. Luego la arrojó sin piedad al interior. La cabeza de Lui golpeó contra el vidrio del parabrisas con violencia, y por un segundo quedó atontada. Para cuando pudo reaccionar, algo pinchaba su costilla izquierda.

—Si te mueves, te lo clavo. Vas a quedarte quietita todo el viaje, o acabo con tu sufrimiento de una buena vez y te tiro en Puente Alsina. El Riachuelo está tan contaminado que pasarán meses hasta que encuentren tu cuerpo.

Incapaz de liberarse, Luisina se limitó a mirar al frente, clamando al Cielo para que alguien, cualquiera, viniera en su rescate.

Pedro encendió el motor.

Cierto que era atea, pero pagaba religiosamente sus impuestos. ¿No había ningún policía, federal o urbano, que pudiera salvarla?

Claro que podía arrojarse del auto, pero el último que lo intentara, un empresario secuestrado la semana anterior, había terminado en el hospital, muy grave. Sí, quizás eso sólo resultaba en las películas.

De repente Luisina ya no estaba asustada, sino rabiosa. Enfurecida consigo misma porque ese estúpido era capaz de dominarla con muy poco. Enojada con Bautista, que nunca había comentado que su amigo era un violador. Pero más que nada estaba furibunda a causa de Augusto, porque si él no hubiera jugado con sus sentimientos, haciéndole sentir cosas que nunca antes habían pasado por su mente, posiblemente ahora no estaría en semejante predicamento.

¿De verdad le iba a pasar? ¿No había forma de escapar de las garras de ese infeliz?

El auto comenzó a desplazarse despacio. Luisina se aferró a la manija que accionaba la puerta.

Un golpe fuerte en la ventana del conductor distrajo a Pedro el tiempo suficiente como para que Lui se arrojara del auto.

Sus plegarias habían sido escuchadas.

Allí, parado frente a ella, estaba su salvador.

* * *

—¡Siempre lo supe! ¡Fue por él que me dejaste! ¿Crees que soy estúpido, Luisina? ¡Fue por Pedro Pérez! Siempre fue él... Levántate del suelo, Lui, ya es tarde para disimulos. A mí no me tomas más por idiota.

La muchacha suspiró. Sí, allí, parado frente a ella, sin mover ni un dedo para ayudarla, como siempre, estaba su salvador.

—¿Qué haces, idiota?! ¡¿Quieres que te mate?! —gritó Pedro, bajando del auto.

Bautista no se amilanó.

—¿Quieres que te ponga negro el otro ojo, Pedro? ¡Sabía que alguien le estaba llenando la cabeza a mi mujer! Luisina es incapaz de pensar sola esas cosas.

Sí, los dos hombres la creían incapaz de pensar. Pero, de los dos, Luisina prefería al abusador conocido, así que de inmediato se refugió detrás de las espaldas de Bau, mientras blandía su móvil como arma.

—¿Quieres que llame a la policía? Tengo grabadas tus amenazas en mi teléfono —mintió Lui—. Esto se llama “privación de la libertad, en grado de tentativa” ¿Quieres acabar en la cárcel?

Al escuchar su amenaza, Bautista perdió su impulso batallador.

—¿Vas a denunciarme? —le preguntó su marido, bajando los brazos.

—¡No es a ti! ¡Es a él! ¡Vamos! ¡No dejes que se me acerque!

Tarde. Pedro ya estaba abalanzándose sobre ella, aprovechando el descuido de su oponente.

—¡Dame ese maldito teléfono!

Luisina peleó por el aparato como si en verdad guardara alguna evidencia. Lejos de ayudarla, Bautista observaba la escena, confundido. Por fin Pedro se adueñó del teléfono en el momento preciso en que llegaba la custodia del lugar, atraída por los gritos y el jaleo.

—¿Qué ocurre aquí?!

—Nada. Asuntos amorosos —explicó Pedro, sin soltar el móvil.

Luisina le mordió la mano. El aparato voló por los aires, para caer en manos de Bautista, que ahora sí que no entendía nada.

—¡Maldita perra! —gimió Pedro, acariciando la mano herida.

—Vamos, Bautista. Llévame lejos de aquí.

Los guardias se quedaron el tiempo suficiente como para que la pareja llegara a su auto, estacionado varios metros más allá.

Pero cuando Bau sacó las llaves de su bolsillo, Luisina se las arrebató.

—Esta vez conduzco yo —le dijo.

Y su exmarido no pudo oponerse. También Pedro Pérez había subido a su vehículo, y ahora los aguardaba en la salida.

Luisina no se inmutó. Aceleró, haciendo rugir el motor, para asombro de los guardias y desdicha de Bautista. Y luego, sin que nadie pudiera suponerlo, arrancó marcha atrás a toda velocidad, hasta salir por la entrada que daba a la calle vecina. Y aprovechando la sorpresa se hundió en la oscuridad de la noche como si aquella máquina careciera del pedal de freno. Rebajes oportunos, aceleradas impecables. En quince minutos estaban en la calle Céspedes.

—Llegamos —anunció ella, satisfecha.

A su lado, blanco como un papel, su marido la observaba demudado.

—Te invitaría a pasar, pero prefiero encerrarme en casa antes de que Pedro Pérez llegue. Ah, y por cierto, para la próxima elige mejor a tus amigos.

Todavía sin poder articular palabra, Bautista la observó bajar del auto y entrar al edificio.

¿Dónde se había ido su Lui dulce y complaciente?

* * *

Durante más de una hora permaneció parada bajo la ducha, disfrutando del agua en la cara. Tratando de encontrar algo de alivio al dolor intenso que aún tenía en la nuca, allí adonde Pedro había tironeado sin piedad.

¿Qué les ocurría a los hombres? O eran estúpidos como Souto, indiferentes como Blas, aburridos como Romero, abusivos igual que Bautista, o directamente pasaban a la categoría de sádicos violentos, en la que Pedro Pérez tenía un lugar de privilegio. Estúpidos, egoístas, mentirosos, no conocía a ninguno, a excepción de su padre, capaz de amar de verdad aunque fuera una vez en la vida.

Claro que el peor de todos era Augusto. Porque él era un estafador profesional. Había mantenido la farsa de una amistad el tiempo suficiente

como para llevarla a la cama, (o a una pared sucia y miserable), para luego desaparecer de su vida como por encanto.

¿Tan idiotas eran los hombres? En un mundo en que el sexo sin compromisos podía encontrarse a la vuelta de la esquina y gratis, ¿por qué aprovecharse de las pocas mujeres que aún insistían en tener sentimientos?

Y no era que ella los tuviera hacia su cuñado, (¡no era tan tonta!), sino que él se había comportado como un verdadero hijo de perra, (¡y vaya si su suegra lo había sido!).

Se colocó un vestidito cómodo y liviano que habitualmente usaba para dormir. Su cabello todavía chorreaba agua, pero le daba igual. Era imposible usar un secador, y mucho menos un peine. Dolía demasiado. Y aún a pesar de que afuera la primavera había dado paso por unos días a un verano despiadado, se calzó las pantuflas con la cara del gato Silvestre que tanto le gustaba usar para calentarse los pies. Su facha era curiosa, tirando a catastrófica, pero aun así cuando sonó el timbre de la calle ni siquiera se molestó en arreglarse. A esa hora no pensaba dejar pasar a nadie.

—¿Quién es? —preguntó de mal modo.

Pero la respuesta la conmovió.

¡¿Cómo se atrevía él a estar allí?!

CAPÍTULO XIII

¿Qué estaba haciendo Luisina con Pedro Pérez?

Desde que los había visto juntos en el jardín de invierno, Blas no podía sacarse esa pregunta de la cabeza. ¿Sería posible que este idiota siempre se estuviera interponiendo en su camino! ¿Aproximarse a Lui sería para él una forma más sofisticada de vengarse de Alicia?

Cierto que, por lo poco que ella solía contar de su vida de casada, la fidelidad no era una de las virtudes del tipo. Pero Luisina no era mujer para una aventura pasajera. Ella era real, seria. Tan atractiva como inteligente, y quizás la única que Alicia consideraba una verdadera rival. ¿Acaso no había montado un circo al verla en Bariloche? ¿No era por su cercanía que finalmente Alicia había aceptado mudarse y comenzar una verdadera relación?

Sí, Pedro tenía mil razones para conquistar a Lui, pero ¿cómo era posible que ella cayera en su trampa?

—Tengo que irme —le anunció Blas a su acompañante.

—¿Qué?! Creía que luego del cóctel iríamos a mi departamento.

—Tengo algo muy urgente que hacer.

—Tú y tus malditas urgencias de vida o muerte. Pensé que salir con un médico sería fabuloso, pero no. Ahora me doy cuenta de que es una mierda. Siempre andas por allí salvando a la gente. ¿Nunca eres ni un poquito egoísta?

Blas no se engañaba: muchas veces lo era.

Como en ese preciso momento, por ejemplo. ¡Sí! ¡Tenía que salvar a Lui!

* * *

¡Augusto!

¿Qué hacía él en su casa, a esa hora de la noche?

En un principio Luisina dudó en darle acceso. Había trabajado muy duro para sacarlo de su mente, y no podía darse el lujo de volver atrás. Pero

también, muy en su interior, necesitaba entender, así que por fin apretó el botón.

Mientras lo esperaba se miró en el espejo. Estaba hecha un desastre: la melena enmarañada, el vestido viejo e informe. ¡Y ni hablar de Silvestre, que la miraba con una sonrisa burlona desde sus pies! Pero no iba a cambiarse. No por él. No se lo merecía.

El sonido del timbre la sobresaltó, como si no esperara a nadie.

Abrió la puerta con su peor cara de enojo, pero, para su sorpresa, la de él no era mucho mejor.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar, o grito un poco más para que los vecinos no se pierdan detalle?

—No tengo nada que ocultar.

—Yo no diría tanto —replicó él en tono de velado reproche.

Luisina respiró hondo.

—Está bien. Pasa.

La gentileza de la dueña de casa llegó hasta allí. Una vez él adentro, lo enfrentó con cara fiera.

—¿Qué quieres, Augusto?

—No me gusta meterme en tu vida, pero...

Ella lo interrumpió.

—Entonces no lo hagas.

—No es por gusto que vine hasta aquí, te lo aseguro. Pero Alicia Andrade me suplicó que hablara contigo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Alicia Andrade? Creí que se habían conocido en Bariloche.

—Sí. Pero esta noche, al verme, se acercó para advertirme.

—¿Advertirte?

—Tal parece que estabas en el cóctel con Pedro Pérez.

—¿Y qué le importa a Alicia Andrade de...?

Luisina se detuvo en medio de la frase. —¡Ah! —agregó, al advertir la situación.

—Alicia me advirtió acerca de su ex.

—¿Por qué a ti?

—Creyó que tú y yo éramos amigos. Es entendible. Muchos cometimos el mismo error —le reprochó, clavando en ella una mirada que daba miedo.

Pero no a Luisina.

—Sí, muchos —replicó de inmediato, enfrentándolo.

—Claro que conozco de sobra la historia. La escuché durante años. La madre solía venir desconsolada a las reuniones de la Fundación. Pedro Pérez es un tipo de cuidado.

—¿Y qué? ¿Tienes miedo de que me engañe, de que me lastime?... Debes creer que es muy fácil engañarme, ¿no?

—¡Yo no dije eso! Sólo que el tipo es peligroso, y tú, en cambio...

—Una tonta... ¿No es eso lo que quisiste decir?

Augusto se enojó.

—¿Por qué actúas como si yo te debiera algo, Luisina? En tal caso eres tú la que...

—¡Yo?! —replicó ella, enfurecida. Y ya se aprestaba a responder con vehemencia, cuando el sonido del teléfono la obligó a calmarse.

—¿Sí? —preguntó al aparato, pero sin dejar de mirar con odio a Augusto —. ¿Hola? —insistió.

Se quedó muda por unos segundos, y luego comenzó a vociferar.

—¿Crees que vas a asustarme con tus llantos, idiota? Estoy cansada de estas estúpidas amenazas. Y si tanto te molesta lo que escribo, no dejes de leer lo que saldrá publicado mañana. ¡Te encantará!

Colgó el teléfono con furia, dispuesta a continuar con esa otra batalla.

Pero ahora algo había cambiado en la actitud de Augusto.

—¿Cuánto hacer que recibes este tipo de llamados? —preguntó con auténtica preocupación.

—No te importa. No vas a creerlo, pero gracias a ti aprendí a cuidarme sola.

—¿Gracias a mí? ¿Qué quieres decir con eso?

El teléfono volvió a sonar. Augusto intentó atenderlo primero, pero Lui le arrebató el aparato de las manos.

—¡Hola! —gritó, enfurecida.

Pero a medida que escuchaba la voz del otro lado de la línea su cara iba transformándose lentamente. El castaño de sus ojos comenzó a opacarse, sus labios finos se crisparon en una mueca de dolor intenso, mientras se aferraba al teléfono como si de ello dependiera su salvación.

Agachó la cabeza, tratando de disimular las lágrimas.

—Entiendo... Tengo pasaje para mañana... Gracias.

Colgó el teléfono, y de inmediato tuvo la extraña sensación de estar desamparada. De encontrarse otra vez en casa de su madre, envuelta en un silencio lacerante, la maleta apoyada en la pared, y su padre, ansioso, con una

cara seria que no le conocía, aguardando junto a la ventana la llegada del taxi que iba a alejarlo de sus vidas para siempre.

Otra vez era una niña y estaba sola, tratando de entender lo inevitable.

—¿Tu padre? —preguntó Augusto.

Y Luisina sólo pudo romper en llanto.

Él la tomó entre sus brazos con ternura. Sin hablar. Conmovido por aquel dolor profundo, que no creía haber vivido en carne propia jamás. Trató de recordar sus sentimientos durante las horas vacías transcurridas junto a la cama del hospital, velando a su padre. Pero era miedo lo que primero llegaba a su mente. Y luego, al perder a su madre, sólo esa extraña sensación de alivio. Lui, en cambio... Podía sentir... Podía sentirla. Había algo en la pureza de su llanto que lo conmovía. Y no sólo eso. También le producía un dejo de envidia.

Sí, era un amor sincero que, por desgracia, Augusto no había experimentado jamás.

Por primera vez en su vida no se sintió torpe o inadecuado a la hora de brindar consuelo. Porque ahora el dolor de Lui también le pertenecía.

—¿Quieres que te lleve a casa de tu padre?

—No. Es a más de seiscientos kilómetros de aquí.

—No importa. Puedo arreglar las cosas y tomarme el día. Tengo el auto en la puerta.

—No. Tengo un pasaje para mañana. Pensaba... Pensaba verlo antes que... Quería... Quería contarle que era mía esa columna de la que todos hablan. Quería que se sintiera orgulloso de mí. Él, que tanto había luchado para que no abandonara el periodismo. Que me pagó la carrera con tanto esfuerzo...

Luisina echó a llorar.

—No te preocupes. Ahora él ya lo sabe —le murmuró Augusto, aún a pesar de sus más oscuras convicciones.

Y ella quiso creerle.

Continuó acariciándola, hasta que el cuerpo frágil de la muchacha comenzó a desfallecer entre sus brazos. Con dulzura la llevó hasta la cama para que se recostara. Lui lo dejó hacer, incapaz de oponerse, rendida por completo ante ese cariño sincero que tanto estaba necesitando.

—No te vayas —le suplicó cuando él se puso nuevamente de pie.

—No pensaba irme. Sólo quería prepararte un té, para que pudieras dormir.

—No quiero un té.

Augusto regresó, pero esta vez para acostarse del otro lado de la cama, a su lado. Tan cerca, que Luisina podía sentir su calor. Un calor agradable, delicioso.

—Cierra los ojos —le susurró él al oído—. Tienes que dormir. Mañana te aguarda un día muy largo.

Ella lo obedeció. Pero quizás no debiera haberlo hecho. Porque así, abandonada a su interioridad, cada caricia de él la alejaba un poco más de la muerte y el dolor, para arrastrarla de nuevo a la vida, al deseo. Para embriagarla con esa masculinidad tan intensa, que la convertía irremediabilmente en mujer.

Abrió de nuevo los ojos, tratando de romper el encanto. Pero tampoco resultó. Ahora la sangre le hervía. La carne le jugaba una mala pasada, haciéndole creer que podía encontrar consuelo en el mismo hombre que la había traicionado.

Augusto la miraba, atento. Como si tratara de descifrarla. Buscando con desesperación el remedio que la acercara otra vez al mundo de los vivos y a la serenidad. Y quizás sólo por aquietar el corazón de ella, la besó. Despacio. Con reverencia. Atento a no intensificar el dolor.

La mente de Lui dejó de pensar luego del primer beso. Tenía demasiada necesidad de ganarle a la muerte. De que le estallara el sexo, de sentirse mujer...

Tenía necesidad de él. De Augusto.

Y él sólo estuvo allí para complacerla. Para completarla. Para dibujar en su carne lo que él sentía muy adentro de su corazón.

Fue dulce. Pero más que nada, fue desesperado.

Cuando todo acabó, con los primeros rayos del día asomando por la ventana, se rindieron al sueño. Así, sin decir ni una palabra, igual que como habían hecho el amor, durmieron abrazados, sintiendo al otro, sin necesidad de hablar o dar explicaciones.

Sólo cuando se subieron al auto rumbo a la estación se rompió el encanto. Y de nuevo eran dos extraños, o peor aún, dos demasiado próximos.

—¿Quieres que le avise a Romero?

—No. Prefiero que no. De todas formas no va a notar mi ausencia. Ya tenía programado este viaje. Claro que él ignoraba mi destino. Y prefiero que siga siendo así. Hoy, en mi columna, va a aparecer un artículo que incomodará a más de uno. Ayer me entrevisté con un funcionario. El tipo me contó hasta lo

que no le pregunté. Será la primera vez que se pueda dismantelar un negociado antes de que ocurra.

—¿Seguro de que no es una trampa?

—¿Pescado podrido?

—¿A qué te refieres?

—Así llamamos los periodistas a las falsas noticias, sólo fabricadas para desprestigiar a alguien. A veces al mismo periodista.

—Es una posibilidad. Muchos quisieran convertirte en burla nacional.

—Hace un mes que estoy atrás de esto. Por primera vez pude hacer verdadero periodismo. Sé que lo que ese hombre me dijo es cierto.

—¿Y qué gana él?

—Abrir el paraguas en caso de que este gobierno caiga en las próximas elecciones. Si eso ocurre, yo me comprometí a señalarlo como mi fuente.

—Él se llevaría el honor, sin tener que arriesgar el pellejo.

—Como hacen todos los políticos.

—No me gusta eso, Lui. Es muy peligroso. Alguien podría estar siguiéndote.

—Por eso me voy.

—Escucha...

—¡No! Escucha tú, Augusto. Siempre soñé una noticia como esta. Informar algo que pudiera cambiar la historia. Que pudiera hacer un poco mejor mi patria. Estoy harta de rendirme ante los malos. De agachar la cabeza... Confundir la vida con respirar me hizo muy infeliz. Ahora quiero otra cosa.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerte?

—Nada.

De nuevo un silencio demoledor se interpuso entre ambos. Y así continuó incluso cuando ya estaban parados, aguardando por el autobús.

No fue sino hasta que se estacionó en la plataforma, que Luisina se creyó obligada a hablar.

—Bueno, me voy.

—¿De verdad no quieres que te acompañe? Puedo arreglar todo en un minuto.

Luisina se espantó al oírlo. Porque supo de inmediato que se moría por decirle que sí, que la acompañara. Que no se alejara de su lado nunca más.

Pero las cosas no funcionaban así. Si algo había aprendido luego de su divorcio era que no se debía confundir la lástima con el amor.

—Escucha, Augusto... Lo de anoche...

—Lo sé. Somos sólo dos buenos amigos dispuestos a ayudarse.

—Gracias.

Luisina subió al autobús sin mirar atrás. Pero Augusto no se movió de allí. Era como si aguardara algo... O simplemente tratara de entender.

—¿Por qué no me llamaste nunca más?

La voz de Luisina lo sorprendió.

—¿Qué haces aquí de nuevo? ¿No te vas a ir?

—Sí, ahora. Pero quería preguntarte eso. ¿Por qué no llamaste nunca más?

—Lo hice. Dos veces. Esa noche, y a los dos días.

—Yo no te atendí.

—No. Lo hizo Bautista. Las dos veces. Me dijo que estaban juntos.

Un hombre interceptó a Luisina antes de que ella pudiera responderle.

—Suba, señora. El autobús tiene que partir.

—Sube, ya es muy tarde —la animó Augusto.

Ella lo obedeció como un autómatas. Estaba confundida.

Se sentó en su asiento, un poco empujada por la azafata, pero de inmediato buscó con la mirada la figura huidiza de su cuñado, parado allí, observando cómo se alejaba.

Y recién cuando ya era imposible que la viera, agitó su mano y lo saludó.

* * *

—¿Qué haces aquí?

—Bianchi me llamó de urgencia. Recién salgo de quirófano. Es el tercero que opero en menos de cinco horas.

—Como siempre nos derivaron todas las víctimas. Nuestro jefe estaba tan loco, que tuve que venir directamente del cóctel. Por cierto, te busqué para que me trajeras, pero habías desaparecido. ¿Qué ocurrió? ¿La rubia estaba tan buena que fue imposible esperar al fin de la velada?

Blas paseó una mirada de desprecio sobre esa mujer que alguna vez había amado tanto. ¿A qué estaba jugando Alicia? Durante los pocos meses de su convivencia se las había ingeniado para alejarlo de todas las maneras posibles. Como con su estúpida manía por lucir horrible. Habitualmente prolija y cuidada, bastó que fueran pareja para que se abandonara hasta rayar

en la suciedad. Y así como ahora buscaba hasta la menor excusa para aproximarse a él y tocarlo, entonces solía maltratarlo con palabras hirientes, insultos descarados o, peor aún, simplemente su desdén.

—Hoy en el cóctel estaba mi ex —informó ella, simulando indiferencia, pero muy atenta a la reacción de Blas.

—Lo sé. Estaba con Luisina.

—Curioso, ¿no? Me pregunto de dónde se conocerán.

—¿Viniste hasta aquí sólo para sacarme información?... ¿Tanto te interesa tu exmarido?

—¡No digas tonterías! Es tu amiga la que me preocupa. Pedro es un tipo duro, y ella una tonta.

A pesar de la mueca de disgusto que se apuró a dibujar en su rostro, Blas también estaba preocupado por Lui. El llamado de Bianchi lo había sorprendido a dos calles de su casa. Desde entonces que intentaba inútilmente comunicarse con ella. Al parecer había apagado su móvil. Y ahora, casi medio día después, estaba tan cansado como confundido. Y ya no sabía si le pesaba más que el idiota de Pedro Pérez conquistara con facilidad las mismas mujeres que a él lo rechazaban, que Luisina se dejara seducir por cualquiera...

O que Alicia no pudiera sacarse de la cabeza a su ex.

* * *

—¡Jefecito! Otra vez está el doctor Stuar esperándolo en su despacho.

Romero resopló.

—No, querido Augusto —informó al entrar a la oficina, alargando las palabras a causa del fastidio—, lamento decirte que Lusina todavía no regresó.

—¿No tendríamos que averiguar si está bien?

—¿Por qué mejor no la llamas a su móvil, si tanto te preocupa?

—Tampoco es cuestión de acosarla.

Su amigo le devolvió una sonrisa burlona.

—Lo tiene apagado, ¿no?

—Desde el primero día.

—No sé por qué estás tan desesperado por Lui. En mi caso, en cambio, se

justifica. De hecho, si se demora un día más creo que terminaré suicidándome. Al parecer este estudio sólo funcionaba gracias a ella. Por lo visto aquí nadie sabe tipear, usar la impresora o el archivo. Ninguno quiere responsabilizarse por los plazos judiciales. ¡Si incluso, antes de irse, Lui tuvo que corregirle una demanda al abogado nuevo, que se contradecía dos veces en un mismo párrafo!

—¡No seas tacaño, hombre! Lo tuyo se arregla fácil. Sólo contrata a alguien para que la reemplace.

—¡Imposible! Lo que falta en este país es gente capacitada y con ganas de trabajar.

—¡Eso no es cierto! En Estados Unidos, los argentinos...

—¡Ese es el problema! En Estados Unidos, en Europa... Los mejores siempre se van de este país de mierda.

—¿Qué te pasa?! Si tanto te molesta la Argentina, ¿por qué no te vas? Aquí nadie va a extrañarte.

—¡Vamos, Augusto! ¿Por qué defiendes lo indefendible? Este país es un horror ¿O acaso no leíste sobre la renuncia del ministro en el diario de la mañana?

—Y con suerte no será el único.

—Esa Buchona desató un verdadero escándalo... Y hablando del asunto: González Prato es amigo tuyo, ¿no es cierto?

—Bastante.

—Así que seguramente tú conoces el verdadero nombre de La Buchona, ¿me equivoco? Él te lo debe haber dicho.

Augusto enrojeció.

—No, nunca lo mencionó.

—¿Estás seguro?... ¡Vamos! Me juego a que el autor de “La reina del baile” es el mismo González Prato.

—¡Basta, Romero! ¿Qué mierda te importa? La columna es buena y con eso alcanza.

—Dudo que La Buchona sea mujer. Para decir esas cosas hace falta tener cojones. Es muy peligroso ponerse a este gobierno en contra. Primero te envían a la AFIP para que revisen hasta el último número de tus impuestos. Luego, por si no entendiste el mensaje, a la barra brava más salvaje de nuestro fútbol, para que te ayude a aclarar tus ideas. Y si nada de eso funciona...

—¡Basta, Romero! —lo interrumpió su amigo, enfurecido—. ¡Por favor! ¿No tienes nada mejor que hacer, que andar por allí presagiando desgracias?!

—¡Bueno!... ¡Qué carácter tienes últimamente! Parece que la ausencia de tu cuñada te trae mal.

—No digas estupideces.

—¡Vamos, Augusto! Está bien que todavía insistas en llamarme por el apellido, pero hace más de veinte años que te conozco... Tu cuñada te gusta. ¡Y mucho!

Su amigo lo miró desconsolado. Y luego de un buen rato de luchar consigo mismo, por fin confesó.

—Sí. Me gusta... Pero por desgracia es mi cuñada.

—No pensé que la opinión de Bautista fuera tan importante para ti.

—¡Me importa un cuerno lo que piense él, o el resto de la humanidad! Jamás le presté atención al pasado de una mujer, y no voy a comenzar ahora... No, a lo que me refiero es que, como Luisina es mi cuñada, la conozco demasiado.

—¿Alguna vez intentaste algo con ella?

—Cuando estaba recién separada. Alguien me llenó la cabeza para que tratara de conquistarla.

—¿Por qué querría alguien eso?

—Porque Lui andaba con la autoestima demasiado baja y no podía despegarse del idiota de mi hermano. Esa persona creyó que una nueva relación la ayudaría. Y como siempre ella me había gustado un poco...

—¿Y qué pasó cuando lo intentaste?

—Nada. Al principio creí que era por Bautista. Pero ahora me doy cuenta de que no. Que lo que Lui no logra quitarse de la cabeza es su estatus de mujer casada. Ella busca lo único que no le puedo dar: una relación estable.

—¡Chocolate por la noticia! Como todas después de los treinta.

—Pues ya probé el matrimonio y no resultó. Todavía me duele lo de Andrea.

—Las mujeres son demasiado complicadas.

—Invertí mucho en la relación con Andrea. Nos llevábamos... bien. Ella conocía mis neuras, y yo sus manías. No sé si éramos la pareja perfecta, pero la pasábamos... bien.

—Te hizo mierda que se fuera, ¿no?

—Lo último que quiero es que me vuelva a pasar algo así. No es lindo quedarse en pelotas de un día para el otro, preguntándose “¿qué coño hice mal?”

—Que una te haya dejado no quiere decir que lo hagan todas.

—Luisina ya me demostró que es muy capaz de dar un portazo sin mayores explicaciones. Y yo no tengo ganas de subirme de nuevo a la montaña rusa de una relación.

—Pues a mí me parece que ya tienes todos los boletos. Hace quince días que sólo te sientas en mi despacho, aguardando a que ella regrese.

—No te confundas, Romero. Mi preocupación es otra. Últimamente Lui se ha rodeado de gente muy peligrosa.

—¿Peligrosa?

—El exyerno de Alicia Andrade, por ejemplo. ¡Y hasta el mismo Bautista! No te olvides que mi hermano ya estuvo jugando con un arma.

—Entonces tu interés por ella es inocente.

—¡Por completo!

Su amigo lo observó con recelo.

¿Acaso se podía confiar en la palabra de un hombre que había amasado una fortuna por mentir en forma convincente? Después de todo, como decía su madre, no había nada más falso que la palabra de un abogado.

¿O no?

* * *

La muchacha resopló.

Pocas veces el placer había sido tan intenso.

Ese viejo, aún a pesar de estar cerca de los cincuenta, en verdad podía sacudir a una mujer.

La niña se miró al espejo. ¿Cómo iba a hacer para cubrir sus moretones? Tendría que decir que habían intentado asaltarla camino al cole para que su madre no se enfureciera. Y, con un poco de suerte, incluso la vieja le tenía lástima y le tiraba algunas monedas... ¡Ja! La pobre se hubiera muerto con sólo enterarse de la mitad de lo que había ocurrido allí esa tarde. Porque la muy tonta era más antigua que el Mario Bros. y todavía se pensaba que el sexo era como en las novelas.

—¿A quién estás llamando con tanta insistencia?

—¿Qué mierda te importa? ¿O acaso crees que voy a darle explicaciones de mi vida a cualquier puta que llevo a la cama?

La muchachita hizo silencio, atemorizada. Había algo en aquel viejo que la asustaba tanto como la atraía.

Pedro Pérez cerró su móvil con enojo. La perra de Lui continuaba sin dar señales de vida. Ya estaba harto de llamar a su departamento, de montar vigilancia en casa de Bautista. La muy cerda había desaparecido incluso de su trabajo. ¡Cómo si se la hubiera tragado la tierra!

¡Idiota!

Daba igual. Él era muy paciente. En algún momento Lui iba a regresar. Y ese día...

* * *

Augusto apretó el botón del séptimo piso.

Por suerte la vecina le había dado acceso al edificio. Ahora podría pasarle esa nota a Lui por debajo de la puerta, y cuando ella regresara... Porque algún día tenía que regresar. Y cuando ya la supiera sana y salva, por fin podría sacársela de la cabeza.

Salió del elevador y se detuvo extrañado.

¿De dónde venía esa música? Gritos, risas... Eso sonaba a fiesta.

Pero, aún más extraño, aquel batifondo provenía de la casa de Lui. ¡Con razón no había escuchado el portero eléctrico!

Apretó el botón del timbre dos veces. Pero era tanto el barullo que ni él pudo distinguir el ruido de la chicharra. Golpeó con fuerza. Y ya se disponía a hacerlo otra vez, cuando la puerta se abrió como por encanto, sin que nadie asomara del otro lado.

—¿Quién eres? —preguntó una vocecita aguda que parecía surgir del suelo.

Augusto agachó la cabeza. Una niñita de rulos rubios y sonrisa pícara lo observaba con curiosidad.

—Yo soy Nuni, ¿y tú?

—Soy Augusto, hola... ¿Podrías avisarle a Lui que estoy aquí?

—No. Está ocupada —respondió la niña.

Y sin más explicaciones le cerró la puerta en la cara.

Augusto insistió con los golpes.

—¿Ahora qué quieres? —preguntó la niña, resoplando.

—Soy amigo de Lui. ¿Puedo verla?

—Lui no me deja abrir la puerta.

—Pero ya la abriste... ¿Puedo pasar?

La niña se hizo a un lado, y recién entonces Augusto notó que era tan pequeña, que sólo en puntas de pie llegaba a la manija de la puerta.

Más allá, en la terraza, el sonido de la música y los gritos eran atronadores.

—Lui nos compró el “*creici dans*”, pero Vicky no me deja jugar porque dice que hago lío. Pero yo sé jugar. Hay que esperar a que la flechita llegue arriba para pisar la alfombra. ¡Sólo cuando está arriba!, ¿entiendes?

Sí, por desgracia Augusto entendía muy bien. Todavía recordaba una tarde completa de tedio en un centro comercial, contemplando a Irina y sus amigas pegar saltos en una máquina, mientras sonaba un ruido espantoso que simulaba ser una melodía de Beethoven. Al parecer esa era una versión casera del mismo aparato. La clave estaba en reproducir con los pies, pisando las flechas que estaban dibujadas en una alfombra, los mismos movimientos de las que aparecían incesantemente en la pantalla del televisor.

Augusto y su pequeña anfitriona salieron a la terraza. Pero era tanto el entusiasmo de las que jugaban, que ni siquiera advirtieron su presencia.

Luisina saltaba una y otra vez con gracia, bajo la atenta mirada de una niña mayor.

Su cuñado no pudo evitar una sonrisa al verla.

Quizás porque su afán por no errar los pasos la hacía ver graciosa.

O porque estaba sana, salva y feliz.

O por la forma sensual en que su faldita se movía con cada pirueta.

O...

Luisina intentó una acrobacia desesperada y perdió pie. Y ya se imaginaba en el suelo, como las otras dos veces, cuando algo la contuvo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba en brazos de...
¡¿Augusto?!

—¡Nuni! ¿De nuevo abriste la puerta de Lui sin permiso? ¿Qué te dijo mamá? —la reprendió su hermana mayor.

Luisina, en cambio, continuaba muda, allí, aprisionada justo en el lugar al que se había prometido no volver jamás: los brazos de Augusto.

—¿Estás bien? —le preguntó él ante su silencio.

—¿Qué haces aquí?

—Nuni me invitó a pasar —mintió con descaro.

—Veo que ya conoces a Daniela. Esta que está aquí es Victoria, de siete años.

La jovencita le extendió la mano ceremoniosamente, mientras que Nuni lo convidaba con una masita a la que se había encargado de quitarle el dulce de un lengüetazo.

—¿Quieres, Adusto? Está rica.

Su hermana mayor interceptó semejante bocado antes de que llegara al destinatario.

—¿Por qué mejor no traes la bandeja para que Augusto elija?

Estirándose de forma graciosa la niñita obedeció a Lui, no sin antes colgarse del mantel, para horror de los presentes.

—Victoria, ¿puedes jugar con Nuni mientras charlo con Augusto?

—¡Pero ella no sabe jugar!

—Adusto me va a ayudar con las flechas del piso... ¡Ven, Adusto!

—Augusto no... —comenzó a decir Lui. Pero, para su horror, su visitante tomó a la pequeña entre sus brazos y comenzó a saltar al compás de las flechas que surcaban la pantalla.

Luisina los observó por un buen rato, embelesada.

—¡Mal!... ¡Mal! Están fallando en todas las flechas de adelante —se burló Victoria, ansiosa por evitar que su hermana menor la derrotara.

—Ven, Lui. ¡Ayúdanos! Encárgate de esas malditas flechas.

—¡Sí! Ven Lui —se entusiasmó Nuni, mirando a su hermana desde las alturas.

—¡Eso es trampa! —llegó a quejarse Luisina, justo en el momento en que su cuñado la tomaba por la cintura con su mano libre, obligándola a ubicarse delante de ellos en la pequeña alfombra.

La pantalla comenzó a teñirse de felicitaciones. “Perfect”, “Great”, “Good”, decía ante cada acierto.

—Vamos, Victoria —se entusiasmó Augusto, rojo por el esfuerzo de tanto salto—. No podemos permitir que la máquina nos gane. Tenemos que hacerlo perfecto.

La niña no tardó en unirse al juego, y pronto aquello se convirtió en un pandemonio. Gritos, pisotones, carcajadas y más de un empujón, unieron a todos en la difícil tarea de no fallar una flecha.

—¡Miren! —se entusiasmó Vicky, que a diferencia de su hermanita podía entender las letras de la pantalla—. ¡Casi acertamos todas!

Nuni pegó un salto de alegría, pero su entusiasmo produjo una reacción en cadena que terminó haciendo perder el equilibrio a Luisina. Por fortuna allí estaba Augusto, que rápidamente la sostuvo, apretándola contra su cuerpo sudoroso.

—¡Cuidado, Lui! No te salgas de la alfombra que es trampa. Agárrate de Adusto, como yo.

—¡Sí! Ven con “Adusto”, Lui —se burló él.

—No puedo más. Tengo que parar —replicó Luisina, un tanto perturbada por... ¿el juego?

—¡Claro que no! Ya casi estamos ganando. Es más, lo cambiaremos al próximo nivel. Victoria, Nuni, Luisina... ¡todas a la alfombra! ¡A matar o morir mis valientes!

—Sí, vamos a matarlos con una pistola. ¡Pum, pum! —se entusiasmó Nuni.

La música volvió a sonar, pero esta vez las flechas estaban fuera de control. Como si jugaran al Twister, no sólo los pies, sino todo el cuerpo se usaba en pos de apretar el botón correcto en el piso. Pero cuando ya la música se había acelerado hasta no dar tregua, convirtiendo una bella melodía en el frenesí de un loco, alguien dio un paso en falso, y los cuatro cayeron al suelo entre risas.

—¿Qué fue eso? —se preocupó Lui, emergiendo de una masa informe de cuerpos sudorosos.

—Un terremoto grado diez en la escala de Richter.

—¡No, Adusto! Se llama “Craici dans” —explicó Nuni a su poco informado visitante.

—No —insistió Luisina—, creo que Ninita se despertó.

Se puso de pie, para desaparecer de inmediato por la puerta del dormitorio.

—¿Quién es Ninita?

—Es mi hermana más grande —explicó Nuni, solícita.

—¡No, tonta! Yo soy tu hermana mayor. Ninita es la más pequeña.

—¡No! ¡Yo soy la más pequeña!

—¿Ah, sí? ¿Tú te chupas el dedo?

—¡Sí! ¡Mira!

Nuni comenzó a actuar como si fuera un bebé. Pero atrás de ese gesto tonto, Augusto pudo leer el dolor abrumador que escondía su mirada.

—¡Pobre bebito! —se burló, siguiendo el juego. Y antes de que la niña pudiera reaccionar la levantó por los aires, sosteniéndola por los tobillos.

—Vamos a llevar a este bebé a su cuna.

Nuni, con la cabeza hacia abajo y la cara cubierta de rulos, chillaba de alegría.

—¡No, Adusto! ¡Es para el otro lado!

—¿La cuna está para el otro lado?

—¡No! ¡Que me voy a caer!

Augusto la sacudió todavía un poco más, para hacerla aterrizar luego en el suelo, entre risas.

Nuni estaba encantada, más, incluso, que lo que ese juego tonto merecía. Ella y su hermana reían como si cada carcajada las ayudara a expulsar tanto miedo y dolor de sus pequeños cuerpos.

Algo resonó en el interior de Augusto.

Conocía esa angustia en carne propia. El ruido del sillón del hospital mientras aguardaba callado la muerte de su padre. El miedo ante una realidad que no entendía. La angustia por un futuro de huérfano que no llegaba a imaginar.

Sintió que las lágrimas oscurecían su mirada, pero hizo un rápido esfuerzo por sobreponerse. Después de todo la historia de esas niñas era muy distinta a la suya. Ellas no habían perdido su única fuente de amor y cordura. No estaban solas. Tenían a su madre, y además tenían a...

Levantó la cabeza y miró hacia la puerta del cuarto.

De repente el tiempo se detuvo.

Augusto ya no podía pensar más. Ni siquiera recordar.

Luisina estaba allí.

¡Qué tontería! Sólo era Lui. La misma Lui de siempre, saliendo del dormitorio.

Pero no. No era la de siempre. Había algo muy distinto en su mirada. Una luz nueva. Dulce, acariciante... Nunca antes había contemplado tanta ternura en el rostro de una mujer. Y de seguro nunca en el de su madre. Ni siquiera en el de Andrea.

¡Qué estupidez! ¿Por qué se conmovía así?

Luisina jugaba con la bebé que llevaba entre los brazos, tratando de confortarla. Como si en la sonrisa de la niña se encontrara oculto el sentido de la vida, y sólo ella lo pudiera develar.

Recién cuando Augusto ya estaba tan cerca que casi podía tocarlas, Luisina se percató de su presencia allí.

—Esta es mi hermanita Soledad. Ninita para la familia.

—Ya veo el parecido.

—¿Lo crees?

—Las dos son hermosas.

Las niñas se les unieron de inmediato. Nuni reclamaba que “Adusto” la levantara una vez más, mientras que Victoria jugaba su papel de hermana mayor, intentando obligarla a comportarse.

—La madre estaba muy mal. Tal parece que los últimos días de mi padre fueron agotadores para ella. Así que me ofrecí a traerlas por un tiempo, para que pudiera reponerse un poco.

—¿Por qué tengo la sensación de que este era un favor más para ti, que para ella?

—Mentiría si te dijera que no disfruto tenerlas conmigo. Estos días con las niñas me permitieron recuperar parte de todo el afecto que me brindó mi padre, y fueron los más felices de mi vida. Pero...

Luisina se detuvo como si no tuviera el valor para continuar.

—¿Cuándo viene la madre a buscarlas?

Los ojos de la muchacha se humedecieron mientras acariciaba a la bebé.

—Estoy harta de perder cosas en mi vida.

—También la madre las necesita, ¿no te parece?

—Lo sé. Es sólo que...

Las niñas los cercaron de nuevo con sus reclamos, interrumpiendo la brevísima charla.

De inmediato a un juego lo siguió otro, y ya los cinco eran el bello retrato de una familia feliz. Pero, ¿acaso existía tal cosa?

Como fuera, la fantasía duró hasta la noche. Y durante todo ese tiempo Lui jamás le preguntó a su cuñado el motivo de su visita, ni él hizo el menor intento por retirarse. Ambos aceptaron ese retazo de felicidad sin preguntar, disfrutando del momento, hasta que el timbre los volvió a la dura realidad.

La joven viuda de Ramos, una mujer hermosa, no mucho mayor que su hijastra, con el dolor pintado en el rostro, se refugió de inmediato en el afecto de sus hijas. Una escena conmovedora. Y sólo Augusto pudo percibir la tensión en el rostro de Luisina al entregar a la bebé.

Por ese tipo de cosas no creía en Dios. Luisina había nacido para la maternidad, y negársela era como robarle parte de su esencia. ¡Bautista era un idiota! De haberle regalado un hijo, ella le habría perdonado cualquier cosa. Porque su cuñada era así. Sabía amar sin límites.

—Es una lástima que Lui no tenga hijos propios, ¿no? ¡Es tan buena

muchacha! De no haber sido por ella nuestra vida sería un desastre... ¿Tú eres su cuñado, no?

—Me considero más un buen amigo.

—Ella te mencionó un par de veces. Te aprecia mucho... Sí, un buen amigo es muy importante. Pero a veces una mujer necesita algo más: un buen hombre, por ejemplo... ¿Sabes? Mi marido no tenía mucho apego por Bautista. Siempre supo que ella merecía algo mejor. Bueno, disculpa que sea tan franca, pero...

—No, está bien. Yo opino lo mismo de mi hermano.

—Él la lastimó mucho.

La joven viuda hizo silencio. Pero su mirada fue más que elocuente.

Augusto se justificó de inmediato.

—Lo último que quiero es lastimar a Lui, si eso es lo que te preocupa.

—Ese es el problema, Augusto. Estoy convencida de que no quieres lastimarla. Sólo te pido que tengas cuidado, porque a veces se puede hacer mucho daño “sin querer”.

Durante la cena Augusto se quedó pensativo. Había muchas cosas de Luisina que lo atraían, (¡y cómo!), pero otras... Quizás esa mujer tenía razón y llegaba la hora de tomar distancia. Ella buscaba una pareja estable, un hijo, y él ya estaba desencantado de las dos cosas. Por desgracia la convivencia daba paso al tedio, y los bebés adorables se convertían en adolescentes monstruosos. Había vivido buena parte de su vida adulta embarcado en complacer los deseos de una mujer, y no tenía ganas de empezar de nuevo con otra.

Quizás si Luisina no hubiera estado tan desesperada por ser madre...

Un hijo requería permanencia, estabilidad. Y él, de tan quieto, ya se sentía estancado.

¿Qué estaba haciendo allí, entonces?

No quería lastimarla.

A ella.

A Lui.

De nuevo se perdió en la dulzura de su gesto maternal, en el sonido de su risa.

Sí, lo más honesto que podía hacer por ambos era salir de allí ni bien la madre se llevara a las niñas, con la excusa de alcanzarlas hasta la estación. Huir como una rata de ese lugar en que se sentía tan cómodo y era siempre tan feliz.

El sonido del timbre lo despertó de sus cavilaciones.

—Ese debe ser el taxi que nos va a llevar a la estación de autobuses.

—¡Yo te acompaño! —exclamaron Lui y Augusto al unísono.

—No, gracias. El conductor es un buen amigo de mi padre, y se ofreció a encargarse de todo. Además, creo que así va a ser más fácil para las niñas. Cuanto más corta la despedida, será menos dolorosa, ¿no les parece?

Cuando la puerta de calle se cerró y quedaron de nuevo solos, Luisina no le preguntó a su cuñado el motivo de su visita, ni él hizo intento alguno por retirarse. Por el contrario, se acercó y la tomó entre sus brazos. Ella se dejó abrazar, y ambos aceptaron ese remanso de paz sin formular palabra alguna. Como si algo muy profundo los uniera.

Por un buen rato permanecieron juntos en medio de la sala, quietos, sin saber si era más el consuelo que brindaban con esas caricias, o el que obtenían de ellas.

Y así hubieran continuado, quizás por siempre, cuando una vibración molesta los obligó a tomar distancia.

—¿Es tu teléfono?

—No. Creo que es el tuyo.

—Yo jamás lo llevo encima cuando estoy en casa.

—Eso, o tu trasero comenzó a temblar sin ningún motivo.

Lui buscó en el bolsillo de su jean.

—¡Esta Nuni!... ¡Le dije que dejara tranquilo el aparato!

Luisina tomó distancia para atender.

—¿Hola?... ¡No!... ¡¿Y a mí que me importa tu ropa?! Porque te haya ayudado con eso no quiere decir que vaya a lavar tu ropa por siempre. ¡Usa el lavarropas!... Entonces ve al lavadero... Un acuerdo de divorcio significa eso. ¿Hasta cuándo voy a tener que hacerme cargo de ti?... ¡No! ¡Claro que no puedes venir!... Sí. Estoy con alguien. Con Augusto... ¡Por supuesto que es ese!... ¿Qué te importa, Bautista? ¡Son cosas mías!... Sí, con tu hermano... Hago lo que quiero, porque para algo me divorcié de ti.

Luisina cerró el aparato con odio.

—A buena hora se le ocurre a tu ex ponerse celoso.

—¿Sabes cuál es el problema con ustedes, los Stuar? Que están acostumbrados a obtener siempre lo que quieren de mí. ¡Pero ya no más!

—¿Y yo qué obtuve?

Ella tomó distancia.

—¿Qué viniste a hacer aquí, Augusto?

—Quería saber cómo estabas... Además, ¿desde cuándo los amigos necesitan razones para verse?

—¡Bonito amigo eres tú!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Para qué viniste, Augusto? ¿Para saber de mí, o para que acabáramos la noche en la cama?

—Ahora que lo dices, creo que por ambas cosas. ¿Está mal? Me agrada acostarme contigo, lo cual no tiene por qué interferir en nuestra amistad. Te guste o no, nos hemos convertido en “amigos con beneficios”, sólo eso.

—Estoy harta de que todos se beneficien de mí.

Enojado, Augusto la cubrió con su sombra. Y como siempre que Luisina se enfrentaba a esa masa bien torneada de músculos y virilidad, muy a su pesar, comenzó a temblar como una niña asustada.

—Soy yo, Lui: Augusto. Lamento que todavía no me conozcas. Jamás me aproveché de una mujer, y no voy a comenzar contigo. ¿Sabes por qué? Porque te quiero. No posiblemente de la forma en que necesites que te amen. No soy tu buen doctor, que llegó casi a los cuarenta siendo soltero. Yo vengo de una relación, y lo menos que quiero es entrar en otra. Y si me permites, creo que tampoco tú estás lista para algo más serio. Pero esa es sólo mi humilde opinión. Así que, como los dos somos adultos y necesitamos tanto sexo como cualquiera, no veo nada de malo en acostarnos de tanto en tanto. Sin compromisos. Sólo por placer y pasar el rato. Sin trampas ni riesgos para la salud. Además, no sé si será sólo mi impresión, pero tal parece que nos sale bastante bien.

—Yo quiero mucho más que eso.

—Lo sé... Me bastó verte con Ninita en los brazos para entenderlo. No pasará mucho antes de que adoptes un niño. Y entonces yo voy a estar allí para ayudarte. Y cuando el “señor perfecto” aparezca en tu vida, seré el primero en hacerme a un lado y darte mi bendición.

Luisina dudó.

¿Podría ella hacerse a un lado si otra aparecía en la vida de Augusto?
¡Claro que no! Porque por desgracia se había enamorado de él.

¡Típico! ¡Siempre enredándose con el hombre equivocado!

Y Augusto era el más equivocado de todos.

¿Así acabaría? ¿Convertida en una amante ocasional, siempre disponible ante los caprichos del otro?

Porque, ¡para qué engañarse!, no existía tal cosa como “el príncipe azul

dispuesto a rescatarla”. Augusto, Bautista, Blas... Sólo ellos estaban allí, muy próximos.

Demasiado próximos.

Y quizás por tanta cercanía el calor del cuerpo de Augusto comenzó a quemarla.

Sus besos no pedían ahora permiso ni esperaban respuesta. El deseo de él dibujaba en la memoria de Lui un dulce recorrido que la llenaba de ansias y anhelos olvidados.

No sólo lo dejó tocarla. También ella liberó parte de su frustración en aquel deseo intenso que los amarraba en un destino común. Y quizás por lo prohibido de ese maldito sentimiento, el efecto de cada caricia se magnificaba en una orgía de sensaciones nuevas y pasadas.

Les llevó un par de horas, muy intensas, el saciarse. Y recién luego se abandonaron a aquel otro placer, mezcla de costumbres viejas e intimidad recién descubierta. El encanto de dormir uno en brazos del otro, como si se pertenecieran de verdad.

Y quizás porque esa ilusión era sólo una mentira, Luisina fue la primera en despertar.

—¡Augusto! Esta vez es tu teléfono. Está sonando.

Él hizo un esfuerzo por abrir los ojos, y entonces le sonrió sin mover ni un músculo.

—De verdad, ¿es tu teléfono! Y debe ser algo importante, porque no deja de sonar.

—Olvídate del teléfono —le dijo, capturando su cintura.

—No empecemos otra vez.... Tengo que ir a trabajar.

—Sólo quiero sentirte. Sin segundas intenciones.

Luisina tomó distancia.

Sentir. Eso era justamente lo más peligroso.

Lo único que en ese juego estúpido estaba prohibido hacer.

—Tu teléfono, Augusto.

Se lo alcanzó, para luego dirigirse al cuarto de baño.

Para cuando regresó al dormitorio ya no era la única completamente vestida.

—Lo lamento. Tengo que irme ya mismo, Luisina. Es algo muy urgente.

—Bueno.

¿Qué más podía responder? Una novia o una esposa tenían derecho a preguntar. Pero ella era apenas una “amiga con beneficios”. Una amante.

Tendría que acostumbrarse a esas huidas intempestivas, con el tiempo justo para no dar lugar a reproches o exigencias.

El ruido de la puerta principal al cerrarse la golpeó como una cachetada.

Sí, ese era su nuevo destino. No demasiado lejos del anterior, como su terapeuta le había predicho. Claro que ahora tenía más derechos...

Lástima que eran los únicos que no le interesaba ejercer.

¿Qué había de malo con ella?

¿Es que no existía un hombre que la pudiera amar de verdad?

* * *

—Ese es el hombre que busca. El de allá. El lindo con anteojos. Ese es el doctor Blas Montes de Oca.

Augusto frunció el ceño. Sí, por desgracia conocía demasiado bien a ese “lindo doctor”.

Muy a su pesar corrió al encuentro de su oponente.

—¡Blas!

—¿Augusto?... ¿Qué haces aquí?

—Andrea fue mi pareja por más de diez años. Nunca mencionó que se atendiera contigo.

—Me llamaron porque yo era el último nombre registrado en su agenda, pero la verdad es que la vi una sola vez. Quería hacer una interconsulta por su cáncer.

—¿Cáncer?! Andrea no tiene cáncer. ¿De qué hablas?

—Entenderás que no puedo discutir los problemas de mis pacientes con...

—¡Se está muriendo, Blas! Acaba de tomar tantas pastillas como para matar a un elefante, ¿y tú me hablas de secreto profesional?

—Hace dos años que a tu mujer se le diagnosticó cáncer de seno.

—¿Dos años?!

—Quizás un poco más, no recuerdo. Sólo la vi una vez.

De repente todo cobraba sentido para Augusto. El alejamiento de Andrea, su negativa a verlo.

—¿Tan enferma estaba?

—Sí, pero no de cáncer, sino de vanidad.

—¿Qué significa eso?

—Como yo mismo le expliqué, al igual que los otros diez médicos que la habían visto antes, su cáncer estaba lejos de ser terminal. Sólo era cuestión de quitarle el pecho y las terminaciones ganglionares de la axila. Luego se la irradiaba, se le hacía algo de quimio...

—¿Ella se negó?

—Durante dos años. Dijo que prefería la muerte antes de quedar deformada. Y ahora entiendo que no mentía.

—¿Ya la viste?

—Acabo de salir de su habitación.

—¿Y?

—Te lo habrán dicho: está en coma. Posiblemente muera en las próximas horas... o meses. El daño cerebral es muy importante.

—¿Existe alguna posibilidad de que sobreviva?

—En mi vida profesional he visto lo que la gente llama milagros. Los límites entre la vida y la muerte no suelen ser tan precisos como a los médicos nos gusta pensar... ¿Tiene una hija, no?

—Y un exmarido. Pero los dos se negaron a venir.

—¡Típico! Los parientes vuelan en la necesidad, pero aterrizan de inmediato a la hora de la herencia.

—Es más complicado que eso.

—Tendrás que turnarte entonces con amigos o conocidos.

—Si llegara a dar a conocer esta situación entre nuestras amistades, Amanda nunca me lo perdonaría. La discreción es una parte muy importante de su vida... Oye, ¿crees que en verdad sea necesario que yo me quede a su lado? Digo, si está inconsciente...

—El cerebro humano es un misterio. El año pasado una paciente mía despertó de un coma profundo pronunciando el nombre de su nieta por nacer. Lo extraño es que los padres lo habían elegido mientras ella estaba hospitalizada... Es posible que exista un cierto tipo de conciencia y, en ese caso, tu presencia podría ayudar a la recuperación de Andrea.

—¡Mierda!

Blas le devolvió una mirada de desprecio.

—Bueno, tampoco es una obligación. Si no te importa si ella despierta o no...

—No, tú no entiendes... De alguna forma sigo amando a Andrea. Debajo de toda esa capa de superficialidad había una mujer espléndida. Le debo

muchas cosas, pero...

—Lo sé. A todos nos falta el tiempo.

—Tampoco se trata de eso. Es que... Le tengo fobia a los hospitales — confesó en voz baja, avergonzado.

—Esto está muy lejos de ser un hospital. Es un sanatorio, y, por cierto, uno de los más lujosos de Buenos Aires.

—Pero es el ambiente, los olores... De verdad le tengo fobia.

—A nadie le gusta la enfermedad.

—Lo mío es distinto. Me siento físicamente mal cuando estoy demasiado tiempo en uno. Vomito, me falta el aire... ¡Todo lo que te puedas imaginar! Creo que es un trauma de la infancia. Mi padre estuvo hospitalizado mucho tiempo antes de morir, y mi madre nos dejaba solos con él durante horas.

—Bueno, si es una fobia...

—No es que no pueda entrar a un hospital. El año pasado tuve que hacerme cargo de las últimas horas de mi madre, y lo hice. Claro que en esos siete días perdí tres kilos por mi fobia.

—Mira, si no puedes hacerlo, no es que se pierda gran cosa. Hay sólo una ligera chance de que pueda existir alguna diferencia.

Augusto suspiró.

Andrea se merecía esa pequeña chance.

* * *

Luisina observó su móvil.

Por supuesto Augusto no había llamado. ¿Por qué lo haría? ¿Dónde estaba escrito que un amigo tuviera obligación de llamar todos los días?

—¡Mira, Luisina! Un paquete. ¡Y tiene un moño!

—¡Qué raro! Parece un regalo. ¿Para quién es?

—No tiene tarjeta.

—¿Quién lo trajo?

—Un chico.

—Fíjate si hace tic tac, Eni. La gente de “Robles contra Pilgrims” no estaba particularmente feliz luego del veredicto.

Eni lo soltó, asustada.

—¡Fíjate tú! Yo estoy embarazada... ¿Quieres que mis hijos se queden huérfanos y además pierdan a su hermano?

—¿Qué es este escándalo? —preguntó Romero, asomándose.

—¡Una bomba! —gritó Eni, aterrorizada—. ¡Adentro de ese paquete!

—Jamás dije que fuera una bomba —se defendió Lui.

Romero se acercó al regalo con cuidado. Lo miró por un lado, luego por otro, lo sacudió.

—Creo que esto es ropa, señoras. De alguno de sus admiradores, supongo, porque a mí nadie me regala nada.

—¡Miren! —señaló Eni, pasando del miedo a la alegría—. ¡Allí está la tarjeta! Debe haberse caído cuando me dieron el paquete... ¿Alguien se agacha para recogerla? No pretenderán que lo haga yo, que estoy embarazada... Aunque ya imagino que debe ser para mí. El zaparra de mi marido me debe varias. ¡Estoy a punto de echarlo otra vez!

—No. Es para Lui —replicó Romero, con la tarjeta en la mano.

—¿¿Seguro?! —preguntaron ambas mujeres al unísono.

—Lo dice aquí.

Sin decir más, Luisina tomó el paquete y lo escondió debajo de su escritorio.

—¿No piensas abrirlo? —preguntó su compañera, desilusionada.

—No.

¡Por supuesto que no! Iba a tirarlo ni bien saliera de allí. Le daba asco. Porque, ¿para qué engañarse?, ese sólo podía ser un regalo de Augusto. El moño, el papel, el tamaño...

¡Augusto! Y abrir ese regalo era una forma de aceptar su papel de amante. O “mantenida”, como decían en su pueblo.

—¡Vamos! Ábrelo, Lui... ¡Por favor!

—No.

—¡Está bien! Pero si mi niño nace con una mancha en forma de moño en la cabeza, ¡bien que te remorderá la conciencia! A una embarazada no se le puede negar nada.

—Mira, Eni, si tanto te interesa el paquete, ¿sabes qué?, te lo regalo.

—¿De verdad?! ¿No prefieres echarle una mirada primero? Digo, por si adentro llega a haber algo valioso.

Luisina respondió con una mueca. ¡De seguro que era algo de valor! Augusto, a diferencia de lo que ocurría con su hermano, podía ser muy generoso. Pero sólo con su dinero. Justo lo único que a Luisina no le

importaba de él. Hubiera preferido, en cambio, que no se escapara por la mañana sin darle ni siquiera un beso de despedida.

—Puedes quedarte con el paquete, Eni, pero con una condición: no debes abrirlo en mi presencia. Lo que sea que contenga, no me lo digas. Prefiero no saber.

—¡Sí que eres rara, amiga! Zaparra y rara. Pero si tanto lo deseas, iré al baño para abrirlo ya mismo.

—¡Eso sí que no! —chilló su jefe—. Con esa excusa del embarazo te la pasas en el baño todo el día. Y yo no te pago para que andes por allí abriendo regalos.

—¡No sea malo, jefecito! Mire que el niño...

—El niño se queda quieto de su sitio. ¡Tú, en cambio! Te la pasas dando vueltas por ahí todo el día. Pero hoy, así tengas que hacerte pis encima, no te moverás de ese escritorio hasta la hora del almuerzo.

Sin molestarse en ocultar su enojo Eni depositó el gran paquete en el piso, a su lado.

Pronto todos volvieron a sus tareas, y la mañana hubiera transcurrido sin mayores inconvenientes, de no ser porque a los quince minutos la futura madre levantó una mano ensangrentada entre gritos histéricos.

—¡Romero! —comenzó a gritar Lui—. ¡Venga! Creo que Eni tiene una hemorragia.

El jefe salió de su despacho. Entre él y Luisina intentaron calmar a la pobre muchacha, que seguía gritando, enloquecida.

—Mejor será que llame a la ambulancia.

—¡No! —replicó Eni, tomando aire—. No soy yo. La sangre no es mía... ¡El paquete!

Luisina miró el envoltorio rasgado, pero fue Romero el que ubicó el famoso regalo sobre el escritorio para revisar su contenido.

Para horror de todos, bajo un manto de nivea estopa, de esa que se usa para proteger objetos valiosos, se escondía una masa informe y sanguinolenta repleta de gusanos.

—¡Por favor! Es un corazón de vaca podrido. ¡Qué asco!... ¿Quién te envió esta mierda, Lui? ¡El paquete venía dirigido a ti!

La muchacha se estremeció.

Ahora no sólo conocían su nombre completo, sino también su lugar de trabajo.

La Buchona tenía un rostro para sus enemigos.

El suyo.

* * *

Apretó el botón del escusado, se enjuagó la boca, y volvió a entrar al cuarto.

Se sentó junto a Andrea.

—Te ves muy bien —mintió Augusto ante el cuerpo exánime de la que alguna vez había sido su mujer—. Digo, a pesar de ese caño que sale de tu... ¡Olvídalo!

Se revolvió en la silla.

—El médico dice que con un poco de voluntad podrías llegar a recuperarte. Digo, de esto y del cáncer... Lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste a tiempo. Sabes que yo nunca te hubiera abandonado por algo así. A esta altura podríamos estar todavía juntos, viviendo tranquilos en nuestra casa, ¿no te parece?

Por un instante Augusto trató de imaginarse viviendo de nuevo con Andrea. Tuvo otra vez esa desagradable sensación de no estar a su altura, de no satisfacerla ni en la cama, ni en la vida. Ese doloroso vacío de sentimientos le perforó el estómago. Ni una vez en todos esos años de convivencia había existido entre los dos un momento tan íntimo, tan completo, como el que había tenido la noche anterior, mientras sostenía a Lui entre sus brazos.

Luisina y él... En una unión que todavía lo conmovía.

¿Por qué nunca había podido ser así de feliz junto a Andrea?

¿Sería Irina la causa? Un hijo siempre era difícil de compartir, y en su pareja habían sido tres desde un principio.

¿Por qué estaría tan empeñada Lui en tener un niño?

Augusto suspiró.

¿Cuánto tiempo estaría Andrea en coma?

¿Era impresión suya, o en esa habitación faltaba el aire?

Se puso de pie para acercarse a la ventana, que, por supuesto, no se podía abrir.

¿Amó a Andrea alguna vez?

Ella le había enseñado todo: a ser un amante atento en la cama, a

aprovechar la estupidez de los poderosos, a exigirse siempre un poco más, en la profesión y en la vida.

Era, sin duda, una educadora eficiente, y sólo gracias a su tutela y consejo había podido convertirse en el hombre que era.

Pero el amor...

El amor no tenía lugar en su agenda. Jamás vio en su rostro esa ternura conmovedora con un dejo de infinitud, esa con que Lui mirara a su hermanita el día anterior.

Apoyado en el regazo de Andrea el tiempo siempre corría implacable, anunciando con su tic tac una nueva obligación, o un compromiso ineludible. Enredado en Luisina, en cambio, los relojes se detenían, y las obligaciones futuras se endulzaban con la promesa de un nuevo encuentro con ella.

¿Qué había hecho Lui para atraparlo así?

Nada. Absolutamente nada. Y quizás por eso estar junto a ella tenía un delicioso aroma a libertad. El sexo era siempre espontáneo. Se alejaba del camino de los manuales, para aventurarse hacia terrenos desconocidos por los dos. Jamás le había hecho el amor así a una mujer. Y también la primicia del deseo que Lui le regalaba en cada uno de sus encuentros era evidente.

Augusto volvió a mirar su reloj. ¿Estaría funcionando?

En ese cuarto de hospital el tiempo se había detenido. Los segundos se marcaban por la respiración de la enferma, que muchas veces se olvidaba de que tenía que seguir viviendo.

—De verdad estás muy bien, Andrea. El descanso te sienta... Como cuando vas a ese Spa en Uruguay.

¿Era ridículo hablarle a una moribunda de su apariencia? Pero, ¿qué otra cosa le había interesado a Andrea de la vida?

La miró de nuevo, pero esta vez obligándose a hacerlo con detalle.

Resultaba extraño contemplar a esa criatura, generalmente omnipotente, hundida en su propia mortalidad.

Así que... ¿eso era todo? Andrea, toda su vida, su historia, sus deseos, ¿iban a borrarse para siempre del universo por el efecto de un frasco de pastillas?

Augusto cerró los ojos y de nuevo pudo caminar por la Playa Bonita, embriagado por la presencia de Luisina, siguiendo cada uno de sus pasos. Escuchándola hablar del infinito, embelesado. Creyendo que eso era tan cierto como sus caderas generosas o sus pechos suaves. Que quizás existía tal cosa como el alma. Y que abriéndose paso entre guijarros a veces se podía ir

mucho más allá, para compartir lo eterno.

Hundido en esa silla de hospital los segundos, de tan vacíos, no transcurrían nunca.

Anclado en el sexo de Lui las horas eran tan completas, que dejaban de pasar.

¿Era el olor a desinfectante y el miedo a la muerte lo que lo hacía dudar de todo eso en que tan fervientemente no creía? ¿Iba a ser como los demás, inventando dioses infinitos para escapar del vacío de la vida? ¿Confundiendo la novedad del sexo con Lui con amor verdadero, sólo para justificarse ante la vanidad de la muerte?

Se tomó la cabeza, amargado.

¿Qué le estaba ocurriendo con Luisina? ¿Por qué no podía sacársela de la mente?

¡Qué tontería! Tanto tiempo en ese hospital lo estaba enloqueciendo.

Tendría que pensar en otra cosa.

—De verdad estás linda Andrea. Debe ser por el suero... Yo tengo mucho trabajo en el Estudio. El país está para atrás, y a la gente le fascina hacer juicios. Claro, nada de alto perfil, porque no tengo ganas de líos. No quiero que me ocurra como a Luisina. ¿Te acuerdas de Luisina, la esposa de Bautista? Está haciendo una columna. Y no tiene miedo de tomar riesgos... Como en su vida, ella...

* * *

—No es cuestión de tomar riesgos, Luisina, sino de ser cuidadosa. Este será tu nuevo móvil, y ya dimos de baja tu teléfono de línea.

Luisina se inquietó.

—¿Y si alguien necesitara comunicarse conmigo?

—Primero tendrás que darle tu nuevo número.

¡Cómo si fuera tan fácil!

Mil veces había intentado llamar a Augusto con la excusa de lo ocurrido. Pero su teléfono estaba continuamente apagado. Tampoco en el Estudio o en la mansión tenían noticias de él. Sólo su orden expresa de no ser molestado, ni de interrumpirlo.

Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

¿O sólo la estaría evitando?

—En cuanto a tu trabajo en el Estudio Romero, será prudente que te tomes unas vacaciones. El diario está dispuesto a pagar por ellas, así como por una reemplazante.

—No pienso cambiar mi vida por una amenaza estúpida. Ya arreglé con mi jefe. Voy a cumplir un número de horas, pero sin respetar horarios fijos o predeterminados.

—¿Tu jefe sabe que tú eres...?

—¡No! Nadie lo sabe. Sólo Augusto y la amiga para la que escribía “La reina del baile”.

—¿Es de confianza?

—Totalmente. Créame, González Prato, bastará con evitar las rutinas.

—Respecto de eso...

Luisina lo observó con curiosidad.

—¿Sí?

—Es peligroso que sigas viviendo sola en Belgrano. Allí eres un blanco perfecto.

—¿Quieres que me mude a un hotel?

—El diario correría con todos los gastos.

—¡Imposible! Además un hotel es un sitio público. ¿No sería aún más peligroso?

—Bueno, en realidad... Lo ideal sería que pasaras unos días en casa de tu cuñado. El lugar, por lo que recuerdo, es muy espacioso y seguro.

La muchacha se sobresaltó.

—¿Y por qué tendría que ir yo a lo de Augusto? ¿Qué tiene que ver él conmigo?

—No te pongas así. Fue sólo una sugerencia, más adecuada por cierto que invitarte a mi pequeño departamento de soltero.

—Disculpe, González Prato. He pasado la mitad de mi vida fingiendo ser quien no soy, pero nunca antes había necesitado esconderme. Estoy asustada.

—Con más razón para no volver a tu casa.

—Pues eso está fuera de toda negociación.

—Temía que lo dijeras, así que tengo pensado un plan B. A partir de esta noche habrá vigilancia en la puerta de tu edificio.

—De verdad no la necesito. Me sentiría muy incómoda y, lo que es peor, tendría que dar explicaciones a mis vecinos... No soy tonta, González Prato.

Usted y yo sabemos que no le intereso a nadie. Si fueran a matar a cada uno que da a conocer un negociado, tendría que haber miles de periodistas muertos, comenzando por usted.

—Lo que dices es cierto, excepto por algo: a tu columna la leen incluso los que nunca se interesan por el diario. Todos comentan los enredos de “La Reina del Baile” junto con los resultados del fútbol, o la salida del sábado. Tus historias son reproducidas entre risas en cada programa de la radio o la televisión. La gente tiene ganas de reír, y es precisamente tu humor e inteligencia lo que más ofende a nuestra amarga Reina... Sé que no puedo obligarte a hacer lo que no quieres, pero... ¿me prometes que te vas a cuidar?

Luisina dejó escapar una sonrisa triste.

¿Quién más, si no, se ocuparía de ella?, pensó con amargura.

* * *

—¡Yo te cuido!

—¡Basta, Alicia! Fuimos amantes por años sin llamar la atención, y ahora es como si te resultara divertido ponernos en evidencia frente a todo el hospital.

—Mírenlo al señor “relación seria” ¿Acaso te avergüenza que te vean conmigo?

Blas se enojó.

—Ya no tengo ninguna relación contigo, Alicia, y no entiendo el punto de que la gente crea lo contrario.

—¿La gente, o Luisina Ramos?

—No pienso discutir eso.

—Pues será mejor que te cuides de ella. Pedro me contó que...

—¿Pedro?

—¿Te molesta que hable con mi ex?... ¿No era que ya no teníamos una relación? —se regodeó ella de inmediato al notar el tono crispado de su antiguo amante.

—¿Qué quiere Pedro con Luisina?

—No sé, pero la odia. Y se le escapó que la estuvo vigilando.

—¿Para qué?

La mirada de Alicia se enturbió.

—Mi marido es un tipo complicado. Si yo fuera capaz de saber todo lo que pasa por su cabeza nunca me hubiera casado con él.

—¿Ahora es de nuevo tu “marido”?

—Estamos legalmente divorciados.

—Sí, en los papeles. Pero, ¿están separados de verdad?

—Uno nunca se aleja lo suficiente de un tipo como Pedro... Será mejor que se lo adviertas a tu amiga.

—¿Me dices esto porque quieres evitar que él la dañe..., o que ella lo conquiste?

Alicia se retiró, ofendida.

¡Dios!, ¿por qué eran tan complicadas las mujeres? ¡Y con lo que estaba necesitando una!

Blas suspiró.

¿Dónde estaría Lui en ese preciso momento?

* * *

Lui apuró el paso.

¿Dónde diablos estaba? Desde su charla con González Prato había variado sus rutinas, no sólo modificando sus horarios, sino también las rutas que tomaba a su casa. Pero ahora ya estaba perdida. ¿A quién se le ocurría poner tres calles con nombre de virrey, una después de otra? Virrey Olaguer y Feliú, Virrey Arredondo, Virrey Loreto... Pero ese Virrey Avilés no lo tenía. ¿Dónde estaba?

Por desgracia la primavera, (que apenas una semana atrás más se parecía a un verano tropical), ahora se entregaba dócil en manos del más crudo invierno. El frío y la lluvia arreciaban, dejando las calles vacías.

No podía estar demasiado lejos de casa. Y de seguro llegaría más rápido si dejaba de reprocharse por no haberle prestado atención al vendedor de su nuevo teléfono móvil. ¿En qué estaba pensando ella, la reina de la desorientación, mientras el buen hombre se afanaba en explicarle cómo usar el GPS que incluía el aparato? ¡En Augusto, como siempre! Lo había llamado sin cesar durante los últimos dos días con la excusa de comunicarle su nuevo

teléfono. Pero, ¿acaso él le había respondido? ¡Claro que no!

Escuchó un chapoteo a sus espaldas.

Giró con toda la rapidez que su miedo le permitió, pero para su sorpresa la calle estaba completamente vacía.

Decidió acelerar el paso. Probablemente era sólo aquel temor estúpido el que la hacía alucinar. Pero, por las dudas, se refugió bajo el dintel de una casa para observar con más detenimiento.

Trató de serenarse. ¿Se estaría volviendo loca? Respiró hondo y se preparó para dirigirse a la otra esquina en el menor tiempo posible, sin correr. Pero fue cuestión de que saliera de su refugio para que alguien la atrapara, inmovilizándola mientras le tapaba la boca.

—¡Al fin solos! —le susurró una voz conocida al oído.

Demasiado conocida.

* * *

—¿Qué mierda te traes entre manos con Lui?

—Nada. De lo que me acuses, soy inocente.

—No me engañas, Candelaria. Desde el mismo día en que me mordiste el pecho para que te diera el biberón supe que eras todo, menos inocente. ¿Qué se traen tú y tu amiguita entre manos?

—¿Por qué lo dices, mamá?

—¡Ahora me llamas “mamá”?! ¿Desde cuándo? ¡No te digo! Aquí hay algo muy raro.

—Tengo que estudiar, Amanda.

—No te entiendo, Candelaria ¿Acaso no tienes suficientes amigas, que robas una de las mías? ¿Por qué no te acuestas también con mis amantes?

Su hija la miró con un dejo de altivez.

—¿Y quién te dice que no lo hice?

—¡Cómo te gusta torturarme! ¡Cría cuervos...! Como Luisina, por ejemplo. ¡Después de todo lo que hice por ella!

—Eso te enseñará a ser más desinteresada la próxima vez que ayudes a alguien.

—¡Niña estúpida! ¿Sarcasmos a mí? ¡Yo inventé los sarcasmos!

—Papá puede dar buena fe de eso —respondió la otra, burlona.

—Muy graciosa. Pero aquí está pasando algo raro. Y no es que yo quiera sacar provecho de Lui, sino que me preocupo por ella, niña tonta.

Candelaria suspiró.

Sí, también ella estaba preocupada. ¿Por qué Luisina no la habría vuelto a llamar?

* * *

Le bastó sentir un tirón furibundo en el cabello para saber de inmediato la identidad de su atacante.

Sólo era Pedro, así que se tranquilizó.

Y ya con la cabeza fría, aprovechó que él la arrastraba hacia su auto para darle un pisotón y soltarse. De la nada Pedro Pérez blandió una navaja, pero a Lui su imagen trasnochada le resultó patética.

—¡Guarda eso, que puedes cortarte! —le ordenó.

Su atacante la observó, confundido. ¿Por qué esa perra no corría asustada? ¿Qué la hacía mirarlo con desdén?

—¡Hablo en serio! —le advirtió él—. No voy a tener ningún empacho en matarte si es necesario.

—Ponte en la fila —respondió la muchacha.

Y mientras perdía todo interés en su agresor, se dio la vuelta para vigilar la esquina de la que acababa de venir.

—¿Estás jugando conmigo?! —se enfureció él mientras la inmovilizaba con un brazo y empuñaba la navaja con el otro.

La muchacha se soltó como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué calle viniste, Pedro?

—¿Acaso importa?

—¡Contesta! —gritó ella con autoridad, amedrentándolo.

—Te seguí desde tu trabajo. Allí tengo el auto. Te vi doblar en la avenida y me apuré a interceptarte.

—¿Notaste si alguien más me estaba siguiendo?

—Ahora que lo dices... Había un taxi que se empeñaba en circular tan lento como yo. Pensé que estaba a la pesca de un pasajero.

—¡Maldición! ¿Tú me mandaste un corazón envuelto en papel de regalo?

—¡No!... Soy incapaz de ese tipo de cursilerías. Tu marido, en cambio...

—¿Tomarse tanto trabajo por mí? ¡Ni cuando estábamos de novios! ¿En que dirección está mi casa?

—¿No lo sabes? Para allá.

Pedro, que aún sostenía la navaja, la vio alejarse por la calle oscura.

Su frustración lo hizo trastabillar.

¿Por qué Lui no le temía? ¿Cuándo se había vuelto tan patético?

¿Tendría que ceder ahora el látigo a sus compañeras de cama? ¿Ni siquiera era capaz de asustar a una mujer tan tonta como Luisina?

Una furia ciega se apoderó de él.

Ya no era cuestión de venganza, sino de poder. Iba a cagar a esa perra aunque fuera lo último que hiciera en la vida. Aunque significara tener que ir un paso más allá. Ese que nunca antes se había animado a dar. Después de todo, en una Argentina cercada por la violencia, la muerte ya no sorprendía a nadie.

Al parecer Luisina tenía enemigos propios. Y si algo llegaba a ocurrirle, de seguro las sospechas caerían primero sobre ellos.

Sí, esa era la oportunidad de su vida para experimentar el placer supremo: dejarse llevar por su deseo; apretar el cuello frágil de una mujer hasta el orgasmo, y un poco más allá.

Cerró los ojos. Ya podía imaginar la piel amoratándose, el sonido de los huesos al partirse uno a uno entre sus dedos. Ver a su amante retorcida de dolor, incapaz de levantarse.

Pedro corrió hasta el auto, y una vez adentro marchó a toda velocidad hasta alcanzar de nuevo su objetivo.

—¿Tú otra vez, Pedro? ¿No crees que... —llegó a exclamar Lui, justo antes de que un dolor intenso se apropiara de su garganta.

Ahora la sangre le corría por el cuello.

Sí, al parecer Pedro estaba hablando en serio.

CAPÍTULO XIV

Apretó el botón del escusado, se enjuagó la boca, y regresó a la habitación.

—¡Irina!... ¡Al fin! Era hora de que vinieras a visitar a tu madre.

—No te ilusiones, Augusto. No tengo planeado quedarme aquí por mucho tiempo. Sólo quería verificar.

—¿Verificar?

—Quería asegurarme de que va a ser la última vez en toda su puta vida en que esta idiota se cague en mí y mis necesidades.

—¿Por qué insistes en esa pose de adolescente rebelde? No me engañas, Irina. Te he visto crecer. Sé que, más allá de sus diferencias y esa eterna manía por competir, las dos se aman mucho.

—¿Entonces por qué se tomó esas pastillas de mierda? —respondió altiva—. ¿Por qué me echó a casa de los abuelos como si fuera un perro?

—Porque no quería lastimarte. También por eso se alejó de mí.

—¡Mentira!

—Irina... Tu mamá tiene cáncer. Terminal. Hace dos años que se lo diagnosticaron.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas. Augusto la tomó entre sus brazos para consolarla.

Sabía que lo que le había dicho no era del todo cierto. Que el peor diagnóstico era el de Blas: Andrea se estaba muriendo, sí, pero de vanidad, sin duda la parte más enferma de esa mujer espléndida. Por desgracia aquella era una verdad que necesitaba ocultarle a su hijastra. Saberse amada por la propia madre era el paso inicial para que la pobre niña aprendiera a amarse a sí misma. Él todavía estaba pagando el precio por la indiferencia de la suya, y no podía permitir que a Irina le ocurriera lo mismo.

Todo era cuestión de crear una “duda razonable”, que absolviera a Andrea, pero más que nada que le sirviera a su hija para reconciliarse con la vida.

—¿Crees que pueda salir de esto, Augusto?

—No sé. Ya lleva una semana sin ningún cambio.

—¿Estuviste junto a ella todo ese tiempo?

—¿Adónde más?

—¿Y Luisina?

De nuevo Augusto se dirigió hacia la ventana en busca de aire. Necesitaba con desesperación sentir el viento suave de la primavera en su cara. Una brisa tibia que le recordara que aún estaba vivo, aunque no lo sintiera así.

* * *

—¿Estás loco, Pedro?!

—Sí —respondió él con una sonrisa que la puso a temblar.

Ahora Lui estaba acorralada.

Y fue tanto el horror de la muchacha, que no dudó ni un minuto en hacer eso que se había prometido no realizar jamás.

Metió la mano en el bolsillo a la espera de la oportunidad justa.

—Quédate quieta y no grit... —llegó a decir aquel monstruo, mientras la apretaba un poco más con la punta de su navaja.

Pero de inmediato una lluvia fina cayó directamente sobre su cara, cegándolo.

Algo quemaba sus ojos de una manera salvaje. Un dolor inimaginable que lo hizo caer al suelo, retorciéndose indefenso.

—¡Arde!... ¡Estoy ciego! ¡Me dejaste ciego, puta! —gritaba horrorizado.

De repente las ventanas se abrían y las luces comenzaban a encenderse. Toda la calle despertaba al compás de sus gritos histéricos.

—¿Alguien puede llamar a la policía, por favor? —pidió la muchacha a los curiosos—. A la policía, y a una ambulancia.

Y cuando ya estaba desesperada, una voz dulce la tranquilizó.

—¿Estás bien, Lui?

Se dio vuelta.

¡Era él!

Y había llegado hasta allí sólo para ayudarla.

* * *

González Prato arrugó la carta con furia y la arrojó al papelerero.

—¿Quién trajo esta porquería?! —gritó al intercomunicador.

Pero la respuesta fue la de siempre: nadie. Un niño cualquiera, dispuesto a todo por unos pocos pesos.

El teléfono lo volvió a la realidad.

Levantó el tubo en forma mecánica, pero la voz fingida del otro lado lo puso en alerta.

—Parece que no somos los únicos atrás de La Buchona —dijo alguien, sin necesidad de saludos o presentaciones—. Tiene suerte. Mejor en la policía que en la morgue, ¿no le parece?

De inmediato el sonido del tono lo invadió todo, implacable, y González Prato colgó.

No podía evitar sentirse un poco culpable. Él ya estaba acostumbrado a las amenazas. Eran práctica común de todos los gobiernos. Pero su notoriedad lo convertía en invulnerable. Lastimarlo era ponerse en evidencia, y a nadie le convenía crear un nuevo mártir.

Luisina, en cambio...

Ella era desconocida, joven y hermosa. Existían miles de forma de callar su voz con discreción. Bastaba encontrar un motivo posible, (la ira de un amante, la amargura del marido celoso, un perverso, o simplemente la falta de seguridad), para echar sombras sobre su muerte.

¿Sería su bella asesora consciente del peligro en que se había metido?

* * *

Esa caricia, tan dulce como esperada, la tranquilizó.

—¿Eso es sangre, Lui? ¿Te sientes bien?

No pudo escuchar la respuesta. Los gritos del hombre tirado en el suelo eran insoportables.

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego! —insistía.

—¿Pedro Pérez?... ¿Eres tú?

—¿Quién es?

—Yo, el doctor Blas Montes de Oca. Nos conocimos el año pasado en la Fundación.

Pedro comenzó a llorar como un niño pequeño.

—¡Estoy ciego! Esta loca me tiró ácido en los ojos sin ningún motivo. ¡Yo no le hice nada!

—¿Qué le tiraste?

Luisina le alargó el spray que le había dado González Prato.

—Relájate, Pedro. No es ácido. El dolor se te pasará en unas horas. Y la irritación, en un par de días.

—¡Pero duele mucho! ¡Y yo no le hice nada!

—¿Qué ocurre aquí?! —gritó un sargento de policía, acercándose.

Como si se tratara de un grave atentado, de repente todo el lugar comenzó a poblarse de uniformes azules y luces intermitentes.

Más allá, una figura agazapada miraba la escena con frustración.

¿Podía tener peor suerte?

* * *

—Y el mayorcito es el más calentón. ¡Hay que ver cómo se pone cada vez que el hermano le saca los juguetes! ¡Hijo de policía tenía que ser! ¡Sólo falta que le lea los derechos!

Luisina sonrió por puro compromiso. Ya era bien entrada la medianoche y llevaba más de cuatro horas en la comisaría.

—Y ahora mi mujer quiere la nena. A mí me da un poco de fastidio empezar de nuevo, pero no le puedo decir que no. Después de todo la que pone el cuerpo es ella, ¿no, doctor? La verdad que si no fuera por el doctor Blas, que es un santo, hoy no tendríamos hijos. ¡No sé cuántas inyecciones le tuvo que dar a la pobre Graciela! Y si no fuera porque el doctor las consiguió gratis.

Blas, visiblemente incómodo como cada vez que se encontraba con algún paciente agradecido, trató de justificarse.

—El mérito no es mío, sino de la Fundación que proveyó los fondos.

Y en seguida le explicó a Luisina: —Era un tratamiento experimental.

Un policía entró, agachando la cabeza.

—¿Me mandó llamar, comisario?

—Me dicen que usted conoce al tipo que detuvo Méndez a las nueve de la

noche.

—Sí, comisario. No me acuerdo el nombre, pero tuvo varias entradas en la 19 de Recoleta cuando yo estaba ahí.

—¿Se acuerda los cargos?

—Violencia doméstica. Le pegaba a la mujer.

Blas se incorporó, sobresaltado.

—¿Está seguro?

—Tuve que ir varias veces. Una casa en la calle Posadas. Era muy grande y lujosa, por eso me acuerdo. Gente de plata. La esposa creo que es doctora.

—¡Imposible! —exclamó Blas sin poder evitarlo.

El joven policía no pudo contener una sonrisa irónica.

—¡Si supiera la de tipos finos que cagan a palos a su mujer no se extrañaría tanto!

—¡Cabo! —lo reprendió el comisario—. ¡¿Qué clase de lenguaje es ese?!

—Disculpe, no es que dude de su palabra —se explicó Blas—, pero conozco a la doctora Andrade y...

—¡Eso! Alicia Andrade... Pero no sólo la mujer lo denunció. También una vez hubo una pibita. Pero ella lo acusaba de violación.

—¡¿Violación?!

—Sí, pero alguien me comentó que lo largaron por falta de pruebas. La chica lo había conocido en uno de esos chats de S y M.

—¿S y M?

—Los que usan cuero y se dan de rebencazos. Hay mucha gente metida en eso. Si incluso el otro día, en el control de alcoholemia, una señora con pinta de abuelita me preguntó dónde conseguía las esposas, porque las que tenía en su casa se soltaban con facilidad.

—¡Al grano, cabo!

—Bueno, nada, lo que le dije. La violación es lo más difícil de probar. La piba no se acordaba la dirección a la que el tipo la había llevado, y él se cuidó muy bien de usar preservativos.

—Gracias, Cabo. Puede retirarse.

Una vez solos el comisario volvió a la carga.

—¿Vio, señorita? No le conviene hacer la denuncia. Y no se lo digo, como creen todos, para que no suban los índices de criminalidad, sino para que no pierda el tiempo al cohete. La verdad es que ese spray que usted usó está prohibido, y si el tipo se pone en pesado la que termina presa es usted.

—¡Pero él me atacó con una navaja!

—Un rasguño. Son lesiones leves. Para cuando llega al médico forense ya no tiene ni la cicatriz. En cambio a él le van a quedar los ojos como huevos fritos por más de una semana.

—¡Fue en legítima defensa! —se enojó Blas.

—Yo no invento las leyes, doctor. Pero si usted hace la denuncia va a tener que pasarse los próximos años de aquí para allá. Y esa marquita no vale tanto esfuerzo. Se lo digo por su bien... ¿De verdad va a hacer la denuncia?

* * *

—¿Para eso me despiertas a estas horas?

Romero se estiró hasta alcanzar el despertador.

—¡Las tres de la mañana! ¿Tienes problemas, Augusto? ¿En qué andas?... ¿Luisina? No, está de vacaciones... ¡A mí no me digas! No sé qué amigos tan poderosos tiene tu cuñada, o si se fue por ahí con un jeque árabe, pero me han instalado sin costo a una marmota que no sabe deletrear ni su nombre. ¡Y para inútil ya la tengo a Eni!

Romero bostezó, mientras escuchaba las quejas de su amigo del otro lado del aparato. ¿Qué se pensaría Augusto? ¿Qué él era el padre de sus empleadas?

Fuera lo que fuera que estaba haciendo Lui, de seguro no corría ningún peligro, porque resultaba evidente que esa niña era muy capaz de conseguir los más denodados protectores.

Lo único que a Romero no le quedaba muy en claro era qué obtenían ellos a cambio.

* * *

Blas se puso de pie, mientras Lui, todavía acostada en la cama, observaba su deambular.

Su perfil, aunque de líneas más suaves que el de Augusto, era también

perfecto. Los lentes le daban un aspecto algo cándido pero, en contraste, lo severo de su gesto le confería autoridad.

¿Podía ella enamorarse de alguien así?

¡Quién no!

—Puedes levantarte si quieres, Lui. Es apenas un rasguño y no necesita costura. Ya lo desinfecté.

El doctor Montes de Oca echó una mirada de reojo a su paciente. Lui siempre había sido hermosa, pero quizás no de una manera tan obvia como ahora, con esos kilos menos. Era de entender entonces el renovado interés de Stuar en ella. Incluso el de un perverso como Pérez. ¿Pero era sólo a causa de su sensualidad tan inocente o de sus formas apetecibles que él mismo se ponía así cada vez que Lui estaba cerca?

Porque aún antes, cuando venía al consultorio arrastrando kilos y pesares, a Blas siempre lo habían cautivado lo oportuno de sus ocurrencias, o la calidez de su charla. Su forma poco ampulosa de ser inteligente. Esa noble lealtad hacia el inútil del marido. Muy distinta a Alicia, que se regodeaba en su indiferencia hacia los hombres, mientras en su vida privada se dejaba maltratar hasta los golpes por el imbécil de Pérez.

—¿Me esperas en la sala, Blas? Quisiera quitarme esta ropa ensangrentada.

—Será mejor que te des una ducha.

—Entonces no te haré perder más tiempo... La llave está puesta en la puerta principal. Bastará que cierres con un golpe.

—No pienso irme. Aprovecharé para responder algunas llamadas.

—Pero voy a tardar.

—No importa. Tómate tu tiempo. Te espero.

Blas se dio vuelta para salir. Pero al hacerlo quedó encandilado por la bella imagen que el espejo reflejaba: la modestia con que Lui se estaba abotonando, extremadamente consciente de su desnudez.

Quizás eso, más que nada, lo había cautivado de ella. No era como sus otras pacientes, dispuestas a abrir las piernas sin reparos. Ella padecía esa deliciosa modestia, tan agradable en una mujer. Cuidaba de no exhibir más que lo estrictamente necesario de su intimidad. Y no sólo la de su cuerpo, sino también la de su alma.

Acostumbrado al parloteo incesante de las otras, las palabras medidas de Lui siempre habían sido un bálsamo. Y quizás por eso disfrutaba tanto sus visitas al consultorio.

Salió del cuarto un tanto confundido.

Íntegra, modesta, sencilla. Luisina era, sin duda, el tipo de nuera con la que soñaba su padre. Pero ahora que estaba allí, compartiendo su intimidad, incluso él intuía que Lui era la compañera perfecta.

Cierto que no necesitaba de nadie para ser feliz. Su vocación llenaba todos y cada uno de los espacios de su vida. Pero ya había llegado la hora de compartir su felicidad. Y no con una como Alicia. Necesitaba otra cosa: alguien que le sirviera de consuelo ante los problemas de la vida, que le brindara estabilidad, una adecuada contención emocional... Todo lo que pudiera facilitarle ser quien ya era.

Alguien muy distinta a Alicia, pero demasiado parecida a Lui.

¿Acaso era posible que la mujer perfecta hubiera estado tan próxima, sin que se diera cuenta?

Todas esas dudas confundían su mente. Pero de una cosa estaba seguro: quería pasar la noche con Lui.

* * *

Miles de dudas confundían su mente. Pero de una cosa estaba segura: Blas estaba empeñado en pasar la noche con ella. ¿Por qué otra cosa insistiría en esperarla?

Sexo en el primer encuentro. Posiblemente esa era la moda hoy en día, y ella, la única idiota que lo ignoraba. No es que tuviera ganas de que Blas se fuera, porque aún a pesar del agua caliente y reconfortante todavía temblaba. Pero no estaba lista para el sexo. Se sentía mal por pasar de los brazos de Augusto a los de Blas, en poco menos de una semana. No era una cuestión de prejuicios o estúpidos condicionamientos machistas. Se trataba de algo más íntimo.

¿Por qué los derechos de una mujer tenían que ser iguales a los de un hombre, cuando sus gustos y necesidades eran muy distintos? Tenía todo el derecho de acostarse con cualquiera, pero, ¿y el de decir “no”?

¿Por qué el no estar lista para el sexo la transformaba automáticamente en “conflictiva”, “cerrada” o “vieja”?

¿Por qué tenía que esforzarse tanto para obtener una cita, como si un

hombre fuera necesariamente un regalo divino, y ella, la última escoria?

Luisina cerró el grifo, se puso el pijama más horrendo a su alcance, y casi sin peinarse salió a la sala dispuesta a hacer valer sus derechos de mujer liberada. Pero al ver a Blas allí, jugueteando con su teléfono móvil, con esa carita de cansado, sus buenos propósitos se hicieron humo.

Se alisó el cabello con las manos, soltó el primer botón del pijama e hizo su mejor esfuerzo por lucir sexy.

—Te agradezco tanto —comenzó a decir mientras se sentaba al lado de su huésped. O, más bien, a su alcance. Porque de inmediato Blas se apuró a besarla con pasión, sin perder el tiempo en palabras.

Resultaba extraño para Lui sentir los embates de su deseo. Si bien era cariñoso, carecía de esa habilidad tan propia de Augusto de conectarse con su pareja. Sí, posiblemente en eso se notaba que su cuñado era un seductor con experiencia. ¿Cuántas “amigas con beneficios” tendría olvidadas por allí?

Blas deslizó su mano perfecta por el escote del pijama de ella. Y esa caricia extraña la asustó. Y no porque fuera la primera vez que él tocaba sus pechos, (mil veces la había examinado en busca de un bulto), sino porque era él, su doctor, el mismo que ahora recorría su intimidad como un hombre.

Luisina le apartó la mano y cerró su pijama.

—No quiero que pierdas el tiempo, Blas. Será mejor que te vayas.

—¿No te gusta que esté aquí?

—¡Me encanta! —replicó la muchacha con sinceridad—. Pero me parece que tú quieres otra cosa, y yo, no sé si por el susto o qué, acabo de indisponerme.

Él la miró extrañado.

—¿Piensas que vine aquí sólo por el sexo? No, Lui. Me gusta estar contigo. Necesitas consuelo y yo me muero por consolarte. Y si no podemos tener sexo, por tu período o porque no se te da la gana, me sentiré igual de honrado si me permites dormir abrazado a ti, porque creo que eso es lo que ambos necesitamos. Y, ¿quién te dice?, quizás esta noche comencemos una tradición que pueda durar el resto de nuestras vidas.

Luisina se ruborizó.

¡Esa era la cosa más romántica que le habían dicho en la vida!

¡Por fin un hombre que no tenía miedo a hablar del futuro!

Esta vez fue ella la que se apuró a besarlo con pasión. Blas era sin duda un hombre perfecto, pero además encarnaba todos sus sueños: varonil, pero sin temor a ser delicado, deploraba los secretos que a Augusto le parecían tan

necesarios. Era un hombre directo, y conforme a su profesión, le gustaba cortar por lo sano.

Claro que sus besos no despertaban en ella el mismo frenesí que los de Augusto. Pero sólo por una cuestión de tiempo. Todavía se sentía muy incómoda. Rara. Pero ni bien lograra olvidar sus antiguos pruritos estaba segura de que el bello doctor la transportaría con facilidad a paraísos aún más apetecibles que los que ya había transitado.

—¿Vamos a dormir?

Luisina aceptó de buen grado su propuesta. Aquel había sido un día con demasiadas emociones.

Se puso de pie, dispuesta a partir, pero Blas la detuvo. Antes que pudiera reaccionar él la levantó por los aires y comenzó a cargarla hacia el dormitorio, mirándola fijamente a los ojos.

¿No era ese el gesto más perfecto y romántico que alguien pudiera imaginar? Ni en su noche de bodas Bautista la había cargado.

Aferrada al cuello robusto de aquel hermoso galán se sentía la virginal heroína de una novela romántica. Pero cuando ya estaba por depositarla con delicadeza en la cama, el timbre del móvil de su galán rompió el encanto.

Blas abrevió el trámite y se apuró a responder.

—Disculpa, es el *ringtone* de las urgencias —dijo justo antes de hablar al aparato—. ¿Sí?... ¿Cada cuántos minutos?... ¡Mierda! Se suponía que íbamos a llegar a las treinta y una semanas. ¡Ya voy para allá! Llama a Quique y al cardiólogo. Los quiero ver en veinticinco minutos.

Cerró el aparato, recogió sus cosas como si fuera un tornado, y ya casi estaba en la puerta de calle cuando Lui escuchó sus disculpas.

—En un caso de vida o muerte. ¿Lo entiendes, verdad?

¡Sí!, por supuesto que lo entendía. Después de todo un médico era como un sacerdote: se debía a su profesión. No había cosa más noble que salvar vidas, y Luisina lo admiraba por eso como nunca antes había admirado a un hombre.

¿Cómo se podía no amar a alguien así?

* * *

Aún con todos esos caños saliendo de su anatomía, Andrea lucía

hermosa.

¿Cómo se podía no amar a alguien así?

Su cara estaba relajada y serena, sin rastro de su eterno descontento, ese que tanto lo había lastimado en los últimos años. Y su actitud era, por primera vez en la vida, de una entrega tan sumisa, que resultaba encantadora.

Sí, era fácil quedar subyugado por una mujer tan hermosa.

Con Luisina, en cambio...

La belleza de Luisina iba más allá de la superficie, y se adentraba en su corazón. Era muy difícil enamorarse de ella. Había que estar atento a la realidad que escondían los personajes que creaba para defenderse; al terremoto de sus pasiones, que ella sólo permitía entrever en lo profundo; a su forma mansa de buscar la libertad.

No, no era fácil enamorarse de Lui.

Pero resultaba inevitable.

Augusto enjugó una lágrima, y de inmediato tuvo una arcada.

Levantó la revista apoyada en su regazo y comenzó a leer en voz alta.

—En los términos de la Acordada mencionada ut supra, y del Fallo Plenario del día...

—¿Con eso estás intentando despertarla? Casi me duermes a mí.

Augusto levantó la mirada y se encontró con el doctor Montes de Oca, que lo estaba observando.

Era la primera vez que veía una sonrisa en el rostro de Blas, habitualmente tan grave.

—Es que ya agoté todo mi repertorio. No sé qué más decirle.

—La buena noticia es que tu esfuerzo está dando resultado. Su estado neurológico mejoró sensiblemente.

—¿Crees que pueda recuperarse?

—Los médicos evalúan quitarle el tumor ni bien estén dadas las condiciones. Se encuentra en manos de Dios.

—Lástima que yo no creo.

—Yo tampoco. Pero se ven cosas extrañas cuando se trata de la mente... Bueno, y ahora me voy. Sólo vine a controlarla.

Augusto se puso de pie para saludarlo. Y si bien era más alto y fornido que el joven doctor, parecía mucho más endeble y debilitado. Como si estuviera a punto de sucumbir.

Blas se sorprendió. Su oponente no era ahora ni la sombra del hombre seguro que recordaba.

—Augusto... Hay algo más que desearía comentarte.

—¿Acerca de Andrea?

—No. De Luisina. Sé que entre ustedes hubo una historia, por eso creo que es mi obligación informarte que con Lui hemos comenzado una relación.

La reacción de su adversario fue tan dolorosa, que por un momento Blas sintió lástima.

—¿Relación? ¿Qué tipo de relación?

—Absolutamente seria. Hace muchos años que conozco a Lui. No hay sorpresas entre nosotros, así que ni bien salgan los papeles de su divorcio... Por supuesto, será mi abogado el que se encargue de eso. Sé que tú y ella son amigos, pero entenderás que... dado lo ocurrido entre ustedes, preferiría que...

—¿Y qué es lo que prefiere Luisina?

Usando sus dotes de buen litigante, en cuestión de segundos la figura de Stuar se había engrandecido, buscando dar miedo.

—No pienso hacer de esto una batalla. No somos dos gorilas peleando por su hembra. Aquí lo importante es Luisina, y ella ya ha tomado una decisión.

Las palabras de su rival, por ciertas, lastimaron aún más a Augusto.

“Ella ya ha tomado una decisión”.

—Sólo quiero que sea feliz —susurró, rindiéndose ante lo inevitable.

Y por el dolor con que lo hizo sonó muy sincero.

Quizás Blas se había equivocado al juzgarlo tan duramente.

—Yo también busco lo mejor para ella. Pero ahora lo que más me preocupa es su seguridad. Todo ese asunto de la columna en el diario es una tontería. Sólo sirve para ponerla en riesgo. Amenazas, persecuciones... ¿Y todo para hostigar al gobierno? ¡Poca cosa!

—¿Persecuciones? ¿Alguien la estuvo siguiendo?

—Permanentemente.

—Entonces debe exigirle ya mismo a González Prato que...

—Él sólo ofreció ponerle vigilancia, pero eso no es suficiente.

—¡Tiene que salir de la calle Céspedes cuanto antes!

—Luisina es muy terca.

—Mi casa es grande y tiene vigilancia. Y además...

—Es tu casa —lo interrumpió el otro en forma terminante—. Mira, Augusto, te agradezco tu preocupación, pero ahora Luisina es asunto mío. Tú ya tienes suficiente con Andrea... No te ofendas, pero no vine aquí buscando tu consejo. Lo único que quería era informarte para que lo nuestro no te

encuentre desprevenido.

Blas Montes de Oca, acostumbrado por su profesión a dar noticias aciagas, no dio espacio para réplicas.

Sólo se retiró de allí con rapidez. Y es que, como sabía por experiencia, nadie se podía hacer cargo de los sentimientos de los demás.

¿O sí?

* * *

Tecléo dos palabras y volvió a mirar el móvil.

Se obligó a concentrarse en el texto, pero su vista se desviaba una y otra vez.

Acarició el aparato. Lo abrió, para luego cerrarlo envuelta en culpa.

Borró las dos palabras que había teclado y se abalanzó sobre el pequeño teléfono que ahora parecía observarla con sarcasmo.

Luisina resopló. ¿Estaba tan mal si lo llamaba? Ni siquiera pensaba ocultárselo a Blas. Se lo comentaría como al pasar, para acallar su conciencia.

¿Qué había de malo en comunicarle personalmente a Augusto lo de su compromiso?

Quería que supiera que ya no podía contar con ella para obtener sus “beneficios”.

Que no podrían tocarse nunca más.

Que ya era imposible que aquel deseo estúpido le arrebatara la razón. Ahora otras caricias despertaban su cuerpo...

O lo despertarían algún día.

Sí, tenía que darle un corte a su trato con Augusto. Era su obligación dar vuelta la hoja y aprestarse a una vida nueva.

Para siempre.

¿Para siempre?

—¿Piensas llamar a alguien?

Luisina pegó un salto en la silla y se apuró a guardar su móvil.

—¡Blas! Creí que ya no vendrías.

—Los horarios de un obstetra son siempre azarosos. Tendrás que acostumbrarte.

—Ya lo sé. Estuve practicando durante años en tu consultorio. Por cierto, tienes revistas muy aburridas allí.

—¿Hablaste con González Prato?

—Todavía no estoy muy segura de dejar la columna. Amo hacerla.

—¿Y lo de mudarte a casa?

—Es demasiado apresurado. ¿Y si resulto una pésima amante? ¿Si te arrepientes a la semana?

Blas sonrió.

—Mi departamento es demasiado pequeño e incómodo como para que una mujer desee quedarse allí por cualquier otra cosa que no sea amor... Tranquilízate, Lui. No estoy sugiriendo que te deshagas de tu casa, pero no tiene sentido que permanezcas sola, a merced de tus perseguidores, mientras yo me muero de preocupación.

¿No era dulce?! ¿No era el hombre más perfecto que había conocido?!

—¿Todavía sigues “indispuesta”?

—No, ya no.

—Entonces...

Un móvil comenzó a sonar. Era de él.

—¿Cambiaste el *ringtone*?

—No. Este es para llamadas no tan urgentes.

—¿No piensas atenderlo?

—Primero estás tú.

—De verdad, no me molesta.

Blas no permitió que lo dijera dos veces. Habló un par de minutos al aparato, al cabo de los cuales parecía molesto.

—El idiota de Bianchi acaba de cambiarme el turno.

—¿Y eso qué significa?

—Que para cuando pueda hacerte el amor, ya no me acordaré cómo se hacía.

—No estoy tan apurada.

Todavía se sentía demasiado incómoda junto a él.

—Yo, en cambio, me muero de ganas. Y si no fuera porque tengo que irme en veinte minutos te llevaría al hotel de aquí a la vuelta.

—Jamás fui a un hotel de esos.

—No es tan excitante como lo pintan.

¿Excitante? A Luisina le parecía sórdido e impersonal. ¡Como si el amor se pudiera medir en turnos! Pero no comentó nada. Sólo se limitó a saltar a

otro tema.

—¿Cómo conociste a Alicia?

—¿Por qué pensaste en ella justo ahora?

—¿No fueron amantes?

Blas tardó en responder.

—Trabajamos en el mismo hospital.

—Entonces todavía se ven.

—Casi a diario... ¿Te molesta?

—Bautista no se acostó con su secretaria porque la viera todos los días, sino porque quería hacerlo.

—Me alegro de que no seas celosa, porque en mi profesión...

Luisina se preocupó.

¿Por qué no podía sentir celos por Blas?

—La verdad —continuó él—, es que mi familia siempre fue muy amiga de la suya. De hecho, mi padre y la madre de ella son benefactores en la misma fundación. La de tu cuñado, por cierto.

—¿Vienes de una familia rica entonces? —preguntó Lui con inocencia.

—¿Importa?

—Como cualquier otro dato de tu historia personal.

—Mi padre es un hombre muy rico, pero yo no. El día que lo herede no voy a dudar ni un minuto en donar todo.

—¿Tú también eres comunista?!

—¿A qué te refieres? ¿Quién más es comunista?

—Pedro Pérez.

—¿De dónde sacaste esa tontería?!

—De su propia boca. Pero sí, tienes razón, es una completa tontería... ¿Lo haces por una cuestión moral?

—¿Qué cosa?

—Rechazar el dinero de tu padre.

—¡No! Lo hago porque ser rico implica un gran trabajo, y yo ya tengo uno. No me opongo al dinero. De hecho jamás pienso en él.

—En eso se nota que naciste rico. Para ti es como el aire que respiras: no piensas en él, pero lo necesitas para seguir con vida.

—¿Y a ti? ¿Te importa el dinero?

—Cuando no lo tengo. Pero me arreglo con poco.

—¿Por eso escribes esa columna? ¿Por dinero?

Luisina rio de buena gana.

—¡No me pagan tanto! Pero me resulta increíble que mi voz pueda generar un cambio. En este país se habla demasiado, pero nunca se dice nada. La mayoría de los que levantan las banderas de los pobres y los oprimidos sólo buscan poder, y ya me tienen harta.

—La política me resulta estúpida.

—A mí me encanta.

—Prefiero salvar vidas.

—¿Y la vida de los que están enfermos por vivir en una sociedad indiferente?

Blas miró su reloj.

—De verdad tengo que irme, Luisina. No es que esté evadiendo la conversación, que me parece interesante, pero ya es muy tarde. ¿Me perdonas?

Luisina le regaló una sonrisa sin resentimientos.

¿Cómo no disculpar a un hombre tan perfecto?

* * *

El andar de Irina era lento, como si cargara sobre sus hombros el peso de una profunda decepción. Ya llevaba demasiadas noches sin dormir, algunas entre amigos y risas, pero la mayoría de ellas hundida en la más oscura melancolía.

Se había jurado no volver allí. No demostrarle a la egoísta de su madre cuánto la quería y la necesitaba. Ella no se merecía ni una sola de sus lágrimas, pero... ¿cómo hacer para dejar de llorar?

Augusto se haría cargo de todo. Él las había cuidado siempre y no iba a permitir que nada malo le ocurriera a esa tonta, por terribles que fueran sus tonterías. Él podía pagar los mejores doctores, convocar a especialistas, conseguir un trasplante o lo que hiciera falta.

¡Sí! No pensaba darle el gusto a su madre de que la viera acongojada. De lo contrario no dudaría ni un minuto en aprovechar su debilidad para sacar ventaja.

Irina se detuvo. ¿Iba a darle el gusto?

Tardó en retomar el camino. Y cuando lo hizo, su paso era aún más lento.

Sí, la dejaría burlarse de ella. Porque necesitaba saber. Necesitaba

quitarse ese mal presentimiento de la cabeza. Necesitaba...

—¡Augusto! —exclamó al verlo caminando a su encuentro—. ¡Qué aspecto tienes! ¿Vamos a tener que internarte también a ti?

La muchacha lo observó mientras la observaba.

—¿Ese que llevas es el bolso de mamá?... ¿Qué mierda haces con su bolso?... ¡¿Dónde está mamá, Augusto?! ¡¿Y mi mamá?!... ¡Mamá!

* * *

Luisina volvió a mirar su reloj. Ya llevaba más de dos horas esperando. Más de doce, si sumaba todas las de la semana.

Blas era como un cura: muy devoto a su profesión, demasiado abnegado, siempre a disposición de los que lo necesitaban...

¡Ahora entendía el celibato!

Porque tal nivel de compromiso no era demasiado compatible con una vida propia. Y no demasiado justo para los demás. Ella desarmaba planes, posponía encuentros, y él invariablemente llegaba tarde. Y no por una tontería: su demora siempre involucraba vidas en riesgo. ¿Qué podía reclamarle entonces? ¿Tenía derecho a ser tan frívola?

—¡Luisina! ¿Por qué estás perdiendo el tiempo aquí, sola, con todo lo que te necesitamos en el Estudio?

—¡Romero! ¿Cómo andan sus cosas?

—¡Un desastre! Con decirte que ahora Eni es mi secretaria más lista. ¿Piensas volver pronto?

—Es posible.

—Haz tu mejor esfuerzo y un poco más. ¡Si hasta tuve que derivar causas al estudio de Augusto! ¿No te contó? Y eso que aquel lugar también es una locura. ¡Imagínate! Apenas se reintegró ayer.

—¿Reintegrarse? —preguntó Lui, tratando de no delatar su ansiedad—. ¿Por qué? ¿Estuvo viajando?

—¿Cómo? ¿No te enteraste?

—Hace más de un mes que no nos hablamos.

—El martes pasado enterró a Andrea. ¿Por qué pones esa cara? ¿Tampoco tú sabías lo del cáncer?

—Estaba enterada, pero creí que...

—Augusto estuvo plantificado en ese sanatorio sin decirle nada a nadie por semanas. ¡Y así quedó!

—¿Está muy mal?

—No te miento: bajó al menos diez kilos... La verdad es que no creí que la quisiera tanto. ¡No paraba de llorar!

Luisina trató de refrenar sus propias lágrimas.

—¿Estaba solo?

—La hijastra se pegó a él como garrapata. Pero dudo que fuera demasiado consuelo. Por cierto, esperaba verte al menos en el entierro.

—¿Él te dijo eso? —preguntó esperanzada.

—¡No! Era yo el que esperaba verte ahí. ¡No tienes ni idea del desastre que es el Estudio! Sé sincera, ¿de verdad no extrañas ni un poquito tu vida anterior?

Luisina no supo qué contestar.

Esa era una pregunta demasiado comprometida para respondérsela a un extraño, y demasiado dolorosa como para respondérsela a sí misma.

* * *

—¿Y qué tal es Luisina en la cama? ¿Mejor que yo?

Blas observó a Alicia con detenimiento, y luego sonrió.

—Tu marido no cesa de acosarla, tu amante la prefiere..., ¿qué crees?

—¡Por favor, cariño! ¿Piensas que ese comentario tan hiriente puede darme celos? ¡Por favor! Mi técnica en la cama es insuperable.

—No me consta. Pocas veces pasé de ese cuartito de mierda... En cambio Luisina no le tiene miedo a demostrar su amor durante el sexo.

—Me pregunto cuánto tardarás en regresar a mis brazos.

—Nunca estuve en tus brazos, si no en tus bragas. Y ya conozco de memoria las tres que tienes. Ahora, disculpa, tengo que irme. Entro a quirófano en cinco minutos.

* * *

—Entró a quirófano hace cinco minutos. Lo lamento.

Luisina cerró su móvil.

¡Era el destino! De no haber sido correcto lo que estaba a punto de hacer, Blas hubiera estado allí para disuadirla.

¿Por qué se sentía tan culpable? Después de todo, era su obligación dar el pésame. Andrea había sido su cuñada por años. No podía dejar pasar su muerte sin...

¿A quién quería engañar? No era por Andrea que estaba montando guardia frente a la casa de Augusto. Era por él. Claro que se sentía culpable por estar allí sin que su novio lo supiera, pero más culpable aún por haberse comprometido con Blas mientras Augusto...

¿Qué estaba pensando?!

Blas era todo lo que podía soñar de un hombre, mientras que su cuñado era la persona más equivocada del mundo para ella.

El ruido del portón principal sacó a Luisina de su ensimismamiento.

Su corazón se detuvo al ver a su cuñado: las ojeras le cubrían el rostro, su mirada, habitualmente despejada, sucumbía por efecto de las lágrimas.

Sí, debía haber perdido al menos diez kilos.

Por algún motivo ridículo tuvo ganas de consolarlo. De auxiliarlo con ese dolor oscuro. Pero a la vez sintió rabia y envidia. Era evidente que Andrea había sido siempre el gran amor de Augusto. Ella, en cambio...

Comenzó a caminar hacia él con lentitud. Pero cuando estaba por alcanzarlo, una mujer deslumbrante salió de la casa para dirigirse hacia un taxi.

Luisina se detuvo, paralizada: esa desconocida había tenido el desparpajo de besarlo en los labios. ¡A él! ¡A Augusto!

¡Era una tonta!, ¿cómo había podido pensar que era la única “amiga con beneficios” en la vida de su cuñado? ¿Que él se iba a tomar medio minuto para extrañarla?

Dio marcha atrás, pero ya era demasiado tarde. Del otro lado de la calle Augusto reparó en su presencia.

—¡Luisina! ¡Viniste!

Pero como siempre que la realidad le dolía demasiado, la muchacha

comenzó a fingir.

—¿Qué tal, Augusto? —preguntó con la gentileza propia de una desconocida—. Romero me contó lo de Andrea. Vine a darte el pésame.

—Gracias, yo...

Luisina lo interrumpió.

—¡A que no sabes! Estoy saliendo con Blas Montes de Oca. ¡¿No es maravilloso?!

“No”, pensó Augusto con amargura.

—Sí, ya lo sé —respondió, en cambio—. Blas me lo contó en el sanatorio, un día que vino a visitar a Andrea.

—¿Blas sabía lo de su internación?

—¿No te lo dijo? Fue el primero al que llamaron.

—Jamás —replicó Lui atónita, olvidándose del personaje.

—No lo culpes. Fui yo el que le pidió que fuera discreto.

Un silencio tétrico se interpuso entre los dos. Y Luisina ya no tuvo valor para fingir.

—Intenté comunicarme contigo, pero...

—La terapia intensiva era como una caja fuerte: no tenía recepción. Pero ni bien salía de allí te llamaba. Nunca me respondiste.

—Debido a las amenazas el diario dio de baja mi línea y tuve que cambiar el móvil.

—Lo imaginé.

Ambos callaron, pero pocas veces el silencio fue tan ruidoso.

—¿Eres feliz, Lui?

—Blas es el hombre perfecto para mí. Cálido, inteligente, abnegado... Es imposible estar junto a él y no admirarlo.

—No te pregunté si era un buen médico. Lo que quiero saber es si eres feliz.

—¡Felicísima!

—¿Eres tú la que habla, o estás montando otro de tus numeritos?

Luisina se enfureció. Augusto era un Stuar de pies a cabeza. ¡Igual de mordaz que la madre!

—Punto uno, no tengo por qué engañarte. Punto dos...

—Punto tres, te extrañé con toda mi alma. Te amo, Luisina. Te amo como nunca pensé que podía amar a nadie.

Ante esa confesión inesperada el personaje abandonó a Lui por completo, dejándola indefensa ante su oponente, que ahora la miraba expectante desde su

metro noventa.

—Ese no era el trato —llegó a murmurar.

—Nunca pude hacer tratos contigo. Mi razón se toma vacaciones cuando estás cerca. Pusiste mi vida de cabeza, y ya...

Un bocinazo lo interrumpió. La muchacha rubia había regresado y lo estaba llamando desde el taxi.

—¡Ese nunca fue el trato! —insistió Lui.

Y comenzó a correr hacia la avenida, sin permitir que él la retuviera.

Quería huir de allí cuanto antes.

No pensaba dejarse engañar por un Stuar.

Nunca más.

* * *

¿Por qué no podía quitarse a Augusto de la cabeza?

—¿De verdad no estás enojada por mi demora?

—No. Ya me estoy acostumbrando a aguardarte. Traigo mis papeles y aprovecho para escribir la columna.

—Pero luces triste.

Luisina sintió que un nudo le apretaba la garganta.

¿No era maravilloso que un hombre la atendiera así?

—¿Cuándo vamos a hacer el amor, Blas?

El otro sonrió.

—Yo me estaba preguntando exactamente lo mismo. Y creo que esta es la noche perfecta. Sin partos ni operaciones a la vista.

—No me malentiendas. No se trata sólo de sexo, sino que creo que a nuestra relación le falta intimidad. Necesito soltarme y comenzar a sentirte como algo más que mi ginecólogo.

—Vayámonos de aquí entonces.

Dejó unos billetes sobre la mesa del bar y fueron hasta el auto.

—Hay que buscar una farmacia —le informó—. Hace tanto que no tengo sexo, que ya ni me molesto en llevar condones.

Luisina lo miró extrañada.

—¿Condomes? ¿Para qué queremos preservativos? Los dos somos sanos.

—Bueno, digamos que no eres la mujer más fértil del mundo, pero tampoco es para confiarse.

—¿Es una broma? ¿Te olvidas de que soy estéril? Hace más de cinco años que me atiendes por eso.

Blas la observó sin entender.

—¿No recibiste mi carta?

—¿Qué carta?

—¡Imposible! Le dije a Cristina que te la entregara personalmente, y... ¡Uff! ¡Voy a demandar a esa idiota!

—¿De qué estás hablando?

—La última cirugía que te hice fue un éxito. Tienes buenas chances de lograr un embarazo.

Luisina se tomó un buen rato para decodificar la noticia y sus implicaciones.

Por desgracia, también lo hizo Blas.

—¿De verdad no te estuviste cuidando?

—Sólo tuve sexo con Augusto. No creí que fuera necesario.

—¿Y piensas qué...?

—La semana pasada tuve mi período. Te lo dije.

—Pensé que era una excusa para no tener sexo.

—No. Era verdad.

—Bueno, entonces olvidemos todo el asunto y vayamos a la farmacia.

—Espera, Blas... Si ahora puedo tener un hijo, la verdad es que quiero hacerlo. Tengo treinta y ocho, y...

—Y tienes al menos hasta los cuarenta y cinco para intentarlo.

—No quiero ser una madre vieja.

—La mía tenía esa edad cuando nací, y estoy perfectamente.

—Pero yo...

—Escucha, la paternidad es un lujo que no puedo darme en este momento. A diferencia de lo que ocurre contigo, yo me siento demasiado joven como para complicarme con un niño. Apenas estoy alcanzando mis primeras metas en la profesión, y tú eres testigo de que no tengo tiempo para más. No es que no quiera, Luisina, sino que no estoy listo.

—Pero yo sí. Y ni siquiera tendrías que ocuparte del niño.

—No fui educado de esa manera. Soy muy responsable y jamás dejaría a mi hijo abandonado por ahí... Es mi última palabra. Lo tomas, o lo dejas.

La muchacha lo observó desolada.

¿Acaso tenía opción?

* * *

—De verdad, Luisina. No sé qué le ocurre a esta niña, pero Candelaria está muy rara. ¡Mira las calificaciones que trajo a casa!

Lui revisó la libreta que Amanda le alargaba.

—¡Vaya! ¡Son excelentes!

—¿Y eso te parece normal?! ¿Desde cuándo mi hija estudia? ¡Si hasta dice que quiere anotarse en un curso de verano!

—No me lo mencionó. ¿De qué se trata?

—¡Periodismo! ¿Puedes imaginarlo? ¿De dónde habrá sacado semejante tontería?

—Bueno, yo soy periodista.

—¿Tengo que explicar más? Siempre creí que mi hija se iba a dedicar a las finanzas, como yo. ¡Pero periodista! ¿Por qué mejor no se consigue una lata y va a mendigar por las calles?

—Dime, ¿sólo me llamaste para criticar las decisiones de Candelaria?

—Bueno, además quería saber en qué andabas. ¿Sigues sola?

—No.

—¿Con quién...?

Luisina la interrumpió.

—Mira, Amanda, voy a decir esto una sola vez, y espero que no hagas comentarios... Estoy saliendo con Blas Montes de Oca, el ginecólogo que por desgracia ya conociste. Sí, es una relación seria. Ayer me presentó al padre, que es un hombre encantador. Es probable que nos casemos ni bien estén listos los papeles de mi divorcio.

—Yo sé muchas cosas sobre ese viejo. Sé que es tan rico, como religioso y conservador. ¿No va a molestarle tener una nuera de “segunda mano”? Bah, aunque conociendo a tu ex, es probable que todavía estés casi sin uso.

—Muy gracioso lo tuyo. Y sí, el padre de Blas es un hombre de Fe. Pero como yo nunca me casé por Iglesia no tiene nada que objetar.

—Veo que ya lo pensaron todo. La cosa va muy en serio.

Luisina suspiró. Sí, demasiado en serio y demasiado rápido para su gusto.

Pero ese era un pequeño precio a cambio de estar con el hombre de su vida.
Un hombre perfecto.

* * *

—¡Guau! ¿Quién era esa rubia espectacular con la que estabas anoche?
Augusto Stuar levantó la cabeza, sin por eso alejar su mente de lo que la ocupaba.

—¡Augusto! Te pregunté por tu cita de ayer.

—No tengo la cabeza para citas.

—¿Y la rubia de anoche quién era?! ¿Un ángel?

—No salí con nadie... Bueno, a menos que te refieras a Joselyn, la media hermana de Andrea que vive en California. Vino para el funeral y está parando en casa.

—¡Guau! Mi cuñada se parece a un oso travestido. ¡Qué afortunado eres!

—¿Por qué? Está casada con un médico... Todas se casan con médicos —
concluyó con amargura.

—¡Ojalá mi ex hubiera enganchado uno, así dejaría de molestarme! Pero su nuevo novio es profesor de gimnasia, y la muy idiota espera que los mantenga a ambos. Ayer mismo me vino con... ¿Augusto? ¿Todavía estás en este mundo?

—No... Dime, ¿crees que las cosas suceden por algo? ¿Qué existe algo así como un destino, o como un...?

—¿Dios? —concluyó el otro—. ¿Qué te ocurre, Augusto? En tantos años que nos conocemos, nunca antes te escuché ese tipo de preocupaciones. ¡Es increíble lo mal que te dejó ese asunto de Andrea! Nunca imaginé que la quisieras tanto.

—¿Andrea?... Sí, claro, lo de Andrea fue terrible —replicó mientras perdía la vista en la nada.

En el vacío más absurdo: el del desamor.

* * *

—¡Luisina!... ¡Luisina, aguarda!

Lui se detuvo, y de inmediato se agachó para recibir el alegre saludo del retriever dorado de su vecina.

—¿Vas a casa?

—Sí.

—Yo también, y mejor entramos juntas. En la puerta está esa gentuza del sexto.

—¿Otra vez fiesta?!

—Hasta que salga el sol. Ya es la tercera denuncia que hago por ruidos molestos, pero a ellos les da igual... La policía me contó que el más bajito es *dealer*. Reparte droga a todo el barrio. Pero como lo hace en un departamento privado, ellos tienen las manos atadas.

—¿Estás segura?!

—¡Segurísima!... Y ahora calla, que ahí están.

Un par de jóvenes mal trazados aguardaban el elevador.

Pero Lui, lejos de obedecer a su vecina, fue directamente a encarar al más bajo.

—Perdón, ¿tú eres del sexto piso, no?

—¿Qué te importa?

—Sólo quería saber si hoy hay fiesta.

—¿Por qué mejor no te metes la lengua en el culo?

Luisina se hizo a un lado, obviamente conmovida por la rudeza del muchacho.

—¿Qué te ocurre, Lui? —le preguntó su vecina ni bien todos subieron al elevador—. No puedo creer que estés llorando así por lo que te dijo este idiota.

—¡No! —replicó a viva voz. Pero de inmediato hizo un aparte con su vecina, y comenzó a susurrarle—. Tú no entiendes... Cada vez que hay fiesta en el sexto viene mi ex.

—Tu ex está siempre por ahí.

—Pero cuando hay fiesta en el departamento de abajo viene con otros tres. Se instalan en la terraza con sus cámaras y teleobjetivos. Entran a mi cuarto, comen, beben... ¡Me muero de miedo! ¡No quiero que vengan más! —concluyó entre llantos conmovedores.

Aún a pesar de sus susurros, uno de los muchachos la encaró justo en el momento en que el elevador se detenía.

—¿De qué trabaja tu ex? —preguntó, sosteniendo la puerta.

—De nada. Esto no tiene nada que ver con ustedes. Es sólo que sus amigos me dan miedo.

—¡No me pongas nervioso mujer, o el que te dará miedo seré yo!

—¡Les juro que yo nunca los denuncié! —clamó Lui, entre hipos y llantos —. ¡Ellos vienen solos! Es como si supieran que va a haber una fiesta... ¡Pero yo nunca dije nada!

—¿De qué trabaja tu marido, perra?

—División Narcóticos de la Policía Federal. ¡Pero ya estamos divorciados! Es sólo que él no me deja en paz...

Sin responder, los muchachos salieron del elevador, dejando a Lui inmersa en una crisis de llanto.

Para cuando las dos bajaron en el séptimo, la vecina se apuró a arrastrarla hasta su casa.

—¡Pobrecita niña! No tenía idea de que el estúpido de tu marido, con esa cara de infeliz, se dedicaba a esas cosas.

Para sorpresa de su vecina, el rostro de Lui se transformó, volviendo a su serenidad habitual.

—Bautista es ingeniero. Y si supiera que hay delincuentes en el piso de abajo nunca más se atrevería a regresar.

La vecina se sorprendió.

—¡No! ¡Sí que me has engañado! Yo también me creí la historia... ¿Cómo se te ocurrió?

—A veces miento un poco.

¿Por qué lo estaba haciendo de nuevo? Era como si su voz no le alcanzara para defenderse.

—¡Y todas esas lágrimas! ¿Cómo haces para simular tanta angustia? ¡Qué actriz!

Luisina se incomodó.

¿Actriz?

* * *

Luisina contempló su imagen en el espejo. La forma en que su cabello jugueteaba con su seno. La desnudez de sus piernas.

El satén de la camisa de noche acariciaba su cuerpo, recordándole otras caricias...

Las incorrectas.

Por un lado tenía al hombre perfecto, que por una causa que no llegaba a entender estaba enamorado de ella. Y por el otro a un seductor despiadado, que había heredado los peores rasgos de su familia. Porque Augusto era...

Luisina agachó la cabeza y se dejó vencer por las lágrimas.

Augusto era una excelente persona, con un único gran defecto: no la quería lo suficiente.

Había cambiado su discurso de “amigos con beneficios” por el de “amor eterno” sólo para no perderla. Y ahí estaba ella, frente al espejo, contemplando la versión más hermosa de sí misma, y a la vez la más desagradable. Porque claramente tenía la sensación de estar obrando mal. De que tarde o temprano terminaría lastimando a alguien que amaba.

¿Por qué las cosas ocurrían así? ¿Qué la había llevado esa tarde a casa de Augusto?

Era como si una fuerza superior jugueteara con ella, empeñada en confundirla.

¿Acaso era mucho pedir un signo que le indicara el camino correcto?

Y no acababa de pensarlo, cuando el ruido del timbre de la puerta principal la fulminó como un rayo.

Observó por la mirilla y se puso a temblar.

Allí, parado del otro lado de la puerta, estaba su respuesta.

* * *

—¿Cómo llegaste hasta aquí sin tocar el timbre de la calle?

—Fue extraño. Pasaba con el auto y vi la puerta del edificio abierta de par en par, sin vigilancia, así que decidí entrar para cerciorarme de que estuvieras bien.

—Ya me iba a acostar.

—Estás hermosa así... —y abrazándola, Blas agregó—. ¡Te necesito tanto!

Comenzó a besarla con pasión, pero por algún motivo ella no podía enredarse en su deseo.

—¿Qué te ocurre, Lui? ¿Todavía estás triste?

—Esta tarde fui a casa de Augusto para darle el pésame.

—¿El pésame?... ¿Estás enojada porque no te conté lo de Andrea?

—No. No es eso.

—¿Entonces?

—Augusto me dijo que me ama.

Blas le dio la espalda.

—Por desgracia creo que es sincero. De verdad te ama...

Y dándose la vuelta para mirarla a los ojos, agregó: —Pero no más que yo.

La tomó entre sus brazos para acariciarla con suavidad mientras le susurraba al oído.

—Todos esos años en que te vi sufrir por Bautista, me moría por consolarte. Te admiraba a la distancia. Me decía que, de casarme, sólo lo haría con una mujer como tú: dulce y abnegada... Yo te amo, Luisina. Te amo de esa forma desesperada que no teme incluso al renunciamento. Si Augusto te hace más feliz, me haré a un lado. Pero si no es así... Estos días junto a ti han sido los más felices de mi vida. Sin quejas ni reclamos. Puro amor. Y hasta en el tema de los hijos resultaste generosa y paciente. Claro que yo también cedí. Y ese justo medio me parece maravilloso... ¿Qué más puedo decirte?... Así soy yo, Luisina: no gran cosa. Pobre, comprometido con mi profesión y fanático de la familia. No hay nada seguro conmigo, excepto que nuestros hijos serán cortos de vista. Lo demás es un misterio... Pero si lo prefieres a Augusto, todo bien. Sólo te pido que antes averigües si ese amor que te declara no es más que desesperación. La muerte de Andrea le hizo muy mal.

Blas se puso de pie antes de continuar.

—Y ahora será mejor que me vaya. No quiero presionarte. Tú ya sabes lo que siento.

Ella lo detuvo y comenzó a besarlo con pasión.

¿Acaso no había pedido un signo?

¿Qué más necesitaba para saber que ese era un hombre perfecto?

* * *

—¡Ese no es un tipo para ti, Lui! —se indignó Eni—. Me refiero a... ¡Vamos!, eres una zaparra, amiga. Y por mucho que te quiera, tengo que decirte que ese doctor es demasiado para ti... ¡Ojo! Te lo digo con cariño.

—Pues tendrás que hacerte a la idea.

—¿Para cuándo los confites?

—Uno o dos meses.

—¿Y adónde van a vivir?

—Por ahora en su departamento, hasta que tengamos niños.

—Que será pronto, supongo.

—Tres años.

—Veo que renunciaste a ser madre joven. ¡Allá tú!... ¿Seguirás viniendo al estudio?

—No sé... Blas tiene horarios muy raros. Si quiero verlo, dudo que pueda trabajar tiempo completo.

—¿Y lo que hacías con el viejo canoso?

—Odiaría tener que dejarlo, pero... no sé. A Blas le preocupa que pueda meterme en líos.

—¿Hay algo que hayas decidido tú solita, sin la intervención de Blas?

Luisina se inquietó. Eni tenía razón... ¿Arruinaría de nuevo este matrimonio como había hecho con el anterior?

—No pienso dejar el trabajo. Sólo trataré que mis tareas no interfieran con la rutina de mi futuro marido.

—Espero que Blas ponga tanto empeño en complacerte como lo haces tú con él.

—Su trabajo es extenuante. ¡No tienes ni idea la de vidas que dependen de él!

—Es hermoso estar casada con un héroe. Pero al final del día, cuando hace frío y estás en la cama, sólo quieres un hombre a tu lado. ¿Crees que él también estará allí cuando seas tú la que lo necesite?

Ante el silencio de su compañera, Eni continuó.

—Bueno, al menos no tendrás que preocuparte por el dinero. Leí por ahí que viene de una familia muy rica.

—Blas piensa renunciar a la fortuna de su padre, y a mí me parece perfecto.

—Ya veremos lo que opinas cuando tengas que pagar los pañales y la cuota del colegio privado. Por supuesto que puedes mandarlos a uno público, si no te interesa que sus maestros vivan de huelga.

—Para eso falta mucho. Por ahora con unos pequeños sacrificios nos alcanzará.

—Sí, sacrificios que harás tú, por supuesto... Bueno, al menos tienes lo que le sacaste al estúpido de tu ex.

—Blas se sentiría mal si yo...

Eni ni se molestó en escucharla.

—¿Por qué mejor no vamos saliendo? Tú estás de visita, pero mi horario de trabajo se acabó cinco minutos atrás.

Tomaron sus bolsos, y juntas se dirigieron hacia el elevador.

—¡Aguarda! —chilló Eni—. ¡Qué idiota! Me olvidé el móvil.

—¿Te molesta si voy bajando? Es que Blas va a pasar a buscarme por el garaje del edificio y...

—¿El garaje?

—En esta calle es imposible estacionar.

—Bueno, vete. No queremos que tu Blas se fastidie.

Luisina se subió al elevador, pero su mente no podía alejarse de esa oficina.

Por insignificante que fuera, le gustaba su trabajo allí. Las locuras de Eni, el trasfondo humano de los distintos casos, el manejo de las noticias desde su fuente. Tanta locura la ayudaba a entender el mundo caótico en que vivía.

Salió del edificio hacia el estacionamiento desierto.

¿Por qué Blas estaría tan empeñado en que no trabajara?

Miró al frente y se detuvo. Aquella figura trasnochada se estaba dirigiendo directamente hacia ella.

¿Quién era?

Aguzó la mirada, y entonces comenzó a temblar.

* * *

Romero se asomó por la ventana. Prácticamente había anochecido y a él todavía le quedaban varias horas de trabajo por delante.

Un ruido sordo lo sobresaltó. Aguzó la vista, pero no había nada. De seguro sólo se trataba del escape de un auto. Cerró la ventana y se desplomó en la silla giratoria. Una de las ruedas se soltó, haciéndolo tambalear. Se tomó

del escritorio, arrastrando un millón de papeles en su camino al suelo.
Romero resopló.
Estaba gordo y su mobiliario necesitaba una renovación urgente.
¿Podía haber en el mundo alguien más desafortunado que él?

* * *

Eni salió a la calle, apurada. Se moría por entablar relación con el tal Blas. El tipo provenía de una familia poderosa, y a eso no se podía renunciar. Como fuera, quería conocerlo mejor y sacar alguna ventaja.

Se desvió hacia el garaje del edificio. ¿Lui no había mencionado que se encontrarían allí?

El lugar estaba tan silencioso que le dieron escalofríos.

Pero de repente una explosión resonó en las paredes vacías. Eni se arrojó al suelo, fulminada por el estruendo. Lo que fuera, prefería no averiguarlo. Así que se quedó allí, quieta, esperando lo peor.

Y lo peor se produjo.

* * *

Augusto tuvo una extraña sensación de desasosiego. Como si algo malo estuviera a punto de ocurrir.

—¿En qué piensas? —le preguntó con voz infantil la bella dama que lo estaba acompañando.

—En nada —respondió él, fingiendo una sonrisa—. Tonterías.

* * *

El auto de Blas comenzó a desplazarse por el garaje desierto, buscando un lugar adecuado donde estacionar. Aguzó la visión. ¿Esa no era la muchacha tonta que Lui le había presentado unos días atrás? ¿La que estaba embarazada? Ojalá no tuviera que llevarla, porque odiaba su charla monótona.

Ya estaba arrepentido de haber citado allí a Lui. El lugar era más tenebroso de lo que recordaba, y...

El fognazo de un disparo lo despertó, iluminando la escena.

Una sombra pasó ante sus ojos.

¡¿Qué mierda había sido todo eso?!

Se bajó del auto sin molestarse en apagar el motor. Notó algo pastoso bajo sus pies: estaba chapoteando en sangre.

Tuvo miedo de mirar más allá, pero se obligó a hacerlo.

Y entonces la vio.

Sí, era ella. El cuerpo de Lui yacía allí, exánime.

* * *

Sentado en la ambulancia junto al cuerpo de la mujer que amaba, Blas lucía demudado. El futuro que planeaba con tanto cuidado se disolvía ante sus ojos. Y aún a pesar de todo su entrenamiento, no podía moverse. Sólo observaba los esfuerzos denodados de los otros médicos por mantener a Luisina con vida.

Era como si nada de eso fuera real. Como si una fuerza oscura atara sus manos.

Para cuando llegaron al sanatorio la trasladaron directamente a quirófano.

Tampoco pudo entrar allí. Así que se limitó a esperar por más de cinco horas. A extrañar la dulce presencia de Lui.

Se sentía culpable. ¡Si tan sólo hubiera llegado cinco minutos antes! ¡Si no la hubiera citado allí!

Para cuando el cirujano principal asomó, Blas ya estaba dormido. Soñando con ella y lo feliz que era entre sus brazos.

—¿Eres Montes de Oca, no?

—Sí.

—¿Te acuerdas de mí? Operaste a mi madre el verano pasado.

—No me acuerdo... Disculpa, ¿Luisina cómo está?

El doctor calló.

Por desgracia Blas conocía muy bien ese silencio. Era el mismo que él usaba cada vez que se enfrentaba con la muerte.

Miró al doctor, tratando de escuchar lo que no le decía.

Y entonces sintió ganas de gritar.

* * *

—Se descarta el robo como móvil, porque el atacante ni se molestó en llevarse el bolso. ¿Sabe si la señora Ramos tenía algún enemigo?

—Hace poco hizo una denuncia por lesiones contra el señor Pedro Pérez. Él la estaba acosando.

—¿Alguien más?

—Su exmarido, Bautista Stuar; su cuñado...

—¿Su cuñado?

—El doctor Augusto Stuar.

—¿El abogado? Lo conozco. Defendió a una muchacha de la calle en un juicio en el que yo intervine... No creo que alguien que se toma tanto trabajo por una pobre miserable sea capaz de disparar en un rincón oscuro.

—¿Lo va a descartar por eso?

—Por ahora no descartamos a nadie. Incluso a usted. ¿Se le ocurre alguien más?

—Bueno, últimamente estaba recibiendo amenazas.

—¿Por qué no empezó por ahí?!

—Ella escribe una columna en un diario. No sé si alguna vez la escuchó nombrar: “La reina del baile”.

El inspector se sobresaltó.

—¿Luisina Ramos es “La Buchona”?!

* * *

—Nuestro móvil está apostado en la puerta del sanatorio, a la espera de un parte médico que confirme el estado de salud de la...

Lidia apagó el televisor.

—¡Pobre muchacha! En este país ya no se puede vivir tranquilo.

—¿Me sirves un café, Lidia, por favor?

La dama se espantó al ver a su patrón en la cocina. ¡Eso jamás hubiera ocurrido de estar viva la señora Andrea!

—¿No prefiere que se lo lleve al escritorio, doctor?

—Deja, lo tomo aquí... Y sírvete uno también. ¡Olvida esa bandeja, por favor! Ni siquiera la servilleta es necesaria.

—¿Se encuentra bien, doctor?

—No sé... La casa está tan vacía, que parece un cementerio... ¿Qué hacías?

—Nada. Mirando las noticias. Lo que le ocurrió a esa pobre niña de la tele a la que le dispararon.

—¿Le dispararon a alguna actriz? ¡Con razón que no se podía pasar por el Sanatorio!

—No es actriz, sino periodista. Nunca le vi la cara, pero sé que es joven. Se llama Luisina, como su cuñada... Luisina Ramos.

Augusto dejó caer la taza.

La dama se preocupó.

—¿Se quemó, doctor?!

Imposible saberlo. Su dolor era tan profundo, que ya nada lo podía lastimar más.

* * *

—No, no puedo ir ahora... ¡Porque Luisina está grave, ¿por qué va a ser?!... No, no insistas... ¿No puede encargarse Carlos?... ¡¿Acaso soy el único cirujano de ese hospital?! —se enojó Blas con el móvil. Pero fue inútil. Su deber no sabía de urgencias personales—. Está bien. Iré en dos horas.

No quería dejar sola a Luisina, pero sentado en ese banco estaba perdiendo el tiempo, mientras que en el hospital podía ser muy útil junto a su paciente y al hijo que estaba por nacer.

—¿Dónde está?

Blas levantó la cabeza, para enfrentarse al rostro demudado de Augusto.
¡Ahora sí que no era ni la sombra del galán que había conocido!

—¿Dónde está?!

—Todavía no baja de quirófano.

—¿Cómo mierda ocurrió esto? —preguntó su enemigo entre lágrimas.

—La policía cree que fue un profesional. No hay huellas, pero están rastreando la pistola.

—¿Qué profesional es tan tonto como para dejar su arma por allí?

—La policía se está ocupando.

—¿Ya pensaron en Pedro Pérez?

—Fue el primer nombre que sugerí.

—¿Por qué mierda la dejaste sola?! ¡¿Acaso no sabías que estaban tras ella?!
—Soy el novio de Luisina, no su niño. Estaba yendo a buscarla y me demoré cinco minutos.

Augusto hizo un esfuerzo por refrenar su ira y no acabar a las trompadas.

—¡Imbécil!

Blas no se amilanó.

—¿Y qué hay de ti, que la metiste en esa estupidez de la política?! ¡¿Qué mierda tenía que hacer allí?! Y ella, tan inocente, se dejó usar por tu amigo, ensuciándose las manos por él.

—¿Crees que no estaba muerto de preocupación? Pero Luisina ama la política, y esa columna es su sueño.

—Que ahora puede costarle la vida. ¡Bonito sueño!

—¿Y para qué más se está vivo, sino para soñar? ¿Cómo no te diste cuenta de lo feliz que era cada vez que escribía?

Por un instante Augusto se perdió en la mirada emocionada de Lui mientras sostenía en brazos a su pequeña hermana.

Sus bellos ojos negros se nublaron por las lágrimas, pero logró sobreponerse.

—Al menos dime que va a sobrevivir, Blas. Júrame que volverá a ser la de siempre —exclamó con desesperación.

—No lo sé. Bajará en coma farmacológico y con respirador.

—¿Qué significa eso?

—Que está viva gracias a la aparatología que la sostiene. Lo lamento.

Un revuelo conmocionó el lugar. Una decena de guardapolvos blancos

acompañaba el paso urgente de la camilla con la enferma.

Blas observó a sus colegas con atención reverente. Pero luego su mirada chocó con Augusto. Nunca hubiera imaginado que un abogado prestigioso como Stuar podía ser tan emocional. De hecho, parecía a punto de tener un ataque, mientras acariciaba a Lui, abatido por el llanto. ¡Qué escena! ¡Qué forma de desperdiciar energía inútilmente! Como si tanto dolor sirviera para algo en ese momento.

Una enfermera les impidió el paso a la Unidad de Terapia Intensiva, y tras ella un policía se apostó en la puerta para vigilar la entrada.

—El juez ordenó custodia —explicó Blas.

Pero Augusto lo miró sin entenderlo.

—Oye... ¿Piensas quedarte, Stuar?

—¡Claro!

—¿Y tu fobia a los hospitales?

—No puedo irme... Luisina está aquí. No puedo... No puedo nada.

Blas se avergonzó ligeramente. Primero porque, aún a pesar de su profesión, no se terminaba de acostumbrar a las lágrimas de un hombre. Pero más aún, por ser incapaz de expresar su dolor, (que lo tenía, y mucho), de la manera en que lo hacía su rival. Ciertamente Augusto se veía ridículo... Pero de una forma extraña, también conmovedor.

—Si piensas quedarte, yo tengo una paciente aguardándome en quirófano. Esta es mi tarjeta. Llámame allí ni bien tengas alguna novedad. Yo estaré de regreso en un par de horas, y entonces podrás irte.

—No pienso irme.

Blas emprendió su camino, pero de inmediato regresó.

—¿Sabes que vamos a casarnos en un par de meses, no?

—Sí. Romero me lo dijo.

—Y Luisina no va a cambiar de opinión porque te quedes aquí.

—Lo sé —replicó el otro con amargura.

Blas aprovechó entonces para partir.

Sí, definitivamente nunca iba a acostumbrarse al llanto de un hombre.

* * *

—¿Quién diablos le permitió estar aquí?!

Augusto soltó la mano de Luisina y se puso de pie, como si la enfermera fuera su comandante.

—El inspector me conoce y lo autorizó.

—Hay que ver si el médico opina lo mismo.

La dama comenzó a revisar los signos vitales de la enferma.

—¿Cómo está?

—Todavía es pronto para decirlo. Están esperando a que se estabilice para operar... ¡Qué lástima! Yo siempre leía su columna... Y lástima también que perdiera el embarazo.

Augusto se estremeció.

—¿Qué embarazo?!

—No sé... Me pareció leer en algún lado que estaba embarazada. Pero quizás me confundí con la paciente que estaba antes aquí... ¿Eres el marido?

—No —respondió Augusto en forma enigmática.

Y la enfermera no insistió más. Allí en el Sanatorio se veían muchas cosas, y ya estaba acostumbrada a todo.

¡Estas chicas modernas!

* * *

¡Estas enfermeras viejas eran unas metidas! ¿Qué le importaba a esa bruja la relación que lo unía a Lui? De seguro quería venderle el dato a alguno de los periodistas apostados en la entrada.

Blas sacudió la cabeza tratando de deshacerse de su enojo.

Augusto se sorprendió al verlo.

—¿Cómo te dejó pasar el guardia?

—Soy médico. Entro adonde quiero en un Sanatorio. ¿Alguna novedad?

—Nada... ¿Por qué sigue conectada a ese aparato?

—Ya te lo dije. Es lo que la mantiene viva... Y ahora será mejor que te vayas. Me quedaré yo.

—Esperaré afuera.

—¡No seas ridículo, hombre! ¡Apesta! Ve a tu casa, toma una ducha, duerme un poco, come algo, y si se te da la gana, regresa. Si tan interesado

estás en quedarte aquí, podemos hacer turnos.

—Tienes razón. Regresaré en tres horas. ¡Pero no dejes que nadie se le acerque a menos que estés seguro de que pertenece al hospital!

Blas observó con odio a su oponente. ¿Quién se creía como para estar dando órdenes?

Una vez solo, el doctor Montes de Oca se sentó junto a la enferma por más de quince minutos.

¡Con razón Stuar tenía fobia a los hospitales! Estar allí sin poder hacer absolutamente nada era frustrante. A uno se le pasaban mil cosas por la cabeza, y de no haber estado su rival rondando, Blas no hubiera dudado ni un segundo en actuar con lógica, dejando que el personal entrenado de terapia se encargara de Lui.

Se acomodó en la silla. El sueño lo venció un par de veces, así que por fin decidió salir del cuarto en busca de un buen café negro que lo mantuviera alerta.

Luisina no corría ningún peligro: el guardia permanecía en su puesto, estaba bien monitoreada... ¿Qué le podía pasar en cinco minutos?

* * *

—¡Estoy muerta! Llevo más de cinco horas plantificada frente al Sanatorio en que está “La Buchona”. No sé por qué mi jefe insiste en hacer ese tipo de móviles. Después de todo, a la gente le interesa el parte médico, y no necesita que el doctor se lo diga en persona... Éramos más de treinta tipos y tres camiones de exteriores, todos acampando allí.

—¿Saben quién lo hizo?

—No. Pero nadie descarta una movida del gobierno... Y ahora, ¿qué tal si comenzamos con lo nuestro? Sólo tengo media hora antes de volver allí.

El timbre los interrumpió.

—¡Mierda, Pedro! ¡No me digas que estás esperando a alguien!... Deshazte ya mismo del que sea.

Aquel galán otoñal se asomó por la mirilla, y en seguida abrió la puerta, enojado.

—¿Qué ocurre ahora?! —preguntó con fastidio.

—¿Usted es el señor Pedro Pérez?

—¿Acaso no me reconoces? Porque es la tercera citación que traes este mes. ¡Como si en Buenos Aires no hubiera ladrones, sólo se ocupan de mí! ¿De qué se trata ahora?

—¿Usted tiene un arma registrada a su nombre?

—Sí, ¿qué hay con eso? Estoy en todo mi derecho de tenerla si se me da la gana.

—Tengo una orden para llevarme su arma.

—¿Y ahora qué inventaron?!

—Traiga el arma, por favor. Y le aviso que la casa está rodeada, así que mejor no intente tonterías.

—¿Rodeada? ¿Qué es esto? ¿Una mala película yanqui?

El policía no le respondió, así que Pedro, con una mueca en el rostro, se perdió por una de las puertas.

En el lado opuesto de la sala una morocha espectacular jugaba con una fusta.

El dueño de casa no tardó en regresar, demudado.

—¿Tú tocaste mi pistola, Luz? —le preguntó a la muchacha.

—No la que se usa para matar a alguien.

La joven miró a los presentes con una sonrisa burlona, pero a juzgar por sus caras, a nadie le gustó su chiste.

—¡Apenas te conozco, tonto! —replicó entonces—. Jamás entré a tu dormitorio, o donde sea que estuviera esa cosa. ¡Y más te vale que no me hayas metido en un lío!

—Lo lamento, pero si el arma no aparece tendrá que acompañarme a la seccional, señor.

—¿Se puede saber qué mierda es todo esto?!

El policía se limitó a esposarlo. Pero la bella muchacha, con sus artes, logró que por lo bajo uno de los jóvenes oficiales presentes le diera más información.

—Encontraron un arma registrada a su nombre cerca del lugar donde le dispararon a La Buchona. Y al parecer, él ya llevaba un tiempo acosándola. Incluso hay una denuncia —respondió el cabo con cara de héroe.

La bella periodista no tardó ni un minuto en fotografiar la escena: Pérez entrando a los gritos en la patrulla, su casa... Y por supuesto un primerísimo primer plano al rostro del detenido.

Esa primicia podía significarle no tener que pasar nunca más cinco horas

parada frente a un hospital.

Sí, sin duda ese iba a ser el polvo rápido más satisfactorio de toda su vida.

* * *

Por más de una hora la foto de Pedro Pérez se adueñó de las pantallas de los televisores.

Blas observó aquel rostro tan odiado con una sonrisa.

—Disculpa, olvida ese café. Prefiero un margarita, por favor.

Sí, ahora podía relajarse. Al fin Luisina estaba a salvo.

* * *

Lidia golpeó dos veces la puerta del cuarto de baño.

—¿Sí?

—¿Doctor Stuar? Disculpe, pero en el noticiero están hablando de la señorita Luisina, su cuñada.

Augusto abrió la puerta de inmediato, apenas tapado con una pequeña toalla.

Y Lidia, aún a pesar de llevar más de siete años trabajando en la casa, se asombró por la estampa imponente de aquel moreno espectacular.

Después de todo era vieja, pero no ciega.

—¿Qué dijeron sobre Luisina?!

—Parece que atraparon al que le disparó.

Augusto se abalanzó sobre el televisor, encendiéndolo.

—Preguntada sobre el caso, la presidente se solidarizó con la familia de la señorita Ramos, confirmando que se trataría de un crimen pasional, totalmente ajeno a la política o a la columna de La Buchona, tal como ya lo había adelantado este mediodía el Ministro del Interior.

Augusto cambió de canal.

—... fue detenido horas atrás en su casa de la calle Posadas, en el barrio

de Recoleta. El señor Pedro Pérez, un divorciado de cincuenta y un años, sería el presunto agresor de la periodista Luisina Ramos, más conocida como “La Buchona”. Días atrás, la misma periodista lo habría denunciado por lesiones leves y privación ilegítima de la libertad. Recordemos que la señora Ramos fue herida de bala en el día de ayer, en un garaje del microcentro porteño. Más tarde se encontró un arma en un basurero cercano, que la unidad de la policía científica identificó como la usada en la agresión. El arma, sin huellas digitales visibles, está registrada a nombre de Pedro Pérez. Contactado por la policía, el señor Pérez no pudo, hasta el momento, dar...

Apagó el televisor.

Tenía que darse prisa.

¡Luisina estaba en peligro!

* * *

Matar no se parecía en nada a las películas. Pero una cosa era cierta: cuando se comenzaba a hacerlo, era imposible dar marcha atrás.

Sí, tenía que acabar el trabajo. Nunca hubiera imaginado que la muy idiota sobreviviría. El disparo había sido efectuado con precisión, en el lugar justo. Pero allí estaba Luisina Ramos, esa estúpida, haciendo, como siempre, lo que se le daba la gana.

No podía darse el lujo de tener escrúpulos. Sus miradas se habían cruzado en el maldito garaje, y ahora, le gustara o no, debía silenciarla. Pero, más importante aún, tenía que borrar a Pedro Pérez de su vida para siempre.

Alicia Andrade se enfrentó a su víctima, que yacía con los ojos cerrados, conectada a un millón de cables.

Ahora no era tan fácil como en la oscuridad de ese garaje. Tenerla así, frente a frente, indefensa, le hacía temblar el pulso. Y de haber podido volver el tiempo atrás jamás hubiera apretado el maldito gatillo.

Pero ya no había posibilidad de arrepentirse. Vivir como lo hacía, asustada por Pedro, a la sombra de sus antojos, y olvidada por Blas, el único hombre que en verdad había amado, era demasiado para ella. Tenía que terminar lo que había empezado, antes de que su presencia allí llamara la atención del personal.

Sacó una jeringa del bolsillo de su delantal y pinchó con ella la bolsa de suero que desagotaba en uno de los tubos adheridos a la vena de Lui. Y todavía la tenía en la mano, cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par.

* * *

—¡Alicia! ¿Qué haces aquí? —se extrañó Blas.

La doctora Andrade tardó en sobreponerse. Su vida dependía ahora de su habilidad para mentir.

Ocultó de inmediato la jeringa, primero en su mano, luego en su bolsillo, y trató de sonar calmada.

—Escuché las noticias y me preocupé. Luisina nunca me simpatizó, es cierto, pero tampoco soy tan cruel como para desear su muerte.

—¿Te enteraste que la policía atrapó a Pedro, no?... Ahora que lo pienso, ¿cómo fue que te dejó pasar el guardia de la entrada?

—Me vio con el guardapolvo y asumió que trabajaba aquí.

—¡No se puede creer! Podrías haber sido una asesina a sueldo y el tipo ni se hubiera enterado.

La puerta se abrió de golpe, dando paso a la figura desencajada de Augusto.

—¿Ya estás de regr...?

Tras él entró también el policía de guardia, que trataba infructuosamente detenerlo. Pero él, lejos de hacerle caso, se abalanzó sobre Alicia y comenzó a sacudirla.

—¿Qué le hiciste?!

—¡Nada!

—¡Mientes!

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Blas, confundido.

—¡Nadie es tan torpe como para tirar un arma registrada! ¡Buscaban inculpar a Pedro!

Alicia logró soltarse.

—Este tipo está delirando.

Augusto intentó detener la huida de esa mala mujer, pero el policía no lo

soltaba, como si el problema fuera él.

Y ya casi Alicia estaba en la puerta, cuando la entrada de una doctora desencajada le cortó el paso.

—¿Qué es esto, señores?! ¿Se han vuelto locos?! ¡Estamos en Terapia Intensiva!

Blas lanzó un grito.

—¡Aquí le han inyectado algo! —dijo, mientras miraba con desesperación el andamiaje de tubos y catéteres que sostenía la frágil vida de su prometida—. ¡Hay que desentubarla de inmediato!

El grito fue tan escalofriante, que el policía soltó a su presa para correr detrás de Alicia, y así refrenar la huida de la extraña doctora.

Todos los que estaban en el cuarto, incluso Augusto, comenzaron a trabajar en el cuerpo exánime de la muchacha, rogando a Dios para que ya no fuera demasiado tarde.

* * *

—Ya es demasiado tarde, señor. Tiene que irse.

—No, gracias. Estoy bien.

—No es por usted, sino por ella. Mañana le espera un día muy largo... ¡Vamos!, vaya a su casa y descanse. Con un poco de suerte mañana podrá visitarla en terapia intermedia, y pronto se irán a casa... De verdad, la enferma necesita descansar.

Augusto se puso de pie.

—¡Cómo es la gente! —continuó farfullando la enfermera—. Algunos no quieren pisar un hospital ni que los maten, y a otros hay que sacarlos con espátula.

Aquel moreno imponente, lejos de enojarse, sonrió.

Sí, a veces la gente se comportaba de forma muy extraña.

* * *

Era extraño ver a esos dos hombres sentados uno junto al otro.

Incluso Luisina, de haber estado consciente, hubiera cedido a la tentación de burlarse de ellos por la eterna riña que los unía.

Sin embargo, por algún motivo, o quizás por simple sentido común, los dos admiraban al otro y lo respetaban.

—¿Y cuándo crees que vuelva a estar consciente?

—Pronto van a quitarle la medicación y despertará.

—¿Falta mucho para eso?

—Calculo que será bien entrada la noche... Escucha, Augusto... Fuiste más que decente durante este tiempo, e incluso puede decirse que Luisina te debe la vida.

—A ti también.

—Lo sé. Para nosotros esta aventura fue una eternidad. Pero ella va a despertarse en la misma fracción de tiempo en que su vida se detuvo. Su atención estará puesta, como entonces, en nuestra boda... No soy tonto, sé que la amas. Pero Luisina ya eligió. Juntos tenemos un proyecto, y tu devoción de estos días no lo va a cambiar... Mira, honestamente creo que te estoy haciendo un favor.

—¿Un favor?

—Sé la forma en que te golpeó lo de Andrea. Sé que ella fue tu gran amor, y que su muerte te hizo mucho mal. Y en ese estado es fácil confundir los sentimientos... Tú buscas a alguien que alivie tu soledad. Pero Lui necesita más. Un proyecto a largo plazo. Nunca le cerró ese asunto de “amigos con beneficios”. Ella busca alguien que no la abandone como hizo su primer marido, y como, no nos engañemos, de seguro harás tú. Piénsalo dos veces. ¿De verdad crees poder darle lo que necesita? ¿Te ves a ti mismo empezando de nuevo una familia a los cuarenta años?

—¡Por supuesto que sí! —respondió Augusto con rapidez.

Demasiada rapidez, como pensaron ambos.

—Como quieras. Quédate entonces. Pierde tu tiempo. Pero el nuestro es un amor de verdad. Como tiene que ser. Sin sentimentalismos baratos.

Por un buen rato se concentraron en Lui, haciendo silencio.

—¿Sabes? —comenzó a decir Augusto—, el día que la internaron una enfermera dijo... ¡Olvídalo!

—¿Qué?

—Seguramente se trató de un error, pero... ella dijo que Lui había perdido un embarazo.

—Es cierto. No por la bala, sino por el golpe.

—Pero ella... —replicó Augusto, confundido.

—La última operación que le practiqué fue un éxito.

Para horror de Blas, los ojos de Stuar volvieron a llenarse de lágrimas.

—Un hijo era todo su sueño... Cuando se entere que lo perdí...

—Ni siquiera sabía que lo estaba esperando.

—Ah... Ya veo... ¿Va a poder embarazarse otra vez?

—Según los médicos no hay daños en su aparato reproductor, así que no veo por qué no.

—¿Ese hijo...? ¿Lo estaban buscando, o...?

Blas lo miró, ensombrecido.

—Mira, Stuar... No soy hombre de mentiras ni ocultamientos. Ese hijo era tuyo.

El rostro de Augusto se demudó, y de repente fue incapaz de pronunciar palabra.

—Luisina no sospechaba lo del embarazo, así que confundió unas pérdidas con su período.

—¿Cómo puedes estar seguro que...?

—Entre nosotros todavía no hubo nada, y ella no es de las que se acuestan con cualquiera.

—¿Cómo que no ha...?!

—No pienso darte explicaciones. Sólo te estoy informando de una realidad: ese niño era tuyo.

Augusto agachó la cabeza.

—Sí, te libraste de una buena, Stuar.

Ante el silencio del otro, Blas se puso de pie para asomarse a la ventana. Quería darle tiempo para procesar la noticia, y de paso evitarse el espectáculo del llanto.

—Terrible, ¿no, Augusto? Ahí se acaba todo el romanticismo: malestares matinales, cambios de humor, pies hinchados, noches en blanco... Todas las delicias de la paternidad. ¿De verdad crees estar preparado para...?

Blas se detuvo en seco. Estaba solo en el cuarto. Solo junto a Luisina.

¡Era increíble lo rápido que la responsabilidad podía matar el romance!

Volvió a la ventana, pero un susurró leve lo despertó de sus cavilaciones.

—¿Blas?

El joven doctor se emocionó.

Luisina lo contemplaba ahora desde su cama. Él se acercó para tomar su

mano con dulzura, mientras acariciaba su frente.

—Shh... Todo está bien, mi amor. Ya se acabó. Estás a salvo.

—Pero...

—Hay muchas cosas que tengo para contarte, pero... ¿sabes qué?, no ahora. Primero tienes que descansar y reponerte. Y pensar en la boda. Tú, entrando de blanco. O, mejor aún, los dos, caminando juntos hacia el altar, tomados de las manos sin que nadie pueda separarnos. Juntos para siempre... Cierra los ojos y duerme, que yo estaré guardando tu sueño... Este es el final del camino para los dos, mi amor... Mi dulce amor. El primero y el último.

CAPÍTULO XV

—Señora Alicia Andrade, doctores... Tomen asiento, por favor... Bueno, junto al juez hemos estado evaluando su oferta. Decidimos aceptarla. En vista del material fotográfico y filmico, la declaración de la señora Andrade, y demás pruebas por ella aportadas respecto de la violación de cuatro menores por su exmarido...

—Cinco —corrigió uno de los letrados—. La doctora Andrade acaba de entregarme un CD con una nueva filmación casera hecha por su esposo.

—Mejor así. Bueno, como decía, en vista de las pruebas aportadas, y su confesión de culpabilidad en los hechos que se le imputan...

—Con los atenuantes que figuran en autos —lo interrumpió otro de los abogados.

—Sí, sí... Locura temporaria, síndrome de Estocolmo... Ya leí los informes de los peritos y no me convencen. Pero, como sea, por este acuerdo la señora tendrá la menor pena estipulada para el delito que se le imputa. La condena deberá cumplirse con prisión domiciliaria, lo que quiere decir que sólo podrá salir de casa para ir a su lugar de trabajo. ¿Está claro, doctora Andrade?

—Clarísimo.

—Mire, como fiscal de la nación tengo que ser sincero con usted. Yo no recomendé que se aceptara este trato, porque estoy convencido de que lo que usted hizo es muy grave, y no hay ningún atenuante a su responsabilidad. Pero entiendo que el señor juez privilegie la peligrosidad de Pérez, que ataca a menores, oculto en la impunidad de la red. Yo, personalmente la hubiera imputado también a usted en esos hechos, porque estoy seguro de que no podía ignorar las andanzas de su marido.

—En realidad, mi defendida...

—¡No me interrumpa, doctor! Ya lo escuché bastante... Es a la señora Andrade a la que me dirijo, y a su conciencia, si es que la tiene. Lo que hizo es terrible. Así que la conmino a no volver a acercarse a un arma de fuego porque, de lo contrario, yo mismo me encargaré de que se pudra en la cárcel.

—Aunque no me crea, yo fui tan víctima como la señora Ramos.

—¡Por favor!... Agradézcale a su abogado por su excelente trabajo, que de no ser por él ya estaría presa.

Alicia miró a su defensor con sensualidad.

—Ya veré la forma de hacerlo.

—Fue muy afortunada, Andrade. Muchos en su situación quisieran tener a su lado al mismísimo Augusto Stuar para que los defienda.

Alicia sonrió.

Sí, sin duda era muy afortunada.

* * *

—Conozco a esta mujer.

—¿A quién?

—A esta que está en el diario... A “La Buchona”.

—¿De verdad la conoces?

—Una vez la encontramos en un lugar de Recoleta. Estaba con el padrastro de Irina, y ella me obligó a seguirlos toda la noche.

—Está muy buena... Es de esas viejitas a las que no me molestaría darles.

—El padrastro de Irina opinaba lo mismo.

—¿Y por qué ella los estaba vigilando?

—¡Vaya uno a saber! La niña está chiflada... Al principio me resistí un poco, pero luego me dije, “¡ya fue!, ¿qué mal puede hacer?”

* * *

—¿Tú eres Bautista, no?

El ingeniero Stuar observó a la bellísima muchachita que tenía delante. Rubia, longilínea, la ropa de gala la hacía parecer una modelo.

—¿Te conozco?

—Nunca nos vimos antes. Soy Candelaria, una amiga de Lui.

—¿Luisina tiene amigas de tu edad? ¡Ahora entiendo! ¿Eres tú la que la

aconseja? —preguntó sarcástico.

—Soy la hija de Amanda. ¿Recuerdas a Amanda?

—Preferiría no hacerlo... Tu madre me debe unos cuantos miles de dólares.

—Eso es algo habitual en ella —respondió la niña con una sonrisa tan enigmática como encantadora.

—¿Tienes idea a qué hora empezará este circo?

—La novia está un poco retrasada. Pero será pronto. Y por cierto, me parece genial de tu parte asistir a la boda de tu ex.

—Mi novia insistió.

—¡Bien por ella!

—Es que conoce a Lui. En realidad, son vecinas.

—¡Sí que no caminas demasiado para encontrar pareja!

—La culpa es de Lui. Tanto estuve llorando frente a su puerta, que un día la vecina se apiadó y me hizo pasar. Y una cosa lleva a la otra... Tú sabes: ella me enseñó a usar el lavarropas, yo la invité a salir, y...

—Las cosas van en serio entonces.

Bautista resopló.

—Sí... Más o menos... Bueno, en principio vamos a casarnos el mes entrante. Es que, verás, las cosas de la casa no son lo mío.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es decir, con el grabador encendido.

—¿Grabador? ¡¿Para qué?!

—Comencé un curso de periodismo, y estoy haciendo un artículo sobre el amor. ¿Te molesta?

—¿Aparecerá mi nombre en algún sitio?

—No.

—Entonces me da igual.

—¿Alguna vez estuviste enamorado de Lui?

—¿Bromeas? Fue mi esposa, ¿no?

—Pero, ¿la amaste?

—¡Por supuesto! No creas. De joven no era la bruja en que se ha convertido... Todavía me parece verla: dulce, complaciente... ¡Tan distinta! Te hubiera costado trabajo reconocerla.

—¿Qué te enamoró de ella?

—Que sabía cuidarme bien. No me dejaba faltar nada. ¡Era perfecta para mí!... ¡Lástima! Porque de no haberse enfermado mi madre...

—No entiendo la relación.

—Mi madre era la base de nuestra felicidad matrimonial. Ella aconsejaba a Lui como si se tratara de una hija. ¡No le dejaba pasar una! ¿Puedes creer que incluso la convenció de que era una excelente cocinera, para que la otra se esforzara en superarla? ¡¿No es esa una suegra que piensa en todo?!... Nuestra casa era un paraíso gracias a ella. Pero bastó que mamá perdiera fuerzas, para que todo se descarrilara. Y para colmo Luisina conoció a “tú sabes quién”. Eso fue el fin... Decía que la llevaba a correr por Palermo, pero estoy seguro de que iban en busca de hombres... Fue tanto mi disgusto por ese descontrol, que terminé consolándome en brazos de mi secretaria. ¡Otra víbora!... ¿Quieres un consejo para el amor? Tú que eres joven, aprende: no hay cosa que seduzca más a un hombre que una cama bien tendida y ravioles de seso calientes.

—Trataré de no tenerlo en cuenta —replicó Candelaria con la rapidez suficiente como para que el otro no se percatara de lo que en verdad había dicho.

—Por fortuna ahora estoy bien. Aprendí de la experiencia, así que no voy a dejar que ninguna otra mujer vuelva a mandarme. De ahora en más sólo yo reinaré en mi casa.

—Sé sincero, ¿no sientes algo de resentimiento por esta boda?

—¡Para nada!... Si a él le gusta, que se la quede. Yo ya no quiero saber más nada con Lui.

—¡Bautista!

Una mujer arreglada les salía ahora al encuentro.

—¿Ya estacionaste, Bautista?

—Sí.

—¿Adónde?

El otro se amilanó.

—No vas a creerlo, querida, pero estaba yendo rumbo al garaje cuando encontré un puesto a dos calles de aquí.

—¡Avaro miserable! —estalló la dama—. ¡¿Piensas que voy a arrastrarme dos calles con estos tacones, sólo para que tú te ahorres el costo de un garaje?! ¡Ni loca! Ya mismo vas a buscar el auto y lo estacionas donde es debido.

—¡Pero el casamiento está por empezar!

—¿Acaso eres el novio? ¿Piensas que alguien te va a echar en falta? Ni siquiera en su primera boda, Lui hubiera notado tu ausencia. ¡Y cuántos problemas se habría ahorrado la pobre niña!

Para diversión de Candelaria, Bautista agachó la cabeza y se apuró a obedecer.

Ese sí que era un espectáculo digno de dejar registrado para generaciones venideras: ¡Al fin un abusador abusado!

Todavía riendo la muchacha se dirigió hasta Blas, que caminaba de un lado a otro del atrio de la Iglesia, sin dejar de mirar su reloj con impaciencia.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Eres Candelaria, no?

—Sí... Te ves muy buen mozo con ese traje.

—Gracias. Aunque más bien me siento disfrazado. Toda esta pompa no es lo mío... ¿Sabes por qué se está retrasando Lui?

—¿Tienes miedo de que se arrepienta?

—Créeme, sé que eso no es posible —respondió con tono grave.

—Luisina te habrá mencionado que estoy haciendo un curso de periodismo.

—Algo me dijo.

—¿Puedo entrevistarte?

—¡¿Ahora?!

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Es cierto. Al menos me ayudarás a olvidar los nervios. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo te enamoraste de Luisina?

—Uf, eso es largo... A ver... Bueno, al principio ni siquiera noté su existencia. Era una paciente, y por regla general no suelo mirarlas como mujer. En mi profesión hay que ser especialmente cuidadoso con eso.

—Lo entiendo.

—Pero cuando comencé a tratarla por su infertilidad, algo cambió. ¿Sabes? Generalmente las mujeres que buscan un niño suelen venir acompañadas. Pero ella llegaba invariablemente sola, siempre excusando al idiota del marido. Me daba tanta lástima que, contrariando mi costumbre, me forzaba a hablar con ella. ¡Y eso que yo odio hablar! Pero Lui era tan encantadora y centrada, que poco a poco dejó de ser un esfuerzo, para convertirse en un placer.

—¿Ya te gustaba?

—Ni siquiera lo pensé por aquel entonces... Pero el día que apareció maquillada, con una faldita adorable y tacones, para anunciarme que dejaba el tratamiento porque el esposo la había dejado a ella, algo hizo ruido en mi

cerebro.

—¿Y fue cuando tu cerebro sonó que te diste cuenta de que estabas enamorado?

—No. Sólo supe que me moría por llevarla a la cama. ¡Disculpa! No sé por qué te dije eso. Creo que me tomaste desprevenido. Pero es cierto... Eso era lo que quería. Y sólo por eso la llamé varias veces. Y quizás sólo por eso estaba allí esa noche en que Pérez la atacó con una navaja.

—¿Supiste que estabas enamorado al verla en peligro?

—No. Pero me conmovió mucho... Yo venía de una mala relación... Bueno, tú conoces la historia. Estaba solo, mal... Y Luisina es la mujer perfecta para cualquier hombre. Entonces me dije: ¿por qué no para mí? ¿Acaso yo no merezco alguien que me quiera? La vida de un médico puede ser muy solitaria.

—Disculpa, pero esto es fundamental para mi investigación. ¿Amaste también así a Alicia Andrade?

—¡No! Sólo éramos amantes.

Candelaria lo miró con desconfianza, así que él insistió.

—¡De verdad!, nunca la amé. Pero creí que ella me amaba. Fue un golpe para mi ego enterarme de lo contrario. Primero me ocultó su divorcio, y luego hizo lo posible para sabotear nuestra convivencia. ¡Un verdadero desastre!

—Digamos que se te mezcló el amor con el amor propio.

—Sí. Es fácil confundirse. A nadie le gusta ser rechazado.

—Bueno, todavía mi pregunta está sin responder. ¿Cuándo supiste que amabas a Lui?

—El día que me di cuenta de que estaba dispuesto a renunciar a todo con tal de verla feliz... Y ahora disculpa, creo que me están llamando.

Candelaria le echó un último vistazo mientras se alejaba. ¡Sí que era un bombón!

¡Y hablando de bombones...!

Con paso sigiloso se aproximó a Augusto, para abalanzarse sobre él, a la par que le tapaba los ojos.

—¿A qué no adivinas quién es? —preguntó juguetona.

—Suenas igual que uno de mis contactos en Facebook —respondió él, divertido.

Candelaria lo soltó.

—Todavía estoy enojada contigo por defender a esa perra asesina.

—Sabes que lo hice sólo por complacer a Lui. A ella no puedo negarle

nada...

—Hablando de eso... Tengo que entrevistarte también a ti, lo lamento.

—¿Justo ahora?

—Es mi estrategia. Todos están nerviosos por la boda y tienden a ser más sinceros.

—¿Qué quieres saber que ya no sepas?

La niña encendió el grabador.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas enamorado de Lui?

—¡Si eso fuera tan fácil de responder!

—Tenemos tiempo. La novia tiene un atraso.

—Ya veo... Bueno... La conocí mucho tiempo atrás.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintitrés, supongo.

—Ah, ya eras viejo.

—Eso creía entonces. Pensaba que lo sabía todo. Pero, si tengo que ser sincero, cuando la conocí a Lui sentí un poco de envidia y mucha rabia. Porque era evidente que el idiota de Bautista no se la merecía... La segunda vez que la vi ya habían pasado varios años. Apenas pude reconocerla: estaba convertida en un ama de casa, aburrida y rutinaria.

—¿Así que hizo falta que adelgazara y comenzara a arreglarse para que te fijaras en ella? ¡Hombres!

—Sabes que no fue así. Son ustedes las que se fijan en esas cosas. A mí, en cambio, no me atraía más que cualquier otra mujer medianamente bella. Pero como quería vengarme de Bautista por haberse borrado durante la enfermedad de mamá, se me ocurrió que sería divertido quitarle la esposa. Así que me esmeré en lograrlo, a ti te consta...

—Pero ella ni registró que tú existías.

—Fue doloroso, lo reconozco. Un gran golpe para mi orgullo. Y, de verdad, no hubiera vuelto a insistir.

—Entonces, de no ser por mí...

—De no ser por cierta señorita que me buscó por toda la red para informarme que Lui iba a viajar a Bariloche, que estaba muy mal con su autoestima, y que necesitaba urgentemente que un hombre se interesara en ella, nada hubiera ocurrido entre los dos.

—¿Me quieres hacer creer que sólo aceptaste el reto por complacerme?

—No tenía nada mejor que hacer, y Lui me resultaba interesante.

—¿Y entonces?

—Y entonces me enamoré. Irremediablemente. Nunca antes había amado así... Fue terrorífico.

—¿Terrorífico?

—Me asusté mucho. Y desde entonces no he hecho más que luchar conmigo mismo. Un amor así te cambia para siempre.

—A juzgar por cómo han resultado las cosas, ¿cómo puedes saber que el tuyo es amor verdadero, o al menos más verdadero que el de Blas?

Una marea humana los interrumpió.

—¡Llegó la novia! —escucharon gritar.

Candelaria corrió hasta la entrada de la Iglesia con su grabador, que a la vez era móvil, cámara y filmadora. Necesitaba documentar la ceremonia para llenar su Facebook, aunque no descontaba usar Twitter para relatarla en tiempo real a sus seguidores, que esperaban ansiosos.

Las inmensas puertas de madera se abrieron, y comenzó a sonar el órgano con solemnidad.

Allí estaba Lui, más bella y radiante que nunca, tomada del brazo de Blas, que también se destacaba, aún a pesar de su ceño adusto.

Caminaban lentamente, saludando de tanto en tanto. Y no habían llegado a la mitad del recorrido, cuando el *ringtone* de un móvil comenzó a sonar, tapando la música.

—¿Aquí también, Blas? —se enojó la novia.

—Deja que lo apague.

—No lo estás apagando. ¡Lo estás leyendo!... ¿Podrás quedarte al menos para la fiesta?

—Haré mi mejor intento, pero es una urgencia... ¡Te juro que regresaré en dos horas, máximo, así tenga que sacar a esa bebé a los empujones!

Por fin llegaron al altar. La música dejó de sonar, y un silencio reverente se adueñó del templo. Blas titubeó, pero al fin cedió la mano de la novia a su futuro esposo.

Augusto la aguardaba anhelante, y bastó ese contacto leve para que ambos se miraran con dulzura.

Fue tan tierno ese gesto, que hubo una ligera exclamación entre la concurrencia.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí para...

Mientras el cura hablaba, Augusto se acercó a la novia para susurrarle.

—Tardabas tanto, que temí que te hubieras arrepentido.

—Es que tuve un atraso.

—Lo importante es que estés aquí... ¡Te quiero!

—Yo también... Pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—¿No cambiaste de idea respecto a tener niños, no?

—No.

—Bien.

Augusto se incorporó, la vista fija en el frente, simulando escuchar la prédica.

Pero Luisina volvió a susurrarle en el oído.

—Te lo preguntaba porque... estoy embarazada.

—¿Qué?!

Su exclamación dejó mudo al cura.

—Acabo de hacerme la prueba antes de venir.

Emocionado, Augusto olvidó por completo adonde estaba y la enfrentó.

—¿De verdad?! —preguntó en voz alta, para sorpresa del sacerdote, que lo miraba atónito.

Luisina se limitó a asentir con la cabeza. Y entonces su futuro marido la abrazó con fuerza, mientras la besaba con pasión.

—¡Señor! —se enojó el cura—. ¡Todavía no hemos llegado a esa parte! Eso es para el final de la boda.

—Es que acabo de enterarme de que voy a ser papá —le explicó Augusto, emocionado. Y dándose vuelta, anunció —¡Luisina está embarazada!

Todos aplaudieron conmovidos, excepto Blas, que permanecía cabizbajo, y el sacerdote, que moviendo la cabeza mascullaba: —¡También eso era para después de la boda!

EPÍLOGO

Cuando la ceremonia terminó, los pocos invitados se trasladaron a la fiesta. De nuevo hubo un aluvión de saludos y parabienes, pero no fue hasta bien entrada la noche, cuando ya el alcohol fogueaba la alegría y soltaba las lenguas, que Augusto se acercó de nuevo a Candelaria.

—¿De verdad quieres saber cuándo supe que amaba a Luisina?... Enciende tu grabador... ¿Sabes?, es extraño eso del amor, porque ahora te respondería que lo supe siempre. Pero no fue así. Nosotros no somos como ustedes. Los hombres jamás pensamos en el amor hasta que lo hemos perdido. “Es sólo sexo”, solemos mentirnos. Y un día nos damos cuenta de que necesitamos más... Todo ese tiempo que estuve junto a Andrea, viéndola morir, repensando nuestro pasado juntos, supe que ya no podía darme el lujo de vivir en la mentira. Porque ahora que había probado lo que era despertar junto a Lui, sólo quería acostarme con ella. Y ya estaba decidido a declararle mi amor en cuanto saliera de allí, cuando Blas me vino con la noticia de su compromiso. ¡Dios, cómo quería odiar a ese estúpido pretencioso! Pero no podía. Porque no sólo es un buen doctor, sino un buen tipo. Mejor que yo, y no estoy siendo modesto... Así que me hice a un lado. Y yo, que no lo había hecho nunca, me la pasaba llorando. La gente murmuraba: “¡cuánto quería a Andrea, pobrecito!”, pero yo lloraba por Lui, porque no podía dejar de amarla... Y quizás por esa extraña fidelidad es que permanecí a su lado en el Sanatorio, a pesar de estar dispuesto a renunciar a ella.

—Yo sería incapaz de hacer algo así. Soy demasiado orgullosa.

—Yo también. Pero no tenía opción. Amar a Lui me es inevitable.

—¿Cuándo decidiste que era hora de pelear por tu dama?

Los ojos de Augusto se llenaron de lágrimas.

—Al saber lo de nuestro bebé. Ese hijo que nos robaron... Fue tan abrumador cuando me enteré, que recuerdo que tuve que salir a la calle en busca de aire. Y ahí estaba yo, parado en medio de una multitud de desconocidos, cuando me di cuenta.

—¿De qué?

—De que Lui y yo nos pertenecíamos más allá de toda otra circunstancia. Ese hijo iba a unirnos para siempre.

—Es muy lindo todo lo que dijiste.

—Estoy seguro de que sólo suena a una sarta de cursilerías... Porque el amor es así. No se puede explicar. Sólo el que lo vive entiende lo que se esconde más allá de las palabras. Es como la Fe... Yo estaba convencido de que no creía. Pero bastó enfrentarme a la muerte para entender... Para saber que eso no era todo. Que la vida no se acababa con el último latido... Y junto con la Fe entendí que yo tenía un destino. Y que ese destino era Lui: mi principio y mi final. Mi verdadero amor.

Luisina se acercó a ellos y Candelaria apagó el grabador.

La historia había llegado a su final.

¿O era apenas el principio?

* * *

—¡Mira!... ¡Qué vestido tiene esa novia!...

—¡Y qué novio tiene!

—¿No lo reconoces?

—No.

—Te lo mostré hace unos años en un cóctel... Es uno de los benefactores de la Fundación: Augusto Stuar.

—¡Ah... sí!

—¿Ves?... ¿Ves lo que yo te decía? Mira la novia: elegante, bella, joven, sobria... Mujeres como esa no se ven todos los días.

—Sí. Es sin duda una mujer perfecta.

Las dos amigas suspiraron al unísono.

Sí, una mujer perfecta.

Buenos Aires, 22/09/2010

PEDIDO AL LECTOR

Si te ha gustado la novela quisiera pedirte que escribieras una breve reseña o comentario en la web donde la hayas adquirido. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Para comentarios en Amazon haz click aquí

SOBRE LA AUTORA



Clara Voghan es el seudónimo de una escritora argentina de novelas románticas.

Nacida en 1957 en la Capital Federal de la República Argentina, contadora pública (U.C.A.), casada y con tres hijos, comenzó con sus relatos en el año 2001.

Su obra, que ella misma ha definido como “Literatura para leer en el metro”, está constituida por relatos simples, de tipo sentimental, algunos muy breves y otros más extensos. La lectura de sus novelas sumerge al lector en un mundo lleno de personajes reales, en una Argentina fantástica, que es la que le toca vivir. El género que prefiere podría catalogarse de costumbrismo disfrazado de romance, con constantes arrebatos de humor. Sus novelas, profusamente distribuidas por la Internet, han conquistado el corazón de las lectoras de España, América Latina y el mundo.

Otras Novelas de Clara Voghan

Renata

Elegir al mentiroso

Pequeños pecados

Volver a empezar

A través de mis ojos

Un saludo distinto

Una inquietante proximidad

Soledad, sexo y pedagogía

El rincón secreto de Laura

La historia de Ifi

De rencores y venganzas

Yo también te amo

Amor próximo

Deliciosamente vulnerable

Síguenos en:

claravoghan.com.ar

Table of Contents

[CAPÍTULO I](#)
[CAPÍTULO II](#)
[CAPÍTULO III](#)
[CAPÍTULO IV](#)
[CAPÍTULO V](#)
[CAPÍTULO VI](#)
[CAPÍTULO VII](#)
[CAPÍTULO VIII](#)
[CAPÍTULO IX](#)
[CAPÍTULO X](#)
[CAPÍTULO XI](#)
[CAPÍTULO XII](#)
[CAPÍTULO XIII](#)
[CAPÍTULO XIV](#)
[CAPÍTULO XV](#)
[EPÍLOGO](#)